

**Fuentes históricas del contacto
europeo con los pueblos
originarios: siglos XVI-XIX.
Manual didáctico para
Etnohistoria de la Cuenca
del Plata**

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
COMISIÓN SECTORIAL DE ENSEÑANZA

Leonel Cabrera Pérez
(Coordinador responsable)

Óscar Marozzi
Jimena Blasco



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



comisión sectorial
de enseñanza



Leonel Cabrera Pérez
(Coordinador responsable)

Óscar Marozzi
Jimena Blasco

Fuentes históricas del contacto
europeo con los pueblos originarios:
siglos XVI–XIX.

Manual didáctico para
Etnohistoria de la Cuenca del Plata

Fuentes históricas del contacto europeo con los pueblos originarios: siglos XVI-XIX. Manual didáctico para Etnohistoria de la Cuenca del Plata. / Leonel Cabrera Pérez (coord.), Óscar Marozzi, Jimena Blasco. Montevideo: Universidad de la República. Comisión Sectorial de la Enseñanza, 2023.

466 p. -- (Manuales didácticos / Comisión Sectorial de Enseñanza).

ISBN: 978-9974-0-2011-5

1. ANTROPOLOGÍA CULTURAL Y SOCIAL. 2. COLONIZACIÓN - HISTORIOGRAFÍA. 3. PUEBLOS INDÍGENAS. 4. CUENCA DEL PLATA. I. Díaz, Daniela. II. Pimienta, María J. III. Camparo, D. IV. Suárez, L. V. Silveira, S. VI. Blanco, R.

CDD: 305.8

La publicación de este libro fue realizada con el apoyo de la Comisión Sectorial de Enseñanza (CSE) de la Universidad de la República (Udelar)

Este manual es el producto de la presentación de un proyecto en el llamado de la Comisión Sectorial de Enseñanza (CSE) de la Universidad de la República (Udelar) «Elaboración de manuales didácticos para la enseñanza de grado», 2018, que fuera aprobado en el mismo año y financiado durante 2019.



Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0, Leonel Cabrera Pérez, Óscar Marozzi, Jimena Blasco. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Comunicación y Publicaciones, CSE, Udelar
José Enrique Rodó 1854. Montevideo CP 11200
Tels.: (+598) 2408 0912, (+598) 2408 2906
Telefax: (+598) 2409 77 20
www.cse.udelar.edu.uy
comunicacion@cse.udelar.edu.uy

ISBN: xx

Coordinación editorial: Vanesa Sanguinetti
Corrección de estilo: Victoria Olivari Pérez
Diseño de tapa: Gabriela Pérez Caviglia
Diagramación: Levy Apolinar

*A los pioneros en el tema:
Eduardo Acosta y Lara y Renzo Pi Hugarte.*

Índice

Introducción	9
Referencias bibliográficas.....	10

CAPÍTULO 1

Pueblos originarios y europeos.....	11
El abordaje de las fuentes históricas	16
La etnohistoria.....	17
La microhistoria.....	21
La historia oral.....	22
Guía de trabajos prácticos a desarrollar	23
Referencias bibliográficas.....	23

CAPÍTULO 2

Siglo XVI.....	25
Los primeros contactos con la región.....	32
Las expediciones portuguesas	32
Otras expediciones.....	33
Juan Díaz de Solís.....	33
Antonio Pigafetta.....	35
Sebastián Caboto.....	43
Luis Ramírez.....	44
Diego García de Moguer.....	60
Pero Lopes de Sousa.....	67
Ulrich Schmídel.....	98
Gonzalo Fernández de Oviedo Valdés.....	146
Gabriel Soares de Souza.....	157
Hendrick Ottsen	170
Referencias bibliográficas.....	172

CAPÍTULO 3

Siglo XVII.....	173
El marco histórico del siglo XVII	173
Antonio de Herrera y Tordesillas	181
Martín del Barco Centenera.....	185
Hernando Arias (Hernandarias) de Saavedra.....	236
Reginaldo de Lizárraga.....	240
Ruy (Rui) Díaz de Guzmán e Irala.....	244

Antonio Vázquez de Espinosa.....	251
Acarete du Biscay (Acarette du Biscay).....	256
Francisco Xarque (Francisco Jarque).....	265
Antonio Sepp.....	275
Referencias bibliográficas.....	278
Fuentes	279

CAPÍTULO 4

Siglo XVIII.....	281
Breve síntesis de la situación de la Banda Oriental a lo largo del siglo XVIII.....	281
Las fuentes del siglo XVIII.....	287
Documentos escritos por misioneros jesuitas.....	288
Silvestre González.....	288
Cayetano Cattaneo y Carlos Gervasoni.....	297
Pedro Lozano y José Guevara	339
Antonio José (Antoine-Joseph) Pernety.....	347
Partidas de demarcación de límites.....	350
José de Saldanha.....	350
Diego de Alvear y Ponce de León.....	354
José Varela y Ulloa	402
Félix de Azara	406
Referencias bibliográficas.....	415
Fuentes	416

CAPÍTULO 5

Siglo XIX.....	417
Dámaso Antonio Larrañaga	420
Antonio Felipe Díaz.....	423
José Esteban de los Reyes Brito del Pino	437
Alcide Charles Victor Marie Dessalines d'Orbigny	440
Carlos Eduardo Bladh.....	452
Referencias bibliográficas.....	466
Fuentes	466

Introducción

El presente trabajo surge en el marco de un intento de mejorar las experiencias de aprendizaje y la práctica docente del curso Etnohistoria de la Cuenca del Plata, de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. El propósito es ofrecer, de forma ordenada, los testimonios referentes a la relación entre la sociedad europea y la sociedad indígena, a efectos de abordar los distintos contenidos teóricos y desarrollar ejercicios de análisis específicos que contribuyan a la incorporación y profundización de los complejos hechos sociales desarrollados en la región, generados a partir de la presencia europea y el contacto con los pueblos originarios del área.

En este manual se presenta una selección de las crónicas y los documentos históricos considerados como más significativos para la región entre los siglos XVI-XIX, así como su contextualización dentro de un marco de referencia biográfico, histórico, geográfico y social, lo que posibilita la interpretación adecuada de dichos testimonios. En este sentido, se buscó mejorar el acceso a los documentos, acompañándolos de información contextual, de modo de habilitar la discusión y la reflexión, y de problematizar el pasado indígena de la región y los procesos históricos y sociales implícitos.

La base documental está constituida, fundamentalmente, por fuentes históricas que describen el proceso de contacto. Dichas fuentes corresponden, en su gran mayoría, a crónicas de viajeros que de forma directa o indirecta consignan datos respecto de la población aborigen del área. Asimismo, la gran parte de estos testimonios se encuentran desperdigados en publicaciones diversas, muchas de ellas comprendidas en ediciones antiguas de muy difícil localización o en reservorios protegidos en museos y bibliotecas, lo que le dificulta su acceso al estudiantado en general o a los interesados en el tema.

A esto se suma que, dada su naturaleza (historiografía narrativa: diarios de navegación o campañas militares, memorias, cartas a las autoridades, etcétera), estos textos requieren una cuidadosa exégesis a efectos de desentrañar sus referencias, su contexto histórico implícito, los usos y costumbres o el lenguaje de la época, en fin, aspectos que en general se alejan de la formación previa de muchos de los usuarios.

El manejo directo de dichas fuentes es capital para acceder al análisis de las estructuras socioeconómicas de los pueblos originarios, el contacto con el europeo, su inserción en el sistema colonial/nacional, los procesos de incorporación-extermio de dichas poblaciones, etcétera. Por lo tanto, resulta clave facilitar el acceso pleno a dicha documentación a fin de que el interesado pueda contar con los antecedentes y las herramientas para llevar a cabo un adecuado análisis y procesamiento de la información en cuestión.

Por tal motivo, y como fue mencionado antes, nos propusimos condensar en una publicación las crónicas y documentos históricos más significativos, contextualizados en un marco de referencia biográfico, bibliográfico, histórico, geográfico y social, de manera de hacer posible un abordaje adecuado.

Así, el objetivo principal de este proyecto es promover el mejoramiento de la calidad de la enseñanza (Universidad de la República, 2015: 73), buscando, entre otras cuestiones, aumentar el acceso a documentos que aún hoy son de difícil acceso y, por ende, a su información. Esto junto con la elaboración de nuevos contenidos teóricos y

ejercicios de análisis específicos que permitan profundizar e incorporar nuevos conceptos y su actualización en un conjunto ordenado y pensado para mejorar las experiencias de aprendizaje, la práctica docente y el desarrollo de los Espacios de Formación Integral.

En relación con el área docente, este manual didáctico complementará los contenidos trabajados en aquellos cursos en los que se aborda la temática aquí tratada, lo que les garantizará a los estudiantes una base conceptual sólida y ordenada que nivele sus conocimientos y que luego pueda ser ampliada con las lecturas sugeridas.

En definitiva, la propuesta apunta, desde una óptica antropológica, a poner en debate la importancia de la dimensión histórica para el estudio de los pueblos originarios y de la sociedad colonial/nacional, así como reflexionar cómo se han ido conformando las estructuras sociales actuales. Se busca brindar información sobre la interacción entre los diversos sistemas al momento de la colonización europea y de la conformación de los estados nacionales, los procesos generados y las formas de integración que se originan, y las transformaciones en las estructuras de los componentes indígenas a lo largo de los diferentes procesos.

Referencias bibliográficas

Universidad de la República (2015). *Plan estratégico de desarrollo 2015-2019*. Disponible en <https://bit.ly/3HgrYSy>

Pueblos originarios y europeos

El descubrimiento de América, como señala Lévi-Strauss (1975), forzó el enfrentamiento de dos «humanidades»: el indígena se presenta a los ojos del conquistador, por un lado, como un ser desprovisto de la Gracia Divina, y por otro, como una imagen que evocaba reminiscencias antiguas de pueblos bíblicos. Este enfrentamiento de «humanidades» forzado por el «descubrimiento» genera preguntas cruciales: «hombre americano»: ¿Ser desprovisto de la Gracia Divina... o la evocación de pueblos bíblicos primitivos...?» (Bestard-Camps y Contreras, 1987).

En efecto, se ha señalado que después de 1492 el mundo ya está «cerrado», aunque el universo sea infinito, pues marca el comienzo de la Edad Moderna; se cierra el final del período de la «colonización europea interna» y se inicia la difusión universal del sistema de valores europeos.

El proceso de expansión europea había comenzado en el siglo XI, impulsado básicamente por el comercio de Oriente, pero fue a principios del siglo XVI que los «descubrimientos» adquirieron una vertiginosa celeridad. Para hacernos una idea de lo vertiginoso de los acontecimientos, en particular para los ojos de los contemporáneos —lo que seguramente hacía muy difícil la asimilación de los sucesos—, entre el viaje de Bartolomé Díaz, que franqueó el cabo de Buena Esperanza en 1484, y el regreso de Juan Sebastián Elcano no habían transcurrido 40 años, pero, sin embargo, en esos 40 años el mundo se había ampliado de forma inusitada.

El principal «motor» de la expansión estuvo dado, inicialmente, por las necesidades de comercio y la propagación de la fe. Luego, poco a poco, se sumará el dominio de nuevos territorios y su rol estratégico.

La primera gran sorpresa fue que el mundo estaba «poblado» por pueblos muy diferentes entre sí y de los europeos. Hasta entonces, el Génesis había explicado la diversidad del género humano, pero ahora la realidad interpelaba profundamente las ideas fundamentales que estructuraban el pensamiento de la época. Surgen, por lo tanto, nuevas interrogantes que llevan a plantearse si se estaba ante «otra humanidad», lo cual cuestionaba profundamente el pensamiento bíblico.

La pregunta clave era: ¿de dónde provenían los nuevos pueblos?, ¿eran hijos de Adán y Eva?, ¿cómo llegaron al continente? De tales respuestas dependían el mantenimiento de la ortodoxia bíblica y la unidad esencial de la humanidad. El problema no era solo *teológico* sino que tenía consecuencias políticas y sociales: estos individuos, ¿eran parte del linaje humano?, ¿podían recibir el bautismo?

El «otro» era el «bárbaro», término usado desde antiguo para referirse a aquellos culturalmente «diferentes» de «nosotros»; el «otro» suponía inferioridad —caracterización peyorativa—, lo opuesto a lo «civil» o «político» (lo opuesto a la «civilización»).

La aparición de nuevas preguntas y de problemas complejos que cuestionaban profundamente el pensamiento de la época —que trajo reflexiones, hipótesis y polémicas a partir del «Nuevo Mundo»— fue delimitando poco a poco el quehacer antropológico.

Los nuevos hechos y las nuevas reflexiones cuestionaban tan profundamente el pensamiento de la época que resultaron en una ruptura cuya asimilación llevaría el transcurso y la maduración de los siglos venideros.

Para los europeos, uno de los principios esenciales que sentaba las bases del derecho era el reconocimiento del verdadero *Dios, rey y ley*, que marcaba, entre otras cosas, la configuración entre la «civilización» y la «barbarie». La libre prédica del Evangelio, sumada a la libre circulación del comercio, constituían en la época un derecho inalienable. Impedir o limitar cualquiera de estos derechos naturales significaba una «causa justa» para una «guerra justa»; el no acatamiento, por lo tanto, del legítimo monarca o el legítimo Dios llevaba, igualmente, a una guerra justa.

La autoridad para llevar adelante una causa justa, incluida la guerra justa, se legitimaba a través del «requerimiento»: procedimiento inevitable para poner en práctica el reclamo legal en nombre del monarca al cual se representaba, y así poder hacerse cargo del territorio en cuestión, de sus pobladores, de sus instituciones, de sus recursos. Por ello, en las representaciones artísticas del acto de toma de posesión de un nuevo territorio, se reitera una misma imagen: la del «descubridor», con espada en mano, muchas veces hincado en la tierra con los blasones reales propios desplegados y la presencia de la cruz. Así, se tomaba posesión en nombre del «único y verdadero Dios», del rey, cuyo poder provenía de ese Dios, y la imposición de la «verdadera ley», que daba fundamento a tal requerimiento. Cabría preguntarse si esos pueblos que recién tomaban contacto con el europeo carecían de dioses, autoridad o normas, pero en ese momento se entendía, sencillamente, que si las tenían, no eran las «verdaderas». No eran ni el verdadero Dios, ni el verdadero rey, ni la verdadera ley... El «único y verdadero» Dios estaba presente legitimando el acto, por lo tanto, no importaba la lengua en que se hiciera el requerimiento, ni si la población lo entendía o no, Dios debía proveer el entendimiento necesario, y el no acatar el «orden» superior legitimaba la guerra y el uso de la fuerza para alcanzarlo.

En lo que respecta a España, el tema, formalmente, se resolvió rápido: en 1512, por las Leyes de Burgo, se promovió el reconocimiento de las nuevas poblaciones como súbditos del reino (Pagden, 1982). Por su parte, el papa Paulo III, en 1537, a través de la bula *Sublimis Deus*, recomendó el bautismo de las nuevas poblaciones (Hanke, 1937). Sin embargo, la realidad seguirá caminos más tortuosos y las discusiones cubrirán varios siglos.

La pregunta clave se podría resumir de la siguiente manera: ¿qué relación se debía mantener con las nuevas poblaciones? Si no eran «humanos» o eran «inferiores» al europeo, ¿podían ser esclavizados? Para mediados del siglo XVI, las opiniones estaban polarizadas y quedaban representadas, fundamentalmente, en dos personajes: por un lado, Juan Ginés de Sepúlveda y, por otro, Bartolomé de las Casas, quienes debatieron sobre la naturaleza de los nuevos pobladores en la Junta de Valladolid, desarrollada entre 1550 y 1551 (Bestard-Camps y Contreras, 1987: 116).

El tema central de dicha discusión era los alcances del derecho natural imperante, que señalaba que «los hombres con mente pobre» debían ser guiados por los de «mente más poderosa». Tal principio básico, que provenía de Aristóteles y de los padres de la Iglesia, mantenía su plena vigencia hasta esos días. La libertad de los «indios», de acuerdo a este principio, constituía una violación del orden natural. Los indios eran esclavos «por naturaleza», fundamentándose así el derecho de Castilla a ocupar las Indias. A esto se le sumaba, por parte de algunos clérigos fanáticos, el hecho de que los «indios», por sus creencias, demostraban ciertas relaciones con el mal (el Diablo) a través de sus prácticas, hecho que aportaba una segunda razón para su aniquilamiento.

Juan Ginés de Sepúlveda resume en su *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios* (1941) los principios básicos de la dominación, fundamentados en la autoridad de la Biblia, en Aristóteles y en los padres de la Iglesia —como se señaló antes—. Sostenía cuatro principios fundamentales: 1. *Gravedad de los delitos cometidos por los «indios»*, entre los cuales los fundamentales eran el no acatamiento del *verdadero Dios*, el *verdadero rey* y la *verdadera ley*; 2. *Rudeza de ingenio*. Esta nueva humanidad mostraba un nivel de entendimiento menor al del europeo, y los de «mente pobre» debían ser guiados por los de «mente más poderosa»; 3. *El fin de la verdadera fe*. Si la Conquista tenía entre sus cometidos esenciales la propagación de la fe y la prédica del Evangelio en todo el orbe, esto no era posible si se permitía la pervivencia de otras doctrinas contrarias o ajenas a la Iglesia católica; 4. *La violencia que ejercen entre ellos*. Muchas de las nuevas poblaciones mostraban prácticas impías y violentas que horrorizaban al europeo. Entre estas se señalan la mutilación de los dedos de la mano o la laceración del cuerpo, así como prácticas de duelo o el canibalismo, presente en muchas de las sociedades del Nuevo Mundo.

De este modo, se ponía en evidencia una vez más la visión del «otro» y el rol y el peso de quien domina sobre quien es dominado. El «que se coman unos a otro», ante los ojos de los europeos, repugna y carece de toda referencia o sustento moral posible, pero que se quemara a alguien vivo sí encajaba en prácticas de largo arraigo, no suponía reparos mayores y se inscribía dentro de las tradiciones reivindicadas como propias en la vieja Europa.

Sepúlveda se basaba en el derecho natural emergente de esa *ley natural* imperante que autorizaba a despojar a un pueblo de su libertad y bienes por «hombres buenos y justos», principio este sustentado en la Alta Edad Media en los largos conflictos entre cristianos e infieles (musulmanes). Personajes como Bartolomé de las Casas (1958a y 1958b), Fray de Victoria (1946) o José de Acosta (1979) sostenían una posición diferente, y, en parte, se anticipaban a los tiempos, con ideas tan modernas como el «relativismo cultural» y el principio de la convivencia pacífica y respetuosa de sociedades y culturas distintas. José de Acosta reviste gran importancia desde el punto de vista antropológico, pues sostiene que las costumbres son «adquiridas» mediante la «educación»; Francisco de Victoria iba aún más lejos, ya que planteaba que los «indios» estaban pública y privadamente en pacífica posesión de sus cosas y se los debía considerar como verdaderos señores a quienes no se los podía despojar de sus bienes. Para De las Casas, suponer que el «indio» americano no *tiene fe, ni rey ni ley* no lo hace distinto del europeo, sino que es simplemente una cuestión de grados de *civilización*; gradualmente el «indio» iba a asimilar las formas de la *civilización*. Solo la ausencia del cristianismo entre las *altas culturas americanas* explicaba la distancia cultural entre estas y el europeo. La evangelización es lo único que justificaba para dicho fraile la conquista de América; se considera como la única forma de pasar de la *barbarie* a la *civilización* superior. Sin embargo, diferentes factores, entre ellos los intereses económicos, hicieron que los procesos transitaran por carriles muy diferentes a tales postulados.

A lo largo del siglo XVIII, pierde peso la autoridad de la Biblia como texto histórico. En la segunda mitad de dicho siglo dominó la teoría de los «4 estadios consecutivos», basada en diferentes modos de subsistencia que lideraron la «evolución» de las sociedades: *caza, pastoreo, agricultura y comercio*. Así, la historia se entendía como una sucesión de estadios. Por tanto, la imagen que la Ilustración da del «indio» americano es la de un ser esencialmente simple y no desarrollado, que vive en un medio que exige centrar toda su energía física en la supervivencia. Dicho de otro modo, se sitúa al «salvaje» en un punto

inicial de la historia; son niños y representan la infancia de la humanidad. Paulatinamente, el «primitivo» se pasa a ver como el portador de una «bondad natural», imagen ambigua en cuanto a valores y carencias (Robertson, 1777).

La literatura sobre el contacto o choque interétnico nos muestra un rico proceso respecto de uno de los temas centrales, constitutivos de la antropología: la presencia del «otro». Así, en este proceso el indio americano va ocupando diferentes lugares: de la imagen del «bárbaro», «salvaje» e incivilizado, más o menos distante del conquistador, hasta ese «primitivo» situado en el *museo* de la historia, convertido en objeto de interés para los economistas, naturalistas, filólogos y antropólogos.

Las opiniones respecto de los «nuevos pobladores» se dividen en *monogenistas*, aquellos que sostenían que tales pobladores pertenecían al linaje de Noé y sus descendientes, y por lo tanto era idéntico a los pobladores europeos; y *poligenistas*, que planteaban que tales poblaciones suponían un poblamiento autóctono *antediluviano*. De ser esta última la situación, suponía una razón extra para el sometimiento o aniquilamiento: Dios había «purificado» la creación mediante un diluvio, en el cual se habían salvado los únicos buenos, y a partir de estos se había repoblado la tierra. Si estas nuevas poblaciones se le habían «escapado» a Dios, era una justa razón culminar ahora tal designio divino (Bestard-Camps y Contreras, 1987: 30).

El contacto interétnico iniciado en el siglo XVI nos muestra las diferentes valoraciones a partir de las cuales una cultura percibe a otra. El indígena americano es visto como un «bárbaro», un «salvaje», un «primitivo», una especie de «espejo del pasado» en el que el europeo veía reflejado sus tiempos primitivos, con interés para la «ciencia»; un ser «natural», de por sí bueno, pero al que era necesario guiar, dirigir, entre otras creencias propias de la época. La percepción del europeo de ese «otro» se daba bajo esquemas largamente utilizados: la imagen del *bárbaro* se aplicaba ya desde los griegos a las poblaciones periféricas al área de su dominio político, las cuales eran vistas, en general, como seres inferiores, no dotados de los atributos que definían e identificaban al igual, al integrante de la *polis*.

De parte del indígena, en tanto, había una ausencia total de referentes, lo que provocó que para muchos pueblos el conquistador pasara a identificarse con «el regreso de los dioses». La reiterada «respuesta» que vemos a lo largo del continente de interpretar o considerar a los conquistadores como los dioses que regresaban no implica, sin embargo, una reacción «irracional» o «primitiva», sino por el contrario, constituye un auténtico esfuerzo racional, un esfuerzo por hacer comprensible lo «extraño», lo «irracional» y por mantener el «orden» que la nueva realidad ponía en entredicho. Para ello, entonces, recurrieron a los mitos y tradiciones con el fin de integrar en su propia concepción del mundo los hechos insólitos que estaban ocurriendo y asumirlos sin resquebrajar la coherencia de su propia cosmovisión.

Luego, lentamente, se irá asumiendo la realidad y los supuestos «dioses», que «solo se alimentan de oro», pasarán a identificarse con los «espíritus del mal». El mundo estructurado desde sus antepasados parecía extinguirse ante la nueva realidad: las autoridades propias no tenían poder para enfrentar a los recién llegados, los que se mofaban de sus normas. Los espíritus de sus ancestros, todo su mundo de costumbres y de creencias sucumbía frente a ese poderoso Dios que traían los invasores, que mataba a distancia con las nuevas armas que lanzaban fuego, que enviaba epidemias que acababan con los indígenas y no con los europeos, que ejercía un dominio total y absoluto —tal como lo decían los nuevos «chamanes» que predicaban esas nuevas creencias, a quienes se castigaba cruelmente por

tener otras costumbres—. En fin, se desplomaba todo su mundo conocido, sentían «la *desposesión* del mundo» (Bestard-Camps y Contreras, 1987: 328).

Con la conquista a manos de los cristianos, los indios americanos tenían la sensación no solo de una «derrota» militar, sino también, y sobre todo, de una «muerte» cultural. Sufrían desde lo psicológico, verdaderamente, una «desposesión del mundo», trauma que se perpetuó durante todo el período colonial; el porqué de la fulminante «derrota» inicial por parte de un puñado de individuos, frente a millones que, en un principio, no muestran ninguna reacción. No obstante, evidentemente, la razón de la derrota no fue una sola sino un conjunto de factores relacionados entre sí. La superioridad técnica y de armamento: armas de fuego contra lanzas y flechas, el dominio del caballo; los factores psicológicos ya señalados, la concepción de «guerra» diferente a la europea; las rivalidades interétnicas explotadas por el conquistador para beneficio propio y para alcanzar un más fácil dominio, promoviendo enfrentamientos entre los distintos grupos; las terribles enfermedades introducidas y sus efectos psicológicos (pérdida del poder de los chamanes, pérdida de autoridad del cacique, etcétera) antes señaladas. Todo esto nos acerca a la explicación de qué pasó y cómo pasó.

Los procesos iniciados en 1492 tienen desarrollos diferentes y algunos incluso parecerían no haber concluido hasta hoy, pues se anticipan o se retrasan según los intereses, los ritmos, los territorios donde se va desarrollando la relación europeos-pueblos originarios. Si consideramos las políticas indigenistas, así como las repuestas que las clases dirigentes les han dado a los pueblos originarios, en la mayoría de las regiones se pondrían de manifiesto distintas etapas, que podrían resumirse de la siguiente manera: 1. *Conquista del territorio*. Sometimiento, persecución y exterminio de la población en caso de resistencia; 2. *Indigenismo colonial*. La sociedad indígena debe conservarse bajo control y explotación por parte de la sociedad dominante. 3. *Indigenismo republicano*. La sociedad indígena debe ser asimilada al resto de la población, «por la palabra o por las armas» y conformar una sola «nación». De esta forma: «La civilización desaloja la barbarie y la somete a su gobierno» (Del Valle, 1884); 4. *Indigenismo moderno*. Integración a la sociedad nacional, pero conservando sus propias formas culturales. Recién en las últimas décadas, al menos en las declaraciones, se reconoce que muchos estados son *multiétnicos* y *pluriculturales* y, por lo tanto, los proyectos nacionales de cultura deberían reflejar esa realidad social. Sin embargo, no resultaría fácil encontrar un ejemplo en nuestros días de un Estado plenamente *multiétnico* y *pluricultural*.

El arribo del europeo significó, entre otras cosas, la incorporación del territorio a la *historia* escrita de Occidente y clausuró en muchos de nuestros pueblos su propia historia. Tanto es así que para buena parte del continente la memoria de la *América indígena* resulta aún hoy muy borrosa y lejana. Se generó así el mito de la *América blanca*, y Uruguay constituye uno de los mejores ejemplos del país *trasplantado* (Ribeiro, 1975) y del mito de que toda su población descende de los «barcos», mito que invisibiliza la realidad de la mayor parte de la población americana.

En definitiva, 1492 marca el inicio de nuevas *historias* y la clausura de muchas otras, que todavía hoy siguen olvidadas...

El abordaje de las fuentes históricas

Las fuentes etnohistóricas que podemos manejar en nuestro medio para el abordaje de los pueblos originarios se ubican casi en su totalidad dentro de la *historiografía narrativa*. El fin primordial de este género historiográfico es conservar el *recuerdo* del presente del individuo que narra, por lo que, generalmente, la historiografía narrativa no encierra una investigación causal.

Por *fuentes histórica* se entiende todo testimonio del pasado que haya llegado hasta nosotros y que permita interpretar o entender un hecho o dato del pasado. Tal hecho o dato alude casi siempre a la *casualidad* del testimonio. Nunca contamos con la totalidad de los testimonios en relación con un hecho concreto del pasado, sino solo con aquellos que se han conservado y que, según la época o los temas, pueden ser representativos o no de los acontecimientos que pretendemos documentar. En concreto, debió mediar la situación de que alguien supiera escribir, quisiera hacerlo y tuviera los elementos necesarios para llevarlo a cabo, que el escrito se guardara, se conservara y llegara hasta nosotros. Cuanto más nos alejamos en el tiempo, mayores son las dificultades para que todas estas situaciones se cumplan.

Para el estudio de los pueblos originarios de la región desde el siglo XVI, cuando se dieron los primeros contactos, hasta la actualidad, contamos con testimonios históricos, en su amplia mayoría constituidos por fuentes escritas, a las que se les suman algunas pocas *representaciones plásticas*.

Entre las *fuentes escritas* tenemos: libros de viajeros, escritos oficiales que hacen referencia a los indígenas, escritos e informes científicos, informes de embajadores, partes militares, crónicas y descripciones históricas, autobiografías —es decir, memorias, diarios personales o cartas—, entre otros.

Buena parte de las fuentes, en particular aquellas de los siglos más tempranos, se trata de testimonios autobiográficos: Estos versan, fundamentalmente, sobre sucesos que de alguna manera están en estrecha relación con el narrador. Entre las principales formas que adoptan las autobiografías, se encuentran el *diario*, que supone, por lo general, el registro de acontecimientos contemporáneos sin que transcurra demasiado tiempo entre el hecho y su registro; las *memorias*, que describen sucesos en los que, en mayor o menor medida, quien escribe ha participado, y que pueden haber ocurrido mucho tiempo antes, por lo que interviene la memoria, el recuerdo y, en ese sentido, pueden ser menos veraces que el diario; las *cartas*, las cuales pueden incluirse tanto entre las fuentes autobiográficas como en las de carácter público, según su contenido.

Por su parte, entre las *representaciones plásticas* se pueden encontrar aquellas de contenido *geográfico*, pues es frecuente que en la cartografía de la época se hicieran breves descripciones de forma marginal, en las que muchas veces se consignaban datos sobre el paisaje, los pobladores, sus costumbres, etcétera. Las *representaciones plásticas*, en tanto, se componen de reproducciones y retratos, en los que se describe gráficamente la vivienda, la indumentaria, las armas y las facciones de los pobladores, entre otros aspectos.

Es evidente, entonces, que, por su naturaleza, la mayoría de las fuentes con las que contamos están cargadas de subjetividad, de inexactitudes, de contradicciones, de juicios apresurados, ya que se trata de «recuerdos de viajes» y no del registro de un investigador. En consecuencia, la metodología y el análisis crítico de estos relatos pasa a ocupar un rol clave dentro de las técnicas de investigación a desarrollar. Es así que la metodología a

emplear debe abordar los aspectos formales, tales como la autenticidad —si el papel, la tinta, la caligrafía es propia de la época a la que refiere, en el caso de los manuscritos— y la clasificación literaria, a la identificación del personaje, etcétera. En cuanto al análisis crítico de los contenidos, por otra parte, nunca debemos olvidar que en la mayoría de los casos se trata de una crónica escrita por el grupo social dominante, invasor, que se refiere al grupo social dominado, sojuzgado; las referencias al indígena se dan de manera marginal y no son frecuentemente el objetivo de la comunicación. Por esta razón, es necesario intentar trascender el relato y poder leer entre líneas, teniendo en cuenta los intereses en juego, qué rol juega quien escribe, su filosofía, sus creencias, sus funciones, entre otros aspectos.

La etnohistoria

El tratamiento de los testimonios históricos que se conservan respecto de los pueblos originarios conforma una interdisciplina a la que, a través del tiempo, se ha denominado «etnohistoria». Se trata de una *etnología* (antropología) *histórica*, que se ocupa del «otro» social, desde la perspectiva de la etnicidad y considerando sus transformaciones a lo largo de la historia. Da cuenta de los procesos de conformación de las identidades étnicas en el pasado o de las estructuras sobrevivientes. Por lo tanto, resulta un instrumento de análisis en relación con la teoría general de suma importancia, ya que posibilita un estudio de *mediano y largo* alcance (Lorandi y Del Río, 1992).

La etnohistoria interacciona por medio de dos parámetros fundamentales: por un lado, la *problemática social* que emerge como producto del devenir de la historia de las sociedades y sus contactos e interrelaciones; por el otro, el desarrollo de *teorías y metodologías* que permiten dar cuenta y entender las situaciones sociales que investiga. En otras palabras, supone necesariamente un abordaje *interdisciplinario*, en el que se conjuga el quehacer del *historiador*, en cuanto a las técnicas de investigación, y del *antropólogo*, en cuanto a los objetivos perseguidos, que son básicamente desentrañar las tramas sociales implícitas. Refiere a una *historia* en la que lo social, como fenómeno colectivo, se expresa tanto a través de fenómenos recurrentes, susceptibles de análisis estadístico, como de *historias de vida* concretas. La información se estudia mediante los testimonios escritos sobre las sociedades indígenas y de la tradición oral que pueda haber perdurado respecto de ellas.

La etnohistoria nace con los estudios sobre las sociedades colonizadas por Europa a partir del siglo XVI (América, Oceanía, África, Asia) y que continuaron siendo total o parcialmente ágrafas durante un cierto tiempo. En su origen —comienzos del siglo XX—, responde a las necesidades de los antropólogos de estudiar el *cambio social* y de «penetrar» en el pasado que las comunidades pueden reconstruir gracias a la memoria oral y las fuentes históricas. En este contexto, el *funcionalismo* la definió como la «historia de los pueblos sin escritura» o, más específicamente —con un criterio altamente etnocéntrico y discriminatorio—, como la «historia de los pueblos sin historia».

¿Por qué «historia de los pueblos sin historia»? ¿Estos pueblos no tenían pasado? Esta pregunta tiene dos respuestas: de una parte, son pueblos ágrafos, por lo que la *memoria histórica* difícilmente pueda traspasar las dos o tres generaciones hacia atrás en el tiempo. Si bien la transmisión oral puede mantener relatos, estos, al no haber sido vividos en persona o a través de antepasados cercanos, pueden deformarse y confundirse con el mito —hecho que sucede habitualmente—, tomando rasgos temporales imprecisos e incluso fantásticos. La escritura fija el dato, pero no necesariamente el recuerdo.

De otra parte, la historia que reconocemos es la historia universal, que no es la historia del lugar, sino la historia de Occidente. A medida que Occidente fue arribando a los distintos confines del mundo, los fue incorporando a la «historia», y es a partir de ahí que pasamos a formar parte de ese relato global; incluso todavía hoy concebimos la historia universal de ese modo. Es decir, las historias locales no hacen a la «verdadera historia», que es la historia de Occidente, sino que los nuevos pueblos son «descubiertos» e incorporados a esta.

Es por ello que, en un marco «colonialista» y bajo un escaso interés social por el «otro», esta historia se va a ocupar solo de la «corta duración» de las sociedades dominadas, a efectos de comprender el tejido social y la función de las instituciones, con fines básicamente operativos. Se ignora, en consecuencia, al individuo como sujeto histórico e interesa solo a los efectos de su manejo.

A lo largo tiempo, la etnohistoria ha pretendido contenidos y objetivos diferentes: ha sido considerada como una «disciplina», como un conjunto de «técnicas» y «metodologías», en la que interactúan la historia y la antropología. Además, se ha recurrido a fuentes muy diversas, como la cultura material, el folclore, la literatura o la pintura, más allá de la tradición oral o los datos escritos.

Asimismo, la interdisciplina que nos ocupa ha recibido denominaciones y caracterizaciones diferentes. Por ejemplo, *etnografía histórica*, es decir, una descripción etnográfica en la que la realidad social a describir no es observada directamente por el etnógrafo, sino que este debe recurrir al dato histórico y a la tradición oral para estudiarla, pero cuyo fin es, básicamente, el mismo que el de la etnohistoria: conocer cómo vivían las sociedades, cuáles eran sus costumbres, de qué se alimentaban, como vestían, etcétera. O, también, *historia nativa* (Trigger, 1982), que analiza el «cambio» en las sociedades mediante el estudio de los contactos interétnicos; *antropología histórica* o *antropología diacrónica* (Le Goff y Schmitt, 1981), que entiende que la etnohistoria es un abordaje antropológico no diferente de lo que hace la disciplina en forma general, pero recurriendo, en vez de a la observación directa y al diálogo con el informante, al dato histórico.

La *etnohistoria*, en resumen, es una interdisciplina que nació a comienzos del siglo XX y que recorrió tortuosos y difíciles caminos. En sí, el término *etnohistoria* fue acuñado por el antropólogo social de origen inglés Clark Wissler, hacia 1908. Su intención fue reconstruir la historia preeuropea, intentando conocer, por medio de documentos estudiados con todo rigor historiográfico, las culturas no europeas que se suponía representaban estadios anteriores a la «civilización». En la base está la rigidez del «evolucionismo lineal» y determinista que decía que esos pueblos no europeos reproducían, representaban, estados anteriores por los que habían pasado los pueblos europeos, antes de llegar a la Europa civilizada. En ese contexto, el término *historia*, se estaba usando como *conocimiento del pasado*, como la historia del planeta Tierra, o la historia de los dinosaurios, y era en esta categoría de historia física o biológica que se ubicaba a «los pueblos sin historia humana». Con los documentos que dejaron los viajeros, conquistadores, comerciantes, burócratas y demás gentes pertenecientes al único pueblo con historia humana, el europeo, se reconstruía el pasado de esa gente «sin historia».

Se pensaba que esos pueblos carecían de historia no solo por no tener escritura, sino porque su discernir, sus cambios registrados se consideraban simples adaptaciones mecánicas al medio natural donde se desarrollaron, a lo que algunos también sumaban la «aculturación» mecánica al contacto con la civilización europea. La cuestión era explicar

en forma «racional» la diversidad encontrada, y lo racional en aquel momento fue negarles a estos pueblos una historia humana madura y encapsularlos en un determinismo desde el exterior: el ambiente físico y la civilización.

Por lo tanto, los pueblos que fueron definidos como «prehistóricos» pasaron a ser «los primitivos», término muy polivalente que ocupa los espacios desde «los primigenios» hasta los «no hombres». A esos pueblos no civilizados se les llamó «etnos», y la encargada de estudiar sus identidades, sus desplazamientos, sus creencias, sus lenguajes, todos detenidos en tiempos cronológicos diversos, fue la antropología que solo estudiaba a esa clase de *ántropos*. Recién para la década de 1980 aparecen interpretaciones diferentes, que de hecho van a hacer crecer una verdadera *interdisciplina*. Los etnohistoriadores deben dominar el arte de usar ambas vías, la historia y la antropología, como un acceso integrado a procesos socioculturales diversos (Bechis, 2008: 380).

A propósito, algunos conceptos básicos acerca de la cultura han sido explicados por Kluckhohn (1945), quien sostiene que esta es «[...] diseños de vida históricamente creados, implícitos explícitos, racionales, irracionales y no racionales que pueden existir en un momento dado como guías potenciales para el comportamiento de los hombres» (Kluckhohn y Kelly, 1945: 94). Por su parte, Diamond (1974: 341), afirma que «Los seres humanos son al mismo tiempo actores dentro del mundo y, a su vez, creadores de su mundo cultural. Tienen la capacidad de sintetizar su experiencia (presente y pasada) y de reaccionar intencionalmente de manera creativa e inesperada». Y agrega que «[...] la cultura es el espacio semántico, el campo de signos y prácticas, en que los seres humanos construyeron y representan a sí mismos y a otros y, por lo tanto, a sus sociedades y sus historias [...]» (Diamond, 1974: 341).

Bechis (2008) considera, en tanto, que en los años 90 a la antropología se le arrebató el concepto de «cultura» y se lo politizó, en particular por los autores ingleses. Esto lleva a que dicho concepto sea entendido como «un conglomerado de construcciones puestas en movimiento por gestores, producido en y dentro de prácticas sociales (especialmente prácticas relacionadas con el poder y la desigualdad), operacionalizadas, en la época moderna, a través de agentes de estado las actividades del capital» (Bechis, 2008: 384).

Para la antropología social, la pretensión de reconstruir el pasado de esos pueblos ágrafos llevaría solo a una «historia conjetural», ya que el sofisticado método de observación participante no es aplicable al pasado. Es por tal motivo que Diamond, el antropólogo de la escuela inglesa, daba prioridad metodológica al presente.

Según Bechis (2008), se trata de una especie de «colonialidad», diferente al «colonialismo» clásico, que consiste en un totalitarismo científico, en una opresión epistémica. *Colonialidad* del poder, del saber, del lenguaje europeo, derivado del latín y el griego, como el sitio donde se inscribe el conocimiento, hacen la «colonialidad del ser». Así, para muchos, «la razón, la historia, la ciencia» no son parte de lo aprendido, sino de la naturaleza misma.

En suma, cuando en Occidente el término *cultura* significaba algo importante, les negó cultura a los otros pueblos. Ahora, que significa algo de adorno y pintoresquismo, los «otros» son todo cultura; los *etnos* son los otros, son las «culturas», los no occidentales a los que Occidente expande su poder hegemónico con el fin de fortalecer la hegemonía del poder en su propio ámbito (Bechis, 2008).

Respecto del concepto de «historicidad», este hizo su entrada hacia la década de 1990. Al respecto, Dirks (1996: 32) indica que

historizar no es nada más que el constante hacer preguntas sobre cómo algo llegó a ser y el efecto que las cosas han tenido en el tiempo. Historizar es aceptar que el pasado es construido, que las cosas no son dadas sino hechas y hechas con un sentido.

Interpretando a Foucault, se podría decir que preguntar por lo histórico es preguntar cómo es que cierto acontecimiento ocurrió, en otras palabras, buscar su genealogía, o sea, la construcción de verdades, hechos, cosas, signos y significados. Es en el *acontecimiento* que tenemos que buscar la historicidad; acontecimientos que a veces son continuidades, otras veces, discontinuidades construidas lentamente, y aun otras, son emergentes, cambios repentinos. Cada acto es, en primer lugar y antes que nada, un acontecimiento histórico.

Los *acontecimientos* incluyen procesos, cambios, improvisados espectáculos, actos, transformaciones y otras características que son, en esencia, de los objetos físicos o *cosas* concretas. Como decía Foucault (1971), el acontecimiento debe ser interrogado como una cuestión presente: ¿para qué sirve?, ¿qué funciones asegura?, ¿en qué categorías se integra? Es decir: tratar de manera específica las relaciones entre la tecnología del poder y la genealogía de los saberes. Una interacción social conflictiva entre alteridades colectivas da lugar a la construcción de los *etnos*. Veamos un ejemplo: antes de la llegada de Cristóbal Colón no había «indios» en el nuevo continente, por lo que, «Estudiar a los Indios es estudiar la secuencia histórica de relaciones que empiezan cuando los europeos invadieron América —dice Wax— sin los invasores españoles no habría habido indios» (Bechis, 2008: 389).

¿Qué había en América? Muchos pueblos diferentes, muchas lenguas diferentes, muchas formas políticas, muchas economías distintas. Sus nombres y características fueron producto de sus propias tensiones interétnicas, que enfrentaron unos a otros por intereses sociales (territorios, capacidad reproductiva de las mujeres y recursos económicos, por ejemplo). Con la llegada de los europeos se inauguraron las dos etnias más inclusivas: por un lado «los indios, salvajes, paganos», por el otro «los blancos, cristianos, invasores».

Durante el proceso histórico van apareciendo y desapareciendo barreras étnicas y subétnicas, hecho que se asemeja a colocar una serie de objetos de varios tamaños, unos dentro de otros hasta llegar a los más amplios, que abarcan los más pequeños; es lo que en antropología se ha llamado «estructuras segmentarias» o «etnicidad segmentaria». Rastrear la sucesiva segmentariedad que se va creando, desapareciendo o descubriendo en cada una de ellas y entender tanto los parámetros de conflicto que las han creado como sus alianzas en contra de otro segmento más inclusivo es un ejercicio muy instructivo, que lleva a entender mejor los cambios de frentes de los conflictos y de las alianzas. En esta línea, la interacción se define como una mutua influencia de dos o más elementos que pueden ser pueblos, grupos, variables y sistemas sociales (Bechis, 2008: 388).

En el último tercio del siglo XX, la etnohistoria ha sufrido distintas transformaciones. Desde la perspectiva de la «historia nativa» (Trigger, 1982), por ejemplo, la etnohistoria adquiere una dimensión metodológica mucho más amplia al trascender la sociedad indígena, y se ocupa, entonces, de las sociedades ágrafas, en general, y de utilizar en forma amplia el *relato indirecto*. Posibilita una visión *holística* en la que convergen los estudios arqueológicos, etnológicos e históricos. Sahlins (1981) considera que el gran desafío de la *antropología histórica* es saber no solo cómo las culturas ordenan sus categorías (estructuras), sino también como se reordenan ellas a lo largo de los procesos históricos. A través de la diversidad de fuentes, la antropología histórica busca, además de la *intertextualidad*,

los significados ocultos, los silencios implícitos, el imaginario subyacente. Decodifica categorías simbólicas o sociales del informante, del receptor, sus intereses y los del entorno (Geertz, 1987).

Si bien desde la perspectiva de las ciencias antropológicas durante la primera mitad del siglo XX la etnohistoria en general adopta una perspectiva básicamente etnográfica (descriptiva), desde la historia se dan pasos significativos. A partir de los años 30, fueron surgiendo, lentamente, otras formas de valorar y analizar la sociedad dentro de una perspectiva diacrónica. Es así que se crea el espacio para una *historia social*, que aborda la familia, la demografía, etcétera. A modo de ejemplo, en Francia aparecen los primeros estudios de lo que hoy se denomina «historia de las mentalidades» o los *Annales d'histoire économique et sociale* y en Inglaterra la *Economic History Review*, con la participación de investigadores como Fernand Braudel, que influenciarán enormemente el campo de la antropología diacrónica.

La microhistoria

El surgimiento de la llamada «microhistoria» ha resultado un aporte muy significativo a la antropología histórica, pues el enfoque *microhistórico* aborda el problema de cómo acceder al conocimiento del pasado mediante diversos indicios, signos y síntomas. Este es un procedimiento que toma lo particular como punto de partida («particular» que a menudo es altamente específico e individual y sería imposible calificar de caso típico) y procede a identificar su significado a la luz de su contexto específico. La microhistoria es, por esencia, una práctica historiográfica, mientras que sus referencias teóricas son múltiples y, en cierto sentido, eclécticas. El método, de hecho, se interesa ante todo y sobre todo por los procedimientos concretos y detallados que constituyen la obra del historiador.

Aparece en la década de 1970 a partir de un debate político y cultural más general; se pone en duda la idea del progreso constante mediante una serie uniforme y predecible de etapas en las que, según se pensaba, los agentes sociales se ordenaban de acuerdo con solidaridades y conflictos que, en cierto sentido, estaban dados y eran inevitables. Siempre se centró en buscar una descripción más realista del comportamiento humano, recurriendo a un modelo de la conducta humana en el mundo basado en la acción y el conflicto, y que reconoce su relativa libertad más allá, aunque no al margen, de las trabas de los sistemas prescriptivos y opresivamente normativos.

La microhistoria intenta no sacrificar el conocimiento de los elementos individuales por una generalización más amplia, y, de hecho, insiste en las vidas y acontecimientos de los individuos. Al mismo tiempo, intenta no rechazar todas las formas de abstracción, pues los hechos mínimos y los casos individuales pueden servir para revelar fenómenos más generales. La reducción de escala, el debate sobre la racionalidad, el pequeño indicio como paradigma científico, el papel de lo particular (sin oponerse, sin embargo, a lo social), la atención a la recepción y al relato, una definición específica de contexto y el rechazo del relativismo (Revel, 2005; Levi, 1993; Bensa, 1996).

La historia oral

Los historiadores de las sociedades industriales modernas y con alto índice de alfabetización (es decir, la mayoría de los historiadores profesionales) suelen mostrarse en general bastante escépticos sobre el valor de las fuentes orales en la reconstrucción del pasado. Los criterios convencionales se muestran pesimistas ante la posibilidad de una historia válida para aquellas sociedades que no posean documentación escrita, ya que se considera implícitamente que la debilidad de las fuentes orales es un fenómeno universal e irreparable. La información oral representa una segunda o tercera opción documental, por tanto, su papel se limita a facilitar historias de segunda categoría sobre comunidades con pobres fuentes de información (Prins, 1996).

En su manifiesto *Oral Tradition as History*, Marwick (1970) argumenta que, cuando no existe la escritura, o prácticamente no se halla presente, las tradiciones orales han de llevar el peso de la reconstrucción histórica. No obstante, estas no lo harán de la misma manera que las fuentes escritas; hay que comprender plenamente las limitaciones que tiene la tradición oral. Es decir, la reconstrucción a partir de las fuentes orales puede muy bien poseer un grado bajo de fiabilidad si no se cuenta con fuentes independientes para contrastar.

Hay diferentes tipos de historia oral: la repetición aprendida de relatos o mitos del grupo a través del tiempo en sus diferentes formas y el recuerdo personal de hechos pasados, propios o de otros. Este último se trata de una evidencia oral específica, basada en las experiencias propias del informante, y no suele pasar de generación en generación excepto en formas muy abreviadas, como, por ejemplo, en el caso de las anécdotas privadas de una familia —«Mi abuela contaba que...»—. Tales testimonios se encuentran limitados por el carácter no permanente de la palabra hablada y por la capacidad limitada de la memoria humana. La escritura terminó con el problema del almacenamiento de la memoria y dejó de obsesionar la vida intelectual del hombre. Así, la mente humana quedó libre para estudiar un texto estático en vez de encontrarse limitada por la participación en el dinamismo del habla. Sin embargo, los recuerdos personales, no siempre expresados por escrito, permiten aportar una frescura y una riqueza de detalles que no podemos encontrar de otra forma. Posibilita historias en pequeña escala, ya sean de grupos, ya sean de orden geográfico: historias locales de aldea o de barrio. Asimismo, según su función, puede guardar mayor fidelidad o no. A saber, un rezo, seguramente, dependa de una fórmula rígida y deba ser entonado siempre igual para cumplir su cometido, por lo tanto, es posible que su pasaje de generación en generación se mantenga en el tiempo, sin sufrir alteraciones.

Por lo expresado antes, ningún historiador de la política moderna, sumergido en la documentación oficial, puede esperar fiabilidad si no emplea las fuentes orales (e incluso podríamos añadir, fuentes fotográficas y cinematográficas). La *historia oral* con su riqueza de detalles, su humanidad, su emoción frecuente, y siempre con su escepticismo sobre el quehacer histórico, se encuentra mejor preparada para estos componentes vitales de la tarea del historiador: la tradición y el recuerdo, el pasado y el presente. Sin acceso a estos recursos, los historiadores en las modernas sociedades industriales de alfabetización masiva, es decir, la mayoría de los historiadores profesionales, languidecerán encerrados en su propia cultura.

Guía de trabajos prácticos a desarrollar

A título de ejemplo, y como guía para los docentes que trabajan la temática, se sugieren algunas actividades:

1. Cuadro comparativo

Los cuadros comparativos nos permiten mostrar las similitudes y diferencias entre los procesos históricos, los modos de vida y, por ende, las transformaciones y cambios de los distintos pueblos; ejercitan habilidades de comprensión y selección.

Se eligen los aspectos cuya semejanza y diferencias queremos comparar, como períodos (siglo XVI al siglo XVIII, por ejemplo), regiones (del área chaqueña al planalto surbrasileño), etcétera. Se ubican en ejes los temas seleccionados a efectos de realizar el cuadro comparativo.

2. Análisis de textos

Se proporciona un texto (por ejemplo, un párrafo de una crónica) y a partir de este se plantean actividades como a) extraer información básica del grupo descripto, b) definir estructuras básicas (nomadismo, economía, chamanismo, entre otras) y ubicarlas dentro de contextos antropológicos determinados.

3. Revisión de términos

A partir de los textos manejados, se pueden proponer los siguientes ejercicios:

- Analizar expresiones como «relativismo cultural», «aculturación», «deculturación», por nombrar algunas.
- ¿Considera adecuados los términos «inferior», «bárbaro», «salvaje», «primitivo»? Analice el contexto en que fueron utilizados y su aplicación actual.
- ¿Cuáles serían los hechos o acontecimientos claves que podemos observar en el proceso de contacto europeo–pueblos originales? (ejemplos: introducción del ganado vacuno, organizaciones religiosas, comercio, etcétera).
- Ubique en un mapa de la región los lugares mencionados, las distancias, los recorridos, los personajes mencionados, etcétera.
- Analice la toponimia de un territorio dado, su origen, idioma, su transformación, etcétera.

Referencias bibliográficas

- Acosta, J. de (1979). *Historia natural y moral de las Indias*. México.
- Bechis, M. (2008). *Piezas de etnohistoria del sur sudamericano*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científica.
- Bensa, A. (1996). De la micro-histoire vers une anthropologie critique. En J. Revel (dir.) *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience* (pp. 37-71). París: Gallimard/Le Seuil.
- Bestard-Camps, J. y Contreras, J. (1987). *Bárbaros, paganos, salvajes y primitivos: una introducción a la antropología*. Barcelona: Barcanova.
- Del Valle, A. (1884). *Diario de Sesiones del Senado de la Nación, 19/8/1884*.
- Diamond, S. (1974). The Rule of Law Versus the Order of Custom. *Social Research*, 38(1), 42-72.
- Dirks, N. (1996). Is Viceversa? Historical Anthropologies and Anthropological Histories. En T. J. McDonald (comp.) *The Historic Turn in the Human Sciences* (pp.17-51). Michigan: University of Michigan Press.
- Foucault, M. (1971). *Nietzsche, Friedrich. La genealogía, la historia*. París: Gallimard.
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.

- Hanke, L. (1937). Pope Paul III and the American Indians. *The Harvard Theological Review*, 30(2), 65-102.
- Kluckhohn, C. y Kelly, W. (1945). The Concept of Culture. En R. Linton (ed.) *The Sciences of Man in the World Crisis* (pp. 78-105). Nueva York: Columbia University Press.
- Las Casas, B. de (1958a). *Obras escogidas de Fray Bartolomé de Las Casas, III. Apologética historia*. Madrid: Ediciones Atlas.
- Las Casas, B. de (1958b). *Obras escogidas de Fray Bartolomé de Las Casas, V. Opúsculos, cartas y memoriales*. Madrid: Ediciones Atlas.
- Le Goff, J. y Schmitt, J. C. (1981). *Le Charivari*. París: École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Levi, G. (1993). Sobre microhistoria. En P. Burke (ed.) *Formas de hacer Historia* (pp. 119-143). Barcelona: Alianza.
- Lévi-Strauss, C. (1975). Las tres fuentes de la reflexión etnológica. En J. R. Llobera (ed.) *La antropología como ciencia*. Barcelona: Anagrama.
- Lorandi, A. M. y Río, M. del (1992). *La etnohistoria: etnogénesis y transformaciones sociales andinas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Marwick, A. (1970). *The Nature of History*. Londres: MacMillan Publishers.
- Pagden, A. (1982). *The fall of natural man. The American Indian and the origins of comparative ethnology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Prins, G. (1996). Historia oral. En P. Burke (ed.) *Formas de hacer Historia* (pp. 144-176). Barcelona: Alianza.
- Revel, J. (2005). *Un momento historiográfico. Trece ensayos sobre historia social*. Buenos Aires: Manantial.
- Ribeiro, D. (1975). *Configuraciones histórico-culturales americanas*. Montevideo: Arca/Calicanto.
- Robertson, W. (1777). *The History of America*. Edimburgo.
- Sahlins, M. D. (1981). *Historical Metaphors and Mythical Realities*. Michigan: Michigan Press.
- Sepúlveda, J. J. (1941). *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Trigger, B. (1982). Ethnohistory: Problems and Prospects. *Ethnohistory*, 20(1), 1-19.
- Victoria, F. de (1946). *Relaciones sobre los indios y el derecho de guerra*. Madrid.

Leonel Cabrera Pérez

Siglo XVI

La historiografía suele dividir en tres instancias básicas el proceso de relacionamiento entre los pueblos originarios del continente americano y los europeos: *descubrimiento*, *conquista* y *colonización*. Dicho proceso no se da de forma lineal, sino que guarda regularidades y ritmos distintos, según los intereses y los tiempos que entrañan los propios procesos. Tales etapas pueden darse mezcladas o pueden dilatarse en el tiempo, dependiendo de las regiones del continente. Inicialmente, el europeo se enfrenta a un territorio desconocido e inicia un lento proceso de asimilación, de lugares, pueblos y costumbres, que denota, en general, una gran confusión: un mismo lugar puede recibir topónimos distintos, las distancias no siempre son coherentes en función de los precarios instrumentos de la época.

Respecto del contacto con los pobladores locales, al comienzo estos son, usualmente, esporádicos, en particular con los grupos nómades, pues muchas veces depende de las necesidades circunstanciales de aprovisionamiento de agua o alimentos. Salvo incidentes puntuales, el relacionamiento es, por lo general, pacífico.

En la segunda mitad del siglo XVI, en áreas del sur de Brasil, se lleva a cabo la captura masiva de esclavos —los «negros de la tierra»—, por parte de los lusitanos, lo que incide profundamente en las poblaciones locales, con consecuencias sociales y demográficas de suma importancia. La tónica sería: transformaciones lentas y escasos contactos con los grupos cazadores nómades, y desintegración y exterminio del resto de las poblaciones que sufren contactos intensos y continuos con el europeo. En este sentido, los habitantes de los territorios costeros a los grandes ríos o de la región atlántica se relacionan con más o menos intensidad según el interés que las distintas regiones despiertan en el europeo, mientras el interior del continente permanece en general ajeno a tales procesos.

Entre los 28° y los 36° de latitud sur se ha configurado, en los últimos milenios, un área de reunión de pueblos diferentes, que a través del tiempo ha cumplido un marcado rol de «frontera». Los grandes ríos, por un lado —Paraná y Uruguay—, y la costa atlántica, por otro, constituyeron vías que canalizaron, en diferentes épocas, procesos migratorios complejos que hoy la arqueología intenta desentrañar. Al arribo del conquistador europeo, pues, encontramos distintos pueblos con marcadas diferencias socioculturales. El conocimiento de las estructuras sociales de estos pueblos hacia el siglo XVI se torna, en general, dificultosa dadas las características del «contacto».

Los intereses del conquistador, por entonces, no estaban puestos en estos territorios; estas amplias llanuras simplemente constituían una barrera para llegar a los reales objetivos propuestos: el ansiado pasaje a las Molucas, primero, y a las fabulosas Sierras de Plata, después. Esta situación se traduce en que, por mucho tiempo, nuestra área de estudio sea un territorio de paso y su poblador nativo, a lo sumo, un mero informante. Los encuentros con las poblaciones locales son circunstanciales, limitados a la costa atlántica o a la ribera de los grandes ríos, lo que provoca situaciones de contacto, usualmente, inestables y superficiales. Las distintas entidades socioculturales que ocupaban el territorio en los primeros tiempos del «descubrimiento» muestran un panorama de marcado contraste con

aquel que siglos después caracterizará la región (Cabrera Pérez, 2007). El mapa etnográfico que se puede trazar para la región hacia el siglo XVI comprende la evidencia de sociedades bien distintas:

1. Pueblos tupí-guaraníes

En su amplia dispersión por los territorios de América del Sur, los tupí-guaraníes alcanzan el Río de la Plata, el cual se transforma en el límite austral de su área de acción. Estas manifestaciones culturales se focalizan, en la región de estudio, en dos áreas: 1) la zona litoral con los ríos Paraná y Uruguay y el área deltica; y 2) la región atlántica sur-brasileña donde estos pueblos alcanzan hasta por lo menos los 29° de latitud sur. Estos frentes de expansión comprenden a dos ramas distintas del tronco tupí-guaraní, con arribos también en épocas diferentes. En lo que respecta a la expansión tupí del este, siguiendo la costa atlántica, esta habría llegado al sur del territorio brasileño hacia el 900 y el 1.000 de nuestra era (Brochado, 1973: 28), mientras que la penetración hacia el sur, siguiendo los grandes ríos (Paraná-Uruguay), habría ocurrido en el Plata poco antes de la llegada del conquistador europeo, siglos XIII a XIV.

El dato historiográfico asigna localmente a los tupí-guaraníes del sur atlántico de Brasil el nombre de «carijós» y a los de la región deltica del Paraná el de «chandules» (Schmidl, 1962).

Su economía incluía la horticultura de roza con diferentes cultígenos, como maíz, mandioca, batata dulce, frijoles, calabaza, entre otros, los que habrían variado según las condiciones climáticas del área de ocupación; la dieta se complementaba con pesca, caza y recolección. Sus aldeas, con grandes casas comunales o *malocas*, contaban con defensas (empalizadas), dado lo frecuente y desarrollado de las actividades bélicas dentro del grupo.

En cuanto a lo arqueológico, la cerámica con decoración policroma y los enterramientos en grandes urnas funerarias son indicadores de la presencia de este grupo típicamente amazónico. La práctica de la antropofagia ritual constituye otro de los elementos distintivos de estas parcialidades. Además, tanto los tupíes de la costa atlántica (Santa Catalina) como aquellos del Delta del Paraná prestaron importantes servicios a los conquistadores, oficiando de intérpretes o proporcionando información, alimentos y mano de obra. Los guaraníes constituyeron la base de las nuevas poblaciones, lo que dio lugar a una nutrida población mestiza con la que se consolidan los primeros centros poblacionales, como el de Asunción del Paraguay (1537).

2. Pueblos «guaranizados»

Estos —«protopobladores», al decir de Susnik (1975: 60)— sobrevivían en áreas periféricas a las zonas ocupadas por los tupí-guaraníes, con quienes se produjo un intenso intercambio, pacífico o no, hecho que provocó complejos procesos de relacionamiento. Dichos procesos se observan en la zona litoral oeste a través de grupos pescadores-cazadores canoeros, como los *chanás*, así como en el litoral atlántico, donde encontramos grupos con diferentes denominaciones, que suelen englobarse bajo la designación genérica de «tapuyos», cuyo proceso de guaranización había alcanzado niveles significativos (Cabrera Pérez, 1992).

En el medio y bajo Paraná y en el bajo Uruguay encontramos grupos canoeros con una economía basada en la pesca, complementada con caza y recolección, fuertemente adaptados al área ribereña. En las crónicas más tempranas, aparecen mencionados

como «chaná», «chaná beguá», «chaná thimbu», «corondá» y «quiloaza», entre otras denominaciones. Por otro lado, al oeste de las últimas aldeas tupíes en la costa atlántica («carijón»), en un territorio caracterizado por humedales con amplias lagunas, en el siglo XVI se ubicaban parcialidades indígenas no guaraníes, pero que mostraban un fuerte proceso de relacionamiento a partir de estos, lo que incluso, según algunas crónicas, resultó en la pérdida crónicas de su propia lengua.

Si profundizamos en los rasgos socioculturales de estos tapuyos del sur, observamos, sin embargo, que tienen un origen distinto. Las crónicas los muestran como horticultores que complementaban su dieta con pesca, caza y recolección, que habitan en aldeas semipermanentes en el interior del territorio y que explotan también los recursos de la costa oceánica (Soares de Sousa, 1879: 97). A diferencia de sus vecinos tupíes, esta población no eran antropófaga.

Para los tapuyos se encuentran diferentes denominaciones con carácter regional, de las cuales la más frecuente, relacionada con los territorios de las grandes lagunas, es la de «arachanes» (Díaz de Guzmán, 1914: 10).

3. Los pueblos de cazadores de las llanuras

En los territorios predominantemente llanos del actual territorio uruguayo, nordeste argentino y sur de la provincia de Buenos Aires, podemos ubicar diferentes parcialidades con un patrimonio cultural de tipo pámpido. Entre estas se destacan, por ocupar las áreas litorales de mayor contacto durante el siglo XVI, los *charrúas* en la banda norte del Río de la Plata y los *querandí* en el norte de la provincia de Buenos Aires. Estos pueblos compartían con los grupos pampeanos «primitivos» y grupos chaqueños pautas culturales comunes, aunque mostraban muchas veces adaptaciones ambientales e influencias culturales locales, relacionadas con su ubicación geográfica o con los procesos socioculturales desarrollados localmente.

En función de los factores socioeconómicos introducidos en la región, estos distintos pueblos, en contacto con el conquistador, sufrirán transformaciones, unas veces lentas, otras vertiginosas, a raíz de las que se desencadenan dinámicos procesos socioculturales, que en todos los casos suponen una más o menos rápida transformación de sus propios patrones culturales. Los intereses de la conquista y las políticas que se generan en tal sentido marcarán los ritmos de transformación social, incorporación y exterminio de las sociedades indígenas nativas. Hacia mediados del siglo XVI, al transformarse el Plata en un mero territorio de pasaje hacia el corazón del continente americano, siendo Asunción del Paraguay el centro motor de los intereses del momento, asistimos, por un lado, a la desaparición de los grupos tupí-guaraníes del Delta del Paraná, rápidamente absorbidos por el proceso colonizador, y, por otro, al comienzo del aniquilamiento de los grupos guaranizados del este atlántico, los que sufren un masivo comercio de «rescate» (esclavista) desarrollado por el colono portugués desde San Vicente. Las llanuras centrales, con una población nómada y numéricamente inferior, se mantienen aún casi al margen del proceso, al carecer su territorio de interés mercantilista; solo circunstanciales contactos marcan para ellos un todavía lento proceso de transformación.

A manera de resumen, si tomamos, entonces, el espacio comprendido entre Santa Catalina y el Río de la Plata, tenemos que, de acuerdo a la documentación existente, al momento del «descubrimiento» (siglo XVI) se ubican tres entidades socioculturales distintas:

1) Dicha área se encontraba limitada por dos desplazamientos tupí-guaraníes diferentes. Por un lado, en el oeste, los que habían descendido por los ríos Paraná y Uruguay en una época reciente, alcanzando el Río de la Plata. Estos guaraníes del Delta del Paraná habían ejercido diferentes grados de influencia sobre los grupos locales. Por otro lado, en el este, sobre la costa atlántica, desplazamientos tupí-guaraníes, más antiguos que los anteriores, habían alcanzado los territorios algo más al sur de Santa Catalina, hecho que generó, igualmente, mediante diferentes procesos de relacionamiento, pacíficos o no, diversos grados de guaranización en las poblaciones locales.

2) Los grupos guaranizados del este mostraban una estructura «Formativa» y se extendían por el extremo sur de Brasil hasta la boca del Río de la Plata, y recibían diferentes denominaciones, pero englobados frecuentemente por los informantes tupí-guaraníes bajo el nombre genérico de «tapuyas». Dichos tapuyas del sur mostraban, aparentemente, una estructura sociocultural no demasiado diferente a la de sus vecinos tupí-guaraníes en sus aspectos económicos y políticos, aunque con claras diferencias en lo que respecta a lo supraestructural (Cabrera Pérez y Barreto, 1996). Una situación parecida se daba en la región sur de los grandes ríos Paraná y Uruguay con los chanás y sus derivados, sociedades protocultivadoras adaptadas al ámbito fluvial.

3) En las áreas intermedias — las regiones llanas centrales de la antigua Banda Oriental —, se localizaban bandas nómades o seminómades de cazadores de tipo pampeano, que a partir del Río de la Plata se extendían hacia el norte por las amplias llanuras: charrúas, minuanes, guenoas, yaros y bohanes, quienes ostentaban estructuras socioculturales muy distantes de las del conquistador. Permanecerán inicialmente alejados del proceso desencadenado con el «descubrimiento» y podrán sobrevivir por mayor tiempo, al menos hasta una segunda etapa de «conquista», que implicará la ocupación real y directa del territorio, ya en el siglo XVIII.

Precisamente, la falta de interés inicial en el territorio llevó, al comienzo del proceso de «conquista», a un contacto muy furtivo y esporádico con los indígenas de la región. No obstante, en la búsqueda de un pasaje hacia el llamado «Mar del Sur», el Río de la Plata atrajo a los navegantes, que, rápidamente, comprobaron que si bien este no conectaba con el Pacífico, sus pobladores nativos daban testimonios de cuantiosas «riquezas», que fueron despertando nuevos intereses. Los territorios litorales adquirieron, así, un rol distinto, el de «tierra de paso» hacia el interior del continente, cuyas supuestas riquezas fueron aportando topónimos —como el ya aludido—, demostrativos del interés por la tierra, bajo la óptica mercantilista dominante.

A pesar de la situación general, ciertas áreas, en particular aldeas tupí-guaraníes con ubicaciones estratégicas, se transforman en «informantes», «intérpretes», «guías», proveedores de alimentos o mano de obra pesada. Santa Catalina, en la costa atlántica, por ejemplo, se convirtió en un centro de información, donde se tomaban «lenguaraces» que oficiaban de guías y que nos legarían su visión del mundo circundante de la época, de sus ocupantes, de su flora o fauna; testimonios que nos han llegado a través del relato, muchas veces despreocupado, que el cronista tomó de su boca.

Por lo regular, durante los primeros tiempos los relacionamientos entre europeo e indígena serán pacíficos, a pesar del frecuente acoso soportado por los pobladores nativos, ya sea con el fin de obtener recursos alimenticios para el conquistador como para indagar sobre la existencia de metales preciosos en la región. Los asentamientos europeos serán

de carácter transitorio y se relacionarán con el control de lugares específicos con valores estratégicos o próximos a las rutas principales que debían llevar a los tesoros del continente.

No obstante el escaso contacto, las poblaciones locales sufrieron notorias disminuciones a raíz de epidemias que diezmaron, principalmente, a aquellos grupos que habitaban en las aldeas más próximas a donde moraban los europeos. La viruela, por ejemplo, según el relato de José de Anchieta, causó numerosas muertes poco después de la fundación de San Pablo. El sarampión, aunque benigno para los blancos, también afectaba a los indígenas y se extendía con gran pestilencia entre ellos, quienes, desprovistos de protección hereditaria, morían sin remedio (Reis de Queiroz, 1992: 99). El uso de mujeres indígenas como concubinas y muchas veces, además de estas, de jóvenes y niños como personal de servicio o en las tareas de cultivo resultará muy frecuente, lo que constituirá otro factor importante de desintegración social, aunque afectando, por entonces, áreas muy localizadas (Roulet, 1993: 187).

Hacia la segunda mitad del siglo XVI, una vez establecidos algunos centros poblados en las costas atlánticas de Brasil, la situación cambió radicalmente, al menos para buena parte de la región. Ya en 1532 se había fundado San Vicente (hoy Santos), al que le habían seguido otros intentos poblacionales en Iguapé, Cananéia e Itanhaém, pero solo el primero alcanzó ciertos niveles de prosperidad como cabeza de capitania. Su fundador, Martim Alfonso de Souza, llevó de la Isla de Madeira el cultivo de la caña de azúcar, que luego prosperaría, sobre todo, en el norte, y que constituiría un motor fundamental en los procesos socioculturales desarrollados en la costa atlántica brasileña. En 1554, se fundó San Pablo, centro urbano que se transformará en el asentamiento más importante de la región de Piratininga y a partir de la cual se protagonizará la gran aventura del *bandeirismo*.

Mientras el norte desarrolló el monocultivo de caña de azúcar en régimen de gran propiedad trabajada bajo la masiva incorporación de negros africanos, San Vicente evolucionó, por diferentes factores ambientales y políticos, hacia una economía de subsistencia basada en la mano de obra indígena.

Tanto negros como indios eran esclavos, pues los intereses de la colonización mercantil exigieron el renacimiento de la esclavitud, un fenómeno históricamente nuevo, característico de la edad moderna. Al contrario que en la antigüedad, no surge naturalmente sino impuesta por un orden de acontecimientos que se inaugura en el siglo XV con los grandes descubrimientos ultramarinos y pertenece enteramente a ella. (Reis de Queiroz, 1992: 82)

El disponer de mano de obra en gran número era fundamental para atender las actividades económicas, la guerra y la defensa de los habitantes locales, por lo cual se reclamaban fuertes contingentes de naturales, provistos inicialmente por las poblaciones próximas a San Pablo y San Vicente. Dada la disminución constante y vertiginosa de los indígenas a causa de la desintegración social generada, fundamentalmente por las epidemias y los trabajos forzados, se promovió la expansión cada vez más hacia el oeste de las relaciones comerciales, con fines de captura. Así, se alcanzaron áreas distantes y se utilizó a las poblaciones locales en un comercio que, aunque básicamente costero, penetró profundamente, con sus consecuencias, el continente. Este comercio de «rescate», como se lo conoció en la época, que implicaba la captura y esclavización del indígena, luego de agotado el litoral atlántico, con un costo muy bajo, se orientó en una segunda etapa hacia el interior, dando lugar, hacia fines del primer tercio del siglo XVII, a los enfrentamientos entre *bandeirantes* y misioneros, con consecuencias demográficas y culturales muy significativas.

Si bien no es fácil estimar hoy la población indígena de estas regiones, al comienzo del proceso de conquista, las fuentes parecen coincidir en señalar para el siglo XVI la existencia de áreas densamente pobladas. Díaz de Guzmán (1914: 10) afirmaba que solo en las riberas de la laguna del Mbiaça (Río Grande del Sur) había poblados más de 20.000 arachanes (guaranizados). Para la región interior, entre el río Uruguay y el litoral atlántico, Melià (1986: 61) calcula que la población debió ser de unos 60.000 individuos. Estas poblaciones disminuirán rápidamente en el marco del proceso señalado.

En San Vicente, el indio fue esclavizado desde la llegada del blanco, a tal punto que la región fue conocida como «puerto de esclavos» y al indígena se lo llamaba en la documentación de la época «negro de la tierra». En 1548, es decir, antes de la fundación de San Pablo, la capitanía contaba con 3.000 indios apresados para una población de 600 habitantes (Prado, 1972: 48), lo cual nos muestra claramente una situación que luego se incrementaría, aun notoriamente. El indio, además de servir a las necesidades de la villa, constituía también una mercancía susceptible de ser vendida a las regiones que la solicitasen, en particular a partir de la ocupación holandesa en el norte, cuando el tráfico negrero desde África se desorganizó y se recurrió con mayor énfasis a la población indígena y a los proveedores paulistas.

Por 1570, al ser el despoblamiento tan notorio ya en algunas regiones de la costa de Brasil, las prácticas de «rescate» habían alcanzado tal desarrollo que el rey don Sebastián intentará reglamentar la situación en función de los abusos que se cometían con la población nativa. Las prácticas siguieron bajo un aparente marco legal e incluso se ampliaron por la situación particular que se generó a partir de 1580 con la unión de las Coronas ibéricas en la figura de Felipe II y la consecuente disminución de las tensiones en el área de frontera. Esto llevará en los hechos a la total libertad del empresario paulista en su accionar esclavista (Cabrera Pérez, 2012).

Las relaciones comerciales entre el Río de la Plata y la costa sur de Brasil se incrementan hacia las últimas décadas del siglo XVI, en función del particular régimen económico aplicado por España a sus colonias. Se facilita así el desarrollo de un vasto comercio de contrabando, el cual debe haber contribuido a desplazar aún más los «rescates» hacia el oeste. Las dificultades que se le plantean a España para el normal abastecimiento de sus colonias hacia fines de dicho siglo agudiza todavía más la situación. El comercio con las costas de Brasil se intensifica visiblemente. No pocas veces el indígena fue incluido, en forma explícita o no, como un *producto* más de la tierra y manejado en las relaciones de transacción comercial o de contrabando.

Las poblaciones indígenas sufrirán, pues, un proceso de desintegración intenso, quedando de hecho a merced de los empresarios lusitanos y afectando amplias zonas del continente a través del comercio de «rescate». Tal término llegó a tener un uso amplio, que designaba tanto la mercancía misma, su precio como el acto de vender o comprar, pero «su sentido predilecto en el lenguaje del tiempo, familiar, histórico, jurídico, fue el de comprar indios esclavos a los mismos indios» (Sallaberry, 1926: 132).

El procedimiento era más o menos el siguiente: «[...] entravam portugueses em navios pequenos, deixando os grandes em alto mar [...]» (Porto, 1943: 38). Las embarcaciones llegaban a lugares acostumbrados y de allí salían los recados para el interior, y se corría la voz de la presencia de los lusitanos: «Tanto que chegam os correios ao sertao, de haver navio na barra, logo mandam recado polas Aldeias pera virem ao resgate» (Leites, 1940: 243). Respecto del pago, este se hacía generalmente con ropa, «[...] calções de damasco, raxetas,

meias de agulha, camisas, chapéus forrados, anéis, cadeias de tiracolo de alquimia e todo género de ferramentas, contarias e resgates [...]» (Leites, 1940: 243). Se cubrían áreas muy distantes, que «[...] estao tao longe os Arachás, aonde vai este recado, que as vezes poem, em ir e vir, três, quatro meses [...]» (Leites, 1940: 243), mientras los blancos esperaban en la costa. Río Grande del Sur se transformó, entonces, desde temprano en un importante centro de captura.

La desintegración social y demográfica, consecuencia de los procesos de relacionamiento y extracción planteados, fue notoria, y hacia comienzos del siglo XVII alcanzó un ritmo vertiginoso. En este sentido, diferentes testimonios muestran una dramática situación. Cuando el padre Roque González entró en el Tape, las poblaciones habían disminuido notoriamente. Lozano (1873) atribuía tal descenso, de un territorio que consideraba *populoso*, al comercio que sus «vecinos» hacían de esclavos con los portugueses y a los mamelucos que entraban en lanchones y botes por el Iguaí, es decir el Guaíba. Por su parte, el padre J. Rodríguez, en 1607, señalaba igualmente que los indígenas del área atlántica «[...] sao já muitos poucos, e parece nao durarao muito, conforme a pressa que os brancos lhe dao [...]» (Leites, 1940: 229). Asimismo, hacia 1609 el entonces gobernador de las Provincias del Plata, Hernandarias, se refería a las entradas continuas y al despoblamiento que llevaban a cabo los paulistas, «[...] los que se van llevando tanta gente desta provincia del bíaça [Ibiaça] al Brasil mediante rescate y por la fuerza de las armas, los que son retenidos entre ellos y vendidos como esclavos» (Porto, 1937: 54). Nicolás del Techo (1897: 47) resumía la situación afirmando que las *bandeiras* paulistas «llevaban la devastación desde el río Amazonas hasta los treinta grados de latitud meridional [...]».

El comercio de «rescate» implantado significó la caza del indígena por el indígena y creó situaciones extremadamente complejas de relacionamiento intergrupal, que alteraron las formas de convivencia existentes, generando nuevas situaciones en lo económico, en las guerras intertribales, en el uso de los prisioneros, en los lazos de parentesco, entre otros aspectos. El conquistador manipuló las situaciones sociales existentes, lo que derivó en resultados diferentes, ahondando las crisis estructurales puestas de manifiesto.

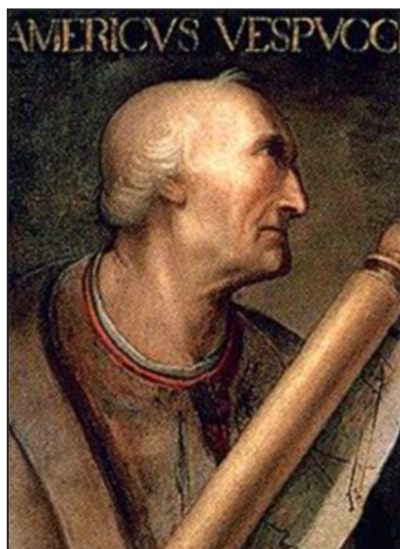
El resultado fue el rápido y devastador despoblamiento del área. Esto se debió a que, si bien inicialmente los indígenas de la costa —por «pactos comerciales»— «cazaban» indios en el interior o traían prisioneros de guerra en función de la creciente demanda, las reservas disminuyeron rápidamente a causa de los trabajos forzados —totalmente desconocidos para la población indígena—, las nuevas enfermedades introducidas y el bajo costo inicial de reposición. Luego, los «cazadores» se transformarán, con frecuencia, en «cazados», y, dado el alto grado de desintegración sociocultural operado hacia adentro de las poblaciones del área, donde debieron sumarse diferentes factores distorsionantes, se alcanzará en muy poco tiempo el aniquilamiento completo de esas poblaciones.

Una situación diferente vivían los grupos cazadores de tipo pampeano, quienes, al no resultar aptos para los trabajos de cultivo por su estructura sociocultural, su movilidad, etcétera, durante este siglo permanecerán bastante al margen de todo este proceso.

La situación cambiará con la introducción del ganado y al tornarse de «interés» las tierras que otrora fueran «sin provecho». Pero ello serán ya acontecimientos del siglo XVII.

Los primeros contactos con la región

Las expediciones portuguesas



Uno de los temas largamente discutidos ha sido cuándo y por quién se dan los primeros contactos con los pueblos originarios en la región, pues las fuentes españolas no concuerdan con las de origen portugués. El teórico descubrimiento oficial de Brasil fue llevado a cabo por Pedro Álvares Cabral el 22 de abril de 1500. Sin embargo, según se ha sostenido, habría habido viajes anteriores, como el de João Coelho entre 1493 y 1494, o el de Duarte Pacheco Pereira de 1498 (tales versiones se basan en el supuesto de que Portugal mantuvo en secreto los resultados de tales expediciones), el de Vicente Yáñez Pinzón y Diego de Lepe, en enero de 1500, o los de Alonso de Ojeda y Américo Vespucio. En efecto, Pedro Mártir de Anglería y Juan de la Cosa confirman la llegada de Yáñez Pinzón en 1499. Es cierto que la historia oficial ha querido silenciar todo lo que se saliese de la tradicional versión de 1492, pero la documentación con la que se cuenta es lo suficientemente importante como para no descartarla totalmente. Por lo tanto, no se pueden descartar una, o varias, visitas al continente americano anteriores al descubrimiento oficial.

A Álvares Cabral lo habrían seguido otros expedicionarios portugueses, de los que hay una mejor documentación: los pilotos portugueses Esteban Froes (Flores) y Juan de Lisboa habrían arribado al Río de la Plata en 1511, quienes hicieron observaciones astronómicas en el cabo Santa María, nombre impuesto por esta expedición, hoy Punta del Este. En 1514, Juan de Lisboa regresó nuevamente al Plata y alcanzó las costas de la actual Colonia, en la expedición de Nuño Manuel y Cristóbal de Haro (Rella, 2002: 169). En una fecha posterior, Cristóbal Jacques habría llegado al Plata en 1521, alcanzado el río Paraná (Rella, 2002: 205). Los «descubrimientos» portugueses de esta primera etapa culminan con los viajes de Martín Alfonso de Sousa y Pero Lopes de Sousa, que se verán más adelante.

Américo Vespucio, en tanto, había sido contratado por el rey de Portugal Manuel I en setiembre de 1500 para continuar los descubrimientos hechos por Álvares Cabral en la costa de Brasil. Vespucio partió de Lisboa el 13 de mayo de 1501 y alcanzó tierra firme el 7 de agosto de dicho año, tomando posesión de diferentes puntos del continente americano en nombre del rey de Portugal. El 22 de enero de 1502 ya se encontraba en San Vicente, hoy Santos, desde donde, más tarde, siguió hacia el sur, alcanzando, según el propio Vespucio, los 50° de latitud (7 de abril), lo que correspondería al sur patagónico (Bahía de San Julián). En lo que respecta al Río de la Plata, comentaba que el 15 de febrero, después de costear la costa de Brasil hacia el sur, llegó al río Jordán y luego tomó rumbo este/oeste (marzo 10 de 1502), donde pasó por un monte que denominó «*Pinachullo Detentio*», que se ha considerado como el Cerro de Montevideo (Rella, 2002: 80).

Otras expediciones

Juan Díaz de Solís

Juan Pedro Díaz de Solís nació alrededor de 1470, en Lebrija, Sevilla —aunque hay dudas—, y falleció el 20 de enero de 1516, como es sabido, en el Río de la Plata. Ingresó muy joven en la marina portuguesa y viajó muchas veces hasta la India. En España se alistó en naves corsarias francesas en las que recorrió el mar Caribe y desembarcó en Yucatán entre 1506 y 1507. En 1508, Díaz de Solís tomó contacto con Vicente Yáñez Pinzón, compañero de Cristóbal Colón en sus anteriores viajes de descubrimiento. Yáñez convenció a Díaz de Solís de embarcarse juntos, y ese mismo año partieron hacia el oeste. No se conoce con precisión la ruta de ese viaje, pero en apariencia intentaban buscar la ruta a las Islas de las Especias (las Molucas), el deseado pasaje a través del continente americano hacia el Pacífico y las Indias Orientales. Yáñez y Díaz de Solís regresaron a España en 1509, pero una grave disputa entre ellos terminó con este último en la prisión, aunque fue liberado al poco tiempo.

El navegante consiguió hacerse amigo del rey Fernando el Católico, quien, por su capacidad y pericia como marino, consideró a Díaz de Solís como primer candidato al puesto de piloto mayor de la Casa de la Contratación, a la muerte del célebre Américo Vespucio (febrero de 1512). El 14 de noviembre de 1514 Díaz de Solís capituló con el rey Fernando para que

fuera con tres navios á espaldas de la tierra, donde ahora está Pedro Arias, mi capitán general gobernador de Castilla del Oro [América Central], y de allí adelante, ir descubriendo por las dichas espaldas de Castilla del Oro mil setecientas leguas o más si pudiereis, contando desde la raya ó demarcación que vá por la punta de la dicha Castilla del Oro adelante, de lo que no se ha descubierto hasta ahora, sin tocar en tierra de Portugal, debiendo salir en Setiembre de 1515, hacer el viaje en secreto como que no es de mandato real, y al llegar á espaldas de Castilla del Oro, enviar un mensajero con cartas para hacer saber al rey, lo que descubriese y carta de la costa, y lo mismo á Pedrarias, y si halla camino ó abertura de Castilla del Oro á Cuba, avise esto inmediatamente. (Herrera, 1601: 307)

La expedición, que fue preparada en secreto en Lepe con 4.000 ducados, estaba equipada con tres pequeñas carabelas y 70 marineros. El monopolio del comercio con Oriente estaba en manos de la Corona portuguesa, que temía perderlo en favor de los españoles y, por ese motivo, desarrollaba una ingente tarea de espionaje en todos los

puertos que su rival pudiera utilizar para enviar expediciones. Descubierta la proximidad de la partida de Díaz de Solís, los portugueses intentaron sabotear los tres barcos, intento que falló. No pudieron, por ende, impedir la partida del explorador desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda, el 8 de octubre de 1515. Juan Díaz de Solís emprendió su viaje en la búsqueda del pasaje transoceánico. En caso de encontrarlo, planeaba atravesar el Pacífico hasta alcanzar el Extremo Oriente.

Al llegar a la costa de Brasil, Díaz de Solís navegó lentamente hacia el sur, donde descubrió la Bahía de Babitonga (noreste del actual estado de Santa Catalina), bahía en la cual encontró un puerto al cual llamó «de San Francisco». Prosiguió explorando la costa hoy riograndense y la uruguaya hasta desembarcar en Punta del Este, el 20 de enero de 1516. Allí tomó posesión de la tierra en nombre del rey de España y llamó al lugar «puerto de Nuestra Señora de la Candelaria». Así, ingresó en el Río de la Plata una enorme extensión de agua dulce que configura el estuario de los ríos Paraná y Uruguay. Confundiéndolo con un brazo de mar de salinidad inexplicablemente baja, Díaz de Solís lo bautizó, precisamente, «mar Dulce», y pudo penetrar en él gracias al escaso calado de sus tres carabelas.



Desembarco de Juan Díaz de Solís en las costas de la Banda Oriental (actual Uruguay).

Imagen tomada de *Wikipedia*.

https://es.wikipedia.org/wiki/Juan_D%C3%ADaz_de_Sol%C3%ADs#/media/Archivo:Descubrimiento_del_R%C3%ADo_de_la_Plata.jpg

Díaz de Solís se adentró en el estuario con una carabela e hizo escala en la isla Martín García, que bautizó así porque allí tuvo que sepultar al dispensero de ese nombre, fallecido a bordo. Al ver indígenas en la costa oriental, Díaz de Solís intentó desembarcar con algunos de sus tripulantes (entre ellos Pedro de Alarcón y Francisco Marquina) en un paraje entre Martín Chico y Punta Gorda, o en alguna isla situada frente a esa costa de Colonia en el actual territorio de Uruguay. Díaz de Solís y los suyos fueron atacados por un grupo de indígenas que los ejecutaron ante la mirada del resto de los marinos, quienes observaban impotentes sus muertes desde la borda del buque, fondeado a tiro de piedra de la costa.

Los sobrevivientes, confundidos al haber perdido a su líder, y tomando el mando Francisco de Torres, cuñado de Díaz de Solís, regresaron inmediatamente al cabo de San Agustín (Recife, Pernambuco), en donde recogieron palo Brasil (*Paubrasilia echinata*) y retornaron a España, arribando el 4 de setiembre de 1516. Desde entonces, el estuario del Río de la Plata fue conocido en España como «Río de Solís».

Como Juan Díaz de Solís había sustituido a Américo Vespucio en el cargo de piloto mayor del reino, Sebastián Caboto fue designado por Carlos V para llenar la vacante que aquel había dejado; a su vez, Caboto le encargó a Fernando de Magallanes proseguir con los «descubrimientos». Magallanes salió de Sevilla el 10 de agosto de 1519 y llegó al cabo Santa María (Punta del Este) el 11 de enero de 1520.

Fernando de Magallanes, también conocido como Hernando de Magallanes, habría nacido en Portugal en 1480 y murió en Mactán, Filipinas el 27 de abril de 1521. Fue nombrado por la Corona hispana adelantado y capitán general de la Armada para el Descubrimiento de la Especería y comendador de la Orden de Santiago. Al servicio de Carlos I, inició en 1519 la expedición en la que descubrió el canal natural navegable que hoy recibe su nombre y llevó adelante la primera navegación de origen europeo desde el océano Atlántico hasta el océano Pacífico, llamado hasta entonces «Mar del Sur». Esta expedición, en la que Magallanes murió, se convirtió en la primera circunnavegación de la Tierra, capitaneada por su sucesor, Juan Sebastián Elcano, que regresó a España en 1522. De esta expedición se cuenta con una crónica de Antonio Pigafetta.

Antonio Pigafetta

Antonio Pigafetta, o De Pigafetta, había nacido en Vicenza, Italia, alrededor de 1480, y murió, igualmente, en Vicenza, alrededor de 1534. Fue un noble italiano del Renacimiento que se desempeñó como explorador, geógrafo y cronista al servicio de la República de Venecia. Fue caballero de la Orden de San Juan. Se trasladó a España en 1519, donde fue parte de la expedición de Magallanes, a bordo de la nao Victoria, la única que regresó de la expedición a Europa. Pigafetta fue uno de los 18 hombres, de los 265 de la tripulación inicial, que sobrevivieron a la expedición de Magallanes. Su relato de los hechos se titula *Relazione del primo viaggio intorno al mondo* (1524), a la que también se conoce como *Relación de Pigafetta*. Este relato es la fuente principal de información sobre el viaje de Magallanes y de la propia vida de Pigafetta.

Pigafetta, que se describe a sí mismo en su libro como un *gentilhombre vicentino*, pertenecía a una rica familia de Vicenza, en la República de Venecia. De su vida se conoce poco y ese poco con inseguridades. Desde su juventud se dice que fue conocido por sus estudios en astronomía, geografía y cartografía, y que conoció el astrolabio o el uso del imán como brújula. Perfeccionó su educación en la universidad al servicio del jerarca católico Francesco Chiericati, alto cargo en la Roma del papa León X. Estudió conocimientos generales y, probablemente, francés. Hacia 1518 acompañó al nuncio apostólico Chiericati a España, donde fue presentado al emperador Carlos I. Posteriormente, se instaló en Barcelona.

Ya en España, conoció el proyecto de Magallanes de abrir una ruta hacia las Indias, proyecto que le interesó. El portugués ya había fracasado al exponer sus propósitos al rey de Portugal y decidió ir a España para exponer al joven rey Carlos I su audaz proyecto, que aceptó. La intención era encontrar un paso marítimo hacia los territorios de las Indias Orientales y buscar el camino que, recorriendo siempre mares castellanos (según el Tratado

de Tordesillas), llegase a las Islas de las Especias, la llamada «ruta hacia el oeste», la cual ya había buscado Cristóbal Colón, entre otros, sin éxito.

Provisto de cartas de recomendación, fue a Málaga en barco, y a Sevilla por tierra, donde esperó tres meses antes de que la escuadra estuviese en situación de partir. La flota estaba compuesta por cinco navíos y más de 200 hombres. Fue admitido a bordo como pasajero con el cargo de sobresaliente, puesto destinado normalmente a jóvenes de familia noble enrolados como voluntarios en busca de aventuras o experiencia militar. Su nombre queda registrado como «Antonio Lombardo», «Antonio de Lombardía», destinado a la nao Trinidad, capitaneada por Magallanes. Pese a algunas dificultades iniciales con Magallanes, consiguió ganar su confianza y le sirvió como lenguaraz y cartógrafo.

La expedición llegó a la desembocadura del Río de la Plata, luego bordeó las costas bajas de la Patagonia, examinó todas las bahías, creyendo siempre encontrar el estrecho tan deseado. El 18 de octubre llegó a la entrada del estrecho. Tres semanas después, Magallanes anotaba la presencia del cabo Deseado, que señalaba el extremo del camino, y bogaba ya por el océano Pacífico, convirtiéndose así en los primeros en encontrar el camino de las Indias por Occidente.

Las penurias del viaje por el Pacífico están relatadas con violento realismo. Tras el viaje y de regreso a España, según relata él mismo, rindieron culto mariano a la Virgen de la Antigua y a la Virgen de la Victoria en Sevilla, y después él partió a Valladolid, donde se entrevistó con Carlos I y le entregó una de las copias de su diario de viaje. Marchó a Portugal para ver al rey Juan I y de ahí pasó nuevamente por España hasta llegar a Francia, donde se entrevistó con la reina de Francisco I. Finalmente, según la versión del relato, le entregó una última copia al gran maestre Philippe Villiers de l'Isle-Adam y se retiró a Italia. Al regresar a Italia, en 1523, Clemente VII fue elegido pontífice y recibió una de las copias del diario de viaje de Pigafetta, según se refiere en el prólogo. Pigafetta murió en su país natal en una fecha desconocida, algunas versiones aluden a su intervención contra el Imperio otomano en 1536 y un posterior retiro en su ciudad natal, y otras que falleció en la Isla de Malta entre 1534 y 1535.

Su única y conocida obra narrativa la escribió durante y después del viaje. En ella recopiló numerosos datos acerca de la geografía, el clima, la flora, la fauna y los habitantes indígenas de los lugares recorridos; su minucioso relato fue un documento de gran valor, sobre todo por sus apuntes de náutica y lingüística. Sin su diario, la información del viaje de Magallanes sería muy incompleta. Además de su diario de viaje, según sus notas originales, dejó una relación circunstanciada que se creyó perdida hasta que Cario Amoretti descubrió una copia íntegra en la biblioteca Ambrosiana de Milán en 1800. A partir de dicha traducción francesa, el historiador chileno José Toribio Medina hizo la primera traducción al español, publicada en 1888, incluida por él en la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*.

Primer viaje alrededor del globo

(Título original: *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*)

[p. 14] Entramos a este puerto [actual Río de Janeiro] el día de Santa Lucía, a 13 días del mes de diciembre.

Teníamos entonces, a mediodía, el sol en el zenit, y experimentábamos mucho más calor que cuando pasamos la línea.

La tierra del Brasil, que abunda de toda clase de provisiones, es tan extensa como la Francia, la España y la Italia juntas: pertenece al rey de Portugal.

Los brasileiros no son cristianos, pero tampoco son idólatras, porque no adoran nada: el instinto natural es su única ley. Viven tan largo [p. 15] tiempo, que es frecuente encontrar individuos que alcanzan hasta los ciento veinticinco y aun algunas veces hasta los ciento cuarenta años. Tanto las mujeres como los hombres andan desnudos. Sus habitaciones, que llaman boy, son cabañas alargadas, y duermen sobre redes de algodón, llamadas hamaks, sujetas por los dos extremos a postes gruesos. Encienden fuego a flor de tierra. Uno de estos boys encierra algunas veces hasta cien hombres, con sus mujeres e hijos: se siente por lo tanto siempre mucho ruido. Sus embarcaciones, que llaman canoas, las fabrican de un tronco de árbol ahuecado por medio de una piedra cortante, porque las piedras reemplazan al hierro, de que carecen. Estos árboles son tan grandes que una sola canoa puede contener hasta treinta y aun cuarenta hombres, que bogan con remos semejantes a las palas de nuestros panaderos. Al verlos tan negros, completamente desnudos, sucios y calvos, se les podría confundir con los marineros de la laguna Estigia.

Los hombres y las mujeres son bien constituidos, y conformados como nosotros. Algunas veces comen carne humana, pero solamente la de sus enemigos, lo que no ejecutan por deseo ni por gusto, sino por una costumbre que, según lo que nos dijeron, se ha introducido entre ellos de la manera siguiente: Una vieja no tenía sino un hijo que fue muerto por los enemigos. Algún tiempo después, el matador del joven fue hecho prisionero y conducido delante de ella; para vengarse, esta madre se lanzó como un animal feroz sobre él y le desgarró un hombro con los dientes. El hombre tuvo la suerte no sólo de escaparse de las manos de la vieja y de evadirse, sino también de regresar a los suyos, a quienes mostró la huella de los dientes que llevaba en el [p. 16] hombro, y les hizo creer que los enemigos habían tratado de devorarlo vivo. Para que los otros no les aventajasen en ferocidad, se determinaron a comerse realmente a los enemigos que se tomasen en los combates, y éstos hicieron otro tanto. Sin embargo, no se los comen inmediatamente, ni tampoco vivos, sino que los despedazan y los reparten entre los vencedores. Cada uno se lleva a su casa la porción que le ha cabido, la hace secar al humo y cada ocho días asa un pequeño pedazo para comérselo. He tenido noticia de este hecho de Juan Carvalho, nuestro piloto, que había pasado cuatro años en el Brasil.

Los brasileiros, tanto las mujeres como los hombres, se pintan el cuerpo, especialmente el rostro, de una manera extraña y en diferentes estilos. Tienen los cabellos cortos y lanudos, y carecen de pelos en todo el cuerpo, porque se los arrancan. Usan una especie de chupa hecha de plumas de loro, dispuestas de manera que las mayores de las alas y de la cola les formen un círculo en la cintura, lo que les da una figura extraña y ridícula. Casi todos los hombres llevan el labio inferior taladrado con tres agujeros por los cuales pasan pequeños cilindros de piedra del largo de dos pulgadas. Las mujeres y los niños no poseen este incómodo adorno.

Añadid a esto que andan enteramente desnudos por delante. Su color es más bien oliváceo que negro. Su rey lleva el nombre de cacique.

Pueblan este país un número infinito de loros, de tal manera que nos daban ocho o diez por un pequeño espejo. Poseen también una especie de gatos amarillos muy hermosos, que semejan leones pequeños.

Comen una especie de pan redondo y blanco, que no nos agradó, hecho con la médula, o, [p. 17] mejor dicho, con la albura que se encuentra entre la corteza y el palo de cierto árbol, que tiene alguna semejanza con la leche cuajada. Poseen también cerdos que nos parecieron que tenían el ombligo en el lomo, y unas aves grandes cuyo pico semeja una espátula, pero que no tienen lengua.

Algunas veces para procurarse un hacha o un cuchillo, nos prometían por esclavos una y hasta dos de sus hijas, pero no nos ofrecieron jamás sus mujeres, quienes, por lo demás, no habrían consentido en entregarse a otros que a sus maridos, porque, a pesar del libertinaje de las solteras, su pudor es tal cuando se casan que no soportan que sus maridos las abracen durante el día. Están sujetas a los trabajos más duros, viéndoseles a menudo descender de los cerros con cestas muy pesadas sobre la cabeza, aunque no andan jamás solas, porque sus maridos, que son muy celosos, las acompañan siempre, llevando en una mano las flechas y el arco en la otra. Este arco es de palo de Brasil o de palma negra. Si las mujeres tienen hijos los llevan suspendidos del cuello por medio de una red de algodón. Muchas otras cosas podría decir de sus costumbres, que omito por no hacerme demasiado prolijo.

Estos pueblos son en extremo crédulos y bondadosos, y sería fácil hacerles abrazar el cristianismo. La casualidad quiso que concibiesen por nosotros veneración y respeto. Desde hacía dos meses reinaba en el país una gran sequedad, y como sucedió que en el momento de nuestra llegada envióles lluvias el cielo, no dejaron de atribuir las a nuestra presencia. Cuando desembarcamos a oír misa en tierra, asistieron a ella en silencio, con aire de recogimiento, y viendo que echábamos al mar nuestras chalupas, que dejábamos amarradas a los costados de la nave o [p. 18] que la seguían, se imaginaron que eran hijos de la nave y que ésta los alimentaba.

El comandante en jefe y yo fuimos un día testigos de una aventura singular. Las jóvenes venían con frecuencia a bordo a ofrecerse a los marineros a fin de obtener algún presente: un día una de las más bonitas subió también, sin duda con el mismo objeto, pero habiendo visto un clavo de tamaño de un dedo y creyendo que no la observaban, lo cogió y con gran rapidez se lo colocó entre los dos labios de sus órganos sensuales. ¿Creía ocultarlo? ¿Creía así adornarse? Tal fue lo que no pudimos adivinar.

Pasamos en este puerto trece días, continuando en seguida nuestra derrota pegados a la costa hasta los 34° 40' de latitud meridional, donde encontramos un gran río de agua dulce. Aquí es donde habitan los caníbales, es decir, los que comen carne humana. Uno de ellos de estatura gigantesca y cuya voz se asemejaba a la del toro, se aproximó a nuestra nave para tranquilizar a sus compañeros, que, temiendo que les quisiésemos hacer daño, se alejaban de la costa para retirarse con sus efectos hacia el interior del país. Para no dejar escapar la ocasión de verles de cerca y de hablarles, saltamos a tierra en número de cien hombres, persiguiéndolos a fin de poder atrapar algunos, mas daban unos pasos tan desmesurados, que, aun corriendo y saltando, no pudimos nunca alcanzarlos.

Este río forma siete islas pequeñas, en la mayor de las cuales, llamada cabo de Santa María, se encuentran piedras preciosas. Anteriormente se había creído que esa agua no era la de un río sino un canal por el cual se pasaba al Mar del Sur; pero se vio bien pronto que

no era sino un río que tiene diecisiete leguas de ancho en su desembocadura. [p. 19] Aquí fue donde Juan de Solís, que andaba como nosotros descubriendo nuevas tierras, fue comido con sesenta hombres de su tripulación por los caníbales, en quienes se había confiado demasiado.

Costeando siempre esta tierra hacia el polo Antártico, nos detuvimos en dos islas que sólo encontramos pobladas por pingüinos y lobos marinos. Los primeros existen en tal abundancia y son tan mansos que en una hora cogimos provisión abundante para las tripulaciones de las cinco naves. Son negros y parece que tienen todo el cuerpo cubierto de plumas pequeñas, y las alas desprovistas de las necesarias para volar, como en efecto no vuelan: se alimentan de pescados y son tan gordos que para desplumarlos nos vimos obligados a quitarles la piel. Su pico se asemeja a un cuerno.

Los lobos marinos son de diferentes colores y más o menos del tamaño de un becerro, a los que se parecen también en la cabeza. Tienen las orejas cortas y redondas y los dientes muy largos; carecen de piernas, y sus patas, que están pegadas al cuerpo, se asemejan bastante a nuestras manos, con uñas pequeñas, aunque son palmípedos, esto es, que tienen los dedos unidos entre sí por una membrana, como las nadaderas de un pato. Si estos animales pudieran correr serían bien temibles porque manifestaron ser muy feroces. Nadan rápidamente y sólo viven de pescado.

En medio de estas islas experimentamos una tormenta terrible, durante la cual los fuegos de San Telmo, de San Nicolás y de Santa Clara se vieron varias veces en la punta de los mástiles; notándose cómo, cuándo desaparecían, disminuía al instante el furor de la tempestad. [p. 20] Alejándonos de estas islas para continuar nuestra ruta, alcanzamos a los 49° 30' de latitud sur, donde encontramos un buen puerto; y como ya se nos aproximaba el invierno, juzgamos conveniente pasar ahí el mal tiempo.

Transcurrieron dos meses antes de que avistásemos a ninguno de los habitantes del país. Un día en que menos lo esperábamos se nos presentó un hombre de estatura gigantesca. Estaba en la playa casi desnudo, cantando y danzando al mismo tiempo y echándose arena sobre la cabeza. El comandante envió a tierra a uno de los marineros con orden de que hiciese las mismas demostraciones en señal de amistad y de paz: lo que fue tan bien comprendido que el gigante se dejó tranquilamente conducir a una pequeña isla a que había abordado el comandante. Yo también con varios otros me hallaba allí. Al vernos, manifestó mucha admiración, y levantando un dedo hacia lo alto, quería sin duda significarnos que pensaba que habíamos descendido del cielo.

Este hombre era tan alto que con la cabeza apenas le llegábamos a la cintura. Era bien formado, con el rostro ancho y teñido de rojo, con los ojos circulados de amarillo, y con dos manchas en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos, que eran escasos, parecían blanqueados con algún polvo. Su vestido, o mejor, su capa, era de pieles cosidas entre sí, de un animal que abunda en el país, según tuvimos ocasión de verlo después. Este animal tiene la cabeza y las orejas de mula, el cuerpo de camello, las piernas de ciervo y la cola de caballo, cuyo relincho imita. Este hombre tenía también una especie de calzado hecho de la misma piel. Llevaba en la mano izquierda un arco corto y macizo, cuya cuerda, un poco más gruesa que la de un laúd, había sido fabricada de una tripa del mismo [p. 21] animal; y en la otra mano, flechas de caña, cortas, en uno de cuyos extremos tenían plumas, como las que nosotros usamos, y en el otro, en lugar de hierro, la punta de una piedra de chispa, matizada de blanco y negro. De la misma especie de pedernal fabrican utensilios cortantes para trabajar la madera.

El comandante en jefe mandó darle de comer y de beber, y entre otras chucherías, le hizo traer un gran espejo de acero. El gigante, que no tenía la menor idea de este mueble y que sin duda por vez primera veía su figura, retrocedió tan espantado que echó por tierra a cuatro de los nuestros que se hallaban detrás de él. Le dimos cascabeles, un espejo pequeño, un peine y algunos granos de cuentas; en seguida se le condujo a tierra, haciéndole acompañar de cuatro hombres bien armados.

Su compañero, que no había querido subir a bordo, viéndolo de regreso en tierra, corrió a advertir y llamar a los otros, que, notando que nuestra gente armada se acercaba hacia ellos, se ordenaron en fila, estando sin armas y casi desnudos, dando principio inmediatamente a su baile y canto, durante el cual levantaban al cielo el dedo índice, para damos a entender que nos consideraban como seres descendidos de lo alto, señalándonos al mismo tiempo un polvo blanco que tenían en marmitas de greda, que nos lo ofrecieron, pues no tenían otra cosa que damos de comer. Los nuestros les invitaron por señales a que viniesen a las naves, indicándoles que les ayudarían a llevar lo que quisiesen tomar consigo. Y en efecto vinieron; pero los hombres, que sólo conservaban el arco y las flechas, hacían llevar todo por sus mujeres, como si hubieran sido bestias de carga.

Las mujeres no son tan grandes como los [p. 22] hombres, pero en cambio son más gruesas. Sus pechos colgantes tienen más de un pie de largo. Se pintan y visten de la misma manera que sus maridos, pero usan una piel delgada que les cubre sus partes naturales. Y aunque a nuestros ojos distaban enormemente de ser bellas, sin embargo sus maridos parecían muy celosos. Conducían cuatro de los animales de que he hablado, pero eran nuevos, y los tiraban de una especie de cabestro. Se sirven de estos nuevos para atrapar los adultos: los atan a un arbusto; los adultos vienen a juntarse con ellos y los cazadores, ocultos en las malezas, los matan a flechazos. Los habitantes del país, hombres y mujeres, en número de dieciocho, habiendo sido invitados por nuestra gente para acercarse a las naves, se dividieron en dos grupos de los dos lados del puerto, entreteniéndonos con la caza de que he hablado.

Seis días después, algunos de nuestros marineros ocupados en recoger leña para el consumo de la escuadra, vieron otro gigante vestido como los de que nos acabábamos de separar, armado igualmente de arco y flechas. Al aproximarse a ellos, se tocaba la cabeza y el cuerpo y en seguida levantaba las manos al cielo, gestos que los nuestros imitaron; y habiendo sido advertido de ello el comandante en jefe, despachó el esquifé a tierra para conducirlo al islote que existía en el puerto, donde se había hecho una casa para establecer una fragua y un depósito de mercaderías.

Este hombre era más grande y mejor conformado que los otros, poseía maneras más suaves y danzaba y saltaba tan alto y con tanta fuerza que sus pies se enterraban varias pulgadas en la arena. Pasó algunos días en nuestra compañía, haciéndole enseñado a pronunciar el [p. 23] nombre de Jesús, la oración dominical, etc., lo que logró ejecutar tan bien como nosotros, aunque con voz muy recia. Al fin le bautizamos dándole el nombre de Juan. El comandante le regaló una camisa, una chupa, pantalones de paño, un gorro, un espejo, un peine, cascabeles y otras bagatelas, regresando entre los suyos al parecer muy contento de nosotros.

Al día siguiente obsequió al capitán uno de esos grandes animales de que hemos hablado, recibiendo en cambio otros presentes a fin de que nos trajese aún algunos más; pero desde ese día no le volvimos a ver y aun sospechamos que le hubiesen muerto sus camaradas por lo que se había ligado a los nuestros. Al cabo de quince días vimos venir hacia nosotros

cuatro de estos hombres, y aunque se presentaron sin armas, supimos en seguida por dos de ellos que apresamos que las habían ocultado entre los arbustos: todos estaban pintados, pero de maneras diversas.

Quiso el capitán retener a los dos más jóvenes y mejor formados para llevarlos con nosotros durante el viaje y aun a España; pero viendo que era difícil apresarlos por la fuerza, usó del artificio siguiente: dioles gran cantidad de cuchillos, espejos y cuentas de vidrio, de tal manera que tenían las dos manos llenas; en seguida les ofreció dos de esos anillos de hierro que sirven de prisiones, y cuando vio que deseaban mucho poseerlos (porque les gusta muchísimo el hierro) y que por lo demás no podían tomarlos con las manos, les propuso ponérselos en las piernas a fin de que les fuera más fácil llevárselos: consintieron en ello y entonces nuestros hombres les aplicaron las argollas de hierro, cerrando los anillos de manera que se encontraron encadenados. Tan [p. 24] pronto como notaron la superchería, se pusieron furiosos, soplando, aullando e invocando a Setebos, que es su demonio principal, para que viniese a socorrerles.

No contento con tener a estos hombres, el capitán deseaba también llevar a Europa las mujeres de esta raza de gigantes: a este efecto ordenó apresar a los dos restantes para obligarles a que condujesen a los nuestros al sitio en que se hallaban aquéllas; habiendo nueve de nuestros hombres más fuertes bastado apenas para arrojarlos al suelo y atarlos, y aun el uno de ellos lograba desatarse, en tanto que el otro hacía tan violentos esfuerzos que nuestros hombres le hirieron ligeramente en la cabeza, obligándole al fin a conducirles donde se hallaban las mujeres de nuestros dos prisioneros, las cuales, habiendo sabido lo que había acontecido a sus maridos, lanzaron tan fuertes gritos que las oíamos desde muy lejos. Juan Carvallo, piloto, que mandaba los nuestros, viendo que era tarde, no se cuidó de echar mano a la mujer cerca de la cual había sido conducido, sino que se quedó allí de guardia toda la noche. Durante esto, llegaron dos hombres más, que, sin manifestar descontento ni sorpresa, pasaron el resto de la noche con ellos; pero al aclarar el día, habiendo dicho algunas palabras a las mujeres, en un instante, emprendieron todos la fuga, hombres, mujeres y niños que corrían aún más ligero que los otros, abandonándonos su cabaña y todo lo que contenía. Sin embargo, uno de los hombres logró soltar los animalillos que les servían para cazar, y otro, oculto en un matorral, hirió en un muslo con una flecha envenenada a uno de los nuestros, que murió poco después. Aunque los nuestros hicieron fuego sobre los fugitivos, no lograron atraparlos, porque no corrían jamás en [p. 25] línea recta sino que saltaban de un lado y de otro y marchaban tan ligeros como un caballo a escape. Los nuestros quemaron la choza de estos salvajes y enterraron al muerto.

Por muy salvajes que sean, no dejan estos indios de poseer cierta especie de ciencia médica: por ejemplo, cuando se sienten mal del estómago, en lugar de purgarse, como lo haríamos nosotros, se introducen bastante adentro en la boca una flecha para provocar los vómitos, lanzando una materia verde, mezclada con sangre. Lo verde proviene de una especie de cardo de que se alimentan. Si tienen dolor de cabeza, se hacen una incisión en la frente, efectuando la misma operación en todas las partes del cuerpo donde sienten dolor, a fin de dejar salir una gran cantidad de sangre de la región dolorida. Su teoría, que nos fue explicada por uno de los que habíamos cogido, está en relación con su práctica: el dolor, dicen, es causado por la sangre que no quiere sujetarse en tal o tal parte del cuerpo; por consiguiente, haciéndola salir debe cesar el dolor.

Llevan los cabellos cortados en forma de cerquillo, como los frailes, pero más largos, y sostenidos alrededor de la cabeza por un cordón de lana, en el cual colocan sus flechas cuando

van de caza. Cuando el frío es muy intenso, se atan estrechamente sus partes naturales contra el cuerpo. Parece que su religión se limita a adorar al diablo. Pretenden que cuando uno de ellos está para expirar, se aparecen de diez a doce demonios que bailan y cantan a su derredor. Uno de ellos, que hace más ruido que los demás, es el jefe o gran diablo, que llaman Setebos; los inferiores se llaman cheléale. Están pintados como los habitantes del país. Nuestro gigante pretendía haber visto una vez un demonio con cuernos y pelos tan largos que le [p. 26] cubrían los pies, y arrojaba, según añadió, llamas por delante y por detrás.

Estos pueblos se visten, como lo he indicado ya, de la piel de un animal, y con la misma cubren sus cabañas, que transportan donde más les conviene, careciendo de morada fija, pero yendo, como los bohemios, a establecerse ya en un sitio ya en otro. Se alimentan de ordinario de carne cruda y de una raíz dulce que llaman capac. Son grandes comedores: los dos que habíamos cogido se comían cada uno en el día una cesta llena de bizcochos y se bebían de un resuello un medio cubo de agua. Devoraban los ratones crudos y aun con piel. Nuestro capitán dio a este pueblo el nombre de patagones. En este puerto, el cual pusimos el nombre de San Julián, gastamos cinco meses, durante los cuales no nos acontecieron más accidentes que aquellos de que vengo de hablar.

Habíamos apenas fondeado en este puerto cuando los capitanes de las otras cuatro naves formaron un complot para matar al comandante en jefe. Estos traidores eran Juan de Cartagena, veedor de la escuadra; Luis de Mendoza, tesorero; Antonio Coca, contador, y Gaspar de Quesada. El complot fue descubierto: se descuartizó al primero y el segundo fue apuñalado. Se perdonó a Gaspar de Quesada, quien algunos días después meditó una nueva traición. Entonces el comandante, que no osaba quitarle la vida porque había sido creado capitán por el Emperador en persona, lo arrojó de la escuadra y lo abandonó en la tierra de los patagones con cierto sacerdote su cómplice [cuando la San Antonio, pilotada por Esteban Gómez, desertó de la expedición, volvió a pasar por San Julián, recogiendo los para traerlos a España].

En este lugar nos aconteció otra desgracia. La nave Santiago, que se había enviado a [p. 27] reconocer la costa, naufragó entre las rocas, aunque la tripulación se salvó por milagro. Dos marineros vinieron por tierra hasta el puerto en que nos hallábamos a darnos noticia del desastre, habiendo el comandante en jefe enviado en el acto algunos hombres con sacos de bizcocho. La tripulación se quedó durante dos meses en el sitio del naufragio para recoger los restos de la embarcación y las mercaderías que el mar arrojaba sucesivamente a la playa; y durante este tiempo se les llevaban víveres, aunque la distancia era de cien millas y el camino muy incómodo y fatigoso a causa de las espinas y malezas, en medio de las cuales se pasaba la noche, sin poseer otra bebida que el hielo, que había que romper, y esto mismo no se hacía sin trabajo.

En cuanto a nosotros, no nos hallábamos tan mal en este puerto, aunque ciertas conchas muy largas que en él se encontraban en gran abundancia no eran todas comestibles, si bien contenían perlas, aunque muy pequeñas. Encontramos también en los alrededores avestruces, zorros, conejos mucho más diminutos que los nuestros, y gorriones. Los árboles producen incienso.

Plantamos una cruz en la cumbre de una montaña vecina, que llamamos Montecristo, y tomamos posesión de esta tierra en nombre del rey de España.

Partimos al fin de este puerto, y costeando, hacia los 50° 40' de latitud sur, vimos un río de agua dulce en el cual entramos. Toda la escuadra estuvo ahí a punto de naufragar, a

luego el propio rey Fernando de Aragón le ofreció el nombramiento de capitán, que aceptó. En 1517, muerto el rey Católico, regresó a Inglaterra, donde trató infructuosamente de obtener el rango de almirante y financiación para una nueva expedición al océano Atlántico. En 1518, estaba nuevamente al servicio de la Corona española con el cargo de piloto mayor en la Casa de la Contratación de Sevilla. Ofreció secretamente sus servicios a la República de Venecia para organizar una expedición en búsqueda del paso noroeste hacia China.

Caboto ambicionaba dirigir una expedición de exploración y su oportunidad llegó a mediados de la década de 1520. La expedición de Magallanes (1519-1522) había encontrado para España una ruta hasta las Islas de las Especias. Las negociaciones entre España y Portugal por dichas islas, formalmente perteneciente a Portugal, habían fracasado en 1524, pero ello no fue obstáculo para que el emperador Carlos enviase nuevas expediciones allí. Una de ellas fue la dirigida por Caboto, que partió de Sanlúcar de Barrameda en abril de 1526.

Una vez arribado al continente americano, Caboto tuvo conocimiento, por boca de naufragos —de la anterior expedición española de Juan Díaz de Solís de 1516—, de la existencia de grandes yacimientos de oro y plata. Allí, Caboto se enteró de que el Río de Solís —al que algunos ya llamaban Río de la Plata—, conducía a regiones pródigas en riquezas (dominadas por la leyenda del rey Blanco), en ese momento en ruta hacia las Molucas, fondeada en Pernambuco. Al oír tales relatos, cambió su proyecto y decidió dirigirse hasta ese lugar. Aproximadamente en 1526 ancló en el cabo de Santa María (actual Punta del Este), donde hizo construir una embarcación que pudiera navegar el mar Dulce. Recibió la visita del para ese entonces experto en lengua guaraní y conocedor de la región, Francisco del Puerto, quien se ofreció a conducirlos. En el estuario, en 1527, fundó el puerto de San Lázaro (en las proximidades de la actual ciudad de Carmelo, Colonia). En mayo de 1527, Sebastián Caboto se internó en el río Paraná, y el 9 de junio de ese mismo año construyó un segundo fuerte en la desembocadura del río Carcarañá, en el Paraná, a unos 50 km al norte de la actual ciudad de Rosario, al que dio el nombre de Sancti Spiritus. Este fue el primer establecimiento español en lo que hoy es la República Argentina. Uno de los exploradores que habló sobre las Sierras de Plata y el rey Blanco por primera vez fue Luis Ramírez, tripulante de la armada de Sebastián Caboto.

Ramírez escribió en 1528 a sus padres una extensa *relación de viaje* en busca de ayuda.

Luis Ramírez

Como se mencionó antes, Luis Ramírez fue un tripulante de la armada de Sebastián Caboto, trágicamente muerto por los indios en Sancti Spiritus en el ataque a dicho fuerte. Escribió el 10 de julio de 1528 a sus padres una relación de viaje que despachó a España desde San Salvador, costa del río Uruguay, en la nao conducida por el juez Fernando Calderón en busca de ayuda. El documento original se guarda en la biblioteca del monasterio de San Lorenzo del Escorial. La *Carta de Luis Ramírez a su padre. Puerto de San Salvador, 10 de julio de 1528* fue localizada y transcrita por primera vez por el brasileño Adolfo Varnhagen a mediados del siglo XIX y nuevamente transcrita y publicada por otros americanistas, como Francisco Bauzá, Marcos Jiménez de la Espada y José Toribio Medina.

Poco se sabe del autor. Aparentemente, era un hidalgo hijo de don Juan de Tordesillas y fue recomendado a Caboto por la reina, junto con su primo Juan, «como personas que nos han bien servido». La expedición zarpó un 3 de abril de 1526 del puerto de Sanlúcar

de Barrameda. Su misión era realizar el mismo recorrido alrededor del mundo que habían hecho anteriormente Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano y hacer negocios en las Malucas, las islas de la especiería. Eso explica que en el viaje fueran no solo los tripulantes profesionales sino un grupo significativo de pequeños nobles, entre los que se encontraban, además de Luis Ramírez, Gonzalo, Álvaro y Juan Núñez de Balboa, hermanos de Vasco, el descubridor del océano Pacífico, o Antonio de Montoya, que acompañaría luego a Francisco Pizarro a Perú en 1534. También viajaban dos cartógrafos ingleses y un grupo de armadores y comerciantes sevillanos. Unos 200 hombres en total.

Cuando la expedición llegó a la isla Santa Catalina, se produjo un accidente que habría de cambiar su destino. Una de sus naves naufragó, bajaron en la isla y se encontraron con un grupo de sobrevivientes de la expedición de Solís que habían permanecido entre los indios desde 1516 y habían explorado el interior del continente con Alejo García, llegando hasta el imperio de los incas. Cuando Caboto escuchó sobre la existencia de una tierra en la que abundaba el oro y la plata y a la que era posible llegar remontando los ríos Paraná y Paraguay, decidió violar los términos de su contrato para buscar los inmensos tesoros a los que podía accederse por aquel Río de la Plata.

Esta peripecia es la que cuenta la carta de Luis Ramírez a su padre: los caminos que recorrieron y las aventuras que vivieron durante dos años y tres meses. El texto es un notable testimonio etnográfico y antropológico, el primero que nos ofrece información de primera mano sobre los habitantes de las tribus de toda esa zona, particularmente, los tupí-guaraníes. También se refiere a las Sierras de Plata y al rey Blanco, cuya leyenda fue creciendo a partir de la carta de Ramírez y que, según parece, se refería a Huayna Capac. Ramírez se maravilló con hábitos y costumbres, como con el uso de lo que hoy conocemos como hamaca paraguaya. También describe, por primera vez las boleadoras y, por supuesto, no faltan los relatos maravillosos, como el de unos indios «que de la rodilla abajo tienen los pies de avestruz».

El último destino de Luis Ramírez fue Sancti Spiritus, el poblado que había fundado Caboto sobre el río Carcarañá. Los indios de la región se mostraron, al principio, propicios y animaron a Caboto en su empresa hacia las Sierras de Plata, pero los conflictos fueron en aumento y en setiembre de 1529, mientras Caboto se encontraba en otra entrada hacia el interior del continente, los indígenas asaltaron Sancti Spiritus y mataron a la mayoría de sus habitantes, entre ellos a Luis Ramírez.

Carta de Luis Ramírez a su padre. Puerto de San Salvador, 10 de julio de 1528

Señor: Si conforme a mi voluntad las cosas de acá la mano alargase, por muy más prolijo de lo que soy de Vuestra Merced sería tenido, según la voluntad que tengo de dar entera y particular cuenta de todo. Pero no por eso dejaré como quiera que supiere de dar alguna relación, así de alguna parte de los muchos trabajos que hemos padecido, y por ser ya muy hechos a ellos no digo padecemos, como de la mucha alegría que con el muy buen fin de ellos, placiendo a Dios Nuestro Señor, esperamos. Y suplico a Vuestra Merced que conforme al amor que siempre me tuvo vea esta carta y lo que en cada cosa puede sentir, y no mire Vuestra Merced a la mala orden del escribir, que como ha tanto que no lo hago, estando en esta tierra he perdido el estilo. Yo gracias a Nuestro Señor al cabo de tantas fatigas y trabajos como Vuestra Merced que conforme al amor que siempre me tuvo vea esta carta y lo que en cada cosa puede sentir, y no mire Vuestra Merced a la mala orden del escribir, que como ha

tanto que no lo hago, estando en esta tierra he perdido el estilo. Yo gracias a Nuestro Señor al cabo de tantas fátigas y trabajos como Vuestra Merced vera por ésta por mí han pasado, estoy muy bueno de salud, mejor que nunca estuve, lo cual tengo por muy cierto ser la causa las continuas oraciones de Vuestra Merced, juntamente con las de mi señora, a la cual suplico no cesen, porque ahora son más menester que nunca para que Dios Nuestro Señor nos de gracia de acabar esto que tenemos entre manos empezado. Que sean Vuestras Mercedes ciertos, si Dios allá me vuelve, volveré de arte con que pueda servir las muchas mercedes que siempre he recibido, y al presente espero recibir, y esto pueden Vuestras Mercedes tener por cierto, según lo que esperamos, será así como digo, y a todo lo que Vuestras Mercedes oyeren de la bondad de la tierra, pueden dar entero crédito, porque yo les certifico no pueden decir tanto como es y por nuestros mismos ojos habernos visto.

Señor partidos que fuimos de la barra [bahía] de Sanlúcar y salidos de la dicha barra, a tres días de abril de 1526 años, para seguir nuestro viaje, llevando nuestra intención y derrotas a la isla de la Palma una de las islas de Canaria, para allí proveer las naos de aguaje y leña y todo lo que hubiésemos menester y proveernos la gente de la armada de otros refrescos para proseguir nuestro viaje a la cual dentro en vii días siguientes, llevando muy próspero viento, llegamos a diez días del dicho mes, y luego el señor capitán general mando sacar los bateles de las naos y dio licencia para que toda la gente pudiese saltar en tierra. Estuvo el señor capitán general en Fayal xvii días, dentro de los cuales la naos recibieron su aguaje y leña, la gente de la armada se proveyó de mucho refresco, así de carne y vino como de queso y azúcar y otras cosas muchas que llevábamos necesidad a causa de ser todo muy bueno y barato aquí. La gente de esta tierra nos hizo mucha cortesía, que por Dios el que no llevaba uno de nosotros a su casa no se tenía por honrado de allí escribí a Vuestra Merced todo lo que me había sucedido hasta entonces, y bien créalas, que fueron ciertas por ser persona conocida, que era un hermano de Cristóbal de la Peña. Pues hecho allí todo lo necesario, el señor capitán general hizo embarcar toda la gente, que fueron xxviii días del mes hicimos vela con muy buen tiempo. Navegamos todo el mes de mayo, a las veces con tiempo y otras veces con tiempo contrario, y otras con muchos aguaceros que sobre la costa de Guinea hubimos, a las veces veníamos con tiempo y otras con calmerías que nos detuvieron algunos días, donde pasamos muchos trabajo de sed, a causa de ser la ración muy pequeña y plugo a Dios de nos dar buen tiempo, con que pasamos la línea equinoccial, caminando por nuestra derrota hasta tres días del mes de Junio, que desde que vimos tierra, y vistas por los que sabían reconocieron estar en la costa del Brasil al cabo de San Agustín tierra de Portugal. En este pasaje, estuvimos dos días, al cabo de los cuales [tornamos] a hacer vela para salirnos a la mar y apartarnos más de la costa y seguir nuestro viaje cuando otro día pensamos haber navegado adelante, nos hallamos atrás más de xii leguas, en que por la altura nos hallamos en el paraje de Pernanbuco, la misma costa junto a tierra, y esto lo causo el viento algo escaso y la corriente mucha; y el señor capitán general, viéndose en la costa y el viento contrario, acordó de proveer la armada de agua, que tenía mucha necesidad para pasar adelante, y esto le fue forzado enviar la carabela y con ella al piloto de la nao capitana y un batel, y que fuesen a buscar por la costa algún río dulce; y estando en esto, vino a la nao capitana de esta armada una canoa de indios, en la cual venía un cristiano, y el señor capitán general fue informado de él qué tierra era donde estábamos e dijo cómo se llamaba Peranavuco y que el rey de Portugal tenía allí una factoría para el trato del Brasil, en la cual había hasta trece cristianos portugueses de nación, de los cuales les fue bien servido el señor capitán general en las cosas que para la armada tuvimos necesidad; en

fin, que a causa de los tiempos contrarios que siempre tuvimos, estuvimos en la dicha costa sin tener una hora de tiempo para poder salir; y en el tiempo que aquí estuvimos tomamos algo de la manera de la gente y tierra de ella.

Hay en la tierra muchos mantenimientos de maíz, mandioca, que son unas raíces de que se hace muy buena harina blanca: cómenla con pan hecha harina tostada. Hay otras raíces que se dicen patacas: cómense cocidas y asadas son muy buenas; muchas calabazas, frísoles, habas, gallinas, papagayos muy buenos. De todo esto llevo la gente mucha cantidad.

La gente de esta tierra es muy buena de muy buenos gestos, así los hombres como las mujeres. Son todos de mediana estatura, muy bien proporcionados de color de canarios, algo más oscuros, de todos, ellos y ellas, se derraen de los pelos del cuerpo todo, salvo los cabellos, que dicen que tal no hacen son bestias salvajes; ellos son muy ligeros y muy buenos nadadores. Sus armas son arcos y flechas, lo cual tienen en mucho; y si cuando van a la guerra toman alguno de sus contrarios, tráenlo por esclavo y átanlo muy bien y engórdanlo y danle una hija suya para que se sirva y aproveche de ella, y de que está muy gordo y se les antoja que está muy bueno para comer, llaman sus parientes y amigos, aunque estén la tierra adentro. Empluman al dicho esclavo muy bien de muchos colores de plumas de papagayos y tráenlo con sus cuerdas atado en medio de la plaza, y en todo aquel día y noche no hacen sino bailar y cantar, ansi hombres como mujeres, con muchas danzas que ellos usan. Y después de esto hecho levántase y le dice la causa por qué le quiere matar, diciendo que también sus parientes hicieron otro tanto a los suyos, y álzase otro por detrás con una maza que tienen ellos de madera muy aguda y dánle en la cabeza hasta que lo matan. Y en matándole le hacen piezas e se lo comen; y si la hija queda preñada de él hacen otro tanto de la criatura, porque dicen que la tal criatura también es su enemigo como su padre, y a la mujer dánle a comer la natura y compañeros del esclavo que ha tenido por marido, e no otra cosa. Todos estos indios de esta tierra no tienen ningún señor, salvo algunos indios que los tienen por sus capitanes, por ser muy diestros y mañosos en la guerra. Uno de estos vino a la nao capitana a ver al señor capitán general, el cual vino muy emplumado, como en la tierra se usa cuando vienen [a] algunas fiestas que ellos hacen. El señor capitán general le dio cierto rescate el cual fue muy contento. Estos indios de esta tierra se llaman tupisnambo, tienen guerra con otros comarcanos; lo mejor que tienen es nunca tener cuestión unos con otros. Su dormir de ellos es en una red que ellos llaman amaca que es longa cuanto se puede echar un hombre y ancha cuanto se puede bien revolver en ella y cubrirse el cuerpo. Tiénenlas colgadas en el aire y así se hechan; son de hilo de algodón que en esta tierra hay mucho. Y no pongo otras cosas particulares, porque sería cosa prolija, sino que hombres y mujeres todos andan en cueros sin ninguna cobertura.

El señor capitán general viendo ya el tiempo enderezado y favorable para seguir nuestro viaje mando alzar anclas día de señor San Miguel, que fueron a xxix días del mes de septiembre de dicho año, y caminando, a las veces con buen tiempo, a las veces con contrario, hasta sábado trece días del mes de octubre, que estando en la mar nos comenzó a calmar el viento que llevábamos. Y comiézase a levantar por proa un tan gran nublado que era gran espanto de ver, muy oscuro y con tanto viento que casi no nos dejó tomar las velas, a que las tuvimos de tomar a gran trabajo. Y tras esto vino una agua tan grande que era maravilla que parecía que todo el mundo se venía abajo, lo cual nos puso en gran espanto, principalmente después que las naos comenzaron a jugar por las grandes olas que la mar hacía con el gran viento, a que ponía gran espanto a los que lo miraban porque la nao andaba de tal manera a una parte y a otra que hacía entrar en las dichas naos mucha

abundancia de agua. Que a lo menos para nosotros las personas que nunca habíamos navegado, nos puso en tanto aprieto y congoja como nunca pensamos ver. Y aun los diestros marineros experimentados en las tales tormentas pensaron ser ésta la postrera que los atormentara, por las naos venir muy embarazadas. Y a las naos deshicieron algunas obras muertas por darles más alivio; la nao capitana perdió el batel que traía por popa. Esta tormenta de la manera que dicho tengo, y mucho peor nos duró toda la noche hasta el domingo, que amaneció el día muy claro con muy buen sol como si no hubiera pasado nada y así anduvimos hasta viernes siguiente diez y nueve de dicho mes, que llegamos a surgir en una isla tras una [...] gran montaña, a causa de parecer al señor capitán general ser aparejada de madera para hacer un batel para la nao capitana, porque como digo, en la tormenta pasada había perdido el suyo. Y estando en esto, vimos venir una canoa de indios la cual vino a la nao capitana, y por señas nos dio a entender que había allí cristianos, lo cual aun no acabado de entender, el señor capitán general les dio a estos indios algún rescate, los cuales fueron muy contentos, en que estos indios según parece fueron por la tierra adentro y dieron nuevas de nuestra venida. De manera, que otro día de mañana vimos venir otra canoa de indios y un cristiano dentro de ella, el cual dio nuevas al capitán general cómo estaban en aquella tierra algunos cristianos que eran hasta quince, los cuales habían quedado de una nao de las que iban a la Especiería de que iba por capitán general el comendador Loaisa. Y que ellos iban en una nao de que iba por capitán don Rodrigo de Acuña, y porque la dicha armada se había desbaratado en el Estrecho y ellos no quisieron volver a España, su capitán los había dejado allí. Y también dijo de otros cristianos que se decían Melchor Ramírez, vecino de Lepe y Enrique Montes, los cuales dijo habían quedado de una armada de Juan Díez de Solís, que en este río donde ahora nosotros estamos los indios habían muerto y desbaratado y que había más de trece o catorce años que estaban en aquella tierra y que estaban doce leguas de allí. Los cuales dichos cristianos, como de los indios supieron estar allí armada de cristianos, y luego el [...] Enrique Montes vino a la nao capitana, y hablando en muchas cosas con el señor capitán general de como habían quedado en aquella tierra, vinieron a decir lo que dicho tengo. Y también la gran riqueza que en aquel río donde mataron a su capitán había, de lo cual por estar muy informados a causa de su lengua de los indios de la tierra de muchas cosas, las cuales diré aquí algunas de ellas. Y era que si le queríamos seguir, que nos cargaría las naos de oro y plata, porque estaba cierto que entrando por el Río de Solís iríamos a dar en un río que llaman Paraná, el cual es muy caudaloso y entra dentro en este de Solís con veinte y dos bocas. Y que entrando por este dicho río arriba no tenía en mucho cargar las naos de oro y plata, aunque fuesen mayores, porque el dicho río Paraná y otros que a él vienen a dar iban a confinar con una sierra a donde muchos indios acostumbraban ir y venir. Y que en esta sierra había mucha manera de metal, y que en ella había mucho oro y plata, y otro género de metal, que aquello no alcanzaba que metal era, más de cuanto ello no era cobre, y que de todos estos géneros de metal había mucha cantidad. Y que esta sierra atravesaba por la tierra más de doscientas leguas, y en la falda de ella había asimismo muchas minas de oro y plata y de los otros metales.

Y este dicho día sobre tarde vino a la misma nao capitana el dicho Melchor Ramírez, su compañero, porque al tiempo que supieron nuestra venida no estaban juntos, y como cada uno lo supo, lo puso por obra la venida. Este también dijo mucho bien de la riqueza de la tierra, el cual dijo haber estado en el Río de Solís por lengua de una armada de Portugal, y el señor capitán general por más se certificar de la verdad de esto le pregunto si

tenían alguna muestra de aquel oro y plata que decían, u otro metal que decían los cuales dijeron que ellos quedaron allí siete hombres de su armada, sin otros que por otra parte se habían apartado. Y que de estos ellos dos solos habían quedado allí estantes en la tierra, y los demás, vista la gran riqueza de la tierra, y como junto a la dicha sierra había un rey blanco que traía [bar...] vestidos como nosotros, se determinaron de ir allá, por ver lo que era, los cuales fueron y les enviaron cartas. Y que aún no habían llegado a las minas, más ya habían tenido plática con unos indios comarcanos a la sierra, y que traían en las cabezas unas coronas de plata y unas planchas de oro colgadas de los pescuezos y orejas, y ceñidas por cintos, y le enviaron doce esclavos y las muestras de metal que tengo dicho. Y que les hacían saber como en aquella tierra había mucha riqueza y que tenían mucho metal recogido para que fuesen allá con ellos, los cuales no se quisieron ir a causa que los otros habían pasado por mucho peligro, a causa de las muchas generaciones que por los caminos que habían de pasar había. Y que después habían habido nuevas que éstos sus compañeros, volviéndose a donde ellos estaban, una generación de indios que dicen los Guarenis los habían muerto por tomarles los esclavos que traían cargados de metal, lo cual nosotros hallamos ahora por cierto en lo que descubrimos por el Paraná arriba como adelante diré a Vuestra Merced. Y luego el señor capitán general les dijo le enseñasen lo que decían les habían enviado sus compañeros; los cuales dijeron que cuatro meses, poco más o menos, antes que allegásemos a este puerto de los Patos, que así se llamaba donde ellos estaban, llegó al dicho puerto una nao en la cual venía por capitán el dicho Don Rodrigo que a Vuestra Merced digo, al cual dieron hasta dos arrobas de oro y plata y de otro metal muy bueno, con una relación de la tierra para que lo llevase a S.M. y fuese informado de tierra tan rica. Y que al tiempo que se lo entregó el batel para llevarlo a la nao, el batel se anegó con la mucha mar que había, de manera que se perdió todo. Y que entonces se habían ahogado en el dicho batel quince hombres y que él escapo a nado y con ayuda de los indios que entraron por él. Y que a la causa no tenían metal ninguno salvo unas cuentas de oro y plata, que por ser la primera cosa que en aquella tierra habían habido lo tenían guardado para dar a nuestra señora de Guadalupe, las cuales dieron al señor capitán general. Y las de oro eran muy finas de más de 20 quilates, según pareció, y que si el señor capitán general quería tocar en el dicho Río de Solís, que ellos yrian con sus casas y hijos y nos mostrarían la gran riqueza que había en él, y el señor capitán general respondió que era otro su camino. E por la mucha necesidad que del batel había para la dicha nao capitana, se les pregunto si había por ahí cerca alguna montaña donde hubiese buena madera para hacer el dicho batel, y respondieron que allí junto a donde estábamos surtos, trás aquella montaña alta había muy buen lugar. Y luego el señor capitán general mando ir a sondar la entrada y puerto a un piloto y un maestre, las dos personas en tal caso mas sabias y de más crédito en este caso se hubiese de dar. Los cuales vieron la dicha canal y la sondaron, y vueltos, dijeron al señor capitán general como lo habían todo sondado y que podían entrar las naos muy bien y sin ningún peligro. Lo cual pareció al contrario, porque como la nao capitana se hizo a la vela de adonde estaba surta, en domingo día de San Simón y Judas que fueron 28 de octubre del dicho año, al pasar que quiso para entrar tras la montaña la dicha nao capitana tocó en un bajo y luego se trastornó a una banda, de manera que no pudo más ir atras ni adelante a que nos vimos todos los que en la dicha nao veníamos en mucho peligro de las vidas a causa de andar la mar algo levantada. Mas plugo a Nuestra Señora de nos salvar, de manera que ninguna persona pereció; todavía se salvó alguna parte de lo que en ella venía [aunque poco lo mucho que en ella venía]. Aquí perdí yo mi caja con algunas

cosas dentro de ella, que me han hecho harta falta por averse alargado el viaje más de lo que pensábamos. Y luego el señor capitán, viendo la nao perdida, se pasó a otra nao y de allí, como digo, se puso mucha diligencia por salvar lo que en ella venía; mas como a Vuestra Merceddigo, no fue tanto cuanto quisiéramos.

Y luego el señor capitán general determinó de entrarse en el río con las otras naos que quedaban antes que las tomase algún temporal que las hiciese daño, y después de entradas en el dicho puerto y amarradas las naos como convenía, y luego que el señor capitán general procuró de saltar en tierra y poner por obra lo que había acordado de hacer; luego hizo hacer ciertas casas en tierra para que la gente que de la dicha nao se había salvado se recogiese. El señor capitán general viendo la mejor nao perdida y mucha parte del mantenimiento, y que la gente no se podría recoger en las otras dos naos por ser mucha, acordó de hacer hacer una galeota que [pescase poca agua] y que fuésemos en descubrimiento del dicho Río de Solís, pues éramos informados de la mucha riqueza que en él había porque en esto se hacía más servicio a Su Majestad que en el viaje que llevábamos de la manera que esperábamos ir.

Esta isla era muy alta de arboleda había en ella cinco o seis casas de indios, y después que a ella llegamos hicieron muchas más, [por] que de la tierra firme vinieron muchos e hicieron sus casas. Estos indios trabajaron mucho [an]sí [en] hacer las casas para la gente como en otras cosas necesarias. En esta isla había muchas palmas; en este puerto nos traían los indios infinito bastimento, así de faisanes, de gallinas, pavas, patos, perdices, venados, dantas, que de esto todo y de otras muchas maneras de caza había en abundancia, y mucha miel, y otras cosas de mantenimientos, lo cual todo se rescataba por mano de Enrique Montes, por saber la calidad de los indios mejor que otro, por se haber criado entre ellos.

Las frutas de esta tierra son muy desabridas y pocas; todo el mantenimiento es como lo de Pernanbuco, y la gente de la misma manera y condición, salvo que aquí las mujeres casadas traen unas mantecicas pequeñas de algodón, de manera que no andan tan deshonestas como las que arriba dije. En este puerto estuvimos tres meses y medio, dentro de los cuales se acabo de hacer la galeota, aunque antes se acabara de hacer sino enfermara toda la gente, que era la tierra tan enferma, que a todos los llevo por su rasero, que yo doy mi fe a Vuestra Merced que, según la gente cayó de golpe, bien pensamos peligrara la mayor parte; allí se nos murieron cuatro hombres y otros de los que salieron malos en seguimiento de nuestro viaje. A Juanico tuve aquí muy malo, y tanto y en tanta manera, que doy mi fe a Vuestra Merced que pensé se fuera su camino. Pasé con él harto trabajo a causa del poco refrigerio que había. Yo gracias a Nuestra Señora, me hallé muy bueno en esta tierra, que jamas caí malo, ni me dolió la cabeza en ella; más no me duró mucho porque hago saber a Vuestra Merced que en el mismo día que de este puerto de Santa Catalina, que así se le puso el nombre, salimos, que fue tan grande la enfermedad que me dio, que bien pensé ser llegado mi fin. Así que, señor, después de acabada la dicha galeota y recogida toda la gente en las naos, y en ella con todos los cristianos que allí hallamos, salimos con buen tiempo del dicho puerto a quince días de febrero de dicho año de 1527, y dende a seis días siguientes llegamos al Cabo de Santa María, que es a la boca del Río de Solís. Este río es muy caudaloso, tiene de boca xxv leguas largas. En este río pasamos muchos trabajos y peligros así por no saber la canal, como haber muchos bajos en él y andar muy alterado con poco viento cuanto más que se levantan en él grandes tormentas, y tiene muy poco abrigo.

Digo de verdad a Vuestra Merced que en todo el viaje no pasamos tantos trabajos ni peligros como en cincuenta leguas que subimos por él hasta llegar a un puerto de tierra firme que se puso por nombre San Lázaro. Yo vine de Santa Catalina hasta aquí en la galeota, y como mi enfermedad fue grande, y en ella había muy poco abrigo, pasé infinitos trabajos, y tantos, que yo doy fe a Vuestra Merced no creo bacante lengua de hombre a poderlos contar. Mas plugo a la Majestad Divina de me sacar dellos para meterme en otros mayores, como Vuestra Merced por esta carta adelante vera; mas, doile muchas gracias que a la fin de tantas fatigas me a dado gracia de descubrir tan rica tierra como ésta, como adelante Vuestra Merced vera. Como digo, en fin, que, señor, llegamos aquí domingo de Lázaro, que fueron seis de abril del dicho año de 1527 años.

En este puerto estubo el señor capitán general un mes dentro del cual las lenguas que traíamos se informaron de los indios de la tierra, y supieron como había quedado allí un cristiano cautivo en poder de los indios de cuando habían desbaratado y muerto a Solís el cual se llamaba Francisco del Puerto. Este, en sabiendo de nuestra venida vino luego [a] hablar al señor capitán general, y entre otras muchas cosas que le preguntó de la manera de la tierra y la calidad de ella, dio muy buena relación, y también de la gran riqueza que en ella había, diciéndole los ríos que había de subir hasta dar en la generación que tiene este metal. Y porque las naos no podían pasar por el Paraná adentro, a causa de los muchos bajos que había, las dejó con treinta hombres de la mar para que buscasen algún buen puerto seguro do las metiesen. Y también acordó Su Merced de dejar en el dicho San Lázaro una persona con diez o doce hombres para la guarda de mucha hacienda que allí quedaba, así de Su Majestad como de particulares, entre los cuales fui yo uno, a causa de no estar libre de mi enfermedad, que todavía me tenía muy fatigado. Y con toda la otra gente de la armada en la galeota y carabela se recogió el señor capitán general para ir el Río Paraná arriba. Y partió de San Lázaro a 8 días de Mayo del dicho año de 1527; y antes de que Su Merced partiese, [domingo tachado en el original] viernes de ramos, estando el tiempo muy sosegado y claro obra de tres horas de la noche, se levantó un tiempo tan espantoso que aún los que estábamos en tierra pensamos perecer. Pasaron las naos mucho peligro, y la una de ellas hubo de cortar el mástil principal para la salvación de la dicha nao, y fue este tiempo tan temeroso que tomó la galeota que estaba en el agua con dos amarras y las quebró, y en peso como si fuera una cosa muy liviana, la saca del agua y la hecha en tierra mas de un tiro de herrón, de manera que para la tornar al agua hubo menester ingenios. Así, como digo partió de este puerto de San Lázaro el señor capitán general donde los que allí quedamos pasamos infinitos trabajos de hambre, en tanta manera que no podría acabar de contarlos; mas, todavía daré aquí alguna cuenta a Vuestra Merced y fue como quedamos con poco bastimento y en tierra despoblada, faltónos al mejor tiempo, de manera que nos hubimos de socorrer en la misericordia de Dios, y con hierbas del campo y no con otra cosa nos sostuvimos mientras las hallábamos y teníamos posibilidad para irlas a buscar, que nos acontecía ir dos y tres leguas a buscar los cardos del campo y no los hallar sino en agua a donde no los podíamos sacar. En fin, que nuestra necesidad llegó a tanto extremo, que de dos perros que allí teníamos nos combino matar el uno y comerle, y ratones los que podíamos haber, que pensábamos cuando los alcanzábamos que eran capones. Y estando en esta necesidad me fue forzado, lo uno, por cumplir el mandado de la persona a quien el señor capitán general había dejado allí; lo otro, por tener que comer y no morir de hambre, de ir doce leguas del real en una canoa con unos indios a sus casas a rescatar carne y pescado. Y en el camino se levantó un tiempo que nos tomó de noche en mitad del

río, de manera que yo hube de hechar al río cuanta ropa llevaba y los indios sus pellejos, y aportamos a una isla que estaba en la mitad del río, la canoa llena de agua, que fue el mayor misterio del mundo escapar.

En aquella isla estuvimos desde domingo hasta miércoles siguiente, a causa de andar todavía el río muy soberbio, que no podíamos salir, y en todo este tiempo yo ni los indios no comimos maldito sea el bocado, ni hierbas, ni otra cosa, que no la había ya. Plugo a Nuestra Señora de amansar el río, y salimos y volvímonos a tierra más muertos que vivos, aunque cierto, los que allí estaban pensaron que me había perdido. Allí se nos murieron dos hombres de los que quedamos, ni sé si de anbre o de qué; verdad es que estaban algo enfermos. Y así pasamos esta mala ventura hasta que el señor capitán general embió la galeota por nosotros y por la hacienda que allí estaba para llevarnos donde el señor capitán general tenía su asiento, que eran sesenta leguas por el Paraná arriba. Y allegó la galeota allí a San Lázaro víspera de Nuestra Señora de [Agosto] de este dicho año de 1527, y partimos de allí a 28 del dicho mes, y llegamos a Carcarañal, que es un río que entra en el Paraná que los indios dicen viene de la sierra, donde hallamos que el señor capitán general había hecho su asiento y una fortaleza harto fuerte para en la tierra. La cual acordó de hacer para la pacificación de la tierra aquí habían venido todos los indios de la comarca, que son de diversas naciones y lenguas, a ver al señor capitán general, entre los cuales vino una de gente del campo que se dicen Quirandíes. Esta es gente muy ligera; mántiennense de la caza que matan y en matándola, cualquiera que sea, la beben la sangre, porque su principal mantenimiento es, a causa de ser la tierra muy falta de agua. Esta generación nos dio muy buena relación de la sierra y del Rey blanco, y de otras muchas generaciones disformes de nuestra naturaleza, lo cual no escribo por parecer cosa de fábula, haga que placiendo a Dios Nuestro Señor, lo cuente yo como cosa de vista y no de oídas.

Estos quirandíes son tan ligeros que alcanzan un venado por pies; pelean con arcos y flechas y con unas pelotas de piedra redondas como una pelota y tan grandes como el puño, con una cuerda atada que la guía los cuales tiran tan certeros que no hierran a cosa que tiran. Estos nos dieron mucha relación de la sierra del [rey] blanco, como arriba digo, y de una generación con quien ellos contratan, que de la rodilla abajo que tienen los pies de avestruz. Y también dijeron de otras generaciones extrañas a nuestra natura, lo cual yo por parezer cosa de fábula, no lo escribo. Estos nos dijeron que de la otra parte de la sierra confinaba la mar, y según decían, crecía y menguaba mucho y muy súbito. Y según la relación que dan, el señor capitán general piensa que es la Mar del Sur; y a ser así no menos tiene este descubrimiento que el de la Sierra de la Plata, por el gran servicio que Su Majestad en ello recibirá.

En la comarca de la dicha fortaleza hay otras naciones las cuales son: carearais y chanaes y beguas y chanaestimbus y timbus [que son] de diferentes lenguajes; todos vinieron [a] hablar y ver al señor capitán general. Es gente muy bien dispuesta; tienen todos oradadas las narices, así hombres como mujeres, por tres partes, y las orejas. Los hombres oradan los labios por la parte baja; de estos, los carcarais y timbus siembran abati y calabazas y habas; y todas las otras naciones no siembran y su mantenimiento es carne y pescado.

Aquí con nosotros está otra generación que son nuestros amigos, los cuales se llaman guarenís y por otro nombre chandris. Estos andan derramados por esta tierra y por otras muchas, como corsarios, a causa de ser enemigos de todas estas otras naciones y de otras muchas que adelante diré. Son gente muy traidora, todo lo que hacen es con traición. Estos señorean gran parte de esta India y confinan con los que habitan en la sierra. Estos traen

mucho metal de oro y plata en muchas planchas y orejeras y en hachas, con que cortan la montaña para sembrar. Estos comen carne humana. Nuestro mantenimiento en esta tierra es y ha sido desde postrero de mayo del dicho año, que nos faltó el mantenimiento de España, cardos y pescado y carne, y esto a ventregadas. El pescado de esta tierra es mucho y muy bueno; es tal y tan sano que nunca los hombres vieron que con venir todos o los más enfermos e hinchados de diversas maneras de enfermedades, con tener dieta con pescado y agua hasta hartar, en menos de dos meses que allí llegamos estábamos todos tan buenos y tan frescos como quando salimos de España. Y mientras en esta tierra habernos estado no [ha] adolecido ninguno de nosotros. Es la tierra es muy sana y muy llana, sin arboledas. Hay en ella muchas maneras de cazas, como venados y lobos y raposos y avestruzes y tigres. Estos son cosa muy temerosa. Hay muchas ovejas salvajes, de grandor de una muleta de un año, y llevarán de peso dos quintales. Tienen los pescuezos muy largos a manera de camellos; son extraña cosa de ver. Allí envía el señor capitán general alguna a Su Majestad. Mientras estuvo aquí el señor capitán general hizo calar esta tierra para ver si se podría caminar por ella, porque decían era por allí el camino muy cerca, y la relación que trajeron fue que era despoblada y que no había agua en toda ella en más de cuarenta leguas. Y a la causa el señor capitán general mandó a las lenguas se informasen de toda la tierra y del camino más cercano a la sierra; y en fin que al cabo de se haber bien informado de todo, dijeron al señor capitán general que el mejor camino y más breve era por el Río Paraná arriba y de allí entrar por otro que entra en el que se dice el Paraguay. Y luego el dicho señor capitán general puso en obra el dicho camino, y primero mandó meter toda la hacienda en la dicha fortaleza y mandó al capitán Gregorio Caro que con treinta hombres quedase en tierra para guardar la dicha fortaleza y lo que en ella quedaba. Y esto hecho mandó el señor capitán general embarcar toda la otra gente en la galera y un bergantín que allí se había hecho; y en veinte y tres días del mes de diciembre del dicho año, que fue víspera de Navidad, ese día anduvimos muy poco por calmarnos el viento. Luego otro día se hizo vela y llegamos a una isla, la cual se puso nombre de Año Nuevo [al margen: 1528], por llegar allí a tal día.

De aquí envió el señor capitán general el bergantín y con él al teniente Miguel Rifos con hasta treinta y cinco hombres para que fuese a dar una mano a los timbus, una generación de las que arriba dije, la cual era contraria a estos indios que con nosotros traíamos. Y la causa fue que los dichos indios habían venido a la dicha isla a ver al señor capitán y le habían traído cierta cantidad de millo cada uno de ellos, y el señor capitán general les había dado a cada uno de ellos algunas cuentas menudas, por ser poca cantidad del millo que habían traído. Y ellos de esto fueron algo enojados diciendo les habían de dar otra cosa mejor en que fueron al bergantín, que estaba algo apartado de nosotros, y quisieron flechar los indios que con nosotros traíamos que estaban cabe el bergantín. Y así pasaron buen trecho de la galera, amenazando al señor capitán general, diciendo que iban muy enojados de él y que se los habían de pagar. Y visto esto por el señor capitán general envió el dicho bergantín, como tengo dicho, por temor que, yendo de la manera que iban, no hiciesen alguna bellaquería a la fortaleza tomándolos sobre seguros.

El bergantín ido amaneció sobre sus casas y luego saltamos en tierra y los cercamos dentro en las casas y les entramos dentro y sin ninguna resistencia que ellos hiciesen, que como vieron que éramos cristianos no tuvieron ánimo para levantarse ni para tomar arco ni flecha. En fin, que matamos muchos de ellos y otros se prendieron y les tomamos todo el millo que en la casa tenían y cargamos el bergantín y quemámosles las casas. Los indios que con nosotros iban vinieron cargados de [esclavos] de los dichos timbús y con mucho millo,

y así nos volvimos a donde habíamos dejado la galera, donde nos recibieron con mucha alegría, y más cuando vieron el buen recado de abati que traíamos. Aquí en esta jornada obró Dios conmigo milagrosamente, y fue que yo iba en una canoa de indios con la lengua y de noche de nos trastornó la canoa con cuanto en ella iba, y yo armado y con la espada ceñida hube de bajar a ver cuán hondo era el río, y plugo a la Majestad Divina que torné a salir arriba y me así al bordo de la canoa, y así fue gran trecho por el río hasta que salimos en tierra y me entré en el dicho bergantín. Muchos que me vieron caer como sabían que no sabía [nadar] me tuvieron por perdido en fin que Nuestra Señora lo hizo mejor conmigo.

Las mujeres de estos timbús tienen por costumbre de cada vez que se les muere algún hijo o pariente cercano se cortan una coyuntura del dedo, y tal mujer hay de ellas que en las manos ni en los pies no tiene cabeza en ningún dedo, y dicen lo hacen a causa del gran dolor que [sienten] por muerte de la tal persona.

De aquí partimos, donde fuimos de isla en isla hasta llegar a una isla donde había tantas garzas que pudiéramos henchir los navíos que llevábamos de ellas. Allí tomamos algunas, que por tener el viento bueno no paramos más. [Así] caminamos por este río, el cual tiene de anchura doce leguas y catorce y por lo más angosto cinco leguas. Este río hace en medio muchas islas tantas que no se pueden contar, todo de muy buena agua dulce, la mejor y más sana que se puede pensar. Baja la tierra adentro más de trescientas leguas; así anduvimos, como dicho tengo, el río arriba, de isla en isla, hasta llegar a una generación que se decían mepenes, donde habían muerto cuatro cristianos de nuestra armada que en una carabela que había subido por allí arriba venían. Todo este camino anduvimos algunas veces a la vela, otras veces, a toas con harta fatiga que la gente paso con el poco bastimento que entonces traíamos, porque las canoas que con nosotros venían pescando se habían vuelto a Sant Spiritus con los esclavos que llevaban de los timbús, en que el señor capitán general acordó de dar a la gente a tres onzas de harina de una pipa que para las tales necesidades traía. Y así estuvimos con este tiempo algunos días surtos por no hacernos tiempo para el viaje que llevábamos; y a las veces andando a toas todo este tiempo con mucha fatiga por la mucha hambre que pasábamos, como por el mucho trabajo que teníamos. Y no nos duró mucho tiempo que la dicha ración no[s] la abajaron a dos onzas, por causa y temor que el viaje no fuese más largo que pensábamos, en que las dos onzas daban tan tasadas que casi no había una buena. En que íbamos de isla en isla pasando mucho trabajo, buscando yerbas, y estas de todo género, que no mirábamos si eran buenas o malas, y el que podía haber a las manos una culebra o víbora y matarla, pensaba que tenía mejor de comer que el Rey. Y aconteció algunas personas andar a buscar víboras, que las hay muchas y muy grandes y muy emponzoñosas, y matarlas y comerlas como tengo dicho.

Con esta tan fiera pasión estuvimos parados algunos días sin ir adelante por no haber tiempo, porque no andábamos sino una legua o media legua cada día a toas con mucho trabajo, a causa que el poco comer nos fatigaba en tanta manera que muchas personas se dejaban descaer. Que no teníamos otro bien sino cuando la galera llegaba [a] alguna isla de saltar de [a] ella y como lobos hambrientos comer de las primeras hierbas que hallábamos, no mirando, como arriba digo, si eran buenas o malas, y cociamoslas sin otra substancia sino con sola agua y así las comíamos. A tanto que muchas veces aconteció venir muchas personas haciendo bascas y echando cuanto en el cuerpo tenían de haber comido alguna fruta, como si fuera ponzoña; y le daban luego aceite que bebiesen, con lo cual se les amansaban. Así que con este trabajo que digo a Vuestra Merced pasamos la boca del Paraguay, un río muy caudaloso que va a la dicha Sierra de la Plata, en que ya no nos quedaban más de

quince o veinte leguas hasta llegar a las dichas caserías. Las cuales senos antojaron más de quinientas, porque en ellas pasamos tantos trabajos cuanto hombres nunca pasaron, porque ya la ración de harina se había acabado, lo cual puede Vuestra Merced pensar que podríamos sentir. Y habiánnos dado ciertos días a dos onzas de garbanzos y a dos onzas de tocino, y esto acabado nos dieron a medio pie de puerco por hombre. Finalmente, que el remedio que teníamos era como lobos hambrientos meternos por los bosques con las hachas en las manos y buscar algunas palmas, y el que era su ventura tal que no la hallaba, ayunaba que no comía sino hierbas que nunca los hombres tal comieron. Y a causa de ser los bosques muy espesos recibíamos mucha fatiga en buscar la comida por ellos, aunque no se nos ponía delante temor de ninguna onza ni tigre ni de otra fiera ninguna. De las cuales animalias toda esta tierra está muy poblada, que aún la galera no era bien llegada a tierra cuando todos saltábamos el que más presto podía a buscar lo que digo arriba. Y algunas personas se metían tanto por los bosques que no acertaban [a tornar]. Y nos acontecía cuando no hallábamos palmas, volver a donde la galera estaba, y si topábamos que alguno había hallado alguna dar tras el tuero y a trozos llevarlo a la galera y picarlo poco a poco con un cuchillo grande o con un hacha, muy menudo, y comerlo que de aserraduras de tablas a ello había poca diferencia. Yeto era muy continuo en todos que, por Dios, yo de mi parte creo comí de eta manera más de una arroba. Estando en tal fatiga, como dho tengo, el señor capitán general había proveído seis o siete días antes que el bergantín se adelantase y no cesase de andar noche ni día a puro remo hasta llegar a las dichas caserías de nuestros amigos para traernos o enviarnos bastimento. Pues la galera no podía subir por le ser los tiempos contrarios, sino como tengo dicho, en que después de allegado el dicho bergantín a las dichas casas, lo primero que hizo fue enviarnos hasta veinte canoas cargadas de bastimentos de la tierra. Las cuales allegaron al tiempo que en la tal necesidad erábamos como tengo dicho porque el socorro fue tal, que certifico a Vuestra Merced que, aunque vinieran cargadas de oro y de piedras preciosas, no fueran tan bien recibidas de nosotros como fueron en ser batimentos para comer, que ya Vuestra Merced puede pensar el plazer que en tal socorro recibiríamos. Luego con el socorro nos vino en buen tiempo y pasamos adelante, aunque no nos duró mucho y nos volvimos a nuestras calmerías y viento contrario, pero ya no se nos daba mucho con tener el presente mantenimiento. Y asimismo venirnos siempre de día en día de las dichas caserías y en llevar indios con nosotros que siempre mataban pescado y nos traían a la galera. Y de esta manera llegábamos a las caserías las cuales eran de un indio principal que se llamaba Yaguaron, capitán que es de todas estas caserías que en esta comarca están, porque siempre tienen guerra con otros indios que están siete y ocho leguas el río arriba de su misma nación. Y llegados a estas casas, así este mayoral como todos los otros mayorales de la tierra, nos trajeron mucho bastimento, así de abati, calabazas, como raíces de mandioca e patatas y panes hechos de harina de las dichas raíces de mandioca muy buenos, lo cual todo nos sabía muy bien pensando en la hambre que habíamos pasado.

El señor capitán general estuvo algunos días en este puerto, el cual se puso nombre Santa Ana, donde allegamos, y dentro de los cuales días recogió mucho bastimento de todas aquellas casas, y asimismo el bergantín de las otras casas de arriba, porque trajo mucha cantidad de ello. A estos indios vimos traer muchas orejeras y planchas de muy buen oro y plata y asimismo el bergantín vio otro tanto. Y más en las caserías de arriba a las cuales envió el señor capitán general a Francisco del Puerto, lengua, para que se informase de los dichos indios do traían [el dicho] metal y quién se los daba. Y así fue el dicho Francisco del Puerto, lengua, y vino y la relación que trajo fue que los chandules, que son indios de

esta misma generación que están sesenta, setenta leguas el Paraguay arriba, se lo daban por cuentas y por canoas que les daban. [Y que] de estas casas de estos indios a las de los dichos chandules por tierra, por do ellos van hay seis jornadas en que la mitad de este camino es todo alagunas y anegadizos.

El señor capitán general pudiera aquí rescatar mucho oro y plata, y no lo hizo porque los indios no tuviesen pensamiento que la intención de nuestra ida era con codicia del dicho metal y también por porque pensábamos ir a la generación de los chandules que dicho tengo. Y Francisco, lengua, se informó que tenían mucho metal porque según los indios le decían de las dichas caserías iban mujeres y niños hasta la dicha sierra y traían el dicho metal.

Luego el señor capitán general puso por obra nuestra partida para subir el dicho Paraguay y a las dichas casas, pues por tierra era excusado, según la información [que] teníamos. En este puerto supo el señor capitán general de ciertos indios como habían entrado ciertas naos en el Río de Solís y se habían juntado con las nuestras, lo cual el señor capitán general ni nosotros no tuvimos en nada, porque pensábamos los indios no decirnos la verdad, como en la verdad habían dicho muchas cosas que nos habían salido mentirosas. Y así salimos del puerto el sábado de Lázaro, que fueron 28 días de marzo y estuvimos en él obra de 30 días.

Estos indios comen carne humana y son parientes y de la misma generación de los que están en la fortaleza de Santispritus con nosotros. Y así salidos del dicho Puerto de Santana, bajamos el Río de Parana abajo hasta la dicha boca del Paraguay, a la cual llegamos postrero día del dicho mes de marzo. En el Paraná de Santispritus hasta la dicha Santana, hay las generaciones siguientes: mecoretais, camaraos, mepeus. Y entrando en dicha boca de Paraguay hasta lo que por ella anduvimos hay las que diré: yngatus, beoyos, conameguaes, bereses, tendeads, hogaes; éstas las que confinan por el río que nosotros vimos, sin las de la tierra adentro que es cosa innumerable. Son de diversos lenguajes, no siembran estos ni los de Paraná, su mantenimiento es carne y pescado y lo más natural es el pescado, porque hay tanto en el río y péscanlo que es una cosa no creedera. Su arte de pescar es cuando el río esta bajo, con red, mas, cuando está crecido, que a causa de meter el pescado en los yerbazales, no se pueden aprovechar de la red, mátanlo a la flecha. Y esto en harta cantidad, y esto lo puede Vuestra Merced ver que, como digo, su principal mantenimiento es pescado. Y así entrados por la dicha boca del Paraguay, y luego el mismo día vimos una canoa de indios, que nos dieron pescado los cuales se decían beoques. Y así, fuimos el río arriba unas veces con viento, otras veces con toas, porque según el río hace las vueltas, no le puede servir ningún viento, sino solamente para caminar dos o tres leguas por él, porque por fuerza es menester a remo o a toas doblar las dichas vueltas. Luego el señor capitán general procuró de enviar el bergantín adelante hasta que hallase la boca del río Hepetín, que en el lenguaje de los indios quiere decir río barriento. Y según los indios dicen viene de la sierra y que por el se acorta mucho el camino para ella, pero que no es navegable por ser la corriente mucha este río viene muy barriento, según los indios dicen y nosotros vimos, que no parece sino un poco de barro desleído con agua. Y luego el señor capitán general mandó al teniente Miguel Rifos que fuese en el dicho bergantín hasta llegar a una generación que dicen los agaes, e hiciese paces con ellos, porque estábamos informados participaban de mucho oro y plata, y allí esperase la galera del dicho bergantín. Se subió arriba con treinta hombres bien aderezados en el y nosotros también poco a poco por no poder andar sino cuanto a Vuestra Merced digo a poder de toas. En este río tuvimos muy más entera relación de unos indios

los cuales habían venido del Uruay de contratar con los indios chandules, que nos dijeron y certificaron haber entrado en el Río de Solís tres velas las cuales le decían que se estaban juntas con nuestros navios. En que por esta relación y por la que en Santana supimos, dimos más crédito a que habían entrado naos en el dicho Río de Solís. Y luego de ahí a dos a tres días vimos venir el dicho bergantín que a los agaes el señor capitán general había enviado. El cual, aunque al presente, en viéndolo tuvimos mucho placer, después que llegó a la galera tuvimos mucho pesar porque en él venía el contador Montoya, que había ido en el dicho bergantín, y venía mal herido de flechas de los indios. Y asimismo toda la gente que en el venía, porque como el dicho bergantín se fue arriba con el dicho teniente Miguel Rifos y Gonzalo Núñez, tesorero de Su Majestad, y el dicho contador Montoya. Allegaron a la generación de los agaes, los cuales habían alzado sus casas en saber su venida, y se habían metido por ciertos esteros en canoas. Y que habían habido plática con una canoa de ellos, la cual les habían dicho como los chandus que más arriba estaban tenían mucho oro y plata. Y así habían pasado adelante hasta las casas de los dichos chandus que más arriba estaban, los cuales les recibieron muy bien y les trajeron mucho bastimento. En que estuvieron dos o tres días con los dichos indios, en que al cabo no les traían casi bastimento ninguno, por causa de estar los indios muy solevantados y con mucho temor de que les iban a hacer mal en venganza de otros cristianos que ellos habían muerto, que eran los compañeros de Enrique Montes y Melchor Ramírez que dicho tengo. Habían entrado por tierra y habían llegado hasta allí y los habían muerto y quitado mucha cantidad de oro y plata así que por ese temor andaban siempre soliviantados, en que el teniente Miguel Rifos hacía ir siempre a Francisco, lengua, a las dichas casas para que les hablase y con buenas palabras les dijese que nosotros veníamos a ser sus amigos y a darles de lo que llevábamos. A que como la malicia estaba en ellos arraigada, procuraron de ejecutar la malicia y mala intención que tenían, en que un día vinieron a llamar al dicho teniente para que fuese con ellos a las dichas sus casas, que allá le darían mucho bastimento. Y que tanto se lo importunaron, que hubo de ir con ellos hasta quince o diez y seis hombres bien apercebidos, en que fue el dicho teniente y tesorero, y quedo el contador con la otra gente para guardar el bergantín y recoger lo que al dicho bergantín viniese. E idos, aún no se habían apartado hasta una milla del dicho bergantín cuando del dicho bergantín oyeron [muy] grandes boces y ahullidos. Y que no pudieron pensar que cosa fuese, y enviaron allá a una persona del dicho bergantín de los que habían quedado en él para que mirase por que habían dado y daban tales voces. La cual persona fue y nunca vino; y visto que no venía enviaron otra, en que no hubo traspuerto por un gran montón de tierra alta que en frente del bergantín estaba, cuando le vieron venir muy corriendo y muchas flechas en cantidad tras él. Y de que vieron los que en el bergantín estaban la cosa como pasaba, procuraron de echar luego el bergantín al agua, porque estaba medio barado y salirse a lo largo. En que todo esto no lo pudieron tan presto hacer, que primero los indios no estuviesen encima de ellos tirándoles muchas flechas en gran cantidad en que les valió harto para ellos salvarse la ropa y munición que en tierra habían sacado a solear, porque se empacharon tanto en procurar cada uno de asir su parte de ello, a que no les fatigaran en tanta manera como si en aquello no se empacharan le[s] fatigaran. A que el dicho bergantín se hizo al largo del río y toda la gente que en el venía, herida, y algunos muy malamente. En que vieron andar a [los] indios que en tierra andaban traían muchas armas y ropa de la gente que con el [dicho teniente] y tesorero habían ido, los cuales segun pareció cuando las voces daban, los habían [muerto]. Así se volvió el dicho bergantín a

la galera con harta pena por venir todos heridos como venían y con pensamiento que les salieran siempre indios a flecharlos en el camino [pues], ya se habían desvergonzado.

Luego el señor capitán general viendo el mal recado [que] había acontecido en el dicho bergantín, y que para subir arriba nos faltaba mucho mantenimiento y más principalmente la nueva tan cierta que habíamos sabido de la venida de las naos al dicho Río de Solís. Acordó el señor capitán general de volver aba[jo] porque temía que en la dicha armada venía Cristóbal Jaques, capitán del Rey de Portugal, que otra vez, como tengo dicho, había venido a este Río de Solís. Y prometió al dicho Francisco del Puerto, que allí allamos que volvería, y si fuese que el dicho Cristóbal Jaques había entrado en el dicho río, nuestras naos estarían en mucho aprieto y la gente de ellas. Y, asimismo, si hubiesen subido arriba a la fortaleza no hubiesen recibido algún daño. Y con este pensamiento volvimos el río abajo hasta el Paraná, en que en el camino vimos muchas casas nuevamente puestas en la ribera del dicho río que nos dieron mucho pescado. Estas naciones de indios que aquí encontramos son enemigos de los chandules de arriba que nos habían hecho la dicha traición.

Caminando, pues, por el Río de Paraná abajo, habiendo andado hasta treinta leguas de la boca del dicho Río de Paraguay, estando surtos en una isla por causa del mal tiempo que nos hacía, vimos asomar dos velas que no pudimos pensar qué velas pudiesen ser. Luego envió el señor capitán general allá una canoa con ciertas personas para que supiesen quienes eran. Y venida la dicha canoa, dijo como era armada de nuestro Emperador, y que venía en ella por capitán general uno que se decía Diego García de Moger; y luego vinieron el teniente del dicho capitán general y un [contador] de Su Majestad para hablar a nuestro general. Luego otro día vino el dicho Diego García y sus oficiales que con él venían a comer a la galera con el señor capitán general, y este día se concertaron de volver juntos a la dicha fortaleza a causa de estar junto a ella y del poco mantenimiento que los unos y los otros traíamos. Y abajo hacer media docena de bergantines y tornar todos juntos a subir por el dicho río, y así vinimos juntos hasta la dicha fortaleza dentro con toda su gente. Y luego procuró el señor capitán general de tomar parecer sobre el concierto de dicho Diego García y su gente, el cual concierto no se acabo de hacer allí ni se ha hecho. El dicho Diego García se partió de la dicha fortaleza para adonde estaban las naos, y luego al señor capitán general le pareció sería bien enviar la carabela y en ella a Hernando Calderón, teniente de Su Majestad y teniente del s[eñor] capitán general, y a Roger Barlo contador de Su Majestad para informar a Su Majestad del viaje que habíamos hecho y de la gran riqueza de la tierra. Los cuales llevan muy buenas muestras de oro y plata desta tierra, y no llevan más cantidad, porque como tengo dicho el señor capitán general no quiso rescatar por no dar a entender a los indios que teníamos codicia de su metal. Que pues sabíamos de cierto lo había, no curásemos de los arroyos sino de la fuente. Que según donde habíamos allegado a no nos venir el inconveniente que nos vino en la venida de estas otras naos, tuviéramos acabado nuestro viaje. Porque dende a donde hicieron aquella traición a los nuestros que iban en el bergantín hasta la sierra no había más de veinte leguas. Y iban muy continuo, como tengo dicho, mujeres y niños y viejos y traían mucha cantidad del dicho metal. Mas, esperanza en Nuestra Señora, [pues] que sabemos que lo hay, y el camino si Dios vida nos da, no p[u]ede ser sino que lo alcancemos. Y verdad es que habrá alguna dilación más de la que pensábamos y nosotros queríamos, mas, esta no será más de hasta que de allá Su Majestad provea en lo quel s[eñor] capitán general le envía a suplicar. Ahí van esos señores que arriba digo; son personas de mucho merecimiento y de quien en esta tierra he sido muy favorecido en todo lo que se ha ofrecido. Suplico a Vuestra Merced si acaso aportaren a ese

pueblo, se les haga toda la más cortesía [que] fuere posible, porque holgaría mucho hubiese Dios traído las cosas a tal estado que pudiesen recibir allá algún servicio para el pago de las muchas mer[cedes] [que] yo acá he recibido. Y hablará Vuestra Merced con el señor teniente, que se dice Hernando Calderón, que es natural de Madrid, el cual dará siempre aviso a Vuestra Merced de lo que se negocia para estas partes y de lo que se ha de proveer y en qué podría ser yo aprovechado y de lo que por esa vía supieren, como por otra cualquiera, suplico a Vuestra Merced tenga mucha solicitud para si se hubiere de proveer algo para acá, lo haya yo antes que otro. Y de esto se podrán también informar de Francisco Birbiesca, que es uno que hace los negocios del secretario Samano, que es mucho mi señor, al cual darán esta carta que aquí va con éstas [cartas]. Y en esto podrá aprovechar mucho Villafranca, su yerno de Lope de Vertavillo, porque es mucho del secretario Juan de Samano, en quien va todo esto... [roto en el original]. Que escribo a Martín de Salinas haciéndole memoria de lo pasado, bien creo terná [tendrá] por bien de descargar su conciencia, y si diere poco o mucho, tómese.

Mucho querría lo hiciese porque de ello se me enviasen ciertas cosas que por una memoria envió a pedir de las cuales tengo mucha necesidad. Si lo diere, como digo, de ello se podrá proveer, y si no, suplico a Vuestra Merced me lo mande comprar y enviar conforme a la memoria que envió, por ser cosas muy necesarias en esta tierra para la salud y acrecentamiento de la vida. Porque, por Dios, en estos viajes que por este río arriba hemos hecho, demás de la necesidad de la hambre, nos ha costreñido mucho la necesidad de la ropa. Y a mí más que a otro, a causa que, como a Vuestra Merced en esta [digo], en dos veces se me a ido parte de ello a la mar; la una cuando perdimos la nao [y la otra] en este río cuando la canoa me hubiera de anegar. Y lo poco que me [quedó, con las] muchas humedades de este río, se [me] ha acabado de pudrir, de manera [que si] [roto en el original] me falta habré de parecer a los indios en el vestido. Y yo doy mi fe a Vuestra Merced [que] si no tuviese esperanza en Nuestra Señora de pagar esta merced, con las otras muchas que he [recibido]. Con las setenas, no me atreviera a suplicarlo a Vuestra Merced si pensara dar mas pas[ión] a Vuestra Merced que como digo, si Dios de acá me lleva, sino mucho descanso en descuento de las muchas pasiones que siempre les he dado. Y si el señor capitán general, como como por esta digo, hubiera dado lugar a ello, yo pensara tener ahora que [enviar] a Vuestra Merced, no solamente con qué me pudiera enviar lo que pido, sino muy más ade[lante]. Mas, jamás nunca nos dio Su Merced lugar a ello, por las causas que arriba digo. [Y si a] Vuestra Merced le pareciere mucho lo de la memoria, no tenga mucha pena de que [ven]ga, que después de tomar hombre lo que hubiere menester, de lo demás podrá hombre [sacar] el principal, bien largamente. Y si a Vra md le pareciere y mandare [conforme] a mi memoria, puede enviar lo más que mandare, que yo le certifico sea la [...] buena y mejor que puede pensar. Las cosas de mantenimiento han de ser [...] buenas, lo que Vuestra Merced me enviare venga sobre todo en muy buenas [...] estancas, que aunque sea harina o quesos o tocino, venga en vasijas. [El...] vino y la ropa y rescates vengán en muy buena caja, porque al [...]tado trae el provecho consigo, y en esto no quiero ser más p[...] suplicar a Vuestra Merced con ojos de piedad como señor y padre [...] mil recibidos ya pasados y a la poca obediencia que a sus m[...] tenido sino a la necesidad que tengo, lo cual es tanta que por Dios nos sé como lo escriba.

Señor, Juanico está muy bueno y en servicio del señor capitán general, del cual ha re[cibido] muchas mercedes, y si Dios nos da vida y por él no queda las recibirá. El besa las manos a Vuestras Mercedes. Allá escribe a sus padres.

Señor, suplico a Vuestra Merced mande decir a la señora mi hermana Francisca Ramírez que yo [la] suelto la palabra que le traje para que haga lo que Vuestras Mercedes le mandaren. Que Dios sabe si me quisiera yo hallar presente, mas que falta dar gracias a Dios por todo que yo prometo, llevándome Dios con bien, de cumplir lo que la prometi. Y que la ruego yo me escriba y tenga especial cuidado, como me prometió, de rogar siempre a Dios por mí. Al señor prior me encomiendo en sus oraciones y que le pido por merced no me olvide en ellas. Al señor García Cocón y a la señora su mujer beso las manos de sus mercedes con las de las señoras sus hijas y nietas, con todos los más que Vuestra Merced mandare. A si quedo en este puerto de San Salvador, que es en el Río de Solís, a diez días del mesde julio de 1528 años.

*El humilde y menor hijo que las manos de Vuestras Mercedes besa,
Luis Ramírez*

A las señoras mis tías, la de Ruiz Pérez y Pero Gajardo beso las manos con las señoras mis primas todas [...] señores sus maridos [...] [escribo m...] lo que a hecho Dios [...] despues [...] jardo y si está ahí, y si ahí, estuviere, dele mis encomiendas y que digo yo que vea esta carta [...]

Señor, suplico a Vuestra Merced de dar estas cartas que aquí van a quien dicen y enviar la respuesta de ellas, ende más de una que va para Juan Vivero. Ésta se le dé y [se] cobre la respuesta y si algo diere, lo cobren y me lo envíen con lo mío porque es para mí un matalotaje que acá tengo, a quien yo debo mucho y habernos estado y estamos juntos en compañía siempre.

Hago saber a Vuestra Merced que esta tierra donde ahora estamos es muy sana y de mucho fruto, porque hago saber a Vuestra Merced que se sembraron en esta tierra para probar si daba trigo y sembraron cincuenta granos de trigo y cogieron por cuenta CCLVV V [550] granos, esto en tres meses, de manera que se da dos veces al año. Escribólo a Vuestra Merced por pare[cer cosa] misteriosa.

Maura, J. F. (ed.) (2007). *Carta de Luis Ramírez a su padre desde el Brasil (1528): orígenes de lo 'real maravilloso' en el Cono Sur. Introducción, edición, transcripción y notas Juan Francisco Maura. Colección Textos Lemir. Disponible en <https://bit.ly/3b4L9mf>*

Diego García de Moguer

García habría participado de la expedición de Juan Díaz de Solís. Diez años después, el gobierno español aceptó los servicios del veneciano Caboto y lo favoreció para que con una respetable armada descubriera el camino a las Molucas. El mismo objetivo se proponía un grupo de armadores al disponer, en la Coruña, una flota al mando de Diego García. La expedición oficial pudo pronto estar lista para emprender la navegación y el 3 de abril de 1526 zarpó del puerto de Sanlúcar. Temiendo, acaso, un fracaso si retardaba su salida, había partido García, de la Coruña, el 15 de enero de ese mismo año. Ni había tenido tiempo para avituallar sus naves, ni esperó la aprobación definitiva de la correspondiente

capitulación. Ignoramos cuándo arribó García a las islas Canarias, pero sabemos que tuvo que permanecer allí hasta el 1.º de setiembre. Una refriega con naves francesas lo obligó a reparar allí sus naves, antes de lanzarse a cruzar el océano.

Salió de la Bahía de Todos los Santos el día 15 de enero de 1527, recalando en el cabo de Santa María, ocho meses más tarde, a fines de octubre o principios de noviembre de ese mismo año, sin que sepamos el recorrido hecho. Tanto Caboto como García entraron al Río de la Plata después de una travesía que duró más de un año. Caboto comenzó a subir Paraná arriba el día 8 de mayo de 1527; García inició idéntica ruta a fines de marzo del siguiente año. Ambos exploradores se encontraron en el Paraná, en algún punto entre Goya y Bella Vista, y en alguna fecha alrededor del 6 de mayo de 1528. Lo cierto es que ambos estaban allí de contrabando, ya que la misión de ambos era ir al Moluco. García, además de desobedecer al rey, como Caboto, perjudicaba a sus armadores, como era manifiesto.

García, navegando en abril por el río Paraná, encontró de improviso el fuerte Sancti Spiritus. Sorprendido e indignado, ordenó al capitán a cargo del fuerte, Gregorio Caro, designado por Sebastián Caboto, que abandonase el lugar, ya que esa era una conquista que solo a él le pertenecía por haber sido designado por España para explorar esas tierras. Pero vencido por los ruegos de Caro y su gente para que fuese en auxilio de Caboto, García siguió aguas arriba y —entre lo que hoy día son las localidades de Goya y Bella Vista, como se ha dicho—, se encontró con el piloto veneciano, quien lo comprometió a cooperar en la búsqueda de las Sierras de Plata, y juntos exploraron el río Pilcomayo, para luego seguir hacia el estrecho.

A todo esto, en Sancti Spiritus, los españoles descuidaron la defensa del fuerte, y en setiembre de 1529, antes del amanecer, los indígenas tomaron por asalto la fortaleza. Sebastián Caboto y Diego García de Moguer se encontraban en ese tiempo en el asentamiento de San Salvador, preparando hombres y embarcaciones, y no sabían nada de lo que se estaba desarrollando en Sancti Spiritus, hasta que vieron llegar a Gregorio Caro con los supervivientes, y la terrible noticia de la destrucción del fuerte. Inmediatamente, Gaboto y García se dirigieron al fuerte intentando rescatar a sus hombres. En los alrededores de Sancti Spiritus hallaron algunos cadáveres completamente mutilados; los bergantines desfondados y hundidos, los almacenes saqueados e incendiados. Solo dos cañones quedaron como testigos de la primera fortaleza que se levantó en tierra argentina.

Ante desastre tan grande, García no pensó sino en volverse a España, y así lo hizo de inmediato y sin notificar a Caboto su propósito. A fines de diciembre de 1529, abandonó también Caboto el estuario platense. Hacia fines de julio de 1530, llegaba Caboto a Sevilla, y a principios del siguiente mes, llegaba García al puerto de Sanlúcar.

De 1530 es la *Información hecha en Sevilla acerca de todo lo que le ocurrió a Diego García en el Río de la Plata con Gaboto*, y de fecha algo posterior, es la *Memoria* a la que aquí hacemos referencia.

En lo que respecta a Diego García de Moguer, el 24 de agosto de 1534 viajó de nuevo en la carabela Concepción hacia el territorio del Río de la Plata, pasó por la isla de Santiago de Cabo Verde, luego a Brasil, arribando luego al Río de la Plata, convirtiéndose en uno de los primeros vecinos del primigenio asentamiento de Santa María del Buen Aire, fundada por Pedro de Mendoza, regresando nuevamente a España.

En una posterior exploración portuguesa en 1544, descubrió (o redescubrió) el archipiélago Chagos, océano Índico. Murió en el viaje de regreso en medio de dicho océano, frente a las costas sudafricanas.

Transcripción modernizada de la Memoria de Diego García de Moguer

[fol.1r-p. 1] *Memoria de la navegación que hice¹ cruzando el Océano, desde que salí de la ciudad de la Coruña donde los Oficiales² de S. M. me entregaron la armada en el año 1526.*

A 15 de enero de dicho año inicié el viaje desde el Cabo de Finisterre que está en 43°, y desde allí dirigí la flota hacia las Islas Canarias, yendo por el sud-sudoeste. Desde el dicho Cabo hasta estas islas, hay 300 leguas. En este viaje pasamos por la Isla de la Madera que es del Rey de Portugal y está en 32° y ½. Más al norte, y hacia el este, está la Isla de Puerto Santo, justamente en la altura de la Isla y distante diez leguas de la de la Madera. A la banda del sudeste de esta Isla, hay una que se llama Las Desiertas, que está a 6 leguas de distancia de dicha Isla.

Siguiendo mi travesía, llegué a las Palmas, que es una isla de las Cananas. Esta Isla de las Palmas, con la Isla de Tenerife y la Isla de Fuerte Ventura y el Cabo Juby [Guilo] está en 29° con relación a la Isla de la Gran Canaria, en 28 1/2 con relación a la Isla de la Gomera y en 27 con relación a la Isla de Hierro. Todas estas islas se llaman de la Gran Canaria, y los moradores de estas islas, que son cristianos, hacen azúcar que exportan a España. Aquí nos proveímos de cuanto era menester para el viaje, pues salimos de la Coruña desprovistos.

Con un poder que nos dio el conde de San Fernando, partimos de la Gran Canaria el día 1° de setiembre de dicho año [1526], porque entonces estaba el sol en la línea equinoccial a 13 de setiembre, iniciándose el verano en la parte que íbamos a descubrir. Todo navegante y piloto que navega por estas latitudes, lo ha de hacer en la época en que el sol hace verano en aquella parte, pues a 13 de diciembre, está el sol en el trópico del sur, sobre el cual se encuentra Cabo Frío en 23° y 1/2, y es donde el día es más largo en aquella parte del sur y del Río de la Plata, desde donde ahora regresamos.

Sebastián Gábotol, no obstante toda su astrología, no supo acertar en esto, y como hombre ignorante, obró en sentido contrario. Nosotros tomamos, después, rumbo a las Islas de Cabo Verde; que son del Rey de Portugal. Desde las mencionadas Islas Canarias hasta estas de Cabo Verde, que hay 250 leguas, y se va por el rumbo que he indicado.

Llegamos a una isla que se llama Bella Vista y allí tomamos provisión de carne, pescado, agua, grasa y cuanto nos fue menester. Lo compramos todo a un comerciante portugués que allí mora. Estas islas de Cabo Verde, con relación a la de San Antonio, que se halla más al norte, está en 18°, y las islas de [fol. 1v-p. 2] Santa Lucía, San Nicolás e Isla de la Sal, están en 17 grados. Buena Vista está en 16 grados. Santiago, con la isla de Mayo y el Río Desmaga, en 15 grados. Estas islas son las de Cabo Verde y en todas ellas, con excepción de la de Santiago y del Fuego, en las que los portugueses tienen asientos que comercian con la Guinea, sus moradores, que son portugueses, exportan algodón al Río de las Palmas y al Río de Santo Domingo.

Allí viven unos negros oriundos de los mismos ríos, que son herreros y se valen de las minas allí existentes: con ellos comercian los portugueses, cambiando el algodón por el hierro, que llevan a Sierra Leona y al Río Grande y a otros ríos que hay en la costa de la Guinea. Esta está en 12°, Sierra Leona se halla en 6 grados. Se puede recorrer toda la costa hasta la mina. Las demás islas son estériles; nadie mora en ellas, ni se cría allí ganado.

Desde esta isla de Buena Vista navegamos en demanda del Cabo San Agustín que está en 8 grados y un sesmo de grado en la región sur de la línea equinoccial. Se ha de hacer esta travesía con gran cuidado y ser experto en marinería, porque hay grandes corrientes que salen de los ríos de Guinea y baten a los navíos hacia el noroeste, pues dichas corrientes llevan la dirección de las Indias de Castilla [en Centroamérica]. Sebastián Gaboto no supo tomar estas corrientes, porque no era marinero ni sabía navegar.

El Cabo y las islas van en dirección sudoeste, nías para doblar el Cabo, navegamos por el sur, y a las veces tomamos la cuarta del sudeste, porque aun con todo esto, y poniendo todo cuidado, nos costaba doblar el Cabo por la grande corriente que hay en él y en este golfo. Hay desde las islas llamadas de Cabo Verde Hasta el Cabo de San Agustín, 5 00 leguas terrestres. Las más de ellas se navegan con muchas grupadas y lluvias que provoca el gran calor de la línea equinoccial, por estar más cerca del sol. Este la tiene siempre muy caliente y ésta es la causa porque de continuo hay golpes de viento en ella.

[fol. 2r-p. 3] *De aquí seguimos ruta y llegamos al Cabo de San Agustín, desde donde partimos hasta el Cabo Frío que está en 23 grados en el centro de la banda del sur donde el sol hace el mayor día a 13 de diciembre. Allí está el trópico, y esta costa desde el Cabo San Agustín hasta el Cabo Frío, corre en dirección sud-sudeste y hay desde el Cabo de San Agustín hasta el Cabo Frío, 350 leguas hasta los 17 grados, donde hay una bahía que se llama de Todos los Santos. En ella y en toda esta costa hasta el Cabo Frío, habita muy mala gente que come carne humana y anda desnuda. Esta bahía está en 17 grados, y desde estos 17 grados hasta los 22 grados, donde hay un Cabo que se llama Cabo Hermoso, existen muchísimos arrecifes y muchos bancos de arena que sobresalen encima de las aguas en una extensión de 25 leguas y distan de la costa unas 90 leguas. Llámanse los bajos de Abre el Ojo.*

Durante mi viaje a la bahía de Todos los Santos, hallé en 21 grados una isla, distante como 25 leguas de la costa, en la que había muchos bajos, rocas y arrecifes a su alrededor, y por la parte del norte, en una extensión de tres o cuatro leguas. Ningún europeo, hasta la fecha, había dado con esta isla, pues no había sido consignado en mapa alguno hasta el presente. No miramos, ni probamos si podíamos entrar en ella por la banda del sur, porque sólo traíamos una nave y no queríamos ponernos en riesgo de perderla. Dejamos el explorarla en otro viaje, en el que volveríamos allá y sabríamos sus particularidades, pues parece ser una isla muy verde, con unas tres leguas de circunferencia y una de largo. Volveremos a ella, porque nos parece que hay mucha agua y leña, y no habrá peligro para, las naves ni de parte de los salvajes ni de parte de costas malas.

Año 1527

Desde aquí fuimos a tomar provisiones en San Vicente, que está en 23 grados, donde vive un bachiller con unos yernos, mucho tiempo hace, pues hará como 30 años. Allí estuvimos hasta el día 15 de enero del siguiente año de 1527, y en este lugar tomamos mucha provisión de carne, pescado y productos de la tierra, para proveer una nave, y además agua, leña y cuanto nos era menester. A un yerno de este Bachiller compré un bergantín que nos hizo buen servicio y él mis-[fol. 2v-p. 4]mo se comprometió a ir con nosotros en calidad de lenguaraz. Así el Bachiller como sus yernos, hicieron conmigo un contrato de fletamento por el que me comprometía a llevarles a España 800 esclavos en la nao grande. Yo hice el contrato con el acuerdo de todos mis Oficiales, así contadores como tesoreros, y determinamos que en llegando al Río mandaríamos la nao pequeña, ya que la

otra no podía entrar en el Río como muchas veces le manifesté al conde Don Fernando y a los armadores que formaron la armada que aquella nao no podía entrar al río por ser grande, pero ellos no quisieron sino que la llevara cargada de esclavos y así lo hice.

Mandéla, pues, cargada de esclavos, ya que ellos no hicieron lo que debían ni me dieron la armada que S. M. mandó me dieran y yo tenía con ellos capitulado, concertado, asentado y firmado con S. M., antes hicieron lo contrario dándome la nao grande contra lo que S. M. mandaba y tampoco me la dieron en la época que S. M. mandó que había de ser a principios de setiembre, pues me la vinieron a dar a mediados de enero cuando no me podía aprovechar de ella, como aquí verá V. M. por esta relación del viaje.

Hay allí con el Bachiller una gente que come carne humana y es muy buena gente y en buenas relaciones con los cristianos. Se llaman Tupíes.

De aquí partimos a mediados de enero de dicho año que en aquella parte es verano, pues enero allí es como julio acá en España. Fuimos en demanda del Cabo. Santa María que está en 34 grados y medio, y allí está la salida y entrada de este Río donde hicimos descubrimientos. Su costa corre en dirección sudoeste. Desde este Río de San Vicente hasta hallar el Cabo de Santa María, hay 263 leguas.

Andando esta travesía, llegamos a un Río que se llama Río de los Patos que está en 27 grados y donde hay una buena gente que sirve bien a los cristianos y se llaman Cariocas. Allí nos dieron muchas provisiones que se llaman maíz, y harina de mandioca, y muchas calabazas, y muchos otros productos porque los indios eran buenos. A este punto llegó [fol. 3r-p. 5] Sebastián Gaboto / muerto de hambre. Mientras estuve yo allí, los indios le dieron de comer y cuanto había menester así él como su gente para el viaje, y cuando se quiso ir, o se iba, tomó cuatro hijos de los principales indios de allí y se los llevó a España, y tres de ellos están en poder del asistente de Sevilla; Gaboto echó a perder ese puerto que era el mejor y de la gente más buena que había en aquellas tierras, arrebatando en esa forma a los hijos de los principales de la isla.

Prosiguiendo desde aquí nuestro viaje, llegamos al Cabo de Santa María [Punta del Este] que está en los 34 grados y medio. Fuera del Cabo hay una isla que se llama Isla de los Pargos [de Lobos] y es de pesca extraordinaria. Durante ocho días estuvimos en esta isla esperando el bergantín que traíamos y que venía rezagado.

Dentro del Cabo de Santa María [Punta del Este] y tras de él hacia el interior, hay una isla que se llama la Isla, de las Palmas [Gorriti] y por fuera de ella hay un arrecife que tiene una legua de extensión hacia el mar. Esta isla es muy buen puerto para algunas naves que quieran detenerse aquí en su viaje al estrecho [de Magallanes] o vengan al Río de la Plata, porque de allí adentro la tierra es baja y no hay lugar para que una nave entre sin mucho riesgo.

No se ve indio alguno en toda esta costa ni en las cercanías del Cabo, pero más adelante hay una parcialidad de indios llamados Charrúas. Estos no comen carne humana. Se mantienen de pescado y de caza, ni comen otras cosas.

Desde aquí vino nuestro bergantín y con él tomamos la derrota hacia las islas de las Piedras que distarán del Cabo como 70 leguas. Están del este-sudeste de la derrota y en la mitad del camino hay una isla [de Flores] que tiene la forma de tres mogotes y en ella hay muchos lobos marinos. Ellos nos dieron la vida al regresar nosotros a España, pues con ellos pudimos ir hasta el Río de los Patos en busca de provisiones. Acercándonos a estas islas de las Piedras [San Gabriel], detuvimos allí nuestras naves y montamos un bergantín que traíamos en piezas de a quintal y en la isla comenzamos esta labor.

[fol. 3v-p. 6] *Una vez armado el bergantín, me / partí río arriba porque hallamos rastro de cristianos. Subimos por este río que viene del norte y del nordeste, y este gran río se llama Uruguay, que es donde se juntan todos los ríos que tiene este Río desde el Cabo de Santa María hasta el Cabo Blanco, siendo su boca de 30 leguas.*

Después de andar con mi bergantín 25 leguas por este río arriba, hallé dos naves de Sebastián Gaboto; estaba por jefe de ellas, Antón de Grajeda. A nuestro encuentro salieron unos marinos con ciertas canoas de indios, y él venía en un bote armado. Creyó que éramos Rojas, Miguel de Rosas y Martín Méndez que venían contra él porque los había castigado desterrándolos en una isla entre indios. Nosotros estuvimos a punto de pelear, pensando que nos venía a hacer mal, pero conocí a Antón de Grajeda, y después conocimos que era la armada de Sebastián Gaboto. Fuimos con él a su navío y nos honró mucho y nos dio nuevas de su capitán General y como aquel día había visto una carta suya en la que le avisaba que había muerto más de 400 indios y que victorioso iba río arriba haciendo guerra a los indios.

Nosotros regresamos a nuestro navío donde habían quedado los marinos haciendo el otro bergantín y luego decidimos todos, yo y mis oficiales, que la nao saliera del río, pues estaba en gran peligro por causa de las grupadas o golpes violentos de viento y agua que en esa época hay en ese río, y acordamos también que fuese a cargar los esclavos que dicho bachiller tenía para fletar a España y aprovecharía esta ocasión para dar nuevas a S. M. de cómo Sebastián Gaboto estaba en el Río de la Plata.

Poco después la nao izó velas y salió del río con rumbo a San Vicente para esperar en aquel puerto mi respuesta. Después mandé a los otros navíos que se fueran luego a donde estaban los de Sebastián Gaboto, porque no había por allí resguardo donde pudieran estar a salvo. Boté después mi bergantín y armé a ambos de ellos.

[fol. 4v-p. 7] *Todo se hizo en el espacio de 15 días y llevé conmigo setenta hombres elegidos de entre los mejores que tenía. Desde allí tomé el camino del Río Paraná que es un brazo de este río del Uruguay y da la vuelta por el noreste y norte hasta una casa que dista desde acá, donde hicimos el bergantín unas 84 leguas por el río arriba. Es esta casa una que Sebastián Gaboto hizo hacer de paja y la consideraba fortaleza y la llamaba la Fortaleza de Sancti Spiritus. Ejercía el gobierno de dicha fortaleza, un sobrino del Obispo de Canarias que se llamaba Gregorio Caro.*

Hasta allí no vimos indios alguno, porque no íbamos por donde los había, pero en las cercanías de dicha fortaleza tenían los indios sus moradas y algunas islas circunvecinas. Esta raza indígena se llamaba de los guaraníes y eran ellos quienes mantenían a los cristianos de la fortaleza. Hablamos allí con Gregorio Caro y le requerimos que abandonara aquella conquista, porque no era suya; él respondió muy bien diciéndonos que en todo obedecía, pero que estaba en aquella casa por S. M. y por Sebastián Gaboto. Dijo que deseaba darnos gusto y nos dio nuevas de su Capitán, cómo le habían dicho los indios que Sebastián Gaboto estaba río arriba desbaratado y mucha gente suya había perecido.

Me rogó que en caso de hallar yo algunos hombres de Gaboto en aquellas partes donde yo iba a hacer descubrimientos, que los rescatase, pues él me pagaría el rescate y confiaba en mi caballerosidad que en caso que Gaboto hubiese muerto, no dejase a sus hombres en el río sino que los sacase, pues haría yo cosa grato a Dios y a Vuestra Majestad. Yo le dije que era mi propósito no abandonarlos, y me partí de allí el Viernes Santo por la mañana, siguiendo mi descubrimiento por el río arriba.

En 27 días anduve con mis bergantines cuanto Sebastián Gaboto había andado en 5 meses que era el tiempo transcurrido desde que partió de esta casa que llamaba fortaleza.

Navega-[fol. 4v-p. 8] mos este / río hasta penetrar en puerto de Santa Ana y río del Paraguay que. es otro río que entra en el Paraná y viene de las sierras.

En el río Paraguay, hay muchas parcialidades de indios. Desde el punto donde está aquella casa que se llama fortaleza hasta este río, hay 100 leguas y corre este río de nordeste a este. Este río y este puerto están en 28 grados. Desde Santa Ana hasta donde descubrimos, y descubrió Sebastián Gaboto, hay hasta nueve leguas por el Paraguay arriba.

En dos puntos de esta región le mataron la mejor gente que tenía, pues por su causa perdieron la vida 25 o 30 hombres. Esto acaeció antes que nosotros nos avistáramos con ellos, ni los viésemos ni hablásemos. Esta es la verdad: así él como nosotros llegamos hasta aquí, y esto es todo lo que descubrimos, y no se descubrió más por este río, y no hay otro descubrimiento. En todo este descubrimiento que hicimos, vimos muchas islas y arboledas y muchas parcialidades de indios que son los siguientes: la primera parcialidad a la entrada del río, a la banda del norte, se llama de los Charruases. Estos comen pescado y cosas de caza, y no tienen algunos otros mantenimientos. Habitan en las islas. Otra parcialidad se llama Guarranies. Estos comen carne humana como arriba digo. Tienen y comen mucho pescado y maíz que siembran y recogen, como también calabazas. Andando río arriba, hay otra parcialidad que se llaman los Jenaes y otros que moran junto a ellos y se llaman Jenaes Atambures. Todos estos comen maíz, carne y pescado.

De la otra parte del río está la parcialidad que se llama de los Carcavaes y, más al norte de ellos, otra muy grande que se llama de los Carandies. Más al norte, hay otros indios por nombre Atambues. Todas estas parcialidades son afines. Se juntan y mezclan entre sí, y comen maíz, carne y pescado.

Más arriba y sobre la orilla norte del río, hay otra parcialidad de indios que se llaman Mecotaes, quienes comen pescado y carne. Más, al norte hay otra parcialidad que se llama de los Mepenes. Comen carne y pescado y algún arroz y otras cosas. Más al norte hay otra parcialidad que se llama Añamecs.

[fol. 5r-p. 9] *Estos comen carne y pescado, y otra parcialidad que existe junto a éstos, río Paraguay arriba, y que llaman Cagaces, comen pescado y carne. Aún más al norte, están los Yandules que comen maíz, carne y pescado y otros productos comunes a todas estas parcialidades, que no comen carne humana ni hacen daño a los cristianos, antes son sus amigos.*

Estos indios dan noticias de este Paraguay y dicen que en él, hay oro y plata, grandes riquezas y piedras preciosas.

Esto es lo que sabemos de este descubrimiento y esta muestra de plata que yo he traído, un hombre de los míos que dejó la otra vez que descubrí este río, hará. 15 años, cuando se nos perdió una carabela, fue por tierra desde este río del Paraguay y trajo dos o tres arrobas de plata, y dio esta muestra á los indios y cristianos que estaban en aquella tierra, y de ellos obtuve esta plata.

Esta relación, descubrimiento y cuenta doy a V. M. y no hay cosa en contrario.

= Diego García =

Capitán General.

Furlong Cardiff, G. (1933). La «Memoria» de Diego García (1526-1527). *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*, 7, 156- 228.

Pero Lopes de Sousa

Nació en Lisboa en 1497 y murió en Madagascar en 1539. Fue un hidalgo portugués, navegante y militar, hermano de Martín Alfonso de Sousa. Escribió el *Diario de navegación de la expedición al Brasil y Río de la Plata: 1530-1532*. Hijo de familia noble, vivió su infancia y juventud en la corte de Portugal. En diciembre de 1530 partió en la misión de su hermano ordenada por el rey Juan III de Portugal para explorar tierras en la costa de Brasil. En 1532, decidió regresar a Portugal y en el viaje de vuelta enfrentó y reclutó dos barcos franceses frente a Pernambuco. Esta aventura le rindió 50 leguas de tierras en el litoral de Brasil, ofrecidas por la Corona como una capitania a su nombre. En 1539, ocupando el puesto de capitán general de una flota de seis barcos, se dirigió a la India. En el viaje de regreso, naufragó cerca de Madagascar y su cuerpo desapareció en el mar.

En 1839, el historiador Francisco Adolfo de Varnhagen descubrió el *Diario de la navegación* de Lopes de Sousa entre los manuscritos de la Biblioteca Real del Palacio de Ajuda, en Lisboa. El texto está escrito con letra del siglo XVI, pero es una copia; tiene lagunas temporales, anotaciones y enmiendas de diferentes escritores. Existen, además, otras dos copias del mismo diario. El objetivo del viaje era tomar posesión y establecerse de forma permanente en el Río de la Plata, para lo cual se envió ocultamente dicha flota capitaneada por Martín Alfonso de Sousa. El viaje comenzó desde Lisboa el sábado 3 de diciembre de 1530, con una flota de cinco naves. Sin embargo, una serie de tempestades y el naufragio de la nave capitana frustraron dicha empresa. En la obra, Lopes de Sousa narra, además de su biografía y la de su hermano, episodios como la fundación de las villas de San Vicente y Piratininga y los descubrimientos de Río de Janeiro, del Río de la Plata y de la isla de Fernando de Noronha. Es un relato clave para entender la lucha por siglos entre Portugal y España por el control del estuario del Río de la Plata y el primer documento para describir la costa de América del Sur. La exploración de lo que es hoy la costa uruguaya y el delta del Paraná se ubican desde el domingo 8 de octubre de 1531 hasta el 1.º de enero de 1532.

Si bien las versiones del diario de Lopes de Sousa son numerosas y de fácil acceso, hemos tomado por su profundo conocimiento del tema, la aportada por Rolando Laguarda Trías (1957): «Viaje del portugués Pero Lopes de Sousa al Río de la Plata en 1531», publicada en la *Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología*. Aunque se trata de un fragmento del mencionado diario, que cubre la totalidad del recorrido por las costas del Río de la Plata y desembocadura del Paraná, comprende una detallada y pormenorizada compulsa de las versiones disponibles, cálculo de distancias, posibilidades de navegación de la época, etcétera.

Entre las numerosas versiones a las que se puede acceder, se encuentran:

- Politis, G. (2014). Las implicancias arqueológicas del diario de Pero Lopes de Sousa (1531) durante su viaje al Río de la Plata y al Delta Inferior del río Paraná. *Revista del Museo de Antropología*, 7(2), 317-326.
- Varnhagen, F. A. (1861 [1839]). *Diário da navegação da Armada que foi à Terra do Brasil em 1530, sob a capitania-mor de Martim Afonso de Sousa, escrita por seu irmão Pero Lopes de Sousa*. Lisboa: Tipografia da Sociedade Propagadora dos Conhecimentos Úteis.

Diario de navegación

[...]

—Domingo /8 de octubre de 1531/ hacíamos camino al sur con mucho viento nordeste. Y al medio día tomé el sol en 31 grados y medio. Me creía a 23 leguas de tierra (1).

—Lunes al medio día tomé el sol en 33 grados y un tercio; me creía a 18 leguas de tierra. Esta noche cambió el viento al sudoeste y trincamos con los trinquetes bajos camino del sudsudeste.

—Martes al cuarto del alba, con mucho viento sudoeste pusimos las naves al paio; al medio día, bonanza; vimos desde la gavia un humo al noroeste. Mandé lanzar la sonda y hallé fondo en 60 brazas; y nos hicimos a la vela con rumbo noroeste en demanda del humo; al ponerse el sol vi la tierra desde la gavia, la cual era muy baja, sin marca alguna; y al cuarto de prima puse rumbo sudeste con viento sursudoeste (2).

—Miércoles 11 de dicho mes, por la mañana nos calmó el viento a tres leguas de tierra que corre nordeste-sudoeste una cuarta al norte-sur y hay de fondo 16 brazas; matamos esta noche muchas pescadas (3).

—Jueves al medio día tomé el sol en 34 grados y con el viento norte iba corriendo al sudoeste a lo largo de la costa. Al ponerse el sol fuimos a surgir entre tres islas de piedra, donde matamos muchos lobos marinos (4).

—Viernes 13 de dicho mes, por la mañana se hizo el viento sudoeste y nos venía por encima de una punta que nos demoraba al sudsudoeste (5) y ventó con tanta fuerza que la nao perdió el cable y rompió la amarra. Toda esta noche estuvimos con mucha tormenta.

—Sábado al cuarto de alba calmó el viento y fui a tierra firme pues nos hacían muchos humos. La tierra es muy hermosa, con muchos arroyos y muchas yerbas y flores como las de Portugal. Hallamos dos onzas muy grandes (6) y regresamos a las naos sin ver gente. Al medio día se hizo el viento nordeste y con él nos hicimos a la vela. A estas islas, les puse el nombre de las Onzas y tomé el sol en ellas en 34 grados y medio; y doblando la punta que me demoraba al sudsudoeste, corre la costa al oessudoeste hasta el cabo de Santa María (7) que está en altura de 34 grados y 3 cuartos y al cuarto de prima calmó el viento.

—Domingo 15 de octubre por la mañana se hizo el viento nordeste; y con él hacia el camino a largo de costa, sondando siempre. Gobernando dos ampolletas a oessudoeste hallaba 20 brazas; gobernando otras dos ampolletas al oeste cuarta al sudoeste daba en fondo de 25 brazas; de manera que hallaba más fondo del lado de tierra que del lado del mar. Al ponerse el sol llegamos al cabo de Santa María; y surgimos en fondo de 8 brazas en la banda oeste de dicho cabo.

—Lunes por la mañana mandó mi hermano el Capitán al piloto mayor que fuese a ver si entre una isla, que estaba junto al cabo, y tierra había buen fondeadero; al medio día regresó Vicente Lourenço y dijo que el puerto, era bueno, salvo que con los vientos oessudoeste y S.S.W. era desabrigoado y que hacia el rumbo S.S.E. tenía bajos en el mar; por la tarde que fuimos a surgir entre la isla y tierra en fondo de seis brazas y media con pleamar (8). Aquí, en esta isla, tomamos agua y leña y fuimos con, los bateles a hacer pesquería: y en un día matamos dieciocho mil peces entre corvinas, pescadas y anchoas (9); pescábamos en fondo de ocho brazas; lanzábamos los anzuelos al agua y no había que esperar para recoger los peces. En esta isla estuvimos ocho días esperando a un bergantín que perdió nuestra conserva; como no vino mandó mi hermano el Capitán poner una cruz en la isla y en ella atada una carta envuelta en cera en la que decía al capitán del bergantín lo que, una vez llegado allí, debía hacer.

—Domingo 21 de octubre (10), por la mañana partimos de esta isla. Con el viento nordeste hacía el camino a largo de costa, que corre al oeste (11); a media legua de tierra iba siempre en fondo de 9 y 10 brazas. A tres leguas de la isla el viento se nos hizo noroeste; a la tarde nos dio una turbonada con mucha agua y sin ningún viento; surgimos en fondo de 15 brazas, de lama blanda. Al cuarto de prima nos dio un golpe de viento del sudsudoeste y súbitamente saltó al sur con mucha tempestad. La nao capitana se hizo a la vela y nos hizo señal: por ser el viento y la mar muy grandes no me atreví a hacerme a la mar, ni a doblar una punta que me demoraba al este cuarta al sudeste; mandé hacer un ajuste de 120 brazas y con él garreaba como si no llevara ancla por ser el fondo de lama muy blanda. La tormenta era tremenda, de viento y mar y cada golpe de éste se metía en los castillos de la nao. Mandé hacer otro ajuste y con el ancla de forma lo lanzamos al mar; estando con esta fortuna mandé cortar todos los castillos y dejarlo todo raso y mandé cortar el cabo del batel que teníamos a popa. Así estuvimos con esta tormenta de mar en que cada ola venía a romper en el combés.

—Lunes 22 de octubre, al cuarto del alba rompióse el ajuste del ancla de forma y torné otra vez a garrear como antes. Al amanecer me hallé a una legua de tierra y había garreado tres; el galeón San Vicente estaba más cerca de tierra que yo: por su popa reventaban unos bajos y a cada ola el mar parecía más alto que la gavia. Por garrear tanto determiné hacerme a la vela y contra razón de marinería levamos la amarra con mucho trabajo y me hice a la vela con rumbo oeste; y como vi que no alcanzaría a doblar los bajos en que reventaba el mar, viré al este para ir a varar en una playa que nos demoraba al nordeste cuarta al este por parecemos que allí no había bajos. Yendo así pusimos proa a la punta (12) que me demoraba al lessueste; por parecerme que la podía doblar, mandé dar la vela de gavia de trinquete, metiendo la nao hasta la mitad del combés debajo del agua; al soltar la vela el trinquete se quebró en dos pedazos; estaba ya tan cerca de la punta que a unos les parecía que la podíamos doblar y otros gritaban que arribásemos: era tan grande la confusión en la nao que no nos entendíamos; mandé meter a toda la gente bajo cubierta y mandé al piloto tomar el timón; yo me fui a proa y determiné probar fortuna y ver si podía doblar la punta; pues si no la doblaba no había en que varar, salvo en roca viva, donde no había salvación. Así hicimos y plugo a nuestra señora y a su bendito hijo que la doblásemos; estuve tan cerca de la punta que el mar que reventaba en la costa volvía con la resaca a dar en la nao y nos lanzó afuera. En cuanto doblé la punta pusimos proa al este cuarta al nordeste (13); y por la tarde fui a fondear en la isla del cabo (14). Nos entró tanta agua al doblar la punta que al llegar a esta isla traíamos seis palmos de agua debajo de cubierta. En cuanto surgi se hizo el viento sudoeste. Al cuarto de prima vino el galeón San Vicente a unirse conmigo; le pregunté si traía batel y me dijo que lo había perdido; que no traía más que un ancla pues había perdido tres; pasó por arriba del arrecife que estaba en la tierra donde nos hallábamos fondeados y allí se sostuvo durante el temporal hasta la noche en que sopló viento sudoeste. El piloto me dijo que había visto a la nao capitana sin mástiles, muy cerca de tierra y que desde la cofa no se pudo divisar si estaba en seco o sobre anclas.

—Martes 23 de octubre, al cuarto del alba vino la carabela (15) a unirse conmigo sin cables, ni anclas y con el batel perdido; me dijo el piloto que pasaron el temporal detrás de una punta, donde arribaron milagrosamente; y que no habían visto a la nao capitana desde el día antes, al hacerse a la vela. En cuanto a mí, no sabía que hacer: para hacerme a la vela no tenía cables, ni batel, ni anclas. Determiné mandar por tierra a treinta hombres; para esto mandé a dos, a nado, con un cabo y que lo diesen a la carabela para que virase por mi popa.

—Miércoles 24 de octubre, por haber marejada no pudo la carabela arrimarse a la nao. Este día comencé a hacer dentro de la nao un batel con duelas.

—Jueves 25 de dicho mes, por la mañana metí en la carabela 30 hombres —los que mejor sabían nadar— y las armas metidas en una pipa honda, para que no se mojaran; y dos barriles de mantenimientos para ocho días; y mandé a la carabela que fuese a tierra y que fondease en cuanto estuviese a punto de varar; y que desde allí fuesen a tierra en las jangadas que llevaban de los cuarteles de la nao francesa (16). Al mediodía todos estaban en tierra después de pasar bastantes trabajos (17); acudió mucha gente de la misma tierra y se quedaban lejos, sin querer acercarse; hasta que dos hombres de los nuestros fueron hacia ellos; inmediatamente se aproximaron y abrazaron a todos con grandes llantos y cantigas muy tristes; después de despedirse de ellos, los nuestros siguieron su camino por la playa. Habiendo andado media legua me hicieron un humo y vi un bulto que me pareció ser un batel de los que habíamos perdido.

—Viernes 26 de octubre, hice una jangada en la que envié el hierro y la forja a la isla para hacer clavos para el batel de duelas que estaba haciendo dentro de la nao. Desde el mediodía ventó mucho viento sudoeste. Y eran tantos los humos, por la tierra adentro, que impedían ver el sol (18).

—Sábado 27 del dicho mes, mandé al maestre con 5 hombres, en un cuartel de la nao, para que fuesen a tierra a ver si estaba el batel donde la gente nos hizo el humo; y por la tarde regresó con el batel de la carabela, que venía muy destrozado; me dijo que en tierra había mucha agua y buena; después mandé reparar el batel en la isla.

—Domingo 28 de dicho mes, en cuanto estuvo reparado el batel de la carabela, mandé pasar a la isla, al otro que tenía empezado. Este día vino a la playa mucha gente del país: envíeles el batel y le dieron mucho pescado y tasajos de venado.

—Viernes dos de noviembre, vino la gente que había mandado en busca de Martín Alfonso y me dijeron que la nao capitana había dado sobre la costa por falta de amarras; que Martín Alfonso con toda la gente se salvaron a nado; solamente murieron 7 personas: 6 ahogados y 1 que murió de pasmo; que el bergantín dio también sobre la costa pero que no se hizo daño y que el batel del galeón y de la capitana estaban sanos; que en la playa hallaron un bergantín de tablazón de cedro muy bien hecho (19) que Martín Alfonso retuvo para mandarlo en compañía del batel grande y del otro bergantín por el río adentro; y que Martín Alfonso me mandaba decir que con la gente que las naos no necesitasen fuese, en la carabela, hasta donde él estaba.

—Lunes 5 de dicho mes; partí en la carabela con viento lesnordeste y una hora antes de ponerse el sol (20) surgi donde la nao capitana estaba varada; apenas fondee se hizo el viento sudeste. Mandé el batel a tierra para hacer saber a Martín Alfonso que habíamos llegado. Aumentó tanto el viento que antes de que el batel viniese, me hice a la vela con rumbo sursudoeste; el sol se había puesto cuando dimos en un bajo donde estuvimos a punto de perdernos. Así estuvimos con mar gruesa y viento navegando hasta la media noche, en que el viento calmó.

—Martes 6 de dicho mes; por la mañana se hizo el viento sudoeste y con él me hice a la vela con rumbo lessueste (21); por la tarde surgi frente a la nao [capitana]; mi hermano el capitán mandó los bateles para recoger a la gente y a mí y mandó que la carabela fuese a una isla que estaba a cuatro leguas al oeste y allí esperase órdenes suyas (22). Mientras estuvimos aquí, sacamos con mucho trabajo la artillería y el hierro de la nao capitana. Estando aquí tomó mi hermano el Capitán consejo con los pilotos, maestros y con todos

los que eran entendidos; y todos acordaron y firmaron que no debía ir por el río de Santa María arriba (23) por muchas razones; una era por no -tener mantenimientos pues todos se habían perdido al naufragar la capitana; otra era que Jas dos naos que quedaban estaban tan desgastadas que no se podrían sostener más de tres meses; y la tercera, que el río parecía innavegable por los grandes temporales que había en pleno verano (24); por estas razones y otras muchas que dieron, hicieron que mi hermano el capitán desistiese del viaje; y me mandó en un bergantín con 30 hombres a poner unos padrones y tomar posesión de dicho río por el Rey nuestro señor; y que tratase de retornar dentro de 20 días porque el puerto donde las naos estaban, era muy desabrigado.

—Sábado 23 de noviembre de 1531, estando el sol en 11 grados y 3,5 minutos de Sagitario y la luna en 27 grados de Taurus, partí del río de los begoais, que se halla a 11 leguas al oeste del cabo de Santa María (25); llevaba un bergantín con 30 hombres y todo iba bien dispuesto en orden de guerra; hice mi camino a lo largo de la costa que corre al oeste. A dos leguas del río de donde partí hay una isla pequeña (26), toda de piedra; de ella a tierra firme hay una legua; la isla tiene alrededor buen fondeadero con fondo de cinco brazas de lodo blando. Yendo así, pegado a la costa, que es toda limpia, con 5 y 6 brazas de profundidad, al medio día tuve vista de una isla al sursudoeste (27); hay tres leguas de ella a tierra; por 3a parte del Este tiene una restinga larga, de arena dirigida al Nordeste. Pasando adelante de la isla descubrí un alto monte al que puse nombre -monte de San Pedro (28)- y me demoraba al oeste cuarta al noroeste. Este día fui a dormir al pie de dicho monte de San Pedro. Desde la isla citada atrás hasta este monte, la costa es sucia, con piedras y bajos peligrosos. Hasta este monte la tierra es toda rasa y muy hermosa. Al pie de este monte hay dos puertos: uno al oeste y otro al este: no son más que para navíos pequeños (29).

—Domingo 24 de dicho mes; poco antes de amanecer me hice a la vela con viento nornordeste. Desde este monte de San Pedro comienza la costa a dirigirse al oesnoroeste; yendo en el interior de una ensenada, cuya boca se abre cuando el dicho monte de San Pedro demora al este cuarta al sudeste, fui a dar en fondo de 2 brazas y media, a una legua de tierra (30); calmó el viento que llevaba y vino una turbonada del Sur con mucho viento; puse rumbo hacia el monte de San Pedro para meterme en el puerto donde estuve por la noche. El viento roló después al sudeste y volví a navegar al oeste para seguir mi viaje. Aquí comencé a hallar agua dulce y mucho pescado muerto. La punta situada al oeste de esta ensenada lanza una restinga que se mete una legua en el mar (31): lo más bajo de ella es braza y inedia y lo más profundo, 4 brazas. Apenas pasé la restinga calmó el viento y fucilaba mucho al sudoeste y al noroeste que en esta, costa son señales seguras de grandes temporales (32); con este recelo me acerqué a tierra para ver si hallaba puerto donde meterme. Iba junto a tierra cuando volvió a ventar nordeste y seguí a lo largo de la costa que corre al oesnoroeste, con fondo de 4 y 5 brazas de arena limpia. Yendo siempre a un tiro de ballesta de tierra volvió a calmar el viento; era muy tarde y los indicios de temporal aumentaban; determiné varar el bergantín en tierra y pasar en ella la noche; mandé varar en una playa, desembarcar toda la carga y efectos y hacer un refugio en tierra. Pusimos la artillería en orden y fui con 10 hombres por tierra a ver si hallaba rastro de gente: no hallé nada, salvo rastro de muchas alimañas, muchas perdices y codornices y mucha otra caza. Es la tierra más hermosa y apacible que vi: nadie se cansaba de mirar los campos y la hermosura de ellos. Aquí hallé un río grande, todo arbolado a lo largo de él y el más hermoso que vi; un tiro de ballesta antes de llegar al mar desaparecía (33). Tomamos

mucha caza y regresamos al bergantín. Al ponerse el sol vino una turbonada del noroeste con tanta fuerza de viento y piedra que no había quien pudiese mantenerse en pie; y de repente saltó al sudoeste con mucha lluvia y relámpagos. Temí perder el bergantín según estaba el mar de bravo. Toda la noche duró el temporal y nadie recordaba haber pasado otro igual. El agua de lluvia me mojó todo el mantenimiento que ya no sirvió (34).

—Lunes 25 de dicho mes; por la mañana el viento limpió las nubes y salió el sol que nos secó. De aquí estuve a punto de regresar por falta de alimentos; después me pareció que podíamos mantenernos con los alimentos que había en la tierra y con pescado —el más hermoso y sabroso que he probado. Aquí ya toda el agua era dulce, pero el mar era tan grande que no parecía que fuera río; en tierra había muchos venados y caza, que tomábamos, y huevos de avestruz y avestruces pequeños que eran muy sabrosos; en la tierra hay mucha miel y muy buena: hallábamos tanta que no la queríamos; hay cardos (35) que es muy buen mantenimiento y gustaban a la gente. Y pareciéndonos a todos que nos podíamos mantener, determiné seguir adelante. El viento era sudeste; el tiempo, bueno y de noche había luna. Partí muy tarde —teníamos dos horas de sol— con intención de andar toda la noche; íbamos paralelos a la costa en fondo de 6 brazas de arena limpia. Estaba a dos leguas de donde partí, cuando salieron de tierra hacia mí, 4 almadías con mucha gente; puse a la capa el bergantín para esperarlas: remaban tanto que parecía que volaban. Se reunieron pronto conmigo: traían arcos, flechas y azagayas de palo tostado; ellos venían con muchos penachos y pintados de mil colores; se aproximaron sin mostrar miedo y con mucho placer nos abrazaban a todos; no entendíamos su habla que no era como la del Brasil: hablaban guturalmente, como moros; sus almadías tenían 10 a 12 brazas de largo y media braza de ancho, hechas de madera de cedro muy bien trabajada: remaban con unas palas muy largas que en su extremo tenían penachos y borlas de plumas; en cada almadía remaban 40 hombres de pie; no fui a sus tiendas, que se veían en una playa frente a la cual estaba, por que faltaba poco para anochecer; se veían otras muchas almadías varadas en tierra; me hacían señas para que fuese allá donde me darían mucha caza; y cuando vieron que no quería ir mandaron una almadía por pescado; fue y vino en tan breve tiempo que quedamos espantados; nos dieron mucho pescado; yo les mandé dar muchos cascabeles, cristales y cuentas: quedaron tan contentos y mostraban tanto placer que parecían locos; y así me despedí de ellos (36). Casi anochecido empezó a soplar, del lado de tierra, viento nornordeste y con él seguía mi camino a lo largo de la costa con fondo de 5 a 6, brazas; después de media noche empecé a hallar bajos de piedra y me alejé más de tierra; arrié la boneta y fui con poca vela y con la sonda en la mano.

—Martes 26 de noviembre; por la mañana me hallé junto a una punta (37) y traté de doblarla; la costa volvía al noroeste y luego al norte; ventaba tanto viento noroeste que estuvimos a punto de zozobrar. Mandé amainar la vela y surgi en la punta del lado este, al abrigo del viento; salí a tierra a ver si podíamos cobrar alguna caza. Desde unos grandes árboles a que me subí, para divisar la otra costa al noroeste de la punta, ví muchas islas (38) todas cubiertas de árboles, a una legua de tierra; y desde aquí parecía que había abrigo entre ellas. Y así me volví al bergantín con mucha caza y miel. Por la tarde calmó el viento; mandé armar los remos y fui a las islas; las recorrí todas pero no hallé puerto ni abrigo en que meterme; en la más pequeña encontré reparo (39) aunque era desabrigada del viento sudeste. Aquí estuve toda la noche pescando.

—Miércoles 27 de noviembre; mandé colocar la pavesada del bergantín y poner la artillería a punto e ir prontos para pelear porque veíamos muchos humos en tierra, que es

señal de reunión de gente. A mediodía partí de estas islas, que son siete, todas llenas de árboles: tres son grandes y cuatro, pequeñas. Con viento lesnordeste seguía mi camino a lo largo de la costa que corre al noroeste cuarta al norte. A dos leguas de las siete islas hay un río (40) que trae mucha agua; quise entrar en él y la boca tenía muchos bajos; seguí a lo largo de la costa cuyo fondo es de 7 y 8 brazas (41); la tierra es llana y cuanto más adelante iba tanto mejor era; al ponerse el sol fondeé junto a una isla grande, redonda, llena de árboles, a la que puse el nombre de Santa Ana (42). Aquí estuve toda la noche pescando; saqué mucho pescado y ninguno era como los de Portugal: había peces de la altura de un hombre, amarillos y otros negros con pintas rojas, los más sabrosos del mundo (43).

—jueves 28 de noviembre; bajé a tierra; en esta isla hallé muchas aves, las más hermosas que he visto. Aquí ví halcones como los de Portugal (44). El viento saltó al sur y me puse al norte de la isla; estuve fondeado con mucha tempestad; de no estar al abrigo nos hubiéramos perdido.

—Viernes 29 de noviembre, por la mañana abonanzó el tiempo y fui a la isla; mandé encender fuego en tres partes para ver si acudía gente; vimos humos en dirección oessudoeste y no veíamos tierra; mandé subir a dos hombres a unos árboles grandes que había en la isla para ver si divisaban tierra, donde nos hacían humos y vieron tierra arbolada y al parecer anegadiza (45).

—Sábado 30 de noviembre; por la tarde me hice a la vela con viento lesnordeste y fui a unas islas que quedaban al nornoroeste. De esta isla de Santa Ana a las Siete Islas hay cuatro leguas y está, con respecto a ellas, este-oeste y dista dos leguas de la costa (46); a estas dos islas les puse el nombre de San Andrés por ser hoy su día y están a dos leguas de la isla de Santa Ana y a media legua de tierra (47); hallé en ellas buen reparo, donde estuve toda la noche.

—Domingo 1° de diciembre; me hice a la vela por la mañana con viento nordeste; mandé gobernar al ocssudoeste: hacía mucha niebla y no veíamos nada; seguí dicho rumbo con 5 brazas de agua hasta mediodía en que, de repente, fui a dar en dos brazas y, más adelante, en seco; mandé saltar a la gente al agua y salimos de la varadura; me volví por donde había venido. Cuando se levantó la niebla me hallé a una legua de una tierra muy baja, llena de árboles y muchos bajos y vi una boca grande que quedaba al noroeste; me dirigí a ella, con dos brazas de agua y, a veces, tocando fondo hasta que di en un canal de siete brazas que iba a la susodicha boca por la que entré: y hallé un río de media legua de ancho (48) con una y otra orilla cubiertas de árboles. El agua corría muy rápida: había 10 a 12 brazas de agua y el fondo era de lama blanda. El río hace su entrada este-oeste; en la misma boca, orilla sur, hay un estero pequeño de 6 brazas de ancho (49); cuando iba por el río arriba, en la margen sur, hallé otro brazo de media legua de ancho que iba al sudoeste y más arriba, otro que venía del noroeste: éste traía mucha agua y tenía casi una legua de ancho; entonces vi que todo eran brazos e islas y que andábamos entre ellas. Todas las islas están llenas de árboles y algunas son anegadizas.

—Lunes 2 de diciembre; en cuanto amaneció mandé remar río arriba; eran tantas las bocas de los ríos que no sabía por donde iba; sólo sabía que iba aguas arriba; al anochecer me hallaba junto a dos islas pequeñas donde surgi. Toda la noche sopló mucho viento noroeste.

—Martes 3 de diciembre; era tan fuerte la corriente que no podía avanzar con los remos. Por la tarde ventó fuerte del sudoeste y fuimos por el río arriba: hallaba un brazo que iba al norte, otro que iba al oeste y no sabía por donde tomar. Aquí comencé a hallar

en las islas helechos y árboles muy hermosos, muchas yerbas y flores como las de Portugal y otras diferentes; muchas aves —garzas y avutardas (50)— y eran tan numerosas que a palos las matábamos. Aquí ya las islas no son anegadizas y son muy hermosas.

—Miércoles 4 de diciembre; mientras iba a vela, río arriba, por un brazo que corría al noroeste, di en otro que corría al noreste, muy ancho y en la boca tenía dos islas pequeñas (51), llenas de árboles. Aquí hallé muchos cuervos marinos (52) y maté algunos a ballesta; fui por el brazo media legua adelante, hasta anochecer; fondeé cerca de unos árboles, donde pasé la noche.

—Jueves 5 de diciembre; al ir por dicho brazo arriba, hallé muchas señales de gente. Hacían muchos humos por las islas; la tierra firme, situada al sudeste era la más hermosa que viera: toda llena de llores y pasto del alto de un hombre.

—Viernes 6 de diciembre; fui a dar a un canalizo estrecho situado al noroeste del río, donde pasé la noche; durante la noche nos dio una turbonada del sudoeste con fuerte viento; y creció mucho el río con este viento que retenía el agua (53).

—Sábado 7 de diciembre; ventó del sudoeste con mucha fuerza; fuimos con poca vela por dicho brazo arriba, porque al noreste, lejos, río arriba, nos hacían humos; después de andar tres leguas nos anocheció donde los hacían; bajé a tierra y no hallé rastro de gente pero sí de muchas alimañas. Por la noche nos puso en alarma una onza o jaguar; temiendo que fuera gente bajé a tierra con todos los hombres armados.

—Domingo 8 de diciembre; retorné por donde vine (54), para ir por los otros brazos arriba con el fin de ver si hallaba gente; fui por el río abajo a dormir a las dos islas de los cuervos.

—Lunes 9 de diciembre; fui por el brazo arriba que iba al noroeste; era muy grande: tenía una legua y media de ancho y traía mucha agua y gran corriente; este día no avancé más que dos leguas y surgí entre dos bocas: una que iba al oessudoeste y otra al noroeste (55).

—Martes 10 de diciembre; fui por el brazo arriba que iba al noroeste y, habiéndolo remontado 4 leguas, fui a dar a un río de tres leguas de ancho que iba al oeste; dormí debajo de unos helechos de la orilla sur. Por la noche matamos cuatro venados, los mayores que he visto (56).

—Miércoles 11 de diciembre; fui por el río arriba con buen viento: vi un brazo pequeño que iba al noroeste y me metí por él; en este río hay unas alimañas como zorros, que siempre andan en el agua y matamos muchos; tienen sabor a cabritos (57). Al ir por el río arriba vi que se hacía muy estrecho y volví al brazo grande; yendo en medio de éste descubrí otro brazo que iba al oessudoeste; fui por él una legua y di en otro río muy grande que iba al noroeste. La orilla sudoeste era alta y parecía tierra firme; en la misma orilla sudoeste hallé un estero que en la boca tenía dos brazas de ancho y una de fondo; según la información de los indios estábamos en la tierra de los Carandines (58). Mandé hacer muchos humos para ver si acudía gente y desde el desierto, muy lejos, me respondieron con humos.

—Jueves 12 de diciembre; en la boca de este estero de los Carandines puse dos padrones con las armas del Rey, nuestro señor y tomé posesión de la tierra para regresar desde aquí porque veía que no podía tomar contacto con la gente del país y hacía mucho que había partido desde donde Martín Alfonso estaba —y quedé en ir y volver en 20 días— y de este estero al río de los Beguaes —de donde partí— estimaba que había 105 leguas. Aquí tomé la altura del sol en 33 grados y tres cuartos (59).

Esta' tierra de los Carandines altea a lo largo del río y en el interior es llana, cubierta de pasto, tan alto que cubre a un hombre; hay mucha caza de venados, avestruces, perdices y codornices; es la más hermosa y apacible tierra que puede haber. Traía conmigo alemanes e italianos, hombres que habían ido a la India y franceses y todos estaban admirados de la hermosura de esta tierra; nuestro pasmo era tal que no nos acordábamos de regresar. Aquí en este estero tomamos mucho pescado de muchas clases; se pesca tanto en este río y es tan bueno que con solo pescado, nada más, se puede uno mantener; aunque un hombre coma 10 libras de pescado al acabar de comerlas es como si no hubiera comido nada y volvería a comer otro tanto. El aire de este río es tan bueno que ni la carne ni el pescado se pudre; en pleno verano matábamos venados y conservábamos la carne 10 y 12 días, sin sal y no hedía. El agua del río es muy sabrosa: por la mañana está caliente, al mediodía es muy fría y cuanta más se bebe tanto mejor uno se halla. No hay palabras para ponderar las bondades de este río y de esta tierra.

—Viernes 13 de diciembre; partí de este estero de los carandines para regresar por donde vine. Con el viento noroeste a popa hacía mi camino (60) e iba tan rápido que andaba 3 a 4 leguas por hora. Estando junto a las islas de los Cuervos, oímos entre unos árboles grandes gritos; fuimos a averiguar donde gritaban y salió, a orillas del río, un hombre cubierto de pieles, con arco y flechas en la mano; nos habló dos o tres palabras guaraníes y las entendieron los lenguas o intérpretes que yo llevaba; le hablaron en la misma lengua y no entendió; nos dijo que era beguá-chaná (61) y que se llamaba Yñandú. Atracamos el bergantín a tierra y enseguida vinieron otros tres hombres y una mujer, todos cubiertos de pieles; la mujer era muy hermosa; sus cabellos eran largos y castaños y tenía unas marcas o tatuajes debajo de los ojos; ellos llevaban en la cabeza unos bonetes hechos con la piel de la cabeza de los jaguares, con dientes y todo. Por señas les entendimos que en otra tribu había un hombre que sabía hablar muchas lenguas; que lo querían ir a buscar, río arriba, donde estaba y que tardarían seis días en ir y volver. Entonces les di muchos vidrios, cuentas y cascabeles con los que quedaron muy contentos; a cada uno de ellos les di un bonete colorado y a la mujer, una camisa; y en cuanto les di esto fueron a unos juncuales y sacaron dos almadías o canoas pequeñas y me trajeron al bergantín pescado, tasajos de venado y una pata de oveja (62); pero no se atrevían a entrar en el bergantín ni se sentían seguros entre nosotros. Se fueron diciendo que volverían dentro de cinco días y que los esperásemos en las dichas islas de los Cuervos. Aquí estuve seis días esperando, en los cuales tomé mucho pescado y cacé muchos venados, del tamaño de bueyes (63) de los que hicimos tasajo para llevar a las naves. Al cabo de los seis días, como vi que no venían los indios, partí.

—Miércoles 18 de diciembre; partí con viento noroeste que soplabá muy fuerte y fui a comer a la boca del río por donde entré (64); allí disparé mucha artillería para ver si acudía gente. Así estuve hasta dos horas después de mediodía en que partí con el mismo viento noroeste y pasé por las islas de San Andrés y por la isla de Santa Ana (65) y llegué al ponerse el sol a las Siete Islas (66), al puerto donde estuve cuando por allí pasé y donde dejé enterrados barriles y otras cosas que no nos eran necesarias. Calculé que este día hice 35 leguas. La noche la pasé fondeado, fuera de las islas, en fondo de 8 brazas de arena limpia: ventó mucho viento norte.

—Jueves 19 de diciembre; por la mañana me hice a la vela y al divisar el cabo San Martín (67) donde la costa se vuelve al estesudeste me dio mucho viento lesnordeste (68); a fuerza de remos llegué a tierra y me metí en una ensenada que me abrigaba del viento, situada al este del cabo de San Martín.

—Viernes 20 de diciembre; el viento sopló del norte y con él hice mi camino a lo largo de la costa que corre al estesudeste. Navegué todo el día con muy buen viento. Después del cabo San Martín la costa hace tres puntas (69), distantes una legua una de otra, todas arboladas y lanzan al mar restingas de piedra; entre ellas hay arrecifes muy peligrosos. Ya cerrada la noche calmó el viento cuando estaba en la boca de un río cuya entrada tenía muy poca profundidad. Aquí estuve fondeado hasta medianoche en que soporté una turbonada del sursudoeste; con el viento creció el agua y me metí en la boca del río y a medida que iba creciendo me metía más adentro.

—Sábado 21 de diciembre; al salir el sol calmó el viento y salí del río al que puse el nombre de San Juan (70). Saltó el viento al oesnoroeste y me hice a la vela; a dos leguas de dicho río de San Juan hallé la gente con cuyas tiendas me topé a la ida; salieron seis almadías, todos sin armas y con mucho placer venían a abrazarnos; hacía mucho viento y mucha mar; y ellos me hacían señas para que entrase en un río que estaba junto a sus tiendas. Mandé un marinero a nado a ver si tenía buena entrada y vino diciendo que era muy estrecho y que dentro había poca seguridad pues la gente era mucha; que le parecía que eran unos 600 hombres; que lo que parecían tiendas o carpas eran 4 esteras que formaban una casa cuadrada, descubiertas por arriba; ropa no les vio; tenían redes iguales a las nuestras. En vista de esto me despedí de ellos; les di mucha mercadería (71) y ellos nos dieron mucho pescado; venían detrás de nosotros, unos a nado y otros en almadías; nadan más que delfines, pues avanzaban tanto como nosotros que íbamos con viento muy fresco a popa.

Estos hombres son todos grandes y robustos y parece que tienen mucha fuerza. Las mujeres son todas muy bien parecidas. Se cortan también los dedos como los del cabo de Santa María pero no son tan tristes (72). En cuanto me alejé de ellos mandé llenar las vasijas de agua dulce por que nos aproximábamos a la ensenada donde se junta el agua dulce con la salada. Yendo así divisamos el monte de San Pedro (73) y me sorprendió la noche a una legua de él. Calmó el viento y aquí no había donde surgir pues el fondo es todo piedra (74). Íbamos remando a lo largo de la costa cuando nos dio una turbonada del sur con mucho viento y relámpagos; estuvimos a punió de dar sobre la costa y perdernos; mandé lanzar el rezón, cuando estábamos junto a las rocas, en fondo de cuatro brazas de piedra (75). En pleno temporal, dos marineros se lanzaron a nado y fueron a tierra a ver si había algún lugar bueno para varar el bergantín. Desde tierra gritaron que habían hallado un estero donde el bergantín podía entrar (76). Mandé levar el ancla, cuya amarra estaba casi rota por las piedras, y nos pusimos a los remos haciendo cada uno mucha fuerza para salvarse. Habíamos remado una distancia igual a un tiro de ballesta cuando vi la boca del estero y me metí en el; la entrada tenía muchas piedras y casi zozobré. No bien estuve dentro, aumentó tanto la fuerza del viento que si hubiera estado fuera habríamos perecido.

—Domingo 22 de diciembre; roló el viento al sudeste y luego sobrevino calma; bajó el agua y quedamos en seco en el estero: su fondo era de piedras muy agudas. En esta costa con los vientos desde el sudeste hasta el nordeste (77) crece mucho el agua; aun cuando la marea baja pueden más los vientos; y cuando soplan desde el lessudeste hasta el nornoroeste, baja inmediatamente el agua y aunque la marea suba las aguas obedecen a los vientos; así que en esta costa no hay mareas más que cuando no hay viento (78). Desde el cabo de Santa María hasta el monte de San Pedro corre la costa este-oeste: habrá de camino 24 leguas (79); desde el monte de San Pedro hasta el cabo de San Martín corre la costa al oeste cuarta al noroeste: hay de camino 25 leguas (80); desde el cabo de San Martín hasta

las islas de San Andrés corre la costa al noroeste cuarta al norte: hay de camino 7 leguas (81). Más adelante todo son islas, innumerables; a tal punto que no se puede indicar el número de ellas ni la forma en que están situadas.

—Lunes 23 de diciembre; salí fuera del estero; como ventaba mucho viento sudeste me metí en un puerto situado al oeste del monte de San Pedro; este monte tiene un puerto al este y otro, al oeste (82); aquí desembarqué y me adentré en tierra; maté muchos avestruces y venados y subí con toda la gente a la cumbre del monte de San Pedro, desde donde veíamos campos hasta donde alcanzaba la vista, tan llanos como la palma de la mano; y muchos ríos, arbolados a lo largo de ellos. No se puede describir la hermosura de esta tierra; son tantos los venados, gacelas, avestruces y otras alimañas del tamaño de potros recién nacidos y de su aspecto que el campo está todo cubierto de esta caza; nunca vi en Portugal tantas ovejas ni cabras como venados en esta tierra. Por la tarde retorné al bergantín (83).

—Martes 24 de diciembre, día de navidad (84); partí de este puerto con viento norte muy fuerte; al querer doblar una punta (85) di en un bajo de piedra que nos despidió el timón a una lanza de altura; quiso Dios que no nos hiciéramos daño. Iba así a lo largo de la costa, en el medio de una ensenada (86) cuando sopló tan fuerte del lado de tierra que no podíamos con la vela y me esforzaba por no desgarrarme. Entró tanta agua que anegó el bergantín. Mandé lanzar el ancla y en cuanto puse proa al mar nos dio oportunidad para achicar el agua pues todo estaba inundado hasta cubierta. Extraída el agua volví a hacerme a la vela y me aproximé bien a tierra; frente a la isla de la restinga (87), cuando íbamos a lo largo de tierra, el bergantín chocó con un pez; al mover la cola quebró la mitad de la postiza; fue tan grande el choque que pareció que habíamos tocado fondo y todos quedamos como atontados: no le vimos más que la cola; por la sombra que después hizo en el agua parecía un pez muy grande (88). Dos horas antes de ponerse el sol, a una legua de la isla de las piedras (89), calmó el viento; puse los remos y fui a fondear entre ella y tierra firme, con intención de pasar allí la noche. Hacía una hora que se había puesto el sol cuando me dio una turbonada del nornordeste, que soplabla del lado de tierra con tanta fuerza que yo no había visto, nunca cosa igual; no había quien se animase a hablar ni a abrir la boca. En un momento nos lanzó sobre la isla de las piedras y el bergantín se fue a pique entre dos piedras,—entre las—eme había ido a dar. Llegamos todos a la isla: las piedras—eran tan agudas que los pies quedaron llenos de cuchilladas (90). De esta isla a tierra había una legua. Nos juntamos todos en una piedra, porque el viento saltó hacia el lado del mar, crecía mucho el agua y la isla estaba casi toda cubierta, excepto el peñasco en que todos estábamos, confesándonos unos a los otros por parecemos que era este el último trabajo. Así pasamos toda la noche en que todos se encomendaron a Dios: era tanto el frío que la mayoría de los hombres estaban tullidos y medio muertos. Así pasamos esta noche con tan tremenda tempestad que no creo que nadie haya pasado una igual.

—Miércoles 25 de diciembre; por la mañana, saltó el viento al nordeste y bajó mucho el agua; quedó al descubierto el bergantín que por arriba estaba sano, pero por debajo nos parecía que estaba todo roto. Algunos hombres que tenían fuerzas y tino hacían jangadas con remos y paveses para lanzarse a nado a tierra firme. Yo fui con tres hombres al bergantín y comenzamos a achicar el agua que tenía dentro para sacarle el mástil y en él irnos a tierra. Estando así me pareció que si se sacaba la artillería y los efectos, saldría a flote; llamé a algunos hombres: los que no sabían nadar, pues los que sabían andaban en salvarse con remos y palos. En cuanto sacamos la artillería y el equipo fuera, quiso nuestra señora que saliese a flote el bergantín; dimos grandes gritos a la gente para que acudiese y que no se

lanzasen a nado, porque el bergantín estaba sano y estábamos todos a salvo. El bergantín no tenía más que un agujero en el tablón del fondo que está en contacto con la quilla y que, enseguida, tapamos y volvimos a meter los efectos y a recoger a la gente en él para irnos al río de los Beguaes que estaba a dos leguas de allí (91). Muchos hombres estaban casi muertos y no tenían fuerzas para andar; mandé llevarlos a cuestras al bergantín. Saltó el viento del lado del mar y me hice a la vela y casi de noche entré en el río de los Beguaes. No teníamos que comer y hacía dos días que la gente no comía. Muchos hombres quedaron tan desfigurados del miedo que no se les podía reconocer. Toda la noche llovió y ventó con tantos relámpagos y truenos, que parecía que se hundía el mundo.

—Jueves 26 de diciembre; por la mañana abonanzó el tiempo, pero soplaba en sentido contrario a nuestro viaje; mandé un hombre por tierra a la isla de las Palmas (92); donde Martín Alfonso estaba, a decirle que si el tiempo seguía malo nos mandase alimentos pues teníamos gran necesidad de ellos. Este día no comimos más que yerbas cocidas. Mientras andaba por tierra en busca de leña para calentarnos fuimos a dar a un campo con muchos palos clavados y redes, que hacía un cerco, el que me pareció a primera vista una trampa para cazar venados y después vi muchas cavidades oscuras que estaban dentro del cerco de las redes; vi entonces que eran sepulturas; todo cuanto el muerto tenía lo ponían sobre su tumba: las pieles con que andaban cubiertos, las mazas de palo (macanas) y azagayas de palo tostado, las redes de pescar y de cazar venados, todo estaba en torno de su sepultura. Hubiera querido mandar abrir las tumbas pero tuve miedo de que acudiese gente de la tierra y lo tuviesen a mal. Habría aquí unas treinta tumbas. Por no poder hallar otra leña mandé sacar todos los palos de las sepulturas y los mandé traer para hacer fuego y comer dos venados que matamos, con lo que la gente quedó muy consolada. La gente de esta tierra son hombres muy robustos y grandes; de rostro son muy feos; traen el cabello largo; algunos se horadan las narices y en los agujeros traen metidos unos pedazos de cobre muy brillante; todos andan cubiertos de pieles; duermen en el campo donde les anochece; no llevan consigo otra cosa que pieles y redes para cazar; usan como arma una pelota de piedra del tamaño de la bala de un falcón (93) y de ella sale un cordel de una braza y media de largo (94) y en el extremo lleva una borla grande de plumas de avestruz; y tiran con ella como con honda (95); traen unas azagayas hechas de palo y unas porras de palo de un codo de largo (96). No comen más que carne y pescado; son muy tristes y la mayor parte del tiempo lloran. Cuando muere alguno de ellos según el parentesco, así se cortan los dedos: por cada pariente una articulación; vi que muchos viejos no tenían más que el dedo pulgar. Su habla es gutural como la de los moros. Cuando nos venían a ver no traían ninguna mujer consigo; no vi más que una vieja que en cuanto se acercó a nosotros se echó el suelo de bruces y no levantó el rastro; con ninguna cosa nuestra se alegraban, ni mostraban contento con nada. Si traían pescado o carne nos lo daban gratis y si les daban alguna mercadería no se alegraban; les mostramos cuanto traíamos; no se espantaban ni tenían miedo de la artillería, pero suspiraban siempre y no daban más que muestras de tristeza: me parece que no se divertían más que con eso (97).

—Viernes 27 de diciembre; partí del río de los Beguaes y al ponerse el sol llegué a la isla de las Palmas, donde Martín Alfonso estaba. Esta isla de las Palmas es muy pequeña; de ella a tierra hay un cuarto de legua; tiene la entrada al oessudoeste; el fondo es limpio de 4,5 y 6 brazas. Hacia el mar, una legua al sur tiene unos bajos de piedra muy peligrosos (98). Aquí estuvimos en esta isla cuatro días aprestándonos para irnos al río de San Vicente.

—*Martes 1° de enero (de 1532) partimos de esta isla con viento lesnordeste; tomamos el camino del sudoeste. Por la noche el viento, se hizo norte y navegamos al este toda la noche con buen viento.*

Notas del editor

(Se mantiene la ortografía y sintaxis del autor aunque se ha procedido a resumir los comentarios.)

(1) Pero Lopes y sus compañeros ele expedición se hallaban, como observa acertadamente el comentarista Eugenio de Castro, frente a la costa del actual estado brasileño de Río Grande del Sur.

(2) Seguían navegando frente a las costas bajas de Río Grande del Sur...

(3) Las pescadas de Pero Lopes de Sousa, según Paul Groussac (Anales de la Biblioteca, Buenos Aires, 1905, pág. 313), verosímilmente, eran pescadillas (Cynoscion striatus, Cuv)...

(4) La identificación de las tres islas de piedra donde estuvo fondeada la armada de Martín Alfonso de Sonza, desde el jueves 12 al sábado 14 de octubre de 1531, no ofrece mayores dificultades. Según Pero Lopes indica en la anotación del sábado 14 las islas se hallaban a los 34° % de latitud sur. En la actualidad este dato bastaría para la identificación, pero cuidémonos mucho de asignar a las latitudes del siglo XVI el mismo grado de confianza que hoy concedemos a estos valores. Basta observar la carta para comprobar que a esa altura de las costas atlánticas no existe isla alguna. El hecho revela que la latitud de Pero Lopes acusa una imprecisión que nos impide confiar en sus determinaciones para, a base exclusiva de ellas, identificar cualquier lugar. Por otra parte, a lo largo de la costa oceánica, recorrida en esos días por la armada lusitana, existen varios grupos de islas, todas rocosas, con lobos marinos y casi todas dentro del límite de error probable que caracterizan las determinaciones de latitud en aquel tiempo; esos grupos son: las dos islas de Castillo Chico, hoy más conocidas con el nombre de Coronilla, situadas a los 33°56'; las dos islas de Castillo Grande, a los 34°22'; las tres islas de Torres, a los 34°24'; y las islas de Paloma y Tuna (hoy unidas a tierra firme) en 34°40'. Esta enumeración permite comprobar que el único grupo de tres islas es el de Torres y a ellas deben incuestionablemente corresponder las que Pero Lopes denominó de las Onzas por haber hallado en la tierra firme inmediata dos onzas o jaguares. Fueron las islas de Castillo (principalmente las de Castillo Grande) las que desempeñaron importante papel en la navegación al río de la Plata pues por su fácil identificación y su buen fondeadero constituyeron la recalada obligada de todas las naves a vela durante cuatro siglos. Las islas de las Onzas desaparecieron de las cartas portuguesas en el siglo XVII (nunca figuraron en las españolas) y sólo volvieron a aparecer cuando las partidas demarcadoras de límites iniciaron la exacta representación de las costas, con todos sus accidentes geográficos. Los demarcadores españoles del tratado de límites de 1750 les dieron el nombre de Ratones. Fueron los oficiales de marina de la segunda partida demarcadora del tratado de 1777, al mando del capitán de fragata D. Diego de Alvear y Ponce de León, quienes le aplicaron el nombre de islas de Torres con que aparecen, por primera vez, en la carta reducida o esférica del Río de la Plata, levantada en 1794 y que se conserva en el Museo Naval de Madrid. Todo obliga a admitir que el topónimo fue introducido para rendir homenaje al

piloto Francisco de Torres, cuñado de Solís que retornó con las carabelas a España, pues, hasta entonces, no se había usado esa denominación. Corroborar nuestra hipótesis el hecho de que no se trata del único tributo de reconocimiento ruidido por los cartógrafos de la partida de Alvear a los antiguos navegantes del Plata; precisamente, a una punta cercana al lugar donde naufragó el bergantín de Pero Lopes, en la noche del 24 de diciembre de 1531, le impusieron el nombre de punta de Pedro López. D. Eduardo Madero, al referirse a la expedición de Solís expresa que “el piloto Francisco de Torres descubrió más adelante las islas inmediatas al cabo Apolonio (sic; por Polonio) que desde entonces conservan su nombre” (*Historia del puerto de Buenos Aires, Buenos Aires, 1939 p. 39*). Groussac, al comentar este pasaje, afirma que “las islas de Torres se llaman así en razón de su aspecto y estructura, como las de Castillos, y no porque las bautizase el cuñado de Solís”. (5) Dado el fondeadero en que se encontraban —islas de Torres— la punta a que se refiere Pero Lopes es el actual cabo Polonio, entonces innominado. Su nombre, según explican Lobo y Riudavets, se debe al naufragio, allí ocurrido del navío mercante así llamado, el día 31 de enero de 1735 (*Manual de Navegación, p. 63*).

(6) Los portugueses dieron el nombre de onza (felino de piel manchada del Viejo Mundo) a todos los grandes felinos que encontraron en el Nuevo y, por consiguiente, se sirvieron de él tanto para designar al puma como al jaguar. El hecho de que Pero Lopes califique de muy grandes a los animales que vio en tierra permite suponer que se trataba de jaguares. Es curioso que los españoles distinguieran al puma del jaguar, a los que denominaban, respectivamente, león y tigre, en tanto que para los portugueses ambas especies eran onzas.

(7) La latitud asignada en el Diario al cabo de Santa María no permite identificar a este lugar. La diferencia entre $34^{\circ}45'$ que le asigna y la del cabo que actualmente lleva el mismo nombre ($34^{\circ}40'$, según el *Derrotero Argentino, ed. 1930, p. 104*) alcanza a $5'$. En cambio, entre Punta del Este ($34^{\circ}58'$) y el cabo Santa María de Pero Lopes la diferencia es de $13'$.

La prueba de que el cabo de Santa María actual no es el de Pero Lopes nos la suministra la navegación del día 15 de octubre, después de rebasado cabo Polonio. Según el Diario, mientras navegaban sondando, lejos de la costa y paralelamente a ella —“ao longo da costa”— observaron que yendo al oessudoeste durante dos ampolletas —una hora— hallaban 20 brazas (33 metros) de profundidad y dirigiéndose al oeste cuarta al sudoeste encontraban fondo a 25 brazas (42 m.), es decir, que había más profundidad al aproximarse a tierra y menos al dirigirse mar afuera. La carta N. 10 del Servicio Hidrográfico de la Marina uruguaya nos muestra que, a esa altura se encuentra el llamado “pozo de fango” (mud well de las cartas británicas), zona más profunda cuyo borde puede considerarse señalado por la isobata de 40 metros. Pues bien, si se navega a unas veinte millas de la costa, próximo a la parte sur de la preindicada isobata, se produce el fenómeno de que navegando hacia tierra aumenta la profundidad, al penetrar el barco en el pozo de fango, y al dirigirse mar afuera decrece el sondaje pues se sale del pozo. Esto ocurre un poco al sur del paralelo del cabo de Santa María actual, lo que significa que el cabo denominado así por Pero Lopes no es el que hoy lleva ese nombre pues llegaron a él después de rebasada esa fosa y seguir navegando al largo, cuando se ponía el sol del día 15 de octubre. La localización del Cabo de Santa María, correspondiente a las expediciones de Magallanes, Caboto y Pero Lopes, se debe a Paul Groussac (*Anales de la Biblioteca, t. IV, Buenos Aires, 1905, pp. 302 y sig.*). Este maestro de investigadores probó, en forma concluyente, que el cabo de Santa María de

los descubridores era la actual punta del Este. Eugenio de Castro confirmó la identificación en sus comentarios al Diario y -desde entonces es noción aceptada por todos. No vamos a repetir aquí los argumentos de Croussac pero consideramos conveniente mostrar al lector cuales son los elementos que nos permiten identificar el cabo de Santa María de Pero Lopes con Punta del Este. Según el Diario las características del cabo eran las siguientes: a) junto al cabo había una isla a la que aplica el nombre de isla de las Palmas (27 de diciembre de 1531) b) entre la isla y el cabo existía buen fondeadero (reconocido por el piloto Lourenco), con profundidades de 6 brazas; desabrigado a los vientos oessudoeste y sudsudoeste; con entrada al oessudoeste c) La isla era pequeña, pero con agua y leña; en sus inmediaciones se podía hacer buena pesquería; al sursudeste, hacia el mar, tenía bajos de piedra muy peligrosos; de ella a tierra había un cuarto de legua. d) a partir del cabo, hacia el río, la costa corría al oeste. El único lugar de nuestras costas que reúne simultáneamente todas las características señaladas es Punta del Este. La isla de las Palmas es la que después se llamó de Maldonado y hoy se denomina de Gorriti; todavía en 1600 disponía de pozos de agua potable, arboleda baja y las palmeras que le dieron nombre, según puede comprobarse en el relato de Francisco Fernández (Horacio Arredondo, Maldonado y sus fortificaciones, en Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología, tomo III, Montevideo, 1929, pp. 299-302). En el reconocimiento que practicó en 1800 el ingeniero militar D. Agustín Ibáñez y Bojons, se declara la existencia de “manantiales de agua dulce abundantes” pero no se mencionan para nada las palmeras (Diario de viaje entre Maldonado y Montevideo en el año 1800, publicado por Rolando A. Laguarda Trias, en Boletín Histórico del Estado Mayor General del Ejército, Montevideo, 1938, N. 33, p. 24). La isla es pequeña pues su máxima extensión es de 1.5 kms. y dista de tierra 1 milla, o sea, un cuarto de legua de aquella época (la legua marina tenía entonces 4 millas).

Ninguna de las características apuntadas conviene, en cambio, al actual cabo de Santa María y a su inmediato puerto de La Paloma. Es cierto que junto al cabo hay también islas pero no una, sino dos: Paloma y Tuna. La entrada al puerto de La Paloma no se encuentra al oessudoeste sino en el sector lesnordeste lessudesre. Tampoco es posible navegar al oeste a partir del actual cabo de Santa María pues se iría a dar sobre la costa. Ni en La Paloma ni en Tuna hubo nunca agua potable y mucho menos, leña. En suma, los detalles que Pero Lopes adjudica al cabo de Santa- María —y a los que hemos pasado revista— convienen a Punta del Este y de ninguna manera al cabo que hoy se llama Santa María. La Memoria de Diego García, compuesta por este experto piloto hacia 1530, confirma que el cabo Santa María antiguo es la actual Punta del Este; dice el documento: “andando por nuestra navegación allegamos al cabo de santa-maría questá en los dichos treynta e quatro grados e medio e de fuera del cabo esta una ysla que se llama la ysla délos pargos que es grande pesquería; en ella estuvimos en esta ysla esperando el bergantín que traíamos que venía atrás e tras de dentro del cavo hazia el ryo esta una ysla que se llama la ysla de las palmas e defuera della esta un arrecife afuera della que la toma una legua a la mar y esta ysla de las palmas es muy buen puerto”. Del trozo transcripto resalta claramente que la isla de los pargos es la actual de Lobos, la isla de las palmas, Gorriti y el cabo de Santa María, Punta del Este. La identificación de la isla de los Pargos o Corvinas con Lobos se desprende de una carta del tesorero Hernando de Montalvo escrita en 1572 que dice: “la isla de los Lobos que por otro nombre .se dize de Corvinas” (citada por Groussac en Anales de la Biblioteca, IV, 312).

(8) Fondearon, pues, en la bahía de Maldonado.

(9) Groussac (*Anales*, IV, 313) identificó la anchoa de Pero Lopes con la *Pomatomus saltatrix* (L) que, de las dos especies de peces que en el río de la Plata reciben el nombre vulgar de anchoas, es la más común. La corvina a que alude Pero Lopes debe ser la micropogon opercularis (Q.G.) que, junto con la pescadilla, constituyen los productos más abundantes de la pesca.

(10) El 21 de octubre de 1531 fue sábado y no domingo; Pero Lopes volvió a perder la correspondencia de los días de la semana con las fechas todo el intervalo que duró su estada en el Plata.

(11) Esta indicación de que la costa corre al oeste después del cabo de Santa María corrobora que se trata de Punta del Este.

(12) La localización de la punta innominada donde estuvo a punto de zozobrar la nave de Pero Lopes al intentar doblarla rumbo al este, plantea arduo problema de geografía histórica. Paul Groussac en los comentarios que dedicó al Diario (*Anales*, IV, 302 y sig.) no trató este punto. Castro identifica la punta innominada con la actual punta Negra (nota N. 85). [...] El bajo que la nao de Pero Lopes no pudo doblar al navegar al oeste era, pues, el de Solís; la playa donde pensó ir a varar era la que hoy se llama de Buena Vista y la punta que al virar les quedaba al ESE era la punta Negra. La nao capitana fue a zozobrar en la playa de arena del actual balneario Buena Vista, dos leguas al este del arroyo Solís Grande, según dice el mismo Diario. Los naufragos establecieron su campamento a orillas del Solís Grande tal vez porque allí disponían de agua potable y leña en abundancia. Al Solís Grande le denominaron río dos Begoais o de los Beguaes, denominación que figura en la carta de Gaspar Viegas (1534). Varnhagen interpretó el nombre de Beguaes como el nombre de una tribu india. Groussac reprodujo sin comentarios el parecer de Varnhagen, que es la explicación más aceptable.

(13) El texto dice nordeste cuarta al este. Se trata de un lapsus. No existe ninguna punta al oeste de Punta del Este, en que se pueda poner rumbo al nordeste cuarta al este, sin ir irremediablemente a dar en la costa.

(14) La "isla del Cabo" alude a la isla de Gorriti, por hallarse junto al cabo de Santa María, "el cabo", por antonomasia para los navegantes del río de la Plata.

(15) Recuérdese que se trata de la carabela Santa María do Cabo.

(16) La nao francesa era Nossa Senhora das Candeas y las jangadas o balsas estaban formadas por trozos de la nave, desmantelada por el temporal, según induce a pensar el empleo de la voz náutica cuartel.

(17) El desembarco se efectuó, según anota acertadamente Eugenio de Castro, en la playa de la bahía de Maldonado.

(18) Las señales con humo o ahumadas constituían el medio diurno de comunicación más empleado entonces; eran de uso normal entre los indios de América y muy empleados por los propios descubridores, como lo prueba el siguiente pasaje que corresponde a la declaración prestada por Juan de Junco, tripulante de la expedición de Caboto al río de la Plata, referente a la búsqueda de dos bergantines de la armada en las proximidades del cabo Santa María, o sea, en los mismos parajes a que se refiere este trozo del Diario: "pasaron a la vista de donde estaba el dicho Montoya con la dicha gente que era el cabo de Santa María, obra de una legua de donde ellos estaban, y la gente que estaba con Montoya les hizo humos en tierra para que les acogiese" (José T. Medina, *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España, Santiago, de Chile, 1908*, tomo 2º, p. 151).

Pero Lopes no es el primero de los viajeros que habla de que los humos ocultaban el sol.

(19) Este bergantín, encontrado en la playa procedía, indudablemente, de la expedición de Caboto; Eugenio de Castro piensa que era uno de los bergantines de Montoya (I, 268). Recuérdese que el contador Antonio de Montoya fue enviado por Caboto con dos bergantines desde el río San Salvador para hacer carnaje de lobos marinos en la isla de Lobos. Hostilizado por los indios Caboto decidió emprender el regreso a España sin esperar la llegada de Montoya; al verse éste abandonado se dirigió hacia el cabo de Santa María y habiendo encontrado en sus proximidades la nao Trinidad, dejada como inservible por Caboto, la hizo reparar y en ella regresó a España con sus compañeros de odisea (Medina, *El veneciano Sebastián Caboto*, t. I, pp. 210 y sig.). El bergantín encontrado era verosímilmente uno de los de Montoya. El nombre de la madera de que estaba hecho y su buen estado de conservación después de un abandono de más de año y medio demuestran que fue de los construidos en el río de la Plata con madera americana, posiblemente cedro colorado (*cedrela fissiles* o *brasiliensis*) en guaraní *igaib* o *igarib* (árbol de la canoa) denominado así por ser la madera preferida por esos indios canoeros para construir sus embarcaciones.

(20) Hemos traducido “húa hora de sol” por “una hora antes de ponerse el sol” que es la interpretación que corresponde dar a las palabras de Pero Lopes. Respalda nuestra interpretación la anotación del 25 de noviembre de 1531: “Parti bem tarde — duas horas de sol — con tencam de andar a noitc toda” (partí bien tarde; teníamos dos horas de sol, con intención de andar toda la noche).

(21) El registro de los vientos y rumbos de navegación suministrados por Pero Lopes dista mucho de ser completo, no obstante constituir su Diario el documento más abundante de la primera mitad del siglo XVI en datos meteorológicos del Plata. He aquí la prueba de lo afirmado: Si intentamos, reproducir el derrotero de la carabela Santa María do Cabo en los días 5 y 6 de noviembre de 1531 nos veríamos en serio compromiso. Después de llegar la carabela al lugar donde estaba varada la nave capitana, se levantó fuerte viento sudeste. Pero Lopes temiendo que la sudestada lo arrojase sobre la costa se hizo a la vela dirigiéndose al sursudoeste, o sea, con el viento a seis cuartas sobre la amura de babor; el sol se había puesto cuando fueron a dar sobre un banco donde estuvieron a punto de naufragar. El banco donde estuvo a punto de perderse debió ser el bajo de Solís, pues a pesar del rumbo que puso, el viento y la corriente le hicieron derivar hasta él. Pero Lopes siguió navegando hasta la media noche pero como no menciona ni rumbos ni distancias la reconstrucción de su derrota es totalmente hipotética. Al día siguiente el viento había virado al sudoeste. Pero Lopes anota que puso proa al ESE y por la tarde llegó frente a la nao capitana. Es evidente que navegando solamente al ESE no habría podido llegar al sitio que se proponía. Por consiguiente, el Diario es incompleto en este punto.

(22) Eugenio de Castro identifica erróneamente la isla situada a 4 leguas al oeste de donde varó la capitana con la isla de Flores (nota N° 94 del vol. I). El islote Las Toscas (usamos la denominación de la carta uruguaya N° 10; Eugenio de Castro la llama Piedras de Afilar) era una isla — aunque pequeña — y constituía un fondeadero muy aceptable, según parecer — no nuestro — sino del propio Pero Lopes, al referirse en forma indubitable al islote en sus anotaciones del día 23 de noviembre de 1531.

(23) El río de Santa María es evidentemente el río de la Plata. Según Fray Bartolomé de las Casas “no sé por qué ocasión, el cual nombró el dicho Juan de Solís, el cabo y río de Sancta Mari” (*Historia de las Indias*, ed. de Agustín Millares Cario y Lewis Hancke, México, 1951, t. III, p. 105).

Los historiadores, particularmente los locales, en cambio, confían más en el cronista Antonio de Herrera según el cual Solís y sus compañeros “entraron luego en un agua que por ser tan espaciosa y no salada, llamaron Mar Dulce, que oy llaman de la Plata y entonces dixerón de Solís” (*Historia de los hechos de los castellanos, década II, libro I, cap. VII*). Conviene puntualizar que el nombre de Mar Dulce no excluye el de río de Santa María y posiblemente el primero fue simple advocación del segundo, a ejemplo de lo ocurrido con el de las Amazonas que recibió de Vicente Yáñez la denominación de río de Santa María de la Mar Dulce (Colección de documentos de Torres de Mendoza, t. XXX, p. 536).

(24) Pero Lopes afirma, a seis de noviembre que estaban en pleno verano (“sendo a forca do verão”). En realidad, Pero Lopes no incurrió en ningún dislate pues entonces tanto en Portugal como en España, se daba a la primavera el nombre de verano y a esta estación se le denominaba estío (Cf. Corominas, *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana*, II, Madrid, 1954, s.v. estío).

(25) Aparece, por primera vez, en el Diario la denominación de “río dos Begoais” o de los Beguaes que los expedicionarios aplicaron al curso de agua conocido por arroyo de Solís Grande. Al efectuar la localización del lugar de la costa en que naufragó la nao capitana ya expresamos que Martín Alfonso y los tripulantes de la nao perdida establecieron su campamento a orillas del arroyo Solís Grande. Pero Lopes afirma que el río de los Beguaes se halla a 11 leguas del cabo Santa María antiguo. El arroyo Solís Grande dista de Punta del Este 27 millas náuticas, o sea, 9 leguas marinas de hoy. Por consiguiente, esta estima de la distancia supone, en este caso, un valor de la legua igual a 0,82 del actual, o sea, 4555 metros.

(26) Groussac identificó correctamente la isla pequeña de piedra con la isla Rasa o de Piedras de Afilar (hoy islote Las Toscas). Se trata de la misma isla que Martín Alfonso señaló como fondeadero de la carabela Santa María do Cabo el día 6 de noviembre. En aquella ocasión Pero Lopes la situó a cuatro leguas al oeste del sitio en que había naufragado la capitana; ahora la coloca a dos leguas al oeste del río dos Begoais (Solís Grande) lo que demuestra que el lugar en que se perdió la nao de Martín Alfonso estaba dos leguas al este del Solís Grande. El islote Las Toscas dista casi 9 millas náuticas de la boca del Solís Grande, o sea, unas tres leguas marinas de hoy.

(27) Se trata de la isla de Flores; en esta identificación coinciden Varnhagen, Groussac y Eugenio de Castro. La distancia de tres leguas que, según Pero Lopes, dista de tierra es correcta, pues la punta NE de la isla dista 9 millas (3 leguas de hoy) de Punta Gorda (Lobo y Riudavets, ob. cit., 92).

(28) El monte de San Pedro es el Cerro (Montevideo), al que Magallanes denominó, en enero de 1520, Monte Vidi según consigna Francisco Albo en el Diario de la expedición. Para Groussac el hecho demuestra que Pero Lopes ignoraba profundamente el bautismo del Cerro por Magallanes (*Anales*, IV, 314). De aceptarse la interpretación de Groussac habría que admitir que Pero Lopes ignoraba no sólo los topónimos del Plata impuestos por Magallanes sino también los de Solís y Caboto. Pero la presencia de expedicionarios de Caboto en la armada de los hermanos Sousa no permite aceptar la hipótesis de un absoluto desconocimiento de lo actuado por las armadas españolas en el río. Lo más verosímil es que Pero Lopes, con la imposición sistemática de nuevas denominaciones a todos los lugares del río, tratara de que los antiguos nombres cayeran en el olvido para reforzar los derechos de Portugal a la posesión del río.

(29) *La dormida, como en lenguaje náutico se denominaba al pernoctar en un lugar, debió efectuarse en la ensenada o puerto natural de Montevideo; el otro puerto, situado al oeste del Cerro, era la cala al este de Punta Yeguas; obsérvese que en opinión de Pero Lopes, esos dos puertos no servían más que para navíos pequeños.*

Los breves límites de una nota, aunque a menudo rebasados por nosotros, no nos permiten entrar a exponer detalladamente las características de un buen puerto natural en el siglo XVI; pero basta leer los relatos de viaje de los descubridores para saber que la primera condición de un buen puerto era la profundidad y (que ésta no debía ser inferior a tres brazas (5 mts.) pues en caso de tocar fondo los buques se abrían; ahora bien, la profundidad de la ensenada de Montevideo, hasta el siglo XIX, se hallaba comprendida entre los 13 y 17 pies (m. 3,6 y m. 4,7) circunstancia que sólo lo hacía apropiado para navíos de menos de cien toneladas. Debido a la insuficiencia de su profundidad ni Magallanes, ni Caboto consideraron como puerto a la ensenada de Montevideo.

Hernandarias en 1607 pondera las excelencias del puerto de Monte vido pero se refiere a la desembocadura del río Santa Lucía; el historiador Ruy Díaz de Guzmán (1608) es el primero en llamarle “puerto muy acomodado” (La Argentina, Buenos Aires, 1945, cap. III, p. 33).

El gobernador portugués Naper de Lencastre en 1691 hizo su elogio en los términos siguientes: “cinco leguas más adelante se encuentra el [río] de Montevideo [es el actual arroyo Pantanoso] cerca del monte del mismo nombre, con una ensenada e isla en la desembocadura capaz de dar entrada a los mayores navíos y abrigada contra todos los vientos” (Azaróla, La epopeya de Manuel Lobo, p. 204).

No obstante las opiniones transcritas sólo en el siglo XVIII el puerto de Montevideo empieza a ser francamente elogiado al reconocerse que la lama suelta de su fondo no dañaba a los buques fondeados en él aunque tocasen fondo.

Pasando a otro punto debemos reconocer que Pero Lopes está en lo cierto al calificar de sucia la costa comprendida entre isla de Flores y Montevideo, pues para una embarcación que baraja la costa contiene los siguientes peligros: la punta Gorda, que avanza hacia el río media milla y está rodeada de piedras, la isleta de la Luz, el bajo del Buceo, el banco de las Carretas o las Pipas, las piedras del Buen Viaje y la punta Brava o de Carretas.

(30) *para Eugenio de Castro se hallaba Pero Lopes a la altura de la punta Yeguas o Espinillo.*

Efectivamente, sólo desde una de las caletas situadas entre las puntas Yeguas y Espinillo se ve el Cerro de Montevideo en el rumbo E 1/4 SE. Pero el Diario no se refiere a una de esas insignificantes caletas sino a una gran entrante de la costa en cuyo seno se hallaron engolfados los expedicionarios. Ahora bien, la única gran entrante de la costa, una vez rebasado el Cerro de Montevideo al navegar al oeste, es la desembocadura del río Santa Lucía. Por tanto es forzoso admitir que era en esta ensenada donde se encontraba el bergantín de Pero Lopes. Pero como desde la boca del Santa Lucía el Cerro yace al S E 1/4 E hay que reconocer que el rumbo E 1/4 S E del texto está equivocado.

(31) *“... la punta de la banda oeste de la ensenada que lanza una restinga que penetra una legua en el mar” es la punta Tigre y el banco Santa Lucía cuyo veril meridional se halla a 5 millas de la costa, distancia que se ajusta más a la legua de Pero Lopes que la media milla de la restinga de la punta del Espinillo.*

El Diario señala que allí comienza a hallarse agua dulce en el estuario del Plata, pues al este del Santa Lucía las aguas dulces y las saladas se hallan mezcladas. Este límite

figuró en casi todas las cartas geográficas y náuticas de Portugal del siglo XVI, posteriores a la expedición de Martín Alfonso; la primera que lo registra es la carta de Gaspar Viegas (1534); y la leyenda “aquí comeca a agoa doce” fue reproducida sin variación durante un siglo.

(32) Asombra tan exacta interpretación de un fenómeno meteorológico, que revela condiciones de observación nada comunes.

(33) Eugenio de Castro (vol. I, nota 103) duda si el grande y hermoso río a que se refiere el diarista es el Pavón o el Pereira; no se trata ni de uno ni de otro pues ambos desembocan francamente en el río de la Plata mientras que el de Pero Lopes desaparecía antes de llegar al estuario. Esta circunstancia nos permite identificarlo con el arroyo San Gregorio que, según las cartas españolas antiguas y el Manual de Navegación de Lobo y Riudavets, desembocaba en una laguna.

Es evidente que la costa barrancosa del actual departamento de San José frustró los deseos de los expedicionarios de desembarcar y les obligó a seguir adelante, pese a las señales de inminente tempestad; a la altura del arroyo San Gregorio la costa es un arenal, según acredita el Diario, y esto les permitió tomar tierra. En efecto, desde el puerto de Montevideo hasta la altura del arroyo San Gregorio hay unas 41 millas a lo largo de la costa, singladura un poco menor que la cumplida el día anterior, por efecto de las condiciones meteorológicas adversas.

(34) El temporal soportado por Pero Lopes y sus compañeros está magníficamente descrito. Sólo quien no haya presenciado una tormenta en las costas de nuestro país podrá negarle verosimilitud. A partir de la turbonada del Sur el viento roló al sudeste, luego al nordeste, más tarde sobrevino una turbonada del noroeste y, por fin, saltó al sudoeste convirtiéndose en temporal deshecho.

(35) También los expedicionarios de Caboto que quedaron en San Lázaro cuando el piloto mayor fue a explorar el Paraná, aplacaron el hambre con cardos del campo, según refiere Luis Ramírez (véase Madero, Historia del puerto de Buenos Aires, Buenos Aires, 1939, p. 382). Se ha discutido mucho acerca de qué planta pueda tratarse.

Se ha dicho y repetido que el cardo es planta importada en América pero conviene advertir que su presencia en el Río de la Plata en 1528 y en el mercado indígena de la ciudad de Méjico al entrar los españoles en esta ciudad en 1520, según refiere Hernán Cortés en su segunda carta de relación (“hay todas las maneras de verduras que se fallan especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzos, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas”; ed. Calpe, Madrid, 1922, t. I. p. 99), obliga a pensar que la planta se encontraba esparcida por todo el continente americano a la llegada de los españoles. Por otra parte, en caso de que el cardo hallado por los descubridores no fuese la *cynara cardunculus*, debía tratarse de alguna especie de hojas gruesas o pencas, ya que era a éstas que los españoles denominaban cardos. Hay constancia de que tanto a los cactus como al caraguatá les daban los españoles el nombre de cardos y a los cactus gigantes o de candelabro, el de cardones. Estamos, pues, muy lejos de las especies con las cuales se pretende identificar el cardo de los descubridores.

(36) La descripción de esta tribu indígena, que habitaba a dos leguas al oeste del arroyo de San Gregorio, tiene alto valor histórico y etnológico. A juzgar por su idioma “de papo” o gutural, distinto del tupí-guaraní del Brasil (hablado a lo largo de toda la costa atlántica y, a causa de ello, denominado por los portugueses “lingoa geral”), podría tratarse de una tribu charrúa, aunque el resto de sus caracteres (dimensiones de las canoas, manera de remar, pintura del rostro y uso de penachos) denota influencia guaraní. Al regreso de su

exploración (día 21 de diciembre de 1531) Pero Lopes volvió a establecer contacto con esta tribu india y menciona otros caracteres que los relacionan con los bequaes del arroyo Solís Grande: la costumbre de cortarse las falanges de los dedos al morir un pariente, el uso a modo de habitación de esteras en cuadro para protegerse del viento pero sin techo, el empleo de redes para pescar y cazar. Si se tiene en cuenta que Diego García menciona en su Memoria que la primer generación que se encontraba al entrar en el Río de la Plata era la de los charrúas, no hay duda de que las tribus del arroyo Solís Grande y del arroyo que, a su tiempo, identificaremos con el Pereira constituían dos parcialidades de la familia charrúa.

La palabra con que Pero Lopes designa las embarcaciones indígenas puede originar dudas, pues actualmente, la voz *almadía* significa, en la mayor parte de los casos, balsa. Pero lo que nos interesa es determinar el significado con que la empleaba Pero Lopes. Desde luego hay que excluir el de balsa pues cuando quiere hablar de una de éstas, emplea la palabra de origen malayo, *jangada*. La palabra *almadía*, procedente del árabe, significaba, en el siglo XVI, exclusivamente, barca de paso y tanto los españoles como los portugueses no tomaron el vocablo del árabe, en África o en la India, sino del árabe de España, según aclara Corominas (*Diccionario Crítico-Etimológico de la Lengua Castellana*, I, Madrid, 1954, s. v. *almadía*). Los descubridores aplicaron el nombre de *almadía* a las embarcaciones indígenas monoxilas.

Con la palabra *almadía*, Pero Lopes designa, pues, la canoa indígena; éstas podían parangonarse, por sus dimensiones, con las de los tupí brasileños que, según Juan de Léry, llevaba cada una de cuarenta a cincuenta personas y los remeros permanecían de pie (*Viagem á terra do Brasil*, Sao Paulo, 1951, p. 172). Las canoas de los timbúes, según Schmidl tenían 30 pies de largo (m. 8,40) y llevaban 10 hombres (*Derrotero y viaje a España y las Indias*, Santa Fe, 1938, p. 57) y las de estos indios uruguayos / sic/medían, según el Diario, 10 a 12 brazas de largo (m. 16,70 á 20) por lo cual su capacidad —40 remeros— concuerda con las de los timbúes y acredita la exactitud de las observaciones de Pero Lopes.

Otros datos demuestran la veracidad de la existencia de una tribu india en dicho paraje: en el mapa del P. Luis Feuillée (1708) figuran, entre los ríos Santa Lucía y Rosario, los ríos de las Tiendas y en el mapa de Domingo Petrarca (1719) aparece la leyenda Las tiendas. Ahora bien, el topónimo Las Tiendas alude evidentemente a las tiendas (o carpas) de los indios encontrados por Pero Lopes en 1531.

(37) Esta punta recibió en el viaje de regreso (día 19 de diciembre de 1531) el nombre de cabo San Martinho o San Martín; se trata de la punta de la Colonia, según muestra la dirección de la costa a partir de ella, dada por el Diario. Pero Lopes recorrió, pues, 50 millas, en esta etapa nocturna. Eugenio de Castro observa que el bergantín encontró siempre, hasta llegar a la Colonia, profundidades de cinco a seis brazas que hoy no acusa la sonda.

(38) Las muchas islas vistas desde la punta de la Colonia son la isla de San Gabriel, las dos López, el Farallón y las tres de Hornos que forman las llamadas por Magallanes y luego por Pero Lopes, Siete Islas. Solís las bautizó con el nombre de islas de las Piedras que subsistió largo tiempo, conservado y difundido por la Memoria de Diego García, maestre de una de las carabelas de Solís.

(39) La más pequeña de las Siete Islas es la central de las tres de Hornos, que se hallan tendidas de este a oeste. Según puede leerse en el Manual de Lobo y Riudavets (p. 119) al

N 1/4 N E de la isla del centro se halla un buen fondeadero para buques de poco calado (como lo era el bergantín de Pero Lopes) pues ofrece excelente abrigo contra los pamperos.

(40) El río situado a dos leguas de las Siete Islas, caudaloso y con bajos en la boca no puede ser otro que el actual río San Juan. No hay que confundir —como previene acertadamente Eugenio de Castro— este río (que Pero Lopes dejó innominado) con el que llamó San Juan y que corresponde, según veremos, al actual arroyo Curré.

La boca del río San Juan actual dista de las islas de Hornos 10 millas, de modo que, según la estima del Diario (2 leguas), a cada legua corre pondería 5 millas náuticas de hoy.

(41) Actualmente no se registra este braceaje que supone profundidades de mts. 11,5 á 13. El Derrotero Argentino del Río de la Plata (Buenos Aires, 2a ed., 1930, p. 159) expresa que el dragado del canal entre los Kms. 48 (Barra del Farallón) y 93 (Canal Nuevo) es mantenido a 21 pies (ni. 6,4). La misma batimetría acusa la carta uruguaya N9 22 (Ríos de la Plata y Uruguay desde Puerto de Colonia hasta Puerto de Nueva Palmira).

(42) Según puede observarse, Pero Lopes no aplicó a la isla el nombre del Santo o Santa del día, circunstancia que debe hacer meditar a los que todavía se empeñan, con carácter sistemático, en fijar las fechas de los descubrimientos partiendo de los hagiopónimos.

La identificación de esta isla —redonda, grande— no ofrece dificultades. Se trataba de la isla de Martín García, nombrada así por Solís en memoria del despensero que en ella quedó enterrado. Cabe, sin embargo, observar que la isla no se encuentra situada este-oeste con las Siete Islas como anota Pero Lopes el día 30 de noviembre. Eugenio de Castro dice que de las Siete Islas a Martín García hay 26 millas o cerca de 7 leguas y no 4 leguas o cerca de 14 millas como afirma Pero Lopes (vol. I, 296).

(43) Resultan difíciles de identificar las especies pescadas al sur de Martín García. Eugenio de Castro para obviar dificultades remite al lector a la obra del Dr. Garibaldi J. Devicenzi, Peces del Uruguay (Montevideo, 1924-1933) y se abstiene de dar su opinión. La especie del tamaño de un hombre y carne amarilla podría ser el surubi (*Pseudoplatysma coruscans* Ag.) pero el negruzco con pintas bermejas no sabemos a qué pez de agua dulce corresponde.

(44) Se trata del halcón peregrino (*Falco peregrinus anatum*, Bonaparte).

(45) Las tierras bajas y arboladas que divisaron al WS W, desde los grandes árboles de Martín García, de los que hoy no queda ni rastro, eran las islas del delta del Paraná, situadas a unas ocho millas.

(46) Es posible que Pero Lopes haya considerado la distancia con respecto a la costa argentina: unas seis millas, o sea, 2 leguas marinas de hoy; en este caso es evidente que justipreció la legua en forma distinta a los casos anteriores y le dio un valor igual al actual. Estas anomalías son frecuentes en el Diario y revelan la imperfecta apreciación de las distancias en aquella época.

(47) Esta vez, Pero Lopes bautizó a las islas con arreglo al santo del día; se trata de las islas Dos Hermanas. Según el Diario, las islas de San Andrés distan de tierra firme media legua y se hallan a dos leguas de la de Santa Ana, distancias que parecen calculadas con arreglo al valor actual de esas unidades, pues hay 6 millas entre Martín García y Dos Hermanas y 1,5 millas desde estas últimas a la costa uruguaya.

(48) El rumbo oessudoeste seguido por el bergantín desde las islas de San Andrés — Dos Hermanas— condujo irremisiblemente a Pero Lopes al delta del Paraná: tal es la costa

baja, arbolada, a donde llegó. Aceptamos la conclusión de Castro de que entró por el Paraná Guazú, aunque la navegación en medio de la niebla sea un tanto desconcertante, pero son síntomas inobjetables de la exactitud de la identificación, la dirección este-oeste del brazo en la entrada, la gran profundidad, la alta velocidad de la corriente y, por si fueran pocos estos elementos, la circunstancia confirmativa de que en el viaje de regreso asegura Lopes que salió por la misma boca por donde había entrado y pasó después por las islas de San Andrés, hecho que prueba que aquella estaba aguas arriba de éstas, característica que sólo es aplicable a la boca del Paraná Guazú.

La anchura de media legua del brazo y la profundidad de 10 á 12 brazas, tan superiores a las actuales y, posiblemente, a las normales de hace 400 años demuestran que el río estaba crecido, como es habitual que ocurra en los meses de noviembre a marzo (Lobo y Riudavets, ob. cit. p. 293).

La identificación minuciosa del derrotero por el intrincado delta es labor que reputamos imposible, dadas las modificaciones que en tan largo lapso puede haber experimentado esa región, sujeta a constantes variaciones.

(49) El ancho del estero: seis brazas (10 metros), demuestra que no se trata de una zona pantanosa como alguien podría erróneamente interpretar atendiendo al sentido actual que tiene el vocablo en la Argentina y en el Uruguay (véase nuestra *Historia Semántica de Bañado, Estero y Estuario*, en *Revista Nacional*, Montevideo, 1957, N° 191).

(50) El único carácter que suministra el Diario de las garzas y avutardas es que abundan; esto nos permite adelantar que las garzas podrían pertenecer a la especie *Casmerodius albus egretta* Gm., que todavía en ciertas partes del Brasil, se encuentran a millares.

La avutarda, nombre de una especie europea de ave zancuda, podría ser la gallineta, aguapé o jacana, de vuelo corto como la avutarda y que acostumbra a reunirse en bandos numerosos según confirma Arredondo (ob. cit., p. 144). También los expedicionarios de Caboto encontraron en el Paraná una isla “do abia tantas garzas que pudiéramos henchir los navios que llevábamos dellas”; no se trata de la misma isla pues la de Pero Lopes se encontraba en el delta y la de Caboto, al norte de Sancti Spiritus (latitud 32° 30’).

(51) Según Eugenio de Castro, el brazo que iba al Nordeste es el Paraná Bravo y las dos islas pequeñas, a las que Pero Lopes aplica, más adelante, el nombre de islas de los Cuervos, son las islas Dorado y Doradito.

(52) No hay duda alguna de que se refiere al *phalacrocorax olivaceus olivaceus* Humboldt, conocido con los nombres vulgares de cormorán, biguá o cuervo marino, según puede verse en Arredondo, ob. cit., p. 208.

(53) Esta crecida, debida a la acción del viento, que Pero Lopes señala se siente hasta unas cuarenta leguas arriba de la boca del Paraná (Lobo y Riudavets, ob. cit., p. 293). Por estos y otros detalles se comprueba cuan sagaz observador era el nauta, portugués.

(54) Según el Comandante Castro descendió por el Paraná Bravo hasta el Paraná Guazú.

(55) Para Eugenio de Castro se trata del canal que separa de la orilla derecha a la isla Botija —boca que iba al oessudoeste— y el brazo del Paraná Guazú —boca que iba al noroeste. La distancia que media entre las islas de los Cuervos e isla Botija es razón de peso en favor de esta identificación; sin embargo, no tendremos en cuenta estas localizaciones, por parecemos desprovistas de base firme.

(56) Estos venados de gran talla, cazados, en pleno delta, es casi seguro que pertenecían a la especie *blastocerus dichotomus*, conocida vulgarmente por ciervo de los pantanos, ciervo del Delta y en guaraní por guazú pucú; este ciervo, cuya alzada es de m. 1.10, permanece despierto por la noche, que es cuando come, y durante el día lo pasa echado (*Historia Natural Ediar*, por Ángel Cabrera y José Yepes, Buenos Aires, 1940, p. 272).

(57) Estas alimañas acuáticas parecidas a zorros, corresponden al carnívoro llamado *lutra paranénsis* o *lutra platensis*, especie de mustélido semejante a la nutria europea y conocido vulgarmente por lobito de agua o de río; no debe confundírsele con el roedor *myocastor coipú*, denominado impropriamente nutria en el Plata.

(58) Los “carandins” o carandines de Pero Lopes eran indios que ocupaban la región norte de la actual provincia de Buenos Aires y el sur de la de Santa Fe, a la llegada de los españoles.

Luis Ramírez les da el nombre de quirandíes; Diego García, el de carendies; Gonzalo Fernández de Oviedo, el evidentemente corrupto de Guirandos; en las declaraciones de algunos testigos de los pleitos de Sebastián Caboto se les llama canandines; Schmidl les denomina karendis; y actualmente todos convienen en llamarlos querandíes.

Según Antonio Serrano (*Primitivos Habitantes del Territorio Argentino*, Buenos Aires, 1930, p. 130 y sig.) constituían una rama de los indios pampas, extinguida a fines del siglo XVII.

Con arreglo al Diario, reconocieron que estaban en la tierra de los Carandines por informe de los indios; esta afirmación se contradice con lo declarado más adelante de que no pudieron tomar contacto con la gente del país. Quizá el informe fue indirecto y lo proporcionara Enrique Montes, el antiguo náufrago de Solís que estuvo en el Paraná como lengua o intérprete de la expedición de Caboto y que formaba parte de la armada de Martín Alfonso de Sonsa, no siendo extraño que fuera en el bergantín de Pero Lopes.

(59) De la distancia de 105 leguas que, según el Diario, había del estero de los Carandines al río de los Beguaes y de los cómputos itinerarios insertos en el mismo documento se desprende que el estero se encontraba a unas 50 leguas de la boca del Paraná. Por otra parte, según la carta de Luis Ramírez el fuerte de Sancti Spiritus se encontraba a unas 60 leguas de la boca del Paraná. Del fuerte al estero había 10 leguas. A juzgar por las declaraciones de algunos tripulantes de la armada de Caboto, el estero de los Canandines se encontraba a poca distancia del fuerte de Sancti Spiritus; Gregorio Caro, comandante del fuerte, confirma la proximidad pues declaró que después de abandonado el fuerte, a raíz del ataque de los indios, regresó con los sobrevivientes y “fue hasta el estero délos canandines con la varca para ver sy oviera cristianos para los thomar e que no halló más” (Gandia, *El primer clérigo y el. primer obispo del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1934, p. 87).

Si el estero hubiera distado 10 leguas del fuerte, como se deduce de las estimas de Ramírez y Pero Lopes, la tentativa de Gregorio Caro habría carecido de fundamento pues era imposible que los fugitivos recorrieran tal distancia en poco tiempo.

Otros detalles corroboran que el estero délos Carandines de Pero Lopes no debía ser el mismo a que se referían los expedicionarios de Caboto pues el fuerte de Santi Spiritus se encontraba a los 32°30' de latitud Sur y el estero se hallaba, según Pero Lopes, a 33°45', o sea, que en línea recta había de uno a otro 75 millas náuticas de hoy (25 leguas).

De acuerdo a la latitud que suministra, Pero Lopes debió llegar hasta un lugar del Paraná situado entre las ciudades de San Pedro y Baradero y, por tanto, a unas 30 leguas (90 millas) de la desembocadura. Por consiguiente, el informante de Pero Lopes no ubicó bien el estero de los querandíes de Caboto.

En cuanto a la decisión de regresar, adoptada por Pero Lopes se hallaba muy justificada: había convenido con su hermano en volver en un plazo de 20 días y habían transcurrido 19 desde su salida del río de los Beguaes.

(60) *Eugenio de Castro advierte, con mucha razón, que el descenso del río con viento noroeste a popa indica que el bergantín iba al sudeste y que, por tanto, navegaba por el Paraná Guazú. En un día hizo el mismo recorrido en que a la ida empleó cuatro.*

(61) *Muy poco se sabe de estas parcialidades indígenas, hoy totalmente extinguidas. Gonzalo Fernández de Oviedo nos dice (Hist. Gral. y Nat. de las Indias, II, Madrid, 1852, p. 177) que los chaná-beguaes y chaná-timbúes hablaban una misma lengua.*

Pero Lopes atestigua que su idioma no era el guaraní pues sus intérpretes no pudieron entenderse en esta lengua con el indio beguá-chandá.

(62) *El texto dice “posperna” que literalmente traducido es “pospierna”, o sea, muslo y en Río de la Plata, pata. ¿Bajo el nombre de oveja a qué animal alude el texto? En efecto, es sabido que en América la oveja fue introducida por los conquistadores y no existía en la época precolombina. Es sabido que los españoles y portugueses dieron el nombre de ovejas, simplemente, o de ovejas de la tierra a las llamas, alpacas y vicuñas, es decir, a los camélidos del Perú. A los guanacos les llamaron ovejas salvajes u ovejas monteses, en lo cual acertaron pues se trata del agriotipo de los camélidos domésticos.*

El área de difusión del guanaco y de la llama fue muy extenso en la época del descubrimiento y hay constancia de que llegaba hasta el Paraná. Luis Ramírez cuenta en su carta: “ay muchas obejas salvajes de grandor de una muleta de un año y llebarán de peso dos quintales; tienen los pescuezos muy largos a manera de gamellos; son cosa extraña de ver; allá ynvia el señor Capitán general alguna a su magestad” (Madero, Historia del puerto de Buenos Aires, p. 385). En efecto, Caboto envió a España tres guanacos u ovejas salvajes de la tierra en la carabela de Jorge Barlow y Calderón, según consta de las declaraciones y probanzas de los pleitos (Medina, El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España, II, 151, 153 y 164). Schmidl confirma que los indios “carios tienen también pescado y carne y ovejas grandes como en esta tierra los mulos romos” (ob. cit., 60). La pospierna de oveja era, pues, verosíblemente, una pata de guanaco.

(63) *Se trata del ciervo de los pantanos, el más grande de los cérvidos rioplatenses, pero hay una evidente exageración en comparar sus ejemplares con bueyes. Según Ángel Cabrera y José Yepes (Mamíferos Sud-Americanos, Historia Natural Ediar, p. 273) su carne vale poco pero los indios la apreciaban mucho.*

(64) *Paraná Guazú.*

(65) *Recuérdese que las islas de San Andrés son las Dos Hermanas y la de Santa Ana, Martín García.*

(66) *Islas de San Gabriel y Hornos.*

(67) *Pero Lopes dio el nombre de Cabo San Martinho (San Martín, en castellano) a la punta de la península donde se levanta la ciudad de la Colonia; es a partir de esa punta que cambia la dirección de la costa uruguaya, circunstancia que permite identificarla sin ninguna duda. El nombre de punta de San Martín no perduró. Los argentinos le dan a esa punta en sus derroteros y cartas hidrográficas, el nombre de Punta Colonia; nuestro eminente hidrógrafo D. Francisco Miranda (Apuntes de Geografía Marítima, Montevideo, 1923, p. 3.5) le aplica el nombre tradicional de punta San Pedro, que le impusieron los portugueses al refundar la Colonia, poniendo la punta, una batería y una capilla allí construidas bajo la advocación de San Pedro de Alcántara, denominación que todavía aparece en el Manual de Navegación de Lobo y Riudavets (Madrid, 1868, p. 115).*

(68) *Del ENE al ESE hay cuatro cuartas; el hecho de que Pero Lopes no pudiera seguir avanzando y se viera obligado a ir a tierra a fuerza de remos, demuestra que su bergantín no ceñía a menos de cinco cuartas.*

(69) *Las únicas tres puntas al este de Colonia, situadas a la misma distancia una de otra —unos 4 1/2 millas— son las puntas Artilleros, Sauce y Rosario, identificadas por Eugenio de Castro (vol. I, nota 133): las tres lanzan restingas; en cambio, nos vemos obligados a reconocer que los arrecifes que el Diario señala entre ellas, se encuentran más al oeste (Las Pipas).*

(70) *Eugenio de Castro identifica el río San Juan del Diario con el actual arroyo Pavón o con el Pereira. Pero si se tiene en cuenta que, según el Diario, la toltería de indios que halló a la ida y volvió a encontrar a su regreso, estaba a dos leguas al oeste del arroyo que hemos identificado con el San Gregorio y a dos leguas al este del río San Juan, estas distancias nos conducen a localizar el San Juan en el río Cufre, de escasa profundidad, lo que explica que entrara en él aprovechando la creciente; además, el río Cufre forma una pequeña abra llamada puerto Cufre donde estuvo fondeado el bergantín hasta medianoche.*

(71) *La mercadería a que se refiere Pero Lopes estaba constituida por abalorios, bonetes y otros objetos de escaso valor destinados al trueque con los indígenas.*

(72) *Como de acuerdo al Diario la toltería estaba dos leguas de los arroyos que hemos identificado como San Gregorio y Cufre, el habitat de esa tribu debería encontrarse en el punto medio entre los citados cursos de agua y ese punto corresponder a un arroyo, en virtud de lo expresado por Pero Lopes.*

Efectuada esa simple operación en la carta hidrográfica española de 1865, en la argentina N° 5 y en algunas uruguayas, pude observar que en todas ellas el punto medio entre los arroyos Cufre y San Gregorio caía notablemente al este del arroyo Pereira, y no coincidía con ningún curso de agua. Atribuí el hecho a inevitables errores cometidos por Pero López en la apreciación de las distancias pero la compulsión de una moderna carta, levantada por procedimientos aerofotogramétricos, me demostró que las estimas de Pero Lopes eran asombrosamente exactas pues el punto medio entre el Cufre y el San Gregorio corresponde exactamente a Puerto Arazati, sobre el arroyo Pereira.

(73) *Cerro de Montevideo.*

(74) *Debían encontrarse sobre el bajío de piedra conocido por La Panela, que dista 9 1/2 millas del Cerro de Montevideo, distancia que Pero Lopes estimó en menos.*

Cómo Pero Lopes señala muy bien, 'no se podía fondear pues el fondo era todo piedra'.

(75) *El bergantín debía hallarse en el trozo de costa comprendida entre Punta Yeguas y Punta Lobos, posiblemente junto a la primera pues es acantilada en la parte Sur, donde hay profundidades de 6 metros de agua, es decir, del orden de las 4 brazas mencionadas en el Diario (Véase Lobo y Riudavets, ob. cit., p. 107).*

(76) *Se trata de una insignificante caleta, formada al crecer las aguas con el viento sur en punta Yeguas o en sus proximidades y cuya identificación resulta totalmente imposible.*

(77) *El texto dice noroeste pero hemos puesto nordeste por entender que se trata de un error evidente de la copia del Diario, como otros del mismo tipo que presenta el documento y que han sido oportunamente salvados por Eugenio de Castro, tales como essudoeste (rumbo imposible) en lugar de oessudoeste (días 9 y 27 de diciembre) esnoroeste (rumbo absurdo) por oesnoroeste (21 de diciembre). De algunos de ellos hemos advertido al lector oportunamente.*

(78) Estas observaciones sobre la influencia del viento en la altura de las aguas del estuario han sido comprobadas por observadores posteriores; Lobo y Riudavets citan los estudios verificados en Buenos Aires por el marino M. Thoyon según los cuales los vientos del NE al SW por W. hacen bajar las aguas y los del NE al SE por el E. las hacen subir (*Manual de Navegación*, p. 198).

(79) Sólo en el caso de que el cabo Santa María de Pero Lopes sea la actual Punta del Este es exacta su afirmación de que la costa corre este-oeste. La distancia es de 22 leguas (66 millas). Pero Lopes estima esa distancia en 24 leguas; el hecho significa que, de acuerdo a este cálculo, su legua tiene 5090 metros en vez de los 5556 metros actuales. Si las leguas de Pero Lopes y las actuales fueran iguales estaría bien decir que calculó la distancia en 2 leguas marítimas de más.

(80) La dirección de la costa desde el monte de San Pedro (Cerro de Montevideo) hasta el cabo de San Martín (punta Colonia) es la marcada por la recta que une esos dos lugares, separados por 80 millas náuticas ($26 \frac{2}{3}$ leguas), que Pero Lopes calcula en 25 leguas.

(81) La orientación de la costa, señalada por una recta tirada desde Martín Chico a Punta Colonia es NW $1/4$ N pero la distancia no es de 7 leguas, como estima Pero Lopes, sino de 32 millas (10 Leguas).

(82) Ya hemos dicho en la nota 29 cuales eran esos puertos.

(83) Estos venados del tamaño de potros recién nacidos pertenecían a la especie *ozotocerus bezoarticus*, cuyo nombre vulgar es ciervo de las pampas, y guazú-ti en guaraní es animal propio de las llanuras y del campo abierto y evita, en lo posible, el arbolado y el monte. Su alzada es de unos 70 centímetros. Esta abundancia de venados en los campos uruguayos no es una exageración de Pero Lopes ni debe sorprender; véase lo que dice al respecto el gobernador portugués de la Colonia, Naper de Lencastre, en 1691: “mandé al capitán de caballos Bartolomé Sanches Xara que se introdujese seis leguas por este campo con los 16 caballos que forman su compañía y con 5 galgos que únicamente hay en esta colonia, el cual en 21 días mató 335 venados que fueron traídos en carros para esta fortaleza” (Azaróla, *La epopeya de Manuel Lobo*, p. 203).

(84) Es curioso comprobar que también Luis Ramírez, en su carta varias veces citada, refiriéndose al día 23 de diciembre le llama víspera de Navidad; por tanto, coincide con Pero Lopes en denominar día de Navidad al 24 de diciembre; no hemos podido averiguar la razón de este curioso desplazamiento cronológico. Tal vez obedezca al hecho de que el día 25 de diciembre se consideraba, tanto en España como en Portugal, hasta fines del siglo XVI, día de Año Nuevo pues regía para el cómputo de los años el llamado estilo de Navidad con arreglo al cual el año comenzaba el 25 de diciembre (Cappelli, *Cronología e calendario perpetuo*, Hoepli, Milano, 1906, pp. XI — XXIV).

(85) Posiblemente se trata de la punta Lobos que despide al Sur el arrecife llamado Piedras Blancas; en alguna de esas rocas debió tocar el bergantín de Pero Lopes.

(86) Se refiere a la vasta entrante que hace la costa entre Punta Gorda y Punta Negra. Recuérdese que navegar a lo largo de la costa es hacerlo lejos de ella y paralelamente a la misma, pero nunca pegado a ella.

(87) Recuerde el lector que Pero Lopes, consecuente con su política de imponer a cada lugar del río de la Plata nuevas denominaciones, le aplica a la isla de Flores el nombre de isla de la Restinga en atención a la que despide hacia el este, según indicó en el viaje de ida (véase día 23 de noviembre de 1531).

(88) *Eugenio de Castro observa que “para algunos supersticiosos podría haber chocado contra uno de aquellos legendarios monstruos marinos que conocían los navegantes del siglo XVI; mas para el marinero experimentado, contra algún escollo sumergido y traicionero” (vol. I, p. 322).*

Naturalmente que debió ser un escollo, movable y con cola, para poder quebrar la postiza, obra muerta que queda, por tanto, arriba de la línea de flotación. Todo, menos reconocer que pudo haber chocado con alguna ballena de las que, ya enfermas, vienen a morir en el estuario.

(89) *Es la misma isla que en el viaje de ida se identificó con el islote Las Toscas.*

(90) *Nos parece imposible que después de leer este pasaje haya quien dude de que la isla era la llamada, hasta hace poco, con toda propiedad, Piedras de Afilas.*

(91) *Pero Lopes se ratifica en lo que dijo el día 23 de noviembre, de que la isla de las Piedras (islote Las Toscas) quedaba a dos leguas al oeste del río de los Beguaes (arroyo Solís Grande, según se probó en la nota 26).*

(92) *Isla Gorriti.*

(93) *Se trata de las bolas, llamadas más tarde boleadoras, comparadas por Pero Lopes a la bala esférica de piedra de la pieza de artillería llamada falcón; dichos proyectiles se denominaban pelotas.*

(94) *Una braza y media son metros 2.50.*

(95) *Aclaremos que la honda a que se refiere Pero Lopes es el instrumento que para lanzar el proyectil debe hacerse girar alrededor de la cabeza de quien lo utiliza; nada tiene que ver la honda —instrumento de guerra y de caza— con la horquilla con mango, en los extremos de la cual se sujeta una goma con la que se arrojan piedrecillas, artilugio infantil conocido con el nombre de honda en el Río de la Plata y que no es otra cosa que el llamado en España, tirador.*

(96) *El texto dice que las porras o “macanas” eran del tamaño de un “covado”, o codo medida antigua de longitud que tenía de 40 a 60 cms, según los países.*

(97) *Estos tristes ejemplares humanos, a los que Pero Lopes aplica el nombre de beguaes, son charrúas por donde se les mire. Recuérdese que según Diego García, éstos eran la primera generación a la entrada del río. El nombre de beguaes no debe desorientarnos, pues basta mencionar que Oviedo (Hist. Gral. y Nat. de las Indias, II, 177) les da el nombre de “jacroas”, desconcertante corrupción de “charrúas”.*

(98) *En la nota N° 7 se han estudiado todas estas particularidades de isla de las Palmas y probado que se trata de la hoy llamada Gorriti.*

Glosario de los términos náuticos contenidos en el diario de Pero Lopes

[N] significa que la definición que antecede pertenece al *Diccionario Marítimo Español* (Madrid, 1831). Las fechas que van al final de cada artículo remiten al lector al día en que aparece empleada la voz en el *Diario*.

AMARRA. — Denominación general que se da a bordo a toda cuerda y más especialmente a los cables con que se sujetan o amarran los buques que están fondeados [N] (13 de octubre de 1531). // La totalidad o conjunto del ancla y cable que forman la amarradura y sujeción del buque [N] (22 de octubre de 1531).

AMPOLLETA. — (portugués, reloj). Nombre del reloj de arena que se empleaba a bordo para medir el tiempo; su duración era de media hora. Cuando se decía “al cabo de tantas ampolletas, por cada una se entendía media hora”. (15 de octubre de 1531).

ANCLA DE FORMA. — Se llama también ancla de horma, formaleza o de la esperanza a la tercera en el orden de contarlas. (Se comenzaba a contarlas por la sencilla que era la más chica o de menos peso); el ancla de forma era la principal y de mayor peso de las cuatro que se llevaban trincadas a proa por la parte exterior del costado, teniendo ésta su lugar en la banda de estribor [N] (21 de octubre de 1531).

ARRIBAR. — Dar al timón la posición necesaria para que el buque gire hacia sotavento [N] (22 de octubre de 1531).

AYUSTE. — (Portugués, aúste). La costura o amarradura de dos cabos por sus extremos. // Por extensión se dice de la reunión, conjunto o longitud de dos, tres o más cabos ajustados [N] (21 de octubre de 1531).

BATEL. — Embarcación menor que llevaban los navios, como ahora la lancha y el bote [N] (16 de octubre de 1531).

BERGANTÍN. — Embarcación de dos palos, que son el mayor el trinquete, con su bauprés; de velas cuadras, con sus correspondientes estáis, focues, etc., y por vela mayor gasta una gran cangreja; aunque algunos por aprovechar los vientos largos llevan además otra mayor redonda. Esta especie de nave ligera empezó a conocerse en el siglo XIV [N] (2 de noviembre de 1531).

BONANZA. — Serenidad, suavidad, tranquilidad del tiempo, mar y viento. // Intermisión en la fuerza del viento y mar reinantes; sinónimo de calma [N] (10 de octubre de 1531).

BONETA. — (Portugués, moneta). Vela supletoria que se agrega por abajo a otra para aumentar su superficie en tiempos bonancibles [N] (25 de noviembre de 1531).

BRAZA. — Medida equivalente a m. 1,6718 con la que se mide la profundidad del agua. (10 de octubre de 1531).

CABLE. — (portugués, cabre). Maroma muy gruesa que asida al ancla sirve para amarrar el bajel a su fondeadero [N] (13 de octubre de 1531).

CAPA (PONERSE A LA). — (Portugués, a corda). Nombre que se da generalmente a la disposición de la embarcación que hallándose en el mar y no faltando viento, no anda o no navega y está poco menos que parada. Esta maniobra se hace por precisión o por conveniencia: lo primero sucede cuando es forzoso aguantar un temporal; y lo segundo cuando se quiere esperar a alguna otra embarcación o con otros fines. Esta última capa se distingue de la otra con los nombres de facha y paio [N] (25 de noviembre de 1531).

CASTILLO. — (Portugués, castello). La parte de la cubierta superior comprendida entre el palo trinquete y la proa. (21 de octubre de 1531).

COMBES. — (Portugués, convez). Espacio de la cubierta desde el palo mayor hasta el castillo (21 de octubre de 1531).

CONSERVA. — (Portugués, companhia). Compañía que se hacen mutuamente dos o más buques en su navegación. En cierto modo es un equivalente de convoy; y la acción se expresa con la frase navegar en conserva [N] (16 de octubre de 1531).

CORRER. — Refiriéndose a la costa, es tener ella su dirección o sucederse sus puntos en la determinada de que se trata. En tal acepción Sarmiento lo usa también como recíproco [igual que Pedro Lopes, aunque en la versión nos ha parecido conveniente despojarlo del enclítico] sustituyéndole asimismo como equivalente el de tenderse. Además equivale igualmente a arrumbarse en la tercera acepción; y se dice prolongarse cuando la costa corre casi recta por largo espacio [N] (11 de octubre de 1531).

CUARTA. — Cada una de las 32 partes, llamadas rumbos o vientos en que está dividida la rosa náutica (11 de octubre de 1531). || El ángulo que media entre uno y otro rumbo y por éste se estima sólo la línea que lo marca [N] (21 de octubre de 1531).

CUARTEL. — Enablado con que se cierra la boca de una escotilla, o se forma por partes una cubierta levadiza [N]. II Cualquier pedazo del buque después de un naufragio [N] (25 de octubre de 1531).

CUARTO DEL ALBA. — El servicio de vigilancia o guardia se hace en la mar durante la navegación por espacios de cuatro en cuatro horas, llamados cuartos, en el que alternan por mitad la tripulación; la guardia de las 4 a las 8 de la mañana se llamaba cuarto del alba (10 de octubre de 1531).

CUARTO DE MODORRA. - La guardia desde las 12 de la noche a las 4 de la madrugada (9 de agosto de 1531).

CUARTO DE PRIMA. - La guardia desde las 8 a las 12 de la noche (10 de octubre de 1531).

DAR. — Desplegar, soltar, largar las velas [N] (22 de octubre de 1531).

DEMORAR. — Corresponder un objeto a un rumbo o dirección determinada respecto a otro lugar o al paraje de donde se observa [N] (13 de octubre de 1531).

DESGARITARSE. — (Portugués, esgarrar). Extraviarse de la derrota que se seguía y debe seguirse por efecto de la continuación de los temporales, ignorándose el punto en que se halla la nave. Se dice también desgarrarse, [N] (24 de diciembre de 1531).

DOBLAR. — (Portugués, cobrar). Contrayéndose a cabos o puntas de tierra es pasar al otro lado de uno cualquiera de ellos [N] (22 de octubre de 1531).

FORTUNA. — Lo propio que temporal, borrasca, tempestad [N] (21 de octubre de 1531).

GARRAR o GARREAR. — (Portugués, cacar). Ir para atrás una embarcación al fondear, o estando fondeada, trayéndose arrastrando el ancla, bien sea por no haber ésta hecho presa en el fondo, bien por desprenderse de él, o bien por ser blando y arrollarlo [N] (21 de octubre de 1531).

GAVIA. — Denominación antigua en España y Portugal de la cofa (en port. cesto de gávea) especie de meseta que se forma en lo alto de los palos mayores [N] (10 de octubre de 1531).

LAMA. — Cieno blando, suelto, y pegajoso, de color plomo y, a veces, más oscuro que se halla en algunos parajes del fondo del mar [N] (21 de octubre de 1531).

LEVAR. — En general es levantar; y usado en absoluto se entiende siempre por suspender, levantar las anclas del fondo, desamarrar, zarpar. [N] (22 de octubre de 1531).

LONGO (a). — Modo adverbial que quiere decir a lo largo y paralelamente como lo comprueba la frase de navegar a longo de costa. A lo largo es lo mismo que en alta mar [N] (15 de octubre de 1531).

MARCA. — (Portugués, *conhecença*) Punto importante que caracteriza determinada región de la costa (Diccionario Ilustrado de *marinharia*, de Marques Esparteiro) (10 de octubre de 1531).

PAIRO (al). — Ponerse al paio o estar a la capa son los nombres que dan a la maniobra de no navegar estando en el mar, generalmente para aguantar un temporal; se reduce el velamen y se lleva la caña del timón a sotavento acercando el buque al viento. (10 de octubre de 1531).

PAVÉS. — Tablas a manera de escudos con que se protegía la cubierta de una embarcación en tiempo de guerra. (25 de diciembre de 1531);

PAVESADA. — Reparó y defensa que se hacía con los paveses o escudos para cubrirse la tropa en alguna embarcación. (27 de noviembre de 1531).

POSTIZA. — Obra muerta o exterior que se ponía en las galeras y galeotas desde la cubierta principal para afuera en ambos costados, para colocar los remos en la posición más ventajosa. Luz dice: el banco a do se sientan los remeros [N] (24 de diciembre de 1531).

REVENTAR O ROMPER UN BAJO, - Deshacerse en espuma las olas del mar por el viento o por el choque contra un bajo. (22 de octubre de 1531).

REZÓN. — (Portugués, *fátexa*). Ancla pequeña de cuatro uñas y sin cepo que sirve para embarcaciones menores [N] (21 de diciembre de 1531).

RUMBO. — Camino, derrota, dirección que sigue el buque. En portugués *rumo* y también *bordo*. (Segunda acepción del vocablo en Diccionario de Esparteiro). (10 de octubre de 1531).

SONDA. — Conjunto de cuerda (sondaleza) y plomada (encandallo) que sirve para sondar o medir la profundidad y naturaleza del fondo del mar. (10 de octubre de 1531).

SURGIR. — Fondear, esto es, aferrar las velas y dejar caer al fondo un ancla de modo que la embarcación quede sujeta. (12 de octubre de 1531).

TRINCAR. — Navegar muy orzado o muy ceñido al viento, en menos de las seis cuartas de la bolina, según el Sr: Ulloa [N] (9 de octubre de 1531).

TRINQUETE. — (Portugués, *traquete*). El palo que se arbola inmediato a la proa en las embarcaciones que tienen más de uno. // 2. La verga correspondiente a dicho palo. II 3. La vela que se enverga en ella [N] (9 de octubre de 1531).

TURBONADA. — {Portugués, *trovoada*). Gran chubasco que en las inmediaciones de algunas costas e islas y singularmente en la zona tórrida y con truenos, relámpagos y rayos descarga en copiosa lluvia e impetuoso viento aunque pasa con brevedad [N] (21 de octubre* de 1531).

VARAR. — Llegar un buque con su quilla al fondo del mar y agarrarse en él más o menos por no haber agua para flotar [N] (22 de octubre de 1531).

VELA (HACERSE A LA). — Es levarse de cualquier fondeadero y ponerse a navegar [N] (22 de octubre de 1531).

VELA DE GAVIA DE TRINQUETE. - Las naos, a principios del siglo XVI, usaban velas cuadras (de forma cuadrilonga o de trapecio), en los palos mayor y trinquete

y en cada uno de éstos llevaban sólo dos velas cuadras; las bajas se denominaban, como basta ahora, según el palo, mayor y trinquete; y las altas tomaban el nombre de velas de gavia, agregándose el del palo; a fines del siglo XVI se empezó a llamar a la vela de gavia de trinquete, velacho y a la del palo mayor se le llamó, simplemente, vela de gavia. Cuando el viento soplabá recio, se navegaba únicamente con las velas mayor y trinquete, a las que se daba el nombre de papahigo. Si el viento aumentaba, se dejaba solamente la vela de trinquete. (22 de octubre de 1531).

VIRAR. — Cambiar de rumbo o de bordada pasando de una amura a otra, de modo que el viento daba al buque por un costado, dé por el opuesto [N] (22 de octubre de 1531).

Laguarda Trias, R. (1957). Viaje del Portugués Pero Lopes de Sousa al Río de la Plata en 1531. *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*, tomo XV, 101-170.

Ulrich Schmídel



La obra de Schmídel fue escrita originalmente en alemán. La primera edición se publicó en 1567 en una colección de viajes en dos volúmenes o partes, sin numeración de tomos, pero con distinta foliatura cada uno, en cifras arábigas y romanas. En 1599, se incluyó por Teodoro de Bry en su serie de grandes viajes en latín, traducida a este idioma por Gothard Arthus.

El nombre de Schmídel o Schmidl, según Johannes G. Mondeschein, era tradicional en Straubing y sus inmediaciones. De la vida de Schmídel no se tenían más noticias que las que él mismo suministra en su concisa historia cuando en 1881 Mondeschein publicó una interesante biografía, merced a la cual puede seguirse desde sus orígenes hasta sus últimos años, en que se pierde su rastro.

La familia de Schmídel era antiquísima en Baviera, y desde 1364 este nombre figura en su historia municipal. Sus antecesores fueron ennoblecidos por Federico III, quien les concedió por blasón un escudo de armas con la cabeza de un toro negro en cuerpo blanco, con una corona alrededor de las astas, que es el mismo que se ve en el retrato grabado por Levinus Hulsius, y que este copió del manuscrito original del autor, según lo declara.

El padre de Schmídel, Wolfgang, fue tres veces burgomaestre de la ciudad de Straubing, procurador de Azlburg y Augsburg, diputado a la Convención de los Estados en 1506 al final de la guerra de sucesión, y murió en 1511, según consta de su piedra tumularia. Hay motivos para creer que fue casado dos veces. Tuvo tres hijos varones: Federico, el primogénito, cuyo fin se ignora, y Tomás, de quien Ulrich hace especial mención en su historia, que heredaron sucesivamente las prerrogativas de su padre. Respecto del nacimiento de Ulrich no existen datos, pero es seguro que debió tener lugar antes de 1511, en que murió su padre, o sea a principios del siglo XVI; y que fue en Straubing no hay duda, pues él mismo lo declara: von Straubing.

Nada se sabe de la juventud de Schmídel. Parece que recibió alguna educación elemental, o por lo menos que frecuentó una escuela en su niñez, y el carácter correcto de su letra, así como algunas citas literarias de su obra (si es que no son ornamentaciones de sus copistas o editores), así lo harían suponer. Un cronista de Regensburg, ciudad donde el autor pasó los últimos años de su vida, deduce de algunos antecedentes vagos, que se trasladó muy joven a Amberes, en calidad de dependiente de comercio. Lo sabido es que en 1534 se encontraba allí, según consta de su narración, cuando se alistó como simple soldado voluntario con el propósito de dirigirse al nuevo mundo, de que se contaban tantas maravillas.

Al embarcarse en Amberes debía tener por lo menos 25 años, pues hacía 23 que su padre había muerto, y por su retrato, hecho por los años 1564, se ve un hombre robusto, con todo su pelo y barba entera, que no representa más de 50 años.

En el mismo año llegó a Cádiz, y el 1.º de setiembre de 1534, según él, salió de Sanlúcar con la expedición del adelantado (antiguamente, jefe militar y político de una provincia fronteriza) don Pedro de Mendoza, con destino al Río de la Plata. Esta expedición, la más considerable y de gente más distinguida que hasta entonces hubiese salido de España para conquistar y poblar nuevas tierras, se componía de 14 grandes navíos, con 2.500 hombres y 150 soldados de la alta Alemania, flamencos y sajones, armados como arcabuceros y lansquenetes, debiéndose contar él entre los últimos, según él mismo se ha representado en su retrato.

Su vida, durante sus peregrinaciones por América, es bien conocida por su propia relación, y puede seguirse casi paso a paso en el espacio de 20 años, que forman su cómputo histórico (1534-1554). La expedición de la que Schmídel formaba parte atravesó el Atlántico y tocó en Río de Janeiro. Allí tuvo lugar la primera tragedia: por orden del adelantado, fue muerto a puñaladas por cuatro de sus oficiales, su segundo Juan de Osorio, y su cadáver expuesto en la plaza, publicándose por bando que moría por traidor, y que en igual pena incurrirían los que se moviesen por su causa. La opinión de los soldados condenó este atentado, según nos lo hace saber: «En lo cual se procedió sin motivo justo, porque Osorio era bueno, íntegro, fuerte soldado, oficioso, liberal y muy querido de sus compañeros». Este fallo ha sido confirmado por la historia.

En 1535, llegó al Río de la Plata. Fue uno de los primitivos fundadores de Buenos Aires en la embocadura del Riachuelo, y se halló en la Batalla de Matanza, en que murió el hermano del adelantado. Padeció el hambre que afligió a los primeros fundadores de la nueva ciudad, y estuvo presente en el asalto que le llevaron los querandíes, presenciando el incendio de sus ranchos y de parte de sus naves el día de San Juan de 1536.

Después del desastre se pasó revista a las tropas, y solo se hallaron presentes 560 hombres de los 2.500 salidos de España. Los demás, dice Schmídel, habían muerto, y la mayor parte de hambre. Enseguida concurrió a la campaña contra los timbús, que dio por resultado su

sometimiento, siendo uno de los fundadores de Corpus Christi, en el Paraná, que él llama Buena Esperanza, tercera estación de la colonización europea en el Río de la Plata.

En 1536-1537 formó parte de la expedición de Ayolas, sucesor de Mendoza, subiendo los ríos Paraná y Paraguay para descubrir nuevas tierras, y fue uno de los fundadores de la Asunción, después de asistir a todos los combates que precedieron a este establecimiento. Desde entonces continuó militando bajo la bandera de Domingo Martínez de Irala, de quien fue constante partidario, y a cuya proclamación como jefe de la reciente colonia apoyó. Volvió a Buenos Aires, y enviado a la costa de Brasil formando parte de un convoy en busca de víveres, naufragó a la entrada del Río de la Plata en 1538, presenciando el año 1541 el abandono de la primera población de Buenos Aires, fundada en el Riachuelo.

En Paraguay continuó guerreando por el espacio de cuatro años. Desde 1542 sirvió con el adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, del que se muestra enemigo, y a quien trata con menosprecio, juzgándolo con su criterio de aventurero: «No era hombre para tanta empresa —dice en su historia— y le aborrecían todos porque era perezoso y poco piadoso con los soldados». Por este tiempo navegó el Paraguay hasta sus nacientes en los Xarayes, penetrando tierra adentro con sus compañeros en busca del país de las Amazonas, del que dio noticias de oídas tres años antes de que Orellana acreditase esta fábula. En esta expedición dice él que los soldados ganaron 200 ducados. De regreso de ella, Cabeza de Vaca pretendió despojarlos en provecho propio de su botín de guerra, y esto provocó la primera sublevación contra él, en que tomó parte activa Schmídel. «Nos tumultuamos, dice, contra el adelantado, diciéndole cara a cara nos restituyese lo que nos había quitado, que de otro modo veríamos lo que habíamos de hacer». Cabeza de Vaca cedió, y desde entonces su autoridad, ya moralmente comprometida, quedó quebrada. Poco después (1544), el adelantado fue depuesto por un pronunciamiento unánime de «nobles y plebeyos», según la expresión de Schmídel, y aclamado nuevamente Martínez de Irala, quien consolidó la colonización emprendida y sometió todo el país a sus armas y a su ley.

Schmídel acompañó a Irala en todas sus empresas y trabajos, mereciendo su confianza, a pesar de no ser sino un soldado raso. Siguiendo a su caudillo cruzó el Chaco, en 1548, hasta el Alto Perú, donde los conquistadores del Río de la Plata se encontraron en la ciudad de La Plata con los de Perú, pasando los emisarios de Irala hasta Lima. En esta marcha extraordinaria llena de peripecias, en que los expedicionarios padecieron hambre y sed, llegaron a un lugar en que solo existía un manantial por cuya posesión los naturales se hacían guerra entre sí. Schmídel fue nombrado centinela y distribuidor del agua por designación expresa de su general, y desempeñó su cometido con tanta firmeza, previsión y equidad, que se ganó la estima general, lo que indica el grado de consideración que gozaba entre oficiales y soldados. De regreso de esta expedición en 1549, tomó parte en las revueltas intestinas que agitaron Paraguay, y fue entonces cuando suscribió en San Fernando, el 13 de marzo de 1549, el acta en que por el voto de todos los conquistadores se confirmaba el nombramiento de Irala como gobernador, y en la cual se registra la única firma autógrafa que de él se conoce. Afirmada la autoridad de Irala en 1552, la colonización se consolidó y la tierra entró en paz.

Por este tiempo recibió una carta de su hermano en que le pedía que volviera a Europa y en consecuencia solicitó licencia, la que al principio le fue negada, y a sus ruegos concedida al fin con recomendaciones muy honrosas por sus buenos servicios. Después de 20 años continuos de navegaciones, fatigas, combates, exploraciones, descubrimientos y fundaciones de ciudades nuevas, se despidió de sus compañeros de armas y recorrió con 20 hombres y en 20 días en medio de peligros y combates, parte del camino mediterráneo que Cabeza de Vaca había andado en ocho meses con más de 400 hombres. Se embarcó en el puerto de San Vicente en Brasil, y pasando por Portugal, España e Inglaterra, regresó a su patria el 26 de enero de 1554.

La reforma de Lutero, que había agitado profundamente a Alemania durante su ausencia, vino a perturbar su descanso en su pacífico hogar. Schmídel se declaró reformista, y a consecuencia de la activa participación que tomó en las agitaciones que con tal motivo sobrevinieron, hasta en el seno del mismo consejo de que era miembro, fue desterrado de su país natal en 1562. El proscrito se refugió en la imperial ciudad de Regensburg, donde recibió de los habitantes y de sus autoridades una munificente hospitalidad, juntamente con otros ciudadanos de Straubing, extrañados por cuestiones religiosas. El 10 de marzo de 1563 tomó carta de ciudadanía en su nueva residencia, según consta de los registros municipales que aún se conservan. Allí, gozando de mucha consideración, y al parecer dueño de una regular fortuna, compró un terreno con una casa en ruinas sobre las cuales edificó una nueva.

Fue probablemente por este tiempo cuando empezó a escribir sus memorias, consultando sus apuntes de viaje, pues así se deduce de la multitud de hechos, nombres, fechas y cantidades que cita en ellas, y cuya exactitud el tiempo ha confirmado.

En 1564 ya había terminado su obra, y corrían de ella copias manuscritas, ya que al menos se conocen dos que corresponden a esa época. Una especie de misterio acompaña esta última época de su vida. Al trasladarse a Regensburg, llevaba consigo una niña llamada Ana Weberin, de nueve años de edad, nacida en Landau, que le sobrevivió, muriendo a los 92 años. Todo esto induce a pensar, que vivió soltero, y que con él se extinguió su estirpe. Aquí se pierden los últimos rastros de la vida de Schmídel. Su libro fue casi desconocido por el espacio de dos siglos y medio, a causa de los idiomas en que fue impreso, es muy poco conocido aun en la misma Alemania.

Viaje al Río de la Plata

[....]

Capítulo V

Llegada a Río del Janeiro y muerte de Osorio

Después navegamos de esta isla a otra que se llama Río Genna (Río Janeiro) a 500 millas de la anterior dependencia del rey de Portugal: esta es la isla de Río Genna (Río del Janeiro) en Inndia y los indios se llaman thopiss (tupí). Allí nos quedamos unos 14 días. Fue aquí que thonn Pietro Manthossa (Don Pedro de Mendoza), nuestro capitán general, dispuso que Hanss Ossorio (Juan de Osorio), como que era su hermano adoptivo, nos mandase en calidad de su lugarteniente; porque él seguía siempre sin acción, tullido y enfermo. Así las cosas él, Hans Ossorio, no tardó en ser malquistado y calumniado ante thonn Pietro Manthossa, su hermano jurado, y la acusación era que trataba de

sublevarle la gente a thonn Pietro Manthossa el capitán general. Con este pretexto él, thonn Pietro Manthossa, ordenó a otros 4 capitanes llamados Joan Eyolas Hanns Salesser (Juan Salazar), Jerg Luchllem (Jorge Luján) y Lazarus Saltvaischo que matasen al dicho Hanns Assario (Juan Osorio) a puñaladas, o como mejor pudiesen, y que lo tirasen al medio de la plaza por traidor. Más aún, hizo publicar por bando que nadie osase compadecerse de Assirio so pena de correr la misma suerte, fuere quien fuere. Se le hizo injusticia, como lo sabe Dios el Todopoderoso, y que Él lo favorezca; porque fue aquel un hombre piadoso y recto, buen soldado, que sabía mantener el orden y disciplina entre la gente de pelea.

Capítulo VI

Llegan al Río de la Plata y puerto de San Gabriel. Los charriúa.

De allí navegamos al Río de le Platta y dimos con una corriente de agua dulce que se llama Parnau Wassu (Paraná Guazú), y tiene de ancho en la boca, donde deja de ser mar, una extensión de 42 millas de camino y desde Río Gena hasta esta agua se cuentan 500 millas de camino

En seguida arribamos a una bahía que se llama Sannit Gabriehel (San Gabriel) y allí en la susodicha agua corriente Parnau largamos las anclas de nuestros 14 navíos. Y como tuviésemos que hacer quedar los navíos mayores a un tiro de arcabuz de la tierra, nuestro general thon Pietro Manthossa había ordenado y mandado que los marineros desembarcasen la gente en los pequeños esquifés, que con este fin estaban ya dispuestos, y se llaman podel o poet (batel o bote). Así pues, con el favor de Dios llegamos al Río de la Platta el año 1535

Allí nos encontramos con un pueblo de indios llamados zechuruass que constaba como de unos 2.000 hombres, y que no tenían más de comer que pescado y carne. Estos al llegar nosotros, habían abandonado el pueblo huyendo con mujeres e hijos, de suerte que no pudimos dar con ellos. Esta nación de indios se anda en cueros vivos, mientras que sus mujeres se tapan las vergüenzas con un paño de algodón que les cubre desde el ombligo hasta la rodilla.

Entonces el general thon Pietro Manthossa mandó que se vuelva a embarcar la gente, y que la hagan pasar a la otra banda del agua Pernaw que allí no tiene más anchura que 8 millas de camino

Capítulo VII

La ciudad de Buenos Aires y los indios querandí

Allí levantamos una ciudad que se llamó Bonas Ayers (Buenos Aires), esto es en alemán gueter windt (buen viento) También traíamos de España, en los 14 navíos, 72 caballos y yeguas.

En esta tierra dimos con un pueblo en que estaba una nación de indios llamados carendies (querandíes) como de 2.000 hombres con las mujeres e hijos, y su vestir era como el de los zechurg del ombligo a las rodillas; nos trajeron de comer, carne y pescado. Estos carendies no tienen habitaciones propias, sino que dan vueltas a la tierra, como los gitanos en nuestro país; y cuando viajan en el verano suelen andarse más de 30 millas por tierra enjuta sin hallar una gota de agua que poder beber. Si logran cazar ciervos u otras piezas del campo, entonces se beben la sangre. También hallan a veces una raíz que llaman cardes la que comen por la sed. Se entiende que lo de beberse la sangre sólo se acostumbra cuando les falta el agua o lo que la suple; porque de otra manera tal vez tendrían que morir de sed.

Estos carendies traían a nuestro real y compartían con nosotros sus miserias de pescado y de carne por 14 días sin faltar más que uno en que no vinieron. Entonces nuestro general thonn Pietro Manthossa despachó un alcalde llamado Johann Pabón y él y 2 de a caballo se arrimaron a los tales carendies, que se hallaban a 4 millas de nuestro real. Y cuando llegaron a donde estaban los indios, acontecioles que salieron los 3 bien escarmentados, teniéndose que volver en seguida a nuestro real.

Pietro Manthossa, nuestro capitán, luego que supo del hecho por boca del alcalde (quien con este objeto había armado cierto alboroto en nuestro real), envió a Diego Manthossa, su propio hermano, con 300 lanskenetes y 30 de a caballo bien pertrechados: yo iba con ellos, y las órdenes eran bien apretadas de tomar presos o matar a todos estos indios carendies y de apoderarnos de su pueblo. Más cuando nos acercamos a ellos había ya unos 4.000 hombres, porque habían reunido a sus amigos.

Capítulo VIII

La batalla con los indios querandí

Y cuando les llevamos el asalto se defendieron con tanto brío que nos dieron harto que hacer en aquel día. Mataron también a nuestro capitán thon Diego Manthossa y con él a 6 hidalgos de a pie y de a caballo. De los nuestros cayeron unos 20 y de los de ellos como mil. Así, pues, se batieron tan furiosamente que salimos nosotros bien escarmentados.

Estos carendies usan para la pelea arcos, y unos dardos especie de media lanza con punta de pedernal en forma de trisulco. También emplean unas bolas de piedra aseguradas a un cordel largo; son del tamaño de las balas de plomo que usamos en Alemania. Con estas bolas enredan las patas del caballo o del venado cuando lo corren y lo hacen caer. Fue también con estas bolas que mataron a nuestro capitán y a los hidalgos, como que lo vi yo con los ojos de esta cara, y a los de a pie los voltearon con los dichos dardos.

Así, pues, Dios, que todo lo puede, tuvo a bien darnos el triunfo, y nos permitió tomarles el pueblo mas no alcanzamos a apresar uno sólo de aquellos indios, porque sus mujeres e hijos ya con tiempo habían huido de su pueblo antes de atacarlos nosotros. En este pueblo de ellos no hallamos más que mantos de nuederen o yterren como se llaman, iten harto pescado, harina y grasa del mismo allí nos detuvimos 3 días y recién nos volvimos al real, dejando unos 100 de los nuestros en el pueblo para que pescasen con las redes de los indios y con ello abasteciesen a nuestra gente; porque eran aquellas aguas muy abundantes de pescado; la ración de cada uno era de 6 onzas de harina de trigo por día y al tercero un pescado. La tal pesquería duró dos meses largos; el que quería aumentar un pescado a la ración se tenía que andar 4 millas para conseguirlo.

Capítulo IX

Se fortifica Buenos Aires y se padece hambre

Y cuando volvimos al real se repartió la gente en soldados y trabajadores, así que no quedase uno sin qué hacer. Y se levantó allí una ciudad con un muro de tierra como de media lanza de alto a la vuelta, y adentro de ella una casa fuerte para nuestro general el muro de la ciudad tenía de ancho unos 3 pies; mas lo que un día se levantaba se nos venía abajo al otro; a esto la gente no tenía qué comer, se moría de hambre, y la miseria era grande; por fin llegó a tal grado que ya ni los caballos servían, ni alcanzaban a prestar servicio alguno. Así aconteció que llegaron a tal punto la necesidad y la miseria que por razón de la hambruna ya no quedaban ni ratas ni ratones, ni culebras, ni sabandija alguna

que nos remediase en nuestra gran necesidad e inaudita miseria; llegamos hasta comernos los zapatos y cueros todos

Y aconteció que tres españoles se robaron un rocín y se lo comieron sin ser sentidos; más cuando se llegó a saber los mandaron prender e hicieron declarar con tormento; y luego que confesaron el delito los condenaron a muerte en horca, y los ajusticiaron a los tres. Esa misma noche otros españoles se arrimaron a los tres colgados en las horcas y les cortaron los muslos y otros pedazos de carne y cargaron con ellos a sus casas para satisfacer el hambre. También un español se comió al hermano que había muerto en la ciudad de Bonas Ayers.

Capítulo X

Expedición de Jorge Luján

Ahora, pues, nuestro capitán general Thon Pietro Manthossa vio que no podía mantener la gente por más tiempo allí, así ordenó y mandó él a una con sus capitanes, que se aprontasen cuatro pequeñas embarcaciones que habían de navegar a remo, y se llaman parckhadiness en que entraban hasta 40 hombres; como también otras tres menores a que llaman podel o, poht y cuando los 7 navíos estuvieron listos y provistos hizo que el capitán nuestro reuniese toda la gente y envió a Jerg Lichtenstein con 350 hombres armados río Parnau arriba, a que descubriesen indios, que nos proporcionasen comida y víveres. Pero ni bien nos sintieron los indios nos jugaron una de las peores, porque empezando por quemar y destruir su pueblo, y cuanto tenían de comer, en seguida huyeron todos de allí; y así tuvimos que pasar adelante sin más de comer que tres onzas de pan al día en pischgosche.



La mitad de la gente se nos murió en este viaje de esta hambre sin nombre, y la otra mitad hubo que hacerla volver al susodicho pueblo, do se hallaba nuestro Capitán General. Thonn Pietro Manthossa quiso tomar razón a Jergen Lichtensteinen nuestro capitán en este viaje, porque tan pocos habíamos vuelto siendo que la ausencia sólo había durado 2 meses a lo que le contestó éste que de hambre habían muerto, porque los indios habían quemado la comida que tenían y habían huido, como ya se dijo antes en pocas palabras.

Capítulo XI

El sitio de Buenos Aires

Después de esto seguimos un mes todos juntos pasando grandes necesidades en la ciudad de Bonas Ayers hasta que pudieron aprestar los navíos. Por este tiempo los indios con fuerza y gran poder nos atacaron a nosotros y a nuestra ciudad de Bonas Ayers en número hasta de 23.000 hombres; constaban de cuatro naciones llamadas, carendies, barenis zechuruas, y zechenais diembus (chanás timbús) La mente de todos ellos era acabar con nosotros; pero Dios, el Todopoderoso, nos favoreció a los más; a él tributemos alabanzas y loas por siempre y por sécula sin fin; porque de los nuestros sólo cayeron unos 30 con los capitanes y un alférez.

Y eso que llegaron a nuestra ciudad Bonas Ayers y nos atacaron, los unos trataron de tomarla por asalto, y los otros empezaron a tirar con flechas encendidas sobre nuestras casas, cuyos techos eran de paja (menos la de nuestro capitán general que tenía techo de teja) y así nos quemaron la ciudad hasta el suelo. Las flechas de ellos son de caña y con fuego en la punta; tienen también cierto palo del que las suelen hacer, y éstas una vez prendidas y arrojadas no dejan nada; con las tales nos incendiaron, porque las casas eran de paja.



A parte de esto nos quemaron también cuatro grandes navíos que estaban surtos a media milla de nosotros en el agua. La tripulación que en ellos estaba, y que no tenía cañones cuando sintieron el tumulto de indios, huyeron de estos 4 navíos a otros 3, que no muy distante de allí estaban y artillados. Y al ver que ardían los 4 navíos que incendiaron los indios, se prepararon a tirar y les metieron bala a éstos; y luego que los indios se apercibieron, y oyeron las descargas, se pusieron en precipitada fuga y dejaron a los cristianos muy alegres. Todo esto aconteció el día de San Juan, año de 1535.

Capítulo XII

Padrón de la gente y preparativos

Habiendo sucedido todo esto, la gente no tuvo más remedio que volverse a meter en los navíos, y thonn Pietro Manthossa, nuestro capitán general, entregó la gente a Joann Eyollas y lo puso en su lugar, para que fuese nuestro capitán y nos mandase. En seguida Eyollas pasó revista de la gente y halló que, de 2500 hombres que habían sido, no quedaban con vida más de 560; los demás habían muerto y perecido de hambre. ¡Dios el Todopoderoso se apiade [de ellos] y nos favorezca!

Después de esto, Juan Eyollas, nuestro capitán, hizo aprestar 8 navíos pequeños, parckhadines y potteses y se sacó 400 hombres de los 560; los otros 160 dejó él en los 4

grandes navíos, para que ellos se cuidasen, y les puso de capitán un tal Joann Romero, y les dejó provisiones para un año [de suerte que a cada soldado le tocase por día de a 8 onzas de pan], o harina; y si más quería comer que se lo buscase.

Capítulo XIII

Viaje de Mendoza con Ayolas a fundar Buena Esperanza

Más tarde partió él, Joann Eyollas con los 400 hombres en los parckhadienes o wasserbuegen aguas arriba del Paanaw, y thon Pietro Manthossa, el capitán general de todos, iba también con nosotros Y en 2 meses llegamos a los indios, a 84 millas de distancia; esta gente llámase tiembus, se ponen en cada lado de la nariz una estrellita de piedrecillas blancas y celestes los hombres son altos y bien formados, pero las mujeres, por el contrario, viejas y mozas, son horribles, porque se arañan la parte inferior de la cara que siempre está ensangrentada

Esta nación no come otra cosa, ni en su vida ha tenido otra comida, ni otro alimento que carne y pescado. Se calcula que esta nación es fuerte de 15.000 o más hombres Y cuando llegamos como a 4 millas de esta nación, nos vieron y salieron a recibirnos de paz en 400 kanneonn o barquillas con 16 hombres en cada una. Las tales barquillas se labran de un solo palo, son de 80 pies de largo por 3 de ancho y se boga como en las barquillas de los pescadores en Alemania, sólo que los remos no tienen los refuerzos de hierro.

Cuando nos juntamos en el agua (el río) nuestro capitán, Joann Eyollas, mandó al indio principal de los tiembú, que se llamaba Rochera Wassú una camisa, un gabán, un par de calzas y varias otras cosas más de reschat. Después de esto el dicho Zchera Wassú nos condujo a su pueblo y nos dio de comer carne y pescado hasta hartarnos. Pero si el susodicho viaje durara unos 10 días más a buen seguro que todos de hambre pereciéramos;

y con todo, en este viaje, de los 400 hombres, 50 sucumbieron en esta vez nos socorrió Dios el Todopoderoso, y a Él se tributen loas y gracias.

Capítulo XIV

Regresa don Pedro de Mendoza a España y muere en el viaje

En este pueblo permanecemos por espacio de 4 años Mas nuestro capitán general, thonn Pietro Mantossa, agobiado de sus dolencias, ya no podía mover ni manos ni pies, y había gastado en este viaje 4.000 ducados en oro ya no podía quedarse más tiempo con nosotros en este pueblo y se volvió con dos pequeños parckhadienes a Bonas Ayers a juntarse con los 4 navíos grandes [de los que tomó dos] con 50 hombres y partió para Hispanien. Más cuando llegaron como a medio camino, la mano de Dios, que todo lo puede, cargó sobre él, así que murió miserablemente. ¡Dios le tenga misericordia!

Él, empero, nos había prometido, antes de dejarnos, que al punto de llegar él o los navíos a España, mandarían otros 2 al Rio della Plata, lo que también se consignó fielmente en su testamento y se cumplió. Así, pues, luego que los 2 navíos arribaron a Hispania y que lo supieron los del consejo de la Cesárea Majestad, sin demora y en nombre de Su Majestad hicieron aprestar y despacharon al Rio della Platta otros navíos con gente, comida y rescates y lo demás que podría faltarles.

Capítulo XV

Alonso Cabrera llega al Río de la Plata

El capitán de estos 2 navíos se llamaba Aluiso Gabrero (Alonso Cabrera), y se traía 200 españoles y víveres como para 2 años; llegó a Bonas Ayers, a donde los otros 2 navíos habían quedado, con los 160 hombres, el año 1538

Y cuando llegó el capitán Aluiso Gabrero a la isla de los Tyembús a verse con nuestro capitán Johan Eyollas se dispuso a despachar un navío nuevamente a Hispienia, porque así era la voluntad y mandamiento del Concejo de la Cesárea Majestad, que se le haga saber al dicho Concejo cómo eran los arreglos en aquella tierra y en qué estado se hallaba.

Después de todo esto, Joann Eyollas, nuestro capitán general, hizo junta con Aluiso Gabrero y con Mart[i]no Thoming[o] Ayona (Domingo Martínez de Irala) y otros de sus capitanes. También se resolvió que se pasase revista de la gente, y se halló que con los nuestros y los otros recién llegados de Hispanien, había 550 hombres; se separó, pues, 400 hombres para sí, y los restantes 150 los dejaron en los tiembús, porque no alcanzaban los navíos; a éstos les nombraron un capitán llamado Carollus Doberin para que los mande y gobierne éste en otro tiempo había sido paje de Su Cesárea Majestad

Capítulo XVI

Parten en busca del Paraguay y llegan a los corondas

Después de esto, pasado el acuerdo de los capitanes, partimos con los 400 hombres en 8 pequeños navíos parchadines aguas arriba del Paranao, en busca de otra agua corriente llamada Paraboe adonde viven los carios que tienen trigo turco y una raíz con el nombre de manteochade y otras raíces como padades y manteoch propie y mandeoch mandepore. La raíz padades se parece a la manzana y es del mismo sabor; mandeoch propie sabe a castaña; de mandeoch poere se hace vino, que beben los indios. Estos carios tienen pescado y carne, y unas ovejas muy grandes como las mulas de esta tierra iten más tienen chanchos del monte, avestruces y otras salvajinas; iten más gallinas y gansos en gran abundancia

Así, pues, partimos del puerto Bon Esperainso (Buena Esperanza) con los dichos 8 navíos parckhadienes, y el primer día, a las 4 leguas de camino, llegamos a una nación con el nombre de karendos Ellos se mantienen de carne y pescado, son fuertes de 12.000 hombres, todos aptos para la pelea. Esta nación se parece a la anterior, es decir, a los tiembú usan estrellitas en las narices, y son bien formados de cuerpo; iten las mujeres son horrorosas, viejas y mozas, con las caras arañadas y siempre ensangrentadas iten visten, como los tiembú, un corto paño de algodón que las cubre del ombligo a las rodillas, como ya se dijo antes. Estos indios tienen gran copia de pieles de nutria; iten muchas cannaon o esquifés. Ellos se compartieron con nosotros de su pobreza, como ser, carne, pescado [y pieles]; nosotros les dimos abalorios, rosarios, espejos, peines, cuchillos [y anzuelos]; 2 días permanecemos con ellos, y nos dieron 2 carios cautivos que eran de ellos: éstos deberían servirnos de baqueanos y ayudarnos con la lengua.

Capítulo XVII

Llegan a los gulgaies y machkuerendes

De allí, seguimos nosotros adelante hasta llegar a otra nación, que se llaman gulgeissen que alcanzan a ser unos 40.000 hombres de pelea, se mantienen de pescado y carne, también tienen estrellitas en las narices; iten mas se hallan a unas 30 millas de camino de los carendes hablan una sola lengua con los tiembú y carendes; viven en una laguna

que mide de largo 6 millas por cuatro de ancho del lado izquierdo del Parnau; 4 días nos quedamos con ellos; compartieron también con nosotros de su pobreza, como igualmente nosotros de la nuestra con ellos.

De allí seguimos adelante sin encontrar más indios por 18 días; después dimos con un agua que corre tierra adentro, y allí encontramos mucha gente llamada Machkuerendes. Estos no tienen más comida que pescado y algo de carne; son fuertes como de unos 18.000 hombres de pelea, tienen muchas canaen o esquifes; nos recibieron bien a su modo haciéndonos parte de su miseria. Ellos viven del otro lado del Parnaw, esto es, a la derecha; hablan otra lengua, se ponen 2 estrellitas en las narices. Altos y bien formados los hombres, las mujeres empero son horribles, como se dijo ya. Están a 64 meil de los Gulgaies.

Y cuando se cumplieron los 4 días de estar con ellos, hallamos estirada en la tierra una serpiente extremadamente grande, que medía 25 pies de largo y gruesa como un hombre, overa de negro y amarillo; y la matamos con un arcabuz. Y eso que la vieron los indios se maravillaron de su tamaño, porque jamás habían visto otra igual. Esta serpiente, según nos contaron, los tenía mal a los indios; porque cuando se bañaban en el agua siempre solía estar oculta en el agua, envolvía a los indios con la cola y zambullendo con ellos se los tragaba; así que muchas veces indios desaparecían sin que se supiese la suerte que habían corrido. Yo mismo medí esta serpiente con carne y todo, así que me doy cabal cuenta de como era de larga y gruesa. Esta serpiente después los indios la despedazaron, la asaron, la hicieron hervir y se la comieron en sus casas.

Capítulo XVIII

Llegan a los zechennauss saluaischco y mepenes

De allí navegamos el Parana arriba y después de 4 días de viaje llegamos a una nación que se llama Zeckennauss Saluaischco gente petiza y gruesa, no tienen más de comer que pescado y miel. Esta gente, tanto hombres como mujeres, mozos como viejos, andan en cueros vivos, así como fueron lanzados al mundo, de suerte que no visten ni un trapillo ni cosa alguna que les sirva para tapar las vergüenzas; están de guerra con los Machueradeiss y su carne es la de ciervos chanchos del monte, avestruces y conejos que parecen ratones, pero sin la cola.

Esta nación está a 18 millas de los Mahueradeis. Esta jornada la hicimos en 4 días. Permanecemos sólo una noche con ellos, porque ni para ellos tenían de comer; es una nación que se parece a los salteadores de caminos de nuestro país. Viven ellos a unas 20 millas del agua (el río), para evitar que los tomen de sorpresa sus enemigos. Pero en esta ocasión habían bajado al agua 5 días antes de llegar nosotros para proveerse de pescado y para pelear con los Macharades; son fuertes de unos 2.000 hombres.

De allí partimos y llegamos a una nación que se llaman Mapenuss. Estos son fuertes como de 100.000 hombres viven en todas partes de aquella tierra, que se extiende por unas 40 millas a uno y otro viento, pero se los puede reunir a todos por tierra y agua en 2 días; tienen más canoas o esquifes que cualquier otra nación de las que hasta allí habíamos visto; en cada una de estas canoas o esquifes cabían hasta 20 personas.

Esta gente nos salió al encuentro por agua en son de guerra, con 500 canoas o esquifes, pero sin sacarnos mayor ventaja, les matamos a muchos con nuestros arcabuces, porque hasta entonces no habían visto arcabuces ni cristianos. Mas cuando llegamos a sus casas no les pudimos sacar ventaja alguna, porque el lugar estaba a una milla de camino del agua Paranaw, donde teníamos los navíos, y sus pueblos estaban rodeados de agua muy

profunda a todos vientos, así que no les pudimos hacer mal alguno, ni quitarles nada; y como bailamos 250 canoas, o esquifes, las quemamos y destruimos. Tampoco nos pareció prudente apartarnos demasiado de nuestros navíos, porque recelábamos que nos pudiesen atacar por el lado opuesto; así, pues, nos volvimos a los navíos; porque la guerra que ellos hacen es sólo por agua.

Hasta estos Mapenus, desde la antedicha nación que acabamos de dejar (se cuentan) 95 millas de camino.

Capítulo XIX

Llegan a los kueremagbeis y agá

Desde allí a los 8 días llegamos a un agua corriente llamada Paraboe por ella navegamos aguas arriba. Allí encontramos muchísima gente, (que se llaman) Kueremagbeis que no, tienen más de comer que pescado y carne y pan de San Juan o cuerno de cabra de lo que hacen vino; esta gente nos trató muy bien y nos proporcionó cuanto nos faltaba. Son altos y corpulentos, así hombres como mujeres. Estos hombres se horadan las narices y en la aberturita meten una pluma de papagayo; las mujeres se pintan la parte inferior de la cara con unas rayas largas de azul, que les duran por toda la vida y se tapan las vergüenzas con un pañito de algodón desde el ombligo hasta las rodillas. Hay desde los dichos Mapenniss hasta estos Kurgmaibeis 40 millas de camino; paramos 3 días con ellos.

De allí llegamos a una nación llamada Aigeiss tienen pescado y carne; iten son altos y bien formados, uno y otro sexo; las mujeres son lindas, se pintan y se tapan las vergüenzas.

Eso que llegamos adonde ellos estaban, se presentaron de guerra dispuestos a pelearnos; y con esto creían no dejarnos pasar adelante; cuando esto vimos y que no había más remedio, nos encomendamos a Dios, el Todopoderoso, y nos preparamos en orden de batalla por agua y por tierra, los peleamos y acabamos a muchísimos de los Aigas, y ellos nos mataron 15 hombres. Dios los favorezca a todos. Estos Aeiges son buenos guerreros, los mejores que hay, si es por agua, pero por tierra no lo son tanto.

Con tiempo habían hecho huir a sus mujeres e hijos, del mismo modo habían ocultado la comida y cuanto tenían, así que no les pudimos quitar ni aprovechar nada. Mas cómo les fue al fin es lo que a su tiempo se dirá.

Su pueblo está cerca de un agua corriente que se llama Jepedy se halla en la otra banda del Paraboe, nace de la sierra del Perú, de una ciudad llamada Duchkameyen A los Aeiges de los dichos Kuremagbeis son 35 milla de camino.

Capítulo XX

Los pueblos carios

Después de esto tuvimos que dejar a estos Aygass y llegamos a una otra nación, llamada Caríes están a 50 millas de camino de los Aygas; allí Dios, él que todo lo puede, nos dio su santa bendición, porque estos carios tenían trigo turco o meys y manndeochade padades manndeos perroy, mandeporre, manduris vackgekhue también pescado y carne, ciervos y chanchos del monte, avestruces, ovejas de la tierra conejillos, gallinas y gansos; también tienen miel, de la que se hace vino, en mucha abundancia, iten hay muchísimo algodón en la tierra.

La tierra de estos caríos es de mucha extensión, casi 300 millas de ancho y largo son hombres petizos y gruesos y más capaces de servir a otros. Iten los varones tienen en el labio un agujero pequeño en el que meten un cristal amarillo, que en lengua de ellos se llama

parabol de dos jemes de largo y grueso como el canuto de una pluma. Esta gente, hombres y mujeres, andan en cueros vivos, tal como Dios los echó al mundo. Entre estos indios el padre vende a la hija, iten el marido a la mujer, si esta no le gusta, también el hermano vende o permuta a la hermana; una mujer cuesta una camisa, o un cuchillo de cortar pan, o un anzuelo o cualquier otra baratija por el estilo.

Estos carios también comen carne humana, cuando se ofrece, es decir, cuando pelean y toman algún enemigo, sea hombre o mujer, y como se ceban los chanchos en Alemania, asíceban ellos a los prisioneros; pero si la mujer es algo linda y joven, la conservan por un año o más, y si durante ese tiempo no alcanza a llenarles el gusto la matan y se la comen, y con ella hacen fiesta solemne, o como si fuese para una boda; mas si la persona es vieja la hacen trabajar en la labranza hasta que se muere.

Esta gente es la más caminadora de cuantas naciones hay en el Río delle Plata; son grandes guerreros por tierra. Sus pueblos o ciudades están en las alturas del agua Paraboe

Capítulo XXI

Describe la ciudad de Lambaré y su captura

Este pueblo antes se llamó, en lengua de indios, Lambere la ciudad de ellos está rodeada con 2 pallersaide de madera, cada poste del grueso de un hombre; y la una pallersaide está a 12 pasos de la otra; los postes están enterrados o clavados en hondura de 6 pies, y se levantan del suelo lo que puede alcanzar un hombre con la punta de su tizona.

Iten habían cavado unos fosos también a distancia de 15 pies del muro de esta su ciudad habían dejado unos hoyos en que podían pararse 3 hombres, adentro habían clavado (como para que no sobresaliesen) estacones de palo duro y puntiagudos como aguja; y habían tapado estos hoyos con paja y ramas cubiertas de tierra y pasto, a fin de que cuando nosotros los cristianos persiguiésemos a los carios o atacásemos su ciudad, cayésemos en estos hoyos; pero fueron tantos los hoyos cavados, que al fin los mismos indios se caían en ellos.

Como por ejemplo cuando nuestro capitán general Jann Eyollas puso en orden a toda nuestra gente menos 60 hombres que dejó de guardia en los par adiennes y con ella llevó el ataque contra Lambore la ciudad de ellos, y nos divisaron estando nosotros como a un tiro largo de arcabuz de distancia, siendo ellos unos 40.000 bien armados con arcos y flescheny nos mandaron decir que nos retirásemos a los parckhadienes y nos volviésemos; porque así nos proveerían de comida y de lo demás que nos hacía falta, y que con esto nos fuésemos en sana paz, que de no se convertirían en enemigos nuestros; mas esto de ningún modo convenía a nuestro capitán general ni a nosotros; porque la tierra y su gente nos parecía bastante bien con su abundancia de comida; y sabido era que en los últimos 4 años no habíamos probado ni visto siquiera bocado de pan, y sólo con pescado y carne nos habíamos alimentado.

Entonces empuñaron los carios sus arcos y sus rodela, con ellos en las manos nos recibieron y ésta fue la bienvenida que nos dieron. Ni aun así quisimos nosotros hacerles mal, y les rogamos por tercera vez que se mantuviesen de paz [porque deseábamos ser sus amigos]; mas ellos no quisieron hacer caso, porque no habían experimentado lo que eran las rodela y los arcabuces nuestros. Y cuando ya nos pusimos cerca de ellos les hicimos un descarga con nuestras bocas de fuego; eso que la oyeron y vieron que su gente caía al suelo, y, que no asomaban ni jara ni flecha alguna y sólo sí un agujero en el cuerpo, se llenaron de espanto, les entró miedo y al punto huyeron en pelotón y se caían unos sobre otros como perros; y tanto fue el apuro de meterse en su pueblo que como unos 200 carios cayeron ellos mismos en sus ya dichos hoyos durante el descabro

Después de esto nosotros los cristianos nos acercamos al pueblo de ellos y lo atacamos, mas ellos se defendieron lo mejor que pudieron, hasta el tercer día. Como ya no podían resistir más y temían por las mujeres e hijos, que también tenían consigo en la ciudad, nos pidieron misericordia prometiendo complacernos en todo con tal que les perdonásemos las vidas. También le trajeron a nuestro capitán Jann Eyollas 6 mujeres, de las que la mayor tendría unos 18 años; íten le presentaron también 8 venados, ciervos y otras salvajinas más. De ahí se empeñaron con nosotros para que nos quedásemos con ellos, y le regalaron a cada soldado 2 mujeres, para que nos sirvan en el lavado y cocina. También nos dieron comida y de cuanto nos hacía falta. Así de esta manera se hizo la paz entre nosotros.

Capítulo XXII

La asunción fundada. -Guerra de los agá

Después de esto se vieron obligados los carios a levantarnos una gran casa de piedra, tierra y madera, para que si con el andar del tiempo llegase a acontecer que se levantasen contra los cristianos, tuviesen estos un amparo y pudiesen defenderse. Tomamos este pueblo de los carios el día de Nostra Singnora de Sunsión [ganado el año 1536] y se llama todavía Nostra Singnora de Sunsión esta su ciudad; en esta escaramuza cayeron de los nuestros 16 hombres; y quedamos allí 2 meses largos. A estos carios desde los Aygaysen hay 30 millas y desde la isla Bon Esperainso, esto es, Guete Hofnung (Buena Esperanza) donde viven los tiembus, cerca de 335 millas de camino

Así celebramos un contrato con los carios, por el que se obligaban y prometían acompañarnos a la guerra y auxiliarnos con 8.000 hombres contra los antedichos aygaissen.

Después que nuestro capitán general hubo arreglado todo esto, sacó él 300 españoles con más los carios estos y navegó aguas abajo, y después por tierra las 30 millas hasta donde los dichos aigais vivían, de quienes y de cómo nos trataron se dijo ya en el Cap. XIX. Los encontramos en el mismo lugar en que los dejamos, y los sorprendimos, sin que nos sintiesen, en sus casas, porque aún dormían, entre las 3 y 4 de la mañana; porque los carios los habían descubierto o espiado; allí matamos chicos y grandes dando muerte a todos; porque es costumbre de los carios, cuando guerrear y salen ganando, que matan a todos, y no se compadecen de nadie.

Después de esto tomamos nosotros 500 kannanon o esquifés y quemamos todos los pueblos que pudimos hallar e hicimos mucho daño. A los 4 meses vinieron algunos de los aygaissen, que no habían tomado parte en la tal escaramuza, por no haberse hallado en sus casas y pidieron perdón. Este se lo tuvo que conceder nuestro capitán general según orden de la Cesárea Majestad, que se había de perdonar a los indios hasta la tercera vez; pero había de ser así que si alguno se alzase por tercera vez, debería quedar preso [o de esclavo] por toda su vida.

Capítulo XXIII

Los payaguá. Viaje de descubrimiento

Después de esto permanecimos nosotros 6 meses más en esta ciudad Nostra Singnora de Sunsión, en Alemán -Unnser Trauen Himelfart (El Tránsito de N. S.), y descansamos esa temporada. Por ese tiempo hizo nuestro capitán Jann Eyollas que estos carios le contasen de una nación llamados Pienbaís contestaron ellos, que de esta ciudad Sunsión hasta los pienbas había 100 millas de camino aguas arriba del Paraboe. Otra vez hizo preguntarles nuestro capitán a los carios, si también ellos, los Pienbass tenían comida, y qué era lo que

no les gustaba iten, la clase de gente que era y cuáles sus defectos; así contestaron ellos, los piembas no tienen más comida que pescado y carne, iten cuerno de cabra, o algarabo o pan de San Juan; de estos cuernos de cabra (vainas de algarroba) hacen ellos miel que comen con el pescado; también de esto hacen vino, y es dulce como la hidromel en Alemania.

Y luego que nuestro capitán Jann Eyollas supo todo esto de los carios les mandó que cargasen 5 navíos con comida de trigo turco y de lo demás que había en el país, lo que se había de hacer plazo de 2 meses, porque en este tiempo también él y los suyos se prepararían para el viaje, y visitarían en primer lugar una nación llamada charchareis la primera después de los paimbas.

Entonces se obligaron los carios a prestarse siempre y ser obedientes y a cumplir en todo lo que el capitán mandase. Así consiguió también nuestro capitán de los marineros que acabasen de aprestar los navíos para realizar este viaje.

Cuando todo aquello quedó arreglado y listo, y cargado el bastimento en los navíos, hizo nuestro capitán que se reuniese toda la gente y de los 400 hombres separó 300 bien armados, y a los 100 los dejó en la antedicha ciudad Vördelesso esto es, Nostra Singnora de Sunssión, donde en aquel tiempo vivían los susodichos carios.

De ahí navegamos aguas arriba y encontramos a cada 5 millas de camino un pueblo de los dichos carios, asentados sobre el agua Peroboe; nos trajeron a los cristianos lo necesario y comida de pescado y carne, gallinas, gansos, ovejas de los indios avestruces, mas cuando al fin llegamos al pueblo de los carios que se llama Weybingon que cae a 80 millas de la ciudad Nostra Singnora de Sunsió allí tomamos nosotros de estos carios comida y todo lo demás que nos hacía falta y de ellos pudimos conseguir.

Capítulo XXIV

Cerro de San Fernando y viaje a los payaguá

De allí llegamos a un cerro llamado S. Ferdinannt que se parece al Pogenperg allí encontramos a los susodichos pienbas; a estos de Weibingen hay 12 millas de camino; y nos salieron a recibir de paz, pero con mala intención, como lo sabréis más tarde. Nos llevaron a sus casas y nos dieron de comer pescado y carne y cuernos de cabra, o pan de San Juan. Así permanecimos nosotros 9 días con estos pienbass.

Después de lo cual nuestro capitán hizo preguntar al principal de ellos lo que sabía de una nación que se llama Carchkareisso dijo él, que no sabía nada de cierto de la tal nación, no siendo lo que por casualidad habían oído; que debían hallarse o vivir lejos de allí tierra adentro, y que debían también tener mucho oro y plata; pero ellos, los pienbas, no habían visto nada. También nos contaron que los karkeis eran gente entendida, como nosotros los cristianos, y que tenían mucho de comer, trigo turco mandeoch manduiss padades wackekhue mandeoch proprie, mandepore y otras raíces más, carne de las ovejas de los indios antas, esta una bestia como un burro, pero que tiene patas como una vaca, y el cuero grueso y obscuro; ítem venados, conejillos, gansos y gallinas en gran cantidad. Pero ni uno solo de los piembas lo había visto personalmente, y sólo lo sabía de oídas; mas nosotros experimentamos como era la cosa.

Después de esto nuestro capitán general pidió algunos pyenbas, para que fuesen con él tierra adentro; se prestaron de buen grado, y al punto el principal pyenbas separó 300 indios para que lo acompañasen y cargasen la mantención, y lo demás que les hacía falta, y mandó nuestro capitán que se aprestase la gente esta, porque él partiría dentro de 4 días; en seguida hizo que de los 5 navíos los 3 zarpasen y en los 2 metió él 50 hombres de

nosotros los cristianos, desde que nosotros deberíamos permanecer allí por 4 meses durante su ausencia, y si llegase el caso que el capitán no se volviese a juntar con nosotros dentro del plazo estipulado, deberíamos nosotros regresar con estos 2 navíos a la ciudad Nostra Singnora de Sunsión. Aconteció, pues, que aunque nosotros permanecemos con los payenbas durante 6 meses no supimos nada de nuestro capitán Jan Eyollas; ya no teníamos cosa que comer, así que nos vimos obligados a viajar con este nuestro dicho capitán Marthin Thomingo Ayolla de vuelta a la ciudad Signora según lo mandado por nuestro capitán general.

Capítulo XXV

Ayolas viaja por tierra de los payaguá y naperú

Y primero después que partió de los pyembas, llegó él a una nación llamada naperus que son amigos de los pyembas y no tienen más que pescado y carne; es una nación de mucha gente. De estos naperus también nuestro capitán general se separó algunos que le sirviesen de baqueanos; pasaron en seguida por muchas naciones con grandes penas y trabajo, y se les hizo gran resistencia; también murieron de hambre en este viaje la mitad del número de los cristianos; y en eso llegó a una nación llamada payssenos de allí no pudo pasar más adelante, sino que se vio obligado a retroceder con la gente, menos tres españoles, que por estar enfermos tuvo que dejar atrás entre los paysennos. Así él, nuestro capitán Jann Eyollas salverende (sano y salvo) en cuanto a su persona, es decir gesunndt, regresó con la gente a los naperus; allí quedaron y descansaron hasta el tercer día, porque agente estaba muy cansada y enferma, y ya no les quedaba más munición.

Estando las cosas así convinieron los naperrus con los payenbas y se obligaron entre sí que al capitán Jann Eyollas y a los suyos les darían muerte o los acabarían, como que así más tarde también lo cumplieron. Y eso que Jann Eyollas, el capitán, con los cristianos, marchaban de los naperrus a los pyembas, a medio camino como estaban y al descuido fueron sorprendidos por los naperrus y pyembas con gran fuerza en un espeso bosque; porque los naperrus y pyennbas, según su convenio de sorprender[los] en la selva por donde tenían que pasar cristianos, embistieron sin piedad al capitán y [a los] cristianos, como si fuesen perros rabiosos, y acabaron de matar y destruir a los debilitados cristianos junto con el capitán Jann Eyollas de suerte que ni uno de ellos escapó. Dios se apiade de ellos y de todos nosotros y nos tenga misericordia.

Capítulo XXVI

Se sabe de la muerte de Ayolas. -Eligen a Irala

Nosotros los 50 hombres, eso que fuimos al asiento Nostra Singnora de Sunsión y allí esperábamos a Jann Eyollas, el capitán, y a nuestros soldados, supimos como les había ido por un indio, que era esclavo del finado Jann Eyollas y que él había traído de los payse[n]os; este gracias a su lengua había escapado, nos contó todo de principio a fin como había sucedido; sin embargo no nos fue posible creerle. Y durante el año que permanecemos en la dicha ciudad Nostra Singnora, y sin poder conseguir la menor noticia ni voz alguna de como les había ido a nuestra gente, sólo los carios le anunciaban a nuestro capitán Domenigo Eyolla ser voz general que nuestros cristianos tenían que haber perecido todos a manos de los peyenbass, como se decía. Pero nosotros no queríamos creer que fuese cierto mientras no lo oyésemos declarar a un Payenbas que la tal cosa era así. A los 2 meses de este tiempo llegaron allí los carios y le trajeron a nuestro capitán Marthin Domenigo Eyolla

2 payenbas, que habían tomado prisioneros; cuando nuestro capitán los vio les preguntó si ellos habían tenido parte en la muerte de los cristianos; aquí mintieron mucho y dijeron que él, nuestro capitán general, y su gente aún no habían llegado de tierraadentro.

En seguida el capitán consiguió del justicia y del maestre de campo que se interrogase a los payenbas con apremio, porque así se averiguase la verdad; y se les dio tormento a tal punto que declararon y confesaron ser verdad que ellos habían muerto a los cristianos con su capitán. Después de esto nuestro capitán Marthin Eyolla hizo condenar a los dos bayenbas y atarlos a un palo con una gran hoguera a la vuelta para quemarlos.

Mientras esto nos pareció bien a los cristianos todos tomarlo a Marthin Domingo Eyolla para capitán general nuestro, por lo mismo que se había portado tan bien con los soldados, hasta tanto que la Cesárea Majestad otra cosa proveyese.

Capítulo XXVII

Bajada de Irala a Buenos Aires en 1541. Tragedia de Corpus Christi

Así pues mandó él, Marthin Eyolla y ordenó que se preparasen 4 navíos de los parckhadienes y tomó de los [soldados 150 hombres], a los demás los dejó él en la dicha ciudad Nostra Singnora de Sunsión y nos dio a entender que quería reunir en la dicha ciudad, Nuestra Singnora de Sunsión, a la demás gente que había dejado en los tiembus de qué se trató ya en la p. 12 ítem 160 españoles, que habían quedado en Bonas Ayers en los 2 navíos, de los que se dijo ya en la p. 10.

En seguida partió Marthin Doménigo Eyolla con los 4 navíos parckhadienes aguas abajo del Paraboe y Paraneu Y antes de esto cuando él aún no había llegado a los tiembus, se resolvió por los cristianos, que allí nos esperaban, a saber, un capitán, que se llamaba Francisco Riss y también Jann Pabón, un sacerdote, y un secretario, que se llamaba Jann Eronandus como gobernadores sustitutos de los cristianos, que se había de dar muerte al indio principal de los tiembus, y a ciertos otros indios con él como que ellos así ejecutaron tamaño crimen, y los indios, que por tan largo tiempo los habían servido en toda cosa buena, fueron pasados escandalosamente de la vida a la muerte, antes que llegáramos nosotros con Marthin Domingo Eyolla nuestro capitán.

Ahora pues, cuando Martín Domingo Eyolla nuestro capitán, llegó con nosotros del asiento Nostra Singnora de Sunsión a los dichos tiembus [y cristianos, mucho le pesó esta matanza y la huida de los tkyembus]; mas no halló qué hacerles y dejó bastimento y provisiones en Corporis Christi, también 20 hombres de los nuestros con un capitán Anthoni Manthossa y mandó, so pena de la vida, que no se fiase por nada de los indios, sino que de día y de noche se asegurase bien con guardias, y si sucediere que llegasen los indios y quisiesen volver a ser amigos que los trataran bien y les mostrasen la vieja amistad; pero que todo fuese sin descuidarse, mirando bien que no les pasase ningún perjuicio ni a él ni a los cristianos.

Después de esto nuestro capitán general Marthin Doménigo Eyolla se llevó consigo de allí las personas, como causa efficiens de la matanza, a saber, el Francisco Reyss, el sacerdote, Jann Pabón y Jann Eronandus que era el secretario; y cuando estaban por partir y hacerse a la vela, se presentó allí un principal del los tyembus, que se llamaba Zeiche Legemi gran amigo que fue de los cristianos, pero que a pesar de esto tenía que hacerles el gusto a los indios por causa de su mujer e hijos y amigos, y dijo a nuestro capitán Marthin Thoménigo Eyolla que debería llevarse a todos los cristianos consigo, porque toda la tierra estaba alzada contra ellos y querían matarlos y expulsarlos del país; a esto le contestó el

capitán general Domenigo Eyolla que no tardaría en volver, que su gente se bastaba para con los indios; y dijo más, que Zeiche Leymi debería mudarse con mujer e hijos, amigos también, y con toda su gente a los cristianos; a lo que dijo él, Zeiche Lyemi, que así lo haría.

Al punto partió nuestro capitán general Marthin Doménigo Eyolla aguas abajo y nos dejó solos allí.

Capítulo XXVIII

Traición de los timbú y asalto a Corpus Christi

Unos 8 días después sucedió que el dicho indio tyembus, Zeiche Lyemi, envió a uno de sus hermanos, llamado Suelaba con engaño, y rogó a nuestro capitán Annthoni Mannthossa que le mandase 6 cristianos con arcabuces y otras armas, que quería con ellos traernos su familia con los suyos, y en adelante vivir con nosotros; y además nos hizo saber, que él se recelaba de los tiembús, y que sin esto no podría él llevar a cabo su propósito con seguridad. Él se pronunció de tal manera [que nos convenció de sus muy buenas intenciones y nos prometió también] que él traería consigo comida y cuanto nos hacía falta; pero todo esto era picardía y engaño. En su mérito le prometió nuestro capitán que no solo hombres le daría sino 50 españoles bien armados con armas de defensa y ofensa; lo que encargó nuestro capitán a estos 50 hombres fue, que no se descuidasen y estuviesen bien prevenidos, a fin de que no cayesen en alguna celada de los indios.

Pero no había más que un medio cuarto de milla de distancia entre nosotros los cristianos y estos tyembus, y cuando estos 50 hombres nuestros llegaron a las casas de ellos en la plaza se les acercaron los tyembus y les dieron un beso, como Judas el traidor al Señor Chriesto y les trajeron de comer pescado y carne; mientras comían los cristianos se les fueron encima estos amigos y otros tyembus que estaban ocultos en las casas y en los rastrojos y les bendijeron la mesa de tal suerte que ni uno de ellos salió de allí con vida, salvo un solo muchacho que se llamaba Kalterón. Dios los favorezca y tenga misericordia de ellos y de todos nosotros. Amén.

Una hora después marchó el enemigo, fuerte de 10.000 o más hombres, contra nuestro pueblo, nos asediaron y creyeron podernos vencer, mas esto no sucedió ¡Dios, el Señor sea loado! y durante 14 días acamparon fuera de nuestro pueblo y nos asaltaban día y noche. En esta ocasión ellos se habían fabricado lanzas largas con las espadas, como se lo habían aprendido a los cristianos; con estas nos embestían y se defendían. Y aconteció en el mismo día en que los indios con toda la fuerza nos llevaron el ataque nocturno y nos quemaron las casas, que al punto corrió nuestro capitán, Anthony Manthossa con un montante a un portón; allí estaban algunos indios tan ocultos que no se los podía ver, y estos ensartaron al capitán con las lanzas, de suerte que ni ¡ay! no dijo ¡La misericordia de Dios le valga! Ya los indios no podían estarse más tiempo, porque no tenían qué comer, por lo que tuvieron que levantar campamento y mandarse mudar. Después de esto nos llegaron 2 bergantincitos con provisiones de Bonas Ayers que nos mandaba nuestro capitán Marthin Doménigo Eyolla para que nos sostuviésemos allí hasta la llegada del dicho capitán con lo que nos alegramos mucho, no así los que llegaron con los 2 berg(en)tin que sentían la muerte de los cristianos. Así, pues, acordamos entre los dos bandos y tuvimos a bien no quedarnos más tiempo allí en Corporis Chriesti, en los tyembus sino que nos fuimos todos juntos aguas abajo y llegamos a Bonas Ayers, donde estaba nuestro capitán Marthin Doménigo Eyolla con esto se alarmó mucho y fue grande su pesar por la gente que se perdió; porque no atinaba a saber qué sería de él [ni lo que haría con nosotros], porque ya no teníamos víveres.

Capítulo XXIX

Llega la carabela de Santa Catalina y viaje del autor a encontrar a Cabrera

Unos 5 días después de nuestro arribo a Bonas Ayers nos llegó de Hispanien una pequeña nao, llamada carabelle y nos trajo buenas nuevas, a saber, que un navío más había arribado a Sannta Katarina, cuyo capitán, del mismo, llamado Aluiso Gabrero (Alonso Cabrera) había traído consigo de Hispanien 200 hombres Ni bien supo nuestro capitán las tales nuevas hizo aprestar de los 2 navíos uno, que era un galiber y lo despachó con el primero a S. Katarina en Presael que está a 300 millas de Bonas Ayers, y le nombró un capitán, llamado Consalto Manthossa (Gonzalo de Mendoza) para que mandase el navío, y le encargó que tan luego como llegase a S. Catarina, en Pressel donde estaba el navío, había de cargar su nao con víveres de arroz, mandeoch y otra comida más que le pareciese bien.

Con esto el tal capitán Consaillo Mannihossa (Gonzalo Mendoza) pidió a nuestro capitán general Marthin Domenigo Eyolla que le diese o facilitase 6 compañeros de la gente de guerra, para que pudiese darse vuelta; él se lo prometió; así pues nos llevó a mí ya 5 Españoles consigo, más 20 hombres de la gente de guerra y marineros.

Eso que partimos de Bonas Ayers al mes llegamos a Sannt Katarina, allí nos encontramos con el susodicho navío, que de Hispania había llegado, y al capitán junto con toda su gente; nos alegramos en grande, y nos quedamos 2 meses allí mismo, y cargamos nuestro galeón de arroz, mandeoch y trigo turco en mucha cantidad, de suerte que ya no podíamos meter más en los 2 navíos; después de esto nosotros y los 2 navíos y el capitán Aluiso y toda su gente juntos salimos en viaje de S. Katarina a Bonas Ayers en Inndiam y de allí llegamos como a las 20 millas y dimos con un agua corriente Parnaw Wassu (Paraná Guazú). Esta agua tiene de ancho en la boca 40 millas y sigue de este ancho por 80 millas de camino hasta que uno llega a un puerto llamado S. Gabriel; allí el agua Parnau tiene 8 millas de ancho Así pues llegamos, como se dijo, a 20 millas en esta agua, la víspera de Todos Santos, y arribamos al anochecer a este punto con los dos navíos reunidos; y nos preguntamos el uno al otro si estábamos ya en el agua corriente Pernau; y aunque aseguraba nuestro piloto, que habíamos llegado ya al agua corriente, el otro piloto le decía a su capitán, que estábamos aún a 20 millas de distancia de ese punto. Porque en el mar cuando 2, 3 o más navíos andan en compañía siempre se juntan a puestas de sol; entonces se averiguan entre sí cuanto han caminado día y noche, y cual el rumbo a tomar en el siguiente, con arreglo a lo cual poderse reunir.

Después de esto el piloto nuestro volvió a preguntar al otro piloto, si quería seguirlo; mas éste le dijo que ya era casi de noche, y que por eso se quedaría mar afuera hasta la mañana de alba y que no estaba para tomar tierra a esas horas; este piloto era algo más avisado que el nuestro, como se verá más tarde. Así nuestro navío siguió su camino y se separó de la otra nao.

Capítulo XXX

Naufragio cerca de San Gabriel. Los sobrevivientes llegan a Buenos Aires y pasan a La Asunción.

De este modo caminamos nosotros a obscuras y se levantó un recio temporal en la mar; y fue el caso que a eso de las 12 de la noche vimos nosotros la tierra, pero antes que pudiésemos largar nuestra ancla. Después encalló el navío, y nos faltaba una buena milla de distancia para llegar a tierra. Entonces comprendimos que no nos quedaba más remedio que clamarle a Dios Todopoderoso que nos favorezca y nos tenga misericordia. Y fue en el

misimo instante que nuestro navío se hizo cien mil pedazos y se ahogaron 15 hombres y 6 indios algunos escaparon sobre trozos de madera, yo y 5 compañeros más nos salvamos en el mástil; de las 15 personas no pudimos recoger un solo cuerpo. El Señor Dios nos favorezca, a ellos y a nosotros todos.

Después de esto nos vimos obligados a caminar a pie 10 millas habíamos perdido toda nuestra ropa en el navío, y los víveres también; y nos tuvimos que remediar con las raíces y frutillas que hallábamos en el campo, hasta que llegamos a un puerto o ensenada llamada S. Gabrihel allí, encontramos al susodicho navío con su capitán, que había llegado 3 días antes que nosotros.

Y se lo habían comunicado a nuestro capitán Marthín Domingo Eyolla en Bonas Ayers él en persona se afligió sobremanera por nosotros y creyó que habíamos perecido, y por ello mandó decirnos algunas misas.

Y después que nosotros llegamos a Bonas Ayers, nuestro capitán Marthín Doménigo Eyolla hizo llamar a nuestro capitán y al piloto o timonel; y a no ser los grandes empeños que por él se hicieron, lo hubiese hecho ahorcar al piloto; así y todo tuvo que pasar 4 años largos en la barquilla pergentin.

Ahora ya que estaba toda la gente reunida en Bonas Ayers mandó en seguida nuestro capitán general, que se aprontasen los pergantín y reunió toda la gente y quemó los navíos grandes y reservó la ferreteria; y después navegamos nosotros aguas arriba del Parnau y al antedicho asiento Nostra Singnora de Sunssión; allí permanecimos 2 años largos esperando que la Cesárea Majestad otra cosa proveyese.

Capítulo XXXI

Llega Alvar Núñez Cabeza de Vaca a Santa Catalina y pasa a La Asunción

Mientras esto llegó un capitán general de Hispania, que se llamaba Albernuso Capesa de Wacha al tal capitán lo había nombrado la Majestad Cesárea y venía con 400 hombres y 30 caballos en 4 navíos, de los que 2 eran mayores y 2 Karabella y cuando él arribó con esta gente a un puerto o bahía en Presel, que se llama Wilsey mas este puerto se llama también S. Katarinna; allí quiso él cargar bastimento o víveres; y cuando el capitán despachó 2 carabelas unas 8 millas del dicho puerto a buscar víveres, les sobrevino tal tempestad, que las 2 tuvieron que quedar en el mar o piélagos y lo único que de ellas volvió fue la tripulación que en ellas había cuando el capitán general se impuso de la tal cosa, ya no se quiso exponer con sus 2 navíos mayores al viaje por agua; acaso porque no sería mucha la gana que tenía es que se recelaba de la cosa; y pasó por tierra hasta el Río delle Platta, y llegó hasta nosotros en el asiento Nostra Singnora en El Paraboe y lo condujeron 300 de los 400 hombres; los demás habían perecido de hambre y de enfermedad.

Este capitán demoró 8 meses de tiempo en el camino y hay 500 millas de la ciudad Nostra Singnora hasta este pueblo o bahía de S. Katarina Traía pues consigo de Hispania su gubernación de la Cesárea Majestad, y decía que Marthín Domingo Eyolla nuestro capitán, tenía que entregarte su gubernación y que toda la gente había de acatarlo.

A todo esto el capitán Marthín Domingo Eyolla y toda la gente se declaró estar pronta y obediente, pero con esta salvedad, que él Albe(r)nuso Capossa d[e] Wacha le mostrase algo como que él había obtenido y recibido la tal provisión de la susodicha Cesárea Majestad; misterio este que el común de la gente no pudo esclarecer, sino que los sacerdotes y 2 o 3 de los oficiales lo verificaron y con ellos él, Albernuus Capossa etc., mandó y gobernó. Pero de cómo le fue es lo que se contará más tarde

Capítulo XXXII

Cabeza de Vaca manda una expedición a los suruchacuiß y otros indios

Ahora este dicho Capessa etc. hizo pasar revista de toda la gente; y así halló él que eran 800 hombres por toda cuenta; también por este tiempo hizo él hermandad con Marthín Domenigo Eyolla y se juraron fraternidad, así que este tenía que hacer y que entender con la gente no menos que antes.

En seguida él, Albernaso Capessa de Wacha mandó aprestar 9 navecillas pergentín y quiso navegar el Paraboe aguas arriba, hasta donde se pudiese; y así por este tiempo, mientras se alistaban los navíos, envió 3 bergentín con 115 hombres que deberían subir hasta donde pudiesen y hallasen indios que por allí tuviesen manndeoch (mandioca o fariña) y algo de trigo turco, esto es, maíz; y nombró para que los mandasen a 2 capitanes llamados Anthoni Gabrero (Antonio Cabrera) y Tigo Tobellino (Diego Tabellino?); y llegaron primero a una nación que se llaman suruchakuiss; (cacociés chaneses?) estos tienen algo de trigo turco y mandeoch y otras raíces, como manduies que se parece a lasavellanas, ítem pescado y carne. Los hombres usan en los labios una piedra lisa y grande como ficha de damas; las mujeres andan con las vergüenzas por adorno.

Con los de esta nación dejamos nuestras navecillas y algunos de nuestros compañeros en ellas para su resguardo, y en seguida nosotros nos metimos tierra adentro unos 4 días de camino; así hallarnos un pueblo que era de los caríos, los que más o menos eran fuertes de 300 hombres; también tomamos nosotros noticia de la tierra y ellos nos dieron buenos informes. Después de esto volvimos nosotros a las navecillas y navegamos el Paraboe aguas abajo y llegamos a una nación llamada los cherery; allí encontrarnos una carta de nuestro capitán general Albernuso Capessa de Bacha; esta carta decía, que había que ahorcar al indio principal de allí, Achere Nuestro capitán obedeció la tal orden sin perder un momento; por ello y en seguida se armó una guerra grande, como se oirá después. Ya que esto se había cumplido, a saber que el dicho indio había tenido que recibir la muerte de esta manera, emprendimos nosotros viaje aguas abajo al asiento Nostra Singnora de Sunssión, y anunciamos a nuestro capitán general Albernuiso Capessa de Bacha lo que nosotros en este viaje habíamos hecho y visto.

Capítulo XXXIII

Guerra contra Tabaré. Éste es vencido

Después de esto, dijo él al principal de los indios que estaba en el asiento Nostra Singnora que tenía que facilitarle 2.000 indios y marchar con los cristianos aguas arriba; los indios se ofrecieron de buena gana y prometieron obedecerle, y agregaron esto más, que él, nuestro capitán general, debería pensarlo bien primero y no lanzarse así no más tierra adentro; porque toda a provincia Dabre de los carios estaba alzada con todo su poder y se disponían a marchar contra los cristianos; porque este Dabre era hermano del Achere que había sido ahorcado, por eso quería él vengar aquella muerte.

Así pues, nuestro capitán general tuvo que dejarse de este viaje y a causa de esto prepararse y marchar contra sus enemigos. En seguida mandó de acuerdo con su hermano de adopción Marthín Domenigo Eyolla que tomase 400 hombres y 2.000 indios y marchase contra los susodichos daberés o carios y que a todos ellos juntos los expulsase o destruyese. Marthín Doménigo Eyolla obedeció la tal orden y marchó con esta gente de la ciudad Nostra Singnora y avanzó contra los enemigos, y primero hizo requerir al Dabero de parte de la Cesárea Majestad. Mas este Dabere no quiso ceder ni prestarse; tenía mucha gente reunida

y su pueblo bien fortificado con palizadas que es un muro hecho de maderos; de estos muros tenía el pueblo 3 a la redonda y zanjas muy anchas, como consta en el capítulo XXI; mas nosotros ya desde antes sabíamos qué valor darles a las tales cosas.

Así acampamos hasta el cuarto día en que ganamos la primera ventaja, y 3 horas antes de amanecer entramos al pueblo y matamos a todos los que encontramos y tomamos a muchas mujeres; que nos sirvieron de mucho después. En la tal escaramuza 18 cristianos murieron y muchísimos de los nuestros fueron heridos; ítem sucumbieron muchos de nuestros indios; pero no nos llevaron mucha ventaja, porque de la parte de ellos los muertos de los canibelless alcanzaron a los 3.000.

No se pasó mucho tiempo sin que viniesen Dabere con su gente a pedirnos perdón y nos rogaron que les quisiésemos devolver sus mujeres e hijos, porque así también él, Dabere y su gente nos servirían a los cristianos y serían nuestros súbditos. Lo cual tuvo que prometerle nuestro Capitán según las instrucciones de la Cesárea Majestad.

Capítulo XXXIV

Cabeza de Vaca sube a San Fernando a los payagua, guasarapos y sacociés

Después que estas paces se ajustaron volvimos a tomar aguas abajo del Paraboe a reunirnos con el capitán general de todos A[l]bernuso de Bacha y le hicimos relación de como nos había ido; así pues, resolvió él realizar su ya pensado viaje de marras, y pidió a Dabere que ya estaba pacificado, 2.000 indios armados que marchasen con él; y manifestaron su buena voluntad, y prometieron que siempre la tendrían; también mandó él que ellos, carios cargasen 9 navecillas bergentin. Eso que todo estuvo dispuesto, de los 800 hombres cristianos tomó él 500 y a los 300 los dejó él, en la ciudad Nostra Singnora de Sunssión, nombró un capitán llamado Jan Salleysser (Juan de Salazar) en seguida emprendió la marcha aguas arriba del Paraboe con los 500 cristianos y 2.000 indios.

Los carios tenían 83 conanen o esquifés y nosotros los cristianos teníamos 9 navíos bergentin y en cada uno de ellos 2 caballos pero a estos se los hizo caminar por tierra 100 millas y nosotros marchamos por agua hasta llegar a un cerro llamado Sannt Ferdinandt allí se embarcaron los caballos y de allí caminamos y llegamos a los payenbas enemigos nuestros; mas ellos no se dejaron estar sino que huyeron presto de allí con mujeres e hijos después de haber quemado sus casas. En seguida caminamos unas 100 millas más de marcha, en que no encontramos gente alguna; y después llegamos a una nación llamada baschereposs tienen pescado y carne; es una gran nación y se extiende por unas 100 millas y tienen hartas khannean y baste con lo dicho de esto; sus mujeres se tapan las vergüenzas, no quisieron saber nada con nosotros, sino que huyeron de allí. De estos llegamos a otra nación, llamada de los sueruekuessis donde en aquella ocasión estuvieron los 3 antedichos navíos; está a las 90 millas de los basherepass nos recibieron muy de a buenas, cada cual tiene casa sola para sí con su mujer e hijos. Los hombres tienen una rodelita de madera como ficha de damero colgada en el lóbulo de la oreja; las mujeres tienen una piedra gris de cristal que les cuelga de los labios, es del largo y grueso de un dedo son hermosas y andan en cueros vivos como nacieron. Ítem tienen algo de trigo turco manndech (mandioca o fariña), manduiss padades pescado y carne en abundancia; es una gran nación; nuestro capitán les hizo preguntar de una nación llamada karkhareiss Carcará, ítem más de los carios ellos no le pudieron dar noticias de los karckhareiss, pero en cuanto a los carios dijeron ellos, que estos estaban aun en sus casas; mas esto no era así.

Después de lo cual nuestro capitán mandó que se aprestasen; él quería marchar tierra adentro y dejó 150 hombres allí con los navíos y víveres para 2 años y se llevó los 350 hombres cristianos más los 18 caballos y los 2.000 carios, que con nosotros salieron de la ciudad de Nostra Singnora de Sancción, y se metió tierra adentro; pero poco fue el provecho que él sacó, porque no era el hombre para tanta empresa; a esto se agregaba que los capitanes y caballeros todos eran sus enemigos; a tal grado de demasía había llegado él en su modo de portarse con la gente de guerra.

Así pues, caminamos durante 18 días, en que no hallamos ni carios ni otra población alguna y no eran muchos los víveres [que nos quedaban], así que por eso nuestro capitán tuvo que contramarchar a los navíos y cuando dimos la vuelta nosotros envió él a un Español llamado Francisco Rieffere con otros 10 españoles armados para que pasasen adelante un buen trecho, les encargó que caminasen por 10 días, y si fuese el caso que durante este tiempo no diesen con gente alguna habían de volver atrás a buscarnos en los navíos, donde nosotros los esperaríamos. Allí encontraron ellos una gran nación de los indios, que también tienen algo de trigo turco manderoch y otras raíces más. Los españoles no se atrevieron a dejarse ver y se volvieron a nuestro real y dieron relación de ello al capitán general. Así pues, no hubo más sino que él en persona había de marchar tierra adentro, y se vio obligado a desistir por causa de las aguas que se lo impedían.

Capítulo XXXV

Viaje de Hernando Ribera a los orejones “sueruchuessis” y a los “acharés”

Mandó empero y ordenó disponer un navío con 80 hombres y nos nombró un capitán, llamado Ernando Rieffere y nos despachó aguas arriba del Paraboe a descubrir una nación llamada Scheruess de allí precisamente meternos tierra adentro unos 2 días de camino, y no más, trayéndole en seguida relación de la tierra y de los mismos indios. Y fue que en el primer día que nos separamos de ellos, a las 4 millas llegamos nosotros a otra nación llamada de los sueruckuessis y situada en la otra tierra; ellos viven en una isla, casi 30 millas de ancho y la rodea el agua corriente Paraboe, tienen para comer mannderoch meiss manduiscs padat[e]s mandepore porpy, buchakhu y otras raíces más, ítem pescado y carne, son los hombres y las mujeres precisamente como entre los antedichos sueruekuissy. Nos quedamos este día con ellos y al otro volvimos a partir; y nos llevamos 10 kannanen o esquifes de estos indios para que nos mostrasen el camino, cazaban salvajinas del campodos veces por día, como también pescaban y con ello nos obsequiaban. En este viaje demoramos nosotros 9 días de tiempo y en seguida llegamos a una nación llamada de los acheress. Hay muchas poblaciones unas cerca de otras; es gente alta y gruesa, hombres y mujeres, que los iguale nada he visto en todo el Río delle Plata. Estos achares están a 36 millas de los dichos sueruekuessis más inmediatos; no tienen más de comer que pescado y carne; las mujeres no se tapan las vergüenzas Con estos acheress nos quedamos un día entero. Aquí los dichos sueruekuessis se volvieron otra vez con sus 10 kannanen a su pueblo. En seguida Ernando Rieffere nuestro capitán, les hizo saber a los achares que tenían que mostrarnos el camino a los scherues y se prestaron ellos gustosos, y nos acompañaron de su pueblo con 8 cananen y nos procuraban, dos veces por día, pescado y carne, con lo que nosotros teníamos de comer en abundancia.

Por qué esta nación se llama acheres es la razón achere es un pez que tiene el cuero tan duro que uno no lo puede herir con un cuchillo, ni menos penetrarle una flecha de los indios; es un pez grande, y les hace mucho mal a los demás peces; ítem sus huevas u ovas,

que de suyo pone en tierra, a unos dos o tres pasos del agua, saben como a almizcle; es bueno para comer, la cola es lo mejor; lo demás también no es dañoso; vive siempre en el agua. Ítem aquí en nuestra Alemania se lo tiene por una bestia dañosa y asquerosa y lo llaman basiliesckh y se cuenta, que si uno lo mira a este pescado de suerte que éste le haga llegar el aliento, por fuerza tiene él que morir, lo que es una verdad sin vuelta, porque el hombre tiene que morir y nada es más sabido. También se cuenta que si uno de éstos se cría y es visto en un pozo, que no hay más medio de acabar con este pez que el de mostrarle un espejo y tenérselo por delante, para que allí él mismo se mire, porque así al ver allí su propia fealdad tendrá que caer muerto al punto. Pero las tales consejas del dicho pez son pura fábula y sin valor; porque de ser verdad, cien veces debería haberme muerto, porque más de 3.000 de estos peces he cogido y comido yo; no hubiese escrito tanto acerca de este pez si yo no hubiese tenido una razón conocida: en Munich, en la casa de campo del duque Alberto, nuestro finado señor.

Capítulo XXXVI

Llegan a los "scheruess" y son bien recibidos por ellos

Después de esto llegamos a los scheruess hasta donde de los acheres se cuentan 38 millas que las hicimos en 9 días es una nación grande, pero no era esta justamente la nación en que vivía el rey mas estos scherues con quienes habíamos dado usan bigote y llevan un redondel de palo colgado en el lóbulo de las orejas y la oreja abraza el redondel de palo, cosa que maravilla de ver. Ítem más los hombres tienen en el labio una piedra ancha de cristal azul muy parecida a una dama. Ítem más se pintan el cuerpo de azul desde arriba hasta las rodillas, y la cosa se parece a algo como calzas pintadas.

Pero las mujeres se embijan de otra manera, también de azul desde los pechos hasta las vergüenzas, tan artísticamente, que así no más, fuera de allí, no se hallaría un pintor que lo imitase; ellas andan como las echó al mundo la madre, y son hermosas a su manera, y muy bien que saben pecar estando a oscuras.

Con estos scherues nos quedamos un día y navegamos desde allí hasta llegar en 3 días a lo de un rey, que está a 14 millas de allá [su gente]. Se llaman también scherues pero su tierra no tiene más que 4 millas de camino de ancho; también tiene él un pueblo situado a orillas del agua Paraboe. Allí dejamos nuestro navío con 12 españoles, que lo cuiden, para que cuando llegásemos nos sirviese de amparo; les encargamos también a estos scherues en el propio pueblo, que tenían que portarse como buenos amigos con los cristianos, como que también así lo hicieron.

Así pues nos quedamos 2 días enteros en el pueblo y nos aprestamos para el viaje y nos tomamos cuanto nos hacía falta; después cruzamos el agua Paraboe y llegamos a lo del rey, allá donde vive en persona. Y allí cuando llegamos nosotros como a una milla de distancia, entonces nos salió al encuentro el rey de los scherues con 12.000 hombres y tal vez más, en una pampa y en son de paz. El camino por donde andaban ellos era de 8 pasos de ancho; el tal camino estaba entapizado con puras flores y pasto hasta el pueblo, así que no se podía dar con una piedra, palo o paja alguna; también el rey se traía su música consigo, tal y como el caramillo entre nosotros; también había mandado el rey que para esta ocasión se corriesen venados y otras salvajinas, a uno y otro lado del camino; así por suerte ellos habían cogido 30 venados y 20 abestraussen (avestruces, o ñandú) y era cosa de alegrarse de ver.

Y cuando nosotros hubimos ya llegado a su pueblo, hizo el rey que cada 2 cristianos entrasen en una casa, y que nuestro capitán junto con su servidumbre pasase a la casa

real; después de esto el rey de los scherues encargó a sus súbditos, que nos diesen lo que nos hacía falta. También el rey reunió su corte a su manera como el más poderoso señor de la tierra; hay que hacerle música a la mesa cuantas veces se le antoja; entonces los hombres y las mujeres más hermosas tienen por obligación que bailarle; el tal baile de ellos es cosa de verse como maravilla, en especial para nosotros los cristianos, de suerte que uno tiene que olvidarse hasta de su boca

Esta gente se parece a los scherues de los que se dijo ya más atrás. Sus mujeres hacen unas mantas grandes de algodón, tan sutiles como tela de Arlas en las que ellas después, bordan varias figuras como ser venados avestruces, ovejas de Indias (llamas o guanacos), o lo que sea que se puede. En las tales mantas duermen cuando hace frío, o se sientan sobre ellas, según la necesidad o el antojo del momento. Estas mujeres son muy hermosas y grandes enamoradas muy corrientes y de naturaleza muy ardiente a mi modo de ver.

Allí nos demoramos unos 4 días, y en ese tiempo el rey preguntó a nuestro capitán cual era nuestro deseo e intención, y hacia donde queríamos marchar. A esto contestó nuestro capitán que él buscaba oro y plata. También le dio el rey una corona de oro que pesaba casi un marco y medio ítem una plenschen de oro, que alcanzaba a jeme y medio de largo y a medio jeme de ancho; también un prusselch esto es, un medio harnischs y otras cosas más de plata, y dijo después a nuestro capitán, que él ya no tenía más oro ni plata y que estas susodichas piezas las había tomado de los amossenes en la guerra en tiempos atrás. Y entonces él se hizo oír acerca de los amossenes y nos dio a entender cuán grande era su riqueza, así que nos alegramos mucho; y luego al punto preguntó nuestro capitán al rey si podríamos nosotros llegar allí por agua con nuestros navíos y qué distancia habría hasta los dichos amossenes. A lo que contestó el rey, que no podríamos nosotros llegar allí por agua, sino que tendríamos que marchar por tierra y habría que andar 2 meses de tiempo uno enseguida de otro. Así resolvimos nosotros caminar a los dichos amossenes como se pasará a contar.

Capítulo XXXVII

Buscan a los amossenes y pasan por los syeberis y ortueses

Las mujeres de estos amossenes no tienen más que un pecho y sólo se juntan con sus maridos 3 ó 4 veces en el año, y si de este contacto con el marido quedan preñadas de varón, se lo mandan ellas a que se esté con el marido; mas si resulta mujer, la conservan a su lado y ellas no más le queman el pecho derecho, para que no pueda criarse más. Pero la razón es esta, para hacerse diestras y poder manejar sus armas, los arcos; porque son mujeres de pelea y hacen guerra contra sus enemigos.

También estas mujeres viven en una isla que está rodeada de agua a la vuelta y es una isla grande; si se quiere llegar allá hay que ir en cannaen pero en esta isla los amossenes no tienen ni oro ni sino en Terra ferma (tierra firme), esto es, tierra adentro, allí donde viven los maridos, ellos son los que tienen grandes riquezas. Es una nación grande y rey poderoso que parece llamarse Jegiuss como también lo demuestra el lugar.

Ahora nuestro capitán Ernando Rieffiro pidió al dicho rey de los scherueses que nos facilitase algunos hombres de su gente, porque él quería marchar tierra adentro y buscar a los susodichos amossenes para que así los scherues cargasen nuestro botín y nos mostrasen el camino; de su parte el rey se hallaba dispuesto, mas demostró a las claras, que la tierra en este tiempo estaba anegada y que no era bueno por ahora viajar tierra adentro; mas nosotros no quisimos creer, sino que le exigimos los indios, así pues él le dio a nuestro capitán para

su persona 20 hombres, que debían cargarle el botín y los víveres, y a cada uno de nosotros 5 indios para que nos sirviesen y cargasen lo que hacía falta, porque teníamos que caminar 8 días en que no encontraríamos más indios.

Así llegamos a una nación llamada de los syeberiss se parecen a los scherues en la lengua y en otras cosas. Estos 8 días caminamos nosotros siempre y siempre en el agua hasta la cintura y la rodilla, día y noche, así que de allí no podíamos ni sabíamos como salir. Si se nos ofrecía hacer fuego, teníamos que amontonar trozos grandes unos sobre otros y hacer el fuego encima; y aconteció muchas veces, que la olla en que teníamos la comida junto con el fuego se caían al agua y nos quedábamos por lo tanto sin comer; tampoco teníamos descanso, ni de día ni de noche, a causa de las pequeñas moscas que no nos dejaban dormir.

Así preguntamos nosotros a los syeberís si aun nos quedaba agua más adelante; dijeron ellos, que teníamos que andar aun 4 días enteros por el agua y de ahí todavía más de 5 por tierra, y que así llegaríamos a una nación llamada orthuessen y nos dieron también a entender que éramos nosotros muy pocos, y que convenía nos volviésemos. Mas nosotros no quisimos hacer tal cosa por considerar a los scherues antes bien estuvimos por despachar de vuelta a sus casas y su pueblo a los scherues que nos acompañaban, mas ellos, los dichos scherues se negaron a hacerlo, porque su rey les había encargado, que no nos dejaran sino que nos sirviesen mientras no regresásemos nosotros otra vez de tierra adentro. Así pues los dichos syeberís nos dieron 10 hombres para que junto con los scherues nos mostrasen el camino a los ortheuesen Así marchamos nosotros 7 días más por el agua que nos daba a la cintura o a la rodilla. La tal agua estaba tan caldeada como si hubiese estado al fuego; esta agua también teníamos que beber, visto que con otra no contábamos. Pero era cosa como para creer que se trataba de un agua corriente lo que no era así, sino que por aquel tiempo mismo había llovido tanto que la tierra estaba llena de agua, porque la tierra es una planicie llana; con el tiempo quedamos bien escarmentados de la tal agua, corno oiréis más tarde.

Después de esto el día 9 entre 10 y 11 del día llegamos al pueblo de los ortheueser y eso que fueron ya las 12 recién llegamos a la plaza en el pueblo, allí donde estaba la casa del principal de los ortheuesen.

Pero casualmente por ese tiempo había una peste grande entre los orthuessen, de pura hambre, porque no tenían qué comer; a causa de que los duckhuss o langosta por segunda vez y casi por completo les había comido y destruido el maíz y el fruto de los árboles.

Cuando nosotros los cristianos tal cosa comprendimos y vimos nos alarmamos mucho y nos convencimos que no podíamos quedar mucho tiempo en la tierra, porque nosotros tampoco teníamos mucho de comer. Así pues nuestro capitán le averiguó al principal de ellos acerca de los amosenes y él le contó, que necesitábamos un mes entero hasta llegar a los amosenes y más aun, que toda la tierra estaba llena de agua, como que al fin y al cabo así se dejaba ver.

Aquí fue que el principal de los ortheueses dio a nuestro capitán 4 plenschen de oro y 4 argollas de plata, que se ponen en los brazos pero las plenschen las usan los indios en la frente como adorno, así como en esta tierra los grandes señores usan ricas cadenas en los cuellos. En cambio de estas cosas nuestro capitán dio a este indio principal hacha, cuchillo, rosario, tijera y otras baratijas más, de las que se fabrican en Niremberga; de buena gana les hubiésemos sacado más cosas, pero no nos atrevimos, porque nosotros los cristianos éramos muy pocos, y por lo mismo había que desconfiar; los indios eran muchos, al grado que yo jamás en todas las indias he visto pueblo más grande ni más gente junta, y eso que he andado la ceca y la meca. Esta peste de los indios, por lo que tantos morían de hambre,

fue, a no dudarlo, nuestra salvación, porque de lo contrario lo probable es que los cristianos no hubiesen salido de allí con vida.

Capítulo XXXVIII

Regreso de Hernando de Ribera. Sublevación de la gente

Después de esto contramarchamos a los antedichos syeborís y scherues. Nosotros los cristianos también estábamos mal provistos de víveres, no teníamos otra cosa de comer que una pãmb llamada palmides y cardes y otras raíces del campo que se crían bajo de tierra.

Cuando llegamos nosotros a los scherues estaba nuestra gente a la muerte de enferma por causa del agua, y de las necesidades que en este viaje habíamos sufrido; porque por 30 días y noches seguidas habíamos estado en el agua, y de la misma habíamos bebido. Así nos quedamos allí entre los scherues, donde vive el Rey, unos 4 días; nos trataron muy bien y nos sirvieron al pensamiento, y el Rey encargó a sus súbditos que nos cuidasen y nos diesen cuanto nos hacía falta.

Así en este viaje cada uno de nosotros se había ganado un valor como de 200 ducados sólo en mantas de algodón de indias y plata, que les habíamos comprado a ocultas, y sin que se sepa, por cuchillos, rosarios, tijeras y espejos.

Después de todo esto volvimos a navegar aguas abajo a juntarnos con nuestro capitán general Alwiso Capessa de Bacha [Luego que llegamos a los navíos, ordenó él, Albernunzo Capessa de Bacha] que so pena de la vida ni uno de nosotros se moviese de los navíos, y se vino a vernos, él mismo in personâ, e hizo prender a nuestro capitán Ernando Rieffira (Hernando de Ribera), y nos quitó [a los soldados cuanto] habíamos traído de tierra adentro, y por último y para colmo de todo, quería hacer ahorcar en un árbol a nuestro capitán Ernando Rieffere. Mas nosotros, que aun estábamos en el navío bergentin cuando supimos de la tal cosa, armamos un gran alboroto, juntándonos con otros buenos amigos, con que contábamos en tierra, contra nuestro capitán dicho general Alberniso (Alvar Núñez) Capessa de Bacha, es decir, para obligarlo a que soltase y dejase libre a nuestro capitán Ernando Rieffere, como también que nos devolviese íntegramente lo nuestro que nos había robado y quitado, y que si no, otro tanto le haríamos a él. Cuando él, Alwiso Capessa de Bacha se apercibió del alboroto nuestro, y se dio cuenta de nuestras malas intenciones tuvo a bien, porque ello no pasase de ahí, poner en libertad a nuestro capitán, nos devolvió también todo lo que nos había quitado y nos habló con buenas palabras, y sólo así quedamos satisfechos. Mas como le fue después bien se enteró él: va enseguida.

Y después de todo esto, cuando ya todo había sosegado, pidió él a nuestro capitán Ernando Rieffire y a nosotros que le diésemos una relación de la tierra y que le contásemos como había sucedido que tanto nos habíamos demorado, como que en seguida le dimos una relación, con la que quedó muy contento. Que él así nos había recibido, prendiendo a nuestro capitán, y quitándonos lo nuestro, sólo se debía a que nosotros no habíamos obedecido su mandato; porque él no nos había dado más orden, que la de no pasar más allá de los scheruyes y de allí 4 días de viaje la tierra adentro; de todo lo cual debíamos traerle relación y de allí volvernos. En lugar de lo cual anduvimos 18 días de los scherues tierra adentro.

Capítulo XXXIX

Impopularidad de Cabeza de Vaca. Matanza de los suerucuesis

Pero ahora se le antojó al dicho nuestro capitán general, por la relación que le habíamos hecho, marchar con toda la gente a la tierra que nosotros habíamos visitado. Mas nosotros

los soldados por nada quisimos consentirlo, ni menos en esta estación en que la tierra está anegada; por otro lado la mayor parte de la gente no solo estaba muy enferma y cansada, sino que tampoco tenía ya mayor respecto por el dicho capitán Aluiso Capessa de Bacha; algo más, era cosa bien sabida entre el común de la gente o soldados, que se trataba de un hombre que jamás en la vida había tenido idea propia ni habilidad para mandar

Así permanecimos nosotros unos 2 meses entre los susodichos syeberis. Por este tiempo una fiebre lo tomó al capitán general Aluiso Capessa de Bacha, así que cayó gravemente enfermo; acaso no se hubiese perdido gran cosa si en esta vez hubiese fallecido; porque lo que era él bien poco valía para con nosotros. En esta tierra de los suerachkuesys no he visto indio alguno que alcanzase a los 40 ó 50 años de edad, porque en mi vida he visto tierra más mal sana, por hallarse en una región en que el sol se eleva más; es casi tan apestada como Santo Tomé Allá entre los suerukhues vi yo la constelación Ursa Major; porque nosotros habíamos echado menos a las tales estrellas en el cielo desde que pasamos la isla Sant Augo como se dijo en la foja 4

Pero en esto, nuestro capitán general, con ser que estaba tan enfermo, mandó a 150 hombres cristianos y a 2.000 indios carios, a quienes envió con 4 navíos bergentín distancia de 4 millas a la isla sueruekues y les ordenó que matasen y tomasen prisioneros a esta gente sueruekues, y que cuidasen de acabar con todo el que tuviese 50 ó 40 años de edad. De como los dichos sueruekues nos habían hospedado antes de esto, ya lo he contado en la foja 33 mas como les correspondimos nosotros y las gracias que les dimos es lo que tengo que recordar. Dios sabe que les obramos injusticia.

Y cuando llegamos al pueblo de ellos, que no sospechaban tal cosa, salieron de sus casas a encontrarnos de paz, armados con sus armas, arcsos y flechas; mas como en seguida se armase un alboroto entre los carios y los sueruekues, al punto nosotros los cristianos disparamos nuestros arcabuces y volteamos a muchos; también tomamos hasta unos 2.000 prisioneros, hombres y mujeres, chicos y chicas, después quemamos sus pueblos y les quitamos cuanto tenían: en esa vez se llevó a cabo el pillaje como suele ser de práctica en tales malones

En seguida volvimos a bajar adonde estaba nuestro capitán Aluiso Capessa de Bacha, quien quedó muy contento con esto que habíamos hecho. Después de lo cual, en vista de que la más de la gente nuestra se hallaba enferma, y que le tenía poca ley al capitán general, comprendió él con esto que no remediaría nada con ellos; así pues dispuso, e hizo que preparasen los navíos y juntos navegaron de allí aguas abajo del Paraboe y llegaron a la ciudad Nostra Singnora de Sunsión, donde nosotros más antes habíamos dejado a los otros cristianos. Allí se enfermó nuestro capitán general de fiebre y se estuvo 14 días metido en su casa: era más por pretexto, y por darse importancia, y no tanto por enfermedad, que no se comunicaba con la gente, pero se había portado con ella de una manera muy impropia; porque un señor o capitán que pretende gobernar un país ha de dar buena salida a todos, a los más chicos como a los más grandes, y mostrarse bien inclinado a todos los hombres.

Ítem más, a tal persona le ha de convenir que él se porte y obre según y como ha de ser él acatado y respetado, ser más discreto y saber más que los otros que él manda; porque sienta mal y es bochornoso que un hombre acreciente honores y no también saber; tampoco deberá andar pavoneándose por su alto puesto, despreciando a los demás, como el muy fatuo y orgulloso soldadote Traso en Terencio. Porque cada capitán se nombra para bien de sus lansquenets y no se recluta la tropa para bien de su capitán.

Capítulo XL

Prisión de Cabeza de Vaca. -Su deportación a España. -Elección de Martínez de Irala
Mas en este caso no se guardó respeto alguno a la persona, sino que este nuestro capitán en todas las cosas quiso obedecerá su propia inspiración lleno de humos y de arrogancia.

Entonces resolvió todo el común, nobles y plebeyos, hacer junta y asamblea; pretendían prender a este capitán general Aluiso Capessa de Bacha y mandárselo a la Cesárea Majestad, haciéndole saber a Su Majestad las bellas cualidades de aquél, cómo se había portado con nosotros, y cómo había entendido él que debía gobernar, con muchos otros cargos más. Enseguida, según lo convenido, se buscaron a estos 4 señores, a saber: el veedor, tesorero y escribano, puestos por la Cesárea Majestad cuyos nombres eran Aluiso Gabrero (Alonso Cabrera), thonn Francisco Manthossa, Gartzo Hannego (García Benegas), Pfielogo de Gastro (Felipe de Cáceres) y tomaron consigo 200 soldados o lanskenetes y después se apoderaron de la persona de Aluiso Capessa de Bacha, nuestro capitán general, cuando él de tal cosa nada sospechaba. Y esto sucedió el día de San Marcos (Abril 25), año de 1553. Tuvieron preso al dicho Aluiso Capessa de Bacha un año entero hasta que se dispuso un navío llamado Carabela, provisto de víveres y de marineros y de lo que éstos podían necesitar en la mar, en la que en seguida despacharon al tantas veces nombrado Aluiso Capessa de Bacha a Spania junto con dos señores más de los de la Cesárea Majestad.

Después de esto no hubo más que elegir a otro que rigiese y gobernase en la tierra, hasta tanto la Cesárea Majestad misma proveyese alguno a la vacante; y en seguida tuvimos a bien, de acuerdo con el parecer y voluntad del común que se efigiese a Marthín Doménigo Eyolla de capitán en la misma capacidad con que antes había gobernado la tierra, muy particularmente porque la gente de pelea se llevaba bien con él, y los más estaban contentos con él; esto no obstante, entre ellos había algunos, que habían sido amigos del ya dicho capitán general nuestro que fue Aluiso Capessa de Bacha; a éstos no les hizo mucha gracia la cosa, mas no hicimos mucho caso de ello.

Por este tiempo me sentí mal y enfermo de hidropesía que yo y mis camaradas conmigo habíamos sacado de los orthueses allí donde por tanto tiempo anduvimos en el agua, como se dijo ya, y fue tan grande la miseria porque pasamos; en esa ocasión enfermaron 80 de los nuestros y sólo unos 30 escaparon con vida de sus dolencias.

Capítulo XLI

Discordia entre los cristianos. -Alzamiento, de los carios. -Yápirús y batatáes ayudan a los españoles

Y cuando ya lo habían despachado a Aluiso Capessa de Bacha a Hispaniam nosotros mismos los cristianos entramos en tal discordia que ya no podíamos avenirnos, uno con otro nos peleábamos día y noche, de suerte que parecía como si el mismo diablo metido entre nosotros nos mandaba, y nadie se creía seguro con los demás. La tal guerra entre nosotros mismo duró dos años largos por causa de Aluiso Capessa de Bacha; y cuando en este estado de cosas vieron los carios, nuestros amigos de marras, que nosotros los mismos cristianos andábamos desunidos, y cómo nos traicionábamos y dividíamos, no quedaron con muy buena idea de nosotros, sino que se sacaron la cuenta que todo reino que está dividido y se desune tiene que perderse. Por esto entre ellos se arreglaron y convinieron e hicieron reunión al objeto de matarnos a los cristianos y arrojarnos de la tierra. Mas Dios, el Todopoderoso, ¡loado sea siempre y eternamente!, no condescendió con estos carios hasta dejarlos que se saliesen con la suya. Porque toda la provincia de los carios, y otras naciones más, los

Aigaiss estaban alzados contra nosotros los cristianos. Mas cuando esto comprendimos tuvimos que hacer las paces entre nosotros los cristianos hicimos también alianza con otras dos naciones llamadas, la primera de los jheperus y la segunda de los batatheiss, entre las dos serían fuertes como de 5.000 hombres, no tienen más comida que pescado y carne; es gente buena para la pelea por tierra y por agua, pero los más por tierra. Sus armas son tardes del largo de media lanza, sin ser tan gruesos, y para puntas les hacen unas como de arpón o de centella de un pedernal; y bajo del cinto llevan una clava, de 4 jemes de largo con una porra en la punta. Cada indio de éstos de pelea carga 10 o 12 palillos [o sea, tantos] como quiere, y de un buen jeme de largo, y adelante una punta, que es el diente ancho y largo de un pescado, llamado en español polmeda se parece a una tenca; este diente corta como una navaja de afeitar. Pero ahora les contaré lo que con los palillos hacen o para qué les sirven.

En primer lugar, pelean con los susodichos tardes y es así que si triunfan de sus enemigos, y éstos tratan de huir, entonces se dejan de los tardes y corren en pos de ellos, y en seguida arrojan aquéllos las macanas a los pies de éstos, que tienen que caer al suelo; y una vez que los han volteado, poco cuidado se les da, si los tales aun están medio vivos o muertos del todo, sino que al instante les siegan la cabeza con el dicho diente de pescado; y a la tal degollatina la hacen con tal rapidez, que en un instante puede uno acabar o pasar de una vida a la otra; después meten el diente bajo del cinto o lo que sea con que se ciñen.

Pero ahora véase lo que después hace él con la cabeza del hombre y para qué le sirve. Pues es el caso, si la ocasión se ofrece, después de una escaramuza como ésta, toma él la cabeza humana y la desuella, cabello y todo, de las orejas arriba, en seguida toma este pellejo, tal como se ha dicho, lo rellena y deja que se endurezca, en seguida toma el pellejo ya duro y lo arregla sobre una pértiga y lo planta en su casa o habitación para recuerdo, tal y como un caballero, o capitán, en este país que tiene un pendón lo cuelga en las iglesias.

Pero con esto vuelvo yo al asunto principal, y de estas cosas trataré muy en breve; este ejército de jeperuss y batateiss se nos juntó en número de unos 1.000 hombres de pelea; y con esto nos agramos mucho.

Capítulo XLII

Los cristianos, con auxilio de los yeperú y batatá, ganan los pueblos de la frontera y Carayebá

En seguida salimos de la ciudad Nostra Singnora de Sunssión, con nuestro capitán general, 350 cristianos y estos 1.000 indios, con los que a cada cristiano le tocaban de a 3 indios que le sirvan, como lo había dispuesto y ordenado nuestro capitán; y después de esto llegamos a 3 millas de donde nuestros enemigos estaban acampados en la pampa fuertes de unos 15.000 hombres de los carios y se habían colocado muy bien; cuando nosotros nos pusimos como a una media legua de ellos no quisimos hacer nada en ese mismo día, porque estábamos muy cansados y también llovía, por eso hicimos alto en el bosque, adonde acampamos esa misma noche; y al otro día les llevamos el ataque, como a las 6, y como a las 7 nos encontramos con ellos, los carios enemigos, y nos batimos como hasta las 10, hora en que tuvieron que disparar y tomaron hacia un pueblo a 4 millas de distancia que ellos habían fortificado y se llamaba Frondiére su capitán indio se llamaba Machkaria En esta escaramuza murieron de parte de los enemigos, es decir, de los que nosotros matamos, unos 2.000 hombres, cuyas cabezas allí no más se las llevaron los geberus también de nuestra parte sucumbieron 10 hombres de los geberus y batatheis como unos 40 hombres, sin contar

los que habían sido heridos por los enemigos, que nosotros a la ciudad Nostra Singnora de Sunssión. Mas nosotros con nuestras fuerzas a nuestros enemigos hasta su pueblo Froendiere donde se hallaba el principal Marchkayrio de los carios. Pero sucedía que estos mismos carios habían defendido su pueblo con 3 palizadas construidas de madera, en forma de muro; estos postes eran del grueso de la cintura de un hombre o más, y desde el suelo se levantaban unas 3 brazadas y lo enterrado sería como del alto de un hombre.

Ítem más tenían de aquellos hoyos en que habían clavado 5 ó 6 estacas pequeñas, afiladas como agujas, y plantadas en cada hoyo, de las que ya se dijo algo en el capítulo XXI ahora este pueblo de ellos era muy fuerte, y en él había mucha chusma, para no decir nada de la gente de pelea. Aunque los asediamos durante 3 días, no les pudimos hacer nada, ni sacarles ventaja alguna hasta que Dios Todopoderoso nos prestó su Divina ayuda contra ellos, con la que pudimos más que ellos Con apuro fabricamos unas grandes rodelas o paveses con cueros de venado o de annda esta es una gran bestia, como mula de cuenta, es oscura, los pies como de vaca, pero en todo lo demás se parece a un burro; son buenos para comer, y los hay en gran cantidad en la tierra; el cuero es de medio dedo de grueso. Repartimos nosotros los tales paveses. Paveses como éstos dimos a cada un indio de los geberas y también una buena hacha a cada otro indio; para cada dos indios se dispuso también un arcabucero; paveses como éstos se habían preparado en número de 400.

En seguida volvimos a atacar el pueblo enemigo por tres puntos, entre las 2 y 3 del día; y antes que pasasen 3 horas ya estaban las 3 pallasaitenn del todo destruidas y franqueadas; después de esto llegamos con toda la gente al pueblo y dimos muerte a mucha gente, hombres, mujeres y niños, pero los más de la gente se escaparon de allí, porque huyeron a otro pueblo que estaba a 20 millas de este pueblo Froendere y se llamaba Kharaiaba A este pueblo también lo habían fortificado ellos en toda regla y a más una gruesa suma de gente reunida de los carios éstos. Y estaba este pueblo situado muy cerca de la ceja de un espeso bosque, al objeto de que si llegase el caso de que nosotros los cristianos ganásemos también este pueblo, pudiesen los carios contar con el bosque de amparo, como se oirá más tarde.

Ahora después nosotros los cristianos con nuestro capitán Marthin Doménigo Eyolla y los antedichos geberus y batatheis alcanzamos a nuestros enemigos los carios, en este pueblo Karaieba a eso de las 5 de la tarde, y emprendimos el sitio para atacar por tres costados del pueblo, dejamos también un pelotón (de soldados) escondidos en el bosque esa noche; a la noche también nos llegó refuerzo de la ciudad Nostra Singnora de Sunssión, 200 cristianos y 500 geberus y bathadeis; porque era el caso que mucha gente de la nuestra, cristianos e indios habían sido heridos delante del susodicho pueblo, así que los tuvimos que hacer volver, por eso nos venía esta gente de refresco, así que éramos nosotros 450 cristianos y 1.300 geberus y bathadeis.

Pero a esto nuestros enemigos habían fortificado y asegurado tan bien este su pueblo Karaiba, tal vez como jamás antes se había hecho, es decir con palasaiten y muchos fosos. Ítem más, habían ellos preparado unas cuevas de maderos en forma de trampas de ratones; si éstas hubiesen salido al colmo de sus deseos, cada una de ellas nos hubiese muerto hasta 20 ó 30; de las tales se habían construido muchas cerca de este su pueblo. Mas Dios el Todopoderoso nada de esto permitió; ¡sea Él alabado y loado eternamente!

Delante de este su pueblo Karayeba estuvimos acampados 4 días, sin poderles sacar ventaja alguna, y al cabo por traición, que nunca falta en el mundo, allá vino un indio de los enemigos carios durante la noche a nuestro real a ver a nuestro capitán Marthin Doménigo Eyolla; era aquél un principal de los carios y a él obedecía el pueblo. Este pidió

que no le quemásemos ni destruyésemos su pueblo, que él nos mostraría cómo y de qué manera era de tomarlo; así le prometió nuestro capitán que no permitiría que le hiciesen mal. Después de lo cual este carios nos mostró un camino escusado en el bosque por el que deberíamos nosotros llegar al pueblo, y dijo que él encendería fuego en el dicho pueblo cuando llegase el momento de meternos en él. Como que todo sucedió tal cual se había arreglado y mucha gente pereció a manos de nosotros los cristianos y fue destruida; y los que a la fuga se dieron cayeron en manos de sus enemigos los geberus que destruyeron y mataron a los más; pero a las mujeres y a los niños no los tenían esta vez consigo, sino a 4 millas de allí en un bosque muy extenso.

Pero la gente de los carios que logró salvarse de esta escaramuza huyó a lo de otro principal de los indios que se llamaba Thabere y su pueblo Juberick Sabye que estaba a 140 millas de este pueblo Kharayeba. Allí no pudimos ni perseguirlos ni seguirlos nosotros, porque todo lo que estaba en el camino se había talado y destruido, así que nosotros no pudiésemos hallar qué comer; con todo nos quedamos allí en el pueblo Karayeba 14 días enteros, mientras sanaban los que estaban heridos y descansaban esos días.

Capítulo XLIII

Toma del pueblo Juerich Sabayé. -Perdón de Thabéré

Entonces regresamos a nuestra ciudad, Nostra Singnora de Sunssión, con miras de navegar aguas arriba a buscar el susodicho pueblo Juerich Sabaye donde vivía el principal de los thabere. Cuando nosotros ya hubimos llegado a nuestra ciudad Nostra Singnora, nos quedamos allí 14 días mientras nos proveíamos para el viaje de toda clase de municiones y víveres. Así, pues, volvió a tomar nuestro capitán gente de refresco de los cristianos y de los indios, porque muchos estaban heridos y enfermos, y en seguida navegó aguas arriba del Paraboe a lo de nuestros enemigos juerich sabaoe con 9 navíos pergentin y 200 canaen y había los 400 cristianos nuestros y 1.500 indios de los geberus. Hay 46 millas de la ciudad Nostra Singnora de Sunssión a los Jeruich Saboe donde se habían refugiado nuestros enemigos los Karaeba. El mismo día nos salió al encuentro el antedicho principal de los carios, el que nos había entregado el pueblo a traición, y se trajo consigo 1.000 carios para ayudarnos contra los dichos thaberes.

Luego que nuestro capitán hubo reunido toda esta gente por tierra y agua, y como a 2 millas de distancia de los enemigos juerich sabie, al punto envió nuestro capitán Marthin Doménigo Eyolla dos indios de los carios a sus enemigos en el pueblo para anunciarles, que estos cristianos estaban otra vez por allá, y les hizo decir que debían volverse a su tierra, cada cual a su mujer y a sus hijos, y que debían estar sujetos a los cristianos y volverles a servir, como lo habían hecho antes de eso; pero que si ellos no querían a todos los arrojaría de la tierra. A lo que contestó el caudillo carios, el Thabéré que le anunciase al capitán de los cristianos que no querían saber nada con los cristianos y que se atreviese no más a venir que ellos nos habían de dar la muerte con huesos también castigaron a nuestros dos indios malamente con palos y les dijeron que se mandasen mudar presto del real de ellos, porque de no los habían de matar.

Ahora pues estos dos mansseschere se presentaron a nuestro capitán y le dieron el manssache de cómo les había ido, con esto nuestro capitán Marthin Domenigo Eyolla se alzó, y nosotros con él, y marchamos contra nuestro enemigo Thabere y los carios, en seguida nos formamos y repartimos la gente en 4 divisiones.

Así llegamos nosotros a un agua corriente, que en su lengua india se llama Schueschieu es tan ancha como el Danubio aquí en este país y como hasta la cintura de un hombre de hondura, o más en algunas partes; pero la tal agua se aumenta mucho en su tiempo, y causa grandes perjuicios en la tierra, así que no se puede viajar por ella.

Y como nosotros teníamos que pasar esta agua, estaba el enemigo con su real del otro lado de ella y por eso nos hicieron gran resistencia y daño al pasar, así que creo yo que esta vez, (el favor de Dios mediante, se entiende) a no ser los arcabuces no hubiese escapado uno de nosotros con vida del lance. Y tanto nos favoreció Dios el Todopoderoso que nosotros pasamos al otro lado del agua, mediante su Divina bendición y pisamos tierra. Cuando los enemigos la tal cosa vieron, al punto huyeron a su pueblo, que estaba a media milla del agua. Luego que nosotros lo vimos los perseguimos con toda nuestra gente y llegamos al pueblo al mismo tiempo que ellos y le pusimos cerco, así que nadie podía salir ni entrar, nos armamos también después sin perder un momento con nuestros pawessen y hachas, tal y como antes se dijo. Así no estuvimos más tiempo acampados delante del dicho pueblo que desde la mañana hasta la noche, en que Dios el Todopoderoso nos favoreció, de suerte que los derrotamos y salimos vencedores; tomamos el pueblo y matamos mucha gente. Pero ya antes de entrar en pelea nos había encargado nuestro capitán que no matásemos ni a mujeres ni a niños, sino que los tomásemos prisioneros, como que así lo cumplimos nosotros y obedecimos su encargo. Los hombres, empero, cuantos pudimos alcanzar, tuvieron todos que morir. También nuestros amigos los geberus se trajeron unas 1.000 cabezas de nuestros enemigos carios.

Ahora, después que todo esto había sucedido, llegaron por aquel tiempo aquellos carios, que habían salvado de allí junto con su principal Thabere y otros de sus principales y pidieron, perdón a nuestro capitán, con tal que les devolviese sus mujeres e hijos, que así volverían a ser los buenos amigos de antes y que nos servirían con toda humildad. Así, pues, nuestro capitán les prometió perdón y entró a favorecerlos; y después de esto se hicieron buenos amigos, hasta que yo salí de la tierra. Año y medio duró esta guerra con los carios, así que durante este tiempo no hubo paz con nosotros y no podíamos estar seguros a causa de ellos. Esta campaña y guerra con los carios acaeció el año 1546.

Capítulo XLIV

Entrada de Irala al Chaco Boreal por los payaguá y mbayá

Después de esto regresamos a la ciudad Nostra Singnora de Sunssión y permanecimos dos años largos en aquella ciudad. Pero en todo este tiempo no había llegado ni navío ni correo alguno de Hispanienn; entonces nuestro capitán Marthin Domenigo Eyolla hizo consultar a la gente a ver si le parecía bien que él con alguna parte de ellos marchase tierra adentro y averiguase si había oro o plata que rescatar. A ello le contestó la gente, que marchase no más en nombre de Dios.

Así por ese tiempo hizo reunir unos 350 de los españoles y les preguntó si querían marchar con él, que él les proporcionaría todo lo necesario para este viaje, es a saber, en indios, rocines o ropa; y ellos se prestaron de muy buena gana a marchar con él. Después también hizo llamar a junta a los principales o caudillos de los carios y preguntó si ellos querían acompañarlo con fuerza de 2.000 hombres; y ellos contestaron que de muy buena gana y a su llamado marcharían con él.

Con este tan buen y tan amistoso acuerdo de ambas partes se aprestó dicho nuestro capitán general Marthin Domenigo Eyolla en poco más de 2 meses después, y emprendió

la marcha con esta gente el año 1548 aguas arriba del Paraboe con 7 navíos bergennntín y con 200 canaon La gente que no podía caber ni en los navíos ni en las canaen caminaron de a pie por tierra con los 130 caballos. Y cuando nosotros los hubimos reunido a todos por tierra y por agua cerca de un cerro alto y redondo llamado S. Ferdinando donde en aquel tiempo vivían los antedichos peyenbas allí envió nuestro capitán los 5 navíos bergennntín y las canaen de vuelta a la ciudad Nostra Singnora de Sunssión.

A los otros 2 navíos pergentin los dejó allí cerca de S. Fernando, con 50 españoles, a quienes nombró él un capitán llamado Petter Diess (Pedro Díaz); les entregó también víveres y lo demás necesario para dos años, y tenían que esperar allí hasta que él volviese de tierra adentro, porque no le sucediese a él y a su gente como le había sucedido al buen señor Joann Eyollas y a los compañeros con él, a quienes los pyenbass habían asesinado tan cruelmente. ¡Dios los favorezca a todos! De ello se dijo ya en la f. Después de esto marchó adelante nuestro capitán con 300 cristianos y 130 caballos y 3.000 carios unos 8 días enteros sin que nosotros hallásemos nación alguna. A los 9 días dimos con una llamada Naperus no tienen más de comer que pescado y carne, es una gente alta y fuerte, sus mujeres andan con las vergüenzas destapadas no son lindas.

Del dicho cerro S. Ferdinando hasta aquí hay 38 millas allí nos quedamos esa noche y de allí proseguimos la marcha, viaje de 7 días, y llegamos a una nación llamada Maieaiess es una gran muchedumbre de gente; sus súbditos tienen que pescarles y cazarles y hacer lo que se les ofrece, tal y como aquí los paisanos se someten al que es noble.

Esta nación tiene mucha provisión de trigo turco mandeochade mandepoere, mandeos propys, padades mannduiss bachakhue y otras raíces más, que son aparentes para servir de comida. Ítem más tienen venados ovejas de indias avestruces ennten gansos, y muchas otras aves. También los bosques están llenos de miel, de la que se hace vino y lo demás que les hace falta; cuanto más adentro se busca en la tierra, tanto más férax se la encuentra. Ítem año redondo cosechan en el campo trigo turco y las demás plantas ya citadas. Estas ovejas, de las que tienen mansas y ariscas, las usan como nosotros aquí a los rocines para los cargar y montar; yo mismo también una vez en el viaje anduve más de 40 millas montado en una oveja de estas a saber cuando estuve enfermo de un pie; en el Perú las cargan con mercaderías como si fuesen acémilas.

Estos mayeaiess son altos, gallardos y gente guerrera, cuya única ocupación es la guerra. Las mujeres son lindas y no se tapan las vergüenzas ellas no trabajan en el campo, sino que el hombre tiene que buscarse la mantención; en la casa no hacen ellas más que hilar y tejer cosas de algodón; también preparan la comida y cualquier otra cosa que se le antoja al marido de ellas, y a otros buenos aparceros más, pedirles, cuando se ofrece; y baste con lo dicho del asunto. Quien verlo quiera que allá vaya, y si de otra suerte se niega a creerlo, yendo se convencerá que la cosa es así.

Cuando llegábamos a esta nación, como a una media milla de distancia nos salieron a encontrar en el camino, donde había una pequeña aldehuela, y dijeron ellos a nuestro capitán que debíamos nosotros reposar esa noche allí en el dicho pueblo, y que ellos nos traerían todo cuanto nos faltaba; pero esto lo hacían ellos con mala intención, y para asegurarse más en seguida mandaron a nuestro capitán 4 coronas de plata, que se ponen en la cabeza; también le dieron 6 plennschen de plata, de las que cada una medía 1 1/2 jemes de largo y medio jeme de ancho; las tales planchas se las atan a la frente por lujo y como adorno, como también ya se dijo antes. Ítem más mandaron ellos a nuestro capitán 3 lindas doncellas, o mujeres, que no eran viejas.

Durante el tiempo que descansamos en este pueblo, después de la merienda, distribuimos nosotros la guardia, para que así estuviese la gente preparada contra los enemigos, y en seguida nos acostamos a dormir en paz. Más tarde, como a la media noche, sucedió que se le perdieron a nuestro capitán sus 3 doncellas; acaso no pudo satisfacer a todas 3, porque era un hombre de unos 60 años; si nos las hubiese entregado a nosotros los soldados, tal vez no hubiesen disparado; en suma, causa de esto se armó gran alboroto en el real.

Y tan luego como amaneció, nuestro capitán hizo tocar generala y mandó a saber, que cada cual se estuviese en su puesto con sus armas.

Capítulo XLV

Visitan a los mbayá, chané, thohannes, payhonos, mayehonas, morronnos, perronoss Asívinieron los antedichos mayaïess en número de 20.000 hombres y pretendieron sorprendernos, mas no nos sacaron mayor ventaja, sino que en esta misma escaramuza quedaron unos 1.000 muertos de la gente de ellos; en seguida huyeron ellos de allí y nosotros los perseguimos hasta su pueblo, mas no encontramos nada allí, ni mujeres ni hijos. Entonces mandó nuestro capitán y tomó unos 150 arcabuceros y 2.500 indios carios y marchó en pos de los mayaïedess 3 días seguidos y 2 noches [a todo apurar], así que no descansábamos nosotros sino sólo para comer a medio día y dormir 4 ó 5 horas cada noche.

Y al tercer día dimos con los mayaeides todos juntos, hombres, mujeres y niños en un bosque; mas no eran ellos los maiaïes que buscábamos, sino sus amigos Ni cuidado que se les daba a ellos de nuestra llegada allí. Así tienen que pagar justos por pecadores porque cuando nosotros llegamos a los mayaïess estos, matamos y apresamos hombres, mujeres y niños en número como de 3 mil personas y si hubiese sido de día, así como fue de noche, no se escapa uno de ellos; porque había mucha gente junta en un cerro, en que había un bosque muy grande. Yo saqué de esta escaramuza más de 19 personas, hombres y mujeres, que no eran viejas; porque siempre me ha gustado más la gente moza que la vieja; también la parte que me tocó de las mantas de los indios y otras cosas más. Después de esto nos volvimos a nuestro real, allí nos quedamos 8 días, porque había toda clase de buen bastimento. A esta nación de los mayaïess desde S. Ferdinando, donde dejamos los navíos, hay 70 millas de camino.

Después de esto volvimos a marchar hasta una nación llamada Zhennte son vasallos o súbditos de los antedichos mayaïess como en esta tierra los paisanos son siervos de sus señores. Nosotros encontramos en este camino muchos rastros sembrados con trigo turco raíces, y otras frutas más, allí se tiene esta comida año redondo; cuando se recoge una cosecha, ya está la otra madura también, y cuando esta misma también está recogida, ya tienen una otra en berza. Con esto en todo tiempo del año están en vísperas de la mies. Entonces llegamos a un pequeño pueblo que pertenecía a los zhenne y cuando nos vieron todos huyeron de allí. Así nos quedamos 2 días allá y hallamos en el tal pueblo (que está a 4 millas de los mayaïe más que de sobra de comer.

De allí marchamos nosotros 2 días 6 millas hasta una nación llamada de los tohannes allí no hallamos gente alguna, pero de comer bastante; están también sometidos a los mayaïes. De allí marchamos nosotros 6 días enteros sin encontrar gente por el camino, y al 7.º día llegamos a una nación llamada de los payhonos donde había mucha indiada reunida. El caudillo de ellos salió a recibirnos de paz con mucha gente. Este le rogó a nuestro capitán que no entrásemos a su pueblo, sino que nos quedásemos allí afuera en el mismo lugar; mas nuestro capitán no quiso consentir en nada de eso, sino que se metió

derecho en el pueblo de ellos, quieran que no; allí hubimos lo muy bastante que comer de carne, y gallinas, gansos, venados ovejas avestruces, papagayos, conejillos. Mas ahora dejo yo de lado lo de trigo turco y otras raíces y frutas [sin mencionar], de lo que hay una superabundancia en la tierra; pero agua no hay mucha, casi nada de plata y oro; así que de eso nada preguntamos tampoco, porque las otras naciones que más adelante estaban por esto mismo no huyesen.

Nos quedamos 3 días enteros entre estos payhonas; allí se impuso nuestro capitán por ellos de la manera de tierra que era; y de los thohanas hasta ellos hay 24 millas de camino; y de allí salimos y llevamos un “lengua” de los payhanas que nos mostrase el camino, porque así tuviésemos agua que beber; desde que hay largos trechos en esta tierra sin agua.

Así llegamos nosotros a las 4 millas a una nación llamada de los maiehonas donde nos quedamos un día, y de estos volvimos a tomar un “lengua”, que nos mostrase el camino; estos se prestaron y nos dieron lo que necesitábamos. Desde allí marchamos nosotros 8 millas y llegamos a una nación llamada de los morronos; es una gran multitud de gente; nos recibieron muy bien; quedamos 2 días enteros entre ellos y tomamos relación de la tierra; de estos también sacamos nosotros un “lengua”, que nos enseñase el camino; en seguida marchamos 4 millas desde allí hasta una pequeña nación llamada de los perronoss no tienen mucho que comer; son fuertes de unos 3 ó 4.000 hombres de pelea; quedamos un día entre ellos.

De allí marchamos nosotros 12 millas una nación llamada de los sunennos es una gran multitud de gente toda junta, y se halla sobre un cerrillo alto; el pueblo de ellos está rodeado de un bosque espinudo como muro; nos recibieron con sus arcos y flechas y nos dieron dardes de comer; mas no las tuvieron mucho tiempo consigo; muy pronto tuvieron que abandonar el pueblo, pero primero lo incendiaron al mismo; con todo hallamos nosotros bastante que comer en el bosque; quedamos allí 3 días y los buscamos en los bosques y en el campo.

Capítulo XLVI

De los borkenes, leichonos, kharchkonos, syeberis y peyssennos

De allí marchamos en 4 días 24 millas y llegamos a una nación llamada de los borkenes estos no esperaron nuestra llegada, sino que cuando ya estábamos nosotros muy cerca de su pueblo, con tiempo emprendieron la fuga, mas no lograron escapársenos; les pedimos, pues, de comer, y nos llevaron allá gallinas, gansos, ovejas, avestruces y venados, también lo demás que habíamos menester, con lo que quedamos bien satisfechos; permanecemos 4 días enteros entre ellos y tomamos razón de la tierra.

De allí marchamos nosotros 3 días enteros, 12 millas hasta una nación que se llama de los leichonos Estos no tenían mayor cosa de comer, porque la langosta les había devorado el fruto. Allí no quedamos más que hasta el otro día y marchamos de allí 4 días de viaje, 20 millas hasta una nación llamada de los kharchkonos entre ellos también había habido langosta, mas no había hecho tanto daño como en otros lugares; permanecemos nosotros sólo un día entre ellos y tomamos razón de la tierra, y nos dijeron ellos, que en 30 millas no hallaríamos una gota de agua hasta dar con una nación llamada de los sieberis

Así tomamos nosotros 2 indios, que nos mostrasen el camino y llegamos en 6 días a los syeberis. Pero muchos de los nuestros murieron de sed, y eso que llevábamos agua con nosotros sacada de los dichos karckonos para el viaje. También encontramos nosotros en este viaje, y en algunos lugares, una planta que sale de la tierra, tiene hojas gruesas y anchas, llámase kardes y eso que cuando le llueve a la planta o a sus hojas, se conserva el agua en

ellas y no puede salir, y ni consumirse, tal y como si estuviese en una tinaja y cabe casi una media medida de agua adentro en estas plantas. Así llegamos nosotros a las 2 de la mañana a los dichos syeberís, que se preparaban a huir de allí con mujeres e hijos; mas nuestro capitán les hizo anunciar por boca de un intérprete que se dejaran estar en sus casas en paz y toda seguridad, y que no había por qué nos recelasen. Estos syeberís también sufrían gran escasez de agua, y ni tenían otra cosa alguna que beber; hacía 3 meses que no les llovía, por eso se hacían una bebida de una raíz llamada manndopoere a saber, se toma la dicha planta, la machucan en un mortero; este jugo se parece a una leche. Pero si hay agua, entonces se puede hacer también vino con ella. En este pueblo solo había un manantial único, y había que ponerle guardia, para que se mirase por el agua y se diese cuenta y razón de ella; [también tuvo a bien el capitán encargarme del agua en ese tiempo] para que hasta el agua se arreglase y distribuyese según la medida impuesta por el capitán en aquel momento y para este fin. Porque grande era la escasez de agua, al grado que nadie averiguaba ni de oro, ni de plata, de comer ni de otra cosa alguna, sino sólo de agua. Así me gané en esta vez entre nobles y plebeyos, de todos en general, la buena voluntad y favor, porque no les mezquinaba en esa ocasión; al propio tiempo tuve buen cuidado, que a mí tampoco me faltase agua. En todo el ancho y largo de esta tierra no se encuentra más agua que la que proporcionan las represas. Más, los syeberís hacen la guerra a otros indios por interés del agua.

Con esta nación nos quedamos 4 días, porque nosotros no sabíamos lo que deberíamos hacer, si teníamos que marchar para atrás o para adelante; entonces tiramos a la suerte sobre los dos caminos, por saber si habíamos de marchar para atrás o para adelante; y fue que tocó la suerte de marchar adelante. A esto nuestro capitán pidió a los syeberís informe de la tierra y razón de toda ella; entonces contestaron ellos, que teníamos que marchar 6 días hasta llegar a una nación llamada peysennes y que en el camino encontraríamos que beber de 2 arroyuelos y de los antedichos kardes.

Así pues nos preparamos para la marcha y nos llevamos algunos syeberís para que nos mostrasen el camino. Mas cuando hubimos llegado a los 3 días de camino del pueblo de ellos, huyeron los dichos syeberís esa noche de allí, así que no los vimos más; de suerte que nosotros mismos tuvimos que dar con el camino y llegamos después de todo a los peysennos, que se prepararon a la defensa y no quisieron ser nuestros amigos, pero poco fue lo que nos sacaron, antes bien, con el favor de Dios los vencimos y les conquistamos el pueblo y ellos se dieron a la fuga; no obstante nosotros hicimos algunos prisioneros en esta escaramuza, que nos contaron como habían tenido en su pueblo a 3 españoles, de los que uno, con el nombre de Jehronimus había sido trompa de thonn Piettro Manthossa, los cuales 3 españoles había dejado Jann Eyollas enfermos entre los peysennos de lo que se trató ya en la foja en el tiempo que Jann Eyollas marchó de regreso de esta nación; a estos 3 españoles los habían asesinado los peysennos 4 días antes de nuestra llegada, es decir, después que se anoticiaron de nuestro arribo por los syeberís; por lo que más tarde recibieron buen escarmiento a manos nuestras. Así nos acampamos 14 días enteros en el pueblo de ellos, y los buscamos y hallamos todos juntos cerca de un bosque, pero no a todos; a aquellos los matamos y tomamos prisioneros; ellos nos avisaron de todas las ventajas de la tierra, sobre la que nuestro capitán sacó muchas cosas de la relación de ellos, y nos dieron una buena noticia, a saber, que nos faltaban 4 días de camino o 1[6] millas de camino para llegar a una nación llamada maigenos

Capítulo XLVII

De los maygennos y karckhokies y de las salinas

Después de esto marchamos nosotros a los maygennos y llegamos a su pueblo; que se dispusieron a la defensa y no quisieron ser nuestros amigos. El pueblo de ellos se hallaba sobre un cerrillo que estaba rodeado por cerco de espinas, muy tupido y ancho y tan alto que se necesitaba un hombre con un espadín para que alcance a la cima. Eso que nosotros los cristianos junto con nuestros carios atacamos a este pueblo por los dos costados, ellos, los maygennos, nos mataron 12 cristianos junto con algunos otros de los carios nuestros que ellos voltearon en la escaramuza, antes que nosotros ganamos el pueblo; cuando ya vieron que nosotros estábamos bien adentro de su pueblo, ellos mismos lo incendiaron y a toda prisa dispararon; allí tuvieron que dejar a algunos, como es de suponer.

Después que ya todo esto se había concluido, a los 3 días, los carios se mandaron mudar con tanto sigilo que nosotros no nos apercebimos de ello, y alzaron sus arcos y flechas, marcharon unas 2 ó 3 millas de nuestro real, alcanzaron a los fugitivos maygennos, pelearon estas 2 naciones una con otra allí con tal encarnizamiento que de los carios perecieron más de 300 hombres, y de los maygennos, sus enemigos, innumerables personas, como para no escribirlo; eran ellos tantos que llenaban una milla entera de camino. Entonces nuestros carios enviaron un correo a nuestro capitán en el pueblo y pidieron y suplicaron que fuésemos en su ayuda, que ellos estaban acampados en un bosque, que no podían moverse ni para atrás ni para adelante, y también que estaban rodeados por los maygennos.

Cuando nuestro capitán esto supo no perdió un momento e hizo reunir los caballos y 150 cristianos y 1.000 carios de los nuestros; el resto de la gente tenía que quedarse en el real y defenderlo, porque los maygennos nuestros enemigos no lo sorprendiesen durante nuestra ausencia; en seguida marchamos con los dichos caballos, 150 cristianos y 1.000 carios o indios en auxilio de los susodichos carios nuestros. Después que los maygennos nos vieron y observaron, abandonaron ellos su real y huyeron a prisa de allí; nosotros también los perseguimos, pero sin poderlos alcanzar. Mas como les fue al fin y al cabo, [eso que] marchábamos de regreso a nuestra ciudad, de donde habíamos salido, será asunto para después. Así pues llegamos a los carios y dimos con muchos muertos de ellos y de los enemigos maygennos, cosa que nos causó admiración; pero nuestros amigos los carios, que aun quedaban con vida, se alegraron mucho porque habíamos llegado nosotros para ayudarlos. Después marchamos juntos con ellos de regreso a nuestro real y nos quedamos allí 4 días largos, y teníamos en este pueblo de los maygennos abundancia de comida y todo lo necesario.

Allí nos pareció bien a todos juntos llevar a cabo nuestro proyectado viaje, ya que se nos proporcionaba la ocasión de experimentar cómo era la tierra, por eso también nos pusimos en camino y marchamos 13 días largos, hay más o menos a nuestro juicio 72 millas a una nación llamada karckhokies, y cuando estábamos en los primeros 9 días de este viaje llegamos a una tierra que tenía de largo y de ancho 6 millas de camino, en que no había otra cosa que pura sal de buena calidad, tan gruesa que parece que hubiese nevado; la tal sal se conserva invierno y verano.

En esta tierra de salinas permanecimos 2 días de tiempo, porque no sabíamos por donde salir ni por qué camino tomar para acabar con nuestro ya emprendido viaje. Aquí nos favoreció Dios el Todopoderoso, así que tomamos el buen camino y llegamos, pasados 4 días de viaje, a los kharckhokies y cuando nosotros estábamos como a 4 millas del propio pueblo, mandó allá 50 cristianos y 500 carios, para que preparasen losament Después que

nosotros ya habíamos entrado en el pueblo, encontramos allí una gran nación reunida, como no habíamos visto otra igual en este viaje, por lo que nos pusimos en bastante cuidado. Pero en este apuro hicimos que uno de los nuestros volviese atrás e hicimos saber al capitán el lance que nos esperaba para que viniese a socorrernos lo más pronto posible; y tan luego como nuestro capitán recibió el tal mensaje, se apareció esa misma noche con toda la gente y esa mañana entre 3 y 4 estaba ya con nosotros. Mas los karkhokhies ignoraban que tenían que habérselas con más gente que nosotros los de antes, y así no pensaban en otra cosa que en la derrota segura que nos esperaba. Pero después que ellos comprendieron y vieron que nuestro capitán había llegado con más gente allí, quedaron muy pesarosos, en seguida nos manifestaron su buena voluntad y pacífica intención en todo, porque otra cosa ya no podían hacer, sin exponer a sus mujeres, e hijos y a su pueblo; mientras tanto nos traían carne de venados, gansos, gallinas, ovejas avestruces enndden conejillos y más otras piezas de campo y aves, de que había gran abundancia en la tierra.

Ellos los Indios se ponen una piedra redonda y azul del tamaño de una dama en los labios. Sus defensas o armas son dardos arcos y flechas, y más, paveses hechos de annda o sean rodela. Pero sus mujeres tienen un canutillo asegurado a los labios en el que meten ellas una piedra verde o gris. También visten un dipoe que se teje de algodón, del tamaño de una camisa, pero no tiene mangas; y son mujeres hermosas, porque no hacen otra cosa que coser y cuidar la casa; el hombre tiene que trabajar en el campo y procurar todo lo necesario.

Capítulo XLVIII

De los machkaisies y llegada al Perú

De allí marchamos nosotros a los dichos machkaisies y nos llevamos algunos de los korchkaykies para que nos mostrasen el camino; y cuando estábamos a 3 días de viaje de este pueblo, de allí los dichos karchkokies nos dejaron callados, no por esto dejamos de viajar y llegamos a un agua corriente llamada Machkaysies, que tiene milla y media de ancho, y cuando llegamos allá no dábamos nosotros con un vado seguro para pasarlo; así pues, Dios, nuestro Señor, nos concedió su Divino favor, mediante el cual logramos pasar esta agua, es decir, en la forma que sigue: hicimos unas pequeñas balsas para cada 2, de palos y ramas, y nos dejamos llevar aguas abajo, esto mediante llegamos a la banda del agua; y en el pasaje este se ahogaron de la gente nuestra 4 personas de una de las balsas. ¡Dios nos favorezca [a ellos y] a nosotros! Esta agua da buen pescado, iten fieras como tigres muchas, y está a no más de 4 millas de camino de los Machkaysís.

Después que nosotros ya nos acercábamos a algo más que una milla larga de camino de los dichos machkaysis, allí nos salieron al encuentro y nos recibieron muy bien, y en seguida nos empezaron a hablar en español; nos quedamos fríos donde estábamos y acto continuo les preguntamos a quien estaban sometidos, o a quien tenían por señor; contestaron ellos a nuestro capitán y a nosotros, que eran súbditos de un caballero en España, llamado Peter Ansules (Pedro Anzures) Entramos, pues, nosotros en el pueblo de ellos y encontramos que los chicos, como también algunos hombres y mujeres, estaban todos comidos de un insecto, que se parece a una pulga; éstos, si llegan a meterse entre los dedos de los pies de la gente, salvando los respetos sea dicho, o cualquier otra parte del cuerpo, allí comen y penetran hasta que sale al fin un gusano allí, como los que se hallan en las avellanas; pero hay que sacarlos oportunamente, para que no se echen a perder las carnes; pero si se deja pasar demasiado tiempo, acaban por comerse los dedos enteros: mucho se podría contar sobre esto De nuestra tantas veces citada ciudad Nostra Singnora de Sunssión a este pueblo machkaysies, por tierra hay 377 millas según laaltner

Ahora, pues, unos 20 días de tiempo estuvimos acampados en este pueblo de los mackaysies. Por esos días nos llegó una carta de una ciudad llamada Lyeme en el Perú; allí en aquella sazón se hallaba el gobernador principal por la Cesárea Majestad con el nombre de presente o lizenziante de Cascha (La Gasca), quien por aquel entonces había hecho cortar las cabezas a Connsulo Presero (Gonzalo Pizarro) y a otros nobles y plebeyos que hizo decapitar junto con él, o condenar á galeras; es decir, que así lo hizo, porque el dicho Consulo Piesiero (Gonzalo Pizarro), ya finado, no quiso someterse al licenciado de Cascha (La Gasca), sino que se alzó con la tierra contra la Cesárea Majestad; por esto el dicho presente de Cascha (presidente La Gasca), en nombre de la Cesárea Majestad, con demasiado rigor le dio su merecido; porque muchas veces sucede que uno hace más que lo que el mandato de su superior le faculta a hacer, y que lo que le ha encargado su señor, como suele suceder en el mundo. Yo tengo para mí que la Cesárea Majestad le hubiese perdonado la vida al dicho Connsulo Piesiero (Gonzalo Pizarro), si él en persona imperial lo hubiese prendido; esto le dolía, que se le impusiese señor en lo que eran bienes suyos; porque esta tierra del Perú era a todas luces delante de Dios y del mundo, de él Consulo Piesiro en razón de que él junto con sus hermanos Margose (el Marqués) y Ernando Piesieron (Hernando Pizarro), habían sido los primeros de todos que descubrieron y conquistaron la tierra del tal reino. Esta tierra con razón se llama tierra rica; porque todas las riquezas que posee la Cesárea Majestad salen del Perú y de Nove Hispaniam (Nueva España) y Terra firma (Tierra Firme) Pero la envidia y el odio son tan grandes en el mundo que el uno al otro no se quiere el bien; así también le aconteció al pobre Connsulo Piesiero, que un rey había sido, y después se le había hecho cortar la cabeza. ¡Dios lo favorezca! Mucho habría que escribir sobre esto, pero el tiempo no lo permite.

Ahora esto era lo que la antedicha carta decía, que, en nombre de la Cesárea Majestad, nuestro capitán Marthín Domenigo Eyolla con su gente de guerra no se moviese de allí so pena de cuerpo y vida sino que esperase allí entre los maygosís hasta nuevas órdenes. Mas lo cierto del caso es probable que fuese, que el gubernator temía, que nosotros no hiciésemos algún alboroto contra él en la tierra juntándonos con los que se habían escapado de allí y habían huido a los chacos y a los cerros y eso es precisamente lo que también hubiese sucedido al habernos juntado, los unos con los otros; lo hubiésemos corrido de la tierra nosotros al gubernator Pero el dicho gubernator hizo un convenio con nuestro capitán y le dedicó un gran regalo, con lo que él lo tranquilizó y se aseguró la vida de aquel lance; nosotros la gente de guerra no sabíamos nada de estas componendas, que de haberlas sabido, lo habríamos atado de pies y manos a nuestro capitán y llevado al Perú

Después de lo cual nuestro capitán envió al Perú, al gubernator 4 mensajeros, y uno capitán llamado Nufflo de Schaiæss (Ñuflo de Chaves) el otro Unngate (Pedro de Oñate), el tercero Michel Pude (Miguel de Rutia), el cuarto Abai de Korthua (Rui García) Estos 4 compañeros llegaron al Perú en mes y medio, y primero a una ciudad llamada Poduesies en seguida a otra llamada Kuesken la tercera Bille de le Platte y la cuarta capital llamada Lieme estas 4 son las más principales ciudades y más ricas del Perú.

Allá cuando estos 4 mensajeros llegaron a la primera ciudad Poduesies en el Perú, allí se quedaron los 2 llamados Michel Pudet (Miguel de Rutia) y Abaie por causa de debilidad, porque se habían enfermado en el viaje; y los otros dos Nueffle y Ungenade siguieron viaje por la posta y llegaron a Lieme a lo del gubernator los recibió pues muy bien y les tomó relación de todo, de como se habían arreglado las cosas en la tierra del Río de le Platta, y mandó después que los alojasen bien y los tratasen lo mejor posible, también les regaló a

cada uno 2.000 ducados. Después de esto el gubernator encargó a Nueffle Schaifies (Ñuflo de Chaves) que le escribiese a su capitán, para que se estuviese él con su gente allá entre los marchkaysies hasta nueva orden, pero que no les tomase nada ni hiciese mal, no siendo cosa de comer que hubiese allí; porque nosotros sabíamos muy bien que había rescates de plata entre ellos; pero como eran súbditos y vasallos de un español no nos atrevíamos a perjudicarlos.

Pero este correo del gubernator estando en viaje fue descaminado por un español, llamado Parnau que estaba en acecho por orden de nuestro capitán; porque éste desconfiaba que estuviese por llegar otro capitán del Perú a gobernar su gente, como que también ya por ese tiempo se había nombrado uno por esta causa mandó él, nuestro capitán, al dicho Parnau al camino y le ordenó que si fuese cosa que se tratase de carta, la trajese él consigo a los carios lo que a su tiempo se cumplió.

Capítulo XLIX

De la tierra de los marchkhaysies. -Regreso al Río de la Plata. -Alzamiento de Diego de Abreu

De tal modo se había manejado y tanto había hecho nuestro capitán allí con la gente, que en razón de víveres ya no podíamos permanecer más entre los marchkhaysies; porque los víveres que teníamos no alcanzaban para un mes; mas si nosotros hubiésemos sabido, que se nos iba a proveer o nombrar un gubernator, no nos hubiésemos movido de allí, hubiésemos hallado harta comida y remedi (a la cosa) pero en el mundo todo es picardía Después marchamos nosotros de regreso a los harchkokoes Debía yo haberos contado también, a saber, que los dichos machkaysis tienen una tierra tan fértil que no se había visto otra igual hasta entonces; por ejemplo, cuando un indio sale al monte o selva, y en el primer árbol que allí encuentra abre un agujero con el hacha, de él saltan unas 5 ó 6 medidas de miel tan pura como almíbar; las tales abejas son muy pequeñas y no pican. La tal miel, que de la buena, se puede comer con pan o con cualquier otra comida, se hace también de ella buen vino, como en esta tierra hidromiel; aun mejor y más sabrosa al paladar

Cuando después de esto llegamos nosotros a los antedichos worckhobosies todos ellos con mujeres e hijos habían huido de allí y se ponían a buen recaudo de miedo de nosotros; pero mejor les hubiese estado quedarse en su pueblo; porque al punto les envió nuestro capitán otros indios y les hizo decir que debían volver a sus pueblos y que se dejasen de tenernos miedo, que no se les irrogaría perjuicio alguno; mas ellos no quisieron hacer caso de ello sino que por contestación nos mandaron que despejásemos el pueblo, porque de no, nos arrojarían de allí a la fuerza.

Después que nosotros nos hicimos cargo de la tal cosa, nos dispusimos a toda prisa y marchamos contra ellos, no obstante que entre nosotros la gente de pelea había algunos cuyo parecer y deseo era que se mandase al capitán y se le hiciese decir, que no debía marchar contra aquellos, porque ello podría ser causa de una gran hambruna en la tierra, de suerte que si se ofreciere pasar del Perú al Río delle Plata, no encontrarían allí nada de comer mas nuestro capitán y la comunitett no quisieron entrar por ello, sino que siguieron el antedicho propósito y marcharon contra los dichos wockhhobosies y cuando ya estábamos nosotros como a 1/2 milla de camino de ellos ya habían sentado sus reales al abrigo de 2 cerros y bosques a los 2 costados, porque, llegado el caso de que nosotros los venciésemos, pudiesen ellos escaparse de nosotros con más facilidad. Pero la cuenta les salió mal parada: aquellos que nosotros alcanzamos tuvieron que quedar allí o ser nuestros esclavos; así que

en la tal escaramuza nos ganamos hasta unos 1.000, sin contar los que matamos hombres, mujeres y niños

Después de estos nos quedamos 2 meses largos en este pueblo que era tan grande como serían cualesquiera 5 ó 6 de los otros. Así, pues, marchamos adelante hasta el pueblo donde habíamos dejado los 2 antedichos navíos de que se trató en la f. y estuvimos en el viaje año y medio, en que nosotros no hicimos más que guerrear con los demás, y en este viaje nos hicimos de hombres, mujeres y niños hasta el número de 12.000 personas obligados a ser nuestros esclavos; también me tocaron por mi parte unas 50 personas entre hombres, mujeres y niños.

Y eso que nosotros llegamos a las naos nos avisó la gente que habíamos dejado en estos navíos bergentín de como, en nuestra ausencia, un capitán llamado Diego Abriegenn (Diego de Abrego) natural de Sievilla en Hispania, por propia cuenta, y un capitán con el nombre de thonn Fran. Manthossa (don Francisco de Mendoza) que nuestro capitán general Domingo Marthín Eyolla había nombrado para capitán de los 2 navíos y de la gente misma, habían armado un gran alboroto entre ellos, pretendiendo éste que él y no otro debería mandar y gobernar en la ciudad, durante la ausencia, mientras que el dicho Diego de Abriegio (Diego de Abreu o Abrego) quería mandar sólo; mas thonn Francisco Manthossa, como capitán delegado y lugarteniente de Marthín Domingo Eyolla no quería consentírsele A todo esto se armó una merienda de negros entre ellos, hasta que por fin Tiego de Abriegio quedó dueño del campo, y derrotó y le cortó la cabeza a thonn Fran Manthossa.

Capítulo L

Motín de Abreu. -Schmídel recibe cartas de España

Entonces sin perder un instante puso a toda la tierra en alarma y quiso marchar contra nosotros aquí, y primero se fortificó en la ciudad; mientras esto llegamos nosotros con nuestro capitán Marthín Domingo Eyolla a las puertas de la ciudad, mas ni así quiso él dejarlo entrar a nuestro capitán, ni tampoco entregarle la ciudad, ni mucho menos reconocerle por señor.

Después que nuestro capitán se apercibió de la tal cosa, le pusimos nosotros cerco a la ciudad Nostra Signora de Sunssión; después de lo cual la gente de pelea que estaba en la ciudad, cuando vieron que la cosa era de veras de parte nuestra, salían diariamente adonde nosotros estábamos en el campo y le pedían perdón a nuestro capitán.

Cuando el dicho Diego de Abriegio conoció cuál era la conducta de su gente, y que no se podía fiar de ella, por otra parte recelaba que cualquier noche de esas tomásemos la ciudad por traición, que era lo más probable que allí aconteciese, se aconsejó él con sus mejores compañeros y amigos, y averiguó cuáles eran los que estaban dispuestos a salir de la ciudad con él; así se llevó consigo cerca de 50 hombres; los demás, tan luego como salieron de la ciudad los que iban con el Diego, se plegaron a nuestro capitán y le entregaron la ciudad y le pidieron perdón; así se los prometió el capitán y entró en la ciudad.

Mas el dicho Diego de Abriegio merodeó con los 50 cristianos en unas 30 millas de camino a la redonda, así que nosotros no pudimos vencerlos; y estos dos caudillos se hicieron la guerra el uno al otro durante 2 años enteros, de suerte que el uno por causa del otro no se contaba seguro; porque el Diego de Abriegio no se quedaba mucho en lugar alguno; hoy allí, mañana en otra parte, y donde nos podía perjudicar no se descuidaba él, porque hasta se parecía a un salteador de caminos En suma si quería nuestro capitán estar en tranquilidad tenía que buscar arreglo con el Diego, y pactó un casamiento con sus 2 hijas que dio él a

los 2 primos del Diego llamados el uno Aluiso Richkell (Alonso Riquelme de Guzmán) y el otro Francisco (Francisco Ortiz de Vergara), y recién cuando se concertaron los tales casamientos conseguimos estar en paz entre nosotros.

Por el mismo tiempo me llegó una carta de Hispania por Sevilla y del factor de Fuckher, llamado Chriestoff Reysser, a saber, de como a la misma persona le habla escrito Sebastián Neithart, por pedido de mi finado hermano Thoma Schmidl, por si fuese posible que se me ayudase a regresar a mi tierra, lo cual él, el dicho Chriestoff Reysser, con toda diligencia de su parte había solicitado y tratado de cumplir, a lo que se debió que me llegó la carta, la cual recibí yo el año 1552, el día 25 de julio, o sea el día de Santiago

Capítulo LI

El autor emprende viaje de vuelta. -Baja por el Río de la Plata y sube por el Paraná Después que leí yo la carta, sobre la marcha pedí licencia a nuestro capitán ThomenigoMartín Eyolla mas él al principio no quiso dármela; pero más tarde tuvo él que reconocer mi largo servicio prestado, desde que yo por tantos años había servido fielmente a la Cesárea Majestad en tierra, y que por él, capitán Eyolla muchas veces había puesto en peligro cuerpo y vida y que jamás lo había abandonado; de esto debió acordarse él y me dio licencia, me encomendó también carta para la Cesárea Majestad, es decir, para que en ella hiciese él saber a Su Majestad cómo se estaba en la tierra Rio delle Platta, y qué era lo que en ella había acontecido durante el tal tiempo. Las tales cartas las entregué yo a los consejeros de la Cesárea Majestad en Sevilla, a quienes yo también de palabra hice relación y di buena cuenta de la tierra.

Y cuando yo ya tuve todas mis cosas dispuestas para el viaje, fue que me despedí amistosamente del capitán Marthin Domenigo Eyolla y de los demás buenos compañeros y amigos; me llevé también 20 indios carios, que cargasen con lo necesario para un viaje tan lejos; porque cada uno tiene que calcular lo que puede precisar para el camino. Y 8 días antes que yo debía partir, llegó uno del Presiel trajo noticia, de cómo precisamente debió haber llegado allí un navío de Liesebonna en Portugal, el cual pertenecía al muy honorable y discreto señor Johann von Hielst allá en Lisabona un comprador o un factor del Erasmus Schezen en Amberes.

Y cuando yo hube averiguado cuanto tenía que decirme me puse en marcha en nombre de Dios el Todopoderoso el año 1552 a 26 de diciembre y día de San Esteban, y abandoné el Río delle Platta, partiendo de la ciudad Nostra Singnora de Sunssionn con 20 indios y 2 cananen y primero llegamos a las 26 millas a un pueblo llamado Juegrichsaibe allá en ese pueblo se me juntaron 4 compañeros, 2 españoles y 2 portugueses, los mismos que no traían licencia del capitán. De allí marchamos juntos y llegamos como a las 15 millas a un pueblo grande llamado Barey de allí marcharnos 4 días de viaje, 16 millas hasta llegar a un pueblo llamado Gebareche; de éste marchamos nosotros 9 días de viaje, 54 millas hasta un pueblo llamado Barode Allí nos quedamos 6 días largos, porque buscábamos víveres y cannanen visto que teníamos nosotros que navegar 100 millas aguas arriba del Parnau y llegamos a un pueblo, llamado Gienge allí quedamos 4 días. Hasta aquí en este pueblo todo obedece a la Cesárea Majestad, y es tierra de carios

Capítulo LII

Pasan por los tupí. -Su descripción. -Llegan al pueblo de Juan Kaimunnelle

Ahora empieza la tierra del Rey de Portugal, a saber, la de los thopiss ahí tuvimos que dejar el Parnau y las kannanon y marchar por tierra a los thopis y caminamos 6 semanas largas por desiertos, cerros y valles, en que [por miedo] de las fieras del campo no podíamos dormir tranquilos; y hay entre el susodicho pueblo gienge y los thopis 126 millas (leguas, de camino. Estas naciones thopis se comen a la gente, cuando es enemiga; no hacen otra cosa que andar siempre en guerra, y cuando vencen a sus enemigos, conducen ellos los prisioneros a su pueblo tal y como en la tierra aquí se dispone una boda; y cuando es llegado el tiempo en que quieren acabar con los prisioneros o matarlos, se preparan ellos una gran ceremonia con este fin; pero hasta tanto por lo que es el hombre prisionero, se le da cuanto se le antoja o que puede desear, como ser mujeres con quienes holgar o cosas de comer, lo que el corazón le pida, hasta que llega la hora en que tiene (de morir) Su gusto y su encanto está en la guerra perpetua. Iten beben, y comen y están día y noche borrachos; también son amigos del baile, y llevan a tal extremo la vida de adulterio, que no es para contada; es una gente fiera, ambiciosa y soberbia; hacen vino del trigo turco con el que se llenan, tal como cualquiera aquí se toma el mejor de los vinos; tienen idioma parecido [al de] los carios, con los que bien poca es la diferencia que hay

De allí llegamos nosotros a un pueblo llamado karieseba son también thopis, están de guerra con los cristianos, mas los anteriores son amigos de los cristianos; eso que llegamos el Domingo de Palmas a 4 millas de un pueblo, nos convencimos que teníamos que guardarnos bien de los karieseba; y esta vez, con ser que estábamos en tanta escasez de bastimento tuvimos sin embargo que caminar un poco más en busca de comida, pero no pudimos contener a 2 de nuestros compañeros, que a pesar de nuestro buen consejo se metieron en el pueblo; les prometimos pues esperarlos, lo que allí también se cumplió. Pero ni bien entraron ellos al pueblo fueron muertos y comidos en seguida. ¡Quiera Dios apiadarse de ellos! Amén.

Después de esto se nos presentaron estos mismos indios en número como de 50 hombres a distancia de 30 pasos; traían puesta la ropa de los cristianos y se pararon y platicaron con nosotros; pero es costumbre entre estos indios, que si alguno se para a pocos pasos de su enemigo y platica con él, nada de bueno le está urdiendo. A esto cuando lo advertimos, nos preparamos lo mejor que pudimos con nuestras armas y les preguntamos a donde habían quedado nuestros compañeros, allí dijeron ellos que estaban en su pueblo y que nosotros también deberíamos pasar allá; mas nosotros no lo quisimos hacer, porque bien les conocimos la mala intención. Enseguida nos hicieron disparos con sus arcos, pero no nos resistieron mucho tiempo, sino que dispararon a su pueblo y al punto trajeron de allí hasta unos 6.000 contra nosotros; pero nosotros en tal apuro no teníamos más amparo que un bosque grande y cuatro arcabuces junto con 20 indios de los carios, que nos habíamos traído de la ciudad Nostra Singnora de Sunssión; así, pues, nos sostuvimos allí unos 4 días con sus noches, en que nos hacíamos continuas descargas, y en la cuarta noche con todo sigilo abandonamos el bosque y marchamos de allí, porque no teníamos mucho que comer, y los enemigos también empezaban a llevarnos ventaja; como dice el refrán: porque son muchos los perros muere la liebre.

De allí marchamos nosotros 6 días seguidos por bosques desamparados, como que en mis días (y eso que he andado la seca y la meca) no he visto iguales, ni he viajado por camino más enmarañado; tampoco teníamos que comer, y por eso había que remediarnos

con miel y raicecillas que encontrábamos; también se apoderó de nosotros desconfianza de que el enemigo nos alcanzase, si nos permitíamos aunque no fuese más que el tiempo para cazar alguna salvajina del campo.

Así llegamos a una nación llamada biessaie allí paramos 4 días largos e hicimos bastimento, mas no nos atrevimos a entrar en el pueblo, siendo nosotros los pocos que éramos. Cerca de esta nación está un agua llamado Urquaie allí vimos víboras o serpientes, llamadas en su lengua de indios schue éyba thuescha es de 14 pasos de largo y 2 brazadas de grueso en el medio; hacen mucho daño, por ejemplo, cuando se baña la gente, o bebe una fiera de la misma agua o se pone a nadar sobre el agua, así se le arrima una serpiente de éstas debajo del agua, nada hasta donde está el hombre, o la fiera, y lo envuelve en lacola, zambulle en seguida bajo del agua y se lo come; porque siempre se mantiene con la cabeza a flor de agua y observa a ver si se presenta algo que sea hombre o bestia, que pueda matar y envolver

De allí marchamos nosotros adelante un mes largo y seguido, 100 millas de camino, y llegamos a un pueblo grande llamado Scherebethuebá allí nos quedamos 3 días y estábamos muy rendidos; no nos había sobrado de comer, porque nuestro principal alimento era miel, con lo que estábamos todos sin fuerzas; así, pues, cualquiera puede con lo dicho hacerse cargo de los peligros y de la pobre y mala vida que fue la nuestra en tan dilatado viaje, muy particularmente en lo tocante a la comida, bebida y dormidas; la cama que cada uno traía consigo, pesaba 4 ó 5 libras, era de algodón se hacen en forma de red, se atan a 2 árboles, y allí se echa encima cada uno; esto se hace en el bosque bajo del azulado cielo; porque si no son muchos los que juntos marchan por tierra en Indiam es más seguro sacarla bien en el bosque que en las casas o pueblos de los indios.

Ahora marchamos nosotros a un pueblo que pertenece a los cristianos, en que el principal se llama Johann Kaimunnelle (Juan Ramallo) y por suerte nuestra no estaba en casa, porque este pueblo me pareció una cueva de ladrones; fue que el dicho principal estaba en casa de otro cristiano en Vincendo (San Vicente) y estos desde ya antes estaban por entrar en un arreglo entre sí; estos 800 cristianos, pues, en los 2 pueblos dependen del rey de Portugal, y del dicho Kaimunnelle quien según él mismo lo asegura hace ya 40 años largos que ha vivido, mandado, peleado y conquistado en tierra de indias, razón por la que quiere seguir mandando en la misma con preferencia a cualquier otro, cosa que el otro tal no se la consiente, y por lo tanto se hacen entrambos la guerra; y este más nombrado Kaimunnelle puede en un día reunir 50.000 indios, mientras que el rey no reúne 2.000; tanto es el poder y el prestigio de que él goza en la tierra.

Pero sucedió que el hijo del tantas veces nombrado Kaimunnelle había estado allí cuando llegamos nosotros al susodicho pueblo, quien nos recibió bien, aunque nosotros teníamos que desconfiar más de él que de los indios; mas como aquí nos fue bien, demos siempre gracias a Dios el Creador por Cristo Jesús, su único Hijo, que hasta aquí tanto nos ha favorecido y de todos modos nos ha amparado.

Capítulo LIII

Llegada a San Vicente. -Viaje a España. -Maravillas del mar

Ahora marchamos algo más adelante a una pequeña ciudad llamada S. Vicendo (San Vicente) 20 millas de camino; allá llegamos el año 1553 anno Domini, el 13 de junio, en día de San Antonio y dimos con un navío portugués, que estaba allí cargado con azúcar, palo de Brasil y algodón, y pertenecía al honorable Schezen; su factor está en Lisabonna

sellama Johann vonn Huessen, quien a más tiene otro factor allí en Vincendo (S. Vicente), llamado Petter Rosel.

Ítem los antedichos señores Schezenn y Johan von Halsen tienen allá en la tierra muchos pueblos y villorrios azucareros, en que se hace azúcar año redondo. Así, pues, me recibió el susodicho Petter Rossel muy amistosamente y me trató muy en grande; él también me recomendó a la tripulación con que tenía que navegar, y les pidió que se quisiesen poner a mis órdenes, lo que después cumplió con exactitud el capitán este, y confieso que es así; así nos quedamos aún 11 días en la ciudad Vincendo (S. Vicente), para prepararnos y proveernos de todo lo necesario que puede a uno hacerle falta en alta mar. Ítem echamos 6 meses largos, de la ciudad Nostra Singnora de Sunssión hasta la ciudad S. Vincenndo en Presiell y hay 476 millas de camino.

Después nos hicimos a la vela, enseguida de habernos despachado de lo que había que hacer, y salimos de la ciudad S. Vincenndo el año 1553, anno Domini, el 24 de junio, día de San Juan; así mismo estuvimos nosotros 14 días largos en el piélago o mar, sin alcanzar un viento favorable, antes al contrario tormentas y tiempo horrible sin tregua, así que no podíamos atinar adonde estábamos; a todo esto se nos tronchó el mástil del navío, que empezó a hacer mucha agua, así que tuvimos que acercarnos a tierra y llegamos a un puerto o bahía llamada ciudad Spiritu Sanntto está en Presil en Inndia pertenece al rey de Portugal, hay cristianos en la ciudad, con sus mujeres e hijos hacen azúcar, tienen algodón y palo de Brasil y de otras clases que por allí se encuentran.

En estos lugares del mar entre S. Vicenndo y Spiritu Sanntto es donde más se encuentra la ballena o cetáceo hacen mucho daño, por ejemplo, cuando se quiere navegar de un puerto al otro en pequeños navíos, que al fin son algo mayores que los navíos grandes de aquí en esta tierra allí se presentan estas ballenas en mesnada y arman batalla entre sí, y si en esto se encuentran con el navío, allí lo hacen zozobrar con gente y todo. Estas ballenas vomitan o arrojan agua constantemente por la boca, y una que otra vez tanta cuanta cabe en un buen tonel de Francia; y el tal golpe de agua lo produce ella cada y cuando mete la cabeza bajo del agua y la vuelve a sacar: esto hace ella día y noche y quien por primera vez lo ve se hace de cuenta que tiene un peñasco a la par. Mucho habría que escribir del pezeste.

Ítem hay también cantidad de otros peces raros y maravillas del mar, de las que todo lo que se puede decir y contar, por más detallado que fuese, sería poco. Hay otro pez muy grande, se llama en español sumere esto es en alemán schnub-huet vischs (pez sombrerero de paja); es este un pez del que todo lo que se diga y escriba es poco; tal es de grande, de fuerte y de poderoso el tal pez; en algunas partes perjudica mucho a los navíos; porque siendo que no corra viento, y que por ello están los navíos encalmados sin poder marchar ni para atrás ni para adelante; cuando el pez embiste a navío con un golpe tan recio, que todo él tiembla y se estremece, entonces al punto hay que arrojarle del navío una o dos grandes pipas; y así el dicho pez se apodera de las barricas, deja al navío y juega con ellas.

Ítem más otro pez muy grande, llamado pesche spaide (pez espada), esto es en alemán vischsmesser o schwertmesser, hace gran daño a los demás peces, y cuando aquellos se pelean entre sí, es la cosa como cuando en tierra se juntan 2 caballos bellacos y se acometen uno al otro: lo cual es divertido ver en la mar; mas cuando los peces pelean entre sí, por lo general sobreviene mal tiempo en la mar. Ítem más hay otro pez grande y malo, que supera a todos en aquello de pelear o batirse; se llama en español serre pesche (pez sierra), en alemán sägvischs Hay otros peces más cuyos nombres no los sé. Ítem peces voladores y otros peces grandes llamados doninnen.

Capítulo LIV

Llegada a Lisboa y Sevilla. Pasa a Cádiz. Escapada de un naufragio

Así pues navegamos 4 meses largos seguidos en la mar, sin que viésemos tierra alguna, y conducíamos mercaderías del dicho puerto Spíritu Sancto. Después llegamos a una isla llamada Iesle de Terzero (Isla Terceira) allí volvimos a tomar víveres, pan, carne y agua y lo demás que nos faltaba y nos quedamos allí 2 días enteros; pertenece al rey de Portugal.

De allí navegamos a Lisebonna a los 14 días, año 1553, anno domini, setiembre 30; el día de Sannt Jerónimo arribamos allí y nos quedamos 14 días largos en la ciudad de Lisebonna. Allí se me murieron 2 indios que traía yo conmigo de la tierra (el Paraguay). De allí viajé per postam (por la posta) a Sevilla en 6 días -son 72 millas y me quedé unas 4 semanas largas hasta que estuviesen listos los navíos; después salí de Sevilla por agua y llegué en 2 días a la ciudad de S. Lucas (San Lúcar de Barrameda) donde me quedé hasta el otro día. De allí viajé yo un día de camino por tierra y llegué a una ciudad llamada Portta S. Marie (Puerto de Santa María), de donde anduve 8 millas de camino por agua y llegué a la ciudad Calles allí a la sazón estaban los navíos holandeses, que debían partir para los Países Bajos; los mismos que eran unos 25, todos navíos grandes, que se llaman hulckhenn

Entre estos 25 navíos había uno nuevo, grande y muy lindo, que sólo había hecho un viaje de Andorff a Hispaniam; así pues me aconsejaron los comerciantes que debía yo embarcarme en este navío nuevo; y el patrón se llamaba Heinrich Ses; era un hombre honorable y capaz, con él traté yo y arreglé mi pasaje, también la comida y las demás cosas que faltaban para este viaje, por todo esto cerré yo trato con él. Esa misma noche acabé yo de aprestarme de todo, e hice llevar mi botín, vino, pan y cosas por el estilo, también los papagayos que había yo traído de India todo al navío; y por último convine con el patrón que para complacerme me haría anunciar la hora de partir, lo que el patrón me prometió, y que no se iría sin mí, sino que con toda seguridad me haría avisar. Ahora sucedió que el dicho patrón esa misma noche tomó algo de más, así que (por suerte mía) se olvidó y me dejó en la posada, sucedió que 2 horas antes de amanecer, el timonel, que era quien manejaba el navío, hizo que se levase el ancla, y allí se hizo a la vela. Y cuando yo de mañana fui a buscar el navío, ya estaba este una milla larga de camino distante de tierra; en seguida tuve que buscarme otro navío y cerrar trato con otro capitán, al que tuve que darle lo mismo que al anterior; así partimos al punto de allí con los otros 24 navíos y tuvimos viento favorable los primeros 3 días, mas después nos vino un viento fuerte y contrario de suerte que no podíamos seguir navegando; estuvimos, pues, 5 días largos siempre en gran peligro esperando bonanza; pero cuanto más nos demorábamos más brava se ponía la mar, hasta que ya no nos fue posible esperar más mar afuera, sino que tuvimos que regresar para atrás por el camino que habíamos traído.

Ahora es costumbre en práctica de la mar, que los marineros y patrones hagan un capitán general entre ellos, que en español se llama almerando este manda a todos los navíos, y lo que él quiere eso se ha de hacer, eso se ha de cumplir, en alta mar; y ellos, los marineros y patrones, tienen que jurarle que ninguno de ellos se ha de querer separar de los demás; porque la Cesárea Majestad había ordenado y mandado que menos de 20 navíos no deberían emprender viaje de España a los Países Bajos, por causa del Rey de Francia, mientras duraba la guerra entre ellos. Fuera de esta hay otra costumbre más en alta mar, que un navío no ha de navegar a más de una milla de distancia del otro, y cuando se pone o entra el sol, también los navíos tienen de juntarse y los patrones han de saludar al

mirando con 3 ó 4 tiros, y todos los días 2 veces; también por la otra parte el mirando ha de colgar del navío suyo 2 linternas hechas de hierro, que se llaman farall las ha de dejar prendidas toda la noche, así los demás han de seguir al navío, en que está la luz, y no se han de separar por nada.

Ítem más el mirando les avisa cada noche a los navegantes el rumbo que piensa tomar, porque si llega el caso de sobrevenir un temporal en alta mar puedan ellos saber el rumbo o viento que ha seguido mirando y así no se aparten los unos de los otros.

Y eso que tuvimos que regresar y volvernos atrás, como se dijo, allí estaba el navío del susodicho Ha[i]nrich Schezen, en que tenía yo todo mi botín, el mismo me había dejado en Calless el postrero de los demás navíos, y cuando ya nos aproximamos como a una milla de camino de la ciudad de Calless allí se nos hizo obscuro y anocheció; así que el almirando tuvo que mostrar un farol, mediante el cual se le arrimasen los navíos. Y cuando ya hubimos llegado a la ciudad Calless cada patrón largó su ancla al agua y el mirando también retiró su farol. Mientras esto se hizo una lumbre en tierra sin dañada intención, mas le fue funesta para la suerte de Hainrich Schezen y su navío; ahora la lumbre procedía de cerca de un molino, como a un tiro de arcabuz de la ciudad de Calless y así el antedicho Hainrich Schez se encaminó derecho a ella, porque se le puso que era el farol del mirando y cuando él con su navío estaban ya muy cerca de la luz, dio con toda fuerza sobre un peñasco, que estaba allí dentro del agua, y su navío se hizo cien mil pedazos y se fueron a pique gente y carga, en menos de un medio cuarto de hora, y no quedó un palo sobre otro; también de 22 almas solo se salvaron el patrón y el timonel, que escaparon sobre un madero grueso; también se perdieron 6 baúles con oro y plata perteneciente a la Cesárea Majestad y gran cantidad de mercancía más de propiedad de los comerciantes. Por lo cual doy yo a Dios mi Redentor y Salvador por Cristo Jesús alabanzas, honor, loas y gracias por 7, siempre, porque esta vez más tan misericordiosamente me dirigió, defendió y amparó por cuanto yo en la primera vez no alcancé el navío.

Capítulo LV

Vuelve a embarcarse el autor en Cádiz. -Llegan a Inglaterra y de allí a Amberes

Después de esto paramos 2 días quietos en Khalliss y el día de San Andrés volvimos a emprender viaje para Anntorff tuvimos en este viaje tan mal tiempo y tan terribles vendavales, que los mismos patrones decían que en 20 años, o sea en todo el tiempo que habían navegado por los mares, no habían visto ni oído decir de tormenta tan horrible ni que dure tanto tiempo.

Así ahora arribamos a Inglaterra, a un puerto llamado Viedt (Isla de Wight) no nos quedaba en nuestros navíos una sola welle esto es, una lona que se extiende en el palo, ni tampoco velamen ni aparejo, ni la menor cosa a bordo de los navíos; y si el tal viaje hubiese durado un poco más, no se hubiese salvado uno de estos 24 navíos; sólo Dios el Señor nos sacó bien por otro lado.

Ahora para colmo de todo lo demás, siendo ya el día de año nuevo del año 1554, el día de los 3 Santos Reyes, 8 navíos se perdieron desgraciadamente con vidas y haciendas, cosa que daba pena de ver; porque lo cierto es que no salvó uno solo de allí.

Esto aconteció entre Francia e Inglaterra. Dios el Todopoderoso quiera favorecerlos y a nosotros con su misericordia, por Cristo su único Hijo. Amen.

Así nos quedamos 4 días en el dicho puerto Viedt en Inglaterra y de allí navegamos a Probannt y a los 4 días arribamos a Arnmu[id]a que es una ciudad en Sehelandt adonde

están surtos los navíos grandes; está a 74 millas de camino de Viede y de allí navegamos a Anntdorff que está a 24 millas de camino. Y llegamos allí el 26 de enero, año 1554.

Sí. ¡Alabado y loado sea Dios por siempre porque tan misericordiosamente me deparó tan próspero viaje! Amen.

Schmídel, U. (2003). *Viaje al Río de la Plata*. Biblioteca Virtual Universal. Disponible en <https://bit.ly/3HpK6cB>
(Otra edición con modernización de los nombres y lugares: Schmídel, U. (1962). *Viaje al Río de la Plata (1534-1554)*. Madrid.)

Gonzalo Fernández de Oviedo Valdés

Fernández de Oviedo Valdés nació en Madrid en 1478 y murió en Valladolid en 1557. Fue un militar, escritor, botánico, etnógrafo y colonizador español nombrado por el emperador Carlos V como primer cronista de las Indias. Además, fue gobernador general de la Fortaleza de Santo Domingo y La Española. Colonizador español de ascendencia noble de Asturias, entró muy joven a servir a un hijo de un hermano bastardo de Fernando el Católico, llamado don Alfonso de Aragón y Escobar, segundo duque de Villahermosa. Allí estuvo hasta los 13 años, y más tarde fue nombrado mozo de cámara del príncipe don Juan.

Presenció la rendición de Granada en 1492 y el regreso de Cristóbal Colón tras su primer viaje, y conoció a los hijos del descubridor, que eran pajes del príncipe. La muerte del infante en 1497 cambió el rumbo de su vida y abandonó la corte para marchar a Italia. En 1498, estuvo en Milán al servicio de Ludovico Sforza, el *Moro*, y conoció a Leonardo da Vinci. En la ciudad de Mantua entró a servir a Juan de Borja y Castro, a quien acompañó por diversas ciudades de Italia.

En 1500, se desplazó a Roma y de allí a Nápoles, donde pasó a servir en la corte de su rey don Fadrique. Cruzó luego el estrecho de Mesina hacia Sicilia, donde entabló amistad con Gonzalo Fernández de Córdoba, más conocido como «el Gran Capitán», quien acababa de conquistar Tarento y había hecho prisionero al duque de Calabria, a quien más tarde serviría en Madrid. En 1502, de regreso a España, residió en Madrid, su ciudad natal, y cuando Isabel la Católica murió, en 1504, entró de nuevo en la corte de Fernando el Católico. Sirvió por entonces al duque de Calabria. En 1506, se casó con Margarita de Vergara, que murió pronto, y al año siguiente fue nombrado notario público y secretario del Consejo de la Santa Inquisición; al año siguiente se casó nuevamente, en esta ocasión con Catalina Rivafecha, y trabajó hasta 1511 como notario público de Madrid. En 1512 ejerció de secretario de Fernández de Córdoba por poco tiempo.

Viajó a las Indias en 1513 en la expedición a Panamá de Pedrarias Dávila, quien había sido nombrado gobernador de Castilla del Oro y, como jurista, ocupó el puesto de escribano. Como militar, fue teniente del gobernador Pedrarias, en aquel tiempo, gobernador de Cartagena de Indias. Se desempeñó como capitán y *alcayde* de las fortalezas de Santo Domingo y la Española.



Portada de Historia general de las Indias, que subtitula «Primera parte de la historia natural y general de las Indias y islas y Tierra Firme del mar océano, como cronista de su majestad por cuyo mandado lo escribí, 1535». Imagen tomada de Wikipedia.

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Historia_general_de_las_Indias_Capitan_Gonzalo_Hernandez_de_Oviedo_y_Valdez_\(1536\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Historia_general_de_las_Indias_Capitan_Gonzalo_Hernandez_de_Oviedo_y_Valdez_(1536).jpg)

Tras su segunda estancia en América, publicó el *Sumario de la natural historia de las Indias* (1526), dedicada a Carlos I como un adelanto del «tratado que tengo copioso de todo ello», pues ya había empezado a redactar su obra más famosa, la *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del mar océano* —de la cual a continuación se transcriben algunos fragmentos—, que relata acontecimientos que van de 1492 a 1549. Su primera parte se imprimió en 1535; la impresión de la segunda parte, en Valladolid, quedó interrumpida por la muerte del autor en 1557 y solo se editó completa recién entre 1851 y 1855 en cuatro volúmenes al cuidado de José Amador de los Ríos y encargados por la Academia de la Historia.

El *Sumario* fue traducido al inglés, al italiano (Venecia, 1532) y al latín, y alcanzó en un siglo 15 ediciones, transformándose en un clásico de la etnografía y la antropología. Tras una breve disquisición sobre la navegación al Nuevo Mundo, trata de La Española, Cuba y otras islas de las Antillas, así como de Tierra Firme, ocupándose de los habitantes y sobre todo de los animales y vegetales; los minerales le merecen muy poca atención, a excepción del oro.

En la *Historia*, este ordenamiento geográfico es reemplazado por otro inspirado en Plinio el Viejo: primero, los vegetales subdivididos en plantas cultivadas, árboles y hierbas; después, los animales, comenzando por los terrestres, siguiendo con los acuáticos y aéreos y terminando con los insectos. En esta obra crítica las *Décadas* reunidas por Pedro Mártir de Anglería a causa de haber tomado sus fuentes de forma indirecta; dice Fernández de Oviedo: «Deseaba escribir lo cierto si fielmente fuera informado, mas como habló de lo que no vido... sus *Décadas* padecen muchos defectos».

En sus escritos americanos, Fernández de Oviedo se presenta como un admirador de la naturaleza y de las costumbres indígenas, que describe con entusiasmo pero con

objetividad, en lo que le sirvió de no poco desconocer el latín, ya que incluso su Plinio lo había leído en italiano, lo que le marcó su gran enemigo De las Casas, que reconoció, sin embargo, sus méritos científicos. Ello le supuso librarse de prejuicios clasicistas y fiarse exclusivamente del dato empírico y la observación directa, en lo que se mostró además muy perspicaz. Por ello se lo considera uno de los primeros antropólogos *avant la lettre*. Igualmente, son de gran utilidad científica sus indicaciones botánicas y etnológicas.

Como simple escritor, escribió además el libro de caballerías *Libro del muy esforçado e invencible caballero de la fortuna propiamente llamado Don Claribalte* (Valencia, 1519), dedicado al duque de Calabria, aunque ya en 1524 compuso una epístola moral de aire erasmista en que rechaza su antigua afición a los libros de caballerías. Fuera de esta pieza, es fundamental una obra genealógica, las *Quinquagenas de los reyes, duques, caballeros y personas notables de España o Quinquagenas de la nobleza de España*, 1555, que es una fuente de primer orden para conocer datos biográficos, heráldicos y anécdotas sobre la nobleza castellana de la Edad Media y el Renacimiento, pero de complicada transmisión textual.

También dejó referencia del príncipe don Juan en su *Libro de la cámara real del príncipe D. Juan e officios de su casa e servicio ordinario*, que solo llegó a editarse en Madrid en 1870, y compuso además un *Libro de los infortunios y naufragios* (1535) y un *Libro del blasón* que sirvió de fuente previa a los diálogos de sus *Batallas y quinquagenas*. Permanece inédita su *Historia de Nicaragua*, su *Catálogo real de Castilla*, su *Relación de lo subcedido en la prisión del rey Francisco de Francia*, su *Libro de linajes y armas*, su traducción del *Laberinto de amor* de Giovanni Boccaccio y diversos trabajos de traducción y cronísticos que fueron aprovechados por William H. Prescott para sus monumentales obras históricas.

Como arqueólogo, se interesó por las inscripciones romanas de Madrid y ha transmitido los escasos testimonios romanos visibles en la ciudad, aunque solo encontró tres: una en la puerta de Moros (una piedra tosca en forma de columna redonda que perdió el texto por el trasiego de las carretas); otra en la iglesia de la Almudena y la tercera, de la que solo quedaban las últimas líneas, en la puerta de Guadalajara.

Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del mar océano

[...]

[p. 10] [...] *passó adelante adelante del rio grandíssimo, que descubrió por su mal el capitán y piloto Johan Diaz de Solís, donde le mataron, el qual rio los naturales llaman Parana-guaçu, y el vulgo agora entre nosotros le llaman Rio de la Plata, del qual en su lugar hablaré mas particularmente. Y dexándole atrás, y volviéndose algo enarcando la tierra hácia hácia poniente, passó esta armada á la parte del antártico polo, atravesando el trópico de Capricornio muchos grados, y el último de março del siguiente año de mil é quinientos y veynte llegó al golpho de Sanct Julian, y llevando ó teniendo siempre la costa de a Tierra-Firme á la mano drecha, allí en aquel golpho que digo hallaron el polo antártico elevado sobre el horiçonte quarenta y nueve grados. Allí vieron algunos indios de doce ó treçe palmos de alto; y algunos de los nuestros salieron en tierra y fueron á ellos, y mostráronles algunos cascabeles y papeles pintados, y ellos saludaron á los nuestros con un su çierto*

cantar ni suave ni bien sonante, sin se entender los unos á los otros; y porque los nuestros se admirasen de su fiereça se metían por la boca é garganta una flecha de medio codo hasta el estómago, é la sacaban sin daño proprio, é mostraban mucha alegría de ver la atencíon que los españoles tenían, viendo aquello. En fin, vinieron tres dellos é rogaron por señas á los chripstianos fuesen con ellos, y el capitán Fernando de Magallanes mandó que fuesen allá siete hombres bien aderesçados con sus armas, para que se informasen é vieses qué gente era aquessa. É después que ovieron andado dos leguas, llegaron á un bosque muy çerrado é sin camino, en que avia una casita baxa cubierta de pellejos de fieras, la cual estaba dividida en dos partes: en la una estaban las mujeres é los hijos, y en la otra estaban los hombres. Eran las mujeres é los hijos treçe é los hombres cinco, é como llegaron dieron á comer á los españoles çierta carne salvagina, é mataron un animal que quería algo algo paresçer asno salvaje, la carne del qual medio asada les pusieron delante, sin otro manjar ni bebida alguna: toda aquella noche se pasó con grand viento é nieve, é durmieron cubiertos con ciertas pieles de animales; pero por sí ó por no, pusieron é repartieron entre sí la vela é guarda, hasta quel dia siguiente viniessse, é los indios no tuvieron menos cuidado de estar despiertos á par del fuego tendidos é cerca de los nuestros, roncando algunos terriblemente. Como fue de dia, los chripstianos por señas les rogaron que todos fuesen á las naos, á lo qual los indios no quisieron consentir; é los chripstianos queriéndoles apremiar, los indios se entraron donde las mujeres estaban, y pensaron los nuestros que se querían consejar con ellas si yrian ó no; pero ellos se cubrieron con otros pellejos horribles de arriba abaxo é las caras pintadas de diversas colores, é con sus arcos é flechas, é con aspecto temeroso de ver, salieron. Los nuestros, creyendo que querían venir á las armas, soltaron un arcabuz sin pelota, mas por espantarlos que por otra causa: esto les fue tan espantable que con señales pidieron paz, y conçertaron que tres dellos fuesen á las naos: y assi començaron á yr con los nuestros para yr [p. 11] juntos. Aunque los indios yban á passo tendido, no pudiean los nuestros á todo correr tenerse con ellos, é los dos dessos indios vieron un animal daquellos que es dicho que andaban sobre un monte paçiendo; é mostrando que lo yban á tomar, se huyeron, y el terçero fue llevado á las naos, el qual enojado de se ver solo, y no queriendo comer, dentro de pocos días murió. Y el capitán envió algunos hombres á aquella casa ó cabaña, para que tomassen alguno de aquellos gigantes, para llevarlo al Emperador, como cosa nueva; pero no se halló nadie, porque todos juntamente con la cabaña se avian transférido á otra parte, de que se colige que aquella gente no está firme en algún lugar. [...]

[p. 39] [...] Y assi siguieron hasta una legua delante de la bahía de la Victoria [Estrecho de Magallanes], é hallaron muchos ranchos y choças de los patagones, que son hmbres de treçe palmos de alto, y sus mujeres son de la mesma altura. Y luego que los vieron salieron las mujeres á ellos, porque sus hombres eran ydos á caça, é gritaban y capeaban á estos chripstianso, haciéndoles señales [p. 40] que se detoviessen atrás; pero los chripstianos, como tenían ya costumbre de haçer la paz con ellos, luego començaron á gritar diciendo ooo, añçamdp ñps braços y echando las armas en tierra, y ellas echaban assi mesmo los arcos, é haçían las mesmas señales, é luego corrieron los unos para los otros y se abraçaron.

Deçia este padre don Johan que él ni alguno de los chripstianos (que allí se hallaron) no llegaban con las cabeças á sus miembros vergonçosos en el altor con una mano, quando se abraçaron; y este padre no era pequeño hombre, sino de buena estatura de cuerpo. Luego los chripstianos les dieron cascaveles y agujas, y otras cosas de poco presçio; é los cascaveles ensartábanlos en hilos é poníanlos en las piernas, é como se meneaban y oían sonido dellos, daban brincos y saltos con ellos y espantábanse de los cascaveles, é con mucha risa goçábanse,

maravillados dello. Yo quise infirmarme que cómo sabían esos chripstianos y el clérigo que lo ques dicho era la costumbre de se haçer la paz con esas gentes gigantéas: é dixome que ya avian visto antes de aquestos hombres, como adelante se dirá en el capítulo siguiente. Los arcos eran cortos y reços y anchos, de madera muy fuerte, y las flechas como las que usan los turcos y con cada tres plumas, y los hierros dellas eran de pedernal, á quisa de harpones ó rallones bien labrados. É son muy grandes punteros y tiran tan cierto como nuestros ballesteros ó mejor. Traen en las cabeças unos cordeles, en torno sobre las orejas, y éntrelas y la cabeça ponen las flechas, á guisa de guirnalda con las plumas para arriba, y de allí las toman para tirar; y desta manera salieron aquellas mujeres. Es gente bien proporçionada en la altura ques dicho: andan desnudos que ninguna cosa traen cubierta sino las partes menos honestas de la generaçion, é allí traen delante unos pedaços de cuero de danta. Este nombre dan dánsele los chripstianos á aquellos cueros, no porque sepan que son de dantas: que á la verdad no lo son; sino unos animales que tienen el cuero grueso, como de danta ó mas. Adelante, quando se hable en las cosas de Castilla del Oro, se dirá mas largamente qué animales son estos, porque segund lo que entendí deste padre clérigo, son los mismos animales que en la provincia de Cueva llaman beorí, donde yo los he visto y comido en la Tierra-Firme.

Assi como las gugerres gigantas que es dicho hiçieron las paçes con esos chripstianos, lleváronlos á sus ranchos donde vivian, é apossentáronlos unos á uno por sí separados por los ranchos: é diéronles çiertas rayçes que comiesen, las quales al principio amargan; pero usadas, no tanto, y diéronles unos muxiliones grandes, qual pescado de cada uno era mas de una libra y de buen comer. No desde á media hora questaban en los ranchos, vinieron los hombres dessas mujeres de caça, é trayan una danta que avian muerto, de mas de veynte ó traynta arrelde; la qual traya á cuestras uno daquellos gigantes, tan suelto y sin cansancio, como si pessara diez libras. Assi como las mujeres vieron á sus maridos, salieron á ellos, é dixéronles cómo estaban allí esos chripstianos, y ellos los abraçaron de la manera que se dixo de susso, y partieron con ellos su caça, y començaron [p. 41] de la comer cruda como la trayan, quitando lo primero el cuero, y dieron al clérigo un pedaço de hasta dos libras. El qual lo puso al fuego para lo assar sobre las brassas, y arrebatólo luego uno daquellos gigantes [...] Comida la danta, fueron á beber á un poço, donde estos chripstianos fueron assimesmo á beber; y uno á uno bebían los gigantes con un cuero que cabia más de una cántara de agua, é aun dos arrobas ó mas: y avia hombres daquellos patagones que bebían el cuero, lleno tres veçes á reo, y hasta que aquel se hartaba, los demás atendían. [...]

Estos ranchos (lám. I. afig. 1ª.) eran de cuero de danta, adobado como muy lindo y polido cuero de vaca, y el tamaño es menor que de vaca; y pónenlo en dos palos contra la parte de do viene el viento, é todo lo demás es estar descubierto al sol y al agua; de manera que la casa no es mas de lo que es dicho, y en esso consiste su habitaçion, é toda la noche están gimiendo y tiritando de tembor del exçesivo frio (porques frigidissima tierra á maravilla); y es neçessario que lo sea, porque está en los çinquenta y dos grados y medio de la otra parte de la equinoçial, á la parte del antártico polo. No hacen fuego de noche, por no ser vistos de sus enemigos, y de continuo viven en guerra, y por pequeña causa ó antojo mudan su pueblo y casas sobre los hombros y se pasan á donde quieren: que son tales como he dicho. Esta ceçindad ó ranchos eran hasta sesenta ó mas vecinos, y en cada uno dellos mas de diez personas. Toda aquella noche estovieron estos pocos españoles con mucho desseo y temor, esperando el dia para se yr, si pudiessen, en paz á donde avian dexado su nao; la qual quedaba mas de quarenta leguas de allí, y no tenían que comer ni dineros para lo

comprar, y caso que los tovieran, aquella gente no sabe qué cosa es meneda. Quando á la mañana se despidieron de los gigantes, fue por señas no bien entendidas de los unos ni de los otros; y guiaron los españoles hácia la ribera y costa, por ver si hallarían con diligencia alguna señal ó vestigio de las naos [...]

[p. 43] Traían aquellos gigantes pintadas las caras de blanco y roxo y jalde, amarillo y otros colores: son hombres de grandísimas fuerzas, porque decía este clérigo don Johan que á todos tres servidores, ó cámaras de lombardas de hierro, tan grandes que cada servidor ó versso pessaba dos quintales ó mas, los alçaban de tierra con una mano en el ayre mas altos que sus cabeças. Traen muy hermosos penachos en las cabeças y en los piés, y comen la carne cruda y el pescado assado y muy caliente. No tienen pan, ó si lo tienen, estos chripstianos no lo vieron, sino unas rayças que comen assadas y también crudas, y mucho marisco de lapas y muxilones muy grandes assados, y hosias mucho grandes, de que se puede sospechar que también serán las perlas grandes. En aquella costa mueren muchas ballenas sin que las maten, é la mar brave las echa en la costa, y aquestos gigantes las comen. [...]

É volvieron con ellos á la nao, é diéronles cascaveles y pedaços de espejos quebrados y otras cosas de poco valor, con que ellos mostraban yr muy ricos y goçosos; y espantábanse mucho de los tiros del artillería y de todas las otras cosas de los chripstianos. [...]

[p. 44] Quando baylan toman unas bolsas çerradas y muy duras de cueros de dantas, y dentro llenas de pedreçuelas; y traen sendas destas bolsas en las manos, y pónense tres ó quatro dellos á una parte y otros tantos á otra, y saltan los unos hácia los otros abiertos los braços, y meneándolos hacen sonar las pedreçuelas de las bolsas, y esto les tura todo lo que les paresçe ó es su voluntad, sin cantar alguno. [...]

[p. 114] Y para que aquesto mas copiosamente se entienda, es de saber que aqueste grande rio de Paramá, que agora improrpiamente llaman de la Plata, primero le decían el rio de Sñís, porque le descubrió el piloto Johan Diaz de Solís, y en él lo mataron, como mas largamente se dirá en el libro XXIII: assi que el descubrimiento fue año de mil é quinientos y doce; y allí volvió después por capitán general, y lo mataron los indios el año de mil é quimientos y quince. Despues de lo qual el piloto mayor, Sebastian Gaboto, con çiertos cobdiçiosos que á su çiençia se armaron, fue al mismo rio con otra armada el año de mil é quimientos y veynte y seys, y perdió el tiempo y la mayor parte de la gente que llevó, é muchos dineros que á él é á otros costó aquella empresa. [...]

[p. 120] [...] el qual cabo [Santa María] está en treynta é cinco grados de la otra otra parte de la línea equinoçial; y toda la costa es poblada de una gente que se diçe janase vequaes, que son hombres de grandes estaturas, assi como alemanes ó mas grandes. É antes deste puerto, quatro ó cinco leguas, está un grand golpho ensenado, en que entra un poderosso rio; y junto á la punta ya dicha está una isla que se diçe de las Palmas, porque hay muchas (y aquestos españoles la nombran assi); y entrela y la Tierra-Firme pueden estar muchas naos y muy seguras. Esta punta es la que está en el embocamiento del rio de la Plata á la banda de la equinoçial: el qual embocamiento é rio llaman los indios Paramá, y los chripstianos le solían llamar rio de Solís, porque el piloto Johan Diaz de Solís le descubrió, y en él lo mararon los indios. La carta lo pone en treinta é cinco grados, menos un quarto, de la otra banda de la equinoçial. Este cabo de Sancta María y la isla que Alonso de Sancta Cruz llama de las Plamas, la llama Chaves isla de Lobos, y pone otra isla al Dessueste veynte leguas del dicho cabo, llamada isla de Chripstóbal Jaques, y otras isletas, delante de estas en el mismo rio é del Este al Hueste, que las nombra islas de Rodrigo Alvarez. [...]

[p. 167] *El muy famoso é grandíssimo rio, que los indios en la parte austral llaman Paraná é los chripstianos le diçen rio de la Plata, tiene su emboacmiento donde entra may veynte leguas, [...] y está en treytan é cinco grados, de la otra parte de la equinoçial. Llamóse primero rio de Solís, porque lo descubrió el piloto Johan Diaz de Solís; é algunos afirman que su embocamiento ó anchura es treinta leguas desde el Cabo de Sancta María, que tiene háçia la línea del equinoçio, hasta el Cabo Blanco, que está á la otra banda del rio, háçia el Estrecho de Magallanes. [...] Y con liçençia del Cathólico é Sereníssimo rey, don Fernando, de inmortal memoria, dio efeto á la obra y descubrió este grand rio, año de mil é quinientos é doçe años, y truxo la relación que por entonces pudo ver de aquella ribera; y para mejor y con mas posibilidad é gente salir en tierra, el mismo rey le hizo capitán suyo é le concedió la población de aquel grand rio. É volvió allá con tres naos muy bien armadas é provistas de gente y vituallas, para descubrir é saber los secretos de la tierra, el año de mil é quinientos é quinze años; y llegado donde él tanto desseaba, fue amigablemente rsçebido de los indios y convidado de ellos con mucho halago y semblante de dulce y amoroso acogimiento, y mostraron mucho placer con él y con los chripstianos. É salido en tierra con una barca y parte de la gente que llevaba, salieron de una çelada grande multitud de indios, que estaban puestos en açechança con mano armada, é mataron al Johan Diaz de Solís é á todos los que estaban en [p. 168] tierra de los españoles, sin que alguno quedasse con la vida, á vista de los chripstianos que estaban en las naos, é no sin mucha vergüença de todos ellos, demás del notorio daño; y tomaron la barca y quebráronla é quemáronla luego. Viendo esto los restantes chipstianos é que assi, sin se entender, les avian muerto su capitán é principal piloto é guía, con mas de çinquenta hombres de lso mejores del aramda, alçaron velas é no osaron quedar allí, pareçiéndoles que era muy poco número de gente para contra tanta multitud de indios; é fueron á la tierra del Brasil, donde cargaron los navíos de aquella madera, é se tornaron á España, para dar color á los paños é á otras pinturas con aquella mercadería [...]*

[p. 169] *El año de mill é quinientos é veynte é seys años, teniendo el capitán é piloto mayor, Sebastian Gaboto, liçençia de la Çessárea Megestad, para que, como su capitán general, fuesse á poblar el rio grande (que descubrió el piloto mayor Johan Diaz de Solís, é donde lo mataron); y para que calasse la tierra y descubriesse los secretos della; armó quatro cravelas á costa de muchosw cobdiçiosos engañados de sus palabras y confiados de su cosmographia, é partió en el mes de abril del año ques dicho. [...]*

[p. 171] *Tornemos á nuestra geographia é rio de la Plata: digo, que en la costa primera proçediente del Cabo de Sancta Maria adentro hay desde él á una punta, que se diçe Sanct Grabriel, treinta leguas; y mas adelante otras diez está otra punta que se diçe Sanct Bárbara, é mas adelante está el rio de Sanct Láçaro, é mas adelante otro que se diçe Sanct Salvador; é mas delante de todos esos hay otro muy grand rio, que se llama Huruay, el qual haçe una punta mas al Poniente, desde la qual hasta el Cabo de Sancta Maria hay ochenta leguas de costa: [...] [p. 172] [...] prosiguieron el rio de la Plata su costa adentro: é pasados de aquella punta, do comiençan los baxos, hallaron en el rio, cerca de tierra, unas islas, é llamáronlas de Sanct Gabriel; é mas adelante un rio que se diçe Sancta Bárbara, que entra en este de la Plata. É allí descargaron los navios, porque pidiessen menos fondo, é fueron adelnate una tierra é rio que llamaron de Sanct Láçarao, enfrente del qual rio está una isla que se diçe la isla de Martín Grarçia, porque murió allí un despensero del Capitan Johan Diaz de Solís; en el primero descubrimiento desde rio de la Plata. Desde el rio de Sanct Láçaro se apartaron la galea é una carabela con la mayor parte de la gente, é dexaron allí en tierra parte de la compañia, para guardar la ropa que avian descargado, é quedaron en*

las otras dos naos subieron mas por el mesmo rio hasta otro que se dize Sanct Salvador, en la costa que está á la parte del Norte, é allí pararon en hermoso puerto é á buen anclage. [...]

[p. 173] /Se está refiriendo a las islas del Paraná y señala:/ [...] é á una dellas pusieron nombre Isla de Françisco del Puerto; porque un hombre assi llamado, y natural de la villa del Puerto de Sancta Maria en España, que es á dos leguas de la cibdad de Cádiz, le hallaron allí en aquella isla, que le avia dexado Johan Diaz de Solís, quando descubrió aquel rio, ó se quedó él, seyendo gurumete, é le avian criado los indios, é sabia ya la lengua dellos muy bien; el qual fue útil é assaz conviniente á los chripstianos. Este hombre decía que estas bocas eran nueve ó diez; y entrados por la via dellas la mas principal, fueron á dar en una punta dentro del mismo rio, que está del puerto de Sanct Láçaro en la otra banda treinta leguas, do entra un río que se dize de los Guyrandos, que es una generaçion de indios que son caçadores de venados, é son tan sueltos, que los toman por piés: que es mucha mas velociçad que la que Plinio escribe de los trogloditas, que vençen á los caballos por su ligereça. Estos guyrandos son flecheros, é no tienen pueblos, sino que de unas partes á otras andan con sus mujeres é hijos y lo que tienen. Sus casas son un amparo, como de medias choças de cueros de los venados é animales que matan, muy pintados é adobados para defensa del ayre é del agua; é aquesto son sus moradas. [...] desde el rio de los guyrandos treinta leguas adelante, el rio arriba, fueron la carabela é galea hasta un rio que se dize Carcaraña, é casas de buhíos de madera, cubiertas de paja, como se acostumbra en muchas partes destas Indias [...]. É hicieron una fortaleça de tapias de tierra, donde pusieron los rescates é hacienda: é donde allí subieron por la costa principal çiento é çinquenta leguas hasta un rio muy grande que entra en el de Paranáguaçu, é dize este rio Paraguay. [...]

[p. 177] Dentro del embocamiento del rio de la Plata, en la parte ques mas austral dél, en la costa que está enfrente de los indios que llaman janes bequaes, á la banda del Sur, está la gente que llaman janes timbús, y toda es una lengua; y delante del rio de Sanct Salvador, donde estaban las naos de los españoles quatro leguas, está el rio Negro, que es muy grande, é tiene á la boca tres islas en triángulo. Este nombre tiene, porque los indios en su lengua le llaman así; pero por otro vocablo que quiere decir lo mesmo, puesto que no es negro el rio ni el agua dél. Delante del rio Negro está otro rio muy mayor, á seys leguas, y lleno de muchas islas, que se llama Uruguay. El mantenimiento destas gentes que los chripstianos desta armada les vieron usar y después tuvieron noticia, es maíz y pescado assado y coçido, mucho y bueno, como sávalos de Sevilla; y llámanle los indios quirnubataes, y es el pescado que mas comen assi y de mas cantidad: [...] [p. 178] Los metales que tienen son cobre y laton ó como laton; mas aquesto tráenlo de otras partes; no tienen sal, y estimanla mçucho [...] Las arman de aquellas gentes salvajes son flechas, y los hierros dellas son pedernales [p. 179] ó huesos de pescados; y también usan anças medianas, como partesanas, agudas las puntas, de muy buena y fuerte é linda madera colorada, y mançanas de á una y de á dos manos. [...]

[p. 183] /Está hablando del arribo de don Pedro de Mendoza y señala:/ [...] esta nueva arma y la exerçitan en la caza para matar los venados, ó si al mismo exerçiço á á tal arma llaman guarania, con la qual assimesmo mataban á los españoles como á los çierros, y es desta manera. Toman una pelota redonda de un guijarro pelado, tamaño ó mayor que un puño de la mano çerrado, y aquella piedra átanla á una cuerda de cabuya, gruessa como medio dedo, y tan luenga como çient passos, poco mas ó menos, y el otro cabo de la cuerda átanlo á la muñeca del braço derecho, y en él revuelto la restante de la cuerda, excepto quatro ó cinco palmos della, que con la piedra rodean é traen alrededor, como lo suelen haçer los que tiran con hondas; pero como el de la honda rodea el braço una ó dos veçes antes que se

suelte la piedra, estos otros la mueven alrededor en el aire con aquel cabo de la cuerda diez ó doce ó mas vueltas, para que con mas fuerça salga la pelota é mas furiosa vaya. É quando la sueltan, va á donde la guian ó enderesçan, y en el instante soltándola, extiende el braço el indio que la tira, porque la cuerda salga y proçeda libremente, descogiéndose sin detençia ni estorbo para la piedra. É tiran tan cierto como un muy buen ballestero, é dan á donde quieren á quatroenta é çinquenta passos é mas; é aun algunos de los que son mas diestros tiran á çient passos; y en donde la pelota, va de tal arte é industria arrojada que ella mis- [p. 184] ma, después qu ha llegado y herido, dá muchas vueltas con la cuerda al hombre ó caballo que hiere, é ligalo, é se traba con él de manera en trono, que con poco que tira el que tiene la cuerda atada al braço, como he dicho, da en el suelo con el hombre ó caballo á quien ha herido; é assi acaban de matar al que derriban. [...]

[p. 191] Y á la boca del rio [de la Plata] está los jacroas, que es una gente que se sostiene de montería de venados é de avestruces é de otros animales llamados apareaes, los quales en la Nueva España y en las otras partes de España llaman cories; y tambien tiene esta gente muchos y buenos pescados de aquella ribera y costas. Hay en aquella tierra unas çebolletas debaxo de tierra, que es buen manjar para los naturales y aun para los españoles, y hay otras rayçes que son á manera de juncia: hay raposos é corzas á manera de lebreles, como leones pardos. Esta gente no tiene asiento ni pueblo conosciido: van de una parte á otra corriendo la caça, y llevan consigo sus mujeres é hijos, é las mujeres van cargadas de todo lo que tienen, é los hombres van siguiendo su montería é matando los çieruos y avestruces, arrojándoles unas bolas de piedra con trayllasó pendientes de una cuerda, como ya en otra parte la historia ha hecho mençion de tales armas. Tambien usan algunos arcos é garrotes en su montería. Estos indios están de la parte de la costa al Norte, y mas adelante en la mesma costa, pasando el rio Nero, está otra gente que se diçe Chanastinbus, que viven en islas de la costa ya dicha, y que se mantienen de pesquería y siembran algún poco de maíz y calabças de las nuestras de España, pero mayores; é tienen muchas pieles de nutras y buenas, y venados grandes y pequeños. En el parage de esta hay otra gente que se diçen guaranies, á la banda del Sur, que son caribes y comen carne humana, y hacen guerra á todas las otras nasçiones del rio, y son muy bellicosos y flecheros, y su lengua muy diferente é apartada de las otras. Los chanastinbus son de alta estatura mas que los otros, y los guaranies son de estatura de los españoles: todos andan desnudos, salvo los tinbus que se cubren con los pellejos ya dichos.

Adelante destos, rio arriba hay otra generaçion, que se diçe beguaes, que viven en islas de la parte del Sur en el mismo rio: son poca gente, y quando el rio cresce, vánse á la Tierra-Firme á la parte del Sur, y sustentanse de pesquerías y siembran algo, como los sussodichos. Adelante destos está la gente de los tinbus, á par de un estero que sale del rio grande por junto á la Tierra-Firme y parte del Sur; y á par destos está una nasçion que llaman [p. 192] carcaraes, que es gente alta de cuerpo, y la una y la otra de lenguas diferentes, que en el trato paresçe mejor que las otras ya dichas. Sustentanse de pescado, y tienen mucho y bueno; y sacan del mesmo pescado mucha y buena manteca, de que los chripstianos se aprovechan mucho, assi en su comer como para arder en los candiles, y para aderesçar los cueros de venados, de que hacen vestidos y calçados y cueras para su defensa. Estos tienen muchos venados, y avestruces, y ovejas de las grandes del Perú, tigres, nutrias y otros animales que quieren paresçer conexos, é otros de otras maneras. Mas adentro en la tierra metida está otra generaçion que le llaman quiranys, y obejas, y mantas de diversas maneras, y çestas de berguitas, tan texidas y apretadas, que pueden tener agua en ellas, y

son muy gentiles en la labor. Los cohuiles son unos animales tamaños como conexos ó poco mayores, de color plateados é algunos mas oscuros; y son muy lindas y blandas pieles, y el pelo de tal manera, que le pasan por los ojos sin ofender ni dar empacho á la vista. Estos tinbus y carcaraes son de mayor estaturas que los tirandies y que todos los ya dichos, y es gente sofrible y amorosa y amiga de los chripstianos, aunque son flecheros, cuyas flechas son pequeñas y emplumadas de tres plumas y muy polidas. Tienen tiraderas, de que se sirven como de dardos, y los qerandis tienen las bolas ya dichas y son muy diestros en ellas. No tienen leyes; y modan en tierra rasa, y es gente robusta de color morena, y viven de caça. Los tinbus tienen ciertas lagunas, en que tienen grandes pesquerías, y les sacan pescado y lo guardan para el tiempo de adelante. Tienen muchos perros, como los nuestros grandes y pequeños, que ellos estiman mucho, los quales allá no avia, y se han hecho de la casta que quedó de quando Sebastian Gaboto y el capitán Johan de Junco anduvieron por aquella tierra. Sus casas son de esteras con sus apartamientos y muy bien hechas, é tienen guerra con los baranis caribes; los quales tienen buenas canoas y las palas con remos luengos de á quinze ó veynte palmos. Es gente polida, y ellos y todos los ya dichos son de lenguas diferentes. Adelante desta generaçion hay otra gente que llaman los de Earinda, é mas adelante, á par de una laguna y dentro en ella vive una gente llamda quiloaçes; y mas adelante dellos están otros indios que se diçen los barrigudos, y son de menor estatura que los que avemos dicho, y tienen unos perrillos que crían en sus casas, mudos, que no ladran, y los tienen por buen manjar, y los comen quando quieren. Son dados á la agricultura y labor del campo. Adelante en la costa de Norte y par del Rio Grande está otra nasçion que se diçe chanaes, salvajes: estos tienen grande abundancia de garrobas que comen, y su habla es muy entonada en el papo, que paresçe que hablan, quando se llaman unos á otros. Tienen varas tiraderas y flechas: no siembran, y son caçadores, de la qual caça y sus garrobas se mantienen. Y adelante en la misma costa del Norte hay otra gente, llamada mecoretaes, alta de cuerpo: no siembran y son muy dados á la pesquería, y crían muchos perros de los nuestros, de que se sirven en la caça, y sus casas son muy luengas y de esteras: y en la otra costa de enfrente destos se ven muchos fuegos é islas; pero no están frequentados ni se comunican con los chripstianos hasta agora, porque la navegacion del rio ordinaria es por la parte del Norte. Ocho leguas adelante desta gente está la isla que llaman de las Garças hasta la Tierra-Firme, porque hay innumerables garças y cuervos marinos, que allí se crían en tanta manera, que ha acaesçido henchir los na- [p. 193] vios de tales aves; y en diversos tiempos estas aves se mudan á criar en otras partes de las islas. Delante de los mecoretaes están los mepeos, que turan hasta la boca del Paraguay: son gente alta de estatura, y viven como los que atrás queda dicha, y tienen guerra con los unos y con los otros sobre sus caças y pesquerías. En la boca del Paraguay están los mechereses ya dichos, los quales dieron al dicho capitán Johan de Ayolas canoas á trueco de otras cosas y rescate: en las quales canoas llevó la gente de la carabela que es dicho que se le perdió. É siguiendo su viaje, toparon una gente que llamen agaçes, que es belicossa en el agua, y tienen muchas canoas, y los remos dellas son de dos palas en los extremos, y assi llevan muy ligeras sus coanoas: estas palas son combadas y de palo. Es aquesta gente muy temida en todas aquellas comarcas, y viven de caça y pesquería. Delante destos viven otros que halló el dicho Johan de Ayolas, llamados guaraníes, y por otro nombre se diçen carios. Son de la estatura de nuestros españoles, y siembran y cogen maíz y yuca de que hacen pan y vino, y tienen fésoles, hanas, batatas, ajos, calabazas, y otras calabazas que se llaman arinas, que son muy olorosas y diferentes de las calabazas de color amarillas y negras; y hay una fructa que se diçe mandubí, que se

siembra y nasce debaxo de tierra, y tirándose la rama se seca ó arranca, y en la rayz está aquel fructo metido en capullos como los garbanços y tamaño como avellanas, y assados y crudos son de muy buen gusto.

Aquestos indios comen muchas gallinas de acá de España, de la casta que allá han llevado los chripstianos. Hay muchos patos de la tierra de los grandes, mansos, y assimesmo los hay bravos: hay venados y avestruces, perdices grandes y pardas, codornices, tórtolas y palomas. Todas estas aves son de passo y en mucha cantidad, y en todas aquellas partes hay muchos y diversos papagayos y muchos monillos de las colas largas y de muchas diferençias, y muchas aves de rapiña, assi como gavilanes y açores y de otras raleas; y muchos animales, tigres, puercos, baguyas, y mucha miel. Hay una çierta manera de puercos de agua, que son buena carn y de quatro piés, y tienen cinco uñas en cada pié y cada mano, y el pelo es áspero, de color como rubio, unos mas oscuros que otros, y salen á paçer en tierra y se tornan al agua, y quando los siguen se çabullen y salen de rato en rato; pero crian en tierra, y llámanlos de agua porque les es muy ordinario, y las mas vezes los matan en el agua: llaman los indios á estos puercos capixaras. Hay lobos de agua que se crian en cuervas y fuera del rio y acógense al agua: son pequeños, y de los cueros dellos hacen los chripstianos gentiles talabartes y otras cosas. Hay unos gatos salvajes tamaños como raposos, muy pintados blancos y negros á manchas: hay dantas de cada cinco uñas, y son como los que en la Tierra-Firme llaman beorís: hay raposos; hay encubertados, los quales llaman thatus; hay churcas, que son aquellos animales que llevan los hijos en el pecho escondidos, y llámanlos en aquella tierra sariques; hay osos hormigueros, hay zorrillas de las hediondas, conejos de dos maneras, y los unos son como los nuestros, pero alebrestados ó como liebres pequeñas. Hay grandes lagartos ó mejor diciendo cocotriçes, muchas culebras del rio y de tierra, y muchas fructas salvajes buenas de comer; guaravas, moras como las de España, excepto que son blancas; piñas de cardos, que llaman garabata, pero son agras, y otras hay coloradas, como las de la Española.

Hay otra fructa que se diçe atomora, que quiere paresçer açeytuna negra: hay [p. 194] higos de cardones grandes y tunas, y otros higos chiquitos de árboles; hay en la costa de la mar de la isla de Sancta Cathalina un árbol grande, y la hoja del menuda, y acaso cortando un árbol destes, le salió del coraçon un cierto licor como açeyte, muy claro y de buen color, y assi arde como açeyte con qualquier cosa que se unta con el dicho licor, aunque sean hojas verdes. Hay otro árbol que tiene las hojas redondas, menores que de mançano, la qual hoja, mascada en ayunas y puesta sobre una llaga, la sana. Hay en los dichos guaranyes, por otro nombre llamados carios, trmentina propia, y se sirven los españoles della como de trementina; pero no saben hasta agora dar raçon si el árbol es terebinto: hay en toda la tierra del Paraguay mucha sal que se haçe de agua salda, y también de tierra. [...]

http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historia-general-y-natural-de-las-indias-islas-y-tierra-firme-del-mar-oceano-tomo-primer-de-la-segunda-parte-segundo-de-la-obra-0/html/01474fac-82b2-11df-acc7-002185ce6064_55.htm

Gabriel Soares de Souza era hijo de portugueses radicado en Bahía hacia 1570. Escribió el *Tratado* en 1587 como «senhor-de-engenho e proprietário de roças e fazendas». Regresó a la península dirigiéndose a Madrid en marzo de 1587, donde ofreció dicho tratado. No hay mayor información respecto del autor.

Del investigador Francisco Adolfo de Varnhagen es la versión que utilizamos, que comprende el estudio desarrollado a mediados del siglo XIX por dicho investigador. Se conservan diversas copias de este tratado en Portugal, Brasil, España, Francia e Inglaterra. Todas serían copias, pues no se habría recuperado el manuscrito original.

Tratado descritivo do Brasil em 1587

Primeira parte

Roteiro geral, com largas informações de toda a costa do Brasil

[...] [p. 108]

Capítulo LVII

Em que se declara a costa do Rio de Janeiro até São Vicente.

Da ponta da Cara de Cão do Rio de Janeiro à ponta do rio de Marambaia são nove léguas, onde se faz uma enseada; e defronte dessa enseada está uma ilha de Arvoredo, que se chama a Ilha Grande, a qual faz de cada banda duas barras com a terra firme, porque tem em cada boca um penedo no meio, que lhe faz duas aberturas, e navega-se por entre esta ilha e a terra firme com navios grandes e naus de todo o porte. Ao mar desta ilha está um ilhéu, que se chama Jorge Grego. Esta Ilha Grande está em vinte e três graus, a qual tem sete ou oito léguas de comprimento, cuja terra é muito boa, toda cheia de arvoredo, com águas boas para engenhos. Quem vem do mar em fora parece-lhe esta ilha cabo de terra firme, por estar chegada à terra.

[p. 109] *Esta ilha se deu de sesmaria a um desembargador que é falecido, e não a povoou, sendo ela tanto para se fazer muita conta dela; na qual há muito bom porto para surgirem navios. Defronte desta ilha, na ponta dela da banda de leste está a Angra dos Reis; e corre-se esta linha lesteoeste; e quem navegar por entre ela e a terra firme não tem que recear, porque tudo é limpo e sem baixo nenhum. Da ponta da Ilha Grande ao morro de Caruçu são nove léguas, o qual morro está em vinte e três graus e um quarto e tem um ilhéu na ponta, e entre ela e a Ilha Grande, na enseada junto à terra firme, tem duas ou três ilhetas de arvoredo. Do morro de Curuçu à Ilha das Couves são quatro léguas, a qual está chegada à terra; da Ilha das Couves ao porto dos Porcos são duas léguas, o qual porto é muito bom, e tem defronte uma ilha do mesmo nome. Do Porto dos Porcos à ilha de São Sebastião são cinco léguas, a qual está em vinte e quatro graus, e tem cinco ou seis léguas de comprimento, cuja terra é boa para se poder povoar. E para boa navegação há de se navegar entre esta ilha e a terra firme, mas acostar antes à banda da ilha, por ter mais fundo.*

Ao sudoeste desta ilha está outra ilha, que se chama dos Alcatrazes, a qual tem três picos de pedra, e um deles muito mais comprido que os outros. Por dentro desta ilha de São Sebastião dá a três léguas ao sudoeste dela estão duas ilhetas; uma se diz da Vitória, e a

outra, dos Búzios. Da ilha de São Sebastião ao Monte do Trigo são quatro léguas; do Monte do Trigo à barra de São Vicente são quatro léguas. E corre-se esta costa da IlhaGrande até São Vicente lés-nordeste e oés-sudoeste.

Capítulo LVIII

Em que se declara quem é o gentio tamoio de que tanto falamos.

Ainda que pareça ser já fora do seu lugar tratar aqui do gentio tamoio, não lhe cabia outro, por a costa da terra que eles senhorearam passar além do Rio de Janeiro até Angra dos Reis, pelo que se não podia dizer deles em outra parte mais acomodada. Estes tamoios, ao tempo que os portugueses descobriram esta província do Brasil, senhoreavam a costa dele desde o rio do cabo de São Tomé até a Angra dos Reis; do qual limite foram lançados para o sertão, onde agora vivem. Este gentio é grande de corpo e muito robusto, são valentes homens e mui belicosos, e contrá- [p. 110] rios de todo o gentio senão dos tupinambás, de quem se fazem parentes, cuja fala se parece muito uma com a outra, e têm as mesmas gentilidades, vida e costumes, e são amigos uns dos outros. São estes tamoios mui inimigos dos goitacases, de quem já falamos, com quem partem, segundo já fica dito, e cada dia se matam e comem uns aos outros. Por esta outra parte de São Vicente partem com os guaianases, com quem também têm contínua guerra, sem se perdoarem. Pelejam estes índios com arcos e flechas, no que são muito destros, e grandes caçadores e pescadores de linha, e grandes mergulhadores, e à flecha matam também muito peixe, de que se aproveitavam quando não tinham anzóis. As suas casas são mais fortes que as dos tupinambás e do outro gentio, e têm as suas aldeias mui fortificadas com grandes cercas de madeira. São havidos estes tamoios por grandes músicos e bailadores entre todo o gentio, os quais são grandes componedores de cantigas de improviso, pelo que são mui estimados do gentio, por onde quer que vão. Trazem os beijos furados e neles umas pontas de osso compridas com uma cabeça como prego, em que metem esta ponta, e para que não caia a tal cabeça lhe fica de dentro do beijo por onde a metem.

Costumam mais em suas festas enfeitarem-se com capas e carapuças de penas de cores de pássaros. Com este gentio tiveram grande entrada os franceses, de quem foram bem recebidos no Cabo Frio e no Rio de Janeiro, onde os deixaram fortificar e viver até que o governador Mem de Sá os foi lançar fora; e depois Antônio Salema, no Cabo Frio. Nestes dois rios costumavam os franceses resgatar cada ano mil quintais de pau-brasil, aonde carregavam muitas naus, que traziam para França.

Capítulo LIX

Em que se declara a barra e povoações da capitania de São Vicente.

Está o rio e barra de São Vicente em altura de vinte e quatro graus e meio, o qual rio tem a boca grande e muito aberta, onde se diz a barra de Estêvão da Costa. E quem vem do mar em fora para conhecer a barra, verá sobre ela uma ilha com um monte, da feição de moela de galinha, com três mamilões. Por esta barra entram naus de todo o porte, as quais ficam dentro do rio mui seguras de todo o tempo, pelo qual entra a maré cercando a terra de maneira que fica em ilha muito chegada à terra firme, [p. 111] e faz este braço do rio muitas voltas. Na ponta desta barra, da banda de leste, está a vila de Nossa Senhora da Conceição; e desta ponta à outra, que se diz de Estêvão da Costa, se estende a barra de São Vicente; e entrando por este rio acima está a terra toda povoada de uma banda e da outra de fazendas mui frescas; e antes que cheguem à vila estão os engenhos dos Esquertes de

Frandes e o de José Adorno; e no rio está uma ilheta, além da qual, à mão direita, está a vila de São Vicente, que é a cabeça desta capitania. Pelo sertão desta capitania nove léguas está a vila de São Paulo, onde geralmente se diz “o campo”, na qual vila está um mosteiro dos padres da companhia, e de redor dela quatro ou cinco léguas estão quatro aldeias de índios forros cristãos, que os padres doutrinam; e servem-se desta vila para o mar pelo esteiro do Ramalho.

Tem vila mais dois ou três engenhos de açúcar na ilha e terra firme; mas todos fazem pouco açúcar, por não irem lá navios que o tragam. E aparta-se esta capitania de São Vicente, de Martim Afonso de Sousa, com a de Santo Amaro, de seu irmão Pedro Lopes, pelo esteiro da vila de Santos, donde se começa a capitania da vila de Santo Amaro.

Capítulo LX

Em que se declara cuja é a capitania de São Vicente.

Parece que é necessário, antes de passar mais adiante, declarar cuja é a capitania de São Vicente, e quem foi o povoador dela, da qual fez elrei D. João III de Portugal mercê a Martim Afonso de Sousa, cuja fidalguia e esforço é tão notório a todos, que é escusado bulir, neste lugar, nisso, e os que dele não sabem muito vejam os livros da Índia, e verão os feitos maravilhosos que nela acabou, sendo capitão-mor do mar e depois governador. Sendo este fidalgo mancebo, desejoso de cometer grandes empie-sas, aceitou esta capitania com cinquenta léguas da costa, como as de que já fizemos menção, a qual determinou de ir povoar em pessoa, para o que fez prestes uma frota de navios, que proveu de mantimentos e munições de guerra como convinha; na qual embarcou muitos moradores casados que o acompanharam, com os quais se partiu do porto de Lisboa, donde começou a fazer sua viagem, e com próspero tempo chegou a esta província do Brasil, e no cabo da sua capitania tomou porto no rio que se agora [p. 112] chama de São Vicente, onde se fortificou e assentou a primeira vila, que se diz do mesmo nome do rio, que fez cabeça da capitania. E esta vila foi povoada de muita e honrada gente que nesta armada foi, a qual assentou numa ilha, donde lançou os guaiana-ses, que é o gentio que a possuía e senhoreava aquela costa até contestarem com os tamoios; a qual vila floresceu muito nestes primeiros anos, por ela ser a primeira em que se fez açúcar na costa do Brasil, donde se as outras capitanias proveram de canas-de-açúcar para plantarem, e de vacas para criarem e ainda agora floresce e tem em si um honrado mosteiro de padres da companhia, e alguns engenhos de açúcar, como fica dito. Com o gentio teve Martim Afonso pouco trabalho, por ser pouco belicoso e fácil de contentar, e como fez pazes com ele, e acabou de fortificar a vila de São Vicente e a da Conceição, se embarcou em certos navios que tinha, e foi correndo a costa descobrindo-a, e os rios dela até chegar ao Rio da Prata, pelo qual navegou muitos dias com muito trabalho, aonde perdeu alguns dos navios pelos baixos do mesmo Rio, em que se lhe afogou alguma gente, donde se tornou a recolher para a capitania, que acabou de fortificar como pôde. E deixando nela quem a governasse e defendesse, se veio para Portugal chamado de Sua Alteza, que se houve por servido dele naquelas partes, e o mandou para as da Índia. E depois de a governar se veio para estes reinos que também ajudou a governar com el-rei D. João, que o fez do seu Conselho de Estado; e o mesmo fez reinando el-rei D. Sebastião, no tempo em que governava a rainha D. Catarina, sua avó e depois o cardeal D. Henrique, para o que tinha todas as partes convenientes. Nestes felizes anos de Martim Afonso favoreceu muito esta sua capitania com navios e gente que a ela mandava, e deu orden com que mercadores poderosos fôssem e mandassem a ela fazer engenhos de açúcar e grandes fazendas, como tem até hoje em dia, do que já fizemos menção.

Tem este rio de São Vicente grande comandante para se fortificar e defender, ao que é necessário acudir com brevidade, por ser mui importante esta fortificação ao serviço de Sua Majestade, porque, se se apoderarem dela os inimigos, serão maus de lançar fora, pelo cómodo que têm na mesma terra, para se fortificarem nela e defenderem de quem os quiser lançar fora. Por morte de Martim Afonso herdou esta capitania seu filho primogênito, Pero Lopes de Sousa, por cujo falecimento a herdou seu filho Lopo de Sousa. [p. 113]

Capítulo LXI

Em que se declara a capitania de Santo

Amaro, e quem a povoou. Está tão mística a capitania de São Vicente com a de Santo Amaro, que, se não foram de dois irmãos, amassaram-se muito mal os moradores delas, as quais iremos dividindo como pudermos. Indo pelo Rio de São Vicente acima, antes que cheguem à ilha que nele está, à mão direita dele, está a boca do esteiro e perto da vila de Santos, por onde entra a maré, cercando esta terra até se juntar com estoutro esteiro de São Vicente; e entrando por este esteiro de Santos, à mão esquerda dêle está situada a vila do mesmo nome, a qual fica também em ilha cercada de água toda, que se navega com barcos, e lhe dá jurisdição da capitania de Santo Amaro; e tornando à ponta de Estevão da Costa, que está na boca da barra de São Vicente, dela a três léguas ao longo da costa está a vilade Santo Amaro, junto da qual está o engenho de Francisco de Barros. De Santo Amaro fez Pero Lopes de Sousa cabeça desta capitania. Desta vila de Santo Amaro à barra de Bertioga são duas léguas, onde está um forte com artilharia e bombardeiros, que se chama de São Filipe, por esta barra entra a maré cercando esta terra até se juntar com o esteiro de Santos, por onde fica Santo Amaro também em ilha, e da ponta onde está esta fortaleza, estão no rio duas ilhetas. Defronte da fortaleza de São Filipe faz uma ponta muito chegada a estoutra, onde está outra torre com bombardeiros e artilharia, que se diz de São Tiago, e por entre uma e outra podem entrar naus grandes por ter fundo para isso, se destas fortalezas lho não impedirem; e passando destas torres pelo esteiro acima da banda da terra firme estão os rios seguintes, que estão povoados com engenhos e outras fazendas, os quais se vêm meter aqui no salgado: rio dos Lagartos, o Piraquê, o de São João, o de São Miguel, o da Trindade, o das Cobras, o do engenho de Paulo de Proença, o Rio dos Frades, onde está o engenho de Domingos Leitão, que é já da capitania de São Vicente, o de Santo Amaro, o do engenho de Antônio do Vale, o de Manoel de Oliveira, concluindo, é marco entre a capitania de São Vicente e a de Santo Amaro o esteiro de Santos.

Atrás fica dito como Pero Lopes de Sousa não quis tomar as cinquenta léguas de costa de que lhe el-rei fez mercê todas [p.114.]juntas, e de que tomou metade, com Itamaracá e a outra em Santo Amaro, de que agora tratamos. Esta capitania foi povoar em pessoa estefidalgo, e fez para o poder fazer uma frota de navios em que se embarcou com muitos moradores, com os quais partiu do porto de Lisboa e se foi à província do Brasil, por onde levava sua derrota, e foi tomar porto no de São Vicente, donde se negociou e fez as povoações e fortalezas acima ditas, no que passou grandes trabalhos e gastou muitos mil cruzados, a qual agora possui uma sua neta, por não ficar dele herdeiro varão a quem ela com a de Itamaracá houvesse de vir.

Capítulo LXII

Em que se declara parte da fertilidade da terra de São Vicente.

Nestas capitânicas de São Vicente e Santo Amaro são os ares frios e temperados, como na Espanha, cuja terra é mui sadia e de frescas e delgadas águas, em as quais se dá o açúcar muito bem, e se dá trigo e cevada, do que se não usa na terra por os mantimentos dela serem muito bons e facilísimos de granjear, de que os moradores são mui abastados e de muito pescado e marisco, onde se dão tamanhas ostras que têm a casca maior que um palmo, e algumas muito façanhosas. Da trigo usam somente para fazerem hóstias e alguns mimos. Tem esta capitania muita caça de porcos e veados, e outras muitas alimárias e aves, e criam-se aqui tantos porcos e tamanhos, que os esfolam para fazerem botas e couros de cadeiras, o que acham os moradores destas capitânicas mais proveitosos e melhor que de couro das vacas, de que nestas capitânicas há muita quantidade por se na terra darem melhor quê na Espanha, onde as carnes são muito gordas e gostosas, e fazem vantagem às das outras capitânicas, por a terra ser mais fria.

Dão-se nesta terra todas as frutas de espinho que tem Espanha, às quais a formiga não faz nojo, nem a outra coisa, por se não criar na terra como nas outras capitânicas; dão-se nestas capitânicas uvas, figos, romãs, maçãs e marmelos, em muita quantidade, e os moradores da vila de São Paulo têm já muitas vinhas; e há homens nela que colhem já duas pipas de vinho por ano, e por causa das plantas é muito verde, e para se não avinagrar lhe dão uma fervura no fogo; e também há já nesta terra algumas oli- [p. 115] veiras, que dão fruto, e muitas rosas, e os marmelos são tantos que os fazem de conserva, e tanta marmelada que a levam a vender por as outras capitânicas. E não há dúvida se não que há nestas capitânicas outra fruta melhor que é a prata, o que se não acaba de descobrir, por não ir à terra quem a saiba tirar das minas e fundir.

Capítulo LXIII

Que trata de quem são os guaianases e de seus costumes.

Já fica dito como os tamoios são fronteiros de outro gentio, que se chamam os guaianases, os quais têm sua demarcação ao longo da costa por Angra dos Reis, e daí até o rio de Cananéia, onde ficam vizinhando com outra casta de gentios, que se chama os carijós. Estes guaianases têm continuamente guerra com os tamoios, de uma banda, e com os carijós da outra, e matam-se uns aos outros cruelmente; não são os guaianases maliciosos, nem matam e peixe que tomam nos rios, e das frutas silvestres que o mato dá; são grandes flecheiros e inimigos de carne humana. Não matam aos que cativam, mas aceitam-nos por seus escravos; se encontram com gente branca, não fazem nenhum dano, antes boa companhia, e quem acerta de ter um escravo guaianás não espera dêle nenhum serviço, porque é gente folgazã de natureza e não sabe trabalhar. Não costuma este gentio fazerguerra a seus contrários, fora dos seus limites, nem os vão buscar nas suas vivendas, porque não sabem pelejar entre o mato, senão no campo aonde vivem, e se defendem com seus arcos flechas dos tamoios, quando lhe vêm fazer guerra, com quem pelejam no campo mui valentemente e às flechadas, as quais sabem empregar tão bem como os seus contrários. Não vive este gentio em aldeias com casas arrumadas, como os tamoios seus vizinhos, mas em covas pelo campo, debaixo do chão, onde têm fogo de noite e de dia e fazem suas camas de rama e peles de alimárias que matam. A linguagem deste gentio é diferente da de seus vizinhos, mas entendem-se com os carijós; são na cor e proporção do corpo como os tamoios, e têm muitas gentilidades, como o mais gentio da costa. [p. 116]

Capítulo LXIV

Em que se declara a costa do rio de Santo Amaro até a Cananéia.

Atrás fica dito como se divide a capitania de São Vicente da de Santo Amaro pelo esteiro de Santos, e como a vila de Santo Amaro é cabeça desta capitania, da qual o rio da Cananéia são vinte e cinco léguas ou trinta, antes da qual se acaba a capitania de Santo Amaro, e corre-se esta costa de Santo Amaro até a Cananéia nordeste-sudoeste, e toma da quarta do leste-oeste, a qual terra é toda boa para se poder aproveitar, e tem muitos riachos, que se vêm meter no mar, entre os quais é um que está onze léguas, antes que cheguem a Cananéia, a qual faz na boca uma enseada, que tem uma ilha junto ao rio, que se diz a ilha

Branca. Este rio da Cananéia está vinte e cinco graus e meio, no qual rio entram navios da costa, e se navega por ele acima algumas léguas, e é muito capaz para se poder povoar, e para se fazer muita conta dele, por ser mui abastado de pescado e marisco, e por ter muita caça, cuja terra é muito fértil, na qual se dão muitos mantimentos dos naturais, e se darátudo o que lhe plantam, toda a criação de gado que lhe lançarem, por ter grande cômodo para isso. Tem o rio da Cananéia na boca uma abra grande, no meio da qual, bem defronte do rio, tem uma ilha, e nesta abra está grande porto e abrigada para os navios, onde podem estar seguras naus de todo o porte, porque tem fundo para isso.

Capítulo LXV

Em que se declara a costa da Cananéia até o rio de São Francisco.

Do rio da Cananéia até o cabo do Padrão são cinco léguas, junto do qual está uma ilheta chegada à terra e chama-se este cabo do Padrão, por aqui se assentar um pelos primeiros descobridores desta costa. Do cabo do Padrão ao rio de Santo Antônio são oito léguas, o qual está em vinte graus esforçados e dois terços. [p. 117]

Neste rio entram barcos da costa à vontade. Do rio de Santo Antônio ao

Alagado são cinco léguas, e entre um e outra está uma ilheta chegada à terra.

Do rio Alagado ao de São Francisco são cinco léguas, o qual está em vinte seis graus e dois terços e tem na boca três ilhéus. Neste rio entram navios da costa, onde estão seguros de todo o tempo; chama-se este rio de São Francisco, porque afirmam os povoadores da capitaniade São Vicente que se informaram do gentio donde vinha este rio que entra no mar desta costa, e que lhe afirmaram ser um braço do Pará, a que os portugueses chamam de São Francisco, que é o que já dissemos, o que não parece possível, segundo o lugar onde se vai meter no mar tão distante deste. Por este rio entra a maré muito, por onde se navega barcos com barcos, no qual se metem muitas ribeiras. Este rio tem grandes pescarias e muito marisco, e a terra ao longo tem muita caça, e grande cômodo para se poder povoar, por ser muito fértil, e dará tudo o que lhe plantarem. A terra deste rio é alta e fragosa e povoada de gentio carijó.

Corre-se esta costa da Cananéia até o rio de São Francisco nordeste-sudoeste, e todas estas ilhas que estão por ela, as que estão à boca do rio de São Francisco têm bom porte e surgidouro para os navios ancorarem.

Capítulo LXVI

Em que se declara a costa do rio de São Francisco até a de Jumirim ou Itapucuru.

Do rio de São Francisco ao dos Dragos são cinco léguas, pelo qual entram caravelões, e tem na boca três ilhéus. Do rio dos Dragos à baía das Seis Ilhas são cinco léguas; e dessa baía ao rio Itapucuru são quatro léguas, o qual está em vinte e oito graus escassos; e corre-se a costa do Itapucuru até o rio de São Francisco norte-sul. Este rio acima dito, a que outros chamam Jumirim, tem a boca grande e ao mar dele três ilhetas, pela qual entram caravelões; e corre-se por êle acima leste-oeste, pelo qual entra a maré muito, onde há boas pescarias e muito marisco. A terra deste rio é alta e fragosa, e tem mais arvoredos que a terra atrás, especialmente águas vertentes ao mar. A terra do sertão é de campinas, como a da Espanha, e uma e outra é muito fértil e abastada de caça e muito acomodada para se poder povoar, porque se navega muito espaço por ela acima. [p. 118]

Este rio está povoado de carijós, contrários dos guaianases, de que falamos. Já esses carijós estão de paz com os portugueses, que vivem na capitania de São Vicente e Santo Amaro, os quais vêm por mar resgatar com eles neste rio, onde se contratam, sem entre uns e outros haver desavença alguma.

Capítulo LXVII

Em que se declara a terra que há de Ita-pucuru até o rio dos Patos.

Do rio de Itapucuru até o rio dos Patos são quatro léguas, o qual está em vinte e oito graus. Este rio é muito grande, cuja boca se serra com a ilha de Santa Catarina, por onde entram os navios da costa, e a maré muito espaço, por onde se navega. Metem-se neste rio muitas ribeiras que vêm do sertão; o qual é muito acomodado para se poder povoar, por a terra ser muito fértil para tudo que lhe plantarem, a qual tem muita caça de veados, de porcos e de muitas aves, e o rio é mui provido de marisco, e tem grandes pescarias até onde possuem a terra os carijós, daqui por diante é a vivenda dos tapuias, e está por marco uns e outros este rio dos Patos.

À boca deste rio está situada a ilha de Santa Catarina, que vai fazendo abrigo à terra até junto de Itapucuru, que fica à maneira de enseada. Tem esta ilha de comprido oito léguas, e corre-se norte-sul, a qual da banda do mar nenhum surgidouro tem, salvo um ilhéu, que está na ponta do sul, e outro que tem na ponta do norte; a qual ilha é coberta de grande arvoredado, e tem muitas ribeiras de água dentro e tem grande comodidade para se poder povoar, por ser a terra grossa muito boa e ter grandes portos, em que se podem estar seguras de todo o tempo muitas naus. Mostra esta ilha uma baía grande, que vai por detrás, entre ela e a terra firme, onde há grande surgidouro e abrigada para naus de todo porte; nesta enseada que se faz da ilha para terra firme estão muitas ilhetas; está esta boca e ponta da ilha da banda do norte em vinte e oito graus de altura. [p. 119]

Em que se declara parte dos costumes dos carijós.

Atrás fica dito como os carijós são contrários dos guaianases, e como se matam uns aos outros; agora cabe aqui dizer deles o que se pode alcançar e saber de sua vida e costumes. Este gentio possui esta costa deste rio da Cananéia, onde parte, com os guaianases, na qual se fazem uns aos outros mui contínua e cruel gurrera, pelejando com arcos e flechas, que os carijós sabem tão bem manejar como seus vizinhos e contrários. Este gentio é doméstico, pouco belicoso, de boa razão; segundo seu costume, não come carne humana, nem mata homens brancos que com eles vão resgatar, sustentam-se de caça e peixe que matam, e de

suas lavouras que fazem, onde plantam mandioca e legumes como os tamoios e tupiniquins. Vivem estes índios em casas bem cobertas e tapadas com cascas de árvores, por amor do frio que há naquelas partes. Esta gente é de bom corpo, cuja linguagem é diferente da de seus vizinhos, fazem suas brigas com contrários em campo descoberto, especialmente com os guaianases, com quem têm suas entradas de guerra; e como os desbaratados se acolhem ao mato se têm por seguros, porque nem uns nem outros sabem pelejar por entre ele. Costuma este gentio no inverno lançar sobre si umas peles da caça que matam, uma por diante, outra por detrás; têm mais muitas gentilidades, manhas e costumes, como os tupinambás, em cujo título se contam mui particularmente.

Capítulo LXIX

Em que se declara a costa do rio dos Patos até o da Alagoa.

Do rio dos Patos ao rio de D. Rodrigo são oito léguas; e corre-se a costa norte-sul, até onde a terra é algum tanto alta, o qual porto está em vinte e oito graus e um quarto. Esse porto [p. 120] está no cabo da ilha de Santa Catarina, o qual está numa baía que a terra faz para dentro, onde há grande abrigada e surgidouro para os navios estarem seguros de todos os ventos, tirado o nordeste, que cursa no verão e venta igual, com o qual se não encrespa o mar. Do porto de D. Rodrigo ao porto e rio da Lagoa, são treze léguas, o qual nome tomou por o porto ser uma calheta grande e redonda e fechada na boca, que parece a lagoa, onde também entram navios da costa e estão mui seguros. Do rio dos Patos até aqui é esta terra à vista do mar sem mato, mas está vestida de erva verde, como a Espanha, onde se dão muito bem todos os frutos que lhe plantam; na qual se dará maravilhosamente a criação das vacas e todo o mais gado que lhe lançarem, por ser a terra fria e ter muitas águas para o gado beber. Essa terra é possuída dos tapuias, ainda que vivem algum tanto afastados do mar, por ser a terra desabrigada dos ventos; mas o porto de D. Rodrigo é suficiente para se poder povoar, pela fertilidade da terra e pela comodidade que tem ao longo do mar de pescarias e muito marisco e por a terra ter muita caça. E o Porto da Alagoa, com que concluimos este capítulo, tem ilhéu junto da boca da barra.

Capítulo LXX

Em que se declara a costa do porto da Alagoa até o rio de Martim Afonso.

Do porto da Alagoa ao porto e rio de Martim Afonso são vinte e duas léguas, as quais se correm pela costa nordeste-sudoeste e toma da quarta de norte-sul. Este rio está em trinta graus e um quarto; e chama-se de Martim Afonso por ele o descobrir, quando andou correndo esta costa de São Vicente até o rio da Prata. Este rio tem muito bom porto de fora para navios grandes e dentro para os da costa, cuja terra é baixa e da qualidade da de trás. Tem este rio duas léguas ao mar uma ilha aonde há bom porto e abrigada para surgirem navios de todo o porto; entra a maré por este rio muito, aonde há muito marisco, cuja terra é de campinas que estão sempre cheias de erva verde com algumas reboleiras de mato, onde se dará tudo o que lhe plantarem, e se criará todo o gado que lhe lançarem; por ser terra fria e ter muitas águas de alagoa, e ribeiras para o gado poder beber, pelo que este rio se pode povoar, onde os moradores que nele viverem [p. 121] estarão mui descansados, o qual é povoado de tapuias como a mais terra atrás. Entre o porto da Alagoa e de Martim Afonso está o porto que se diz de Santa Maria e o que se diz da Terra Alta, e num e noutro podem surgir os caravelões da costa.

Capítulo LXXI

Em que se declara a costa do rio de Martim Afonso até o porto de São Pedro.

Do rio de Martim Afonso à baía dos arrecifes são dez léguas e da baía ao rio do porto de São Pedro são quinze léguas, o qual rio está em altura de trinta e um graus e meio, cuja costa se corre nordeste-sudoeste; da banda do sudoeste deste porto de São Pedro se faz uma ponta de areia, que boja ao mar légua e meia. Neste porto há um bom surgidouro e abrigada para os navios entrarem seguros sobre amarra, no qual se vem meter no salgado um rio de água doce.

Esta terra é muito baixa e não se vê de mar em fora senão de muito perto, e toda é de campos cobertos de erva verde, muito boa para manutenção de criação de gado vacum e de toda a sorte, por onde há muitas lagoas e ribeiras de água para o gado beber. E tem esta terra algumas reboleiras de mato à vista umas das outras onde há muita caça de veados que andam em bandos, e muitas outras alimárias e aves, e ao longo da costa há grandes pescarias e sítios acomodados para povoações com seus portos, onde entram caravelões, em a qual se darão todos os frutos que lhe plantarem, assim naturais como de Espanha; e dos mantimentos de terra se aproveita o gentio tapuia, em suas roças e lavouras, que fazem afastadas do mar três ou quatro léguas, por estarem lá mais abrigados dos ventos do mar, que cursam no inverno, onde ao longo dêle não tem nenhum abrigo, o porque lhe fica a lenha muito longe. [p. 122]

Capítulo LXXII

Em que se conta como corre a costa do rio de São Pedro até o cabo de Santa Maria.

Do porto de São Pedro ao cabo de Santa Maria são quarenta e duas léguas, as quais se correm pela costa nordeste-sudoeste, o qual está em trinta e quatro graus; e tem, da banda do sueste, duas léguas ao mar, três ilhéus altos, que se dizem, “os Castilhos», entre os quais e a terra firme há boa abrigada e surgidouro para naus de todo o porte.

Toda esta terra é baixa, sem arvoredo; mas cheia de erva verde em todo o ano, há partes que têm algumas reboleiras de mato; a erva destes campos é muito boa para criação de gado de toda sorte, onde se dará muito bem por ser a terra muito temperada no inverno, e no verão lavada de bons ares frescos e sadios, pela qual há muitas águas frescas para os gados beberem, assim de lagoas como de ribeira, onde se darão todos os frutos de Espanha muito bem, como em São Vicente, e pelo Rio da Prata acima das povoações de castelhanos, onde se dá tanto trigo, que aconteceu o ano de 83 vir ao Rio de Janeiro uma das naus em que passou D. Alonso, vice-rei da província de Chile, que desembarcou em Buenos Aires, a qual carregou neste porto de trigo, que se vendeu no Rio de Janeiro a três reales a fãnega, o qual se dará muito bem do Rio de Janeiro por diante, donde se pode prover toda a costa do Brasil.

Esta costa desde o rio dos Patos até a boca do rio da Prata é povoada de tapuias, gente doméstica e bem acondicionada, que não come carne humana nem faz mal à gente branca que os comunica, como são os moradores da capitania de São Vicente, que vão em caravelões resgatar por esta costa com este gentio alguns escravos, cera da terra, porcos, galinhas e outras coisas, com quem não têm nunca desavença; e porque a terra é muito rasa e descoberta aos ventos, e não tem matos nem abrigadas, não vivem estes tapuias ao longo do mar e têm suas povoações afastadas para o sertão, ao abrigo da terra, e vêm pescar e mariscar pela costa.

Não tratamos aqui da vida e costumes deste gentio, porque se declara ao diante do título dos tapuias, que vivem no sertão da Bahia, e ainda que vivam tão afastados destes, são todos uns e têm quase uma vida e costumes. [p. 123]

Capítulo LXXIII

Em que se declara a costa do cabo de Santa Maria até a boca do rio da Prata.

Docabo de Santa Maria à ilha dos Lobos são quinze léguas, cuja costa se corre nor-nordeste, su-sudoeste a qual está em trinta e quatro graus e dois terços, cuja terra firme faz defronte da ilha, à maneira de ponta. Entre esta ponta e a ilha há boa abrigada e porto para navio. Desta ponta se vai recolhendo a terra para dentro até outra ponta, que esta outra ilha, que se diz das Flores, que está légua e meia afastada desta ponta, que se chama do Arrecifê, pelo haver daí para dentro até o Monte de Santo Ovídio, está na boca de um rio que se vem meter aqui no salgado.

Desta ponta da ilha dos Lobos, que está na boca do rio da Prata, à outra banda do rio, que se diz a ponta de Santo Antônio, são trinta e quatro léguas. Está o meio da boca do rio da Prata em trinta e cinco graus e dois terços; e ao mar quarenta léguas, bem em direito desta boca do rio está um ilhéu, cercado de baixos em redor dele, obra de duas léguas, onde se chama os Baixos de Castelhana, porque aqui se perdeu uma nau sua, o qual ilhéu está na mesma altura de trinta e cinco graus e dois terços.

A terra junto da boca deste rio é da qualidade da outra terra do cabo de Santa Maria, onde se dará também grandemente o gado vacum e tudo o mais que lhe lançarem.

Deste rio da Prata, nem de sua grandeza não temos que dizer neste lugar, porque é tão nomeado que se não pode tratar dele sem grandes informações, do muito que se pode dizer dos seus recôncavos, ilha, rios que nele se metem, fertilidades da terra e povoações que por ele acima têm feito os castelhanos que escaparam da armada que nele se perdeu há muitos anos, os quais se casaram com as índias da terra, de que nesceram grande multidão de mestiços, que agora têm povoado muitos lugares, o qual rio da Prata é povoado muitas léguas por ele acima dos tapuias atrás declarados. [p. 124]

Capítulo LXXIV

Em que se declara a terra e costa da ponta do rio da Prata da banda do sul até além da baía de São Matias.

A ponta do rio da Prata que se diz de Santo Antônio, que está da banda do sul, demora em trinta e seis graus e meio, defronte da qual são baixos uma légua ao mar. Da ponta de Santo Antônio ao Cabo Branco são vinte e duas léguas e fica-lhe em meio uma enseada, que se diz de Santa Apolônia, a qual é cheia de baixos, e toda a costa de ponta a ponta, uma e duas léguas ao mar, são tudo baixos. Este Cabo Branco está em trinta e sete graus e dois terços, e corre-se a costa nor-nordeste-susudoeste. Do Cabo Branco ao Cabo das Correntes são vinte e cinco léguas, e fica entre um cabo e o outro a Angra das Areias, ao mar da qual sete ou oito léguas são tudo baixos. Este Cabo está em trinta e nove graus, cuja costa se corre nor-nordeste-su-sudoeste. Do Cabo das Correntes ao Cabo Aparcelado são oitenta e seis léguas, e corre-se a costa de ponta a ponta lés-nordeste e oés-sudoeste, o qual Cabo Aparcelado está em quarenta e um graus, cuja costa é cheia de baixos, e apartes os tem cinco e seis léguas ao mar; é toda de areia e a terra muito baixa, por onde se metem alguns esteiros no salgado, onde se podem recolher caravelões da costa, que são navios de uma só cobertura que andam em seis e sete palmos de água, deste Cabo Aparcelado se torna a recolher a terra para

dentro leste-oeste, até a ponta da baía de São Matias, que está na mesma altura de quarenta e um graus, que serão vinte e sete léguas, e da ponta Aparcelada a quatro léguas em uma enseada que faz a terra, está uma ilha, e na ponta desta enseada, da banda de loeste, está outra ilha, uma légua do mar.

Da ponta da baía de São Matias até a ponta de terra do Marco, são trinta e oito léguas, cuja costa se corre norte-sul, a qual é toda aparcclada, e antes de chegar a esta ponta do Marco está outra ilha. A terra aqui é baixa e pouco proveitosa. Nesta ponta de Marco se acaba a demarcação da coroa de Portugal nesta costa do Brasil, que está em quarenta e quatro graus pouco mais ou menos, segundo a opinião do Dr. Pedro Nunes, cosmógrafo del-rei D. Sebastião, que está em glória, que nesta arte foi em seu tempo o maior homem de Espanha.

[...]

[p. 337]

Começa a vida e costumes dos tapuias

Como a tenção com que nos ocupamos nestas lembranças foi para mostrar bem o muito que há que dizer da Bahia de Todos os Santos, cabeça do Estado do Brasil, é necessário que não fique por declarar a vida e costumes dos tapuias, primeiros possuidores desta província da Bahia, de quem começamos a dizer o que se pode alcançar deles, começando no capítulo que se segue.

Capítulo CLXXXIII

Que trata da terra que os tapuias possuíram e possuem hoje em dia.

Até agora tratamos de todas as castas de gentio que vivia ao largo do mar da costa do Brasil, e de algumas nações que vivem pelo sertão, de que tivemos notícia, e deixamos de falar dos [p. 338] tapuias, que é o mais antigo gentio que vive nesta costa, do qual ela foi toda senhoreada, desde a boca do Rio da Prata até a do Rio das Amazonas, como se vê do que está hoje povoado e senhoreado deles; porque da banda do Rio da Prata senhoreiam ao longo da costa mais de cento e cinquenta léguas, e da parte do rio das Amazonas senhoreiam para contra o sul mais de duzentas léguas e pelo sertão vêm povoando por uma corda de terra por cima de todas as nações do gentio nomeadas, desde o Rio da Prata até o das Amazonas, e toda a mais costa senhorearam nos tempos atrás, de onde por espaço de tempo foram lançados de seus contrários; por se eles dividirem e inimizarem uns com os outros, por onde se não favoreceram, e os contrários tiveram forças para pouco a pouco os irem lançando na ibeira do mar de que eles eran possuidores.

Atrás fica dito como foram lançados os tapuias da Bahia e seu limite pelos tupinaés, os quais se foram recolhendo para o sertão por espaço de tempo, onde até agora vivem divididos em bandos, não se acomodando uns com os outros, antes têm cada dia diferenças e brigas, ese matam muitas vezes em campo; por onde se diminuem em poder, para não poderem resistir a seus contrários, com as forças necessárias; por se fiarem muito em seu esforço e ânimo, não entendendo o que está tão entendido, que o esforço dos poucos não pode resistir ao poder dos muitos.

Capítulo CLXXXIV

Que trata de quem são os tapuias, quem são os maracás.

Como os tapuias são tantos e estão tão divididos em bandos, costumes e linguagem, para se poder dizer deles muito, era necessário de propósito e devagar tomar grandes informações de suas divisões, vida e costumes; mas, pois ao presente não é possível, trataremos de dizer dos que vizinham com a Bahia, sobre quem se fundaram todas estas informações que neste caderno estão relatadas; começando logo que os mais chegados tapuias aos povoadores da Bahia são uns que se chamam de alcunha os maracás, os quais são homens robustos e bem acondicionados, trazem o cabelo crescido até as orelhas e copado, e as mulheres os cabelos compridos atados detrás, o qual gentio fala sempre de papo tre- [p. 339] mendo com a fala, e não se entende com oucro nenhum gentio que não seja tapuia.

Quando estes tapuias cantam, não pronunciam nada, por ser tudo garganteado, mas a seu modo; não entoados e prezam-se de grandes músicos, a quem o outro gentio folga muito de ouvir cantar. São estes tapuias grandes flecheiros, assim para a caça como para seus contrários, e são muito ligeiros e grandes corredores, e grandes homens de pelejarem em campo descoberto, mas pouco amigos de abalroar cercas; e quando dão em seus contrários, se se eles recolhem em alguma cerca, não se detêm muito em os cercar, antes se recolhem logo para suas casas, as quais têm em aldeias ordenadas, como costumam os tupinambás.

Estes tapuias não comem carne humana, e se tomam na guerra alguns contrários, não os matam; mas servem-se deles como de seus escravos, e por tais os vendem agora aos portugueses que com eles tratam e comunicam.

São estes tapuias muito folgazões, e não trabalham nas roças, como os tupinambás, nem plantam mandioca, nem comem senão legumes, que lhes as mulheres plantam, e granjeiam em terras sem mato grande, a que põem o fogo para fazerem suas sementeiras; os homens ocupam-se em caçar, a que são muito afeiçoados.

Costuma este gentio não matar a ninguém dentro em suas casas, e se seus contrários, fugindo-lhes da briga, se acolhem a elas, não os hão de matar dentro, nem fazer-lhes nenhum agravo, por mais irados que estejam; e esperam que saiam para fora, ou, se lhes passa a ira e aceitam-nos por escravos, ao que são mais afeiçoados que a matá-los, como lhes fazem a eles.

São os tapuias contrários de todas as outras nações do gentio, por terem guerra com eles ao tempo que viviam junto do mar, de onde por força de armas foram lançados; os quais são homens de grandes forças, andam nus, como o mais gentio, e não consentem em si mais cabelos que os da cabeça, e trazem os beijos furados e pedras neles, como os tupinambás.

Estes tapuias são conquistados, pela banda do rio de Seregipe, dos tupinambás que vivem por aquelas partes; e por outra parte os vêm saltar os tupinaés, que vivem da banda do poente; e vigiam-se ordinariamente de uns e dos outros; e está povoado deste gentio por esta banda cincoenta ou sessenta léguas de terra; entre os quais há uma serra, onde há muito salitre e pedras verdes, de que eles fazem as que trazem metidas nos beijos por bizarria.

[p. 340]

Capítulo CLXXXV

Em que se declara o sítio em que vivem outros tapuias, e de parte de seus costumes.

Pelo sertão da mesma Bahia, para a banda do poente oitenta léguas do mar, pouco mais ou menos, estão umas serras que se estendem por uma banda e para a outra, e para o sertão mais de duzentas léguas, tudo povoado de tapuias contrários destes de que até agora

tratamos, que se dizem os maracás, mas todos falam, cantam e bailam de uma mesma feição, e têm os mesmos costumes no proceder da sua vida e gentilidades, com muito pouca diferença.

Estes tapuias têm guerra por uma banda com os tupinaés, que lhes ficam a um lado muito vizinhos, e por outra parte a têm com amoipiras, que lhes ficam em fronteira da outra banda do rio de S. Francisco, e matam-se uns aos outros cruelmente, dos quais se vigiam de contínuo, contra quem pelejam com arcos e flechas, o que sabem tão bem manejar como todo o gentio do Brasil. São estes tapuias grandes homens de fazer guerra a seus contrários, e são mais esforçados que conquistadores, e mais fiéis que os tupinaés.

Vivem estes tapuias em suas aldeias em casas bem tapadas pelas paredes, e armadas de pau-a-pique, a seu modo, muito fortes, por amor dos contrários, as não entram e tomarem de súbito, nas quais dormem em redes, como os tupinambás, com fogo à ilharga, como faz todo o gentio desta comarca.

Não costuma este gentio plantar mandioca, nem fazer lavouras senão de milhos e outros legumes, porque não têm ferramentas com que roçar o mato e cavar a terra, e por falta dela quebram o mato pequeno às mãos, e às que as derruba, e cavam a terra com paus agudos; para árvores grandes põem fogo ao pé de onde está lavrado até plantarem suas sementeiras, e o mais tempo se mantêm com frutas silvestres e com caça, a que são muito afeiçoados.

Costume deste gentio tapuia é trazerem os machos os cabelos da cabeça tão compridos que lhe dão pela cinta, e às vezes os trazem entrançados ou enastrados com fitas de fio de algodão, que são como passamanes, mas muito largas; e as fêmeas andam [p. 341] tosquiadas e trazem tingidas de redor de si umas franjas de fio de algodão que têm os cadilhos tão compridos que bastam para lhes cobrirem suas vergonhas, o que não trazem nenhuma mulher do gentio destas partes.

Capítulo CLXXXVI

Em que se declaram alguns costumes dos tapuias destas partes.

Estes tapuias que vivem nesta comarca são muito músicos, e cantam pela maneira dos primeiros; trazem os beijos debaixo furados, e neles umas pedras verdes roliças e compridas, que lavram devagar, roçando-as com outras pedras tanto até que as aperfeiçoam à sua vontade.

Não pescam estes índios nos rios a linha, porque não têm anzóis; mas, para matarem peixe, colhem uns ramos de umas ervas como vides, mas mui compridos e brandos, e tecem-nos como rede, os quais deitam no rio, e tapam-no de uma parte à outra; e uns têm mão nesta rede e outros batem a água em cima, de onde o peixe foge e vem-se descendo até dar nela, onde se ajunta; e tomam às mãos o pequeno peixe, e o grande matam às flechadas, sem errarem um.

Costumam estes tapuias, para fazerem sal, queimarem uma serra de salitre, que está entre eles, de onde tomam aquela cinza; e a terra queimada, lançam-na na água do rio em vasilhas, a qual fica logo salgada, e põem-na ao fogo, onde a cozem e ferve tanto até que se coalha, e fica feito o sal em um pão; e com este sal temperam seus manjares; mas o salitre torna logo a crescer na serra para cima, mas não é tão alvo como o que não foi queimado.

Entre estes tapuias há outros mais chegados ao rio de S. Francisco, que estão com eles desavindos, que são mais agrestes e não vivem em casas, e fazem sua vivenda em furnas onde se recolhem; e têm uma destas serras mui áspera onde fazem sua habitação, os quais têm os mesmos costumes que os de cima.

Corre esta corda dos tapuias toda esta terra do Brasil pelas cabeceiras do outro gentio, e há entre eles diferentes castas, com mui diferentes costumes, e são contrários uns dos outros; entre os quais há grandes discórdias, por onde se fazem guerra muitas vezes e se matam sem nenhuma piedade. [...]

Soares de Sousa, G. (1879). Tratado descriptivo do Brasil em 1587. *Revista del Instituto Histórico y Geográfico do Brasil*, 15.

Soares de Sousa, G. (1938). Tratado descriptivo do Brasil em 1587. Tercera edición. En *Brasiliana: Biblioteca Pedagógica Brasileira*, serie 5.^a, vol. 117. Companhia Editora Nacional.

Hendrick Ottsen

Hendrick Ottsen fue un piloto flamenco del cual se conoce muy poco. Fue un navegante que a fines del siglo XVI partió de Ámsterdam en dirección a las islas Shetland, luego de bordeó África y se dirigió al sur, recorriendo el Río de la Plata. De su relato inicial, se hicieron dos ediciones en holandés: una en 1603 y otra en 1617; 14 años transcurrieron entre la primera edición y la segunda. La traducción alemana se dio a conocer en 1604, en Fráncfort del Mein, por la renombrada casa de De Bry e Hijos.

El título del relato es *Corto y verídico relato de la desgraciada navegación de un buque de Amsterdam, llamado El Mundo de Plata*. Dicha embarcación, después de reconocer la costa de Guinea, África, fue separada de su almirante, Laurentius Bicker, por un temporal, y luego de distintas peripecias cayó finalmente en manos de los portugueses en la Bahía de Todos los Santos, Brasil, donde fue saqueada. Permaneció en la región desde el año de 1598 hasta el de 1601.

El 14 de junio de 1599 divisaron la costa y, con muchas privaciones y escases de agua, arribaron próximo a Isla de Castillo. El 22 de junio se encontraban entre Isla de Lobos —donde cazaban lobos— y el cabo de Santa María (Punta del Este). Permanecieron algunos días en la isla Gorriti, navegando luego hacia el suroeste. Próximo a Montevideo (cerro Seredo), vieron una pequeña embarcación que llevaba un cargamento de plata hacia Brasil. En agosto se encontraban a la altura de Colonia (isla San Gabriel). Ante un nuevo temporal, regresaron a la región de Montevideo y luego a la región de Maldonado, para emprender, más tarde, viaje hacia Santa Catalina, Brasil.

Corto y verídico relato de la desgraciada navegación de un buque de Amsterdam, llamado El Mundo de Plata

[...] [p. 90] *El día 22 [de junio de 1599] al llegar el día, izamos otra vez el ancla y navegamos con la barca delante al S.O. al O., cerca de 4 millas más. Por la quietud anclamos el barco a una profundidad de 15 brazas de tierra firme, cerca de una milla de distancia de la Isla de Lobos, y cerca de ½ milla del Cabo de Santa María, entre ambos. Ahí empieza el Río de la Plata. Ahí, estando anclados, sentimos ruidos como provenientes de la Isla de Lobos, de manera que enviamos la barca allí, para ver si había gente en ella. Llegando a la isla hemos visto ahí, una multitud de lobos marinos que venían caminando hacia nosotros, rugiendo como leones. Se apoyaban sobre sus patas traseras y levantaron sus aletas delanteras, como si fueran osos salvajes, de manera que estuvimos temerosos. Sin embargo, disparamos entre ellos, de manera que murieron 4 o 5. Entonces huyeron y nosotros, viendo eso, los atacamos con sables y espadas, matando algunos y 9 de los más*

pequeños, llevamos al barco y los comimos recién el sábado [26 de junio de 1599], aunque a mí no me gustaban. Algunos de ellos eran del tamaño de un cerdo grande; pero los que nosotros llevamos al barco, eran como perros, muy feos en apariencia, como así están retratados en la figura siguiente.

[...]

[p. 93] El día 27 [de junio de 1599] de mañana levantamos el ancla; después bordeamos la costa hasta la tarde [Río de la Plata, costa sur]; luego tuvimos viento del Sur, de manera que navegamos. Oeste al Sur, acercándonos transversalmente a la costa; de noche tiramos el ancla a una profundidad de 3 ½ brazas, de fondo firme. Aquella noche vimos humo en la costa, de manera que sospechamos que había gente allí.

[...]

[p. 101] El día 28 [de julio de 1599] de mañana levantamos el ancla y con las velas izadas llegamos a un banco de arena de 13 pies de agua, de manera que tuvimos solamente un pie bajo de la quilla. Luego nos acercamos nuevamente a la costa hasta llegar otra vez a 3 ½ brazas de profundidad y navegamos cerca y a lo largo de la costa, a una distancia de un tiro de un mosquete. Ahí pusimos el barco a una profundidad de 4 ½ brazas, de fondo firme. El mencionado bajo de 13 pies está a una distancia de más o menos 1 ½ millas de la costa y a 53 millas río adentro; se extiende a lo largo de la misma; tiene una longitud de 1 milla; y tiene la anchura de un tiro de un mosquete. Se puede navegar entre la costa y el bajo. El mismo día, de tarde, fuimos a tierra con una cuarta parte de la tripulación, para buscar gente, porque de noche habíamos visto humo. Pero no encontramos a nadie. Sin embargo, vimos ahí algunos ciervos y búfalos [vacunos] en el bosque y encontramos una ballena grande muerta en seco, en la playa. De tarde volvimos al barco e izamos el ancla, navegando a lo largo de la costa al N.O. al O.; y de noche tiramos el ancla a una profundidad de 4 ½ brazas.

[p. 103] [Descripción de la figura n.º 4: De la figura usos, costumbres y condiciones de los habitantes del Río de la Plata:] Estos salvajes (de los cuales mostramos al lector curioso dos dibujos hechos del natural) eran de color rojo; y tenían el cabello en 3 trenzas; ofrecían el rostro deformado con agujeros en la barbilla, donde atravesaban huesitos redondos de la forma de una clavija o de un tapón. También tenían agujeros por el tabique de la nariz y en las orejas, donde atravesaban dientes de cerdo [¿de jabalí?] muy curiosos para ver. Hablaban muy poco. En verano andaban muy desnudos; pero en el invierno usaban un abrigo de pieles peludas de animales salvajes: 5 ó 6 pieles cosidas juntas entre sí. Eran caníbales; ellos comían los animales con excremento en los intestinos; en cuanto a su religión, no sé nada; pero yo creo que vivían como los animales; sus armas eran hondas, las cuales tiraban con piedras, de manera que después se quedaban sin armas. Izamos el ancla y las velas, y nos pusimos a bordear navegando al Norte, hasta llegar a una distancia de 2 millas de la Isla de S. Gabriel, que está a una distancia de más o menos 2 millas de la costa nortea. El río [de la Plata] tiene acá una anchura de aproximadamente 8 millas; de noche tiramos el ancla a una profundidad de 4 ½ brazas de fondo firme.

Figureira, J. J. (2010). Un buque holandés (de Ámsterdam) en el Río de la Plata (1599). *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, tomo XXXIII, 61-117.

Referencias bibliográficas

- Brochado, J. P. (1973). Migraciones que difundieron la tradición alfarera tupiguaraní. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 7, 7-39.
- Cabrera Pérez, L. (1992). El indígena y la conquista en la cuenca de la Laguna Merín. En *Ediciones del Quinto Centenario*, vol. 1 (pp. 97-122). Montevideo: Universidad de la República.
- Cabrera Pérez, L. (2007). Transformaciones socioculturales de las poblaciones del sur de Brasil y Río de la Plata durante los siglos XVI y XVII. En E. Olmedo y F. Ribero (comp.) *Debates actuales en arqueología y etnohistoria: publicación de las V y VI Jornadas de Investigadores en Arqueología y Etnohistoria del Centro-Oeste del País. Foro Pueblos Originarios-Arqueólogos* (pp. 73-88). Río Cuarto: Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Cabrera Pérez, L. (2012). *Patrimonio y arqueología en el sur de Brasil y región este de Uruguay: los Cerritos de Indios*. Berlín: Editorial Académica Española.
- Cabrera Pérez, L. y Barreto, I. (1996). Los procesos de desintegración sociocultural indígena durante el siglo XVI y comienzos del XVII en el sur del Brasil y Río de la Plata. *IV Congreso Internacional de Etnohistoria (Lima)*, 2, 15-31.
- Díaz de Guzmán, R. (1914). Historia del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata. En *Anales de la Biblioteca*, tomo IX. Buenos Aires.
- Leites, S. (1940). *Novas Cartas Jesuíticas (de Nóbrega a Vieira)*. San Pablo: Companhia Editora Nacional.
- Lozano, P. (1873). *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Buenos Aires: Imprenta Popular.
- Melià, B. (1986). *El guaraní conquistado y reducido: ensayos de Etnohistoria*. Asunción: Centro de Estudios Antropológicos, Universidad Católica.
- Porto, A. (1937). *Terra Farroupilha*. Porto Alegre.
- Porto, A. (1943). *História das Missões Orientais do Uruguai*. Río de Janeiro: Ministerio da Educação e Saúde.
- Prado, P. (1972). *Paulística: retrato do Brasil*. Río de Janeiro: José Olympo.
- Reis de Queiroz, S. R. (1992). *São Paulo*. Madrid: Mapfre.
- Roulet, F. (1993). *La resistencia de los guaraní del Paraguay a la conquista española (1537-1556)*. Posadas: Editorial Universitaria.
- Sallaberry, J. F. (1926). *Los charrúas y Santa Fe*. Montevideo: Gómez.
- Schmidl, U. (1962). *Viaje al Río de la Plata (1534-1554)*. Madrid.
- Soares de Sousa, G. (1879). Tratado descriptivo do Brasil em 1587. *Revista del Instituto Histórico y Geográfico do Brasil*, 15.
- Susnik, B. (1975). *Dispersión Tupí-Guaraní Prehistórica: ensayo analítico*. Asunción: Museo Etnográfico Andrés Barbero.
- Techo, N. del (1897). *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, tomo IV. Asunción.

Leonel Cabrera Pérez

Siglo XVII

El marco histórico del siglo XVII

Hacia fines del siglo XVI habían quedado atrás los intentos malogrados y barreras para establecer los primeros asentamientos castellanos permanentes en la región del Plata¹. Con la fundación de Santa Fe (1573) y la refundación de Santa María de los Buenos Ayres (1580), por Juan de Garay, y la posterior fundación de San Juan de la Vera de las Siete Corrientes, por Juan Torres de Vera y Aragón (1588), se consolidó la política de «abrir las puertas de la tierra» que permitió definitivamente la articulación entre la península europea y el interior continental. La ocupación efectiva de la boca del Plata, en lo inmediato, aseguró la comunicación con una aislada Nuestra Señora Santa María de la Asunción (1537), desde donde se apuntaló la colonización y administración efectiva del territorio de la Gobernación del Río de la Plata y Paraguay, perteneciente al Virreinato del Perú. El establecimiento y consolidación de estos enclaves coloniales, ya de forma permanente, dio inicio a un incremento importante en la producción de documentos administrativos y judiciales, cartas e informes de gobernadores a las autoridades, informes militares, entre otros, que permite ampliar la información sobre las sociedades indígenas.

La refundación de la ciudad y puerto de Buenos Aires permitió vías de acceso a las minas de Potosí y al Alto Perú desde el Atlántico y la comunicación por tierra hacia el Pacífico, a través de un collar de fundaciones previas². Buenos Aires fue, hasta la posterior fundación de Montevideo (1724-1726), el único puerto de la Corona española en el Atlántico sur. Como tal, en función del régimen monopólico aplicado en las colonias españolas, alojó un amplio comercio y mercado de contrabando. Su rápida prosperidad también motivó, en reiteradas oportunidades, el hostigamiento por piratas y corsarios de distintas nacionalidades. La posición estratégica en lo militar y en lo comercial la llevaron a ser rápidamente la cabeza de la gobernación del Río de la Plata, en el año 1617³. Durante los primeros años del siglo XVII, la boca del Plata continuó siendo estrictamente un territorio de paso hacia el interior continental, donde se ubicaban Asunción y las Sierras

- 1 En el transcurso de este siglo se habían producido distintos intentos de establecer ocupaciones y puertos de apoyo logísticos en el territorio. Estos intentos incluyeron, durante las primeras exploraciones de la región, ocupaciones sobre el río Carcarañá, en donde se levantó el fuerte Sancti Spiritus por parte de Gaboto (1527-1529) y puntos de apoyo logísticos, como el puerto de San Lázaro sobre la costa este del río Uruguay. La fundación de la primera Buenos Aires en la boca del Plata (1536-1541) por Pedro de Mendoza, primer adelantado del Río de la Plata. El caserío de Zarata del San Salvador (1574-1577?) y puestos de San Gabriel, sobre la costa este del río Uruguay, fundados por Juan Ortiz de Zárate, tercer adelantado del Río de la Plata. La inestabilidad de estos asentamientos hará que corran distinta suerte y ninguno perdurará.
- 2 Entre otras, Santiago del Estero del Nuevo Maestrazgo (1553), San Miguel de Tucumán y Nueva Tierra de Promisión (1565) y Córdoba de la Nueva Andalucía (1573).
- 3 Por real cédula del rey Felipe II, el 16 de diciembre de 1617, se dividió la gobernación del Río de la Plata y del Paraguay en dos nuevas gobernaciones, con el objetivo de mejorar la administración y defensa del territorio. Se creó la gobernación del Río de la Plata, con capital en Buenos Aires y la del Guayrá o gobernación del Paraguay, con capital en Asunción.

de Plata. El vasto territorio que conformaban las llanuras interiores entre los ríos Paraná y Uruguay, oriente del río Uruguay, sur de la actual provincia de Buenos Aires y sur de Brasil, fue considerado en ausencia de metales preciosos como «tierras de ningún provecho» y no serán incorporadas, en los inicios de la conquista, de forma efectiva a la administración y control colonial. La información producida en esta frontera fue escasa y circunstancial, de carácter breve y poco precisa en lo documental. Tiene origen en encuentros esporádicos y eventuales incursiones militares de represalias sobre los indígenas, como la emprendida desde Santa Fe por Hernandarias en el año 1607 sobre «la banda del norte del Río de la Plata». No hay, por el momento, información que permita conocer un panorama preciso sobre lo que ocurría en el interior del territorio. Los acontecimientos se narraron indefectiblemente desde los puestos de avanzada de la sociedad colonial y las vías de circulación, y se concentró este espacio de frontera en las márgenes del río Paraná, que operó como frontera este de la sociedad castellana.

Pero en el transcurso de las primeras décadas del siglo XVII se produjeron algunos hechos que desencadenaron cambios en el territorio y en las políticas de los reinos ibéricos de España y Portugal⁴, que consolidaron un gradual ingreso al territorio por parte de distintos actores sociales. La ampliación de la información documental sobre el interior del territorio —en particular de la Banda Oriental— permite conocer las nuevas dinámicas originadas entre la sociedad colonial y los grupos indígenas del área. La introducción del ganado vacuno y equino en las planicies del Plata, ocurrida en las primeras décadas del siglo, fue uno de los acontecimientos más trascendentales que condicionó el futuro de los procesos históricos regionales. Las tierras consideradas previamente como «de ningún provecho» adquirieron un nuevo valor económico con la multiplicación del ganado. Su posesión y control despertó el interés de las Coronas ibéricas e impulsó, para fines de siglo, la circulación y ocupación gradual del territorio por parte de distintos contingentes humanos, con una altísima dinámica poblacional, extremadamente heterogénea —europeos, indígenas, mestizos y negros— que se agrupó tras la explotación del nuevo recurso de forma legal e ilegal.

Hacia el año 1609, en el noreste de la región de la Cuenca del Plata, sobre el oriente del Paraná, se estableció la orden católica de la Compañía de Jesús. Este hecho tendrá una incidencia directa sobre el teatro de operaciones del territorio y en la interacción con las poblaciones indígenas, ampliándose la documentación de primera mano sobre el interior del territorio. Hernandarias, como gobernador del Río de la Plata y Paraguay, había promovido en el año 1603, las *Ordenanzas de buen gobierno, inserto en ellas la doctrina y buen*

4 Este espacio de frontera integró desde el inicio del proceso de conquista una prolongada competencia diplomática, y más tardíamente militar, sobre los legítimos derechos de estas tierras, que buscó el dominio y posesión del Río de la Plata como punto de articulación estratégico entre el litoral atlántico y el interior continental y el dominio exclusivo sobre su navegación. Más allá de breves campañas militares, su destino se litigaría durante los siglos venideros en las cortes europeas. Iniciada la exploración y conquista de América, se firmó el Tratado de Tordesillas (1494), que estableció la línea divisoria entre ambas monarquías para los territorios anexados. Durante el gobierno de la casa de Asturias, que lo hacía sobre ambas coronas, se suspenden los conflictos por estos territorios, que se reinician luego de la independencia de Portugal, en el año 1640. A partir de 1680, se sucedieron campañas militares, firmas de nuevos tratados de límites, denuncias de transgresiones a acuerdos firmados y conflictos internacionales mayores, con la participación de Inglaterra, Países Bajos y Francia, que culminaron en acuerdos que afectaron los dominios y posesiones de los territorios y dominios en la región del Plata, entre ellos, el Tratado Provisional de Lisboa (1681), el Tratado de Lisboa (1701), el Tratado de Utrecht (1715), el Armisticio de París (1737), el Tratado de Madrid (1750), el Convenio de El Pardo (1761), el Tratado de París (1763) y el Tratado de San Ildefonso (1777).

tratamiento de los naturales, que establecían las disposiciones que debían regir los vínculos entre los indígenas y sus encomenderos, promoviendo la supresión de las encomiendas. Durante su gobierno, en el año 1609, se dispuso por aprobación del rey Felipe III de España, la fundación de las reducciones jesuíticas y franciscanas como forma de promover la evangelización y un mejor trato a los indígenas, eximiéndolos de las encomiendas. Esta tarea se materializó en las reducciones jesuíticas, cuyo eje geográfico de localización fue el río Uruguay y río Paraná. Hasta la expulsión de la Orden de la Compañía de Jesús «de todo el reino y sus colonias», decretada por Carlos III, en el año 1767, se conformaron 30 pueblos misioneros que integraron la Provincia Jesuítica del Paraguay. Los pueblos misioneros funcionaron como una barrera frente a la expansión portuguesa sobre el territorio español y como mecanismo de control del territorio interior. Además, se desempeñaron como brazo armado de la Corona española, interviniendo a su pedido en reiteradas oportunidades en el desalojo de los portugueses de las posesiones españolas y una herramienta frecuente empleada para combatir y sojuzgar a las parcialidades indígenas «infieles».

Las primeras fundaciones se centraron en la región del Chaco, sobre los indígenas guaycurúes y guaraníes de la región del Guayrá. Las segundas, contiguo a la línea de frontera del imperio portugués. Luego se fundaron nuevas reducciones sobre el Paraná, alto Uruguay, Sierras del Tape e Itatín. La irrupción y acoso de los *bandeirantes* obligó el repliegue de las misiones al oeste del río Paraná en el primer tercio del siglo XVII. A partir de este momento, los jesuitas centraron su actividad⁵ al oeste y sur del territorio de la Cuenca del Plata, que incluyó Paraguay, la actual provincia de Corrientes y Misiones (Argentina) y el estado de Río Grande del Sur (Brasil) (Lozano, 1874). Con el proceso de refundación de los pueblos trasladados a la margen oriental del río Uruguay, los padres de la Compañía de Jesús produjeron abundante documentación⁶ y de primera mano sobre los indígenas del territorio, en particular desde la década de 1670. Las reducciones más próximas a la Banda Oriental, como Yapeyú (1627), Nuestra Señora de la Asunción de Acaraguá y Mbororé —La Cruz— (1630) y San Francisco de Borja (1682), tendrán una incidencia directa sobre el teatro de operaciones político de nuestro territorio y en la interacción con las poblaciones indígenas locales.

La conquista espiritual de la orden se desarrolló mayormente entre indígenas guaraníes, aunque luego confluyeron en los pueblos misioneros distintas parcialidades, como por ejemplo los guenoas-minuanes, charrúas, bohanes y pampas (Bracco, 2016a). La documentación evidencia que numerosos indígenas se integraron voluntariamente a la vida en los pueblos de misiones (Bracco, 2016b) y en reducciones levantadas más al sur del territorio, que fracasaron rápidamente⁷. Las razones que originaron estas acciones son muy distintas. Entre las más notorias se ubican la seguridad que proporcionaban frente al

5 La experiencia misionera también se desarrolló con menor éxito en otras regiones de la Cuenca del Plata e incluyó el intento de reducir y juntar en pueblos a indígenas del Chaco, grupos pampas al sur de Buenos Aires e indígenas charrúas y guenoas-minuanes de la Banda Oriental.

6 Las actuaciones impulsadas en la labor evangelizadora por parte de los padres originó escritos, memorias (Cartas Anuas), cartografías e ilustraciones que permiten contar con descripciones de primera mano sobre los grupos indígenas y sus costumbres, el territorio, la fauna y la flora, además de aspectos políticos y económicos de la sociedad colonial (Lozano, 1874).

7 Solo en el siglo XVII, entre otras, por ejemplo, San Antonio de los Chaná, luego denominada San Juan de Céspedes, con familias chanás; San Francisco de Olivares, con familias charrúas, ambas entre 1625-1629; San Miguel del Río Negro, con indígenas guaraníes pero no bajo la orden jesuítica (1661-1663?) (ver: Barrios Pintos, 2008) y Jesús María de los Guenoas (1673?) y San Andrés con familias guenoas (Porto, 1954a y b).

hostigamiento colonial y escapar de la esclavitud. Sin perjuicio de ello, muchos indígenas considerados «infeles» fueron forzados a la vida en reducción. En particular, las mujeres y niños que se lograba cautivar en las acciones militares fueron remitidos y repartidos en las distintas misiones para su adoctrinamiento cristiano y con el objetivo manifiesto de absorberlos —homogenizarlos— al nuevo marco civilizatorio. Estos hechos a lo largo del tiempo produjeron una fuerte desintegración y pérdida de identidad cultural al evitarse los procesos de reproducción social —además del biológico— de los actores indígenas.

En el espacio de frontera noreste, la política lusitana promovió sobre el terreno una fuerte estrategia de anexas las tierras situadas al sur de Santa Catalina, que impactó irreversiblemente sobre los indígenas locales. La explotación esclavista sostenida desde Brasil promovió una intensa actividad de captura y esclavización de indígenas (comercio de «rescate») llevadas a cabo por las *bandeiras* portuguesas, que provenían particularmente de San Vicente. Su objetivo era el de obtener «piezas de servicio» y destinar mano de obra para los grandes ingenios de la industria azucarera establecidos entre las capitanías de San Vicente, Río de Janeiro, Bahía y Pernambuco. Para satisfacer las crecientes demandas que la economía requería, y luego de agotar las reservas de poblaciones más próximas a las costas, las capturas se introdujeron en el interior del continente. Desde el año 1628, los pueblos misioneros ubicados en el Guayrá, Itatín, Tape se vieron afectados reiteradamente por estas acciones y fueron abandonadas. Las acciones de captura y esclavización de cientos de miles de indígenas determinaron una acelerada pérdida demográfica y desintegración social irreversible de varios grupos de indígenas, que culminó con un fuerte despoblamiento del área meridional y costeras del sur de Brasil. La costa este de Uruguay también fue posiblemente impactada por la actividad de *bandeirantes* (Cabrera Pérez, 2015)⁸. Esto favoreció, por la vía de los hechos, la extensión de los territorios portugueses hacia una nueva línea de frontera, ubicada más al occidente de lo establecido en el Tratado de Tordesillas.

Para la segunda mitad del siglo XVII, la documentación señala para la Banda Oriental un espacio de acción complejo donde interactuaron distintos actores sociales con intereses contrapuestos. Se empieza a consolidar un nuevo espacio de frontera, aún escasamente controlado por las autoridades coloniales, con la avanzada de la sociedad colonial desde el oeste, las misiones jesuíticas al norte y la penetración portuguesa desde el sur de Brasil. Este escenario promovió la interacción en distintos niveles entre la sociedad indígena y la sociedad colonial, que desembocó en nuevas instancias y estrategias de relacionamiento. La riqueza económica que representó la explotación del ganado promovió la circulación de pobladores de Santa Fe, Corrientes, Misiones, Entre Ríos, Buenos Aires, Colonia del Sacramento y portugueses desde el sur de Brasil, que se incorporaron como peones en las partidas volantes de changadores que se movilizaban para llevar a cabo vaquerías legales,

8 Ver, por ejemplo, las cartas del año 1668 del padre jesuita Alonso del Castillo al gobernador de Buenos Aires, Herrera de Soto Mayor, y la del padre Pedro de las Camburu al rector del colegio, refiriéndose a un enfrentamiento de guenoas contra una partida de portugueses y tupíes, en tierras próximas al puerto de Maldonado. La denuncia permite conocer la llegada por mar de portugueses y tupíes, y su introducción a territorio guenoa en búsqueda de indígenas para esclavizar. La denuncia del hecho originó un acto administrativo que culminó con la queja por parte del gobernador de Buenos Aires a su par de la Colonia del Sacramento, Cristóbal Abreu (López Mazz y Bracco, 2010: 39-59).

faenas clandestinas y contrabando. Desde la costa platense llegarán piratas franceses⁹ y holandeses en búsqueda de abasto de corambre. Estos grupos de trabajo se valdrán muchas veces de prestaciones de servicio de indígenas locales en las tareas de arreadas, matanzas y cuereadas de vacunos a cambio de bienes y productos europeos (metales, textiles, tabaco, yerba y aguardiente). Desde el norte del territorio bajarán indígenas misioneros a realizar arreos de miles de cabezas de ganado con el objetivo de apartar el ganado vacuno de otros agentes competitivos y para repoblar las estancias misioneras.

La disputa de la frontera política en la región del Plata por parte de las Coronas ibéricas de España y Portugal también afectará las estrategias políticas de interacción con los indígenas locales. Con la fundación de Colonia del Sacramento (1680), por Manuel de Lobo, gobernador de la Capitanía de Río de Janeiro, dio inicio a un proceso de competencia entre los reinos ibéricos, que involucró deliberadamente a los indígenas charrúas y guenoas-minuanes en defensa de los intereses de ambos reinos (Bracco, 2004). Los gobernadores portugueses de Colonia de Sacramento recurrieron a generar alianzas con los indígenas, con el compromiso de protección frente a enemigos comunes, que conllevó el otorgar obsequios de productos y bienes europeos a los indígenas para asegurarse el abastecimiento de ganado, caballos y cueros. Pero en particular, las consideraciones políticas y militares de las autoridades portuguesas se centraron en mantener de su lado a las distintas parcialidades indígenas para permitir la comunicación y enlace terrestre de la Colonia de Sacramento con la Capitanía de San Vicente. Este hecho será más notorio a partir de la fundación de la población de Río Grande (1737), en la barra de la Laguna de los Patos, y los pequeños poblados que iban surgiendo en el estado actual de Río Grande. Desde estos pactos también se promovió, en buena medida, el sembrar anarquía en la campaña para el poder castellano y originar hostilidades hacia los puestos y estancias jesuíticas. En tanto, desde Buenos Aires, se intentó atraer a los indígenas para contrarrestar estos aspectos, promoviendo el control de la circulación de los portugueses, efectuar reconocimientos en el territorio y apartar el ganado de portugueses y bucaneros llegados a la costa. Los misioneros jesuitas, mientras tanto, desde el norte, procuraban convertir en particular a los guenoas-minuanes, con distinto éxito, y mantener un libre acceso al ganado que se reproducía en las tierras de estos indígenas.

Para fines del siglo XVII, la estrecha relación entre indígenas y portugueses repercutirá ampliamente en las formas de interrelación con las misiones jesuíticas (Bracco, 2004). En este interjuego contrapuesto, las parcialidades indígenas desarrollaron distintas estrategias y no siempre actuaron conforme a una unidad, se presentaron disensiones internas según intereses y objetivos propios de cada momento. La documentación deja entrever sistemas de alianza articulados entre los distintos grupos indígenas y de estos con la sociedad colonial y sociedad jesuítica, como frecuentes estados de guerra interna entre las sociedades indígenas (Acosta y Lara, 1998; Bracco, 2004).

La documentación de fines del siglo XVII e inicios del XVIII señala la ampliación de las disputas con relación a intereses políticos y económicos en el territorio, en la que los indígenas fueron una parte directa de las operaciones o de sus consecuencias. También refleja sociedades indígenas coexistiendo con cambios e impactos originados por el avance

9 Una de las sagas más interesantes en este sentido fue la del francés Etienne Moreau, que desde 1714 a 1720 estableció apostaderos entre las costas de Rocha a Maldonado y próximo al río Santa Lucía para obtener cueros de contrabando. Moreau fue muerto el 25 de mayo de 1720 en el paraje de Castillos (Rocha), en un enfrentamiento con fuerzas españolas enviadas por Bruno Mauricio de Zabala a desalojar a los franceses.

colonial y reconfigurando muchos de sus aspectos culturales previos (manejo de rodeo de ganado, mayor movilidad, entre otros). Durante este siglo y los venideros se sucedieron períodos de dura confrontación y otros de escasa conflictividad y mayor estabilidad. La documentación, por cuestiones de orden administrativa y militares, tenderá a reflejar los períodos de hostilidad más que los segundos. La interacción de las sociedades indígenas con las autoridades españolas y portuguesas, la estrechez en el vínculo o no con el proyecto jesuítico y los conflictos y negociaciones entre parcialidades indígenas fluctuó y fue propia de cada momento y no puede ser generalizada; operó de acuerdo a circunstancias específicas. La historiografía tradicional ha tendido a invisibilizar estos primeros acontecimientos al homogenizar e integrar a las sociedades indígenas como un solo cuerpo de acción y, en particular, proyectando hacia el pasado el uso de fuentes extemporáneas de los siglos XVIII y XIX. La reconfiguración y dinamismo de los mapas étnicos y sociodemográficos producto de los hechos ocurridos en estos primeros años originó modificaciones importantes, que llevaron a sobredimensionar, por ejemplo, el papel jugado por los indígenas charrúas en el territorio de actual Uruguay previo al siglo XVII, en detrimento de otros grupos indígenas (ver: Bracco, 2004; López Mazz y Bracco, 2010).

A manera de síntesis, la documentación temprana del siglo XVII señala que el Río de la Plata continuó siendo estrictamente un territorio de paso, a la vez que frontera. Dentro de este espacio los indígenas interactuaron con las distintas avanzadas coloniales: al oeste, con la sociedad española; al norte con la sociedad jesuítico misionera y hacia el este con las avanzadas portuguesas. Desde estos puntos y sus rutas de circulación que atravesaron el territorio es que se produjo mayormente la información sobre los indígenas en la primera mitad del siglo XVII. La Corona española no poseía en el actual territorio de Uruguay asentamiento de población alguna¹⁰. Recién en el año 1683, a partir de la devolución de Colonia del Sacramento a los portugueses por el Tratado de Lisboa, se incorporará al territorio la guardia española de San Juan como punto de control a los lusitanos, a la cual se le asignó como uno de sus objetivos el ahuyentar los ganados que se encontraban en las proximidades de la colonia portuguesa. Habrá que esperar hasta la segunda década del siglo XVIII para que la Corona española resuelva irrumpir en el territorio y fundar Montevideo (1724-1726), para detener el avance portugués.

Para las primeras décadas del siglo XVII, la interacción con los europeos, en las vecindades a los asentamientos castellanos (Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes), produjo rápidas y profundas modificaciones sobre los grupos indígenas que ocuparon y explotaron ambientes ribereños e islas del Paraná y Uruguay¹¹. Los sistemas de encomiendas, el comercio de «rescate» y captura de «piezas de servicio» originó la pérdida demográfica y la casi desaparición de estos grupos. En este marco se robustece en la documentación del

10 El núcleo poblado temprano de este territorio lo constituyó la reducción de indios de Santo Domingo de Soriano, fundada posiblemente en el año 1664, sobre el río Yaguarí-Mini (Entre Ríos, Argentina) por franciscanos y trasladada recién en 1702 a la isla Vizcaíno, sobre la desembocadura del río Negro en el río Uruguay (Barrios Pintos, 2008). Recién en 1718 se establecerá definitivamente en su actual ubicación y en el transcurso del siglo XVIII se convertirá en una importante villa de campaña (Barreto, 2008).

11 La información del siglo XVI señala sobre el río Paraná e islas y costas del río Uruguay el accionar de distintas etnias o parcialidades indígenas denominadas chanás, chaná-timbúes, caracaraes, timbúes, mbeguáes coronadás, quiloazas, mocoretás y guaraníes. Estos grupos, esencialmente canoeros, ocuparon y explotaron ambientes ribereños e isleños, apoyados en una economía basada fuertemente en la pesca complementada con la caza y la recolección, en algunos casos con horticultura a pequeña escala de maíz, calabaza y porotos (ver en el capítulo del siglo XVI los cronistas: Fernández de Oviedo y Valdés [1546-1547], García de Moguer [1528], Ramírez [1528], Schmídel [1567]).

último cuarto del siglo XVII la presencia de los grupos charrúas celebrando comercio de «rescate» de indígenas de otras parcialidades, con los vecinos de las ciudades de Buenos Aires y Santa Fe (Sallaberry, 1926). Entre estas piezas destacan la presencia de individuos de la nación guayantirán, que según documentación del siglo XVIII refiere a la parcialidad o nación de los guenoa-minuanes (López Mazz y Bracco, 2010). Un factor importante que acompañó a la vertiginosa pérdida demográfica y la desintegración social de estos grupos ribereños fue la propagación de enfermedades contagiosas de origen europeo, sobre las cuales los indígenas no tenían inmunidad adaptativa y permanentemente trataron de evitar. Así, por ejemplo, la fundación de la reducción franciscana de Santo Domingo de Soriano en la costa entrerriana, sobre el río Yaguarí-Mini, se sucede con «30 indios chanás que huyen de una epidemia de viruela» (Barreto, 2008: 35).

En el sector este y noreste de la cuenca, hacia la región del Guayrá y la costa sur de Brasil, la documentación señala que durante las primeras décadas del siglo XVII se produjeron, al igual que en el caso de lo sucedido en el bajo río Uruguay y Paraná, impactos trascendentales que determinaron una pérdida demográfica y disgregación de los grupos de indígenas del área. El factor principal estuvo originado en la intensa actividad de captura y esclavización de indígenas por las *bandeiras*, que culminó con el despoblamiento de las áreas costeras e interiores del sur de Brasil y posiblemente las costas sureste de Uruguay.

En tanto, al interior de los territorios platenses, para la primera mitad del siglo XVII no hay información disponible sobre lo que ocurre más allá del espacio de frontera colonial; la información producida es escasa. Tiene origen en encuentros esporádicos y circunstanciales, en lugares de tránsito de los europeos, por efectos de naufragios y eventuales incursiones militares de represalias sobre los indígenas (Acosta y Lara, 1998; Bracco, 2004). Con el proceso de refundación de los pueblos de la Compañía de Jesús trasladados a la margen oriental del río Uruguay, los padres comenzaron a frecuentar el interior del territorio y produjeron abundante documentación sobre los indígenas, en particular desde la década de 1670.

Para cuando la información se torna más abundante, se señala la preponderancia de dos grandes naciones indígenas: charrúas y guenoa-minuanes. Los primeros, entre los ríos Paraná y Uruguay (ver documentación citada en Acosta y Lara, 1998; Sallaberry, 1926) y los segundos en el actual territorio de Uruguay y sur del estado de Río Grande del Sur (ver: Bracco, 2004 y documentación allí citada). Los chanás se encontraban casi desaparecidos y asentados en reducción. La documentación señala otras denominaciones de parcialidades, pero no es claro si pertenecen a entidades independientes o a la misma nación que los charrúas (como yaros, bohanes, entre muchos otros nombres). Estas poblaciones, al momento de ser reflejadas en la documentación, presentan cambios en muchas de sus pautas culturales. Entre las readaptaciones más importantes se encuentra el haberse tornado en grupos ecuestres, lo que los benefició rápidamente de las nuevas prácticas económicas asociadas a la cría, manejo y comercialización de ganado vacuno y equino (Cabrera Pérez, 2001; Cabrera Pérez y Barreto, 1998). La adopción del caballo originó un mayor rango de acción y fortaleció la movilidad de los indígenas y sus pautas de defensa. La explotación del ganado vacuno fue, a la vez que una fuente directa de alimentación, un recurso de comercialización/intercambio con la sociedad hispano-criolla y portuguesa para acceder a productos y bienes de la economía colonial (metales, textiles, tabaco, yerba y aguardiente).

Para fines del siglo XVII, los procesos ocurridos a lo largo del siglo produjeron una reconfiguración en el territorio, que originó nuevas lógicas de interacción por parte de los

indígenas, en un espacio de acción complejo donde interactuaron distintos actores sociales —españoles, portugueses, la sociedad jesuítica, criollos— con intereses muy distintos. Las diferentes dinámicas de relacionamiento condicionaron y modificaron fuertemente las pautas culturales y aspectos sociodemográficos del mapa étnico previo a la conquista (ver procesos de mestizaje en Barreto, 2016), dando lugar a contextos de resistencia y adaptación a la colonización europea, que se consolidarán en los siglos posteriores.

Antonio de Herrera y Tordesillas



Antonio de Herrera y Tordesillas —1559, Cuéllar, Segovia (España)-1625, Madrid (España)— fue cronista, historiador, biógrafo y escritor de varias obras, entre la que se encuentra la primera historia de América. Fue nombrado por el rey Felipe II como cronista mayor de las Indias en el año 1596 y como cronista mayor de Castilla en el año 1598. Este cargo también lo desempeñó bajo los reinados de Felipe III y Felipe IV.

El cargo de cronista mayor de las Indias le permitió tener acceso y disponer sin restricción de documentos originales inéditos y testimonios de primera mano de las relaciones de navegantes, conquistadores y religiosos que viajaban a las Indias Occidentales y Oriente, regiones del mundo donde España tenía intereses. Apoyado en estos documentos, publicó en 1601 *Descripcion d[e] las Indias Occidentales* y entre 1601 y 1615, su obra más conocida, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar océano que llaman Indias Occidentales*. Esta obra, conocida como *Décadas de Indias*, es una de las primeras y más importantes historias del descubrimiento, conquista y colonización de América. De Herrera y Tordesillas nunca estuvo en América y escribió sus obras con base en la recopilación de información de primera mano de quienes sí lo hicieron. Se considera que la obra incorporó información de documentos originales que hoy se encuentran perdidos.

Las *Décadas* incluyen distintos hechos entre los años 1492 y 1531 (final del reinado de Carlos V). La obra fue publicada por partes: en 1601, se publicaron los primeros cuatro volúmenes; a partir de 1615, comenzó la edición de la segunda parte (V-VIII). Durante el siglo XVII, fue reeditada varias veces y traducida a diferentes idiomas. La obra incluye 14 mapas de América y Extremo Oriente.

La obra de De Herrera y Tordesillas no es toda de su propia autoría. Los investigadores de su obra coinciden en señalar que puso orden y estilo a trabajos anteriores no editados y que no siempre respetó la integridad de estas obras. Joaquín García Icazbalceta (1989), señala que la rapidez con que se ejecutó el encargo de esta obra no se explicaría si no fuera por haber utilizado investigaciones y trabajos ya existentes. De Herrera y Tordesillas fue nombrado cronista mayor de las Indias en 1596 y a fines de 1598 ya presentaba concluida la mitad de las *Décadas* I a IV, publicadas en 1601. Las restantes *Décadas* (VI a VIII) culminaron recién en 1615. En su obra tampoco indica las fuentes que utilizó; si bien presenta una lista de autores consultados, no indicó lo que de cada una de las fuentes utilizó o descartó para sus escritos. Entre los autores consultados se encuentran Cervantes de Salazar, Pedro de Cieza de León y Bartolomé de las Casas, entre otros.

En su obra menciona generalidades acerca del descubrimiento del Río de la Plata, que incluye la expedición de Solís y su muerte. Es muy posible que haya tenido acceso al diario de navegación del viaje de Solís, hoy desaparecido. Además, incluye la entrada de Caboto al Plata y su estadía de casi tres años en la región, la expedición de Diego García, entre otros. La obra, por razones políticas, no refiere al posible arribo previo de expediciones portuguesas, previo a Solís, al territorio del Río de la Plata (*i. e.* Gonzalo Coelho y Américo Vespucio [1501-1502] y Esteban Froes y Juan de Lisboa [1514]).

A continuación, se expone un fragmento del capítulo XXIV de la *Descripcion d[e] las Indias Occidentales...* que refiere de forma general y sucinta a la región del Río de la Plata, centrándose en el origen del nombre del Río de la Plata, su geografía y ambientes, la multiplicación del ganado vacuno y equino, los primeros asentamientos españoles en la región, entre otros aspectos. En segundo lugar, se copia parte del capítulo VII de la *Década II* de la *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme...*, que refiere al descubrimiento del Río de la Plata por Juan Díaz de Solís y a su muerte.

Autor: Antonio de Herrera y Tordesillas

Título: *Descripcion d[e] las Indias Occidentales/ de Antonio de Herrera coronista maior de su MD. de las Indias y su coronista de Castilla/ al Rey Nro. Señor*

Publicación original: En Madrid: en la emplantá [sic] Real, 1601 (por Juan Flamenco)

Notas de reproducción original: reproducción digital del original conservado en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid

Transcripción: pp. 52-53

Cap. XXIV. De las provincias de el Rio de la Plata, i del Brafil.

Juan Diaz de Solís defcubrió el río de la Plata Año de 1515 i Sebastian Gaboto, Inglés, iendo con Armada, por orden del Emperador, en feguimiento de la que havia llevado el Comendador Fr. García de Loayfa, á las Islas de los Malucos; i pareciendole, que no podía llegar à ellas, acordò de ocuparfe en algo, que fuefe de provecho, i entró el Año de 29. defcubriendo el Rio de la Plata, adonde eftuvo cafi tres Años; i como no fue focorrido, con Relación de lo que havia hallado, fe bolvio a Caftilla, habiendo fubido muchas Leguas el Rio arriba, halló Plata entre los Indios de aquellas Comarcas; porque en las Guerras, que eftos Indios tenian con los de los Reinos del Perú la tomaron; i de aqui fe dijo Rio de la Plata, porque antes fe llamaba Rio de Solís. Eftas Provincias fe juntan con las del Brafil, por la Linea de la Demarcacion: no tienen por parte ninguna limites determinados, fino por la Cofta que cae à la Mar del Norte, i entrada del Rio de la Plata, del qual ha tomado nombre la Tierra, i eftará la Boca de efte Rio, como mil i feifcientas Leguas del Puerto de San Lucar de Barrameda.

Todas eftas Provincias fon mui fértiles de Trigo, Vino, i Açucar, i todas las otras Semillas, i Frutas de Caftilla fe dàn bien: tienen grandes Paftos para todo genero de Ganados, los quales han multiplicado infinito, i en efpecial los Caballos; i aunque han eftado muchos Años fin penfar, que huviefé Minas de Oro, ni de Plata, ià fe han hallado muestras de ellas, i de Cobre, i Hierro, i vna de Amatftas mui perfectas: fon todas ellas Provincias de vna Governacion, con Titulo Real, fubordinadas por cercanía al Viforrei del Perú, con vn Obifpado, en que hai tres Pueblos de Caftellanos, i gran multitud de Naturales, de grandes cuerpos, i bien acondicionados; i los Pueblos fon, la Ciudad de Nuestra Señora

de la Afumpcion, la primera Po- [p. 52] blacion, i Cabeça de esta Provincia: està en 25 Grados i medio de altura: fundòla el Capitán Juan de Salazar, por orden del Governador D. Pedro de Mendoza: fu fitio se llamaba primero Gurambare: tiene el Brafil, a la mano derecha, 280 Leguas, i en este Distrito tiene à 80 Leguas à Ciudad-Real, que los Indios dicen Guayra: i á la parte del Perú, que es Lesfte Oeste, tiene a 480 Leguas la Ciudad de la Plata, i à 280 la Ciudad de Santa Cruz de la Sierra, que poblò Nuflo de Chaves, à la Vanda del Sur, que es àcia el Estrecho de Magallanes: tiene mui grandes, i ricas Tierras, i està esta Ciudad 300 Leguas de la Boca del Rio de la Plata, fundada junto al Rio Paraguay, à la parte del Oriente, con quatrocientos Vecinos Castellanos, i mas de tres mil Hijos de ellos, nacidos en la Tierra, que llaman Mestiços: refide en ella el Governador, i Oficiales Reales, i la Catedral, que llaman el Obispado de la Plata, fufraganeo al Arçobispado de los Reies, i en su Jurisdiccion mas de quatrocientos mil Indios, que vãn multiplicando.

A Ciudad-Real llaman por otro nombre Ontiveros, que fue poblada por Rui Diaz de Melgarejo: està 80 Leguas del Afumpcion, al Nordeste, para la Tierra del Brafil, junto al Rio Paraná: està en buena Comarca de Mantenimientos, i de Viñas, i mucho Cobre bueno, i gran numero de Indios, que también multiplican mucho: en este Rio Parana, junto a Ciudad-Real, hai vn gran Salto, que no hai Hombre, que por Tierra se atreva à llegar a el con docientos pafos, por el gran ruido, i neblina del Agua, i por el Rio ninguna Canoa, ni Barco se acerca, con vna Legua, porque se la lleva la furia del Agua, i la hecha por el Salto, que serà de docientas braças de peña tajada: i es tan angosto, i el Agua va tan recogida, que parece que se podrá pafar con vn tiro de Dardo.

Es Buenos-Aires vn Pueblo, que antiguamente se despoblò cerca de donde aora se ha buuelto à poblar, en la Provincia de los Morocotes, en las Riberas del Rio de la Plata, en Tierra fértil, i adonde se dàn bien todas las cosas de Castilla: poblòla el Año de 1535 el Governador D. Pedro de Mendoza, el qual hiço descubrir quanto desamparo Gaboto: es toda Tierra comúnmente llana; porque si no son las Cordilleras que estan en la Costa de la Mar, que seràn 20 Leguas àcia el Brafil, que vãn despues bojando toda la Tierra àcia el Rio Marañon, i las Cordilleras de los Reinos del Perú, todo es llano, salvo algunos Cerros pequeños.

Hai en la Costas de estas Provincias, desde la Tierra del Brafil, hasta el el Rio de la Plata, conocidos cinco Puertos raçonables: el Puerto de San Vicente en 33 Grados de altura, enfrente de Buen-Abrigo, Isla por donde pafa la Linea de la Demarcacion; i seis Leguas al Sur el Rio Ubay; i el Puerto, è Isla de la Cananea en 35 Grados; i adelante el Rio de la Barca, antes del Puerto de Baia, è Rio de San Francisco; i la Isla de Santa Catalina, por otro nombre Puerto de Vera, è Puerto de Patos; i el de D. Rodrigo, 20 Leguas al Sur de Santa Catalina, vna Isla, 29 Grados, i mas, al Sur; cinco Leguas Puertocerrado; i quince, Riopoblado: i otro tanto de este, Baia Onda: i el Rio Tiraqueri en 32 Grados i medio, antes de el Cabo de Santa María, que està en 35 Grados, à la entrada del Rio de la Plata.

Llamase este Rio, en Lengua de Indios, Paranaguaçu, i comunmente Parana: tiene su entrada, i boca en la Mar del Mediodía, desde 35 Grados, hasta 36 de altura, entre los Cabos de Santa María, i Cabo Blanco, que del vno al otro havrà de boca 30 Leguas, i de alli adentro otras 10 Leguas de ancho, con muchas Islas enmedio, i muchos Rios mui grandes, i caudalosos, que entran en el por la parte del Oriente, i Occidente, hasta el Puerto de los Reies, que es vna Laguna grande, que llaman de los Xarayes, poco menos de 300

Leguas de el Río de la Plata, adonde entran muchos Rios, que vienen de las vertientes de los Andes, i deben de fer de los Rios que falen en las Provincias de los Charcas, i Cuzco, que van para el Norte, por donde entra otro braço caudalofo en la dicha Laguna, que ha dado ocaſion à penſar, que eſte Río ſe comunica con el de S. Juan de las Amaçonas: i otros dicen, que fale de la Laguna del Dorado, que es quince jornadas de la de los Xarayes, aunque hai opiniones, que no hai Dorado [...]

Autor: Antonio de Herrera y Tordesillas

Título: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i Tierra firme del mar oceano / escrita por Antonio de Herrera coronista maior de su MD. de las Indias y su coronista de Castilla; Decada segunda*

Publicación: En Madrid, 1601 (por Iuan Flamenco)

Notas: Copia digital. Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo, 2009-2010

Transcripción: pp. 13-14

Década II. Libro I. 1515:

Cap. VII. El Almirante Don Diego Colon vino a Caſtilla, y que Juan Diaz de Solís deſcubrio el rio de la Plata, y de ſu muerte: [...] [p. 13]

[...] Paſſaró el cabo de las corrientes, y fueró a furgir en vna tierra en veynte y nueue grados, y corrieron dando viſta a la Iſla de Fan Sebaſtian de Cadiz, adonde eſtan otras tres Iſlas, que dixerón de los Lobos, y dētro el puerto de nueſtra Señora de la Candelaria, que hallaron en treinta y cinco grado: y aquí tomaró poſſeſſiō por la Corona de Caſtilla. Fueró a furgir al rio de los Patos en treynta y quatro grados, y vntercio, entraró luego en vn agua, q por ſer tan eſpacioſa, y no falada, llamaron mar dulce que pareció deſpues ſer el rio, que oy llaman de la Plata: y entonces dixeró de Solís; de aquí el Capitan con el vn nauio, que era vna Carauela latina reconociendo la entrada por la vna coſta del rio: furgio en la fuerça del, cabe vna Isla mediana en treynta y quatro grados, y dos tercios.

Siempre que fueron coſteando la tierra haſta ponerle en el altura fobre dicha deſcubrian algunas vezes mōtañas, y otros grandes riços, viendo gente en las riueras, y en eſta del rio de la Plata, deſcubrian muchas caſas de Indio, y y gente q con mucha atención eſtaua mirando paſſar el nauio, y con ſeñas ofrecian lo que tenían poniendolo en el fueło. Juán Diaz de Solís, quiſo en todo caſo ver que gente era eſta, y tomar algún hombre para traer a Caſtilla: ſalio a tierra con los q podían caber en la barca, los Indios q tenían emboſcados muchos archeros, quando vieron a los Caſtellanos algo deſfuiados de la mar, dieron en ellos, y rodeandolos mataron fin que aproucchaffe el focorro d la artillieria de la carabela, y tomado a cueſtas los muertos, y apartándolos de la riuera haſta donde los del nauio los podían ver, cortando las cabeças, braços, y pies, aſſauan los cuerpos enteros, y ſe se los comían. Con eſta eſpantoía viſta la carauela fue a buſcar el otro nauio, y ambos ſe boluieron al cabo de ſan Aguiſtín, adonde cargaron de Braſil y ſe tornaron a Caſtilla. Eſte fin tuuohuán Diaz de Solís, mas famoſo Piloto que Capitán.

Martín del Barco Centenera



Del Barco Centenera —1535, Logrosán, Extremadura (España)-ca. 1605 (España)— fue un clérigo y poeta que participó como eclesiástico en la conquista y colonización de la región del Río de la Plata, a la que llegó en 1573 y en la que vivió en hasta 1594. Estudió en Salamanca, donde obtuvo el título de licenciado en Teología. Cuando Juan Ortiz de Zárate¹² preparaba la expedición para dirigirse al Río de la Plata, Del Barco se alistó entre los expedicionarios como capellán de la armada, consiguiendo que el Consejo de Indias le diese el título de arcediano de la Iglesia del Paraguay.

En octubre de 1572 partió la expedición de Juan Ortiz de Zárate de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) hacia América. La armada llegó a las costas de Santa Catalina en marzo de 1573, donde fundó el puerto Corpus Christi, y en noviembre del mismo año se trasladó al Río de la Plata. El 26 de noviembre de 1573 se levantó un fortín y viviendas en la isla San Gabriel. Más tarde, luego de distintos avatares de la expedición de Ortiz de Zárate, llegarán a Asunción el 8 de febrero de 1575.

Del Barco Centenera permanecerá alrededor de 20 años en América. Desde su llegada hasta 1580 en Asunción y Villa Rica desempeñando distintas tareas eclesiásticas, que incluyeron predicar el evangelio a los indígenas, para lo cual, como él mismo señaló, debió aprender la lengua guaraní. En su estadía en América, Del Barco Centenera ocupó varios cargos eclesiásticos. En 1581, pasó a Perú y fue nombrado capellán de la ciudad de Chuquisaca. Inmediatamente, fue designado vicario del pueblo del Porco, en la zona de Potosí. Ejerció la secretaría del Tercer Concilio Provincial, en Lima en el año 1583, y fue nombrado comisario de la Inquisición en Cochabamba. En 1590, fue destituido de su cargo de comisario por faltas graves y volvió a Asunción a su cargo de la diócesis para la cual se lo había ungido. En 1592, se trasladó a Buenos Aires, donde fue designado

12 Juan Ortiz de Zárate (ca. 1515-1576) participó en la conquista de Perú y fue un acaudalado empresario minero español, residente en el Alto Perú. Fue propuesto por el gobernador del Perú y residente de la Real Audiencia de Lima para el cargo de gobernador interino del Río de la Plata y del Paraguay, a la muerte Domingo Martínez de Irala en el año 1556. El rey Felipe II lo confirmó como adelantado en el año 1569, teniendo entre sus capitulaciones el compromiso de fundar un pueblo en San Gabriel o Buenos Aires y otro entre Asunción y Charcas.

procurador del Cabildo. En 1594, regresó a España y en 1601, se halló en Lisboa, donde publicó al año siguiente su «poema histórico» (como él mismo lo denomina) y otras obras en prosa. Murió en España en 1605.

Su obra *Argentina*¹³ y *conquista del Río de la Plata con otros acaecimientos de los reinos del Perú, Tucumán y estado del Brasil* fue publicada en 1602. Este poema histórico está escrito en octavas reales¹⁴ y está dividido en XXVIII cantos de extensión irregular. La obra, como poema épico e histórico, sigue el modelo de la obra *La Araucana*, de Alonso de Ercilla (1569, 1578 y 1589), que narra la conquista de Chile y la Guerra del Arauco entre españoles y mapuches. Si bien en su origen Del Barco Centenera no era poeta y escritor, la motivación de esta obra se cree debió estar relacionada con intentar mejorar su carrera eclesiástica o hacer dinero con ella en su retorno a España.

El contenido del poema se puede agrupar, según su contenido, en cinco bloques temáticos (ver: Tieffemberg, 1991). Los cantos I a III se centran en la narración de aspectos generales de los pobladores de América y del descubrimiento del Río de la Plata; aspectos geográficos y ambientales del río Paraná y Río de la Plata; y cierra con la descripción de distintos especímenes de la fauna y flora local. El segundo bloque está constituido por varios cantos consecutivos en los que narra acontecimientos históricos de casi un cuarto de siglo vinculados a los esfuerzos españoles para colonizar el Plata, Tucumán, Perú y Brasil. Inicia el relato en el año 1535, con la expedición de Pedro de Mendoza hasta los sucesos y avatares protagonizados por la expedición de Ortiz de Zárate, de la cual él mismo participó y fue testigo presencial de algunos hechos. Un tercer bloque temático está integrado por el levantamiento de Diego de Mendoza en Santa Cruz de la Sierra, e integra los cantos XVI y XVII, y parte del XXV. El cuarto bloque está integrado por los cantos XXII y XXIII —en gran parte dedicado al concilio limeño de 1582— y parte del XXV, que no tiene un hilo temático único. El quinto y último bloque cierra con los cantos XXVI a XXVIII, en los que narra las aventuras del corsario inglés Tomas Cavendish en tierras de Brasil y el Río da la Plata.

Del Barco Centenera refiere a su obra por primera en una carta dirigida al rey, en la que relata acontecimientos ocurridos en el Río de la Plata y Perú y da consejos políticos y estratégicos militares para la defensa del territorio. Si bien la carta no presenta fecha y firma, por su contenido es claro que le pertenece a Del Barco Centenera y que la escribió en Perú en 1587: «En muchas veces aunque pocas según mis deseos, que he escrito a Su Majestad desde que salí de Castilla en el año 1572, para el Río de la Plata donde Vuestra Majestad me hizo merced de me proveer por Arcediano»; y concluye

dando a Vuestra Majestad larga relación de lo que he visto y entendido en 15 años de mi peregrinación [...] tengo una historia completa que, con el favor de Vuestra Majestad saldrá a luz; en ella se da relación del Río de la Plata y Perú y deseo en persona llevarla a Vuestra Majestad [...] (Peña, 1912)

Es claro que, según las propias palabras de Del Barco Centenera, varios de sus cantos ya estaban compuestos durante su estadía en Perú. Posiblemente, los primeros cantos, que versan sobre los acontecimientos en el Río de la Plata, puede que los haya comenzado a escribir en su primera estadía en Asunción (1575 en adelante).

13 Es aquí donde aparece por primera vez el topónimo «Argentina».

14 La octava real es una estrofa del Renacimiento, de ocho versos endecasílabos (11 sílabas) con rima consonante y con un esquema de rimas predeterminado. Fue utilizado para fines líricos, pasando luego a ser utilizado por los escritores italianos en poemas narrativos de épica culta.

La obra fue publicada por primera vez en 1602 en Lisboa, con el nombre de *La Argentina y conquista del Río de la Plata, Tucumán, y estado del Brasil, por el Arcediano don Martín del Barco Centenera. Dirigida a don Cristóbal de Mora, Marqués de Castel Rodríguez, virrey, gobernador y capitán general de Portugal, por el rey Philipo III Nuestro Señor; Pedro Crasberck*. La dedicatoria de la obra al Marqués de Castel está fechada en Lisboa el 10 de mayo de 1601.

Una segunda edición de esta obra se publicó en Madrid en 1749, en *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales que juntó, tradujo en parte, y sacó a luz, ilustradas con eruditas notas y copiosos índices, el Ilustrísimo señor don Andrés González Barcia, del Consejo y Cámara de Su Majestad Tomo I. Madrid*. Una tercera edición se gestó en Buenos Aires, en 1836, por Pedro de Angelis, en el tomo II de su *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata* —los tomos estaban ilustrados con notas y disertaciones de De Angelis—. La cuarta edición se publicó también en Buenos Aires, en 1854, en el tomo III de la *Colección de obras históricas llamadas de la Revista*. Finalmente, como quinta edición, se encuentra la reimpresión de la colección de De Angelis en cinco volúmenes, en 1900, también en Buenos Aires, de los cuales en el tomo II de se encuentra la obra de Del Barco Centenera.

Según Peña (1912), las sucesivas ediciones muestran errores tipográficos, supresiones y trasposiciones respecto de la edición de 1602. La edición original hoy es rarísima; solo se conoce la existencia de seis ejemplares.

La edición que se tomó aquí corresponde a la reproducción facsimilar del volumen que se conserva en la biblioteca del Palacio de su Majestad el Rey de España, realizada por Enrique Peña, con apuntes bio-bibliográficos, que integra la Colección de Libros Raros e Inéditos sobre la Región del Río de la Plata (editada en mayo de 1912, por Peuser y Cía., Buenos Aires).

En lo que sigue, se reproducen los cantos X a XIV de la obra de Del Barco Centenera. Estos cantos narran los sucesos de la expedición de Ortiz de Zárate desde su entrada al Río de la Plata, los padecimientos en la incursión al territorio y el enfrentamiento con los charrúas. En muchos de estos sucesos Del Barco Centenera tuvo intervención como testigo presencial.

El 26 de noviembre de 1573, la armada de Ortiz de Zárate fondeó en San Gabriel. La expedición pasó unos meses en la isla Martín García. Luego de ello, se fundó un puerto-pueblo (ciudad de Zaratina) en el paraje llamado San Salvador, sobre el litoral oeste del río Uruguay, donde se instaló un caserío fortificado con 80 pobladores. Del Barco Centenera permaneció en este poblado hasta que Ortiz de Zárate decidió continuar su viaje a Asunción, donde entró el 8 de febrero de 1575. Durante la estadía en el caserío sobre el arroyo San Salvador tuvieron enfrentamientos con los charrúas. Ortiz de Zárate intentó reprimir el ataque con los hombres que aún conservaba, pero debió retirarse del caserío y refugiarse en la isla San Gabriel. Para socorrerlos, se movilizó el capitán Juan de Garay, desde Santa Fe, la cual había sido fundada en el año de 1573. Estos acontecimientos se verán reflejados en la obra de Del Barco Centenera en sus cantos X a XIV (el canto X contiene la descripción que hace de los indígenas charrúas).

Autor: Martín del Barco Centenera

Título: *La argentina, o la conquista del Río de la Plata: poema histórico / por el arcediano Martín del Barco Centenera*

Publicación: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001

Publicación original: Buenos Aires: Imprenta de la Revista, 1854

Notas de reproducción original: edición digital a partir de *Historia de Argentina: desde el descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de La Plata hasta nuestros días*, tomo III. Buenos Aires: Imprenta de la Revista, 1854

Transcripción: pp. 120-183

Canto décimo

En este canto se cuenta cómo, vuelto el Adelantado de Ibiaza, fue al Río de la Plata, y de la venida del capitán Rui Díaz en su demanda

*¡Oh, mísero contento de esta vida,
aguado con sobrados descontentos!
Tras el deleite siempre viene asida
la pena, los disgustos y tormentos,
que no hace en un ser jamás manida
Fortuna sin tener mil mudamientos.
Mas, qué digo fortuna, la miseria
del hombre está sujeta a tal laceria.*

*En tanto que uno es hombre, está obligado
a dos mil infortunios y flaquezas,
que del primero padre se ha heredado
dolor, pena, congojas y tristezas,
que todas son reliquias del pecado
con otros mil defectos y vilezas,
que juntos en Adán los recibimos
cuando por el pecado en él morimos.
[p. 120]*

*En el Ibiaza, pues, se ha recogido,
como dijimos, maíz y frijoles,
y habiendo los huidos convencido,
apresta Juan Ortiz sus españoles
para salir de allí; y no ha partido
cuando un gran temporal veréis, y dioles
en medio una laguna que pasaban,
a donde seis soldados se ahogaban.*

*Embárcanse en canoas los soldados,
y al tiempo del pasar andaba brava
la mar, que allí desagua do los hados*

*y el crudo vendaval que resoplaba
se juntan, y al pasar son anegados
delante Juan Ortiz, que los miraba,
seis hombres; y más que éstos se ahogaran
si los indios socorro no prestaran.*

*Pasada la laguna, se metieron
los soldados, y gente que venía,
por la montaña adentro, y padecieron
trabajo caminando en demasía.
Al fin al puerto, pues, todos vinieron,
pasado en caminar el cuarto día;
Juan Ortiz por la mar viene, y navega
dos días, y también al puerto allega.*

*Llegado, con placer es recibido,
y luego determina de partirse;
y a aquellos que dijimos pretendido
habían en la barca escabullirse,
en más grave prisión los ha metido
porque jamás intenten de huirse.*

*Con un Sotomayor fenece presto,
dejándole en un palo y horca puesto.*

[p. 121]

*Al tiempo que el verdugo ya quería
quitarle la escalera, así hablaba:
«Oíd un poco ahora. Yo solía
una oración rezar, y acostumbraba
aquesto mucho tiempo cada día.
Y hoy, por mi desdicha, la olvidaba.
Dejádmela decir». Mas no ha acabado
cuando el sayón la escala le ha quitado.*

*El armada salió de aqueste puerto
en demanda del Río de la Plata.
Ningún piloto lleva que esté cierto
a dónde seguirá; mas ya desata
a los vientos Eolo, y bien abierto
habiendo sus cavernas, disparata
con ellos por el aire de tal modo
que parece acabarlo quiere todo.*

*La mar sube por cima las estrellas,
los cielos hacia abajo se bajaban,*

*las olas parecía que centellas
por cima de las aguas arrojaban.
Lloraban las mujeres y doncellas,
los hombres grande grita levantaban;
de sola contrición ya se procura,
que al mar tienen por cierta sepultura.*

*Anduvo algunos días el armada
fortuna acá y allá yendo y viniendo;
después, la mar estando sosegada,
navega, en breve tiempo descubriendo
la tierra tan de todos deseada.
Y sin saber dó están, yendo diciendo
¿qué tierra puede ser la que se vía?,
paró el armada allí, que anochecía.*
[p. 122]

*Al tiempo, pues, que Febo matizando
venía de colores la mañana,
entraron por el río, costeando
la banda del Brasil, que es más cercana.
La vía a San Gabriel enderezando,
llevando de llegar crecida gana,
a cabo de tres días, medio a tiento,
tomó puerto el armada con contento.*

*Surgiendo en San Gabriel, que así se llama
el puerto a donde surge aquesta armada,
los indios acudieron a la fama.
Mas, ¡ay dolor!, la noche ya cerrada,
el viento sur sacude, y hiere y brama,
y tanto se embravece, que en nonada
la capitana corta árbol y antena,
y el almiranta asienta en el arena.*

*Al día de contento y alegría,
el triste corresponde y es vecino;
la gente sin ventura, pues tenía
contento, más tristeza sobrevino.
Dolor, angustia, aprieto y agonía,
aguas y huracán, mar, torbellino,
las naves traen en torno condenadas,
al fondo y en las costas desrumbadas.*

*Pilotos y maestros, marineros,
grumetes, pajes, frailes y soldados,*

*mujeres y muchachos, pasajeros,
andaban dando voces muy turbados.*

*Los gritos y alaridos mensajeros
allí son de una nave a otra enviados,
y cada cual socorro demandaba,
que igual era el dolor que se pasaba.*

[p. 123]

*Libronos nuestro Dios de aquel tormento,
de aquel trance y dolor tan doloroso,
desistiendo el feroz y crudo viento,
y viendo bonanza con reposo.*
*Mas, ¡ay!, que en acordarme del tal cuento,
temblando estoy, confuso y temeroso,
que tales cosas vi, que parecía
que el juicio final llegado había.*

*¿Quién duda que el demonio no procure
impedir cuanto puede a los cristianos
a que la fe no crezca, porque dure
el reino que él obtiene en los paganos?*
*¿Pues no está claro ya, sin que se jure,
cuán extendida está entre los indianos,
y con cuánto fervor se han bautizado,
y sus malditos ritos renunciado?*

*Pues esta causa tengo yo por clara,
por donde Satanás tanto procura,
con su mala intención inicua avara,
que nuestra armada nunca esté segura.*
*Que en su tanto le quita el cetro y vara,
y viendo su reinado poco dura,
movido de rencor y crudo duelo,
con las ondas del mar enturbia el cielo.*

*¡Gran Dios, Señor inmenso y soberano,
que permitís azote, como vemos,
aqueste Satanás con cruda mano!
El secreto tan alto no entendemos;
sabemos pero bien, que nos es sano
el mal que muchas veces padecemos,
que son por los pecados cometidos
los males muchas veces infligidos.*

[p. 124]

*El freno que le pone Dios eterno
le hace estar a raya; que si fuera
en manos del demonio, en el infierno
al humano linaje ya tuviera.
Es tan malo de aquéste su gobierno,
que en sus penas a todos ver quisiera,
con saber que de aquesto la ganancia
que le viene es tormento en abundancia.*

*Y así dice San Pedro que rodea,
buscando a quien tragar muy presuroso,
el adversario diablo, y que pelea
contra el linaje humano riguroso.
Incita, mueve al hombre y le granjea
con sus mañas y artes (que es mañoso),
y cuando más no puede con sus tretas,
conténtase en hacerle mil burletas.*

*¿Qué diremos de aquel gran marinero
Carreño, que en tres días vino a España
de las Indias, trayendo mal tempero,
huracanes, tormenta muy extraña?*

*Ni gente de la mar ni pasajero
en pie estaba, y andaba gran compañía
de diablos, que las velas marinaban
y la nave con fuerza se llevaban.*

*Larga escota, el piloto les decía,
y cavan el trinquete y la mesana;
y si les dice aiza, con porfía
amainan los traidores con gran gana.
Y viendo que al contrario se hacía,
al contrario mandó, y así fue sana
su nave por los diablos marinada.
¡Y quién duda que fue de Dios guardada!*
[p. 125]

*Mil cuentos semejantes yo pudiera
decir aquí, mas sólo por aviso
a todos doy por cosa verdadera
que si quieren gozar del Paraíso
no traten con Satán. Uno dijera,
descálzame aquí, diablo. De improviso
un diablo de la bota le tiraba
y la pierna a las vueltas le arrancaba.*

*Al armada volviendo, había quedado
la capitana en seco, y sin entena,
sin árbol, que ya dije fue cortado.
Un día de bonanza con mar llena,
por el consejo y orden y mandado
de Juan Ortiz, zaborde en el arena;
y así, quedando hecha fortaleza,
la gente sale a tierra sin pereza.*

*El almiranta en flote estuvo días,
mas torna a dar en seco, y desrumbada
ha sido, entrándole agua por mil vías.*

*Procúrase que luego sea varada,
sus fuerzas conociendo ya ser frías,
la gente fuera apenas de ella echada,
cuando yendo la mar y menguando,
la nave cae, el un lado recostando.*

*Estando capitana y almiranta
entrambas al través, sale la gente
a tierra, do se aloja alegre y planta
haciendo sus chozuelas prestamente.*

*El zapicano ejército se espanta
de ver tantos cristianos de presente,
y acuden con gran copia de venados,
avestruces y sábalos, dorados.*

[p. 126]

*La gente que aquí habita en esta parte
Charruahas se dicen, de gran brío,
a quien ha repartido el fiero Marte
su fuerza, su valor y poderío.
Lleva entre esta gente el estandarte,
delante del Cacique, que es su tío,
Abayubá, mancebo muy lozano,
y el Cacique se nombra Zapicano.*

*Es gente muy crecida y animosa,
empero sin labranza y sementera.*

*En tierras y batallas, belicosa,
osada y atrevida en gran manera.*

*En siéndoles la parte ya enfadada
do viven, la desechan, que de estera
la casa solamente es fabricada,
y así presto do quieren es mudada.*

*Tan sueltos y ligeros son, que alcanzan
corriendo por los campos los venados,
tras fuertes avestruces se abalanzan
hasta dellos se ver apoderados;
con unas bolas que usan los alcanzan
si ven que están a lejos apartados,
y tienen en la mano tal destreza
que aciertan con la bola en la cabeza.*

*A cien pasos (que es cosa monstruosa)
apunta el Charruaha a donde quiere,
y no yerra ni un punto aquella cosa
que tira, que do apunta allí la hiere.
Entre ellos aquél es de fama honrosa
a cuyas manos gente mucha muere,
y tantas, cuantos mata, cuchilladas
en su cuerpo se deja señaladas,*
[p. 127]

*Mas no por eso deja de quitarle
al cuerpo del que mata algún despojo.
No sólo se contenta con llevarle
las armas o vestidos a que echa el ojo,
que el pellejo acostumbra desollarle
del rostro. ¡Qué maldito y crudo antojo!
Que en muestra de que sale con victoria
la piel lleva, y la guarda por memoria.*

*Otra costumbre tienen aún más mala
aquestos Charruahaes, que en muriendo
algún pariente hacen luego cala
en sí propios, su carne dividiendo,
que de manos y pies se corta y tala
el número de dedos, que perdiendo
de propincuos parientes va en su vida,
el Charruaha por orden y medida.*

*Paréceme que ya me he detenido
con esta gente tanto, que olvidado
dirán que tengo al campo que tendido
pinté en el arenal desabrigado.
Con su memoria estoy tan afligido,
que temo de me ver en tal estado.
Espérenme a otro canto de amargura,
y ayuden a llorar tal desventura.*

*Agora a Melgarejo con su gente
volvamos. Como supo que pasado
había Juan Ortiz, muy prestamente
la vuelta el Argentino se ha tornado.
El caso se le cuenta en San Vicente
por los que del patax han arribado;
con él vienen algunos de su hecho
pretendiendo sacar algún provecho.*

[p. 128]

*Saliendo, pues, en nuestro seguimiento,
la isla do estuvimos han tomado;
en los sepulcros vieron el descuento
de la terrible ruina y triste hado;
la horca dio también su documento
y muestra de temor y mal sobrado.*

*Con todo al Ibiaza pasan derechos,
a donde son de todo satisfechos.
Mas quiero yo contar aquí primero
de monos una cosa muy galana,
que cierto me contó este caballero,
diciendo que él lo vido una mañana,
estando en esta isla muy entero
su juicio, y razón muy libre y sana.
De monos vio juntarse gran canalla,
y él púsose a escondidas a miralla.*

*Un mono grande, viejo como alano,
estaba a la cuadrilla predicando,
hería y apuntaba con la mano,
mudando el tono a veces, y gritando.
El auditorio estaba por el llano,
atento a maravilla y escuchando,
y él subido en un alto y seco tronco,
de dar gritos y voces está ronco.*

*A su lado en el tronco dos estaban,
a la banda siniestra y la derecha.
Aquéstos la saliva le quitaban
que gritando el monazo vierte y echa.
Concluso su sermón, todos gritaban,
y la cuadrilla y junta ya deshecha,
aprieta cada cual dando mil gritos,
y despacio va el mono y pajecitos.*

[p. 129]

*Rui Díaz muy confuso contemplaba
el bruto razonar de aquel monazo.
Y como el arcabuz presto llevaba,
tirando le mató de un pelotazo.
Los dos monillos pajes que llevaba,
oyendo aquel terrible arcabuzazo,
aprietan por el monte, dando gritos,
mas en breve acudieron infinitos.*

*Fue tanta multitud la que venía
de monos a la muerte de aquel viejo,
que la tierra do estaba se cubría,
y huye de temor el Melgarejo.
Un indio del Brasil que allí venía,
con sobrado dolor y sobrecejo
le dice, y embebido en cruda saña:
«¿Por qué has muerto al Señor de la montaña?».*

*Entre los indios era conocido
aquel monazo viejo y respetado,
y por señor y rey era tenido
de aquel áspero monte y despoblado.
Rui Díaz de esta isla fue partido,
el rumbo al Argentino enderezado,
la costa y tierra firme van bojando
y con los Guaraníes rescatando.*

*En tanto que camina lo que queda
al Río de la Plata, quiero agora
volver a mi real. ¡Quiera Dios pueda
según el corazón lo siente y llora!
Quien quisiere saber cual dio a la rueda
su vuelta la fortuna burladora,
comience con requiescant en la gloria
el infelice canto de esta historia.»*

[p. 130]

[p. 131]

Canto undécimo

*Estando en tierra firme poblada la gente, son muertos y cautivos de indios cien
hombres. Retráense los que quedan a la isla de San Gabriel, donde mueren muchos
de hambre*

*Al enhornar, decimos, que se entuertan
los panes; y así vemos que parece
que cuando en el principio no conciertan*

*las cosas con prudencia, que acontece
que al fin de todo punto desconciertan,
y el caso mal guiado en mal fenece;
lo cual se muestra claro en este canto,
que bien podría mejor llamarle llanto.*

*Estaba, como dije, rancheada
la gente sin ventura en aquel llano,
de paja cada cual hecha morada.*

*La inexorable Parca, con tirano,
desapiadado curso desfrenada,
con las tijeras crudas en su mano
comienza de cortar las tristes vidas
que estaban a la vista más floridas.*

[p. 132]

*Dijimos que el Cacique de esta gente,
llamada Charruaha, es Zapicano,
y que tiene un sobrino muy valiente,
Abayubá, mancebo muy galano,
de gran disposición y diligente,
discreto al parecer y muy lozano;
valor en su persona bien mostraba,
por donde Zapicán mucho le amaba.*

*Al real en mal punto fue traído
por ciertos capitanes, y llegado
el Juan Ortiz le prende, que ha sabido
que entre los indios era respetado.
En su busca veinte indios han venido;
un Guaraní, que entre ellos se ha criado
y de lengua servía, ha sido preso,
y oíd de estas prisiones el suceso.*

*El un preso del otro no sabía,
que así se diera la orden y la traza.*

*Mas presto Zapicán triste venía,
que miedo ni temor no le embaraza.
El preso a Juan Ortiz pide, y envía
a su gente que traiga mucha caza,
y él queda con el preso; y más valiera,
que vivo del real jamás saliera.*

*Consulta Juan Ortiz como le pide
el Cacique al sobrino; aconsejaba
Vergara no se dé, y aun que lo impide
por causas muy urgentes que mostraba.*

*Por sola voluntad suya se mide
el Juan Ortiz, que a pocos escuchaba.*

*Una canoa pide a Zapicano
le traiga por rescate y un cristiano.
[p. 133]*

*Había a un marinero maltratado,
por donde entre los indios se ha huido.*

*Aquél y la canoa presto ha dado
en trueco de Abayubá su querido.
La caza que los indios han sacado,
por precios y rescates la han vendido.*

*El tío y el sobrino van ufanos,
jurando de vengarse por sus manos.*

*Los nuestros, por la falta de comida,
a yerbas como suelen van un día.*

*Los indios al encuentro de corrida
les salen, y mataron a porfía
cuarenta, y el que escapa con la vida
es porque al enemigo se rendía.*

*A pura pata dos se escabulleron,
y el caso de esta forma refirieron.*

*Así como llegaron, los paganos
en dos alas en torno se pusieron,
desmayaron de miedo los cristianos
cuando en medio los indios los cogieron.*

*Con los indios vinieron a las manos,
que de los arcabuces no pudieron
aprovecharse, cosa que la mecha
y pólvora que llevan no aprovecha.*

*La pólvora mojada, los cañones
tenía Juan Ortiz enmohecidos;
vencido de sus vanas pretensiones,
no tiene los soldados guarnecidos;
las armas les quitó, y en ocasiones
las vuelve, que no son favorecidos
con ellas, que no son ya de provecho,
que el moho y el orín las ha deshecho.*

[p. 134]

*La más gente que a yerbas ha salido,
sin armas y sin fuerzas y sin brío,
con solos los costales han partido,*

*los más casi desnudos y con frío.
Pues llega el Abayuba encrudecido,
a su lado con él viene su tío,
y entrambos tal estrago van haciendo
que las yerbas del campo van tiñendo.*

*La grita y alarido levantaban,
diciendo el Capitán echa prisiones.
Los nuestros defenderse procuraban.
Los indios vuelan más que unos halcones;
y a cuantos con las bolas alcanzaban,
no basta a defenderles morriones.
Al fin muertos y presos todos fueron,
si no fueron los dos que se huyeron.*

*Venidos al real estos huidos,
despacha Juan Ortiz a priesa gentes;
con Pablo Santiago son partidos
diez o doce soldados diligentes.
Aquéstos en un cerro están subidos
a vista del real, a do valientes
y astutos en la guerra, y muy cursados,
están con el temor acobardados.*

*El sargento mayor Martín Pinedo,
con cincuenta soldados ha partido;
el Pablo Santiago estaba quedo
con sus doce, y los más que han acudido.
El Sargento Mayor no tiene miedo,
según dice, a Roldán que haya venido.
Con su gente camina, y llegado
do estaba Santiago, así le ha hablado.
[p. 135]*

*Conviene que marchemos todos luego,
ninguno de seguirme tenga excusa».*

*El Pablo Santiago como fuego
camina, mas de a poco lo rehúsa,
diciendo: «alto hagamos aquí ruego».*

*Pinedo de cobarde allí le acusa,
con estos pareceres discordados
bastó para que fuesen desolados.*

*El Sargento Mayor dice «marchemos»,
el otro, del peligro se temiendo,
«hagamos alto», dice, «pues que vemos*

que indios se vienen descubriendo».

*El sargento replica: «caminemos,
que el indio viene apriesa acometiendo».
«Volvamos las espaldas». «Santiago,
no es tiempo ya, haced como yo hago».*

*Embraza su rodela, y con la espada
resiste a los cristianos que querían
volver atrás; mas viendo que de nada
les sirve, y que los indios le herían,
con solos cinco o seis de camarada
espera; que los otros que huían,
tras el sargento iban tan ligeros
cual suelen ir tras uno mil carneros.*

*El zapicano ejército venía
con trompas y bocinas resonando;
al sol la polvareda oscurecía,
la tierra del tropel está temblando;
de sangre el suelo todo se cubría,
y el zapicano ejército gritando
cantaba la victoria lastimosa
contra la gente triste y dolorosa.*

[p. 136]

*Los enemigos, viendo el campo roto,
siguieron la victoria tan gozosos
cual suele el cazador ir por el coto
matando los conejos temerosos.
Cual indio espada, alfanje lleva boto
de herir y matar, cual los mohosos
cañones de arcabuz lleva bañados
de sangre con los sesos mixturados.*

*Cual toma el alabarda muy lucida
y comienza a jugar con ambas manos,
quitando al que la tiene allí la vida,
después a los demás pobres cristianos.
El Sargento Mayor va de corrida,
echando la rodela por los llanos,
Caytúa le siguió, indio de brío,
y alcánzale a matar dentro del río.*

*El viejo Zapicán con grande maña
el escuadrón y gente bien regía,
Abayuba el sobrino con gran saña*

*en seguimiento va del que huía.
Su grande ligereza es tan extraña,
que nadie por los pies le escabullía;
Cheliplo y Melihón, que son hermanos,
pretenden hoy dar fin de los cristianos.*

*A Tabobá le cabe aquella parte,
a do está con los cinco Santiago;
aquéste es en la guerra un fiero Marte,
y así hizo este día crudo estrago.
A Carrillo por medio el cuerpo parte,
un brazo derrocó a Pedro Gago;
Buenrostro el Cordobés, y un Arellano,
fenecen a los pies de este pagano.
[p. 137]*

*El Capitán y el otro compañero
habían grande rato peleado,
y el Tabobá, muy crudo carnicero,
estaba muy sangriento y muy llagado.
Y así vino a su lado muy ligero,
y en esto ha disparado un mal soldado,
y al Capitán la espalda⁹⁸ atravesaba,
aunque su muerte presto él esperaba.*

*El Capitán cayó muerto en la tierra,
Benito, según dice, lo matara.
Moviole a lo matar la pasión perra
que con el Capitán éste tomara.
Jurado lo tenía que en la guerra
se había de vengar que le injuriara,
y así le dio el castigo de este hecho,
metiéndole una flecha por el pecho.*

*Aquí Domingo Lárez, valeroso
en sangre y en valor y valentía,
anduvo con esfuerzo y animoso,
reprimiendo del indio la osadía;
y viéndole ya andar tan orgulloso,
los indios acudieron a porfía,
y a puja, a cual más puede, le hirieron,
y quebrándole un brazo le prendieron.*

*Cansados los contrarios de la guerra,
o por mejor decir de la matanza,
y viendo que la noche ya se cierra,*

*no curan de llegar a nuestra estancia.
Del fuerte se les tira, mas dio en tierra
un tiro culebrina, que no alcanza.
Por eso, y por la noche a los cristianos
dejaron de seguir los Zapicanos.
[p. 138]*

*El despojo que llevan son espadas,
alfánjes, alabardas, morriones,
rodela, salmantinas muy doradas,
sombreros, capas, sayos y jubones.
Las cajas de arcabuces, ya quebradas,
llevaban solamente los cañones,
con que, dando la vuelta, van matando
aquellos que hallaban boqueando.*

*Y al que hallan en pie ya levantado
del sueño de la muerte que ha dormido,
del peligro librarse confiado,
por ver como ya ha vuelto en su sentido,
en un punto le tienen amarrado,
quitándole primero su vestido.
Con armas y cautivos van triunfando,
y la gente en el fuerte lamentando.*

*Cual dice: «¡Oh desventura, oh caso extraño,
oh mísero suceso de esta armada!».*

*Cual dice: «no viniera tanto daño
si fuera aquesta cosa bien pensada».*

*Cual dice que la causa de este engaño
procede de la hambre acobardada.*

*Cual dice que la suerte de esta vida
está a aquestas caídas sometida.*

*Pues quien perdió el amigo y el hermano
levanta hasta el cielo los gemidos,
y dice con dolor: «¡Pueblo cristiano
en manos de los lobos deshambridos!*

*Volved con piedad, Señor, la mano,
doleos de los tristes afligidos,
doleos de los niños inocentes
que gritan con sus ojos hechos fuentes.*

[p. 139]

*»Doleos de las tristes afligidas
que quedan sin abrigo y compañía;
también de las doncellas doloridas*

*que pierden a sus padres y alegría;
de las madres, Señor, enternecidas,
que pierden a quien sombra les hacía;
de todos os doled, Dios poderoso,
y socorred al pueblo doloroso».*

*Mas quiero las dejar, que bien les queda
para poder llorar el tiempo largo,
mas no al que salir del fuerte veda,
que aquesto tomó entonces a su cargo,
y quiera Dios consuelo tomar pueda,
(que tiene el corazón triste y amargo)
el buen capitán Pueyo, que al hermano
tendido vido muerto en aquel llano.*

*Aqueste Capitán, aunque miraba
de lejos al hermano que ve muerto,
al fuerte a grande priesa procuraba
que todos se recojan, que es lo cierto.*

*El Juan Ortiz a priesa caminaba
a donde están los indios sin concierto,
y si el desventurado allá llegara,
el resto del armada se acabara.*

*Pues ido el enemigo ya, y venida
la triste de la noche temerosa,
la miserable hacienda ya metida
en el fuerte con priesa presurosa,
nuestra gente, sin fuerzas y rendida
a la tirana muerte dolorosa,
por la frígida arena está tendida
y de puro desmayo amortecida.*

[p. 140]

*El Juan Ortiz su ropa con presteza
embarca aquella noche, que temía
no diese Zapicán con ligereza
sobre el fuerte y real antes del día;
y no tardó, que vino sin pereza
al punto que la aurora descubría,
y piedras a menudo al fuerte tira,
mas en tocando al arma se retira.*

*Pues viendo cómo al fuerte hubo venido
el enemigo al ver lo que pasaba,
en la capitana todos se han metido,
que cerca de la tierra en seco estaba.*

*Allí con gran dolor se ha recogido
el resto sin ventura que quedaba.
La noche tristemente se ha pasado,
y el último remate se ha esperado.*

*Cuando el Sol aún apenas descubría,
un indio por la playa caminando
bajaba, y el semblante que traía
parece de español; de cuando en cuando
paraba; con la priesa que traía
a do estamos se viene ya acercando;
de su traje y manera bien parece
que alguna cosa nueva nos ofrece.*

*Llegando donde estaba el despoblado,
sin tener a las chozas advertencia,
contra el navío el paso enderezado,
desde la playa hizo reverencia;
con un sombrero señas ha formado
con gran placer y grande continencia.
Saliendo pues por él, viene contento,
y dice de su caso el fundamento.*

[p. 141]

*Yamandú dice el perro que se llama,
que arriba ya tratamos su manera,
y que Juan de Garay le quiere y ama,
por donde le encargó aquesta ligera.
Que de nuestra venida tiene fama,
y que con la respuesta allá le espera
para venir con balsas y comida,
sabiendo que el armada ya es venida.*

*Por señal el vestido representa
un sayo de algodón con un sombrero,
y a muchos españoles nombra y menta,
por do su embuste pinta verdadero.
Aquel que se ve puesto en una afrenta,
bien vemos que se cree muy de ligero;
con la primera nueva que ha venido
el ánimo dudoso es compelido.*

*Con este Yamandú se escribe luego,
y a Garay Juan Ortiz da cuenta larga
de la pérdida grande y sin sosiego
en que la gente queda, y cuán amarga;*

*y que venga volando como fuego
le manda, y de comida traiga carga.
Mas Yamandú malvado no saliera,
cuando Zapicán viene a la ribera.*

*Sus indios piedras tiran, aun allegan
con ellas a la nave, do temblando
la gente está. En la pólvora no pegan
las mechas, aunque están más refregando.
Los indios por las yerbas se refriegan,
motín, perнета hacen muy gritando;
al fin dejan el campo ya venida
la noche horrible, triste, obscurecida.
[p. 142]*

*Apenas amanece, cuando viene
un indio de endiablada catadura,
y muy poco en la playa se detiene.
Hasta que el agua llega a su cintura,
de allí dice que gana grande tiene
de probar en el campo su ventura,
que salga aquel cristiano del navío
que quisiere aceptar el desafío.*

*«De parte de la Luna a quien adoro»,
está diciendo el indio, «yo prometo
guardar la fe que diere; que el tesoro
que estimare mayor de aqueste rieto,
será que en estas tierras donde moro
de Zapicán un indio su sujeto,
sin otra ayuda alguno en este llano,
se atreva a combatir con un cristiano».*

*Estando aqueste indio razonando
con superbas palabras y blasones,
en breve de mi lado retumbando
un tiro le ha acertado sus razones.
De entre las yerbas salen bojeando
del indio Zapicán dos escuadrones,
que estaban a la mira en emboscada
por dar fin y remate del armada.*

*Comienzan a hacer gran alboroto
en luengo de la playa ya corriendo,
ya al fuerte, que tenía todo roto,
las paredes y chozas abatiendo;*

*y viendo a los cristianos cómo en coto
están, aunque gran pena padeciendo,
y no pueden hacerles mal alguno,
comienzan a acogerse de consuno.*

[p. 143]

*Con todo aquesto viene cada día
a vista el enemigo Zapicano,
por ver en el estado que estaría
el encogido ejército cristiano.
En tanto Juan Ortiz a tierra envía
por una media barca que en el llano
estaba, con la cual presto es mudada
al isla San Gabriel la triste armada.*

*Después que aquesta isla se tomaba,
un día noticia cierta se ha tenido
que Zapicán su ejército mudaba
al Uruguay, que es río muy crecido.
Al tiempo que el cristiano reposaba,
con su gente y canoas ha subido;
de aquesto dan noticia los cristianos
que se escapan huyendo de sus manos.*

*Vinieron seis soldados fugitivos,
y no pudieron más porque los atan
de noche, y dicen quedan treinta vivos,
que después que una vez prenden, no matan.
Con ellos no se muestran muy esquivos,
y si les sirven bien, no los maltratan;
pero si sirven mal, a rempujones
les fuerzan a que salgan de harones.*

*Aunque esto se le puso por delante
a Alonso Ontiveros, no aprovecha
a que deje de obrar cosa que espante,
pues no puede tenerse por bien hecha.*

*Aquéste en el hablar era elegante,
mas no lo fue en hacer esta deshecha,
pues bien claro descubre en el remate
el ser cualquiera cosa y su quilate.*

[p. 144]

*Estaba en un navío aprisionado,
que en parte del delito se hallara
por do Sotomayor fuera ahorcado,*

*cuando huirse con él se concertara.
Habíanle los grillos ya quitado,
y créese también que se librara;
mas él al enemigo va huyendo
por más seguro medio le escogiendo.*

*Del Zapicano fue bien recibido,
y luego se mudó el nombre cristiano;
de las costumbres de indio se ha vestido,
usando de los ritos de pagano.
En confusión aquéste me ha metido,
que por amigo túvele y hermano;
huyendo de la muerte ha apostatado,
después se arrepintió de su pecado.*

*No quiero más decir, que estoy cansado,
y temo de cansar a quien me oyere,
mayormente que el canto desastrado
ha sido, y de llorar; mas quien quisiere
saber de Juan Ortiz Adelantado
su suerte, si leerla le pluguiere,
espéreme a otro canto, que ya siento
que da Rodrigo Díaz vela al viento.*

[p. 145]

Canto duodécimo

*Viene Rui Díaz Melgarejo; múdase el armada a la isla de Martín García; baja
Garay con socorro; sucede la muerte de los dos firmes amantes Yanduballo y Liropeya*

*Fortuna, por hablar de esta manera,
oh hado, bien tomándolo sin dolo,
favorece a Rodrigo, porque espera
la sin ventura gente en ése sólo.
Ayúdale con próspera carrera,
y con tus largos vientos, gran Eolo,
que el zaratino ejército penando
está, y a Dios suspiros enviando.*

*Y tú sosiega al mar, viejo Neptuno,
y haz que su carrera llana sea,
que toda aquesta armada de consuno
a brazos con la muerte ya pelea,
y dudo ya que escape ni sólo uno,
de hambre no se halla ya quien vea.
Remédíelo, pues, Dios, que él sólo puede,
y aquel a quien él sólo lo concede.*

[p. 146]

*El capitán Rui Díaz aprestado
salió de San Vicente y tomó puerto
en Yumirí, que habemos ya tratado,
do vido del armada el desconcierto.*

*Al Río de la Plata enderezado,
el rumbo lleva a prisa, que está cierto
que Juan Ortiz padece; con su gente
allega, pues, un día prestamente.*

*El triste lamentar que allí hicieron,
des que en tanta miseria nos hallaron,
aquel dolor y pena que sintieron,
las lágrimas que todos derramaron,
no quiero referir, mas que vinieron
a tiempo que a llorar nos ayudaron;
también con sus regalos ayudaban
a muchos que la vida ya dejaban.*

*Con su venida todos resucitan,
que viendo la miseria tan crecida,
a dar de lo que tienen bien se incitan
por volver de la muerte a alguno a vida.*

*Con esto ya las fuerzas se habilitan
de aquellos que la muerte de vencida
llevaba, y si Rodrigo no viniera,
sin duda todo el resto pereciera.*

*Del isla San Gabriel sale el armada
con nuestro buen Rodrigo en la demanda
de la Martín García, así nombrada,
que está por cima de ésta y a su banda.*

*En breve y poco espacio fue tomada,
a do el Adelantado luego manda
salir a tierra a todos, porque quiere
poblar en esta isla si pudiere.*

[p. 147]

*El capitán Rui Díaz Melgarejo,
porque de la rabiosa se recela,
a nuestro Adelantado por consejo
que le despache da en la carabela.
Con ella y con un mal bergantinejo
se hace el buen Rui Díaz a la vela;
al preso Abarorí lleva consigo,
que promete guiarle como amigo.*

*A mí me cupo en suerte esta jornada,
que de saber y ver muy deseoso,
jamás dejé de entrar cualquiera entrada,
aunque fuese el peligro temeroso.
En una isla muy fértil y poblada
Abarorí nos mete muy gozoso.
Entramos por un brazo, no calando
los remos, que las yerbas van tocando.*

*Salieron a nosotros embijados
catorce o quince indios diligentes,
con arcos y con flechas denodados,
mostrándose gallardos y valientes.
Por tierra entre las yerbas emboscadas,
pintados de colores diferentes
andaban levantando vocería,
cubiertos de muy rica plumería.*

*Por este brazo estrecho y chico río
llegamos con favor de la marea
a la primera casa, y al bahío
que es dicho Tabobá, de paja y nea.
Los indios luego salen con gran brío,
con arcos y con flechas de pelea,
y viendo los rescates acudieron,
y mucho bastimento nos vendieron.*

[p. 148]

*De a poco dicen, vamos adelante,
que todo lo de aquí ya está gastado.
Diciendo aquesto muestran tal semblante
que encubren lo que tienen ordenado.*

*Estaba el enemigo tan pujante,
que dudo del cristiano acobardado,
por su fuerza tener tan consumida,
que pueda escabullir libre con vida.*

*En esto de la casa hubo salido,
desnudo macilento por el llano,
un mozo del armada conocido
que Vargas se llamaba, trujillano.
Salió a la barahúnda y al ruido,
trajéronle al navío por la mano,
a do le confesé, y en aquel día
entró al universal camino y vía.*

*Cristóval, indio amigo, que viniera
de allá del Yumirí en nuestra armada,
cautivo estaba aquí, y cuenta diera
de la traición que entre éstos está armada,
de seis cautivos que hay, éste dijera;
y siéndoles la paga ya entregada,
trajéronlos, y fueles prometido
que el precio a más traer será subido.*

*Entre ellos fue este día rescatado
el buen Domingo Lárez, muy prudente,
hombre de gran juicio y recatado,
de Huete natural, de noble gente.
Díonos aviso él que está ordenado
de hacernos la guerra el día siguiente.*

*Nosotros estuvimos contratando
con los indios, y en vela siempre estando.*

[p. 149]

*Salímonos de aquí, que se temía
que el indio se pusiese en emboscada,
diciendo que a las bocas estaría.
Y cierto fue la cosa bien pensada,
que a no salir muy mal sucedería,
pues siendo la mañana ya llegada,
los indios a do estábamos vinieron,
y a Mora y a Loria nos trajeron.*

*En el barco pequeño se ha metido
el maíz y cautivos referidos;
en breve a nuestra armada se ha venido,
a do de hambre están desflaquecidos;
y a haberse esta comida detenido,
de hambre fueran todos perecidos.
Mas Dios remedia el tiempo peligroso
con mano de Señor tan poderoso.*

*Pues llega la comida y los cautivos,
y salen al encuentro luego todos;
estaban ya diez menos de los vivos,
y aquí éstos de dos mil suertes y modos.
Los padres con los hijos son esquivos,
los unos y los otros como lodos
los rostros; manos, pies, todos temblando,
los ojos hacia el cielo levantando.*

*Algún vigor cobraron desde vieron
el socorro que viene de comida;
con lágrimas los presos recibieron
que su vida juzgaban por perdida.
En el pequeño barco se volvieron,
y dice Juan Ortiz que por la vida
conviene aventurar vida de suerte,
que no ponga temor la misma muerte.*
[p. 150]

*Mas visto no conviene se acometa
aquello que hacerse es imposible,
a que el lugar y tiempo nos aprieta
a tomar el consejo conveniente.
El buen Rodrigo a todos se sujeta,
y dice: «Juan de Ortiz cosa terrible
nos manda, mas yo cierto aquí prometo
de estar a vuestro gusto muy sujeto».*

*Unánime y conforme es la sentencia
de todos, que no se entre al riachuelo,
que bien se tiene cierta y firme ciencia
que todo ha de acabar con crudo duelo.
Esto nos enseñó ya la experiencia,
por do se determina que de vuelo
a los Timbús se vaya; con contento,
de aquí tendimos vela presto al viento.*

*Trabajo no pequeño se pasaba,
que la gente sin fuerzas no podía
tomar remo, que el viento nos faltaba,
y a veces por la proa sacudía.
El temor de la hambre apresuraba,
esfuérzase quien fuerzas no tenía.
Navegando una noche a la mañana
llegamos a una gente Cherandiana.*

*Salieron a nosotros prestamente,
que en esto del rescate están cursados.
Delante de nosotros diligente
pescaba cada cual muchos pescados.
Ninguno en los vender era inocente,
que son en el vender muy porfiados.
Después mucho maíz en abundancia
trajeron por gozar de la ganancia.*
[p. 151]

*Beguas de la otra banda conocieron
la cosa del rescate que pasaba,
a gran prisa a nosotros acudieron
temiendo que el rescate se acababa.
Rescatan todo aquello que trajeron,
y más, dicen, en casa les quedaba.
A Gaboto de aquí presto se llegue
por do el Carcarañá se extiende y riega.*

*Pasando de Gaboto, a poco trecho
el río Juan de Oyolas se ha tomado;
por él se entró, que es río muy estrecho,
de vientos y tormentas resguardado.
Atraviesa este río bien derecho
al Paraná; y las islas que ha formado
habitan los Timbás, gente amorosa,
sagaz, astuta, fuerte y belicosa.*

*Al Paraná saliendo caudaloso,
tres leguas se camina bien cabales.
El Paraná venía muy furioso,
los tristes navegantes muy mortales
del soldado pequeño y del grandioso
las fuerzas eran todas casi iguales,
y aun cierto que a la clara bien se vía
que el pequeño más ánimo tenía.*

*Del capitán Garay certificaron
los indios que aquí vino con su gente,
las huellas de caballos nos mostraron
por do dimos la vuelta prestamente;
y en tierra los soldados que saltaron
cogieron la comida que al presente
hallaron, que aún no estaba sazónada,
y apenas con la espiga bien formada.*

[p. 152]

*Volver quiero a tratar un poco agora
del falso Yamandú, nuestro cartero.
Salió de San Gabriel con la traidora
y mala condición de carnicero.
Adonde el Zapicano está de mora
se va, por ser con él particionero,
aunque no se halló en la triste guerra,
que al venir se ha tardado de su tierra.*

*Este indio ya hemos dicho que es sabido,
astuto, muy sagaz y hechicero;
en todas las naciones es tenido
por lumbré, por espejo y por lucero.
A mis propios oídos yo le he oído
decir a este lenguaz y gran parlero:
«El sol alumbra a oriente y occidente,
así yo Yamandú a toda la gente».*

*Pues siendo con las cartas despachado,
trató con Zapicán, que las tenía
guardadas, hasta ver en qué ha parado
un negocio que arriba pretendía,
el cual era que tiene concertado
con un indio Terú, el cual vendría
a dar en Santa Fe con otras manos,
queriéndose vengar de los cristianos.*

*E hízolo el Terú, que con su gente,
haciendo para aquesto llamamiento,
se fue a Santa Fe; mas de repente
volvió huyendo en busca de su asiento.*

*Los mancebos pelean fuertemente,
los indios llevan de ello el escarmiento,
y viendo Yamandú que nada ha hecho,
con las cartas se va a Garay derecho.*

[p. 153]

*Del capitán Garay fue recibido
mejor el mensajero que lo fuera
si hubiera sin las cartas parecido,
aunque él por no culpado se fingiera.
Mas viendo el Capitán cómo ha venido,
y que puede volver a do saliera,
tratole bien e hízole gran fiesta,
y tórname a enviar con la respuesta.*

*Ya vuelve Yamandú con más cuidado
que tuvo con las cartas, pues pensaba
guardarlas para sí; mas ha acordado
urdir otra, pues ésta no cuajaba.
En tanto que la urde este malvado,
tratemos de Garay, que procuraba
bajar con muchas balsas y comida,
dejando a Santa Fe bien guarnecida.*

*Partió con treinta mozos valerosos
y veinte y un caballos, y servicio
en balsas; y los mozos deseosos
de guerra, que la tienen por oficio,
procuran que en los indios enojosos
se ofrezca al crudo Marte sacrificio,
de aquel Terú vengando la osadía
con triste y carnícera anatomía.*

*Son islas, por aquí en este paraje,
de grandes bastimentos abastadas,
de muy hermosas tierras y boscaje,
y de indios Guaraníes bien pobladas
el falso Yamandú de mal coraje
aquí tienen sus gentes rancheadas,
Terú, Añanguazú, Maracopá,
y en otras más abajo, Tabobá.*

[p. 154]

*Entraron por las islas; entendiendo
poder hacer la guerra, los caballos
metieron; mas los indios van huyendo,
que no pueden los mozos alcanzallos.
Entre los verdes bosques se ascondiendo
se meten, que imposible es el hallallos,
si no es al sin ventura, que guardada
la suerte le está ahora desdichada.*

*Con gran solicitud en su caballo
entre aquestos mancebos se señala
en andar por las islas Caraballo,
y así por la espesura hiende y tala
en medio de una selva, y Yanduballo
halló con Liropeya, su zagala.*

*La bella Liropeya reposaba
y el bravo Yanduballo la guardaba.*

*El mozo, que no vio a la doncella,
en el indio enristró su fuerte lanza,
el cual se levantó como centella,
un salto da y el golpe no le alcanza.
Aferra con el mozo, y aun perdella
la lanza piensa el mozo, que abalanza
el indio sobre él, por do al ruido
la moza despertó, y pone partido.*

*Al punto que a la lanza mano echaba
el indio, Liropeya ha recordado,
mirando a Yanduballo así hablaba:
«Deja, por Dios amigo, ese soldado,
un solo vencimiento te quedaba,
mas ha de ser de un indio señalado,
que muy diferente es aquesta empresa,
para cumplir conmigo la promesa».*
[p. 155]

*Diciendo Liropeya estas razones,
el bravo Yanduballo muy modesto
soltó la lanza, y hace las acciones,
y a Caraballo ruega baje presto.
El mozo conoció las ocasiones,
y muévelo también el bello gesto
de Liropeya, y baja del caballo
y siéntase a la par de Yanduballo.*

*El indio le contó que un año había
que andaba a Liropeya tan rendido
que libertad ni seso no tenía,
y que le ha la doncella prometido
que si cinco caciques le vencía,
que al punto será luego su marido.
El tener de español una centella
no quiere, por quedar con la doncella.*

*Mas viendo el firme amor de estos amantes,
licencia les pidió para irse luego,
dejándoles muy firmes y constantes
en las brasas de amor y vivo fuego.
Dos tiros de herrón no fue distantes,
con furia revolvió, de amores ciego;
pensando de llevar por dama esclava,
al indio con la lanza cruda clava.*

*Yanduballo cayera en tierra frío,
la triste Liropeya desmayada;
el mozo con crecido desvarío
a la moza habló, que está turbada:
«Volved en vos», le dice, «ya amor mío,
que esta ventura estaba a mí guardada,
que ser tan lindo, bello y soberano,
no había de gozarlo aquel pagano».*
[p. 156]

*La moza, con ardid y fingimiento,
al cristiano rogó no se apartase
de allí, si la quería dar contento,
sin que primero al muerto sepultase;
y que concluso ya el enterramiento
con él en el caballo la llevase.
Procurando el mancebo placer darle,
al muerto determina de enterrarle.*

*El hoyo no tenía medio hecho,
cuando la Liropeya con la espada
del mozo se ha herido por el pecho,
de suerte que la media atravesada
quedó diciendo: «Haz también el lecho
en que esté juntamente sepultada
con Yanduballo aquesta sin ventura
en una misma huesa y sepultura».*

*Lo que el triste mancebo sentiría
contemple cada cual de amor herido.
Estaba muy suspenso qué haría,
y cien veces matarse allí ha querido.
En esto oyó sonar gran gritería;
dejando al uno y otro allí tendido,
a la grito acudió con grande priesa,
y sale de la selva verde espesa.*

*Aquesta Liropeya en hermosura
en toda aquesta tierra era extremada;
al vivo retratada su figura
de pluma vide yo muy apropiada;
y vide lamentar su desventura,
conclusa Caraballo su jornada,
diciendo que aunque muerta estaba bella,
y tal como un lucero y clara estrella.*

[p. 157]

*Mil veces se maldijo el desdichado
por ver que fue la causa de la muerte
de Liropeya, andando tan penado
que mal siempre decía de su suerte.
«¡Ay triste!, por saber que fui culpado
de un caso tan extraño, triste y fuerte,
tendré, hasta morir, pavor y espanto,
y siempre viviré en amargo llanto».*

*Salió pues de la selva Caraballo
a la grita y estruendo que sonaba,
y vido que la gente de a caballo
a gran priesa en las balsas se embarcaba.
No curan ya más tiempo de esperallo,
que de su vida ya no se esperaba,
teniendo por muy cierto que había sido
cautivo de los indios y comido.*

*Mas viéndole venir, alegremente
el Capitán y gente le esperaron;
allega, y embarcose con la gente,
y apriesa de aquel sitio se levaron.
Entrose por un río que de frente
está, y a tierra firme atravesaron,
a do está de Gaboto la gran torre,
por do el Carcarañá se extiende y corre.*

*En tanto que Garay aquí esperaba,
y en tierra sus caballos saca y gente,
el capitán Rui Díaz se levaba
de donde le dejamos prestamente.
Volviendo hacia abajo, atravesaba
acaso Yamandú, que está de frente.
Allí nos dieron nueva muy entera,
que en el Carcarañá Garay espera.*

[p. 158]

*Con esta nueva cierta, a grande priesa
bajamos hacia el río Juan de Oyolas.*

*No se tiene temor de la traviesa
del gran río Paraná, ni de sus olas,
que el bien que en la tornada se interesa
lo facilita todo; mas no a solas
nos vemos cuando viene anocheciendo,
que los Timbúes vienen muy corriendo.*

*Después, cuando ya Febo caminando
volvía con sus carros presuroso,
los campos con sus rayos matizando
de rojo, verde y blanco luminoso,
llegan los Timbúes pregonando:
«Comprad de mí, que vendo más gracioso».*

*Y tanto regatean, que en Sevilla
podrían imprimir nueva cartilla.*

*En tanto que la cosa así pasaba,
desde el Carcarañá nos ha enviado
una carta Garay, en que avisaba
que estaba en Sancti Spiritus parado.
Al viento vela en popa se entregaba,
y no se ha a Sancti Spiritus llegado,
cuando Garay por tierra y a caballo
asoma, y aquí un poco he de dejallo.
[p. 159]*

Canto decimotercio

*Entra Rui Díaz en el Carcarañá; baja Martín García; pretende Yamandú dar en la
isla; padece Garay naufragio en el Uruguay*

*Jamás fortuna dio contentamiento
que no fuese mezclado con dolores,
de a donde el disfavor es fundamento
de todo buen suceso de favores.
También el favorito pensamiento
por fin muy cierto tiene disfavores,
por lo cual Salomón, sigue, decía,
el día de tristeza al de alegría.*

*¡Cuánto dolor, tristeza y amargura,
y cuánto sobresalto ha pasado
la gente zaratina sin ventura!
Pues quien con atención bien lo ha notado,
verá que al mayor mal en coyuntura
un buen suceso o gusto ha acompañado,
que no haber de esta suerte sucedido,
hubiera el resto Zárate perdido.
[p. 160]*

*¡Qué pena, qué dolor no mitigara
el ver al buen Garay por aquel llano!
La bárbara nación que se juntara,
no pudiera escaparse de su mano.
Si el bravo y crudo Marte se hallara
con tal gente de guerra, tan ufano
y altivo se sintiera, que en la tierra
a todos los mortales diera guerra.*

*La trompa y atambor les ayudaba,
los caballos calor iban tomando;
contento grande, cierto, que causaba
aquesta gente allí escaramuzando.*

*Rui Díaz con los suyos lo miraba,
viniendo su viaje navegando;
y llegando do aquesto se hacía,
mandó soltar la flaca artillería.*

*Al fin tomaron puerto, y recontada
la cosa de una parte a otra pedida,
la carga de las balas descargada,
Garay parte en demanda de comida.*

*El Melgarejo sale desplegada
con gran placer su vela y descogida.
En tanto que uno baja y otro queda,
me fuerza Yamandú vuelva la rueda.*

*Llegado este tacaño con las cartas
al isla, con placer fue recibido;
el Juan Ortiz le dio cuchillos, sartas,
y de paño de grana un buen vestido.*

*De dádivas y dones fueron hartas
sus manos, por pensar lo ha merecido,
y él pretende entregarse a suelta rienda
en vida del cristiano y de hacienda.*

[p. 161]

*Pues tiene la traición así ordenada,
que dadas estas cartas, vuelva luego
al río Igapopé, que es la morada
de un indio que se dice Grande Fuego,
y de otros que allí viven de coplada
con Aguazó, que es guía de este juego.*

*Allí tiene la cosa de ordenarse
por do el cartero da priesa a tornarse.*

*Y dice: «Volveré yo con comida,
que así con mis amigos lo he ordenado,
aquesta cosa quiero sea sabida,
porque en vernos ninguno sea alterado.*

*Que aquesta tierra toda está rendida
a mi dicción, y yo la he sujetado».*

*Con esto Yamandú se suelta en breve,
y con más brevedad volver se atreve.*

*Con diez u once canoas esquiñadas
la vuelta da el malvado, procurando
que no estén las personas recatadas,
mas antes las ocupa rescatando.*

*No quiero referir, pues, cuán turbadas
lo estaban, según supe, y cuán temblando.
Mas con todo se dieron tanta maña,
que no cuajó el cartero su maraña.*

*En un fuerte la gente recogida,
porque de esta traición tienen aviso,
de todo lo posible guarnecida,
salió el indio que estaba ya arrepiso.
De humos gran señal ha parecido
el río arriba, y luego de improviso
los indios, que en la gente dar pensaban,
con gran prisa a su isla se tornaban.*
[p. 162]

*Quedaron los cristianos como cuando
levanta un huracán muy espantoso
las olas en la mar, y va bufando
el viento con un ímpetu furioso.
El piloto sagaz está temblando,
vencido del trabajo y temeroso;
mas viendo que el peligro está pasado,
vereísle presumir del esforzado.*

*O como aquel mancebo que ha cogido
el toro furibundo entre sus manos,
que siendo de la muerte escabullido,
huyendo a pura pata por los llanos,
blasona de la maña que ha tenido,
y hace en talanquera fieros vanos.
No menos nuestras gentes aquí estaban,
y al moro muerto gran lanzada daban.*

*Rui Díaz, como dije, navegando
salió de Sancti Spiritus, y viene
en breve do le estaban esperando.
A mí me ha parecido me conviene
quedarme con Garay, que va triunfando,
y Zárate, que hambre siempre tiene.
Rui Díaz Melgarejo, pues, allega
al isla, y la comida les entrega.*

*Garay de a do dijimos sale a prisa
con su gente, y las balsas que llevaba;
lo que en esta salida le interesa
es el buscar comida que faltaba.*

*También se procuraba hacer presa
en el falso Terú que allí moraba.
Y oíd lo que sucede un día de Ramos,
que de vista es el cuento que contamos.*
[p. 163]

*Por un pequeño río de bosque
las balsas y la barca caminaban,
cuando vimos venir un gran salvaje.
La canoa en que viene gobernaban,
al parecer, dos ninfas de buen traje.
En viéndonos a prisa se tornaba,
y desde al Paraná grande llegaron,
en medio de un remanso se pararon.*

*Allí nos esperaron grande pieza,
y así como la barca hubo llegado,
el salvaje se estira y endereza
y un escudo grandísimo ha abrazado.
Por yelmo un cuero de anta en la cabeza,
el escudo era concha de pescado,
y el bastón que este bárbaro tenía
servir de antena en nave bien podía.*

*Hablando con soberbia encrudecida,
pregunta por aquel que tiene cargo
del armada, que dice que la vida
le tiene de quitar con fin amargo.
Y dice: «No penséis que fue huida
la mía, por salir aquí a lo largo,
que quise aquí sacaros al anchura
por dar a todos ancha sepultura».*

*Quería arremeter el can rabioso,
y en esto dos pelotas le tiraron;
la popa nos volvieron sin reposo
las faunas, y espantados nos dejaron,
que con un dulce canto armonioso
a prisa de nosotros se apartaron,
y a muchos el sentido enternecieron,
y en un punto de vista se perdieron.*
[p. 164]

*En esto un bergantín vimos venía,
el cual a Santa Fe ha descendido,
y viendo que Garay bajado había,*

*en seguimiento suyo había venido,
con socorro el Teniente se le envía
de la Asumpción, que aquesto hubo subido.
Juntose con nosotros el navío
y dimos en un hondo y chico río.*

*El navío a la boca se ha quedado
con toda la más gente del armada;
el Capitán con veinte dentro ha entrado
en la barca de todo pertrechada;
por tierra los caballos hubo echado,
del gran Terú se busca la morada;
hallose, mas sus indios al estruendo
con mujeres e hijos van huyendo.*

*Las balsas aquí cargan de comida;
la gente de a caballo va por tierra
siguiendo la victoria conocida
con ánimo y codicia de la guerra.
Abscóndese la gente dolorida,
que el temor del caballo la destierra;
saquea el español allí las casas,
y en un punto vereislas hechas brasas.*

*El Capitán de aquí presto saliendo
penoso, por no haberle indio parado,
sus balsas y su gente recogiendo,
a Añanguazú acomete, indio afamado.
Los indios son valientes, y al estruendo
salieron con esfuerzo denodado,
y siendo preguntados ¿por qué huyen?,
con la razón del uno así concluyen.*

[p. 165]

*«Dejadnos ya, que estamos temerosos,
y contra vuestras fuerzas no podemos.*

*Y vosotros, sobrinos animosos»,
a los mancebos dicen, «¿qué os hacemos?»
Mirad que a nuestros hijos amorosos
criar ni sustentar ya no podemos,
pues carga de mujeres tan penosa
no espera a vuestra diestra poderosa».*

*Diciendo aquesto, estaban muy metidos
en un atolladar y gran pantano.
Garay no permitió fuesen heridos,*

*que más de uno probar quiso la mano.
Causaban gran dolor los doloridos,
que mujeres e hijos por el llano
sin orden, a gran priesa, iban huyendo,
so tierra lo que tienen abscondiendo.*

*De aquí el río abajo navegando,
el armada se sale a remo y vela.
Un temporal se viene levantando
que las yerbas del campo arranca y vuela.
Del isla grande priesa me están dando,
que parece la gente se recela.
Pues vamos allá agora, que esta armada
aquí queda segura rancheada.*

*El isla parecía que se hundía,
y el Cielo que venía de caída;
el sudoeste, viento que corría
con una fuerza grande desmedida,
los árboles y piedras conmovía
por do la gente andaba dolorida,
porque tanto ruido levantaba
el viento, que al infierno figuraba.*

[p. 166]

*De dos naves que había del armada,
no quiere perdonar esta tormenta
a alguna; que a la zabra que cargada
está de la comida, la revienta
y la abre por cien partes, mas varada
aquésta fue en el isla; la otra avienta
a tierra firme, y tan metida queda,
que dudo en algún tiempo salir pueda.*

*Pues dime, Juan Ortiz: ¡No te conmueve
el ver aquestos trances peligrosos!
¡Oh duro corazón!, a quien no mueve,
el temor de los fines sospechosos.
No vemos ser prudente el que se atreve
a perder lo ganado en los dudosos
y peligrosos casos; lo más cierto
es ir siempre a buscar seguro puerto.*

*A nuestra armada vuelvo, que metida
quedaba en un juncal y una ensenada,
la cual halló segura su guarida.*

*Y el bergantín, tomando una enconada,
del otra banda está, que de caída
allí por se abrigar hizo parada,
a do con Cherandíes ha tratado,
y el tiempo que allí estuvo, rescatado.*

*Garay con los Beguaes de otra banda
muy gran trato y rescates ha tenido.*

*A Caytuá, Cacique, dice y manda
(pues para aquese fin ha descendido)
que diga a los Beguaes, como él anda
en busca de cristianos, que ha sabido
que tienen muchos ellos en su tierra,
ávidos de rescate, y no de guerra.*

[p. 167]

*Aqueste Caytuá es comarcano
al pueblo Santa Fe, y muy vecino.
Garay le trata bien como a su hermano,
y así con gran contento con él vino.
El Cacique no anduvo paso en vano,
que yendo a los Beguaes de camino,
cuatro cristianos trajo rescatados
por anzuelos y espejos muy quebrados.*

*De aquí salió Garay; con el navío,
que está de la otra banda, se ha juntado.
Despáchale a la isla por el río
que dicen de las Palmas afamado.
No va de bastimentos tan vacío,
que al fin le han de decir: «Bien seáis venido»,
que están como los pollos ya piando,
y sólo por comida suspirando.*

*El armada se va por un estero
que llaman de Beguaes, que no lleva
la fuerza y la corriente del primero,
a quien él va a buscar a que le beba;
y tanto va sin él a cual postrero,
que en más de veinte leguas no le prueba;
al cabo, porque en breve yo me sume,
aquéste el Paraná se le consume.*

*Yendo por este estero navegando
diez días, que los tiempos no ayudaban,
por tierra los soldados van cazando,*

*que muy poco las balsas caminaban.
De noche están con liñas esperando,
pescando de los peces que picaban;
aquí pica el patí, allí el armado,
aquí también el blanco y el dorado.*
[p. 168]

*En una bella noche muy serena,
habiendo el sueño dado ya sus puertas
a los que nuestra cama era el arena,
estando centinelas muy alertas,
con grande dulcedumbre una sirena
comenzó de cantar; y cierto, ciertas
y humanas parecían sus canciones,
bastantes a mover mil corazones.*

*Es tan ameno y bello este paraje,
que las hijas de Pierio bien podrían
dejar de Tracia el monte y su bosque,
que aquí más soledad cierto tendrían.
Y aquellos que siguiesen su lenguaje
en breve de sus ciencias más sabrían,
y en metro y dulce verso el casto coro
al mundo descubriera su tesoro.*

*Aquí la gran maldad la Filomena
lamenta de Teseo, su cuñado,
con su lengua arpada bien resuena,
y con canto suave y agraciado
publica a todo el mundo su gran pena,
y dice: «Pues la lengua me has cortado,
aquesta gran maldad, cruda tirana,
labrando contaré toda a mi hermana».*

*Aquí la sacra fuente cabalina
sus cristalinas aguas vierte y riega.
Aquí la gran Minerva a la contina
sus tesoros reparte y los entrega
a todos con largueza muy benina.
Y aquí muy de ordinario en esta vega
la bella y casta diosa se pasea,
y con sus compañeras se recrea.*
[p. 169]

*Mas al isla conviene dar la vuelta
dejando aquesta armada en este punto.*

*Pasada la tormenta y revuelta,
según dijimos ya en breve trasunto,
el bergantín que fuera a vela suelta,
llegando toma puerto luego junto,
y dando de nosotros nueva cierta,
la cosa de esta suerte se concierta.*

*En busca de Garay luego volvieron
aqueste bergantín y Melgarejo,
y aquellos que al presente adolecieron
llevaron, y mujeres, y es consejo
que allá en el Uruguay (adonde fueron)
se pueble, donde hubiere el aparejo,
que para los navíos está cierto
que muy cerca hallará seguro puerto.*

*Llegados a la punta de este río,
quedose el bergantín grande esperando;
el otro atravesó, que va vacío.*

*Garay en esto viene navegando.
En breve se encontró con el navío,
que estaba en una vuelta ya esperando;
la noche se apresura, el viejo Apolo
nos huye, y viene airado el grande Eolo.*

*En un punto veréis que se levanta
un ser tan riguroso, que atormenta
con su grave furor cualquiera planta,
y fuera del lugar propio la ablenta.
El armada se afierra bien y planta,
el bergantín del lado no se absenta,
con cabos, guindaletas amarrados,
están todos del viento contrastados.*

[p. 170]

*El otro que esperando había quedado
cargado de mujeres, como vido
el cielo todo andar alborotado,
camina el río arriba, y ha tenido
ventura en se mudar, que haber tardado
la carga hubiera toda sumergido.
Mas no pudiera ser, que en el armada
jamás vide mujer ser mal parada.*

*En tanto que venía el sur bravoso,
huyendo con presteza su fiereza,*

*el capitán Rui Díaz valeroso
caminaba el río arriba sin pereza.
Lloraban las mujeres sin reposo,
pensando ya fenece su belleza,
y que ha de ser a peces entregada,
y en vida so las aguas sepultada.*

*Garay en una isla empantanada,
que dicen por renombre de la Espera,
tenía ya su gente rancheada;
del bergantín no sale gente fuera.
La enojosa tormenta, pues, pasada,
al punto que la noche se viniera,
las balsas desamparan este puesto,
y oíd lo que sucede, pues, de aquesto.*

*Desta isla do digo que salieron
las balsas, se atraviesa la corriente
del río que Uruguay indios pusieron
por nombre; tierra firme está de frente,
las balsas allá van, mas no pudieron
las olas contrastar, que no consiente
la fuerza del canal remo ni pala,
que todo lo abandona y lo desvala.*

[p. 171]

*El sur se ha levantado en este punto,
y hace que el canal ande alterado,
el corriente con fuerza viene junto,
y el sur lo que corre en contra ha hinchado,
¡ay Dios!, que en este punto yo barrunto
que el día de mi fin es ya llegado.
La barca se nos iba trastornando,
las balsas todas siete trabucando.*

*Al día del postrer juicio figuraba
aquel naufragio nuestro doloroso.
Cual indio de la balsa se arrojaba
por ir nadando a tierra codicioso;
cual vuelve do la balsa se anegaba
en busca del Señor que está lloroso.
Las indias dicen todas que llamemos
a nuestro Dios, pues todos perecemos.*

*Los caballos ya sueltos van nadando,
y no tienen peligro, si no afierra*

*el cabo en parte alguna, que colgando
le llevan por el agua hasta tierra.
La barca sale en salvo, y descargando
la ropa y adherentes de la guerra,
en busca de las balsas torna a prisa
a donde todos andan sin camisa.*

*El que es buen nadador, aunque con miedo,
al agua desnudándose se arroja;
quien no sabe nadar estase quedo,
y en la balsa metido bien se moja.
Mas ya yo de nadar hablar no puedo;
la gente sale a tierra do se aloja,
tendida por la fría y dura arena.
Dejémoslos que entiendan en su cena.*

[p. 172]

[p. 173]

Canto decimocuarto

*En este canto se cuenta la batalla que hubo entre los de Garay y los Charrúas, y cómo
fue herido Garay en los pechos y su caballo muerto, y muchos indios muertos y heridos*

*¿A quién he de llamar que me dé aliento?
O ¿quién podrá acertar que estoy enseñado
a tratar de tristezas y lamento,
y poco de placeres he gustado?
Pues esto de la guerra hago a tienta,
que menos de las armas he probado.
A vos, Señor, favor pido y demando
que vuestra ayuda sola voy buscando.*

*Dejé, si os acordáis, en la marina,
pasado ya el naufragio, a nuestra gente;
el aurora nos viene ya vecina,
Apolo muestra ya su roja frente;
el bergantín navega a la bolina,
subiendo el río arriba diligente;
el Zapicán ejército marchando
en siete escuadras, viene ya gritando.*

[p. 174]

*El bergantín le vido, mas primero
le habían descubierto tres soldados,
aquéstos dieron arma muy ligero,
los arcabuces fueron bien cargados.
No vide que quería ser postrero*

*alguno, porque todos aprestados
en un punto salieron muy gozosos
por dar fin al Charrúa codiciosos.*

*Doce caballos solos se ensillaron,
el Capitán con once compañeros
(que muchas de las sillas se mojaron),
salieron veintidós arcabuceros.
Los bárbaros a vista se llegaron
con orden y aparato de guerreros,
con trompas y bocinas y atambores,
hundiendo todo el campo y rededores.*

*El Capitán mandó que se emboscasen
los once de a caballo, hasta tanto
que los alegres bárbaros llegasen
a tiro de arcabuz, porque de espanto
de ver a los caballos no tornasen.
Y el Capitán se puso al otro canto
con sus arcabuceros, atendiendo
se fuese el enemigo introduciendo.*

*Llegado a poco trecho, hacen alto,
el Capitán procura de cegarles
un poco retirándose en un alto
por más a su placer escopetarles.
El bárbaro de seso no está falto,
que entiende ser aquesto asegurarles,
por do hace parar sus escuadrones
y dice con gran grito estas razones.*
[p. 175]

*«Estamos de esperaros ya cansados,
que ha días que tenemos entendido
que sois hombres valientes y esforzados,
ahora será el caso conocido.
Salid los más valientes y alentados
riñendo uno con otro este partido.
Salid, que tardar tanto es cobardía,
veremos vuestro esfuerzo y valentía.*

*Con sólo matar veinte de vosotros,
pues sois de tanta fama y nombradía,
la vida por bien dada de nosotros
tenemos todos juntos este día.
¿Podéis ser más valientes que los otros,*

*cuyo valor poco ha que fenecía?
Salid a los vengar, acobardados,
cornudos, mujeriles y apocados».*

*Más cosas les oí por mis oídos,
que un poco de su lengua ya entendía.
Gritaban, daban voces, alaridos,
con su grito la tierra estremecía.
Cual indio la perneta, cual fingidos
motines y ademanes, cual hacía
que cae en tierra triste y desmayado
y en un punto vereisle levantado.*

*Llamaban con las mantas que traían
ceñidas a los cuerpos, no cesando
de dar voces, diciendo que querían
ponerse nuevos nombres peleando.
Mas viendo que los nuestros ya salían,
al alto se volvían retirando,
juzgando por mejor un alto cerro,
y el sueño, como dicen, fue del perro.
[p. 176]*

*Saliendo al alto, y siendo traspasado
un poco de pantano que allí estaba,
el Capitán a prisa ha caminado;
los once de a caballo que llevaba
siguieron con esfuerzo denodado;
la trompa con presteza resonaba
en ellos, Santiago, Santiago,
y oíd un bello lance y gran estrago.*

*Seguíanle los once de tal suerte
que juntos se metieron y mezclaron
en medio el enemigo, dando muerte
a todos cuantos indios encontraron.
Rompieron una escuadra grande y fuerte
en que de setecientos se pasaron;
salieron de otra banda cien flecheros
con ánimo gallardo muy ligeros.*

*Sobre éstos nuestra gente revolviedo
pelea, y ellos rostro y cara hacen;
los otros al socorro muy corriendo
acuden, mas los nuestros los deshacen.
Volvieron a romperlos, y rompiendo*

*los mozos sus deseos satisfacen,
que tantos por el suelo van rodando,
cuantos caballo y lanza van tocando.*

*Aquí veréis el indio atravesado
por medio la garganta, y allí junto
el otro todo el casco barrenado,
saliéndole los sesos luego al punto.
Por medio de los pechos traspasado
estaba Tabobá, y casi difunto,
y tanto de la lanza se aferraba,
que ya perderla Leiva imaginaba.*
[p. 177]

*Allega Menialvo con su espada
y dale un golpe tal que desafiera
la lanza el enemigo, y aun pegada
la lanza con la mano deja en tierra.
El indio ve su mano destroncada
y quiere escabullirse de la guerra,
mas no le dan lugar, que tras su mano
tendido le deja Leiva en el llano.*

*Y como recobró Leiva su lanza,
habiendo a Tabobá muerto, con priesa
revuelve Abayubá sobre él, y lanza
el mozo un bote tal que le atraviesa
el ombligo, y el indio se abalanza
por la lanza adelante, y hace presa
con el diente en la rienda, de tal suerte
que la corta, y fenece con la muerte.*

*El viejo Zapicán, que ve tendido
a su sobrino en tierra, bien quisiera
en Leiva se vengar, mas ha acudido
el bravo Menialvo, que le diera
un golpe tan terrible que partido
por medio, por encima la cadera,
en dos partes quedó; fue cuchillada
de brazo poderoso y fuerte espada.*

*Añagualpo, que estaba muy pujante,
en suerte le ha cabido a Vizcaíno.*

*El bravo indio se puso de delante
con pica que parece un grande pino.
El mozo le encontró luego al instante*

*con su lanza, y aun hizo tal camino
por medio de los pechos de aquel perro,
que la espalda pasó su fino hierro.*
[p. 178]

*Su lanza sacó tal y tan bermeja,
que el hierro pura sangre parecía.
Dos pasos de este puesto no se aleja,
cuando un indio de fama le seguía.
A esperarle el mancebo se apareja,
que es indio muy gallardo y de valía,
al mozo ha acometido Yandinoca,
y él métele su lanza por la boca.*

*Arévalo gallardo va hiriendo
la gente que jamás fue conquistada,
el hierro de su lanza va tiñendo
en sangre con los sesos misturada.
Con fuerza va Aguilera descubriendo
aquí, y acá y allá de una lanzada;
al indio deja tal, que parecía
que el indio so la tierra se hundía.*

*El buen Mateo Gil, soldado viejo,
con esfuerzo y valor de Trujillano,
nacido en el lugar de Jaraicejo,
andaba por el campo muy lozano.
Párecle que mata algún conejo,
matando algún soldado zapicano,
y así tan gran estrago va haciendo
que las yerbas del campo va tiñendo.*

*Hernán Ruiz pelea sin pereza,
de Córdoba heredando la osadía,
acá y allá acude con destreza,
con ánimo y esfuerzo y valentía.
Un indio le encontró con gran fiereza,
y quitarle la lanza pretendía;
Camelo le ayudó, perdió la vida
el indio, con la mano bien asida.*
[p. 179]

*Con gran fuerza por medio Magaluna
de cinco o seis soldados se metía;
al encuentro le sale Juan de Osuna
con su espada, que lanza no traía.*

*Al mozo favorece la fortuna,
que el indio con su pica tal venía,
que si el caballo un brinco no pegara,
por medio de los pechos le pasara.*

*La pica suelta el indio muy corrido,
y al pecho del caballo se ase y garra.
El mozo, que lo vido tan asido,
la daga de la cinta desamarra,
con ella fuertemente le ha herido,
y tanto las entrañas le desgarran
que Magaluna altivo, bravo y fuerte,
cayó en tierra herido de la muerte.*

*Tiene el campo Juan Sánchez ya poblado
de zapicanos muertos con su espada.
Un indio le acomete señalado
con una espada inserta y enastada.
Un bote le tiró por un costado,
y el mozo le responde de estocada,
y aciértale por medio de la frente,
y da con él en tierra de repente.*

*Rasquín piensa ya hoy hacer remate
del ejército todo zapicano.
Mas veis otro que viene en el combate
que quiere en general probar la mano,
de encuentro, de revés, da jaque y mate
al indio sin dejarle un hueso sano,
con la fuerza que pone en su caballo
el fuerte y animoso Caraballo.
[p. 180]*

*Fortuna, si quisieres estar queda,
cuán presto el Charruaha se acabaría.
Si el capitán Garay viera tu rueda,
bien con su lanza audaz la clavaría.
En un cerro una escuadra estaba queda
de indios, a la mira qué haría.
El Capitán por ellos va rompiendo,
y en él todos a puja rebatiendo.*

*Rompiolos, y al romperlos fue herido.
Miráronle los indios si caía,
y viendo como en tierra no ha caído,
sin orden cada cual allí huía.*

*El Capitán tras ellos ha corrido,
en esto su caballo se tendía
y muerto fenecióse la pelea,
de que el indio no poco se recrea.*

*Acuden los soldados como vieron
caer su Capitán con el caballo;
de presto en otro al punto lo pusieron,
procuran al real luego llevarlo.*

*Los bárbaros al punto se huyeron,
la tropa a recoger toca, dejallo
conviene al enemigo. En estos cuentos
murieron, según vi, más de doscientos.*

*Recógese la gente muy gozosa
de ver quedar el campo muy poblado
de la soberbia sangre belicosa
del indio, en estas partes señalado.
Era cierto esta gente muy famosa,
su fuerza y su valor tan estimado,
que toda la provincia la temía
y muy grande respeto le tenía.*

[p. 181]

*El Capitán, que a todos gobernaba,
fortísimo y valiente era en la guerra;
por aquesta razón le respetaba
sin su gente gran parte de la tierra.
Y aunque él en estos llanos habitaba,
tenía alguna gente allí en la sierra,
los cuales a su tiempo le servían
y a su mano y dicción siempre acudían.*

*Con ésta estaba el perro tan pujante,
que a todo el mundo junto no temía,
juzgándose a sí solo por bastante
contra la tierra toda y monarquía.
El nombre de cristiano y lo restante
pensaba de acabar sólo en un día,
y no le faltaba ayuda de paganos
que vienen de los pueblos más cercanos.*

*En tanto que nosotros celebramos
el triunfo de victoria muy gozosos,
y aquel siguiente día reposamos,
los indios despoblando temerosos
la tierra adentro huyen. Después vamos*

*en busca de Rui Díaz muy gozosos,
que huyendo del tiempo adverso y duro,
tomó en San Salvador puerto seguro.*

*Adonde en su ribera deleitosa,
de todos los desastres olvidados,
nos tuvimos por gente muy dichosa
en vernos ya de asiento allí poblados,
con gozo celebrando la famosa
victoria de mancebos esforzados
contra el soberbio indio belicoso,
y en todo el Argentino más famoso.*

[p. 182]

*A priesa cada cual hace morada,
que de maderos hay gran aparejo,
y teniendo su carga descargada,
por Juan Ortiz se parte Melgarejo.*

*No siento le da pena la tornada,
que aunque es el capitán ya cano y viejo,
a trabajos está tan avezado
que no se halla bien si está parado.*

*Aquí, pues, los dejemos, descansando
los unos y los otros muy gozosos,
El tiempo en regocijos empleando
por los campos y prados deleitosos.
A Juan Ortiz volvamos, que penando
está con sus soldados lastimosos.
Al que quisiere ser bien informado,
serale en otro canto relatado.»*

[p. 183]

Hernando Arias (Hernandarias) de Saavedra



Hernandarias —1561, Asunción (Paraguay)-1634, Santa Fe (Argentina)— fue un militar y funcionario colonial, y el primer criollo que ocupó el cargo de gobernante. Nació en la ciudad de Asunción, capital de la gobernación del Paraguay y el Río de la Plata, perteneciente al Virreinato del Perú. Fue hijo de Martín Suárez de Toledo, que vino a América junto a la expedición de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y desempeñó dos veces la gobernación interina del Paraguay. Su madre fue María de Sanabria, hija de Juan de Sanabria, gobernador y tercer adelantado del Río de la Plata.

Hernandarias fue integrado de muy joven a las milicias de Asunción. En 1578, se enroló en las huestes de Gonzalo de Abreu Figueroa para la conquista de la «Ciudad de los Césares». En 1580, estuvo a cargo del arreo del ganado para la fundación de Buenos Aires por Juan de Garay, su futuro suegro. Participó de la exploración del territorio bonaerense al sur del Salado y en campañas militares de represión a indígenas vecinos a la recién fundada Buenos Aires. También participó en la fundación de Concepción del Bermejo y Corrientes. En tres oportunidades distintas fue nombrado gobernador de la Provincia del Paraguay y el Río de la Plata, entre los años 1597-1599, 1601-1609 y 1615-1618.

Como gobernador, tomó numerosas medidas para estimular el crecimiento económico y la defensa de las ciudades de Asunción y Buenos Aires. Fomentó la instrucción pública por los jesuitas con promoción de escuelas e intentó crear un colegio universitario alternativo a los ubicados en la distante Lima. Una de sus obras principales como gobernador fue las *Ordenanzas de buen gobierno, inserto en ellas la doctrina y buen tratamiento de los naturales* del año 1603, que establecía las disposiciones que debían regir los vínculos entre los indígenas y sus encomenderos. Esta ordenanza modificó la legislación sobre el trabajo de los aborígenes, asegurando la protección de los nativos y promoviendo la supresión de las mitas y encomiendas. Durante su gobierno, en el año 1608, se dispuso la creación de las reducciones jesuíticas y franciscanas en la región del Guayrá (Brasil). Hernandarias alentó al rey a dividir la gobernación del Río de la Plata y del Paraguay en dos jurisdicciones independientes: la de Paraguay y la de Buenos Aires, para una mejor administración y gobierno. En 1617, fue decretada esta división por Felipe III y concretada en el año 1620.

Durante su segundo mandato (1601-1609) se dedicó a explorar en forma intensa los territorios del Chaco paraguayo y la Patagonia. También lo hizo en el territorio de «la Vanda del norte que es la costa de los charrúas». Buscando la defensa de la ribera norte del Río de la Plata, exploró la costa hasta llegar hasta un «hasta llegar a vn rrio y puerto que

llaman mon vidio». Cruzó el río Uruguay a la altura de Salto Chico y llegó a las costas del río Santa Lucía (13 de diciembre de 1607) y regresó luego de recorrer el territorio oeste y noroeste del actual Uruguay durante unos seis meses atravesando Uruguay a la altura de Salto. Comunicó al rey de España lo actuado en una carta, recomendando que fueran pobladas para la protección de la ciudad de Buenos Aires y señalando que era tierra de «grande abundancia y fertilidad y buena para todo Genero de ganados [...] de mvcha leña y madera de gran comodidad para edificios y estancias en que se criaran gran suma de ganado». Pocos años después, Hernandarias pobló de ganados los campos de Santa Fe y Entre Ríos. En 1611, embarcó los primeros ganados, desde su estancia a Entre Ríos hasta la Isla del Vizcaíno y en 1617 desde Buenos Aires, a la misma isla y a Tierra Firme en la costa de San Gabriel.

A continuación, se transcribe la carta elevada por el gobernador Hernandarias al rey en el año 1608, ocho meses después de su exploración de «la banda del norte del Río de la Plata». Los motivos de su viaje se centraron en explorar la navegación del río Uruguay, vía de comunicación entre Buenos Aires y las incipientes reducciones jesuíticas al norte, para «descubrir puertos de mar para poner espías para que esta ciud.d. pudiese tener por ellos avisos de los corsarios [...] y por castigar los naturales que alli an cometido tantos omiciios y hecho tan grandes daños». Hernandarias describe brevemente la denominada «Provincia del Uruguay» en ambas márgenes del río Uruguay, siendo la primera exploración de los territorios que incluían la «banda norte» del Río de la Plata. Partió de Santa Fe en el año 1607 hacia el río Uruguay, donde ordenó a 70 hombres que avanzaran río abajo, hasta ubicarse enfrente de Buenos Aires. Él volvió a Buenos Aires por tierra, retornando por Santa Fe, y luego se reunió con sus hombres en territorio de lo que hoy es Uruguay. Luego, incursionaron por tierra para realizar el «castigo» a los indígenas y volvieron a las costas del río Uruguay para desandar su camino de retorno.

Autor: Hernando Arias de Saavedra

Título: *Carta del gobernador Hernandarias de Saavedra a S.M. sobre el descubrimiento de la banda del norte del Río de la Plata*, 2 de julio de 1608

Transcripción: Documento del Archivo General de Indias, 74-4-12, Audiencia de Charcas, legajo 27; tomado de publicación de Luis Musso Ambrosi (2003)

Señor. En la que a V. mag.d screui abra 20 dias cuyo duplicado va con esta di quenta de lo que hasta alli se ofrecio de que darla y demas de remitirme a ellas la dare agora con esta ocaion del despacho de la visita de lo que mas se ofrece y me pareciere conuenir y particularmente en esta de lo que prometi en otra aserca del descubrimiento de la Vanda del norte que es la costa de los charruas que aora ocho meses hice y cumpliendo con esto digo: que sali a la ligera deste puerto en el ynter que los contadores proseguían las quantas y se rreceuian algunos descargos de la secreta a los Visitados fue a la ciudad de santa fe de donde con toda dilig.a. saque la gente que tenia preuenida para el descubrimiento del rrio del Vruay que esta como 50 leguas de trauecia por tierra de aquella ciudad por caminos no descubiertos con 20 carretas y lleuando con ellas canoas no sin gran trauajo que son vnos vaxeles que vsan los natvrales para pasar aquel rrio que es grande y caudaloso llegue a el y puse de la otra parte 70 soldados que lleuaba sucediéndome todo bien y sin perdida alguna - y porque la visita me daua cuydado y no hacer falta en ella y por los varios subcesos que en descubrimientos suele hauer me parecio encomendar aquellas gentes a mis capitanes y

despachallos con horden de que viniesen descubriendo a ponerse en cierto paraje frontero deste puerto de la Vanda de los charruas y venirme yo a el y asi dejandoles esta orden trauese otra vez la tierra a la ligera y con solos dos soldados me bolui a santa fe desandando en solo dos dias las 50 leguas que hauia andado en muchos y alli estube solo tres dias en mi casa dando orden a ness.^o y en seis baxe a este puerto –

llegado que di los cargos de quantas a los oficiales rreales y en tanto que los contadores ivan prosiguiendo el ver los mvchos papeles que a hauido que ver y haziendo los cargos de Adiciones que hicieron y los fociziales dando su descargos havi.do tenido auiso que ya estaua la Gente en la Vanda de los charruas en la parte qae les señale me parti con alguna de la de esta ciud.d y llegue a juntarme con la que estaua en la vanda del norte de los charruas –

La noticia que desde rrio nombrado Vruay traxo esta Gente – que vaxo rrio abaxo fue ser el rrio apasible de bvena nauegacion y muy agradable y de buenas tierras y partes para poblacion aunque allaron pocos naturales entiendese que apartados del rrio en otros mas pequeños los ay porque hauia fuegos y humos y la fuerw de los del dho rrio esta de santa fe parra arriua – de alli fui continuando el descrubrimiento de aquella Vanda de los charruas por la costa de este gran rrio de la plata o mar de la parte del norte siguiendo siempre la costa con el cuidado que lleuaba de descubrir puertos de mar para poner espias para que esta ciud.d. pudiese tener por ellos avisos de los corsarios q.e segun se entiende se han de arrimar siempre a aquella Vanda como lo hizieron este año pasado – y por castigar los naturales que alli an cometido tantos omiciios y hecho tan grandes daños que son los que mataron al almirante de la armada que V.mag.d despacho estos as.^o pasados con la armada para el socorro de chile y de la que don alonso de sotomayor traxo a su cargo le mataron mas de otros 20 y de la que traxo Juan ortiz de carate mas de otro 100 y le tuvieron tan perdido que si no fuera socorrido del general Jhoan de garay mi suegro y del cap.n rruui diaz melgarejo pereciera y no pudiera entrar en este gouierno –

La costa es buena y de muchos puertos y de muchos rrios que viene de la tierra firme al mar – o a este rrio grande que no nos dieron poco trauabo en pasarlos ayudados para ello de mil traças y hallando siempre a dos y a quatro leguas vnos de otros hasta llegar a vn rrio y puerto que llaman mon vidio a que quedo por nombre Sta Lucia por hauernos hallado alli aquel dia y hauer cobrado vn español que estaua cautivo entre los naturales – este puerto de Santa Lucia estaua tr. a leguas desta ciudad tiene vn rrio que entra la tierra dentro y junto a la voca del en el mar vna ensenada o baya – y vna ysla pequeña en medio de la entrada ‘que le abriga y asegura de todo Genero de vientos y capaz de tener dentro gran suma de naos qve pveden venir a entrar a el a la vela porque no hay baxios en la entrada y tiene de ondura nuebe bracas todo lo qual pude sondar mui a mi satisfçacion porque alle alli algunas canoas de los naturales de aquella costa – y en suma me parece vno de los mejores pvertos y de mejores calidades que deue de hauer descubierto por que demas de lo dho tiene mucha leña y pueden entrar los nauios mui cerca de tierra y la Velleza de aquel rrio la tierra adentro es grande y capaz de tener muchos pobladores con grande aprovechamiento de labrança y criança por la gran vondad y calidad de la tierra los remas rrios que se pasan hasta llegar a este puerto tambien entrar nauios en vnos de mas porte que en otros y de tal calidad que desde tierra pueden saltar a Vordo de los nauios los que quisieren –y por no hauer dado lugar la aspereza de peñascos que de aquel puerto adelante hauia por la costa – aseguilla fui siguiendo este rrio de Santa Lucia la tierra adentro – el qual halle de tan grandes calidades de buenos asi para tener dentro gran suma de nauios como muchos pobladores que no se puede desear mas y fui siguiendo trescientos yns^o que del español que tenian cautivo tube

noticia hauian salido huyendo por la que hauian tenido de mi yda – y al cauo de seis dias les di alcance y hice el castigo que en otra he rreferido qe. a sido de grande ynportancia por que ay seguridad en aquella costa y acuden de paz los yns^o della a este puerto asi por esto como por que con otros fui hallando hasta aquel rrio de Santa Lucia fui vsando de liueralidad con que vnos han conocido el castigo y otros lo bien que se hizo con ellos. en que se hizo mucho seruicio a dios y a Vra mad.d porque los españoles que dieron en aquella costa se cobraran y los traeran – y bolui por la tierra adentro biendola toda –y aunque de lo dho se dexa entender quan buena es y las calidades della para poblarla ay otras muchas muy particulares como son el ser buenas para lauores que con hauellas muy buenas en esta Gouernacion ningunas a aquellas. por que se da todo con grande abundancia y fertilidad y buena para todo Genero de ganados y de muchos arroyos y quebradas y rriachuelos sercanos vnos de otros y de mvcha leña y madera de gran comodidad para edificios y estancias en que se criaran gran suma de ganados y para hacer molinos que es lo que alli falta y todo con tan gran comodidad que se puede embarcar desde las propias estancias a bordo de los nauios gran suma de corambre y otros frutos de la tierra que se daran en grande abundancia –y siruiendose V.mad.d. de que se pueble esta tierra en pocos as^o vendria a ser muy prospera y de mvcho pruecho por que por la buena comodidad de la tierra y buena y fácil nauegacion de ella a esos Reynos de españa y albrasil se podrian nauegar los frutos della y suma de corambre de que no vendria daño al brasil ni a españa sino mucho prouecho y la rreal corona le tendria, e yria en aumento de mas del gran seruicio que se haria a dios nro. sr. en que los naturales circunvecinos se fuesen atrayendo al conocimiento de ntra. Sta. fe catolica que la tierra adentro ay suma dellos –Y para que de esta poblacion se siguiera otro gran bien y semicio a dios hauian de ser solteros los mas de los que se enuiasen a ella y hombres de castilla que se acomodasen a la labranca y crianca los quales se pudieran casar con las hijas de conquistadores desta prouincia del paraguai. que hay muchas hijas de principales padres que no tienen rremedio a las quales todos les darian suma de ganados que tienen que por estar tan atrasmano metidos en la asumpcion y tan fuera de trato que no son de prouecho y trayéndolos a esta nueua provincia serian de mucho lo qual no seria dificultoso por estar abiertos o a lo menos descubiertos los caminos que yo he hecho y para esto bastaria poca Gente y en breue tiempo se yria ampliando e se podria poblar santa Catalina que es otro famoso puerto de mar que esta en la propia costa no lexos deste que digo donde los naturales tienen gran deseo de ser xpianos y Receuir agua de bautismo nro. señor dios lo ordene como se consiga su santo seruicio y el de V.mag. cuya rreal persona Guarda y prospere en mayores rreinos como los criados y Vassallos de V.mag.d deseamos. de buenos ayres rrio de la plata – 2 de julio 1608 – hernandarias de Saauedra.

Embiesele vna relacion desta carta al nuevo governador, y pidasele que informe sobre lo que dice Hernando Arias. [Rúbrica]

Reginaldo de Lizárraga



Fray Reginaldo de Lizárraga —*ca.* 1540, Medellín, Extremadura (España)-1612, Asunción (Paraguay)— fue un clérigo de la orden de los dominicos. Llegó en el año 1555 a América, a la edad de 15 años, instalándose junto a sus padres en la ciudad de Quito. Desde allí, pasó a Lima en el año 1560, donde tomó el hábito de la Orden de Santo Domingo, convirtiéndose en fraile. En este período cambió su nombre paterno de Baltasar de Ovando por el de Reginaldo de Lizárraga. Como eclesiástico, ocupó numerosos y elevados cargos en la Orden Dominica, por ejemplo, obispo en Chile y Asunción. A mediados de 1608, llegó a Asunción y permaneció allí hasta su muerte, a principios de 1612.

Por su labor religiosa recorrió parte del territorio que perteneció al Virreinato del Perú, creado por Real Cédula en el año 1542 y que abarcó gran parte del territorio de Sudamérica, incluida Panamá. En 1586, la Orden de Santo Domingo llevó a cabo una importante reconfiguración de su estructura administrativa. Así, se creó la provincia Dominica de San Lorenzo Mártir, que comprendía Chile, Argentina y Paraguay. De Lizárraga fue nombrado provincial de la nueva jurisdicción y, como parte de su tarea, fue enviado a visitar los conventos del vasto territorio que incluía pueblos como Buenos Aires, Asunción, Concepción, Coquimbo, Salta, Córdoba y Mendoza, entre otros.

De Lizárraga hizo dos grandes viajes como visitador de la orden, incluido un recorrido desde Lima a Santiago de Chile, entre 1586 y 1591. Un segundo viaje lo hizo en 1602 para ocupar el cargo del obispado de la Imperial en Santiago. En 1608, fue trasladado como obispo a Asunción. Estas recorridas le permitieron recopilar una amplia información que luego volcaría en su obra. Según las propias palabras de De Lizárraga, su obra se apoya en su propia experiencia:

trataré lo que he visto, como hombre que allegué á este Perú más ha de cincuenta años el dia que esto escribo, muchacho de quinze años, con mis padres, que vinieron á Quito, desde donde, aunque en diferentes tiempos y edades, he visto muchas veces lo más y mejor deste Pirú, de alli basta Potosí [...] y desde Potosí al reino de Chile, por tierra [...] atravesando todo el reino de Tucumán, y á Chile me ha mandado la obediencia ir dos veces [...] **no hablaré de oidas, sino muy poco, y entonces diré haberlo oido mas á personas fidedignas; lo demás he visto con mis propios ojos y como dicen, palpado con las manos; por lo cual lo visto es verdad, y lo oído, no menos [énfasis agregado]; [...]** (De Lizárraga, 1916: 42-43)

Su obra principal es la *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile para al Excmo. Sr. Conde de Lemos y Andrada. Presidente del Consejo Real de Indias*, que quedó inédita hasta publicarse en el siglo XX y se cree que es próxima al año 1605. Sin embargo, no era totalmente desconocida por sus contemporáneos. Su existencia es mencionada por el cronista dominicano Juan Meléndez en sus *Tesoros verdaderos de Indias* y otros escritores también dieron noticia de su existencia (Romero, 1908). Rojas (1916) considera que la obra fue formada con notas de diversas épocas de la vida de De Lizárraga, reunidas con la intención de publicarla en España. La *Descripción breve...* cuenta con dos partes o libros, compuestos de breves capítulos. La obra contiene datos y observaciones de gran interés del Reino del Perú durante los primeros años de la organización del Virreinato. Las anotaciones de los libros presentan un carácter geográfico, con descripciones de distintos puntos del Virreinato que visitó, presentando en el caso del segundo libro características más de índole históricas con una narración con características de memorias personales y relatos de viajes. Es en el segundo libro que se reúnen aspectos de la región del Plata, denominado: *De los prelados eclesiásticos del reino del Perú, desde el reverendísimo don Jerónimo de Loaiza, de buena memoria, y de los virreyes que lo han gobernado, y cosas sucedidas desde don Antonio de Mendoza, hasta el conde de Monterrey, y de los gobernadores de Tucumán y Chile*.

La obra fue publicada, con varias sustracciones respecto del original, en 1908, en Lima, en la revista del Instituto Histórico del Perú con el nombre de «Descripción y población de las Indias, con prólogo de Carlos A. Romero». Otras ediciones aparecieron en Madrid (1909) y en Buenos Aires (1916). La edición de 1916 fue publicada como *Descripción colonial* en dos tomos, con prólogo de Ricardo Rojas. Esta edición presenta el texto original de la obra.

A continuación, se reproduce el capítulo LXIX de la obra de Reginaldo de Lizárraga, publicada en la *Descripción colonial. Libro segundo*, de la edición del año 1916, páginas 249-253. Allí se narra uno de los recorridos de De Lizárraga, que se cree ocurrió en 1589. Este fray llegó a la recién refundada Buenos Aires e hizo algunas anotaciones de interés sobre indígenas de la región; refiere en reiteradas oportunidades a los chiriguanas. En este sentido, en el capítulo LXVIII, «Del Reino del Paraguay», señala que «Los indios son todos Chiriguanas, más tratables que los de la provincia de los Charcas: no comen carne humana, pero hablan la misma lengua [cursivas añadidas] [...]» (De Lizárraga, 1916: 247).

También refiere a otros grupos indígenas a los que no denomina, pero por el tipo de descripción y lo próximo a Buenos Aires, es posible que refiera grupos pampas (¿querandíes?). Asimismo, en su relato refiere brevemente a los charrúas, a quienes ubica al norte de Buenos Aires: «La otra parte del río hay una provincia de indios llamados Charrucas» (De Lizárraga, 1916: 250). La información sobre los indígenas «charrucas» la da a través de un joven —de origen portugués, según la edición de 1908, o español, según la edición de 1916— que conoció próximo a Santiago del Estero, en ese entonces capital de Tucumán, y lo acompañó hasta Córdoba. Este individuo, de unos 22 años, de acuerdo al relato, era cautivo desde los 8 años de los indígenas charrúas (De Lizárraga, 1916: 249-253) y «servía á su amo de traerle leña, agua, trabajar en la chacara y en lo que le mandaba» (De Lizárraga, 1916: 251). En el relato refiere a conflictos entre los charrúas y otros indígenas, lo que había motivado a que el joven cautivo fuera enviado con el encargo de trasladarse a Buenos Aires y pedir ayuda frente a este conflicto.

Autor: Reginaldo de Lizárraga

Título: *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile* (1605)

Publicación: *Descripción colonial. Libro segundo.* Biblioteca Argentina, vol. 14. Prólogo de Ricardo Rojas, Librería La Facultad, 1916

Notas: *LIBRO SEGUNDO. De los prelados eclesiásticos del reino del Perú, desde el reverendísimo don Jerónimo de Loaisa, de buena memoria, y de los Virreyes que lo han gobernado, y cosas sucedidas desde don Antonio de Mendoza hasta el Conde de Monterrey, y de los gobernadores de Tucumán y Chile*

Transcripción: pp. 249-253

<https://bit.ly/39jVpGP>

Capítulo LXIX

Del puerto y pueblo de Buenos Aires

El puerto de Buenos Aires, de pocos años a esta parte se ha tornado a poblar, respecto de la contratación que hay del Brasil con el Río de la Plata y Tucumán; dicen distar de la boca del río treinta leguas, o pocas menos. No tiene servicio de indios, que si lo tuviera hubiera crecido mucho, y por esta razón se despobló este pueblo de Buenos Aires lo mismo que la fortaleza llamada de Gaboto. Tiene el río por aquí más de tres leguas de ancho, y la boca más de diez; cuando se despobló no pudieron los españoles traer consigo particularmente los caballos y yeguas sin que dejaran algunos.

Este ganado se ha multiplicado tanto en aquellos llanos que, a los chapetones les parece montañas de árboles, y así cuando caminan y no hay un arbolillo tamaño como el dedo papalino, viendo las manadas dicen: ¿Pues aquella no es montaña? vamos, allá a cortar leña, y son las manadas de los caballos y yeguas. Salen a caza dellos como a venados; están gordos, que al primer apretón quedan estancados; a los que son potros atan, doman y hacen los caballos: he visto en Córdoba muy buenos caballos destos. Pero con ser este paraje a su tiempo muy frío se crían muchas víboras. Los venados en todo el Río de la Plata son muy grandes y no de menores aspás; las pieles curan y hacen dellas [p. 249] cueras que parecen de ante, y algunos por de ante las venden. En el camino de Córdoba á Buenos Aires, y desde Santa Fee por tierra, es necesario ir muy apercebidos de armas y arcabuces, y en las dormidas velarse, porque salen algunas veces indios cazadores de venados, y fácilmente se atreven contra los nuestros; sus armas son arco y flecha, como los Chiriguanas, y demás desto usan de unos cordeles, en el Perú llamados aillos, de tres ramales, en el fin del ramal una bola de piedra horadada por medio, por donde entra el cordel; estas arrojan al caballo que va corriendo, y le atan de pies y manos con la vuelta que dan las bolas, y dan con el caballo y caballero en tierra, sin poderse menear: destos aillos usan para los venados; pónense en paradas, y como va el venado corriendo lo ailla fácilmente.

De la otra parte del río hay una provincia de indios llamados Charrucas, no muy bárbara en algunas cosas; son hombres que guardan palabra y quieren se le guarde. Traen continuamente guerra con otros indios comarcanos Cbiriguanas, aunque no caribes, y la guerra es sobre las comidas. Los Chiriguanas no labran la tierra, sino cuando están maduras las sementeras júntanse en cantidad, y con mujeres y hijos cogen lo que no sembraron. Los Charrucas, de un navío que dio á la costa en la cual habitan, cativaron á dos españoles, uno ya hombre y otro muchacho, que con su padre venía, de edad de ocho años. Los demás todos perecieron en la costa y se perdieron con los demás navíos en que venía por marqués Juan Ortiz de Zárate, de una tierra que prometió descubrir muy poblada

[p. 250] *al rey Felipe Segundo [...] El muchacho arriba dicho, ya hombre de 22 años, poco más, me dijo lo que referiré, al cual hallé quince leguas de Santiago del Estero, cuando yo iba á Córdoba, y le llevé conmigo dándole de comer y caballo hasta aquella cibdad. El pobre muchacho cautivo servia á su amo de traerle leña, agua, trabajar en la chacara y en lo que le mandaba.*

Destá suerte sirvió más de catorce años, ó pocos menos: certifícame que hasta entonces sus amos convidándole con mujeres, y aun con sus hijas, Nuestro Señor le había hecho merced que con infiel no se había ensuciado ni con otra. Este, viendo el daño que los Chiriguanas (nombraba la nación, que no me acuerdo, por eso los nombro Chiriguanas) hacían, un día que todos los más de los Charrucas estaban muy tristes porque los otros indios les habían llevado las comida, dijo que si le daban licencia él vendría á Buenos Aires y pediría [p. 251] favor á los españoles, los cuales lo darían luego, y con ellos se podían vengar y destruir á sus enemigos: sobre esto hubo entre los Charrucas muchos dares y tomares, y los más eran de parecer no le diesen licencia; finalmente se la dieron y él les dio su palabra de volver á su amo pasado el invierno, porque estaba desnudo y había de buscar con qué vestirse. Salió á Buenos Aires; trató con el capitán y cabildo á lo que venia; prometiéronle al tiempo favor, y con esto despachó á dos indios que con él vinieron, tornando á dar su palabra que con los españoles ó sin ellos, teniendo salud, no dejaría de volver. En Buenos Aires no halló cómo vestirse; venía á Santiago del Estero á buscar limosna para su vestido, y encontrándole yo le persuadí se volviese conmigo, pues sabía el camino, que yo le ayudaría de mi pobreza y le liaría la costa; hízolo así, y vino conmigo hasta Córdoba, y es cierto que le persuadía yo, si no había jurado (decía que no) que se quedase por acá, y siempre me dijo no dejaría de volver, ó con los españoles, ó sin ellos, porque entre aquellos indios es gran falta faltar la palabra, y más porque á los de Buenos Aires les convenia tener amistad con los Charrucas, y desde Córdoba en la primera ocasión se volvió; lo que ha subcedido no lo sé. y preguntándole de cosas particulares de aquellos indios, me decía que los viejos de cuando en cuando juntaban los mozos y les avisaban no hiciesen agravio ni mal á nadie, no fuesen holgazanes y viviesen de su trabajo. Es entre estos indios gran maldad el adulterio; empero conciértanse con el marido, y fácilmente da licencia á su mujer que vaya á servir por tantos días al [p. 252] que se la pide; esta es mucha ceguera, y no nos habemos de espantar que hombres sin lumbré de fe no tengan el adulterio, con esta condición, por pecado, ni infamia. [p. 253]

Ruy (Rui) Díaz de Guzmán e Irala



Ruy Díaz de Guzmán —ca. 1558, Asunción (Paraguay)-1629, Asunción (Paraguay)— fue un militar y funcionario colonial, y cronista que elaboró una de las primeras historias de la región del Plata. Nació en la ciudad de Asunción, capital de la gobernación del Paraguay y Río de la Plata, perteneciente al Virreinato del Perú. Fue hijo del capitán Alonso Riquelme, sobrino de Álgar Núñez Cabeza de Vaca y entroncado por parte paterna con la nobleza peninsular. Su madre fue Úrsula de Irala, hija mestiza del gobernador Domingo Martínez de Irala, su abuelo materno¹⁵. En esta condición de criollo, mestizo y nieto de Irala, participó como soldado y explorador de los primeros años de la conquista española. Vivió siempre en América y recorrió, por su labor, diversos puntos de la región del Plata, que incluye lo que es hoy parte de Paraguay y Bolivia, el área de Tucumán, Santa Fe y Buenos Aires. Desempeñó distintos cargos militares y administrativos y participó en la fundación de distintos pueblos de Paraguay (área del Guayrá), como forma de consolidar redes de comerciales y políticas; fue alguacil de Salta y alcalde de Asunción.

Díaz de Guzmán es autor de la obra *Argentina: anales del descubrimiento y conquista del Río de la Plata* (1612), conocida como *La Argentina manuscrita*, para diferenciarla de la obra de Del Barco Centenera (*Argentina y conquista del Río de la Plata*). *La Argentina manuscrita* fue compuesta entre los años 1600 y 1612, pero fue publicada dos siglos después. Narra los hechos desde el descubrimiento por parte de los españoles del Río de la Plata hasta la fundación de la ciudad de Santa Fe, en el año 1573. La obra es considerada, junto a la de Del Barco Centenera, como las primeras crónicas sobre el territorio de la Cuenca del Plata y, en parte, como el inicio de un discurso sobre la conformación inicial

15 Domingo Martínez de Irala fue uno de los hombres más poderosos de la región. Participó en la expedición de Pedro de Mendoza y en la primera fundación de Buenos Aires (1536), cuyo objetivo fue establecer un puerto como nodo de articulación entre la península y la exploración del interior continental. En 1541, muerto Mendoza, Irala quedó al mando. Frente a las penurias alimenticias y enfrentamientos con los indígenas que sufría esta población, ordenó despoblar Buenos Aires y trasladar lo que quedaba de esta hacia Asunción. Asunción había sido levantado como puesto militar en 1537 por Juan de Salazar y Espinoza (integrante de la expedición de Mendoza), como apoyo para el camino de acceso a Perú.

de esta entidad geográfica (Tieffemberg, 2012) y en el uso del topónimo «Argentina» para la región sur del Plata.

La historia que presenta Díaz de Guzmán es una concepción de la historia entendida como memoria de hechos notables y discurso biográfico. Presenta la historia estructurada en una narración cronológica y temática, apoyada en memorias personales, relatos familiares y de allegados. En buena parte, es una reconstrucción a partir de la tradición oral. Este es un rasgo distintivo de la obra, la lejanía absoluta del autor con respecto a los hechos que narra, de los cuales no fue testigo en muchos casos. Como tal, presenta fuertes sesgos políticos vinculados a los sucesos ocurridos en la tensionada sociedad colonial y sus disputas de poder, en las que participó su abuelo y él mismo. Dividió la historia del Río de la Plata en tres grandes períodos: uno que va del descubrimiento de América y del Río de la Plata (que el autor fecha por error en 1512) hasta la gobernación del capitán Domingo Martínez de Irala; el segundo ocupa el adelantazgo de Álvar Núñez Cabeza de Vaca hasta la llegada del obispo Pedro de la Torre, en 1556. Finalmente, el tercero concluye con la llegada de Ortiz de Zárate y la fundación de Santa Fe, en el año 1573. Ninguna de las copias conservadas presenta la cuarta parte, que el propio Díaz de Guzmán afirmó como redactada. El manuscrito original se ha extraviado, por lo que la obra ha sido difundida por diversas copias realizadas en el siglo XVIII (De Granada, 1979).

La veracidad histórica de *La Argentina manuscrita* gozó de gran crédito como la más fidedigna historia del Río de la Plata en el siglo XVI, hasta que la crítica del siglo XIX puso de manifiesto sus defectos. Fueron puestos en duda algunos acontecimientos y, de hecho, se han comprobado errores a lo largo de la cronología de los sucesos (Aliverti, 1999; Tieffemberg, 2012). El propio De Azara (1847: 9) señaló sobre esta obra que «en vez de verdades cuenta novelas», refiriéndose a exageraciones, omisiones, errores de fechas y alteraciones de lo sucedido por intereses personales y familiares. Más allá de estos aspectos, la obra trata aspectos importantes de la geografía de la región y describe a las «muchas naciones y pueblos de diferentes costumbres y lenguajes» que la ocupaban, la mayor parte de las veces desde su propia vivencia.

Respecto de los códigos, existen distintos manuscritos, al parecer 17, y corresponden todos a copias hechas en el siglo XVIII (De Granada, 1979: 146-147). La obra fue publicada por entregas entre 1835 y 1839, por Pedro de Angelis, con el título de *Historia argentina. El descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata*. Se conocen varias ediciones, que parten de tres códigos (código Río de Janeiro, código Asunción y código Segurola, Buenos Aires). En la primera edición, De Angelis publica dos versiones de la obra, con variantes significativas. Al respecto, De Angelis señaló, al publicar su trabajo, que obraban en su poder tres copias, sin indicar cuál usó para la transcripción. Hay varias reediciones posteriores de esta obra publicada por De Angelis. En 1845 se publicó en Paraguay por primera vez el código Asunción y la obra fue denominada *Argentina*, como lo había hecho Lozano en 1745 (Guérin, 1974).

El código de Asunción, por su parte, muestra dos manos: la segunda corrige mediante tachaduras e interlineados a la primera. La edición de 1845, sigue la segunda mano e introduce variantes de consideración (reubica párrafos, omite vocablos y agrega pasajes explicativos). Sobre esta edición se han efectuado ocho ediciones más (en Montevideo y varias en Buenos Aires), que se reproducen unas a otras y acumulan errores, alejándose del texto original.

Respecto al código Seguro, la única versión publicada es la de Paul Groussac (1914). Desde fines del siglo XIX y mediados del XX, se han producido varias publicaciones y reediciones de estos distintos códigos, que se reproducen unas a otras, acumulan errores y se alejan cada vez más del texto original. En algunos casos, presentan agregados, reposición de acentos, actualización de mayúsculas y alteraciones en los nombres propios. Actualmente, se encuentran en línea cuatro versiones completas de la obra de distintas ediciones (ver: Tieffemberg, 2012).

A continuación, se reproducen los capítulos II y III de la obra de Ruy Díaz de Guzmán publicada por Tieffemberg (2012), que describen aspectos del Río de la Plata y sus poblaciones indígenas. La transcripción corresponde al código que se conserva en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro bajo la signatura 15-2-20; código I. Río de Janeiro, según la denominación de Paul Groussac en los Anales de la Biblioteca, IX, 1914: XXXIX. El manuscrito fue cotejado con el código conservado también en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro bajo la signatura 15-3-15, que forma parte de la Colección De Angelis; denominado por Groussac código II. Río de Janeiro (IX, 1914: XLII). La transcripción se adaptó modernizando las grafías (ver criterios en Tieffemberg, 2012: 18-19).

Autor: Ruy Díaz de Guzmán

Título: *Argentina: anales del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, 1612*

Publicación: Tieffemberg, S. (2012). *Argentina: historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata de Ruy Díaz de Guzmán*. [Incluye la transcripción de uno de los códigos y otras notas]. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Transcripción: pp. 67-78

Capítulo Segundo

De la descripción del Río de la Plata, comenzando de la costa del mar

Habiendo de tratar las cosas susodichas en este libro en el descubrimiento y población de las provincias del Río de la Plata, no es fuera de propósito describir las con sus partes y calidades, y lo que contienen en latitud y longitud con los caudalosos ríos que se reducen en el principal, y la multitud de indios naturales de diversas naciones, costumbres y lenguajes, que en sus términos incluyen. Para lo cual es de saber que esta gobernación es una de las mayores que Su Majestad tiene y posee en las Indias. Porque, demás de habérsele dado de costa al mar Océano 400 leguas de latitud, corre de largo más de 800 hasta los confines de la gobernación de Serpa y Silva, por medio de la cual corre este río por el mar Océano, donde sale con tan grande anchura, que tiene más de 85 leguas de boca, haciendo un cabo de cada parte. El que está a la del sur, mano izquierda, como por él entramos, se llama cabo Blanco, y el otro que es a la del norte, a mano derecha, se dice de Santa María, junto a las islas de los Castillos, que son unos médanos de arena, que de muchas leguas parecen del mar. [p. 67]

Está este cabo en 35 grados poco más y el otro en 37 y, del cual para el estrecho de Magallanes, hay 18 grados. Corre esta gobernación a esta parte, según Su Majestad le concede, 200 leguas. Es toda aquella costa muy rasa y falta de leña, de pocos puertos y ríos, salvo uno que llaman del Inglés, a la primera vuelta del cabo, y otro muy adelante, que llaman la Bahía sin Fondo, que está de esta otra parte de un gran río, que los de Buenos Aires descubrieron por tierra el año de 605 saliendo en busca de la noticia que se

dice de los Césares, sin que por aquella parte descubriesen cosa de consideración, aunque se ha entendido haberla más arrimada a la cordillera que va de Chile para el estrecho y no a la costa del mar por donde fueron descubriendo, y más adelante el de los Gigantes hasta el de Santa Ursula, que está en 53 grados hasta el estrecho. Y vuelto a este otro cabo para el Brasil, hay otras 200 leguas poco menos a la cuenta hasta la Cananea, de donde el adelantado Alvaro Núñez Cabeza de Vaca puso sus armas por límite y término de su gobierno. La primera parte de esta costa, que contiene con el Río de la Plata, es llana y desabrigada hasta la isla de Santa Catalina, con dos o tres puertos para navíos pequeños. El primero es junto a Los Castillos, el segundo es el río Grande que dista 60 leguas del de la Plata. Este tiene dificultad en la entrada por la gran corriente con que sale al mar, frontero de una isla pequeña que le encubre la boca y, entrada dentro, es seguro y anchuroso, y se extiende como lago a cuyas riberas de una y otra parte están poblados más de 20 mil indios guaraníes, que los de aquella tierra llaman arachanes, no porque en las costumbres y lenguajes se diferencien de los demás de esta nación, sino porque traen el cabello revuelto y encrespado para arriba. Es gente muy dispuesta y corpulenta, y tienen [p. 68] guerra ordinaria con los indios charrúas del Río de la Plata y con otros de tierra adentro, que llaman guayanas, aunque este nombre dan a todos los que no son guaraníes, puesto que tengan otros propios.

Está este puerto y río en 32 grados y, corriendo la costa arriba, hay algunos pueblos de indios de esta misma nación. Es toda ella de muchos pastos para ganados mayores y menores, por la falda de una cordillera y no muy distante de la costa que viene del Brasil se dan cañas de azúcar y algodones, de que se visten y aprovechan. Es cosa cierta haber en aquella tierra oro y plata, por lo que han visto algunos portugueses que han estado entre estos indios y por lo que se ha descubierto de minerales en aquel mismo tiempo a la parte de San Vicente, donde don Francisco de Sosa está poblado.

Y de este río 40 leguas más adelante está otro puerto que llaman La Laguna de los Patos, que tiene a la entrada una barra dificultosa, es de buen cielo y temple, muy fértil de mantenimientos y muy cómoda para hacer ingenios de azúcar. Dista de la equinocial 28 ½ grados: hay en este asiento y comarca más de diez mil indios guaraníes, tratables y amigos de españoles.

De aquí al puerto de Don Rodrigo habrá cuatro leguas, que es acomodado para el comercio de esta gente, y seis leguas más adelante está la isla de Santa Catalina, uno de los mejores puertos de aquella costa, porque entre la isla y tierra firme hace algunos senos y bahías muy grandes, capaces de tener seguros muchos navíos muy gruesos: hace dos bocas, una [p. 69] al sud oeste, y otra al nordeste. Fue esta isla muy poblada de indios guaraníes, y en este tiempo está desierta porque se han ido los naturales de tierra firme y, dejando las costas, se han metido dentro en los campos y peñales de aquella tierra. Tiene la isla más de siete leguas de largo y más de cuatro de ancho, toda ella de grandes bosques y montañas, de muchas y muy buenas aguas y muy caudalosas para ingenios de azúcar.

Desde allí adelante está toda la costa áspera y montuosa de grandes árboles y muchas frutas de la tierra, y a cada cuatro o cinco leguas un río y puerto acomodado para navíos, en especial el de San Francisco, que es tan fondable, que pueden surgir en él con gran seguro muy gruesos navíos y tocar con los espolones en tierra.

De allí a la Cananea hay 32 leguas, adonde caen las barras del Paraguay y la de Arapia, con otros puertos y ríos. El de la Cananea está poblado de indios caribes del Brasil, tiene un río caudaloso que sale al mar con un puerto razonable en la boca, con tres islas

pequeñas de frente, de donde hay 30 leguas a San Vicente. Está toda esta costa llena de mucha pesquería y caza, así de jabalíes, puercos monteses, antas, venados y otros diversos animales, muchos monos, papagayos, aves de tierra y agua. [p. 70]

Hállanse en muchas partes de esta costa perlas gruesas y menudas en conchas, y ostiones en cantidad, y mucho ámbar que la mar echa en la costa, el cual comen las aves y animales. Fue antiguamente muy poblada de naturales, los cuales, con las guerras que unos con otros tenían, se destruyeron, y otros, dejando sus tierras, se fueron a meter por aquellos ríos, hasta salir a lo alto, donde el día de hoy están poblados en aquellos campos que corren y confinan con el Río de la Plata, que llaman Guayrá. [p. 71]

Capítulo Tercero

Descripción de lo que contiene dentro de sí este territorio

En este capítulo pasado comencé a describir lo que en el término y costa de aquella gobernación se contiene, en éste lo habré de hacer lo más breve que me sea posible de lo que hay a una y otra parte del Río de la Plata hasta el Mediterráneo. Para lo cual es de suponer que en este territorio hay muchas provincias y poblaciones de indios de diversas naciones, por medio de las cuales corren muy caudalosos ríos, que todos vienen a parar como en madre principal a éste de la Plata, que por ser tan grande le llaman los naturales guaraníes, Paraná Guazú, como tengo dicho. Y así tomaré por margen de esta descripción del mismo río de la Plata, comenzando primero de la mar, de la mano derecha, como por él entramos, que es el cabo de Santa María, de la cual a una isla y puerto que llaman de Maldonado hay diez leguas, todo raso, dejando a vista dentro del mar la de los Lobos.

Este de Maldonado es buen puerto y tiene en tierra firme una laguna de mucha pesquería. Corren toda esta isla los [p. 73] indios charrúas de aquella costa, que es gente muy dispuesta y crecida, la cual no se sustenta de otra cosa que de caza y pescado. Son muy osados en el acometer y crueles en el pelear, y después muy humanos y piadosos con los cautivos. Tiene fácil entrada, por cuya causa no tendría seguridad, siendo acometida por mar.

Más adelante está el Montevideo, llamado así de los portugueses, donde hay un puerto muy acomodado para una población por tener extremada tierra de pan y pasto para ganados, de mucha caza de gamos, perdices y avestruces. Lleva no muy distante de la costa una cordillera que viene bojeando del Brasil y, apartándose de ella, se mete la tierra adentro, cortando la mayor parte de esta gobernación y extendiéndose hacia el norte, se entiende que vuelve a cerrar a la misma costa abajo de la bahía.

De aquí a la isla de San Gabriel hay 20 leguas, dejando en medio el puerto de Santa Lucía. Esta isla es muy pequeña, de mucha arboleda y está de tierra firme poco más de dos leguas, donde hay un puerto razonable, pero no tiene el abrigo necesario para los navíos que allí aportan. En este paraje desemboca el río muy caudaloso del Uruguay, de que tengo hecho mención, el cual tiene allí de boca cerca de tres leguas y dentro de él un pequeño río que llaman de San Juan, junto a otro de San Salvador, puerto muy acomodado, y diez leguas por él adelante uno que llaman río Negro, del cual arriba a una y otra mano entran infinitos, en especial uno caudaloso que tiene por nombre Pepirí¹⁶, donde es fama muy notoria [p. 74] haber mucha gente que posee oro en cantidad que trae este río entre sus menudas arenas.

16 No es oro sino otro metal inferior, me dijo [ilegible] Santo Tomé, otro me dijo que era con que le dan sombra a las imágenes en el Perú, [ilegible] es oro español, fue a quien había corrido al Perú, son piezas que he visto que se [ilegible] en las cabezadas del río cogen [ilegible], pero que están las piedras al parecer cuajadas de oro. En el río Negro dicen que hay oro pero no lo he topado, y en las cabezadas que llaman de Taquarí hay acero como el de Vizcaya.

Este río del Uruguay tiene su nacimiento en las espaldas de la isla de Santa Catalina y, corriendo hacia el mediodía, se aparta de la Laguna de los Patos para el occidente por muchas naciones y tierras pobladas que llaman guayanas, pates, chovas, chovazas, que son cuasi todas de una lengua aunque hasta ahora no han visto españoles, ni entrado en sus tierras, más de las relaciones que de los guaraníes se han tomado. Y corriendo muchas leguas, viene este río a pasar por una población muy grande de indios guaraníes, que llaman tapes, que quiere decir ciudad. Esta es una provincia de las mejores y más pobladas de este gobierno, la cual dejando aparte, iré por el de la Plata arriba, 150 leguas a la misma mano, por muchas naciones y pueblos de diferentes costumbres y lenguajes, que la mayor parte no son labradores, hasta las Siete Corrientes, donde se juntan dos ríos caudalosos, el uno llamado Paraguay, que viene de la siniestra, el otro Paraná, que sale de la derecha. Este es el principal que bebe todos los ríos que salen de la parte del Brasil, tiene de ancho por todo lo más de su navegación una legua, en partes, dos. Baja al pie de 300 leguas hasta juntarse con el del Paraguay, en cuya boca está fundada una ciudad que llaman de San Juan de Vera, que está en altura de 28 grados, de la cual, y su fundación y conquista en su lugar haremos mención.

Luego como por este río se entra, es apacible para navegar y antes de 40 leguas descubre muchos bajíos y arrecifes, [p. 75] donde hay una laguna a mano izquierda del río que llaman de Santa Ana, muy poblado, hasta donde entra otro muy caudaloso a la misma mano, que llaman Iguazú, que se entiende río grande, viene de las espaldas de la Cananea y corre 200 leguas por gran suma de naciones de indios. Los primeros y más altos son todos guaraníes, y bojeando para el sur, entra por los pueblos de los que llaman chobas, muños y chiquis, tierra fría y de grandes pinales hasta en éste del Paraná, por el cual subiendo 30 leguas, está aquel extraño salto, que entiendo ser la más maravillosa obra de naturaleza que hay: porque la furia y velocidad con que cae todo el cuerpo de agua de este río, son más de 200 estados por once canales, haciendo todas ellas un humo espesísimo en la región del aire, de los vapores que causan (1). De aquí abajo es imposible poderse navegar con tantas vertientes y rebatientes que hace con grandes remolinos y borbollones, que se levantan como nevados cerros.

Cae toda el agua de este salto en una peña como laja guarnecida de duras rocas y peñas en que se estrecha todo el río en un tiro de flecha, teniendo por lo alto del salto más de dos leguas de ancho, de donde se reparte en estas canales que no hay ojos ni cabeza humana que le pueda mirar sin desvanecerse y perder la vista de los ojos. Oyese [p. 76] el ruido de este salto ocho leguas y se ve el humo y vapor de estas caídas más de seis, como una nube blancuzca. Tres leguas arriba está fundada una ciudad, que llaman Puerto Real (2), en la boca de un río que se dice Piquirí; está en el mismo trópico de Capricornio, por cuya causa es lugar enfermísimo, y lo es todo lo más del río y provincia que comúnmente se llama de Guairá, tomando del nombre de un cacique de aquella tierra. Doce leguas adelante entran dos ríos, el uno a mano derecha, que se dice Ubay, y el otro a la izquierda, llamado Muñey, que baja de la provincia de Jerez, de la cual y su población a su tiempo se hará mención. El otro viene de hacia el leste, donde está fundada 50 leguas por él adentro la villa del Espíritu Santo, en cuya jurisdicción y comarca hay más de 200 mil indios guaraníes poblados, así por ríos y montañas, como en los campos y pinales que corren hasta San Pablo, población del Brasil. Y corriendo el río arriba del Paraná hay otro muy caudaloso que viene de hacia el Brasil, llamado Paraná Pané, en el cual entran otros muchos, que todos ellos son muy poblados, en especial el que dicen Fibajuia, que contiene más de 100 mil indios poblados

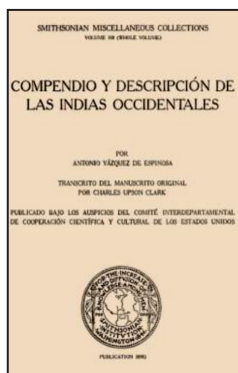
de esta nación. Nace de una cordillera que llaman Sobaze, que dista poco de San Pablo, juntándose con otros se hace caudaloso y cerca el cerro de Nuestra Señora de Monserrate, que tiene de circuito cinco leguas, por cuya faldita sacan los portugueses de aquella costa mucho oro rico de 23 quilates y en lo alto de él se hallan muchas vetas de plata. Cerca del cual don Francisco de Sosa, caballero de esta nación, fundó un pueblo que todavía permanece y se va continuando su efecto y beneficio de las minas de oro y plata. [p. 77]

Y volviendo a lo principal de este río, entra otro en él muy grande aunque de muchos arrecifes y saltos, que los naturales llaman Ayembí. Este nace de las espaldas de cabo Frío y pasa por la villa de San Pablo, en cuya ribera está poblada, no tiene indios ningunos, porque los que había fueron echados y destruidos de los portugueses por una rebelión y alzamiento que contra ellos intentaron, poniendo cerco a esta villa para la asolar y destruir, con que no salieron con su intento. El día de hoy se comunican por este río los portugueses de la costa con los castellanos de esta provincia de Guairá. Más adelante por el Paraná entran otros muchos a una y otra mano, en especial el Paraná Ibabuiyi, y otro, que dicen que sale de la laguna del Dorado, que viene de la parte del norte, de donde han entendido algunos portugueses que cae aquella laguna tan mentada que los moradores de ella poseen mucha riqueza. Del cual adelante viene este poderoso río por grandes poblaciones de naturales hasta donde se desminuye en muchos brazos y fuentes, de que viene a tomar todo su caudal, según hasta donde le tengo navegado, el cual, dicen los portugueses, tiene su nacimiento en el paraje y altura de la Bahía, cabeza de las ciudades del Brasil. [p. 78]

Notas del editor

1. Velo más ponderado en la Argentina citada, canto 2º, folio 7.
2. La fundó Ruy Díaz Melgarejo.

Antonio Vázquez de Espinosa



Vázquez de Espinosa —s/d, Castilleja de la Cuesta, Sevilla (España)-1630, Sevilla (España)— fue clérigo de la Orden de los Carmelitas Descalzos. Se conoce muy poco sobre su vida previo a su ingreso a la orden. Fue misionero en las Indias y por sus escritos se sabe que permaneció 14 años en América, por lo cual se puede afirmar que habría llegado en 1608. Recorrió regiones de los actuales México, Guatemala, Ecuador, Chile y Perú. Entre 1617 y 1619, se lo ubica establecido como misionero en Perú y Chile. Retornó a la península en 1622, y a su regreso a España presentó a la corte de Felipe IV distintos memoriales sobre cuestiones relacionadas con América.

Previo a su fallecimiento, Vázquez de Espinosa se hallaba compilando el enciclopédico *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, que redactó en 1628 y fue corregido por él mismo un año más tarde. La obra nunca se publicó y permaneció inédita casi 300 años, si bien su existencia fue referida por Antonio de León Pinelo¹⁷, contemporáneo de Vázquez de Espinosa. En 1929, fue descubierta por el filólogo norteamericano Charles Upson Clark (Universidad de Yale) en la Biblioteca Vaticana, pero no fue publicada por primera vez hasta 1942 por la Smithsonian Institution Washington, traducida del español (idioma original en que estaba escrita) al inglés. En 1948, se transcribió la publicación original en inglés realizada por Charles Upson Clark y se publicó en español.

No existen referencias de las motivaciones del autor para elaborar esta obra, la cual evidencia las estrechas relaciones de Vázquez de Espinosa con el gobierno español y la Iglesia. En ella presenta un cuadro de la administración de la colonia española y sus mecanismos de gobierno y faltas administrativas. Da, en forma reiterada, recomendaciones para mejorar la administración de las Indias, instrucciones para mejorar las defensas de algunas ciudades, información sobre la economía de las provincias y, vinculado a lo eclesiástico, inspecciona el trabajo de los sacerdotes y da cuenta del estado de la evangelización de la población indígena. La obra incluye numerosos datos geográficos muy precisos, por lo que se considera que logró acceder a documentos oficiales que ayudaron a precisar sus datos. Complementan la obra abundantes descripciones de plantas y animales, con numerosos sinónimos en diferentes lenguas americanas.

17 Charles Upson Clark menciona en el prólogo de la obra que De León Pinelo refiere a este manuscrito en dos ocasiones: en su «Epitome de la Bibliotheca & c.» (1629: 186) y «Question moral si el chocolate quebranta al ayuno eclesiastico» (1636: fol. 9iv) (ver: «Prólogo» en *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, 1948: III).

Vázquez de Espinosa recurrió a autores como Francisco López de Gómara y José de Acosta, no obstante, afirma que su *Compendio y descripción...* es producto de

auer andado, visto y considerado, no solo lo mas de aquel nuevo Orbe de Nueva-Espana, Honduras y Nicaragua y todo el Reino del Piru, sino los naturales de los Indios en general y particular, sus lenguages, condiciones, tratos, ceremonias, ritos, supersticiones y idolatrias, sobre que tengo hechas algunas conjeturas, y discursos, dirè lo mejor que alcançare [...] (Vázquez de Espinosa, 1948: 17)

No es claro que Vázquez de Espinosa haya recorrido la región del Plata; sus referencias sobre aspectos del territorio parecen proceder más de datos recogidos de otros individuos que de su propia experiencia en el terreno. A este respecto, la obra alude a aspectos generales de la geografía de la región, sus pueblos, iglesias y reducciones, y la abundancia de ganado. También menciona a los distintos grupos étnicos que ocupaban el área del Chaco y sobre las riberas del río Uruguay, Paraná y Río de la Plata. Las referencias suelen ser muy globales, y se destaca la mirada personal del eclesiástico sobre prácticas de desnudez, crueldad y salvajismo en las que entiende viven los indígenas.

Respecto a los charrúas, señala aspectos generales conocidos (práctica de flagelación dactilar, vestimenta) y refiere a la práctica de «rescate» con guaraníes, de naufragos que capturaban en las costas. Como aspecto sugestivo, nunca referido por nadie —lo que le otorga muy poca veracidad al pasaje—, afirma en el caso de los charrúas el derecho de pernada (*ius primae noctis*) del cacique y vasallos ante la novia previo al casamiento. Asimismo, en el caso de los indígenas pampas, señala prácticas de necrofagia de parientes en el caso de «padre, o la madre, o el hijo» (Vázquez de Espinosa, 1948: 643).

Autor: Antonio Vázquez de Espinosa

Título: *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, 1629

Publicación: Compendio y descripción de las Indias Occidentales, por Antonio Vázquez Espinosa (transcrito del manuscrito original por Charles Upson Clark). *Smithsonian Miscellaneous Collections*, 108(1), 1-801, 1948

Transcripción: pp. 640-643

Capítulo 45

En que se prosigue el distrito del Obispado y Gouernacion hasta Santa Fe.

1820. *Del Rio Vermejo se buelue a los Siete Corrientes, de donde se caminan 120 leguas por despoblado aunque ay algunas reducciones, las quales no siruen, y por esta Causa por estar los mas de los indios alsados, y de guerra de ordinario se va a Santa Fe por el Rio auajo de la plata, el qual tiene de ancho por las Siete Corrientes de dos a tres leguas y lo mismo por las barrancas, y por los pantanos, y anegadisos a quinze, a veinte, y a treinta leguas de ancho, ay por las riberas de este poderoso Rio grandes frescuras, y arboledas muy deleytosas, y alegres a la vista.*

1821. *Por las riberas ay poblaciones de Guaranies de Guerra que las habitan, y algunos de paz, por la parte del Tucuman nauegando a buenos ayres ay grandes llanadas que llaman pampas en las quales ay en partes algunas arboledas aunque pocas, y estan pobladas de indios Baguales, gente desnuda, porque todo lo sufre la tierra, y quando mucho traen vn pellejo de venado, Estos andan de Guerra, y otras veces de paz como mejor les esta, son encomendados en buenos ayres, aunque no son de prouecho.*

1822. por estas pampas ay infinidad de ganado mayor, yeguas, caualllos todo lo mas simarron, y siluestre, abestruzes, que cubren la tierra, que si dieran en la grangeria de los plumages en ella, y trataran de esta Grangeria podrian embiar gran Cantidad a España, por auerlos muy buenos, y de muchas colores, y medraran muchos con [p. 640] ello, ay manadas de venados que cubren la tierra y todo Genero de caga por espacio de setenta leguas desde las Corrientes hazia Santa fẽ Por la ribera del Rio ay otras muchas naciones que la habitan como son Carcarañas, Quirondas, Camís, Quivalzas, Calchines, Mecoretas, Mepenes, Canãs, y otras naciones, todas desnudas y saluaginas en las costumbres, y razon, andan en cueros, y se sustentan de la caça y pesca.

Capitulo 46

De la ciudad de Santa Fe, y su distrito.

1823. La ciudad de Santa Fe esta fundada en vna alta barranca, a la ribera del Rio de la plata a la parte del Tucuman, el citio de la ciudad es marauilloso, tendra 150 vezinos Españoles, donde pone el Gouernador de buenos ayres vn teniente, tiene Iglesia parroquial, Gonuentos de Santo Domingo, y San francisco Cogese en su distrito abundancia de trigo, mais, y otras semillas con todas las frutas de españa, y algunas de la tierra, ay muchas vinas, de que se haze Cantidad de vinos de los mejores de aquella tierra. La qual es muy regalada abastesida, y varata.

1824. En frente de la ciudad ay en el Rio vna isla de tres leguas, donde los vezinos tienen las mulas, y Caualllos de su seruicio con otras cosas de importancia. tiene en el distrito mucho ganado vacuno de que hazen los vezinos Gantidad de corambre, que embian a españa, y mucho que se lleva a la ciudad de Cordoua del Tucuman, que esta a 60 leguas, y a Potosi; vale de ordinario vna vaca en esta tierra dos Reales, y comprando Cantidad vale a menos, ay grandes crias de mulas.

1825. Cerca de la ciudad ay algunas reducciones de indios para el seruicio de ella, y la Nacion de los Calchaquies gente de guerra, y desnuda, que tienen llenas aquellas llanadas, y riberas del Rio de la plata de habitaciones, que todo lo hinchén, y andan, Confinan con ellos la nacion de los Baguales, y otras.

1826. toda aquella tierra esta cubierta de ganados siluestres, abestruzes, Capibaras, que son como puercos de agua, que solo los ay en aquellas partes de las indias, siempre andan en el agua, y salen también a comer a tierra, y a dormir. Las hembras tienen su costumbre: ay lobos marinos en gran cantidad, todo lo mas es pampa raza, aunque ay montana a pedasos, cerca de Santa fẽ están las prouincias del Vrugway, Tape; y Viaça de gente vestida, todos son labradores y buena gente trato de conquistarlos don francisco de Cespedes Gouernador de buenos ayres.

1827. De Santa fẽ se van a buenos ayres 85. leguas, nauegasse por el Rio; el qual esta poblado por la otra vanda de indios Guaranies, con [p. 641] algunas reducciones de paz, tambien se va por tierra en carros, o carretas de buyes, por aquellas llanadas, y a treinta leguas de Santa fẽ en el camino ay vna reducion que se dice los Chanãs, que están de paz, y siruen. toda esta tierra está cubierta de ganado.

Capitulo 47

De la ciudad de la Trinidad, y puerto de buenos ayres.

1828. La ciudad de la Trinidad, y puerto de buenos ayres, esta de la mar 60 leguas, el Rio arriba, y otras tantas tiene de ancho, por aquel parage, tiene la ciudad mas de 200

vezinos Españoles, esta fundada en vn llano alto sobre vna varranca del mismo Rio de la plata, esta en esta ciudad la Iglesia Cathedral con Obispo, y preuendados que la asisten, y siruen, ay en ella Gouernador prouenido por su Magestad por consulta del Real consejo de indias, ay conuentos de Santo Domingo, San francisco nuestra Señora de la Merced, y la Compañía de Jesus vn hospital y otras hermitas—Ay officiales de la Real hazienda A esta ciudad, y puerto suelen llegar nauios de Angola con negros, del brasil, y de otras partes, los quales de ordinario van de arribada, por que por aquella parte, y parage no ay otro parage donde se puedan Guarecer, y parar, y assi para el remedio, y buen Gouierno de todas aquellas tan dilatadas prouincias, y de aquel puerto importara mucho se pusiera vna audiencia, o sacando de cada audiencia vn oidor, o mudando alii, o a la ciudad de Cordoua La de Santiago de Chile, pues en aquel Reyno no es tan necessaria, y estar tan distante la de los Charcas, con que se remediarian muchos males, y sessarian grandes agrauios que se hazen a los pobres, por no poder acudir tan lejos a pedir justicia, y con el amparo del audiencia se poblaria mas aquella tierra con que se reducirian tantas naciones como ay por sujetar, y seria aquella tierra muy rica, y descansada.

Cogese en el distrito mucho trigo, mais, todas las frutas de españa, ay uinas de que se haze algun vino, aunque tambien se trae de la prouincia de Cuio. La tierra es de mucha caga de perdises, conejos, codornises, faysanes, pabos, Gallinas de Guinea, venados, abestruzes, y otros muchos animales, y aues.

1829. Por la otra vanda del Rio de la plata, el qual se llama en lengua de indio el gran Parana, y los indios Paranas, confinan con la nación de los Charruas La qual es grandissima, y estendida, andan desnudos algunos cubiertos con vn pellejo de venado, vnas veces estan de paz, y otras de Guerra como mejor les esta: estos quando da vn nauio a la costa, y se pierde, Captiuan la gente y la venden con gran recato y Cautela (por que no sepan los Espanoles que ellos los captiuan) a los indios Guaranies, por vn perro, o cuchillo, o chaquiras, o hachas.

[p. 642]

Estos quando se an de casar hazen llamamiento, y junta en vna parte señalada y alii donde an de casar la nouia manda el casique, que cada vno vaya con su flecha, y arco, y lleue algun pellejo, v otra cosa por offerta conforme cada vno tiene, y estando juntos entra el Casique con la nobia a gozarla y luego los demas por su orden, offreciendo lo que cada vno a lleuado, por dote, y el ultimo es el marido, y con este barbarismo, y modo vestial quedan casados. tienen otra Costumbre barbara, quando se les muere padre o madre, o algun pariente en serial de tristeza, y luto se corta vna coyuntura de vn dedo, y quantos se le mueren tantos se cortan, hasta venir a quedar mochos en manos, y pies, y los que mas dedos tienen cortados son tenidos, y respetados por mas honrrados.

1830. Obra de 16. leguas de la ciudad ay otra nacion de indios barbarissimos llamados los pampas, Los quales nunca an estado de paz, ni se pueden reducir a razon, andan desnudos, La tierra es liana, ellos son grandes tiradores de volas con cordeles, dardos, y flechas; tienen por costumbre, quando se an de casar, lleuar vn haz de lena a casa del suegro, y ponello a la puerta, y se retira luego a esconder, donde no le vean, y vea el meter la lena, y si la meten dentro esta hecho el casamiento, y matrimonio, y luego se va a casa del suegro sin mas negocio y coge la nouia por suia, y si no meten la lena se va, porque no le quieren tienen de Costumbre estos barbaros saluages quando se muere el padre, o la madre, o el hijo, lo desuellan, y se lo comen, y el pellejo lo hinchán de paja, y lo guardan

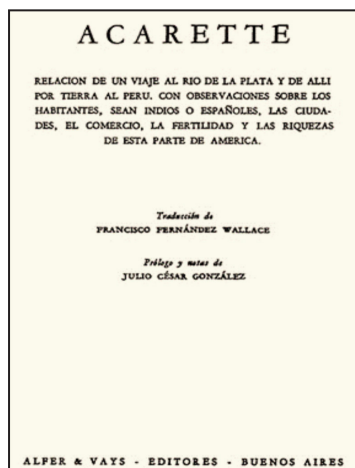
para memoria, diciendo que no lo pueden guardar mejor que en si mismos, ni le pueden dar mejor lugar.

Estos no siembran, ni tienen ninguna grangeria, son inexpunables por ser la tierra anegadisa, y en llouiendo esta toda hecha vna mar, y assi aunque estan tan cerca de la ciudad por esta causa, y ser tan vestiales, nunca los an conquistado Si cogen algun Español por su desdicha lo meten en vn corral, o xaula como a lechon para engordarlo, y comerselo otras muchas naciones ay por aquellas regiones barbarissimas que es imposible referirlas.

1831. *De esta ciudad a la de Cordoua por donde confina con el obispado y Gouierno del Tucuman ay 120 leguas de camino llano A las seis leguas ay vn Rio llamado de Lujan, y tres adelante el de los arrasifes, y en todas las 120 leguas no ay otro Rio ni fuente, beben los Caminantes de pozos hechos a mano de Jornada a Jornada, y algunas lagunas para el Ganado, ay algunas estancias, y reducciones cerca de las ciudades, y todo lo demas del Camino es despoblado, aunque todas aquellas llanadas estan cubiertas de yeguas, y Cauillos simarrones en tanta Cantidad, que quando pasan a alguna parte paresen de lejos montes, y lo mismo es en partes las vacas, ay innumerables venados,- [p. 643]*

Guanacos, perdises codornises abestruzes, por que como todas aquellas llanadas son de tan grandes pastos, y buen temple se criian todos, y aumentan mucho, y vaste lo referido del distrito de buenos ayres por tratar de Chile.

Acarete du Biscay (Acarette du Biscay)



Acarete du Biscay (s/d) fue un francés, posiblemente de origen vasco (por su atribución de origen a Vizcaya), del cual se conoce muy poco. Sí se sabe que efectuó dos viajes al Río de la Plata. El primero, se inició a fines de diciembre de 1657; se embarcó en Cádiz haciéndose pasar por el sobrino de un caballero español para eludir la prohibición española de recibir visitantes extranjeros en sus posesiones en el Nuevo Mundo¹⁸. Llegó a Buenos Aires, entre los meses de marzo o abril de 1658. Ese año, recorrió la ruta desde el Plata hasta Potosí por tierra. Volvió a Buenos Aires, desde donde partió de regreso a Santander, en agosto de 1659. Del segundo viaje no se tiene fecha precisa, pero se conoce que tuvo lugar durante el gobierno del gobernador del Río de la Plata Alonso Mercado y Villacorta (1660-1663).

En 1672, apareció en francés un relato del primer viaje de Du Biscay, que se publicó en una colección sobre viajeros de cuatro partes, agrupadas en dos volúmenes, publicadas entre 1663 y 1672, titulada *Relation de divers voyages curieux qui n'ont pas été publiés, et qu'on a traduits ou tirés des originaux* (Relación de distintos viajes curiosos que no han sido publicados, y que han sido traducidos o extraídos de los originales).

En la cuarta parte de la colección, con el número XXXVII (1672), se publicó por primera vez la *Relation des voyages du S... dans la rivière de la Plate, et de lá par terre au Pérou*. El nombre del autor de esta relación permaneció anónimo, tanto en este título como en el curso de la relación. Solo se expresa en el frontispicio como «viaje de S. Acarette a Buenos Aires». La edición original de este volumen pertenece a la Colección de Thevenot.

Una segunda edición del relato fue publicada en inglés, en Londres en 1698. Aparece como obra anónima, dedicada al directorio de la South Sea Company, y formó parte de una obra mayor integrando un volumen de distintos viajes que se tituló *Voyages and Discoveries in South America*. El relato en esta segunda edición se publicó bajo el título «An account

18 La legislación de la época solo permitía a los súbditos castellanos pasar a las Indias, negando esta autorización a los extranjeros y, en los primeros tiempos, hasta a los naturales de otras regiones de España. Para comerciar se requería ser vasallo de Castilla y tener licencia real; la carta real de naturalización permitía a los extranjeros su paso a los territorios en el Nuevo Mundo (Levene, 1924: 99 y ss).

of a voyage up the River de la Plata, and thence over Land to Peru. With observations on the inhabitants, as well Indians and Spaniards; the cities, commerce, fertility, and riches of that part of America». Es en esta edición inglesa cuando se le agrega el lugar de origen al autor (Acarete du Biscay).

Una nueva edición, la tercera, apareció en Londres, en 1716, en forma anónima, ocultándose su autor en referencia de Mr. R. M., que aparece dedicando nuevamente la obra al directorio de la South Sea Company. El título de esta tercera edición es *A Relation of Mr. R. M's Voyage to Buenos Ayres: And from thence by Land to Potosi*.

La cuarta edición, y la primera en castellano, apareció en dos partes en el tomo XIII de la *Revista de Buenos Aires*. La traducción se hizo de la primera edición inglesa, debido a que se constató que en la segunda edición había supresiones y alteraciones.

Una quinta edición, en español, se ubica en la Biblioteca Cervantes y se denomina *Relación de un viaje al Río de la Plata y de allí por tierra al Perú con observaciones sobre los habitantes, sean indios o españoles, las ciudades, el comercio, la fertilidad y las riquezas de esta parte de América*. Esta edición es elaboró sobre la base de las ediciones inglesas, sin haber podido cotejar con la original en francés. La traducción fue hecha por Francisco Fernández Wallace, con prólogo y notas de Julio César González.

La información que presenta Acarete du Biscay para la región reitera aspectos ya descriptos por otros viajeros sobre la geografía y los indígenas. Aun así, desarrolla una importante descripción de las ciudades que visita, el territorio de campaña y su economía basada en el ganado. Entre su narración destaca aportes muy interesantes sobre los habitantes y sus costumbres. El valor de su información es relevante por ser un testigo directo de los hechos que narra. Hizo referencia a lo deshabitado de la costa y ubicó a los charrúas al norte del Río de la Plata, afirmando que «Se ven pocos salvajes, ya que tienen sus viviendas bastante lejos, hacia el interior [...]» y con quienes relata que tuvo encuentros —si bien no menciona dónde ocurren—, y volcando observaciones sobre su aspecto físico y vestimenta.

Autor: Acarete du Biscay

Título: *Relación de un viaje al Río de la Plata y de allí por tierra al Perú con observaciones sobre los habitantes, sean indios o españoles, las ciudades, el comercio, la fertilidad y las riquezas de esta parte de América* / Acarete; traducción de Francisco Fernández Wallace; prólogo y notas de Julio César González

Publicación: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001

Publicación original: Buenos Aires, Alfer and Vays, [s/a]

Relación del viaje

[...] Pero antes de seguir más adelante, es conveniente que anote mis observaciones acerca del Río de la Plata y los países a través de los cuales corre. En aquellas regiones es llamado el Paraguay, aunque más vulgarmente el Gran Paraná, probablemente porque el río Paraná desemboca en él arriba de la Villa de las Corrientes. Su boca (que se encuentra a los treinta y cinco grados de latitud sur de aquel lado de la línea ecuatorial) está entre el Cabo de Castillos y el Cabo de San Antonio, alrededor de ochenta leguas del uno y del otro. Aunque sea lo bastante profundo en todas partes, la ruta más común en él, y la más

utilizada por los marinos, está del lado norte, desde Castillos hasta Montevideo, el cual está a medio camino de Buenos Aires, y a pesar de que hay un canal en el mismo lado norte desde Montevideo a Buenos Aires, cuya menor profundidad es de tres brazas, sin embargo, para mayor seguridad, cruzan frente a Montevideo hacia el Canal Sur, porque es más ancho y tiene tres brazas y media de agua en el lugar menos profundo. Todo el fondo es fangoso, hasta dos leguas de Buenos Aires, donde se halla un banco de arena; allí toman prácticos para que los conduzcan hasta un lugar llamado El Pozo, justamente frente a la ciudad, distante un cañonazo de la playa, adonde no pueden llegar más buques que los que tengan licencia del Rey de España; aquellos que no tengan semejante permiso, están obligados a anclar una legua más abajo. El río está lleno de peces, pero de todos ellos apenas hay siete u ocho clases que sean comestibles. Hay abundancia de esas ballenas llamadas Gibars y lobos marinos, que comúnmente paren sus cachorros en la playa, y cuya piel es adecuada para varios usos. Me contaron que cinco o seis años antes de que yo llegara allí, el río se quedó casi en seco durante algunos días, no conservando más agua que una poca en el canal central, y en realidad tan poca que la podían atravesar a caballo, como uno puede hacerlo en cualquiera de los ríos que desembocan en el de La Plata, en los cuales hay también muchísimas nutrias, con cuyas pieles se visten los salvajes.

La región del norte del Río de la Plata es de gran extensión, habitada tan sólo por salvajes, llamados charrúas. La mayor parte de las islitas diseminadas a lo largo del río y las playas, están cubiertas de bosques infestados de cerdos salvajes. Desde el cabo de Castillos arriba hasta el Río Negro, lo mismo que desde dicho cabo hasta San Pablo, límite con el Brasil, las costas están deshabitadas, aunque el país, especialmente a lo largo del río, parece ser muy bueno, atravesado por arroyuelos que bajan de los cerros hasta las llanuras. Los españoles se establecieron allí al principio, pero después se trasladaron a Buenos Aires, a causa de las dificultades que presentaba el cruce del Gran Paraná para ir al Perú.

Desembarqué con frecuencia más allá del Río Negro, pero nunca me interné más de tres cuartos de legua hacia el interior. Se ven pocos salvajes, ya que tienen sus viviendas bastante lejos, hacia el interior. Aquellos con quienes me encontré eran bien formados, gastaban largos cabellos y muy escasa barba; no vestían más que una gran piel, formada de pequeños trozos unidos, que les colgaba desde el cuello hasta los talones, y un pedazo de cuero bajo los pies, atado con tiras a los tobillos. Como adorno usan en la cabeza una vincha de género, la cual les cubre la frente y les mantiene los cabellos hacia atrás. Las mujeres no tienen otro vestido que esas pieles, que se atan a la cintura, y se cubren la cabeza con una especie de sombrerito hecho de juncos de diversos colores.

Desde el Río Negro hasta Las Corrientes y el río Paraná, el país está bien poblado de toros y vacas; hay también muchísimos ciervos, cuyas pieles se venden por legítima piel de ante. Los salvajes de la región del Río Negro son los únicos, desde el mar hasta allí, que mantienen correspondencia con los de Buenos Aires, y los Caciques y Curacas, sus jefes, rinden homenaje al gobernador de la plaza, de la cual están sólo a veinte leguas. Una de las principales poblaciones españolas de esa banda es Las Siete Corrientes, situada cerca del punto donde se encuentran el Paraguay y el Paraná. Sobre el Paraná se hallan tres o cuatro aldeas, bastante alejadas unas de las otras y escasamente pobladas, aunque la región es muy apropiada para los viñedos y ya tiene plantados bastantes como para abastecer de vino a los pueblos vecinos. Los habitantes están bajo la jurisdicción de un gobernador residente en Asunción, que es la plaza más importante que tienen los españoles en aquel lugar, y se encuentra aguas arriba del río Paraguay, sobre la banda del norte. Es la ciudad

metropolitana, sede de un Obispo; tiene varias iglesias y conventos muy limpios, y está bien poblada de habitantes, porque muchas gentes ociosas, tales como las que han dilapidado sus fortunas y ya no pueden vivir en España o en el Perú, se reúnen allí como en su último refugio. La tierra abunda en maíz, mijo, azúcar, tabaco, miel, ganados, madera de roble apropiada para construcciones navales, pinos para mástiles y particularmente en esa yerba llamada yerba del Paraguay, con la cual realizan un gran negocio en todas las Indias Occidentales. Esto obliga a los comerciantes de Chile y del Perú a mantener correspondencia con los del Paraguay, porque sin esa yerba (con la cual preparan una bebida refrescante, con agua y azúcar, que debe beberse tibia) los habitantes del Perú, salvajes y otros, especialmente los que trabajan en las minas, no podrían subsistir, porque el suelo está lleno de vetas minerales y los vapores que se desprenden los sofocarían y nada sino ese brebaje puede restaurarlos, ya que los hace revivir y los devuelve a su antiguo vigor.

En esta ciudad de Asunción los indios nativos, lo mismo que los españoles, son muy corteses y obsequiosos con los extranjeros. Se entregan a los goces con muchísima libertad, aun con respecto a las mujeres, de suerte que, siéndoles necesario con frecuencia dormir al aire libre (a causa del excesivo calor) tienden sus mantas en las calles y pasan la noche allí acostados, hombres y mujeres juntos, sin que nadie se escandalice por ello. Teniendo abundancia de toda clase de cosas buenas para comer y beber, se entregan a los placeres y a la holganza, sin preocuparse de comerciar con el exterior, ni juntar dinero, el cual, por esta causa, es muy escaso entre ellos, contentándose con cambiar sus propios productos por otros que les son más necesarios o más útiles.

Más hacia el interior del país, es decir hacia el nacimiento del río Uruguay, existen muchos establecimientos de colonias, transplantadas allí por los misioneros jesuitas, quienes influyeron sobre los salvajes de aquellas regiones, que son naturalmente tratables, para que abandonaran sus bosques y montañas y se fueran a vivir juntos, en aldeas, en una comunidad civil, donde los instruyeron en la religión cristiana, enseñándoles mecánica, a tocar instrumentos musicales y otras artes convenientes a la vida humana. De suerte que los misioneros, que vinieron por un motivo religioso, se ven ampliamente recompensados por las ventajas temporales que pueden cosechar aquí. La noticia de que existían minas de oro en esta región no se pudo tener tan secreta que los españoles no tuvieran conocimiento de ella, y entre otros, Don Jacinto de Lariz, Gobernador de Buenos Aires, quien hacia el año 1653 recibió órdenes del Rey de España de ir a visitar esos establecimientos y examinar su riqueza. Al principio fue bien recibido, pero advirtiéndole que empezaba a inspeccionar sus riquezas y buscar oro, tomaron las armas, obligándolo, a él y sus acompañantes, en número de cincuenta, a abandonar el país.

El Gobernador que le sucedió se informó más particularmente del asunto y para hacer mejor uso de sus conocimientos, entró en una estricta alianza con los jesuitas de su jurisdicción, quienes mantenían correspondencia con el resto de la fraternidad. Y habiendo recibido una considerable suma de los holandeses, para que los dejaran comerciar en Buenos Aires, convino con los jesuitas en que le proporcionarían cien mil coronas en oro en cambio de plata, por la mayor facilidad del transporte. Pero este mismo Gobernador fue arrestado por orden del Rey de España, por permitir el comercio de los holandeses con Buenos Aires, y se apoderaron de su oro, que le fue confiscado, oro que, una vez probado, resultó ser mucho más fino que el del Perú, y por estas y por otras circunstancias, descubrieron que procedía de las minas halladas por los jesuitas en estas regiones.

En la banda sur del Río de la Plata, desde el Cabo San Antonio hasta treinta leguas de Buenos Aires, la navegación es peligrosa, a causa de los bancos que hay en el camino; por lo tanto van siempre por la banda norte, como lo dije antes, hasta llegar a cierta altura; entonces cruzan a la banda sur, la cual es muy segura, especialmente cuando el viento sopla contra la corriente del río y lo hincha; porque cuando sopla el viento del oeste, del lado de tierra, bajan las aguas; sin embargo, cuando el agua está en su más bajo nivel, alcanza a tres brazadas y media de profundidad, tanto en el caudal del norte como en el del sur. Cuando entramos en el canal del sur, avistamos esas extensas llanuras que llegan hasta Buenos Aires y desde allí hasta el río Saladillo, a sesenta leguas antes de Córdoba, las cuales están tan pobladas de toda clase de ganados que a pesar de que multitud de animales se matan diariamente para aprovechar los cueros, no hay señal de su disminución. [...]

Descripción de Buenos Aires

Antes de decir algo acerca de mi viaje al Perú, quiero dejar constancia de las cosas más notables que observé en Buenos Aires mientras permanecí allí. El aire es bastante templado, muy semejante al de Andalucía, aunque no tan cálido; las lluvias caen casi con tanta frecuencia en verano como en invierno y la lluvia que cae en tiempo bochornoso produce diversas clases de sapos, animales que son muy comunes en estas regiones, pero no son venenosos. El pueblo está situado sobre un terreno elevado, a orillas del Río de la Plata, a tiro de mosquete del canal, en un ángulo de tierra formado por un riacho, llamado Riachuelo, el cual desemboca en el río, a un cuarto de legua de la ciudad: esta comprende cuatrocientas casas, no tiene empalizada, ni muralla, ni foso, y nada la defiende sino un fortín de tierra, circundado por un foso, que domina el río, y tiene diez cañones de hierro, el mayor de los cuales es de a doce. Allí reside el Gobernador, que no tiene sino ciento cincuenta hombres de guarnición, los cuales están formados en tres compañías comandadas por tres capitanes, a los que nombra a voluntad; y efectivamente los cambia con tanta frecuencia que difícilmente hay un ciudadano rico que no haya sido capitán. Estas compañías no están siempre completas, porque los soldados son atraídos por la baratura de la vida en esas regiones y desertan frecuentemente, a pesar de los empeños en mantenerlos en el servicio por medio de una abundante paga, que es de cuatro reales diarios, que equivalen a un chelín y seis peniques ingleses, y un pan que es cuanto puede comer un hombre. Mas el Gobernador mantiene para su servicio ordinario, en una llanura inmediata, mil doscientos caballos mansos, para montar en caso de necesidad a los habitantes de la plaza y formar un pequeño cuerpo de caballería. Además de este fuerte, hay un pequeño bastión en la desembocadura del riacho, donde mantienen una guardia; no hay sino dos cañones de hierro montados, de a tres. Este domina el lugar donde atracan las barcas para desembarcar las mercaderías o cargarlas, estando sujetas a la visita de los oficiales del bastión mientras cargan y descargan.

Las casas del pueblo están hechas de barro, porque hay poca piedra en todas estas regiones hasta el Perú; están techadas con paja y cañas y no tienen pisos altos; todas las habitaciones son de un sólo piso y muy espaciales; tienen grandes patios y detrás de las casas amplias huertas, llenas de naranjos, limoneros, higueras, manzanos, perales y otros frutales, con abundancia de hortalizas, zapallos, cebollas, ajo, lechuga, alberjas y habas; y especialmente sus melones son excelentes, pues la tierra es muy fértil y buena. Viven muy cómodamente y a excepción del vino, que es algo caro, tienen en abundancia toda clase de

vituallas, como ser carne de vaca y ternera, de carnero y venado, liebres, conejos, gallinas, patos, gansos silvestres, perdices, palomas, tortugas y toda clase de aves silvestres, y tan baratas que se pueden comprar perdices a un penique la pieza y el resto en proporción. Asimismo abundan los avestruces, que andan en tropillas como el ganado y aunque su carne es buena, sin embargo nadie la come sino los salvajes. Hacen sombrillas con sus plumas, las cuales son muy cómodas para el sol. Sus huevos son buenos y todos los comen, aunque dicen que son de difícil digestión. Observé en estos animales una cosa muy notable y es que mientras las hembras están echadas sobre los huevos, tienen un instinto que les hace prever por la mantención de los polluelos: así, cinco o seis días antes de que salgan del cascarón, colocan un huevo en cada uno de los ángulos del lugar donde están y luego los rompen, de modo que cuando se pudren se crían gusanos y moscas en número prodigioso, los cuales sirven para alimentar a los pichones de avestruz desde el momento que nacen hasta que son capaces de ir más lejos en busca de alimento.

Las casas de los habitantes de la clase elevada están adornadas con colgaduras, cuadros y otros ornamentos y muebles decorosos, y todos aquellos que tienen un pasar tolerable son servidos en vajilla de plata y tienen muchos sirvientes, negros, mulatos, mestizos, indios, cafres o zambos, los cuales son todos esclavos. Los negros provienen de la Guinea; los mulatos son hijos de un español con una negra; los mestizos son nacidos de un español y una india; los zambos de un indio y una mestiza: todos se pueden distinguir por su color y sus cabellos. Emplean a estos esclavos en sus casas o para cultivar sus campos, porque tienen grandes estancias, abundantemente sembradas con granos, como ser trigo, cebada y mijo o para cuidar sus caballos y mulas, que no se alimentan sino de pasto durante todo el año; o para matar toros salvajes; o, en fin, para hacer cualquier otra clase de trabajo.

Toda la riqueza de estos habitantes consiste en ganados, que se multiplican tan prodigiosamente en esta provincia que las llanuras están casi totalmente cubiertas de ellos, particularmente toros, vacas, ovejas, caballos, yeguas, mulas, asnos, cerdos, venados y otros, de tal manera que si no fuera por el vasto número de perros que devoran los terneros y otros animales jóvenes, devastarían el país. Sacan tanto provecho de las pieles y cueros de estos animales, que un solo ejemplo será suficiente para demostrar hasta que punto podría ser aumentado en buenas manos. Los veintidós buques holandeses que encontramos en Buenos Aires, estaban cargados cada uno con 13 o 14.000 cueros de toro, cuando menos, cuyo valor asciende a 300.000 lívers o sean 33.500 libras esterlinas, comprados como lo fueron por los holandeses a siete u ocho reales cada uno, esto es, menos de una corona inglesa, y vueltos a vender en Europa por veinticinco chelines ingleses al menos.

Cuando expresé mi asombro a la vista de tan infinito número de cabezas de ganado, me contaron la estratagema de que se valen a veces, cuando temen el desembarco de algún enemigo, y que es cosa de maravillarse mucho; consiste en lo siguiente: arrean tal rebaño de toros, vacas, caballos y otros animales hasta la playa, que resulta completamente imposible a cierto número de hombres, aunque no tengan miedo de la furia de dichos animales, abrirse paso a través de tan inmensa tropa de bestias. Los primeros habitantes de esta plaza pusieron cada uno su marca sobre los animales que pudieron atrapar y los metieron dentro de sus cercados, pero se multiplicaron tan pronto que se vieron obligados a soltarlos, y ahora van y los matan a medida que los necesitan o tienen ocasión de vender cueros en una cantidad notable. En la actualidad sólo marcan aquellos caballos y mulas que atrapan para domar y amaestrar, para servirse de ellos. Algunas personas hacen un gran negocio enviándolos al Perú, donde producen cincuenta patacones o sean 11 libras, 13 chelines y

4 peniques la yunta. La mayor parte de los vendedores de ganados son muy ricos, pero de todos los comerciantes, los de mayor importancia son los que comercian con mercaderías europeas, muchos de los cuales tienen fama de poseer de doscientas a trescientas mil coronas, o sean 67.000 libras esterlinas. De modo que un comerciante que no tenga bienes por más de quince o veinte mil coronas es considerado como un mero vendedor al menudeo. De estos últimos hay cerca de doscientas familias en el pueblo, lo que hacen quinientos hombres de armas llevar, además de sus esclavos, que son tres veces en número, aunque no se les cuenta para la defensa, porque no se les permite llevar armas.

De esta suerte, los españoles, los portugueses y sus hijos (entre los su cuales los nacidos en el país son llamados criollos, para distinguirlos de los nativos de España) y algunos mestizos, forman la milicia, que, con los soldados de la guarnición, componen un cuerpo de más de seiscientos hombres, como los computé en varias revistas, porque tres veces al año, en días festivos, desfilan a caballo en las inmediaciones de la ciudad. Observé que había entre ellos muchos viejos que no llevaban armas de fuego, sino una espada pendiente al costado, una lanza en la mano y una rodela sobre el hombro. También la mayor parte de ellos son casados y padres de familia y en consecuencia no tienen mucho estómago para los combates. Les gusta su tranquilidad y el placer y son enteramente devotos de Venus. Confieso que en cierta medida son disculpables en este punto, porque la mayor parte de las mujeres son extremadamente hermosas, bien formadas y blancas, y con todo tan fieles a sus maridos, que ninguna tentación puede inducirlos a aflojar el nudo sagrado, pero también si los maridos transgreden, a menudo son castigados con el veneno o el puñal. Las mujeres son más en número que los hombres. Además de los españoles hay unos pocos franceses, holandeses y genoveses, pero todos pasan por españoles; de otro modo no podrían residir aquí, especialmente aquellos que difieren en su religión de la Católica Romana, porque aquí está establecida la Inquisición. [...]

Viaje desde Buenos Aires hasta el Perú

Salí de Buenos Aires y tomé el camino de Córdoba, dejando a Santa Fe a mi derecha, de cuyo lugar recibí esta noticia.

Es una población española dependiente de Buenos Aires: el Comandante no es más que un Teniente y no hace nada sino por orden del Gobernador de Buenos Aires. Es un pueblito que comprende veinticinco casas, sin murallas, fortificaciones ni guarnición, distante ochenta leguas hacia el norte de Buenos Aires, situado sobre el Río de la Plata: hasta allí podrían llegar grandes buques si no fuera por un enorme banco que obstruye el paso un poco más arriba de Buenos Aires. A pesar de todo es una posta muy ventajosa porque es el único paso desde el Perú, Chile y Tucumán hacia el Paraguay y en cierta manera el depósito de las mercaderías que se traen desde allí, particularmente esa yerba de la cual ya hablé, sin la cual no pueden pasarse en esas provincias. El suelo es aquí tan bueno y tan fértil como en Buenos Aires, y no teniendo la población nada notable que difiera de lo que observé en Buenos Aires, la dejo y continúo con mi viaje.

Se cuentan ciento cuarenta leguas de Buenos Aires hasta Córdoba y como algunas partes del camino están deshabitadas en largos trechos, me proveí antes de la partida de todo aquello que me informaron que me sería necesario. Así partí, llevando por guía a un salvaje, con tres caballos y tres mulas, unos para llevar el equipaje y el resto para cambiar en el camino, cuando se cansara el que montaba.

Desde Buenos Aires hasta el río Luján y aun más lejos, hasta el río Arrecifés, en treinta leguas pasé por varias poblaciones y estancias cultivadas por españoles, pero más allá del Arrecifé, hasta el río Saladillo, no vi ninguna. Haré observar de paso que estos ríos, como todos los demás de las provincias de Buenos Aires, Paraguay y Tucumán que desembocan en el Río de la Plata, son vadeables a caballo; pero cuando las lluvias u otro accidente los hace crecen, el viajero las debe atravesar a nado o bien colocarse sobre un bulto por el estilo de una balsa, que un salvaje arrastra hasta el otro lado. Yo no sabía nadar, así que me vi obligado a hacer uso de este expediente dos o tres veces, cuando no pude hallar un vado. El sistema fue así: mi indio mató un toro salvaje, le quitó el cuero, lo relleno de paja y lo ató con tientos del mismo cuero, formando un gran bulto, sobre el cual me coloqué con mi equipaje; el indio pasó nadando, arrastrándome tras él por medio de una cuerda atada al bulto, y luego repasó el río e hizo pasar nadando los caballos y mulas hasta donde yo estaba.

Todo el país entre el río Arrecifés y el Saladillo, aunque deshabitado, abunda en ganado y en toda clase de árboles frutales, excepto nogales y castaños. Hay bosques íntegros de durazneros, de tres o cuatro leguas de extensión, que producen excelente fruta, que no solamente comen cruda sino que también cocinan o secan al sol, para conservarla, como hacemos en Francia con las ciruelas. Raras veces usan otra madera que la de este árbol para el fuego, en Buenos Aires y sus alrededores.

Los salvajes que viven en estas regiones se dividen en dos clases: los que voluntariamente se someten a los españoles se llaman Pampistas y el resto Serranos; ambos se visten con pieles, pero los últimos caen sobre los Pampistas como sobre sus mortales enemigos, en cualquier lugar donde los encuentren. Todos pelean a caballo, ya sea con lanzas con punta de hierro o huesos afilados o también con arcos y flechas. Llevan un cuero de toro, con la forma de un jubón sin mangas, para protegerse el cuerpo. Los jefes que mandan sobre ellos en la guerra y en la paz, se llaman Curacas.

Cuando se apoderan de un enemigo, vivo o muerto, se reúnen, y después de haberle reprochado que él o sus parientes fueron los causantes de la muerte de sus parientes o amigos, lo cortan y parten en pedazos, que asan un poco y los comen, haciendo con sus cráneos recipientes para beber. Se alimentan principalmente de carne, ya cruda ya preparada, y particularmente de potrillo, que prefieren a la ternera. Además pescan en abundancia en sus ríos. No tienen lugares fijos de residencia, sino que vagan de un punto a otro, varias familias juntas, viviendo en toldos.

No pude informarme exactamente acerca de la religión que practicaban, pero me contaron que consideraban al Sol y a la Luna como deidades, y mientras viajaba vi a un salvaje arrodillado con la cara hacia el sol, gritando y haciendo gestos extraños con las manos y brazos. Me enteré por el salvaje que me acompañaba que era uno de esos que llaman Papas, que por la mañana se arrodillan hacia el Sol y por la noche hacia la Luna, para suplicar a esas caprichosas divinidades que les fueran propicias, que les dieran buen tiempo y la victoria sobre sus enemigos. No usan de grandes ceremonias en sus casamientos; pero cuando muere un pariente, después de haber frotado el cadáver con una tierra que lo consume todo menos los huesos, los guardan, y llevan de ellos tantos como convenientemente pueden, en una especie de cofres; y esto lo hacen en prueba de su afecto por sus parientes. Realmente no les dejan faltar sus buenos oficios durante la vida, ni en la enfermedad ni en la muerte.

A lo largo del río Saladillo advertí muchísimos loros o papagayos, como los llaman los españoles, y ciertos pájaros llamados guacamayos, que son de diversos colores y dos o tres veces más grandes que un loro. El río mismo está lleno de un pez que llaman dorado, que es muy bueno para comer. [...]

Francisco Xarque (Francisco Jarque)



Francisco Xarque —1609-1691, España— fue un padre jesuita y misionero, cuya vida previo a su ingreso a la orden se conoce muy poco. Cumplió deberes sacerdotales en América en distintos cargos de relevancia en Potosí y Alto Perú, como cura rector de la villa Imperial de Potosí, juez de apelaciones de los Obispados Paraguay, Tucumán y Buenos Aires, juez metropolitano del Arzobispado de Chuquisaca (Perú), comisario del Santo Oficio y, de regreso a España, canónigo penitenciario de la catedral de Albarracín.

Regresó en 1640 a España, donde escribió tres obras dedicadas al estudio de las Reducciones Jesuíticas del Paraguay, que contienen biografías de misioneros —(*Vida prodigiosa... del P. Atonio Ruíz de Montoya* (1662); *Vida apostólica... del P. José Cataldino* (1664) e *Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay* (1687)—.

Su obra más importante fue, precisamente, *Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, que tuvo una única edición. Comprende 35 capítulos dedicados al funcionamiento de la Compañía de Jesús en Paraguay y las acciones apostólicas emprendidas en el Chaco y la Banda Oriental. Esta obra constituye la descripción más antigua de las misiones y la única —al momento— correspondiente al siglo XVII.

Asimismo, la información que presenta es de gran interés porque es, al momento, la crónica más temprana de la entrada al interior de nuestro territorio. En el capítulo XXIII, «Entrada a los barbaros guanoas», aporta detalles valiosos sobre estos grupos humanos y su territorio.

Los datos brindados por Xarque provienen de documentación de otros misioneros que estuvieron en relación directa con los indígenas guenoas-minuanes. En particular, es de interés la carta que transcribe del padre Francisco García (capítulo XXIV), quien en 1683 incursionó en territorio guenoa, dirigida al padre provincial de Misiones, ya que refleja importantes aspectos de la organización y jerarquía política indígena. Además, muestra el papel de los indígenas como comerciantes y manejando el recurso del ganado, que se había reproducido en estas tierras desde su introducción.

En el capítulo XXV, en tanto, refiere a dos nuevas reducciones en la región: una de guenoas, formada en el año 1685, pero sin precisar su ubicación, y otra de «yarós» (charrúas) ubicada a «pocas leguas mas abaxo de el Yapeyú, en las mismas tierras de los Yarós», con el

nombre de San Andrés Apóstol —esta última es abandonada por los indígenas—. Por lo demás, no se conocen más sobre estas reducciones¹⁹.

Autor: Francisco Jarque

Título: *Insignes Misioneros de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*. En Pamplona. Juan Micón Impreffor, año 1687

Transcripción: pp. 371-384

Cap. XXIII - Entrada a los Barbaros Guanoás

1 La Nación de los Indios llamados Guanoás son los gentiles más inmediatos a las reducciones, pobladas sobre el río Uruguay: discurre por las tierras que ay entre dicho río, y las Costas del Norte, entre el cabo de Santa Catalina, y río de la Plata. El temple de la tierra es frio, muy destemplado, por los vientos tormentosos, que la mayor parte del año reinan, con grandes aguaceros y tempestades de truenos, rayos y piedra. Es por la mayor parte llano el suelo, y sin árboles, como las tierras frías: ay muchos rios, lagunas y anegadizos, que sirven [p. 371] de aguadas a las muchas bacas y caballos, que se ha multiplicado en campos tan extendidos, por centenares de leguas, y cubiertos siempre de crecidos pastos, para todo género de animales. Allí todo el año los Yñfieles hallan a mano la caza, las raices y frutas silvestres, en tanta abundancia, que sin cultivar tierras, solo con mudar sitio cada tres meses las parcialidades, pueden sustentar sus familias. El frio les obliga a no andar el cuerpo desnudo: cubrenle con pieles de animales, que cazan, y medio curten, con ceniza, y grassa, lo bastante para que flexibles, se aplique al cuerpo; no los pelan porque les abriguen mas en Invierno, aplicada la lana, o pelos a las carnes; los quales bueven azia afuera, en tiempo de calor: con que en una pieza tienen vestido para mudar, según el tiempo, que también les sirve de frazada en la noche. Sus casas constan de unas cuantas esteras, hechas de cierto genero de paja larga, ó totora gruesa, y ancha, a modo de espadañas, las cuales se crían en grande cantidad por los bañados, lagunas, y pantanos de aquellos parajes. Fijan unas estacas sobre la tierra, y allí atan las esteras, unas por paredes, y otras por techo, de la capacidad que ha menester cada familia, para tenderse acinadas, como las bestias, en redil, o establo. Son muy guerreros, a cuya causa tienen muchos enemigos, que les obligan a estar siempre con las armas en la mano: y se convocan unos Caciques a otros, aunque vivan muy lejos, con los humos, o resplandores de las grandes hogueras, que encienden cada uno en su territorio, para avisar que hay enemigos en sus tierras, y que es necesario unirse muchos a la defensa.

2 Abundan aquellos parages de fieras, y en particular de tigres, que allí se multiplican más, por la abundancia de terneras, y otros animales en que se ceban, por esto son tantos, que se dejan ver muchos cada día de los caminantes: tienen hechas sendas para sus aguadas, tan abiertas como los demás ganados:

19 Furlong Cardiff (1936) presenta el mapa XXXII y lo atribuye al padre Cardiel, con fecha de 1760. En este mapa, de corte histórico sobre la obra de los religiosos de la Compañía de Jesús, se señala, entre otras cuestiones, dos marcas. Una de ellas, al sur de lo que podría ser un brazo de las cabeceras del Arapey Grande, acompañada de la inscripción «San Andrés Guenoas Yarros». La otra, al norte de las nacientes del río Negro, acompañada de la inscripción «San Antonio de Guenoas». Según la leyenda contenida en el mapa, las marcas indican «sitio antiguo de Pueblos de Indios doctrinados por Jesuitas que fueron destruidos» (Furlong, 1936: 97).

su tamaño es tan crecido, como el de terneros de año, con el cuerpo mas grueso, y cabeza grande, y redonda, como la de Leones de Africa. Dicen, que las canillas de manos y pies son macizas, sin hueco alguno, lo cual les da gran fortaleza. Con ser tan formidable esta fiera, es delicada, porque en descargándola un golpe, aunque moderado en los lomos, se cae rendida, y puede con facilidad ser muerta, y no come sino es manida la caza: para lo cual, en apresando una ternera, la deguella, y bebe toda la sangre, y abierto el vientre, come los intestinos; luego en parte cómoda abre un sepulcro, donde esconde el resto del cuerpo, cubriéndole con tierra; y cuando ya el principio de corrupción le avisa que está su presa más [p. 372] blanda, acude a desenterrarla y comerla. Y por esta inclinación y viveza de olfato, suele desenterrar los cuerpos humanos, que no pocas veces mueren por aquellos despoblados; y por eso es necesario sepultarlos debajo de grandes piedras, o leños, que no pueda mover el tigre. Las víboras son también allí muy frecuentes, y de veneno tan eficaz, que picando el pie de un caballo, aunque vaya a carrera abierta, le hace parar yerto, y destilando la sangre por todas las cerdas de su cuerpo, muere a breve rato. Casi tan activas muerden las víboras de Cascabel, así llamadas, porque cada año les crece su cola, con un nuevo nudo, o artejo, que al moverse suena como cascabel, no muy vivo, pero lo bastante para avisar, que se guarden los vivientes de su mortífera ponzoña. Mas el Supremo Artífice de la naturaleza cria en aquellas regiones el contra veneno en una yerba (que por esto se llama de la víbora) cuyas flores son de la misma forma, color, y tamaño que los colmillos de las víboras más ordinarias, que le sirven de letrado, para dar a conocer su virtud: la cual es tal, que mojada verde, y aplicada al miembro mordido, le cura, como también bebiendo el agua, en que le ha cocido seca, ó verde y aplicando la yerba cocida a la parte lesa.

3 Una especial barbaridad suelen acostumbrar algunas de aquellas parcialidades; que por cualquiera pariente consanguíneo, que se muera, se cortan un artejo de los dedos, de suerte, que los viejos suelen ya estar con las manos troncas, sin dedos: también cargan con los huesos de los parientes difuntos, adonde quiera que se mudan. De estos Bárbaros, algunos frecuentan, cuando no lo impiden las crecientes de los ríos, las reducciones del Yapeyú, la Cruz y Santo Thomé, para comprar algunos frutos. Otros roban ganados, y aun gente que los guarda, en las heredades pertenecientes a dichas reducciones. Y así por muchos motivos solicitan los Padres Misioneros su conversión, haciendo repetidas correrías en los meses del año, en que sus tierras son capaces de caminarse. Lo que en estas entradas obran, y padecen, se verá por una carta, que ha llegado a mis manos escrita por un insigne Misionero, llamado el Padre Francisco García, natural de Galicia, que de la celebrada Provincia de Castilla, pasó a la del Paraguay, el año de 1658, el qual dando cuenta a su Provincial de la Mision, que hizo a estos Barbaros el año de 1683, le dize. [p. 373].

Capítulo XXIV

1 Carta del padre Francisco García para el padre Thomás de Baeza, Provincial del Paraguay.

En esta daré a V. R. noticia de lo sucedido en la tierra de los Guanoás de la cual llegué a este Pueblo de Santo Thomé a 23 de Octubre, aviendo salido a 17 de Setiembre, día del Dulcísimo Nombre de Maria Santísima, Señora nuestra, y como en día de tan Dulce nombre, me quiso esta Soberana Señora consolar, dandome esperança de que tendría buen fin la Mission; porque aquel mismo día por la tarde encontré con tres Infieles, que venían delante de otros cinco, que venían atrás con bacas, que traían a vender a este Pueblo, como lo suelen hazer. Alegraronse mucho con mi vista; y mucho mucho mas consuelo recibí yo

con la suya, por las esperanças que nuestro Señor me dió de que tendría buen logro mi viage; pues a los primeros passos me ofrecía lo que yo buscava. Bolvieron atrás conmigo, assi ellos, como los otros, que venían con las bacas, y encontramos el día siguiente: y aviendo caminado quatro días juntos, viendo ellos el trabajo, que tenían los Christianos, que iban conmigo, en pasar a cuestras, por los ríos, el bastimento, Altar portatil, tienda, y lo demás necessario para ganar los Infieles; uno destos (de nacion Cloyá) compadecido me dixo, q queria adelantarse a buscar á sus copañeros, y que yo me quedase con mi gente en un puesto, llamado Sacangi. Alegreme co su determinación; y en agradecimiento, le vestí de lo q llevaba yo para dar á los demás Infieles, y le rogué, á, como Cabo de ellos me los traxesse. Embie con él a Gaspar Guayuri, Capitan de mi gente, llevó consigo algunos Soldados. Quedó el Cloyá de avisarme dentro de tres dias, viniendo delante de los demás Infieles, suponiendo que vendrian todos los suyos, porque dezía estar muy cerca. Esstuve esperando siete dias, y viendo que no venia co noticia alguna, entré en la sospecha, de si les avia sucedido algun trabajo. Consultélo co los otros Infieles, q avia quedado en mi compañía: ellos me dixero q se admiravan de que tardassen tanto; y podria ser que los Yarós, otros Barbaros, sus enemigos huviesen encontrado con ellos (porque sabian aver dichos enemigos passado el rio Uruguay, en subusca) y apresadolos.

2 Despaché luego a los Infieles, q avian quedado conmigo, arrimandoles dos Indios Christianos, para que supiesen lo que avia sucedido, y me avisassen: quiso el Señor q otro dia por la mañana se encontraron co dos de los Christianos, que embiava Guayuri; para darme aviso, de que los Gentiles, estavan mucho mas distantes de lo que el Cloyá [p. 374] me avia dicho, y que avia entre ellos muchos enfermos, la mayor parte ninos, de q ya avian muerto dos sin bautismos. Por lo qual me pedían, que á toda diligencia fuesse a bautizarlos; como afirmavan dos Caziques, que venían a verme. Partime bolando, por la mañana, y aviendo caminado dos dias, quiso el Señor que los hallasse en sus esteras, en donde me recibieron con grandes muestras de alegria, dia de los gloriosos Angeles. Cantaron los Musicos, que yo llevaba la Letania de la SS Virgen, aunque era ya de noche, á que asisstieron los Infieles, y dixeron, avian gustado mucho de oírla: luego les hablé y repartí á todos tabaco en hoja, y yerba del Paraguay, generos de su mayor estima. Dixeles, que avia llegado hasta alli, por los enfermos, dexando atrás mis copañeros, y alojamientos, donde los esperaba, y que si fuessen allá los regalaria, como deseava, y según el amor que les tenia. En essta noche baptizé una criatura, y el dia siguiente boló al Cielo, con sumo consuelo de mi alma, viendo logrado mi trabajo, aunque no se convirtiesse alguno. Dilaté declararles el fin principal de mi entrada en sus tierras, esperando que fuessen donde estava mi rancho, donde agassajandoles, entraria mas en provecho mi razonamiento. Pero como viesse, que no gustavan de ir conmigo, antes querian, que yo me bolviesse, y ellos ir en busca de los Yaros, para vengar las muertes, y hostilidades q avian recibido de aquellos sus enemigos. Junté aquella noche á los Caziques; y explicandoles el intento de mi empressa, entre otras cosas, les dixe:

3 Que los Portugueses, situados en S. Gabriel, estavan ya cerca de sus tierras, y hallandolos asi esparcidos podrian apretarlos. A esto respondieron dos hechizeros, que harian baxar truenos, rayos, y tales tempestades, que los aguaceros llenassen los rios, de suerte q inundados los campos, no podrian pisarlos sus enemigos &c. Dixeles á esto lo bastante para hacerlos callar. Luego los Caziques fueron levantandose, y agradeciendome el trabajo con que avia ido á sus tierras por su amor, y que en retorno me ofrecian cinco hijos suyos, con los quales el dia siguiente me podia bolver porq ellos avian de buscar á los Yaros,

sus enemigos. Oyendo su determinacion, les respondí, que si haria, aunque me pesaba el dexarlos tan presto; porque mi mayor anhelo era regalarlos, y librarlos de sus enemigos recelando, que Dios sin duda los castigaria la obstinacion, con que siempre despreciaban á sus Ministros. La mañana siguiente, dia de S. Francisco de Assis, celebré Missa para bolverme, llevando los cinco hijos de los Caziques. Mas el Señor q tenia alli otros escogidos, fue servido disponer de otro modo las cosas: avia esstado serena la noche, y despues de Missa, les dixé, [p. 375] que me echavan tan presto, si quiera oyessen la palabra de Dios, en que les propuse los principales Missterios de nuestra Santa Fé. Oyeronla la platica con grande atencion, y dándome los agradecimientos, añadieron, que creian ser verdad todo lo que les avia platicado y dado bien á entender, por averselo dicho en su lengua. Repartiles yerba, tabaco, y otras cosillas, despidiendome de ellos; pero al tiempo de partirme, descargó el Cielo tan desecha tempestado, que huvé de recogerme dentro de mi toldillo, adonde tambien se acogieron algunos Caziques, porque los demás Infieles avian ya retirados a sus esteras. Logré gozoso la ocasión tan oportuna, introduxe platica del tremendo Juizio de Dios, y del Infierno, que llevaba yo pintado en una tabla, aunque pobre, con todo fue bastante para llenarlos de temor. Entró un hechizero; hizele sentar junto á mi, y comencé a ponderarle, lo que le esperaba despues de su muerte, sino se convertia á Dios, &c. que mirasse de espacio aquel condenado. Respondiome, que era tan grande el horror que le causava, que no se atrevia á mirarle, que él en otro tiempo avia muerto, y visto el Infierno, como estava en aquella tabla retratado; pero allá le avian assegurado, que aunque bolviesse a morir, no quedaria en aquel fuego, sino que bolveria a resucitar, &c. A estos disparates fue fácil la impugnacion; con que el Señor le hizo confëssar, que era verdad lo que le predicava. Y preguntóme, si acaso yo era Dios? Y otras dudas, á que fue fácil satisfacerle. Tomando la mano otro Cazique principal, dixo, que nunca avian oído semejantes cosas, sobre las quales debian bolver á hablarse; porque materias tan graves pedian otra resolucion, &c. Respondi, que así lo deseava yo, que no avia venido para bolverme tan presto, como ellos avian querido: y que por esso el Dios de Cielos, y tierras, por su amor, y compadecido de su miseria, me avia detenido con aquella tempestad impensada. En estas confërencias, y platicas se passó el dia, ya con unos, ya con otros, haziendoles a todos grande fuerça las cosas que oían, y veían.

4 A la tarde, antes de anochecer, se juntaron algunos de los Caziques, y continuando mis doctrinas, dixo uno, sobrino del mas principal, que él jamás avia oído tales cosas, y que no sabia, como los que me avian oido otras dos vezes que yo avia estado en sus tierras, no trataban de cosas tan importantes, ni se hablaban en orden a mudar de vida: y que él con aquella sola vez, que me oía, ya no podia sufrir mas. Alegreme infinito de ver aquel alma tan tocada de Dios, y valiendome de la ocasión, les dixé, con nueva energia: Que [p. 376] hallarse de aquella suerte movidos del Señor, era señal manifiesta, que su Magestad los llamava, y quería para si; y que si no correspondian a su llamamiento, los entregaria a sus enemigos, para que les quitasen la vida, haziendoles experimentar desde luego en el Infierno, aquello, que entonces oían, tenían con tal horror, y con tanta admiracion creían. La misma noche bolví á juntar los Caziques, para regalarlos, y persuadirles, que se hablassen, confiriendo entre si, negocio que tanto les importava. Ofrecieron hazer su consulta. El dia siguiente, despues de Missa, dava yo gracias, quando uno de los principales me dixo, como avian decretado, que me quedasse unos dias, para explicarles mas la Doctrina del Cielo, que deseavan saber: y que embiasse por mas yerba, y tabaco adonde estava mi gente rancheada. Fue la resolucion muy conforme a mi deseo,

aunque entendi, que ellos mas apetecian la yerba, y tabaco, que mis platicas. Assi lo mostró claro el dicho Cazique; porque solo acudia al fin de las Doctrinas, para entrar á la parte del regalo, que les dava. Allí por ocho dias, tarde, y mañana les platicava á todos juntos en sus esteras. Fuera de esto, una vez cada noche instruia con todo mi esfuerzo, á aquel Cazique, sobrino del mas principal, que (según dixé arriba) avia hablado con tan vivo desengaño. Y era necessario hablarle muy en secreto, porque otros no le estorvassen la conversion, como sucede. Dentro de mi toldo le persuadia, con razones eficaces, que se resolviesse á dexar aquel estado; y se arraygavan en su alma, ilustrandola nuestro Señor con mas vivas luzes cada dia, y con tan ardientes deseos, que me dezia, que ya no podia comer, ni dormir, por la batería que hazian en su coraçon las maravillas de Dios, que avia oído. Reparava solo en lo que dirian sus compañeros, y su tio el principal de todos. Apliqué todos los medios humanos, y Divinos: valime tambien de Indios Christianos, nuestros feligreses, que ofrecieron las Missas, que oian, y Rosarios, con otras devociones: hizimos todos la Novena a nuestro Patron San Xavier. Todos los Padres Misioneros instavan, con nuestro Señor, en sus Sacrificios, Oraciones, y Penitencias. Y los Pueblos enteros clamavan al Cielo, con tal teson, que en el de Santo Thomé repitieron los Congregantes continuadas las Novenas de S. Francisco Xavier, todo el tiempo que gasté en esta Mission, desde que partí de allí, hasta que bolvi. Ni podian frustrarse Oraciones a Dios tan gratas.

5 Bultos los que avian ido por yerba, y tabaco, que repartí á los Infieles, querian estos, que yo me viniesse luego, diziendome, que en concluyendo su gue- [p. 377] rra, vendrian á mi reducion: y que entre tanto no dexarian de hablar á sus familias, y vassallos de la Doctrina de Dios, sin olvidarse de lo que les avia enseñado. Como yo esperaba en el Señor mayor cosecha, de las que los Infieles pensavan, procuré dilatar mi partida por tres dias, en que de cinco almas, que avia por entonces convertidas, crecieron hasta 16. Fuera del Cazique, cuya mudança estuvo siempre oculta, como la de otros muchos, que deseavan convertirse; pero no se atrevian á descubrirse, porque no les impidiessen los demás, intentando huirse de los suyos, quando pudiesen. Procuré obtener licencia de los Caziques, para que ninguno impidiesse á los que voluntarios se convirtiesen, para esto embié muchos dones á los principales; de que movidos, me dieron palabra, no impedirian alguno: cumplieron unos, otros no; pero el Demonio, por medio de sus hechizeros, obrava quanto podia por estorvarles la conversion: y aunque me quito algunos famosos Jobenes no pudo conseguir todo lo que intentava. Fue á hablarme una noche aquel Cazique, acerca de su determinacion: admitile dentro del toldo, hizele cerrar, temiendo avian de acudir todos los Infieles, sin darme lugar para instruirle, como convenia; y quizás vendrian en conocimiento de su pretension, de que podria resultar el impedirsela:

rodearon los Infieles el toldo por defuera; y entre ellos estaban los Cloyas, llenos de irritación, por verme encerrado; uno de los quales, celebre hechizero, empeçó a dezir, que me avian de quitar los muchachos, &c. El Cazique que estava dentro, me dixo, no conviene, q esté yo mas aquí, porque no se irriten mas; y quando los Infieles avian ya recogidose a sus esteras, se salió de secreto. Luego llamé yo á los Cloyas: vinieron dos, recibilos con mucho agrado, diziendoles, que me avia encerrado para cumplir con mis obligaciones, á que en todo el dia no me davan ellos lugar Con esto les di alguna cosa que comiessen; y siendo necesario cuchillo para partir el pan, el Cloya hechizero sacó un cuchillon, que se juzgó le avia llevado para quitarme la vida (pero mis pecados me privaron de fin tan dichoso) con esto se quietaron, y me preguntó el hechizero, que quanto le avia de dar por su hermano: prometile quanto gustasse, que yo no repararia en precio:

salieron muy contentos, el dicho hermano, es un muchacho muy bueno, cuya conversion, con todas ansias deseava; y considerando sus hermanos, que le perderían, sino le dexavan venir, me le dieron.

6 Ajustado esto, hize llamar al Cazique principal, para que me dicesse una hermana, con su marido, y tres ó quatro hijos, que deseava venir, porque ya tenian aquí otras dos hijas, que [p. 378] avian venido antes. Propusele por medio de un Indio de la misma Nacion, llamado Joseph, buen Christiano, de los que avia llevado conmigo, lo que pretendía. Respondió el Cazique con pronta voluntad, que él no tratava de impedirles su conversion, y en la misma forma respondieron los suyos; y añadió uno, q todos quantos quisiessen podrian venir conmigo, y que esto convenia para q se hiziessen hombres, y despues les seguirian ellos, para ser enseñados de los primeros. Yo muy alegre les agradecí su buena voluntad, y agassajé quanto pude. Desta suerte pasé toda la noche sin dexarme unos, y otros. Bolvió por la mañana el dicho Cazique, que me hablava oculto, antes de amanecer, y me dixo, que ya estava resuelto, y solo faltava hablar a su tio, que era mayor de todos, como ya tengo dicho. Tuve algun recelo, no le impidiesse, aunque me avia hecho muy buenas obras antes, y me avia ofrecido ayudarme, y no impedir la conversion de alguno. Pero sobre todo tenia puesta mi confianza en Dios, cuya causa hazia. Este dia por la mañana les platiqué del Infierno, mostrandoles su pintura. Y preguntando yo á los condenados, las causas de sus tormentos respondia en su nombre, las excusas, que los Infieles davan, para dilatar su conversion. Fue rara la mocion, que causó en ellos, y mas en los Caziques, y en el hechizero; que me avia propuesto los disparates, que arriba dixe. El qual con admiracion, preguntó: “Como Dios, siendo tan misericordioso, nos ha dexado tanto tiempo en esta oscuridad, y tinieblas de infidelidad, permitiendo, que nos condenemos?”. Yo le respondí, que los Juizios de Dios no se avian de escudriñar, sino venerar; que justamente obrava Magestad con ellos; pues avian sido tan ingratos a su Criador, despreciandole tantas vezes, quantas les avia embiado sus Predicadores, para que les enseñassen, y no avian querido obedecerles. Y pues ahora les dava luz para que se convirtiesen, no la despreciassen, &c. Con tan grande mocion, juzgué huviesse mayor cosecha para el Señor. Y se hubieran convertido muchissimos mas, si el Demonio no huviera sobresebrado zizaña, por medio de un Christiano Apóstata, ó mal convertido, que ido de un Pueblo de Christianos, dixo entre los Infieles, tanto mal de algunos Catolicos, que casi estuvieron para poner las manos en nosotros: y fue menester la virtud de Dios, para que no retrocediesen todos. Este mismo día, por la tarde, les platiqué del premio, que les esperaba en la otra vida, si se convertian á su Criador, y de los males eternos, sino se convertian. Dixerón agradecidos, que lo creian assi; y que en bolviendo de su guerra, se convertirían. Por la noche convoqué a los Caziques, con intento de regalarlos, para que no [p. 379] impidiesen al que quisiesse ir conmigo; y antes que yo dixesse palabra, se levantó un hechizero, y me dixo: “Mucho nos assombraríamos, si hizieras ahora un milagro”. Respondile, que no fuera difícil, si fuera necesario para que se convirtiesen; pero haviendoles Dios dado luz para conocer la verdad, que yo les avia predicado, no serviría el milagro más que para admiración curiosa. Otros disparates proponía el hechizero, hasta que enfadado de oírles un Cazique, le mandó callar, y se fue corrido.

7 A este tiempo el hechizero Cloya (de quien dixe arriba) salió pidiendo la paga por su hermano; yo le ofrecia lo que avia dado á otros; pero él no se contentó, por lo qual huve de redoblar el precio, con que se fue; y entró su hermano mayor, muy enojado contra el dicho su hermano, por aver usado tal excesso conmigo, sin avisarle á él, que como mayor debia esperar su consejo, &c. procuré apaciguarle, diziendole que tenia razon en quejarse, de que

no le huviesse consultado su hermano menor; que por lo que á mi toca, yo le perdonava; con esto pacífico, se salio. Despues quando todos estavan dormidos, llegó el Cazique convertido muy alegre, con la licencia deseada de su tio, que le dixo, le seguiria despues; pero que en viendose ya en la reducion, le avisasse como se hallava con la vida Christiana. Con sumo gozo de mi alma le cargué de quantos regalos pude hazerle al tio. Dixome el sobrino, que yo partiesse delante, y vendira despues: y aunque senti el que no fuesse por delante, fiando en Dios, la mañana siguiente, despues de Missa, y despidiendome de todos; parti con mi gente y á medio dia alcancé los diez y seis convertidos, que avían partido antes. Hallé con estos a un hijo del Cloya hechizero, que huydo de su padre venia: encomendele á un Indio Christiano, para que adelantándose con el muchacho, no le encontrasse su padre: descuydase el Christiano, vino el padre, y llevó al hijo, sin avisarme, que a saberlo yo, no le hubiera llevado, aunque me costara la vida. Dexó dicho el muchacho, que descuydando su padre, él se vendria con otros muchos, que intentavan huirse de los que les estorvan su salvacion. Caminamos hasta la noche, con harto desconsuelo de aver perdido aquella obeja.

8 Otro dia por la mañana embié quatro Christianos, que espiassen al Cazique, que avia de venir con su familia, y ganado, que tenia, y me avisassen luego, en pareciendo. Caminé hasta medio dia, y aviendo parado, tuve luego nueva, como venia, y que le esperasse, porque traia una criatura enferma, y tambien los cavallos se le avian cansado: por lo qual era forçoso caminar despacio, hasta alcançarme. Em- [p. 380] biele cavalgaduras al camino, con que pudo en breve llegar con toda su familia, que constava de diez y seis personas: tres mugeres suyas, y su madre, un cuñado, hijos, y sobrinos, excelentes moços y que fue para mi su vista de sumo gozo. Triunfó en este Cazique la gracia de Dios contra el Demonio, que por medio de sus parientes, le hizo cruel guerra. Pero anduvo tan valeroso, que se levantó á media noche, dexando cantidad de bacas, y cavallos, que tenia, y se partió á aquella hora. Pidieronle dos de los mas principales Caziques, que bolviesse despues por ellos, assegurandole, con lagrimas, que todos quedaban como huerfanos sin tan esforçado y amado compañero, que era toda su confiança. Assi le dieron todos poderosa bateria, y en especial dos Caziques le acompañaron quatro leguas, para detenerle con ruegos, y lagrimas, el uno hechizero. Pero el resuelto Cathecumeno, les respondió que eran unos gallinas, que quando le veian en poder de sus enemigos, huian, y le dexavan solo, y que ahora quando él queria librarse, buscando remedio para si y para ellos, le impedian; que en vano le cansavan, porque el avia de cumplir su palabra al Ministro de Dios. Assi los despidio muy desconsolados: aunque no faltaron otros, que le siguieron mas de diez leguas, reforçando la bateria, con tal eficacia que á no estar fortalecido de el todo Poderoso, le huvieran vencido. A todas sus instancias respondió, que avia comido las palabras, que avia predicado el Ministro de Dios; y estas no le dexavan dormir, ni descansar, por lo qual no podia hazer otra cosa; que no le cansassen tan importunos. Con esto lo dexaron, no sin daño; porque hizieron presa sus astutas, y mal fundadas razones en otro Cazique muchacho, que venia con él, y menos constante, retrocedió, bolviendose con los Gentiles á su madre viuda, que no avia querido acompañarle. Sentí mas de lo que puedo explicar, el tiro que nos hizo el Demonio, en aquel muchacho, que descubria muy amable natural; si bien espero en nuestro Señor, que le traerá despues, con todos los demás, según la buena disposicion, que veo en los animos. Y me dize este buen Cazique, en sabiendo bien los Misterios de nuestra Santa Fé, y costumbres Christianas, bolveriamos á ganar á los suyos: y entonces vendria su tio, y otro Cazique llamado Yaguareté, a quienes seguirian todos los demás, por ser estos dos los mas principales, que los supeditan.

9 Las almas, que vinieron conmigo, son treinta y dos, de ellas están ya diez bautizados. En recibiendo el Bautismo este buen hijo, bolveremos por los demás: si el dueño de esta viña las trae, como va trayendo, pues [p. 381] llegaron despues de escrito lo de arriba otras diez personas a onze de Noviembre, movidas de aquel muchacho, que arriba dixé avia retrocedido de el camino, por instancia de los Infieles; aunque el dize, que bolvió de su voluntad, no á la vida infiel, sino por atraer a su madre, y otra muger de su padre difunto, y á siete hermanos, de los quales baptizé luego quatro, que eran infantes. Vinose huyendo con la familia, porque no le estorvassen los Infieles, que ya querian matar á su madre, por sospechar queria venirse. Bien ha manifestado este muchacho su famoso natural, y aliento: con que se avivan las esperanças de que toda su parcialidad se ha de convertir, y mas aviendo ya muerto aquel terrible hechizero, que me propuso los disparates, arriba referidos, y quiso despacharme al Cielo: con que tenemos un estorvo menos, y no ha buuelto a resucitar, como él mentia, que le avian certificado en la otra vida. Asseguran este muchacho, y su familia, que fueron en gran numero los que venian en mi seguimiento, para convertirse, pero que los Infieles, con gran fuerça, los atajaron los passos, haziendolos bolver á sus esteras. Despues á diez y siete de Noviembre llegaron doze Infieles, con bacas para vender á esta Pueblo, entre ellos venia un hijo del Cazique verforoso, que yo traxe, y venia con intento de inquirir, que vida era la de los Christianos, que comodidades, &c. y bolver á informar á otros, que lo deseavan saber. Quedóse de esta vez con su padre, y llevó otro el informe. Vino tambien otro Cazique con el mismo intento, y me dió palabra de bolver luego con su familia, y vasallos; la qual promesa hizieron los mas de ellos, á quienes cada hora espero los huespedes; todos están contentissimos, y bien hallados. El Señor por intercession de su Santissima Madre, y del Glorioso Apostol, y Patron San Francisco Xavier, se sirva de traerlos todos luego, &c. Santo Thomé, y Diziembre 10. De 1683. Hasta aquí la carta.

Capítulo XXV

Nueva reducion de los Guanoás, y otras de los Yárós, desierta.

1 De la qual consta el modo mas comun de aquellas conquistas, el sumo zelo con que alli buscan las almas los infatigables Missioneros, y los frutos, que producen. Repetidas despues las correrias, se agregaron tantos de los Infieles, que pudo ya el año de ochenta y cinco formarse otra reducion nueva, con los Neophitos, y Cathecumenos, que cada dia recibe nuevos aumentos, y se espera fundar otras con las demás Naciones de aquellas Costas, que corren de Norte á Sur, entre el [p. 382] rio Uruguay, y el mar. Otras Naciones ay entre el dicho rio, y el de la Plata, que discurren por las tierras, desde la reducion de el Yapeyú, por mas de cien leguas de largo, hasta la junta de estos dos caudalosos rios, á veinte leguas, poco mas, ó menos, antes de Buenos Ayres, cuyas costumbres, y trage son casi en todo semejantes. La mas nombrada Nacion, y parcialidad, es la de los Yárós, enemigos mortales de los Guanoás, por andar tan vezinos, que solo media entre unos, y otros el dicho rio Uruguay, el qual passan los Yaros, quando sus excessivas y rapidas crecientes lo permiten, nadando, en que son muy exercitados desde niños, y matan, ó cautivan á los Guanoás. Estos años se conservan pacíficos con los Españoles de las Ciudades de Santa Fé, y de las Corrientes; como tambien con los Indios de las reduciones, cuyos Missioneros agregan algunos a la vida Christiana. Y reducidos los Guanoás, sus enemigos, será mas fácil convertir á estos, quando estarán mas libres de las guerras, que ahora los traen tan perturbados, que muy pocos son los que atienden a lo que se les predica.

2 De estos Barbaros tenian ya los fervorosos Padres Jesuitas formada nueva reducion, debaxo de la tutela de San Andres Apostol, pocas leguas mas abaxo de el Yapeyú, en las mismas tierras de los Yarós. Eran ya muchos los Christianos, y mas los Cathecumenos, que vivian con demostraciones de grande consuelo, por las comodidades, que alli gozaban, muy distintas de las que podian en su gentilicia dispensacion adquirir. Avian celebrado las Visperas de una gran festividad, con grande regozijo, hasta muy entrada la noche. Y la mañana siguiente, mal aconsejados de algun Ministro de el Demonio, los principales acudieron al Padre Francisco Ricardo, su Parroco (Flamenco, y un Apostol de aquella florida Christiandad, que siendo Superior de todos los Missioneros, murió el año de mil seiscientos y setenta y dos, con meritos y fama de insigne santidad.) Era este gran Missionero el que los avia reducido, á costa de inmensos trabajos, y prudentes medios. Dixeronele, que todos querian dexar el Pueblo, y bolverse á su barbaro modo. Preguntoles el Padre; qué si les faltava algo, si tenian algun pesar; si deseavan comodidad, que pudiesse darles?. Y respondiendo ellos, que tenian alli todo quanto podian apetecer; y solo avian tomado aquella nueva resolucion, porque les predicava, que el Dios de los Christianos sabe tanto, que nada ignora, y es tan Inmenso, que en todo lugar asiste, mirando quanto sucede; que ellos no querían [p. 383] Dios que viesse tanto, y en sus bosques obraavan mas sin registro. Propuseles el zeloso Ministro que igualmente estava Dios presente en el rincon mas retirado de los Infieles, cuyas maldades esta mirando para castigarlas, como Juez de vivos, y muertos, y que las penas les alcançarian mayores á ellos, que aviendo conocido á su Criador, le bolvian tan ingratos las espaldas, por seguir al Demonio, que solo quería llevarlos al Infierno, por una vida tan miserable. &c. Estas, y otras razones de suma eficacia, no pudieron descantillar aquellos torpes entendimientos de aprehension tan bruta, tras la qual se fue su voluntad, y tan á ciegas, que sin quedar alguno en el Pueblo, dexaron solos á los dos Missioneros, que llorando, con lagrimas del coraçon, la perdida de su rebaño, se retiraron á las otras reducciones, y empressas mas fructuosas.

Antonio Sepp

Antonio Sepp —1655, Klatern, Tirol (Austria)-1733, Misiones (Argentina)— fue padre jesuita y misionero. En 1674, ingresó en la Compañía de Jesús y en 1691, con 36 años de edad, llegó a América junto con otros 44 religiosos. En un principio fue asignado a Yapeyú (1691-1694), luego, entre 1694 y 1697, trabajó en las reducciones de Encarnación, Santa María de la Fe, San Carlos y San Ignacio Guazú, y en 1697 pasó a la reducción de San Miguel.

En 1698, le tocó fundar la reducción de San Juan Bautista, al oriente del río Uruguay, de cuyo trazado del pueblo y de los pueblos edificios fue autor. Fue párroco de esa reducción en 1703, donde fue acusado de mala conducta por los indios y removido por el padre provincial; sin embargo, cuatro años después fue reinstalado. En 1710 dejó definitivamente el lugar, pasando en los años siguientes por distintas reducciones. Entre 1710-1713, pasó por la reducción de San Lorenzo, entre 1713-1714 por la de San Javier, entre 1714-1730 por la de La (Santa) Cruz y, finalmente, por la reducción de San José, donde falleció el 13 de enero de 1733. Permaneció en América como misionero durante 42 años.

Sepp nos ha legado una vasta obra. En 1696, publicó en alemán *Relación del viaje de Cádiz a Buenos Aires y primer relato sobre su actividad misionera*. En 1710, apareció, también en idioma alemán, *Continuación de la relación de las curiosidades de Paracuaria y de los pueblos que viven allá, así como de la obra realizada por los misioneros de la Sociedad de Jesús en este país*. La editorial Universitaria de Buenos Aires editó, con prólogo y notas de Werner Hoffman, tres tomos con la obra de Sepp (1971, 1973, 1974). La publicación de 1971, *Relación de viaje a las misiones jesuíticas*, es la que presenta las cartas de Sepp en su viaje a Yapeyú y su encuentro con los yaros.

Por su parte, Horacio Arredondo publicó en 1957, en traducción al español, algunos fragmentos de una versión en portugués de 1943.

Es, específicamente, en la carta que redacta para ser publicada (*Relación de viaje a las misiones jesuíticas*) que se describe su llegada al Río de la Plata, con algunos apuntes de aspectos geográficos de la costa y su entrada a Buenos Aires. La misiva detalla su viaje desde Buenos Aires a la reducción de Yapeyú. En este trayecto sobre el río Uruguay se sucede el encuentro con los yaros, sobre los que afirma: «De todos los infieles son ellos los más arrojados y fuertes, los más belicosos y los más dedicados a la nigromancia. Éstos son los llamados yaros». Asimismo, hace varios apuntes etnográficos de interés, en los que se destacan algunas exaltaciones propias de su condición de misionero.

Autor: Antonio Sepp

Título: *Relación de viaje a las misiones jesuíticas*

Publicación: *Relación de viaje a las misiones jesuíticas*, por Werner Hoffman, tomo I. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1971

Nota: Carta de Antonio Sepp S. J. (mayo de 1691)

Transcripción: pp. 172-177

El día 20, al amanecer, vino corriendo toda una turba de salvajes bárbaros hacia nuestras naves. De inmediato les enviamos al intérprete, para preguntar qué deseaban. Respondieron que vendrían en paz, ofreciendo a los Padres algunos caballos en venta.

Cuando oímos eso, fuimos a tierra y los saludamos muy amablemente por intermedio del intérprete y les preguntamos cuánto querían por cada caballo. Uno de los salvajes quería agujas, otro alfileres, otro un cuchillo, éste un poco de tabaco, aquél un trozo de pan y una caña de pescar. Uno entre ellos sólo pedía un poco de una hierba paraguaya, que no está compuesta sino de las hojas tostadas de un determinado árbol, reducidas a polvo. Los indios echan este polvo en el agua, y luego beben de ella, y eso parece ser extremadamente sano. Otra vez informaré más sobre ello. Compramos, por consiguiente, más de veinte grandes, hermosos caballos y no gastamos por todo ni un tálero. Eso era una buena compra, ¿no es cierto? Sin embargo, los bárbaros se regocijaban por su paga, silbaban de alegría, 10 que es su costumbre, y daban las gracias muy amablemente, si se puede hablar de amabilidad en gente tan salvaje y primitiva.

Su vestimenta se componía sólo de una piel de ciervo, que llegaba desde el hombro hasta el suelo. El mismo cacique máximo, quien por otro lado, siempre es un nigromante y brujo, estaba vestido con una piel de ciervo semejante, mientras la plebe vulgar lleva una piel alrededor del cuerpo sólo hasta las rodillas. Las niñas y niños corretean como Dios los creó, in puris naturalibus. Sobre la cabeza tienen nada más que su largo, despeinado, desgreñado pelo negro como el carbón, que parece la cola de un robusto caballo. Sus orejas están perforadas. En lugar de pendientes, usan ciertos trozos de ballenas, parecidas al nácar, o bien algunas plumitas teñidas, atadas a un hilo. Asimismo, los muchachitos y las niñas llevan para adorno [p. 172] de los labios huesos blancos, muy cerca de la mitad del mentón, que son tan largos como los dedos y tan gruesos como un punzón. Empero, si los niños llevan plumitas blancas en vez de hueso, esto es un signo de nobleza, o un signo de que son hijos del brujo. En lugar de algún collar usan una corona de plumas teñidas, unidas por hilos, sobre la piel desnuda. Los hombres tienen casi la altura de los europeos, pero son más regordetes y tienen miembros y piernas más grandes. Las caras se asemejan a; todas entre sí, como fundidas en el mismo molde; no son alargadas, sino redondas, no tienen ningún relieve como las nuestras, sino son aplastadas y chatas, no negras como el carbón como los negros africanos, sino castaño oscuro, y horribles y monstruosas de ver. En la mano llevan continuamente un arco y un haz de flechas. De todos los infieles son ellos los más arrojados y fuertes, los más belicosos y los más dedicados a la nigromancia. Éstos son los llamados yaros 76. Y son aquellos que quisieron matar al santo hombre Antonio Bóhm, como ya he mencionado brevemente, y como más abajo relataré más detalladamente. Para convertir a éstos, fue enviado por los superiores antes que ningún otro Padre misionero, y aún hoy vive entre ellos, en el mayor peligro y desamparo, en trabajo y sudor.

Algunos de estos bárbaros estaban, además, cortados y mutilados en todo el cuerpo. Pero las heridas habían cicatrizado nuevamente, de modo que sólo se veían las marcas. En realidad, sólo los más fuertes, grandes y nobles entre ellos llevaban estas señales de los martirios. No sufren la cruel mutilación y vejamen, de la cual estas cicatrices son las marcas, cuando ya son fuertes y adultos, sino ya en la primera juventud, y soportan la prueba con suma paciencia, sin quejas ni gemidos, sino con risas. Si sufriesen estos martirios por Dios, sin duda alguna serían verdaderos mártires de Cristo. De este modo sólo son mártires del diablo, que imita ridículamente en todo a la Iglesia cristiana.

Para describir a las mujeres, preferiría el pincel a la [p. 173] pluma. Oh, reverendos Padres, carísimos Hermanos y afectuosos lectores. Si veis retratada la imagen de una furia infernal o de un fantasma, de una medusa o de una Megera, habéis visto una mujer indígena de los yaros. El pelo es negro como el carbón y desordenado, culebreante y

desgreñado; cuelga sobre la espalda, pero también cubre la frente y llega hasta por debajo de los ojos. Es espantoso de ver, y no solamente para nuestros pequeños, blancos angelitos europeos, sino también para las más resueltas mujeres, Amazonas y heroínas. El rostro es feo, curtido y cubierto de mil arrugas. Sus dientes son blancos como la nieve y lo más hermoso en estas mujeres infernales; y enseñan estos dientes como los machos cabríos. Sus cuellos están escamados como con verdaderas escamas de pescado, pues llevan un adorno de ballena, que parece de nácar, al cuello; del mismo material son también sus brazaletes; por lo demás, los brazos, cuello y pecho están desnudos. La bruja y nigromante, que es la mujer del cacique, llevaba una verdadera corona en la cabeza, triple como la corona papal, pero no exquisita, sino trenzada de paja. También en esto podemos reconocer la monería del mono infernal.

No acuestan a sus hijitos pequeños en la cuna, sino que los envuelven en una piel de tigre cruel. También los destetan pronto, y en lugar de leche les dan largos trozos de carne cruda, de los cuales estas inocentes criaturas chupan la sangre. ¡Oh, mis dulces, queridos angelitos europeos! ¡Cuánto mejor es la leche que mamáis de los pechos de vuestras madres! Estas mujeres aquí, antes que madres, parecen sanguinarias tigresas y verdaderas Megeras y furias infernales.

Los hombres tienen además la siguiente costumbre: cuando se les muere un pariente de primer grado se cortan un dedo en la mano izquierda, es decir, que pierden tantos dedos como consanguíneos. Más horrible y cruel es lo que sigue: cuando muere la hija más bella -en tanto se pueda encontrar una bella entre estas furias infernales- organi- [p. 174] zan una comida, en la cual pasan la calavera de la muerta para la francachela, bebiendo entonces del cráneo.

Todo esto sea relatado con motivo de nuestra compra de caballos.

Ahora veréis si me es posible comprarles un inocente corderito y angelillo. Quiero darles por él agujas y alfileres, cuchillos, anzuelos, pan, tabaco o hierba mate, tanto como desean, de acuerdo al precio en que evalúan a su joven mercadería.

El 22 de Mayo bajamos nuevamente a tierra de los paganos e infieles, para comprarles carne, pues habían sacrificado una gran cantidad de reses. A quince pasos de la ribera vimos sus chozas, que no eran otra cosa que paredes de junco trenzadas, y que estaban erigidas del lado que soplaba el viento 77. Los utensilios domésticos y de cocina consistían en zapallos ahuecados, en los que buscaban agua del río. Estaban en el suelo, y por encima no había techo. En lugar de un asador utilizaban dos varillas. Su lecho era una piel de tigre o buey, tendida sobre el suelo desnudo, su cubierta de cama era la vasta bóveda celeste. El mago y cacique máximo tenía un lecho un tanto mejor, pues era de hilo anudado, lo que parecía una red de pescador tejida, y que estaba extendido en el aire entre dos árboles, de manera que el cacique podía dormir a resguardo de las víboras y escuerzos, que aquí son grandes e incontables, y de los crueles tigres, que por aquí andan sueltos en tropeles.

Hacia estos indios nos acercamos todos los Padres misioneros e indios bautizados. Y porque los nuestros eran muchos, estos pobres necios se asustaron sobremanera; temblaban como hojas, pues creían que los queríamos tomar prisioneros. Mas cuando en lugar de las espadas, sables y lanzas sacamos de nuestros bolsillos alfileres, agujas y anzuelos, perdieron el miedo y vinieron a nuestro encuentro extendiendo las manos. Aquí uno cogía una aguja, allá otro un anzuelo; a otros, en cambio, les llamaba la atención nuestro blanco pan. Por ello nos daban la mejor y [p. 175] más gorda carne de vaca -como ya he relatado, la carne

de buey no es tan buena y por eso no es comida- para nuestros trescientos remeros e indios; para nosotros, en cambio, la más linda y fresca carne de ternero.

Entre tanto, yo fijaba sin cesar mis miradas sobre los pequeños inocentes niñitos, de los cuales pululaba todo un montón como pequeñas ovejitas. Se me partía el corazón y me movía a delicada compasión cuando pensaba que estos inocentes angelitos, rescatados con la cara, rosada sangre de Jesucristo, llegarían a ser privados del cielo y, un día, convertidos en hijos de la eterna perdición. Cuando un gracioso chicuelo acudió hacia mí, pregunté inmediatamente al intérprete por el padre. Éste me fue señalado, y así fuimos con el niño hacia la madre. Le di un pedazo de pan y le pregunté si no deseaba agujas y alfileres. Respondió afirmativamente a mi pregunta con la boca sonriente. A lo cual continué preguntando cuántas agujas, alfileres, anzuelos y tabaco quería ella por este niño, y al padre le prometí llevar al chicuelo conmigo, vestirlo con ropa nueva y mantenerlo durante toda su vida. El bárbaro se mostró dispuesto de inmediato. La madre, empero, no quería consentir, sino que discutía la compra. Le mandé decir que todavía tenía toda una serie de niñas y niños; ¿qué le importaba, pues, este niño? O bien, si no quería vender precisamente este chicuelo, yo también estaría satisfecho tomando aquella niña, en cuya cabecita pose inmediatamente mi mano, y yo le pagaría muchas agujas, alfileres y anzuelos por ella. Al principio parecía como si esto no resultase difícil para la vieja bruja. Mas cuando quise iniciar el pago y extraje las agujas y alfileres, desenvolviéndolas de su papel azul, el amor natural luchó en su interior y el espíritu diabólico encendió aún más' este fuego materno. Finalmente, anuló totalmente la compra y me negó también la niña, que yo ya suponía tener en mis manos. No obstante, el comprador resultó más generoso que el vendedor; les obsequié abundantemente, como para que en sus corazones quedase por lo menos un buen afecto hacia [p. 176] mí y hacia la mansedumbre cristiana, en la esperanza que otra vez la misericordia divina consentiría en dejar a mi cuidado, quizás hasta gratuitamente, a esta deliciosa y cara mercadería. Luego que hubimos tomado la carne, nos embarcamos nuevamente. [...]

Referencias bibliográficas

- Acosta y Lara, E. (1998). *La guerra de los charrúas*. Montevideo: Linardi & Risso.
- Aliverti, O. E. (1999). Historia y ficción literaria en el siglo XVII: la Argentina de Ruy Díaz de Guzmán. En *Actas del V Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro (AISO) Münster, 20-24 de julio de 1999*. Madrid: Vervuert Verlagsgesellschaft.
- Barreto, I. (2008). *Estudio biodemográfico de la población de Villa Soriano, departamento de Soriano, Uruguay* (Tesis para la obtención del grado de doctor en Ciencias Biológicas. Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina).
- Barreto, I. (2016). Frontera, heterogeneidad y mestizaje en la Banda Oriental. Los procesos vividos desde el siglo XVI al XVIII. En N. Siegrist, S. Olivero e I. Barreto (coords.) *Atravesando barreras. Movilidad socio-étnica y cultural en Hispanoamérica, siglos XVII-XIX* (pp. 236-263). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Barrios Pintos, A. (2008). *Historia de los pueblos orientales. Sus orígenes, procesos fundacionales, sus primeros años*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, Ediciones Cruz del Sur.
- Bracco, D. (2004). *Charrúas, guenoas y guaraníes. Interacción y destrucción; indígenas del Río de la Plata*. Montevideo: Linardi & Risso.
- Bracco, D. (2016a). Charrúas, bohanes, pampas y guenoa minuanos en los pueblos de Misiones. *Folia Histórica del Nordeste*, 27, 199-212.
- Bracco, D. (2016b). Los guenoa minuanos misioneros. *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria*, 24(1), 33-54.
- Cabrera Pérez, L. (2001). El rol del ganado vacuno en la organización socioeconómica del indígena de la Banda Oriental. *IX Congreso Nacional de Arqueología. AUA. Colonia del Sacramento*, 2, 211-220.

- Cabrera, Pérez, L. (2015). Pueblos originarios y frontera en los territorios del este del Virreinato del Río de la Plata. *Revista Têfros*, Dossier homenaje a Martha Bechis. Segunda parte, 1(3), 4-21.
- Cabrera Pérez, L. y Barreto, I. (1998). Los procesos de desintegración sociocultural indígena durante el siglo XVI y comienzos del XVII en el sur del Brasil y Río de la Plata. En *Actas del IV Congreso Internacional de Etnohistoria*, tomo II (pp. 15-31). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- De Azara, F. (1847). *Descripción é historia del Paraguay y del Río de la Plata*, tomo I. Madrid: Imprenta de Sanchiz.
- Furlong Cardiff, G. (1936). Cartografía jesuítica del Río de la Plata. Jacobo Peuser. Granada, G. de (1979). Personalidad histórica y perfil lingüístico de Ruy Díaz de Guzmán. *Theasurus*, XXXIV (1-3).
- Guérin, M. Á. (1974). Las ediciones de la *Colección...* de Pedro de Angelis. *Revista del Instituto Nacional Superior del Profesorado Joaquín V. González*, 1(1).
- Levene, R. (1924). *Introducción a la historia del derecho indiano*. Buenos Aires: Abeledo.
- Lizárraga, R. de (1916). *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile* (transcripción). Disponible en <https://bit.ly/3NNpxsO>
- López Mazz, J. y Bracco, D. (comps.) (2010). *Minuanos: apuntes y notas para la historia y la arqueología del territorio guenoa-minuan*. Montevideo: Linardi & Risso.
- Lozano, P. (1874). *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Edición publicada y anotada por Andrés Lamas. Buenos Aires.
- Peña, E. (1912). *La Argentina. Poema histórico. Martín del Barco Centenera. Apuntes bio-bibliográficos*. Disponible en <https://bit.ly/3OcFryI>
- Porto, A. (1954a). *História das Missões Orientais do Uruguai (Primeira parte). Jesuítas no Sul do Brasil*, vol. 3. Porto Alegre: Livraria Selbach.
- Porto, A. (1954b). *História das Missões Orientais do Uruguai (Segunda Parte). Jesuítas no Sul do Brasil*, vol. 4. Porto Alegre: Livraria Selbach.
- Rojas, R. (1916). *Descripción colonial. Libro primero* (Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile [1605]).
- Romero, C. (1908). *Descripción y población de las Indias* (Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile [1605]). Lima: Imprenta Americana.
- Sallaberry, J. F. (1926). *Los charrúas y Santa Fe*. Montevideo. Gómez.
- Tieffemberg, S. (1991). *Martín del Barco Centenera. Argentina y conquista del Río de la Plata*, vol. 1 [Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filología y Letras]. Repositorio Institucional-Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filología y Letras.
- Tieffemberg, S. (2012). *Argentina: historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata de Ruy Díaz de Guzmán*. [Incluye la transcripción de uno de los códices y otras notas]. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Vázquez de Espinosa, A. (1948 [1630]). Compendio y descripción de las Indias Occidentales (transcrito del manuscrito original por Charles Upson Clark). *Smithsonian Miscellaneous Collections*, 108(1), 1-801.

Fuentes

- Azarola Gil, L. (1933). Hernandarias de Saavedra y la primera exploración del Uruguay. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 102 (enero-marzo 1933), 158-182.
- Barco Centenera, M. del (1912 [1602]). *La Argentina, o la conquista del Río de la Plata: poema histórico*. Disponible en <https://bit.ly/3zzh0Wt>
- Biblioteca Cervantes Virtual (s/d). *Biografía de Antonio Herrera y Tordesillas, cronista mayor de Indias*. Disponible en <https://bit.ly/3O8FVE1>
- Biblioteca Cervantes Virtual (s/d). *Biografía de fray Antonio Vázquez de Espinosa, carmelita descalzo*. Disponible en <https://bit.ly/39pOprN>
- Biblioteca Cervantes Virtual (s/d). *Biografía de fray Reginaldo de Lizárraga Orden de los Dominicos*. Disponible en <https://bit.ly/3NKaZuj>
- Biscay, Acarete du (s/d). *Relación de un viaje al Río de la Plata y de allí por tierra al Perú con observaciones sobre los habitantes, sean indios o españoles, las ciudades, el comercio, la fertilidad y las riquezas de esta parte de América*. Disponible en <https://bit.ly/3MEoWbK>
- Cuesta Domingo, M. (2015). *Antonio de Herrera y Tordesillas. Estudio crítico*. [Edición digital]. Madrid: Fundación Ignacio Larramendi.

- Díaz de Guzmán, R. (1835). *Historia argentina del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata* (transcripción). Disponible en <https://bit.ly/3MKzOVz>
- Herrera y Tordesillas, A. de (s/d). *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar océano que llaman Indias Occidentales* (transcripción). Biblioteca Virtual Universal. Disponible en <https://bit.ly/3aRKDHW>
- Herrera y Tordesillas, A. de (s/d). *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar océano que llaman Indias Occidentales* (transcripción). Biblioteca Digital de Castilla y León. Disponible en <https://bit.ly/3NMiAJI>
- Herrera y Tordesillas, A. de (1601). *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i Tierra Firme del mar océano que llaman Indias Occidentales. Década I a IV.*
- Herrera y Tordesillas, A. de (1615). *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i Tierra Firme del mar océano que llaman Indias Occidentales. Década V a VIII.*
- Herrera y Tordesillas, A. de (1729 [1601]). *Descripcion d[e] las Indias Ocidentales / de Antonio de Herrera coronista mayor de su Magd. de las Indias y su coronista de Castilla / al rey Nro. Señor.*
- Hoffman, W. (1971). *Antonio Sepp S. J. Relación de viaje a las misiones jesuíticas*, tomo I. Buenos Aires: Editorial Universitaria.
- Jarque, F. (1687). *Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*. Pamplona: Juan Micón Impresor.
- Musso Ambrosi, L. (2003). Los canarios en el Uruguay 1724 -1756. En *Memoria Digital de Canarias* (pp. 393-485). Gran Canaria: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Biblioteca Universitaria.

Óscar Marozzi

Siglo XVIII

Breve síntesis de la situación de la Banda Oriental a lo largo del siglo XVIII

La Banda Oriental en el siglo XVIII fue escenario de una serie de conflictos políticos territoriales e interétnicos cuyos antecedentes se remontan al proceso previo de colonización del Río de la Plata. En este sentido, este territorio debe ser entendido como un espacio de «frontera» en disputa entre los reinos de España y Portugal que supuso áreas de marginales y de exclusión, y que involucró, además, a una población heterogénea²⁰ que respondió a distintos intereses y estructuras socioeconómicas (Cabrera Pérez, 2015). Dentro de este marco témporo-espacial se generó una trama compleja de relaciones interétnicas y procesos de cambio cultural (Barreto, 2016; Cabrera Pérez, 1989 y 2015; Cabrera Pérez y Curbelo, 1988).

Los inicios del siglo XVIII encontraron al territorio escasamente poblado, pero marcado por una serie de conflictos que dan cuenta de la complejidad mencionada. Como consecuencia de la instigación portuguesa a los indios «infeles»²¹ del territorio para hostigar a los grupos misioneros que obstaculizaban su avance, y tras constantes arrebatos a las arreadas de ganado de los guaraníes misioneros, en 1701 se dio el asalto a la reducción de Yapeyú por parte de un grupo de indígenas coaligados integrado por charrúas, yaros y bohanes (Bracco, 2004; Cabrera Pérez y Curbelo, 1988).

Estos conflictos derivaron en la Batalla del Yi, desatada en febrero de 1702 a orillas del río homónimo —en el actual departamento de Durazno— que enfrentó a este grupo de indígenas al ejército guaraní misionero, al que se sumó un fuerte contingente guenoaminuano, y dejó como consecuencia varias centenas de muertos y prisioneros²² —alrededor de 500 mujeres y niños— que fueron enviados a las reducciones (Bracco, 2010 y 2016; Cabrera Pérez, 2015; Cabrera Pérez y Curbelo, 1988). Luego de esta derrota y de la expulsión de los portugueses de la Colonia del Sacramento —entre 1705 y 1715— con la intervención de las fuerzas guaraní misioneras, los grupos de «infeles» quedaron sin apoyo portugués (Cabrera Pérez y Curbelo, 1988).

20 Integrada por indígenas (misioneros y grupos móviles de cazadores, recolectores y cultivadores), mestizos, negros, europeos (curas, soldados, contrabandistas y comerciantes principalmente españoles y portugueses) y criollos (Barreto, 2016).

21 Siguiendo a Azpiroz Perera y Dávila Cuevas (2011: 7), «Las fuentes utilizan el término indios “infeles” para hacer referencia a los grupos de indios que habitaron las fronteras en las cercanías del Río Uruguay más al norte del Río Negro y que no estaban sometidos a reducción. Así los definían los españoles, o con términos similares, como salvajes, bravos o gentiles»: charrúas, guenoas, minuanoes y bohanes.

22 Esta situación fue recurrente a lo largo de todo el siglo, y es consecuencia de esta compleja trama de relacionamientos y conflictos político-territoriales e interétnicos agudizado en los espacios de frontera. El rapto y secuestro de mujeres se dio entre todos los grupos sociales y parcialidades: mujeres indígenas «infeles» y misioneras y europeas fueron raptadas, por ejemplo, por gauchos, indígenas y *bandeirantes* (Bracco, 2016).

Aprovechándose de esta situación, los padres misioneros comenzaron a ganarse su confianza a través del ofrecimiento de productos tales como el tabaco y la yerba, con el fin de conseguir explotar sin su oposición el sur de la Banda Oriental, tanto la Vaquería del Mar como, en algunas ocasiones, las inmediaciones de la Colonia del Sacramento (Cabrera Pérez y Curbelo, 1988). Esta situación, extendida durante todo el primer tercio del siglo XVIII, fue relatada por el padre Silvestre González —administrador y fiscalizador de las cargas de yerba y tabaco ofrecidas como tributos a los grupos guenoas— en su diario de 1706, en el que describe, además, el cambio cultural que comienza a darse en la Banda Oriental (Cabrera Pérez y Curbelo, 1988).

Con relación al papel que jugaron los indígenas misioneros en todo este proceso, cabe señalar, por un lado, su participación como brazo armado de la Corona española para frenar el avance portugués —participación que se dio, por ejemplo, en los tres sitios de la Colonia del Sacramento en 1680, 1704 y 1735—, para vigilar las costas del Río de la Plata evitando el desembarco europeo y para escarmentar a los grupos de indios «infieles» (Cabrera Pérez y Curbelo, 1988). Por otro lado, es importante destacar su empleo como fuerza de trabajo en obras de carácter militar, religioso y civil, descritas, por ejemplo, por el padre Cayetano Cattaneo en una carta dirigida a José de Módena en 1729 comentando acerca de la construcción de la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo (Cabrera Pérez y Curbelo, 1988). Por último, debe mencionarse su notorio aporte en tareas ganaderas, en la agricultura y en el rubro artesanal (Cabrera Pérez y Curbelo, 1988).

Hacia mediados del siglo XVIII, la Banda Oriental había alcanzado a poblarse de forma estable solo en el sur —territorio en disputa entre españoles y portugueses— y en el espacio misionero ubicado en el norte (Cabrera Pérez, 1989; Cabrera Pérez y Curbelo, 1988) —ver figuras que se muestran más abajo—. Los centros poblados se limitaban a Santo Domingo de Soriano²³, Colonia del Sacramento²⁴ y San Felipe y Santiago de Montevideo²⁵ (Cabrera Pérez, 1989 y 2015; Cabrera Pérez y Curbelo, 1988). Sin embargo, es a partir de este momento cuando el empuje poblacional comienza a expandir las fronteras cada vez más hacia el norte, dando lugar a nuevos poblados (Barreto, 2016; Cabrera Pérez y Curbelo, 1988).

Existían también estancias organizadas por los pueblos guaraníes para hacer frente a la escasez de ganado cimarrón como resultado de la explotación desorganizada, a la cual se le sumaba el asedio padecido por Buenos Aires y Santa Fe por parte de los grupos indígenas (Cabrera Pérez y Curbelo, 1988). Estas estancias eran Yapeyú —ubicada a lo largo del río Cuaró hasta el río Cuareim, en el actual departamento de Artigas— y San Miguel —ubicada en la actual ciudad de Bagé, en Río Grande del Sur— (Cabrera Pérez y Curbelo, 1988).

El resto de la campaña estaba bajo el dominio de grupos de indios «infieles», que aprovechaban la abundancia de ganado que se procreaba en las fértiles praderas del territorio y cuya reducción por parte de jesuitas, franciscanos y dominicos no tuvo éxito, a excepción de Santo Domingo de Soriano y de Concepción de Cayastá, en la margen izquierda del

23 Fundada en 1664 —fecha sobre la que hoy hay mayor consenso— en la provincia de Entre Ríos y trasladada luego a la Isla del Vizcaíno, primero, y hacia 1718 a su lugar actual.

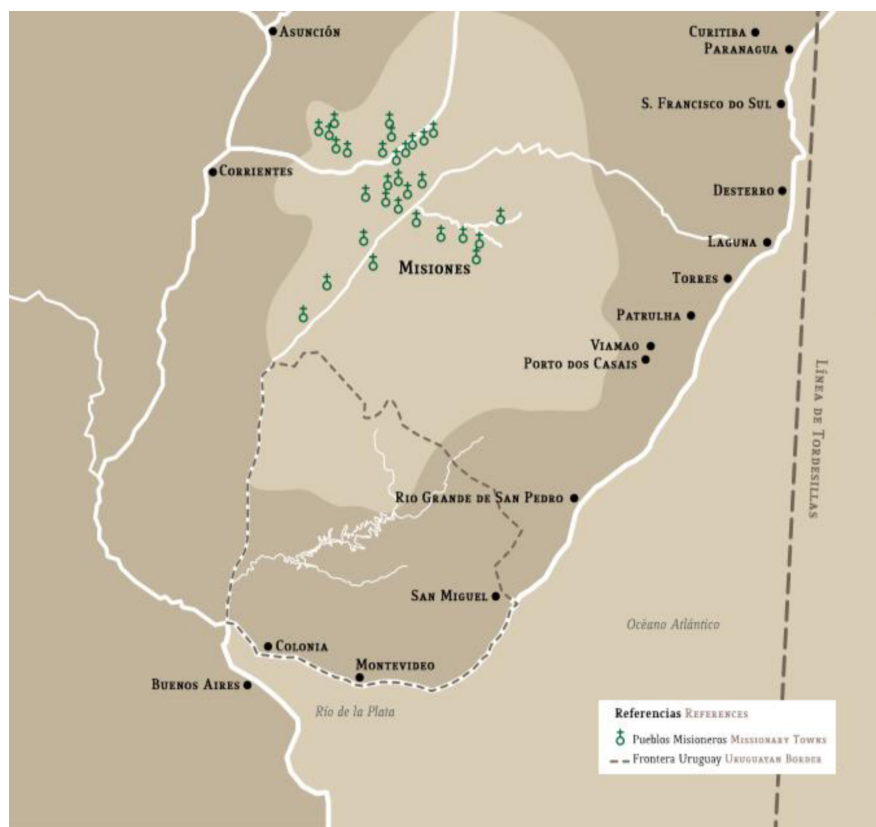
24 Fundada en 1680 y concebida por España y Portugal como un lugar estratégico de enclave en el Río de la Plata que se introducía, además, como una cuña en los dominios españoles.

25 Fundada en 1726 como centro político y administrativo de la Banda Oriental y cuya frontera se extendía no más allá de los 60 kilómetros de la muralla.

río Uruguay (Cabrera, 1989). Los pueblos que integraban este crisol (*sensu* Cabrera Pérez y Curbelo, 1988:123) se encontraban, no obstante, en proceso de adaptación, fusión y cambio en lo que respecta a sus estructuras socioeconómicas, como resultado de múltiples factores, entre los que se destacan: la fundación de la Colonia del Sacramento y la presencia portuguesa en el territorio; la introducción de la ganadería y las arreadas de la Vaquería del Mar; y la instalación de criolla para hacer corambre en Corrientes, Santa Fe y Buenos Aires (Cabrera Pérez, 1989).



Mapa de las Misiones de la Compañía de Jesús. Realizado por Joseph Quiroga en 1749 e impreso en Roma en 1753. Acervo del Museo de Arte Precolombino e Indígena (MAPI). Imagen tomada de MAPI (2014: 29).



Territorio de las Misiones jesuíticas de guaraníes: pueblo y estancias. Mediados del siglo XVIII. Imagen tomada de MAPI (2014: 32). Las fronteras de Uruguay corresponden a los límites actuales y sirven a modo de referencia.

La introducción de la ganadería, además de propiciar el cambio económico, ergológico y de su movilidad, incentivó la ocupación de nuevos ambientes y empujó el contacto entre las distintas parcialidades y entre estas y los colonizadores (Cabrera Pérez, 1989). Justamente, fue la riqueza ganadera del territorio uno de los estímulos para la expansión en la Banda Oriental por parte de los conquistadores y que derivó en el contacto con grupos indígenas más allá de la franja costera del litoral atlántico y de los grandes ríos (Cabrera Pérez, 1989). En este avance, los portugueses intercambiaron con los grupos de indios «infieles» aguardiente y «chuzas» por ganado e instigaron a estos grupos, además, a la ofensiva contra españoles y misioneros, quienes obstaculizaban su expansión y control territorial (Cabrera Pérez, 1989 y 2015; Cabrera Pérez y Curbelo, 1988), tal como se expuso en párrafos anteriores. Esto se tradujo en constantes enfrentamientos con períodos de paz impuestos por campañas de matanza y reparto de prisioneros (fundamentalmente, mujeres y niños) entre el cuerpo de tropa —integrado por pobladores voluntarios de la jurisdicción de Montevideo—, la población estable o de las misiones (Cabrera Pérez, 1989).

Sin embargo, a mediados del siglo XVIII se intentó establecer la pacificación solicitando colaboración de la Compañía de Jesús para establecer una reducción minuana en la jurisdicción de Montevideo —donde fijó residencia la orden en 1746— que no logró concretarse debido a que no estaba dentro de sus prioridades. La situación se agravó luego

de que en 1751 un grupo de minuanes atacara y robara ganados de los establecimientos de la Calera del Rey, próximos a Santa Lucía (Cabrera Pérez, 1989).

En cuanto a las disputas territoriales entre España y Portugal, el 13 de enero de 1750 se firmó el Tratado de Madrid, o Tratado de Permuta, para ponerles fin a los conflictos acarreados desde la firma del Tratado de Tordesillas —firmado en 1494—, que establecía unos difusos límites a los dominios de cada Corona y que los portugueses supieron expandir a su favor (Cabrera Pérez, 1989). Este nuevo tratado entregaba la posesión de Colonia del Sacramento a la Corona española y los territorios comprendidos entre Castillos y las nacientes del Ibicuí, y desde este punto hasta las márgenes del río Uruguay a la altura de los siete Pueblos Misioneros de la Compañía de Jesús (Cabrera Pérez, 1989; Cabrera Pérez y Curbelo, 1988). Estos pueblos estaban habitados por un número aproximado de 30.000 personas, quienes, ante estas nuevas circunstancias, debían abandonar su lugar, trasladándose algunos de ellos a nuestro actual territorio (Cabrera Pérez, 1989; Cabrera Pérez y Curbelo, 1988).

Este pacto, por un lado, motivó una serie de reclamos por parte de la Compañía de Jesús ante la Corona española, que amenazaba, incluso, con un levantamiento armado (Cabrera Pérez, 1989). Por otro lado, generó una fuerte oposición y resistencia por parte de los indígenas misioneros, lo cual no había sido tenido en cuenta por la Corona al considerar a la población indígena como un agente pasivo y sumiso a los misioneros (Cabrera Pérez, 1989). Las razones de la oposición de parte de los habitantes de los pueblos misioneros se debía, principalmente, al descontento ante esta situación, determinada por una puja entre dominios que les era ajena y que los obligaba a abandonar sus lugares de residencia, y a lo que este abandono significaba desde el punto de vista económico y afectivo: hogares, verbales, estancias, entre otros (Cabrera Pérez, 1989).

En 1752, llegaron de Europa los comisarios reales para la demarcación de límites —el marqués de Valdelirio, por España, y el capitán general de Río de Janeiro Gomes Freire de Andrade, por Portugal—, que comenzaron la tarea por Castillos Grandes, que se vio obstaculizada por algunos hechos vinculados al levantamiento armado en gestación (Cabrera Pérez, 1989). En concreto, este levantamiento se materializó en las acciones lideradas por el caudillo indígena José Sepé Tiarayú en Santa Tecla²⁶, quien impidió el paso a los demarcadores que retornaron a Montevideo y Colonia del Sacramento, respectivamente, y que llevó a considerar seguir la iniciativa de guerra a los indios y curas con el fin de imponerles a la fuerza lo pactado en el tratado (Cabrera Pérez, 1989). En consecuencia, se desencadenó un levantamiento en armas conocido como «Guerra Guaranítica», que para principios de 1754 abarcaba a todos los pueblos misioneros y a finales del mismo año llegaba a una tregua entre portugueses e indígenas que dividió los enfrentamientos (Cabrera Pérez, 1989).

Al respecto, cabe señalar que hacia 1753 aparece la primera referencia en los documentos de época del acercamiento entre indios «infeles» e indios «cristianos», alianza que se mantuvo hasta los últimos momentos del levantamiento guaraní y que produjo como resultado un cambio cultural importante para cada uno de los grupos implicados (Cabrera Pérez, 1989). Si bien los grupos charrúas y minuanes participaron en enfrentamientos armados, su aporte fundamental fue la observación y guerrilla en un territorio que conocían

26 Oratorio y puesto avanzado de la estancia jesuítica de San Miguel de las Misiones, ubicado cerca de las fuentes del río Negro, dentro del actual municipio de Bagé, en el estado de Río Grande del Sur, en Brasil.

de forma minuciosa, actuando los primeros hacia el oeste y los segundos, junto con guenoas, hacia el este del territorio (Cabrera Pérez, 1989).

Desde el lado de las fuerzas española y portuguesa, estas partidas demarcatorias supusieron una mejor penetración y reconocimiento en profundidad del territorio de la Banda Oriental (Cabrera Pérez, 1989).

La Guerra Guaranítica colocó a la Compañía de Jesús en el centro de las críticas y cuestionamientos por parte de la Corona española, que acusaba a los curas misioneros de fomentar la resistencia de los guaraníes que debían abandonar los pueblos como parte del pacto acordado en el tratado (Cargnel, 2009). Por otra parte, los indígenas misioneros —ahora actuando bajo libre albedrío sin la conducción de los jesuitas— afrontaron problemas internos, tales como desavenencias, rivalidades, desorganización y falta de preparación para el conflicto pese al liderazgo de Nicolás Ñeengiurú y José Sepé (Cabrera Pérez, 1989). Todos estos problemas, sumados a las pérdidas humanas en las distintas batallas y enfrentamientos, condujeron a un debilitamiento de la resistencia hasta que las fuerzas peninsulares lograron arribar en 1756 a San Miguel (Cabrera Pérez, 1989). Los pueblos comenzaron poco a poco a obedecer al gobernador español; sin embargo, luego de la muerte de Fernando VI, la Corona fue perdiendo interés en estos territorios y se generalizó la idea de la anulación del tratado (Cabrera Pérez, 1989). Para ese entonces, la población indígena misionera había disminuido a la mitad tras los decesos provocados por los enfrentamientos y sus remanentes o bien se agregaron a los grupos charrúas y minuanes dispersos por la campaña, o bien se trasladaron e integraron a otros centros poblados (Cabrera Pérez, 1989). Esta situación se agudizó con la expulsión de la Compañía de Jesús de América en 1768, en tanto se produjo una ruptura definitiva del sistema misionero jesuita, quedando las misiones bajo la administración española (Curbelo y Barreto, 2010). Este hecho generó un cambio en la rígida organización generada por los jesuitas y, por consiguiente, un quiebre en la vida cotidiana de los indígenas misioneros, acelerando aún más el abandono de los pueblos y de sus actividades económicas y sumiéndolos en la miseria (Curbelo y Barreto, 2010).

Este desdoblamiento, junto a la posterior expulsión de la Compañía de Jesús y a otros factores, agudizó la desarticulación del sistema misionero (Cabrera Pérez, 1989). Es a través de los padrones, libros parroquiales y archivos judiciales que queda en evidencia el aporte significativo de los indígenas misioneros al proceso fundacional de nuestro territorio (Cabrera Pérez y Curbelo, 1988).

Con relación a los indios «infeles», en 1762 se dio un acercamiento entre los minuanes y la población de Montevideo a través de la firma de un acuerdo de paz con el Cabildo y de su instalación dentro de la jurisdicción de la ciudad durante un período de dos años, lo que derivó en un contacto e intercambio intensos (Cabrera Pérez, 1989).

En el último tercio del siglo XVIII, ya se encontraban en el territorio más de una decena y media de pueblos, tales como San Fernando de Maldonado, Las Víboras, San Carlos, San José, Santa Teresa, Paysandú, Nuestra Señora de la Concepción de Pando, entre otros (Barreto, 2018; Cabrera Pérez y Curbelo, 1988). En este proceso la población guaraní misionera se vio afectada de diversas formas, ya fuera integrándose a los nuevos poblados, desertando e incorporándose a la población marginal de la campaña, o siendo destinados como mano de obra (Cabrera Pérez y Curbelo, 1988).

A finales de siglo, los grandes latifundios lograron expandir la colonización del territorio sobrepasando la jurisdicción de Montevideo hacia el norte, en un medio rural integrado por

una heterogénea población carente de tierra y de ganado, sintetizada bajo la denominación de «gaucho» o «gauderío» e integrada por indígenas, contrabandistas, portugueses y evadidos de los barcos que arribaban al Río de la Plata (Barreto, 2016; Bracco, 2004; Cabrera Pérez, 2015; Cabrera Pérez y Barreto, 2006; Cabrera Pérez y Curbelo, 1988; Dávila Cuevas y Azpiroz Perera, 2015). Esta situación, que se les presentaba a los hacendados como caótica, fue utilizada por estos como justificativo para la imposición de medidas drásticas orientadas a controlarla (Cabrera Pérez y Barreto, 2006).

En este marco es que se puso en marcha el plan denominado «arreglo de los campos», mediante el cual el virrey marqués de Avilés ordenó, por un lado, la creación del Cuerpo de Blandengues de la Frontera en 1796, con la consecuente fundación de pueblos como Belén y San Gabriel de Batoví; y por otro lado, encomendó al capitán Jorge Pacheco desarrollar una sangrienta campaña de exterminio que en 1801 produjo una baja significativa de la población indígena a causa tanto de las muertes como del reparto de cautivos —mujeres y niños— entre las familias de la sociedad colonial (Barreto, 2016; Bracco, 2016; Cabrera Pérez y Barreto, 2006; Dávila Cuevas y Azpiroz Perera, 2015).

Esta situación no quedó resuelta aquí, pues continuó en una serie de campañas de exterminio que poco a poco fueron desarticulando a las poblaciones indígenas del territorio a lo largo del siglo XIX.

Las fuentes del siglo XVIII

En cuanto a las fuentes existentes para el siglo XVIII, predominan en su mayoría las crónicas de los jesuitas, documentos que consisten tanto en Cartas Anuas²⁷ como privadas escritas por los misioneros jesuitas que arribaron a las tierras comprendidas dentro de los límites geográficos de la Cuenca del Plata con una misión evangelizadora. En lo que respecta a la Banda Oriental, generalmente, las fuentes hacen referencia a los continuos traslados de ganado a través del territorio y a los contactos que tienen con los indígenas del territorio.

Por otro lado, con motivo de las tareas de demarcación de límites entre las Coronas española y portuguesa, se instrumentan las campañas en las cuales los respectivos comisarios elevan informes y diarios de campaña que, junto con la cartografía resultante de la combinación entre las tecnologías geográficas y las observaciones directas, son fuente de información fundamental para conocer aspectos de los grupos indígenas y la geografía del territorio.

Además de estos grandes grupos de documentos, también se puede extraer información de otro tipo de fuentes, como ser los archivos judiciales, los padrones, los libros parroquiales y la cartografía, documentos que pueden ser consultados en varios archivos uruguayos: el Archivo General de la Nación, los fondos documentales del Museo Histórico Nacional, el archivo del Servicio Geográfico Militar o repositorios digitales virtuales, como *Cervantes Virtual*.

27 Las Cartas Anuas eran informes regulares e internos que enviaban los padres provinciales al general de la Compañía de Jesús residente en Roma. Estas tenían como objetivo, además de brindar un informe detallado del trabajo, de los hechos y logros de evangelización, motivar a otros misioneros a emprender la tarea evangelizadora en América, por lo que con el tiempo las Cartas Anuas se convirtieron en instrumentos de memoria y propaganda orientados a fijar una imagen de la orden y, en consecuencia, en fuentes fundamentales para el análisis de la labor cultural y evangelizadora de las misiones (Baravalle, 2012; Cargnel, 2009; Svriz Wucherer, 2013).

También se puede recurrir a fuentes historiográficas clásicas de autores, como, por ejemplo, las de Eduardo Acosta y Lara (1989), en las cuales se recopilan fuentes de archivo.

Documentos escritos por misioneros jesuitas

Silvestre González

Silvestre González nació en 1657 en Huelva (España) y murió en 1708 en Candelaria. Fue un misionero jesuita español que desarrolló sus actividades para la Compañía de Jesús en los territorios circunscriptos al dominio del Virreinato del Perú.

En 1966, Baltasar Luis Mezzera transcribe y publica el documento, hasta el momento inédito, correspondiente al *Diario de viaje del padre Silvestre González*²⁸. Dicho documento —de 14 folios de extensión— se encuentra en la Colección de Manuscritos del Museo Histórico Nacional de Montevideo (tomo 194, fondo Eduardo Araújo) y corresponde a una copia en buen estado de conservación que Mezzera (1966: 4) interpreta que fue hecha en el siglo XIX a partir del uso de papel italiano, poco frecuente en los siglos precedentes. Asimismo, Mezzera (1966: 4) señala que, si bien en el título figura también el nombre del padre Pompeyo, Silvestre González es quien asume la autoría del diario y quien figura viajando.

El documento consiste en el diario de viaje escrito durante el recorrido de un sacerdote y sus troperos, que inició el 25 de octubre de 1705 desde San Borja (en el actual Río Grande del Sur) y se dirigió hacia el sur. Se relata el arreo de ganado desde la porción del río Uruguay correspondiente a la Banda Oriental hacia las Misiones, quitándole ganado a ese territorio fronterizo y aislando a los indios reducidos del resto de la población integrada por indios infieles, negros, portugueses y franceses (Mezzera, 1966: 3). En el texto, además, se menciona el cruce de ríos y el paso por varios parajes que se encuentran referenciados en la cartografía actual de nuestro territorio (Mezzera, 1966: 3).

Autor: Silvestre González

Título: *Diario de viaje a las Vaquerías del Mar (1705)*

Publicación: Montevideo: Artes Gráficas Covadonga, 1966

Publicación original: Obra inédita hasta su publicación en 1966.

Notas de reproducción original: Prólogo de Baltasar Luis Mezzera, primera edición, Montevideo, Uruguay, 1966.

Transcripción: pp. 5-15

28 Mezzera (1966: 4) añade algunas notas al pie, corrige la ortografía, la puntuación, algunas conjunciones y una forma verbal —*venimos* por *vinimos*—.

Diario del viaje que hacen a la Vaquería del Mar el padre Juan María Pompeyo y el hermano Silvestre González, entrambos de la Compañía de Jesús

El fin de este viaje es a resguardar a las tropas de los Pueblos del Uruguay, que están vaqueando², de los infieles yaros y otras naciones que se han juntado con ellos para vengar las muerte que en los suyos hicieron los nuestros ahora cuatro años³; y también para que evitemos la comunicación de nuestros indios con los franceses, y negros que están en San Gabriel⁴ con la peste de viruelas, etc., y para lo demás que se ofreciere para el abrigo de dicha gente.

El día veinte y cinco de octubre tuvo el Hermano Silvestre orden de su Reverencia, el padre Superior de Rojas, para salir de San Borja en demanda del río Negro a encontrar allí al Padre Juan María, que lleva otro camino.

Salí, pues, el veinte y cinco a las dos de la tarde, y llegamos a la estancia llamada San Borja, y paramos el lunes, fuimos al Buty⁵, adonde empezó un arañ⁶, que duró hasta el otro día por la mañana; y después salimos el día veinte y siete y llegamos al Caibaté, adonde aquella noche vino un arañ furioso con rayos, y uno nos mató dos mulas, una de San Borja y otra de los Mártires, estando bien agarrada la una de la otra: duró el dicho arañ aquella noche y el día siguiente todo el día. El día veinte y nueve salimos y pasamos el río Ibicuy, y paramos. Esta noche vino otro arañ, que dura todavía hoy día treinta, por lo cual nos es forzoso parar. Acabó de llover a las cuatro de la tarde. El día treinta y uno salimos de este paraje y fuimos al Ibirapitá, el cual estaba bien crecido y con demasiada corriente; lo pasamos como pudimos, en pelotas, sin avería, gracias a Dios. El día primero de noviembre salimos, y vinimos a dormir a Itacorá. El día dos salimos, y vinimos a dormir en el Curucaguá. El día siguiente fuimos a comer y a dormir al Ibirapitá; de allí salimos el día cinco, y vinimos a comer y a dormir al Guazunambí, adonde a las tres de la tarde nos vino un airí grande, y en medio de él me vinieron a avisar los guanoas⁷, que parecían dos fuegos y que eran de infieles; fueron a ver y a hallar⁸ ser así, se volvieron. Fueron por la mañana, y hallaron un caballo y ocho vacas: las trujeron y no el caballo.

El día seis salimos de Guazunambí, y vinimos a comer al paraje Tacuarembó⁹: el día siete vinimos a dormir cerca del Gaguare¹⁰.

El día ocho vinimos a parar a unas pampas cerca del arroyo Cuaragatá¹¹. El día nueve vinimos al río Negro: este día nos llovió todo el día, llegamos al río Negro, e iba creciendo y los indios temían el pasarlo, y querían hacer pelotas; y pareciéndome era mucha flema, lo pasé a caballo, llegando el agua hasta el cojinillo: fue pasando la gente y al hombro, encima de los caballos, las cargas; no hubo avería que haberme dejado caer en el río las árganas en que venía la escribanía, papeles y ropa; todo se puso cual digan duelos, y algunos trastecillos se perdieron, porque se abrieron las árganas.

El día diez vinimos a parar al Caraguaty, que es otro Caraguaty de esta banda del río Negro. El día once vinimos a parar al Cabazú¹² desde adonde envié siete hombres en [p. 6] busca del Padre Pompeyo. Envié por cabo de ellos a Lázaro, el de San Miguel porque dijo que era baqueano, y sabía adonde había de encontrar al Padre. Yo me fui a descubrir tierras, y lo que él hizo fue cogerse a toda su gente, la de San Juan y la de San Luis, con todas sus cabalgaduras y catorce cargas de yerba y a afufarlas. Cuando lo supe, envié detrás de él; no sé en qué parará. Yo paro aquí unos seis días, hasta tener nuevas del Padre Pompeyo; ayer vimos humo; unos dicen ser los guanoas infieles, otros que los

vaqueros¹³ de San Lorenzo. Allá envié gente a saber lo que es. No hay otra cosa por ahora, ni vacas; sólo hay algunas tropillas de toros. Por último; volvieron los que fueron a llamar a los capitanes¹⁴ de San Miguel, de San Juan y, de San Luis, y dicen que no quisieron volver, ni darles ninguna carga de yerba; antes sí, que apretaron a correr con intento de caminar toda la noche. Yo bien pudiera alcanzarlos, pero temiendo mi natural a tamaña maldad, dejo de hacerlo y me iré como pudiere a hacer lo que me han mandado.

Aguardé al Padre Pompeyo hasta el domingo quince, haciendo diferentes correrías en su busca y, viendo no parecía ni habiendo respuesta de dos partes¹⁵ que le tengo escritos, salí dicho día quince; y vinimos a dormir a las cabezadas¹⁶ del Yirí, adonde fue la matanza de los yaros¹⁷. Aquí se quisieron volver los dos guanoas que traigo, diciendo no podían venir por allí, porque todo estaba lleno de infieles; finalmente ellos vinieron, pero no quieren salir de noche ni de día de en medio de la tropa; todo se les va en tabaco y yerba, pues llevan ellos más que ningún pueblo; de las cargas de tabaco que he ido abriendo, una tenía cuatro manojos y otra seis, conque si a .ese paso van las otras, tenemos buen despacho. La yerba es vergüenza decirlo, esto es de algunos pueblos, que los más bien han cumplido: pólvora es una lástima; ellos, los indios, la debieron de gastar¹⁸. Finalmente el día diez y seis vinimos a otro arroyo, también cabezadas del Yiry. El día diez y siete vinimos a otro arroyo, también cabezadas del Yiry.

EI día diez y ocho, a otro arroyo grande, también dicen cabezadas del Yiry. En esos cuatro días que hemos andado, es una inmensidad de ganado que hemos visto; dicen los indios que no se han atrevido los vaqueros a vaquear por aquí por miedo de los infieles. Por último, llegamos adonde han vaqueado los de la Concepción, los cuales se han retirado ya, y vaqueado muy de prisa, puesto que por aquí hay todavía mucho ganado. Paro en este paraje, y por la mañana envió por dos partes; por el rastro por donde han llevado el ganado, en busca de ellos, para coger lengua y noticias, para saber lo que tengo de hacer, según el orden que tengo, etc.

Volvieron el día veinte los que envié a buscar el corral de la Concepción, y con ellos seis indios de la tropa, los cuales me dicen no hay rastro de infieles, y que los guanoas estuvieron con ellos, y les dijeron que el Padre Pompeyo había llegado a su corral de San Lorenzo, y que desde allí se volvía a su pueblo, porque sus bueyes se le habían cansado, y que les había dicho no había de pasar adelante, y que todos los corrales de los vaqueros estaban hacia el mar y arrimados a la sierra, y que no había ninguno hacia el Uruguay, y que los guanoas habían tirado hacia San Gabriel¹⁹, y que el corral de la Concepción quedaba ya atrás ocho leguas. Por lo cual intento dejar en dicho corral todas las cabalgaduras, flacas y cansadas, y parar mañana veinte y uno en demanda de los guanoas, y habiendo cogido noticias venirme de vuelta por todos los corrales, ayudándoles y dándoles prisa, de suerte que cojan cuantas vacas pudieren.

El día veinte y dos llegué al corral del Yapeyú. Ya había salido la una tropa con treinta y tantas mil vacas, y el día veinte y tres salió la otra con otras tantas. Tenía cada tropa setenta peones y mil caballos, sin las mulas. El lunes veinte y tres llegué a San Gabriel²⁰, y desde una loma estuvimos mirando y remirando, y vimos no había nadie y que tampoco había navío alguno ni embarcación alguna en el puerto. Con todo, cogí tres indios y me fui allá, y hallé no había rastro de persona viviente, ni en tierra ni en el Río. Anduve viendo aquello, y para el concepto que yo tenía hecho, me pareció una suma pobreza. Todo está demolido, menos las paredes de la iglesia, que son de cal y canto; en lo demás no hay nada en forma, ni aun que se pueda hacer juicio de lo que era, si no es quien lo vido antes. Estaría allí

como medio cuarto de hora, y me volví adonde había dejado la gente antes; a los cuales hallé muy tristes porque no veían vacas para comer²¹. Tiramos hacia una ensenada que hace la mar, a ver si encontrábamos rastro de guanoas o de yaros, y no hallamos nada. Paramos, y eché de menos la gente del Yapeyú y la de Santa María.

Pregunté por ella, y me respondieron no habían querido venir y que habían cogido otro camino para irse a sus pueblos. Eran ya las oraciones, y estaba lloviendo; pero, no obstante, cogí caballo, y fui y los alcancé, y truje al real. Lo que éstos y todos los indios me han dado que padecer no es creíble sino a quien lo viere; porque cada uno de ellos no quiere ir si no es a su corral y de otra manera van rabiando, matando los caballos, quedándose cada instante atrás, deteniéndose en cualquier arroito²². No es creíble de la manera que me tolean.

Por último el día veinte y cuatro salimos de la ensenada en busca de vacas, que no las hay en diez leguas de distancia de San Gabriel para acá, ni un toro siquiera; al fin, habiendo pasado uno o dos arroyos por las cabezadas, vimos una tropilla, y fueron a coger, y se desmandaron algunos toros, y vino uno y lastimó dos caballos, uno de Santa María y otro de San Borja: y los indios estaban unos a caballo y otros a pie, mirando, sin querer moverse ninguno a espantar el toro o los caballos, antes sí, dando carcajadas de risa, viendo cómo corneaba el toro a los caballos, cosa que celebraron después mucho; digo que son unas almas de cántaro.

[p. 7] El día veinte y cinco salimos, y vinimos una legua adelante al cerro Ibitichí, adonde llegamos temprano, a vista o distancia de una legua de las vacas de la Concepción, que llevaban al corral; pero viendo que no llegaban las cargas, me puse a caballo en busca de ellas, y me anocheció sin poderlas hallar. No iba más que con un caballerizo, y me fue fuerza volver adonde había salido; y cuando llegué, hallé no había ya nadie, porque todos se habían ido al corral de la Concepción sin saberlo yo. Llegaron algunos indios y allí hicimos noche. Salimos por la mañana en busca de las cargas, y no las hallamos, ni parecieron hasta el día treinta por la tarde, porque los indios hicieron lo que suelen. Yo no tenía sobre la ropa interior más que la sotana, ni comida alguna: con que jueves, viernes y sábado ayuné a traspaso de sueño y comida, hasta que el sábado en la tarde llegó Marcos, el cual me había estando buscando de noche y de día, y no me pudo hallar. Hallóme por último y me dio un bocado. Juan Vera se ha estado en los corrales de la Concepción y de la Cruz con las cargas descansando y no haciendo diligencia alguna. Envié a llamar, y no pareció hasta el lunes por la tarde, y eso sin carga alguna. Envié por diferentes partes, y yo salí también por otra, y trujimos las cargas, que todas las habían desparramado, sin saber unos de otros por la inutilidad de Vera; y él pareció después sin carga ninguna. En fin, el día primero de diciembre²³ conté el corral de la [p. 8] Cruz, y hallé no tenían más que veinte y un mil cabezas. Mandéles fuesen a otro paraje, hasta juntar a lo menos treinta mil. Ese día pasé al corral de la Concepción, y al otro día conté, y no hallé más de catorce mil cabezas. Mandéles ir también a los cabezadas del Iyui a hacer más vacas, aunque sus caballos son pocos y flacos; no obstante habré de ir a ayudarles en lo que pudiere con mi gente.

El otro rodeo de la Concepción dicen está hacia el mar, en parte segura de infieles, y que tiene ya dobladas vacas que éste. El otro rodeo de la Cruz tiene ya veinte y seis mil vacas. Envié recaudo al teniente que juntase al número de treinta mil: y yo paro aquí en este paraje hoy y mañana, día de San Francisco Javier, y luego pasaré al corral de los Apóstoles, que no está muy lejos, que iré dando vuelta hasta despacharlos.

Estos días que anduvieron las cargas a su albedrío han hecho los indios lo que han querido de la yerba, y siendo así que era poca que quedaría; y en los corrales están

pereciendo, y es fuerza darles. Eso, y otras cosas más que han menester, algunas en particular, algunos enfermos que están desnudos. Finalmente, en lo que puedo les ayudo, he ayudado y ayudaré. No parece rastro de infieles ni de guanoas: éstos, dicen, se han retirado hacia el mar con los vaqueros de por allá. Del Padre Juan María Pompeyo no tengo noticias ni tampoco de Lazarito de Torres, el de San Miguel, ni de las catorce cargas de yerba que llevó; ni tengo noticias de los de San Juan y de San Luis que sé huyeron con él, etc.

El día tres alcancé la tropa de la Concepción y ese mismo día pelotearon dos mil vacas, y dejé orden hiciesen así todos los días, hasta llegar al paso adonde los ayudaría con toda la gente y fui en busca del corral de los Apóstoles, que no pude hallar. Con que pregunté a Vera y a los de la Concepción, si sabían el paso adonde habían de pasar el Chiri las vacas, y me dijeron que sí. Mandéles me guiasen y ellos se conchabaron con los demás, y me llevaron hacia el Piray, dos días enteros; hasta que Marcos reparó, y preguntó a otros indios si era por allí adonde el Padre había dicho. Dijeron que no y que Vera y los suyos me llevaban engañado, derecho a San Borja, y que ya no podía ver más la tropa. Avisóme Marcos de la picardía de Vera y los suyos; conqué aquella hora volví atrás. Aquí fue la ira de Dios, cual reñí a Vera y a los suyos por la traición contra su mismo pueblo. Por último, alcanzáronme con dos horas de sol, y me dijeron venían los caballos cansados, con que me fue fuerza el parar. Paré, y el otro día paré, para que descasaran; y paré dos leguas de la tropa de la Concepción, para el otro día ir allá; cuando veo que, sin respeto ni temor, subieron a caballo treinta y dos indios, y se dividieron por aquellas lomas, y empezaron a correr, unos por aquí, otros por allá, a espantar de propósito la infinidad de vacas que por allí había. No lo pude sufrir, y mandé levantar el real a las dos de la tarde; y a los de la Concepción, como más culpados, les quité todas las cabalgaduras que yo les había prestado y les di orden que aguardasen allí hasta tener otro orden; y me vine a parar dos leguas de allí, desde donde los envié a llamar con Miguel Caire, de la Concepción. Volvió éste, y dijo que aquella misma que yo salí, salieron ellos hacia la tropa de vacas, y que les dio el recaudo de mi parte, y que no quisieron venir. Díjome como me enviaba a pedir yerba y tabaco el capitán de la tropa, porque lo que les di se les acabó; y puesto que no hay ni dos leguas de adonde estoy parado, envió a llamar a dicho capitán para informarme a boca y tomar el expediente que más les convenga. Envié también a llamar otra vez a Juan Vera, y a cuatro que se fueron con él, y caso que no quisiese venir, que me enviase una carga de tabaco, que les quitó a los de San Borja, después que yo me vine, diciendo que era de su pueblo, y que yo no tenía que hacer ni que ver con ella, y que me enviase diez y seis [p. 9] varas de bechará²⁴, que les había dado a guardar, después de haberles dado a cada uno de ellos cinco varas; y que enviase cuatro libras de perdigones que le había entregado. Vino el capitán de la tropa, y díjele lo que habla de hacer y adonde había de juntar, hasta el número de treinta mil vacas. Dile una carga de tres arrobas de yerba y veinte manojos de tabaco, y antes le había dado ocho y dos veces yerba y tabaco a toda la gente, y a cada uno –dos agujas, y un poco de sal, y curádole un indio herido de un toro, y dádole a éste cuatro varas de bechara para que se tapase bien: en fin, fue contento y agradecido dicho capitán.

Juan Vera respondió no quería venir ni dar el tabaco ni el bechará, y que la munición la había gastado, y que tampoco quería que viniese ninguno de los cuatro indios que allá tenía.

Ha cuatro días que- envié al capitán de los Apóstoles con otro indio, –a buscar sus corrales, y no han vuelto, y salgo hoy día ocho en busca de corrales y capitanes, y los encontré el día nueve las dos tropas unidas. No hallé a los capitanes de las tropas que se habían alejado en busca de vacas. Conté el día diez el ganado y hallé no haber más que

quince mil seiscientas cabezas de año para arriba, lo más de año y de dos; pero flaquísimo, cayéndose, porque adonde estaban no había pasto, ni poco ni mucho; y a más de éste, estando yo presente, encerraron el ganado a las once y media del día, habiéndolo sacado al pasto a las ocho del mismo día. Finalmente, el día diez lo conté, y viendo que era imposible, que si de aquella manera lo tenían dos días más, se había de morir todo, les mandé buscasen un rincón con pastos y las tuviesen allí hasta que llegase el capitán, a quien envié a buscar, con orden de que viniese él solo, y que al otro capitán con la gente lo dejase cogiendo vacas para otra tropa; y él, para que despache éstas, que vaya caminando poco a poco, adonde tienen orden de que camine; y también envió desde aquí orden a los de la Concepción para que, adonde los deje, pues hay tantas vacas y bastantes pastos y buenas rinconadas, junten hasta el número de treinta mil cabezas, y envió a Miguel Caire con otro para que les diga adonde hemos visto mucho ganado para que allí cojan, como cogerán, porque les he dado la orden que pastan la tropa, y que con el ganado ligero vayan cogiendo vacas sobre él, y que el otro flaco lo vayan trayendo poco a poco; y así lo han hecho; y ya como lo hice sacar al corral, van volviendo en sí, porque comen de noche y de día. Envíoles también a decir adonde los aguardo el domingo trece, para ayudarles en lo que fuere menester. Y yo mientras tanto ando corriendo la tierra, me voy dos leguas de aquí a poner el real, en un valle grande que vimos ayer, para desde allí hacer correrías y aguardar la resulta del capitán de los Apóstoles y del de la Concepción. El día nueve por la noche nos llovió estupendamente desde las cinco de la tarde. El día diez envié al capitán de los Apóstoles a ver la tropa, y a ver si parecía el capitán de ella, y también envió a lo mismo otros dos, hacia donde están los de la Concepción.

Ahora me dicen los indios del Yapeyú que si no despacho luego la tropa de los Apóstoles, no ha de llegar allá ganado alguno, y que todo se ha de morir. Y yo no me atrevo, porque no conozco los indios, y no sé cuál es de confianza ni cuál no; y más habiendo experimentado, cuando conté el ganado que a la puerta del corral se pusieron solos tres de ellos para ayudar y que fue menester que viniese mi gente a atajar y a espantar, y ellos se estaban en sus fogones, y porque los reñí, unos se fueron a la pampa y otros se metieron al corral, y esto después de haberles dado, a todos los que parecieron, yerba la tarde antes y una carga de ella, y tabaco que les quería dar. No se la he dado hasta que venga el capitán, a quien se la daré, con lo demás que, hubieren [p. 10] menester y yo tuviere. Vino el capitán de la tropa de los Apóstoles, y le pregunté cuántas vacas habían recogido, fuera de las de la tIopa, y me respondió no llegaban a mil. Preguntóme cuántas había contado, díjele que quince mil y quinientas, y díjele también cómo era menester despachar luego aquella tropa, y que él con la mejor gente y mejor caballada se quedase a hacer otra tropa. Parecióle bien, y pidióme yerba y tabaco: enseñéle una carga que tenía que darles y treinta manojos de tabaco, pero que no les daría hasta ver la tropa caminando, que entonces les daría para que repartiessen entre los que se quedaban y no venían con la tropa. Fui, ^{24 bis} tomé, pero no le di más que seis mates de yerba y dos manojos de tabaco, y lo despaché a que despachase la tropa, la cual quiero yo hacer pasar el río Negro y después dejarla que vaya pian pian, pues del río adelante hay pastos y por aquí no los hay. Dejo de poner aquí las preguntas y respuestas sobre haber o no cogido más vacas; porque nunca es acabar; aunque puse no más que quince mil y quinientas vacas, llegan casi al número de diez y siete mil. Y más de dos mil terneras: pero veo las tales, que me parece imposible que déjen de morirse muchas, por lo flacas que están. Dice el capitán que es peste: a que respondí, ¿qué más peste que tres meses de encierro de noche y de día y sin pastos? Finalmente, allá fue a despacharla. Y yo me quedo aquí,

aguardando la resulta de los de la Concepción. Dios los traiga a los unos y a los otros, para que los ponga de la otra banda del río Negro. Ya van fuera dos tropas del Yapeyú y dos de la Cruz, y según entiendo habrá ya pasado por arriba la una de la Concepción, del capitán Ñaca, a quien por más que he hecho, no he podido ver, porque me dicen se fue hacia la sierra, adonde están todos los demás. El día once paré a aguardar la tropa de los Apóstoles, que llegó, y le dejé en buen paraje de pastos, y adonde hay mucho ganado que pueden coger; y yo me voy al paso a aguardarlos.

Volvieron los que fueron a la tropa de la Concepción, y dicen es muchísimo el ganado que han cogido adonde les señalé y que hay mucho que coger, y que quieren cumplir el número que les señalé de treinta mil. Vino con ellos Vera solo, pero sin el tabaco y sin el bechara, que dice no sabe qué se ha hecho; con lo cual alcé el real, y me fui al paso, adonde me alcanzó un chasque del Padre Pompeyo, su fecha de quince del mes pasado, adonde me señala que nos veremos: por lo cual le despacho al paraje, los pueblos de San Borja, del Yapeyú, Santa María y San Javier; y le escribo a su Reverencia; no voy yo, porque me dicen sus indios se retiró ya su Reverencia al rodeo de sus vacas, para caminar con ellas a su estancia, y que para lo que se le ofreciere, le envió aquellos indios, los cuales llevan orden de si no encontraren al Padre en el sitio que señala, se vayan a San Borja por el camino por donde fuimos cuando entramos en la vaquería. Llegó este día un indio de los Apóstoles, qué dice ser el secretario, el cual dice que no quiere que las tropas vayan divididas sino juntas y caminar. Instéle una y más veces, y dice que no quiere, si no es que vayan todas juntas. Díjele como ya había quedado el capitán en dividirlas: dice que no importa, que él no quiere sino que vayan juntas, y que ya han cogido, a más de las que conté, bastantes, y que caminarán; y por más que le he dicho, no le hace fuerza. Enviéles una carga de yerba y catorce manojos de tabaco; y pasé el río Negro. Tres leguas antes quedan las dos tropas de la Cruz descansando: después de ella viene la de la Concepción y la última, la de los Apóstoles. Paré el día trece, y el día catorce alcance la tropa de Jesús y María en el Caranday²⁵. El día quince salimos nosotros y la tropa que se quedó atrás: caminamos el día diez y seis y diez y siete, y el diez y ocho paramos porque dicen se han quedado algunos indios con caballos cansados. El día quince les entregué a los de San Nicolás treinta vacas para el camino, y al otro día por la mañana me alcanzaron, sin vaca ninguna. Preguntéles por ellas, y respondieron que se les habían ido. Díjeles que por qué no habían ido detrás de ellas, y [p. 11] respondieron que no parecían, y otras tonteras a este modo, que no son para aguantar, porque luego se remiten a que no saben, que no parecen y se quedan tan frescos como si no hubieran nada, y se ríen y se les da de todo tres bledos. Que me enoje o no me enoje, nada, nada se les da, antes parece lo hacen de propósito, como entiendo lo hacen; y siendo así que vienen sin carne y que me han obligado a darles dos veces bizcocho, no hay forma de hacerles salir una vaca; hasta que ayer tarde mandé a los de los guanoas que fuesen; los cuales fueron con uno de los Mártires, y en menos de una hora trujeron lo que pudieron de una vaca, y lo demás lo dejaron, porque dicen no hay quien la traiga; pero a nada se menean los guaraníes. El día diez y ocho apenas se meneó, y de mala gana, uno de cada pueblo, con los guanoas, a ir a matar vacas. Es notable la pereza que ha entrado en ellos: ellos no querían otra cosa sino que nos quedásemos toda la vida allá dentro de la vaquería, adonde hay muchas vacas y jabalíes²⁶, para correr y matar caballos y jabalíes y vacas de balde no más: matar por matar, y estarse durmiendo y comiendo.

Van con nosotros tres indios guanoas y una india infiel: ésta la trae un indio de los guanoas, que ha mucho que se huyó de San Borja, y la he catequizado, y la trae para

bautizarse y casarse con ella. Conque son cinco indios guanoas, y con la india seis, los que vuelven; siendo así que no salieron de San Borja más que dos.

En todo cuanto hemos andado, que ha sido mucho, no hay rastro de tales yaros ni otros algunos: sólo si las dormidas de los guanoas infieles; pero a ellos ninguno. Hay muchísimo ganado, en particular en muchas enseñadas²⁷ en donde han entrado a vaquear y adonde han vaqueado; se vuelve a llenar. Sólo de San Gabriel²⁸ para acá en diez leguas no se ve vaca ni toro ni rastro. Vimos algunas chácaras de trigo, de lo que habían sembrado los portugueses, y es una bendición de Dios lo bueno que está.

Los pastos en la vaquería ya se han acabado, en lo más de ella; no tiene que hacer esta vaquería, con la bondad en un todo, con la de los Pinares²⁹ así en los pastos, como en las aguadas, como en las rinconadas, en el camino y en lo cerca, y en la comodidad; y también en la comodidad de hacer las vacas y el poder ver desde luego adonde las hay. Algo más fría sí es que ésta, porque es tierra más alta, pero mucho más amena.

Notas del editor

[p. 13]

1 El título a folios 1 y 2 del manuscrito ofrece redacciones algo distintas, que aparecen respectivamente en las págs. 9 y 11 de esta edición.

2 Vaquear es aquí reunir y arrear ganado. El ms. dice también “hacer vacas” (otra expresión usual era “hacer vaquería”). Como carnear, cuerear, rumbear, vintenear, es uno de esos verbos exquisitos y raros que se crean en América, casi siempre frecuentativos.

3 En 1701. Por fechas y sucesos próximos, ver nota 17.

4 Este San Gabriel es la ciudad brasileña en Río Grande do Sul, donde actualmente sigue viviendo una numerosa población negra. Los franceses se infiltraban desde Maldonado y Rocha (Uruguay), siendo el más conocido intruso el pirata Etienne Moreau en 1720.

5 Es el río Mbuty o Nbutuí en Brasil (R. G. do Sul), afluente del Uruguay, poco más abajo de San Borja en la misma orilla.

6 Arai, también airí (en el ms. siempre sin acento), significa “borrasca, tormenta”, visto el contexto. A mi juicio, es la forma criolla (correntino-guaraní) del español “aire”. El criollo, careciendo de esta noción, no concibe el aire sino cuando sopla.

7 Guanoas (en otros textos, goanoas): los indios guenoas, forma moderna que parece implicar la desaparición de una diéresis.

8 Hallar: el ms. dice «llorar», erróneamente.

9 Paraje Tacuarembotí. En primer lugar, Tacuarembotí parecería ser un plural guaraní (corno Laureltí, “los laureles” en Paraguay, a aproximar con Laureles, en Uruguay), y, por lo tanto, algo corno los “tacuarembos”, sin significado conocido, quizá un nombre común (cf, caña tacuara, río Tacuarí). Hoy conocemos solamente la forma Tacuarembó. En segundo lugar, es un paraje, es decir, una estación, estancia o paradero... ¿de qué? Paradero de indios, Tacuarernbó es un resto de territorio indio en Uruguay, lo cual explicaría el que sea el único departamento uruguayo que tiene nombre indígena, y para colmo, ocurre que justamente en su capital, homónima, está el Museo del Indio. En Brasil (R. G. do Sul), existen también Taquarembó y Taquarí (ríos).

10 Gaguaré: ha de ser el río Yaguarí (Uruguay, departamento de Tacuarembó).

11 Cuaragatá (más adelante, también Caraguaty, sin identificar), es, sin duda, el río Caraguatá, como el Yaguarí, un subafluente del río Negro.

12 Probablemente, Caaguazú, “agua (aguazo) del monte (caa)”, sin identificar.

13 Estos vaqueros son los que después se llaman gauchos, voz cuya documentación más antigua es de 1782 (según Corominas). En el ms. no se mencionan para nada la pulpería y el ñandú, connotaciones de nuestros campos.

14 El capitán —como el teniente que aparece líneas después— no lo era del ejército (ni de salteadores, pese a las condiciones del país de entonces), sino algo como tropero o capataz de estancia actual.

[p. 14] 15 Partes se añade.

16 Cabezada por “cabecera”.

17 Es la matanza que ningún cronista omite de indios -jaros, bohanes y charrúas en 1702 por indios reducidos al mando de españoles. Como ocurrió en las puntas del río Yí, éste sería la lección de Yirí del ms.

18 Párrafo confuso.

19 San Gabriel sigue denotando aquí la ciudad brasileña antes citada. El mar es el océano Atlántico; la sierra, la de Maldonado, Minas v Cerro Largo en Uruguay.

20 Aquí, en cambio, San Gabriel es la ensenada de Colonia del Sacramento. (Uruguay), aplicándose hoy ese nombre solamente a la isla con un faro de delante de la ensenada. Las alturas pertenecen al sistema de los cerros de San Juan. La demolición y ruina de que habla el cura vaquero a seguida es la causada en Colonia por la lucha hispano-portuguesa. Por Río, más adelante, ha de entenderse el Río de la Plata.

21 El reverso de esta tristeza es la alegría de comer vaca: fogón, asado con cuero, churrasco, churrasquería, parrillada. En una palabra, la fiesta gaucha.

22 Curiosa grafía de arroyito.

23 El ms. dice noviembre por error. Pero al margen está escrito “diciembre”.

24 Esta voz criolla, bechará, sin acento en un caso ulterior, indica una especie de tela. Con este significado, su etimología me parece evidente: del portugués vestuaria, “vestuario”, en el sentido de la parte que en las congregaciones religiosas se da en especie para vestirse. El grupo st también aquí se vuelve ch (como vichar de “avistar”, vichadero, de un supuesto “avistadero”, una atalaya o miranda).

24 bis Fui: el ms. Dice “Y ni” erróneamente.

25 Caranday: tal vez, un río que no reconozco. Pero es también el nombre de una palmera (*Trithrinax brasiliensis*), que Herter da como extraña al país y cultivada.

26 Estos jabalíes sean quizá los cerdos monteses o piaras alzadas que Larrañaga observa abundantes un siglo después. Ver mi Selección de este naturalista.

27 El copista, por error, habla escrito antes «sendas», que aparece testado. Hay que hacer notar que ensenada, aquí, no es la de mar, sino rincón, rinconada de campo comprendido entre lomas, cuchillas, montes y corrientes de agua (ríos, arroyos, zanjas, cañadas), donde las ganaderías quedan naturalmente confinadas y son asidas con facilidad por los vaqueros o gauchos. Áreas de captura vaquera o gaucha, las ensenadas, rincones, rinconadas o potreros naturales o sobrealzados con pircas en este país son el origen de los departamentos uruguayos, los cuales son, precisamente, aquellos, modernizados (administración civil, burocracia, policía). En próximo ensayo, trataré de este especial tema uruguayo, intacto hasta ahora.

28 De nuevo, la ciudad brasileña.

[p. 15] 29 Se refiere a los bosques de pino del Brasil (*Araucaria angustifolia* o *brasiliensis*), al Norte de las Misiones. Talmente Pinares figura en el conocido mapa del P. Quiroga en 1749 (Roma, 1753).

Cayetano Cattaneo y Carlos Gervasoni

El padre Cayetano Cattaneo (o Cattani) nació en Módena (Italia) el 7 de marzo de 1695 (Buschiazzo, 1941: 29; Quesada, 1865). El 24 de diciembre de 1728 partió desde Cádiz en una expedición de dos fragatas de 30 cañones cada una con 80 misioneros jesuitas, un patache de 20 piezas con 12 religiosos de San Francisco y un dominico, y un buque pequeño de aviso que se dirigía a Cartagena de Indias que se agregó por temor a los corsarios (Buschiazzo, 1941: 29; Quesada, 1865). La expedición paró en islas Canarias para tomar algunas familias que se dirigían hacia la colonia que se estaba fundando en Montevideo (Buschiazzo, 1941: 29; Quesada, 1865) y desembarcó en Buenos Aires el 19 de abril de 1729 (Buschiazzo, 1941: 29; Quesada, 1865).

Cattaneo escribió varias cartas descriptivas a su hermano José, de las cuales solo tres se encuentran impresas, que contienen la relación de su viaje hacia la misión (Quesada, 1865). Cabe señalar que de sus observaciones se desprenden datos relacionados a las características, ocupación y construcción de Montevideo, así como al empleo de mano de obra indígena durante esta empresa (Quesada, 1865). También se narran las peripecias al llegar al puerto de Buenos Aires y los detalles sobre su recibimiento en esas tierras (Quesada, 1865).

El 28 de agosto de 1733 falleció en la reducción de Santa Rosa de Lima (Paraguay), al poco tiempo de comenzar su apostolado entre los guaraníes (Buschiazzo, 1941: 29; Quesada, 1865).

En cuanto al padre Carlos Gervasoni, si bien se cuenta con muy pocos datos, de él se sabe que nació en Rímini (Italia), el 14 de julio de 1692 (Buschiazzo, 1941). El 31 de octubre de 1709 ingresó a la Compañía de Jesús y, siendo destinado a las misiones del Paraguay, llegó con el padre Cattaneo en el grupo de los 80 jesuitas (Buschiazzo, 1941); más adelante, fue enviado al Noviciado de Córdoba (Argentina) (Buschiazzo, 1941). En los primeros años de la década de 1750, fue elegido, junto con los padres Pedro de Arroyo y Simón Bailyna, como representante de la Provincia del Paraguay ante las cortes de Roma y Madrid por parte de la XXV Congregación Provincial desarrollada en Córdoba, donde expresó su desacuerdo con el Tratado de Permuta entre las Coronas española y portuguesa —que luego desataría la «Guerra Guaranítica»— y suplicó que se suspendieran las disposiciones de guerra contra los indígenas de las misiones (Buschiazzo, 1941). Como consecuencia, el padre Gervasoni fue desterrado y se estableció en Génova (Italia), desconociéndose fecha y lugar de fallecimiento (Buschiazzo, 1941).

Varias de las cartas privadas que Cattaneo y Gervasoni escribieron en el primer tercio del siglo XVIII, reunidas en la obra *Buenos Aires y Córdoba en 1729 según cartas de los padres Cayetano Cattaneo y Carlos Gervasoni, Societatis Iesu*, fueron traducidas por José Manuel Estrada y publicadas entre 1865 y 1866 en la *Revista de Buenos Aires*, dirigida por Vicente G. Quesada y Miguel Navarro Viola, y retraducidas, reeditadas y republicadas en 1941 por Buschiazzo, quien, además, hizo un estudio preliminar e introdujo notas a los textos (Buschiazzo, 1941).

Autor: Cayetano Cattaneo y Carlos Gervasoni

Título: *Buenos Aires y Córdoba en 1729 según cartas de los padres Cayetano Cattaneo y Carlos Gervasoni*

Publicación: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003

<https://bit.ly/3xIxZEj>

Publicación original: Colección Buenos Aires, CEPA, Buenos Aires, Argentina, 1941

Notas de reproducción original: edición digital a partir de la edición con estudio preliminar, traducción y notas del arquitecto Mario J. Buschiazzo. Colección Buenos Aires, CEPA, Buenos Aires, Argentina, 1941

Notas de los autores del manual: a los efectos de cumplir con los objetivos de este manual, se transcriben solamente las cartas primera y segunda de Cattaneo, y la primera de Gervasoni. La obra completa está publicada en <https://bit.ly/3xIxZEj>

Transcripción: pp. 65-133, pp. 157-196, pp. 197-207. Se transcriben también las notas del editor que en la página *Cervantes Virtual* se encuentran insertadas en el texto mediante hipervínculos a visores propios de la página.

Buenos Aires y Córdoba en 1729 según cartas de los padres C. Cattaneo y C. Gervasoni. Primera carta del padre Cayetano Cattaneo, de la Compañía de Jesús, a su hermano José, de Módena

Queridísimo hermano:

Buenos Ayres, 18 mayo 1729.

Llegado con el favor de Dios sano y salvo a este puerto de Buenos Ayres, voy a cumplir mi compromiso de daros pronta cuenta de lo sucedido y observado desde que partimos de Europa hasta el presente, comenzando por el principio de nuestra navegación, que puede decirse ha sido felicísima, no porque no hayamos debido sufrir muchas incomodidades, que son inevitables en un viaje de más de seis mil millas, sino porque las hemos experimentado menores de las que suelen ordinariamente sentirse. La víspera de la santa Natividad del 1728, algunos días después de habernos embarcado, partimos del puerto de Cádiz, en cuatro naves, esto es, dos fragatas de 30 piezas de cañón, sobre las cuales venían repartidos nuestros misioneros; un patacho de 20 piezas, [p. 66] en que venían doce religiosos observantes de San Francisco y un dominico; la cuarta era un pequeño buque de aviso que va a Cartagena de América y que para mayor seguridad contra los corsarios de Argel y de Salé que infestan estos mares, venía con los nuestros hasta las Canarias, donde tomando luego rumbo hacia el poniente, debía proseguir su viaje. Así salimos del puerto en conserva, con viento favorable es cierto, pero demasiado violento, de modo que fue necesario caminar con pocas velas. Nuestros misioneros entonces llenos de alegría se volvieron a dar a la Europa un eterno adiós, para volver a verla a su tiempo desde el cielo. Era tal la fuerza del viento que hinchando bastante las ondas agitaba no poco la nave, y eran tales los sacudimientos que de cuando en cuando le imprimía, que era muy difícil tenerse de pie. En uno de estos sacudones, un marinero que estaba descuidado cayó al mar y fue un gusto verle nadar como un pescado teniendo siempre su pipa en la boca hasta que acercándose a la

nave y atrapándose a una cuerda subió sano y salvo. No hablaré del desorden del estómago, que universalmente experimentamos, porque este es un tributo que suele pagar comúnmente todo el que no está acostumbrado al mar, y siendo la agitación de la nave mayor que de ordinario fueron aún más vehementes las revoluciones [p. 67] de estómago que padecemos casi todos más o menos. Con viento tan favorable arribamos en seis días a la vista de las Islas Canarias, bien que cesando después el viento y levantándose otro contrario, fuimos obligados a bordear ocho días a la vista de Tenerife. Finalmente, después de catorce días desde que soltamos las velas, se logró tomar puerto en esa isla el día solemne de la Epifanía. Aquí nos detuvimos algunos días, porque teníamos necesidad de muchas cosas, como de agua, de leña, de ajustar el timón, de componer un palo que se había roto en nuestro buque, calafatearlo en ambos lados y la proa porque entraba mucha agua por las ensambladuras, y hacer otras no pocas provisiones para la larga navegación que nos quedaba. El Patacho debía cargar además treinta familias para transportar a una nueva población que por orden del Rey se forma al presente en una playa del Río de la Plata, y se llama Monte Video, de la cual os hablaré más minuciosamente, cuando con la narración haya llegado hasta allá.

Entretanto, en los pocos días que nos detuvimos en aquel puerto, ni aun me lo habría soñado, recibí finezas indecibles ya en general como misionero de la Compañía, ya en particular como italiano y modenense. Las recibí en común con los otros, del cónsul de Francia, caballero cumplidísimo y sumamente afecto a la [p. 68] Compañía, como mostró con los hechos. Porque apenas supo nuestro arribo, al momento fue a visitar a nuestro padre procurador Gerónimo Herran, no sólo para que fuese a comer con él, sino para que desembarcase toda la misión, a la cual ofrecía dar alojamiento en su casa por todo el tiempo que nuestras naves permaneciesen en aquel puerto. No habiendo accedido a esto la sabia discreción del Padre Procurador, por ser nosotros más de setenta, se desquitó de otro modo, ya sea visitándonos a bordo, ya enviándonos refrescos. Un día (no sé si a petición suya) de ambas naves desembarcamos todos los misioneros y fuimos a juntarnos en uno de los fuertes que están a la orilla del mar. Cuatro fueron a comer con el señor Cónsul, y cuatro en el palacio del señor Obispo, tratados con toda esplendidez y buen corazón por el señor Secretario, de quien escribiré después. Todos nosotros comimos en el fuerte arriba mencionado, donde gozamos de los refrescos enviados por dicho señor, el cual acabada la comida vino en persona con los cuatro padres a visitarnos, trayendo además consigo dos hijos suyos preciosos, uno de siete y el otro de nueve años, aproximadamente, los cuales nos divirtieron mucho con su habilidad, porque hicieron entre otras cosas el ejercicio de las armas, mandando y obedeciendo, ya uno, ya otro, con tal gracia y desenvoltura, [p. 69] que no cesábamos de aplaudirlos, hasta que anocheció y todos esos señores nos acompañaron hasta el barco y nos despidieron. En dicho tiempo no mostró menor afecto hacia nosotros el mencionado señor Secretario, en parte por orden del Obispo, que se encontraba lejos de la ciudad en la visita a la isla de Palma, en parte por la singular inclinación que conserva hacia la Compañía. Quería también que desembarcásemos en tierra, ofreciéndose a encontrar cómodo alojamiento para todos; y él mismo venía a visitarnos a bordo, donde nos ofrecía abundantes refrescos. Las finezas recibidas en particular me fueron dispensadas por un caballero italiano, que se encuentra aquí muy bien acomodado con un cargo que le produce medio doblón diario, con lo cual puede vivir como gran caballero; en un país en que la vida no cuesta nada, y poseyendo además sus negocios, puede vivir con más holgura que la mayoría. Éste, encontrándose a comer con el señor Secretario, gran amigo suyo, el día en que fueron aquellos cuatro padres, supo por ellos que en esa misión venían cuatro

padres italianos. Por lo cual, lleno de alegría se trasladó, concluida la comida, al fuerte en que habíamos desembarcado. Increíbles fueron las muestras de júbilo y de alegría que dio al vernos, mucho más cuando supo ser nosotros de Rávena, Rímíni, Mantua y Módena, países [p. 70] todos bien conocidos por él, que suponía fuésemos de las provincias de Nápoles o Sicilia. El primero con quien se encontró fui yo, que recibí los primeros cumplidos y abrazos, después el padre Rasponi y en seguida los otros dos. Pero los principales cariños los recibió el padre Rasponi, por el conocimiento y amistad estrechísima que este señor había tenido en Italia con el Caballero de Malta, Horacio Rasponi, hermano o primo del Padre. Después se volvió súbitamente hacia mí, a quien llamaba su paisano desde que supo que era de Módena, y preguntándole yo de qué país era él, me respondió que era boloñés, y que estando sólo Módena y Bolonia distantes siete leguas (estas siete leguas no se consideran más que si fueran siete pasos) por eso éramos paisanos. Y aquí, dejando aparte el español y el toscano, comenzó a hablar boloñés tan ajustado y con todo el donaire que es propio de la nación, que los padres españoles y tedescos se veían forzados a reír, aunque no entendieran sílaba del significado. Imaginaos cómo estaríamos nosotros, italianos, que no nos hubiéramos imaginado encontrar en Tenerife un boloñés, y un boloñés de los más agradables que puedan encontrarse en la misma Bolonia. A toda costa quiso que fuésemos a comer el día siguiente a su casa, lo que obtuvo fácilmente del Padre Procurador, y habría querido tenernos [p. 71] en su casa hasta nuestra partida del puerto, si nosotros mismos no nos hubiésemos decididamente opuesto. La mañana siguiente envió una embarcación a bordo, que nos condujo a la ciudad, donde nos recibió; y después nos llevó a su casita de campo, tan cuidada en el interior y tan bien arreglada con empapelados, espejos, cofres, sillas y otras galanuras, que quedaron sumamente admirados los cuatro padres españoles, a quienes el día anterior había llevado allí para ofrecerles el té, y a nosotros nos pareció ver justamente una casa de Bolonia. Nos honró en la mesa el secretario del Obispo (que en estas partes se considera como personaje de gran cuenta) y un caballero francés muy erudito y cortés. La mesa fue abundantísima; y siendo estos señores personas que habían leído mucho o visto gran parte del mundo, la conversación fue no poco erudita y al mismo tiempo agradable por las historias graciosas que mezclaba el boloñés a las conversaciones serias. Concluida la comida nos llevaron a ver la ciudad, que no es gran cosa, porque exceptuando los conventos y algunas casas principales, todas las otras son bajas y de un solo piso. Lo que me produjo más diversión fue ver los camellos, que yo no había visto sino pintados. Finalmente, fuimos a terminar en el bellissimo palacio de Monseñor el Obispo, donde el señor Secretario nos dio [p. 72] un buen refresco, coronando la obra por sí. Después de lo cual, habiendo ya tocado el Ave María, todos unidos nos acompañaron a la playa, donde nos dieron afectuosísimos abrazos y fletándonos una de las mejores embarcaciones nos enviaron a nuestra nave. El señor boloñés se llama el señor Gaspar Biondi de Conti, y tiene la madre viva y un hermano que sostiene a la familia en Bolonia. Este señor suele usar así de su beneficencia, y en esta ocasión nos hizo gozar delicias, donde no esperábamos encontrar sino padecimientos y dificultades.

En cuanto a la isla de Tenerife, la cosa más célebre que se encuentra en ella es su famoso Pico, esto es, un monte situado en el mismo medio de la isla, y que surge con una altura tan desmesurada, que comúnmente es reputado por el monte más alto del mundo. Yo tenía ya alguna noticia por lo mucho que de él tratan los geógrafos y por esto le miré con no poca curiosidad. Lo que puedo decir, es que se descubre más de cincuenta leguas en la lejanía, que son más de ciento cincuenta millas. Más de la mitad está casi siempre cubierta de nubes,

y sobre ella se yergue en figura de un pan de azúcar la gran punta, que habitualmente está cubierta de nieve. La isla por lo que puede discernirse desde el buque, me pareció muy amena y fructífera. [p. 73] Su mayor fertilidad consiste en tabaco, seda y principalmente vino, siendo célebre en toda Europa el llamado vino de las Canarias, por cuyo tráfico vienen hasta aquí continuamente franceses, ingleses y holandeses, y en el puerto de Santa Cruz, donde estábamos entonces, había más de quince navíos mercantes de esas tres naciones. La costa de la isla está circundada en todo su contorno por fortines con piezas de artillería para defenderla de los berberiscos, los que, por estar esa isla tan vecina del África, la infestan continuamente. Y no sólo para defenderla de éstos, sino también de las otras naciones de Europa, cuando están en guerra contra España, las cuales le hacen el amor por servir esa isla de escala a todas las navegaciones de la India, que allí van a tomar su punto y los vientos generales. Por eso, cuando llegamos nosotros, que como dije, íbamos en cuatro naves españolas, a las cuales se unieron en el viaje dos francesas, y todos lejos estábamos bordejeando a causa del viento contrario, el Capitán General, descubriendo estos seis leños y poco adelante nueve bastimentos menores, que parecían una pequeña flota, sin saber de qué ni a qué fin viniésemos, hizo tocar alarma con dos cañonazos, a lo cual respondieron de la Laguna, que es otra ciudad de tierra adentro, bajando prontamente a la playa cuatro mil hombres de la milicia del [p. 74] país, mejores para impedir los desembarcos que las mismas tropas españolas, los cuales estando repartidos en corto número en los mencionados fortines, venían con los mosquetes antiguos a rueda, que manejan admirablemente. El primero en tomar puerto de noche fue el Patacho; y el General envió al momento una embarcación con orden que si era amigo encendiese el fanal de popa y disparase un cañonazo; hecho lo cual pronto se desvaneció todo temor. A la mañana nos aproximamos nosotros y saludamos la fortaleza con once tiros, hecho lo cual todos los milicianos se volvieron a sus casas.

Después de tantas finezas recibidas en Tenerife volvimos a bordo, en donde además de las molestias que son comunes en los buques, siempre mayores cuando se está detenido y no se camina hacia su término, debimos sufrir otras más fastidiosas por parte de los milicianos. Todos los pasajeros, al menos los de alguna consideración, tan pronto como entramos en el puerto, bajaron a tierra, donde lo pasaron alegremente hasta el día que soltamos las velas nuevamente. Los soldados ardían también en deseos de desembarcar, pero los oficiales tenían orden de no dejar salir ni uno. De aquí nacieron las turbulencias, que nos inquietaron por muchos días, porque, fuera de los dragones, bellísima gente y milicia veterana toda, prudente y bien disciplinada, [p. 75] la infantería era milicia ordinaria y por lo general descontenta, porque la mayor parte venía por fuerza. Y como el Paraguay no es país tan renombrado en España como Méjico, Chile, el Perú y otros, al saber los soldados su destino parecía que fuesen enviados al infierno. De cierto que si hubieran podido desembarcar en Tenerife, por lo menos la mitad habría desertado; por esto los oficiales, que lo conocían muy bien, velaban con toda atención y rigor, para que ninguno saliese de la nave. Pero a pesar de cuantas diligencias se hacían, una noche se arrojaron algunos al agua y nadando llegaron a tierra. Con todo, reconocidos desde el presidio de un fuerte de la isla, fueron tomados y arrestados al día siguiente. Después hubo una especie de amotinamiento, porque no se les daba vino en la navegación, y así era, pero no tenían razón de quejarse porque es costumbre prudentísima en las naves de España no dar vino a la soldadesca, a fin de que no haya siempre alguno, como sucedería, que se embriague, ocasionando de tal modo riñas frecuentes y peligrosas. Pero una vez llegados a puerto, el Rey les hace pagar tanto sueldo de más cuanto correspondería a la ración de vino que se les hubiera dado todos los

días en el mar. Y ciertamente la cosa ha sido pensada con gran prudencia, como en efecto lo probamos, porque el día en que sucedieron [p. 76] mayores revoluciones, por las cuales la nave parecía un infierno, fue cuando un pasajero de calidad, estimando tenerlos más quietos y contentos, les regaló un barril de malvasía de las Canarias, del que tocó un vaso a cada uno. Pero apenas pasó una hora, cuando los humos empezaron a subir a la cabeza, comenzaron a querellarse con el Comandante y con los oficiales, ora por una cosa, ora por otra y con tal impertinencia que algunos fueron apaleados, como lo merecían. Apaciguado este tumulto, nació otro de allí a poco en el cuartel sobre cubierta, en que vinieron a las manos entre sí y contra un sargento. Por fortuna no tenían armas, pues es costumbre también en las naves de España no permitir arma alguna ni fusil, ni espada ni bayoneta a la soldadesca, sino a los centinelas de popa y proa y en caso de combatir, pues entonces se distribuyen en un abrir y cerrar de ojos. Por cierto que es esta también una prudente medida pues si esa noche hubieran tenido armas habrían sucedido muchas muertes. Tenían sin embargo, algún cuchillo, porque me parece que hubieron varios heridos. Diré además, que algunos más perversos tentaron cortar el cable a que estaba asegurada el ancla de la nave, pero como ésta tuviera de grueso unos seis buenos puños de hombre, no pudieron cortar sino algunos pocos cabos, como observaron los marineros. [p. 77] Otros sin embargo dijeron, que había sido aquello un golpe de sable de un dragón, porque cuando los oficiales oyeron las voces y gritos que venían de bajo cubierta, temiendo algún tumulto, dieron en un momento las armas a los dragones, gente prudente, como dije, y que nada tenía que hacer con tales revoluciones. Éstos, pues, con sables en la mano haciéndose espacio y aquéllos desarmados, aquietáronse todos; preso después el cabecilla y puesto en el cepo, todo quedó quieto; bien que duró poco, porque apenas oscureció un poco la noche, un soldado se arrojó al mar para huirse. El centinela de popa al momento, enderezándole el arcabuz le tiró, pero no teniendo pólvora en la chimenea falló el tiro: los marineros instantáneamente arrojándose en la embarcación, con remada violenta pronto le alcanzaron y tomándolo lo volvieron a la nave, donde sin darle tiempo de mudar los vestidos empapados de agua lo pusieron en el cepo. Mientras se castigaba a este, otro, desnudándose enteramente se lanzó al agua, al cual persiguiéndolo los marineros le dieron prontamente caza como al precedente; bien que fue un poco más difícil tomarlo, porque tenía un cuchillo en la mano, amenazando al primero que se atreviese a agarrarlo. Pero éstos le respondieron resueltamente que le harían pedazos la cabeza, y se vio obligado a rendirse; llevado a la nave [p. 78] fue bien asegurado en el cepo, desnudo como estaba, y siendo la noche muy fría, murió congelado. Otras revueltas semejantes, si no peores, acontecieron después, de modo que no había cepos en que poner los delincuentes; no cesaron del todo hasta que nos hicimos a la vela de nuevo en prosecución de nuestro viaje y se comenzaron de propósito las novenas y sermones, con los cuales Dios concedió que se hiciera mucho bien.

Diré aquí en general acerca de esto, que no es fácil explicar el gran fruto que se recoge con estos ejercicios de piedad en las navegaciones de la India, porque, así como en las misiones, algunos de pérdidas costumbres que vienen por acaso o por curiosidad, quedan heridos por las máximas eternas y se ven siempre grandísimas conversiones; así, en las naves entre los pasajeros, marineros y soldados, que no todos son ángeles, al oír tantos y tan eficaces sermones obtienen singular fruto y se hacen confesiones generales con tal sentimiento y enmienda de vida, que con el gran consuelo que experimentan los misioneros, se dan por abundantemente recompensados de sus fatigas. Después el ejemplo de los unos, como suele suceder en la multitud, mueve a los otros; así es que son raros los que tarde o temprano

no toman mejor tenor de vida. Por esto puedo decir que un misionero podría darse por satisfecho de [p. 79] haber dejado su país y de haber venido a las Indias, sólo por el gran bien que puede hacer en estas navegaciones, donde así como los marineros en el mar, así los misioneros en las naves, pescan peces grandes.

Ahora, para volver al hilo de nuestra narración: salimos de Tenerife con viento poco propicio, pero empezada al día siguiente la novena de San Francisco Javier, que en las naves de España y Portugal es el principal protector del mar, el Señor nos envió pronto un viento favorable con el cual proseguimos a buen paso nuestro camino. Entonces fue que notamos la salida de polizones. Son éstos gente pobre pero astuta, que trata de ir a las Indias para tentar fortuna, pero no teniendo los cien o doscientos escudos necesarios para pagar el flete de la navegación, se combinan con algún marinero o ministro de la nave, quien, tras la multitud de gente, que viene en los últimos días, ya por las provisiones, ya por cargar, los introduce, a pesar de la vigilancia de los guardias y los esconden, no sé cómo, tras las cajas o fardos de mercancías, donde van sustentándose lo mejor que pueden, hasta que apartados de tierra algunas jornadas, están seguros que la nave no se volverá por ellos. Entonces comienzan poco a poco a salir a luz, y los capitanes al ver aquellas caras nuevas, o por mejor decir aquellas bocas [p. 80] de más, blasfeman, desesperándose, gritando, amenazando, y ellos oyen todo con humildad, sabiendo bien que las amenazas de arrojarlos al mar no se llevarán a cabo, hasta que, pasada aquella borrasca de gritos y bravatas, se van con los otros libres y contentos, como aquellos prisioneros que allí se indultan para la Pascua y la Navidad. Entretanto bufan los capitanes, no porque los tome de novedad la introducción de los polizones, pues bien saben, que no hay nave que vaya a las Indias, sobre todo en la Flota o sea en los galeones, en los cuales no hayan siempre muchos, sino porque cada capitán cree haber usado todas las diligencias posibles para que no se introduzcan en su nave.

En este intermedio, siguiendo el viento favorable y fresco, en pocos días pasamos el trópico de Cáncer por el cual se entra en la Zona Tórrida, contenida entre este trópico y el de Capricornio, cuyo centro es la línea equinoccial. Entramos, dije, con viento fresco, esto es un greco-tramontana, por lo cual no empezamos a experimentar tan pronto los excesivos calores que se suelen sentir en este clima; y hasta aquí nos acompañó el invierno, pues era hacia el fin de enero, al cual sucedió después una primavera templada, que nos acompañó hasta los ocho o diez grados a distancia del Ecuador o línea equinoccial, donde según lo acostumbrado, [p. 81] comenzó a apretar el calor y a crecer siempre más, cuando nos acercábamos a la Línea, de suerte que no se padece otro semejante en ninguna otra parte del mundo. Esto duró hasta el otro trópico de Capricornio, después de lo cual sobrevino el otoño, en cuya estación, como veréis más abajo, llegamos a Buenos Ayres; así que, en los cuatro meses que duró nuestra navegación, experimentamos todas las cuatro estaciones del año. Acercándonos entonces con bastante viento, recurrimos al Señor por la intercesión del glorioso San José, y después de San Antonio, cuyas novenas se hicieron con devoción, y obtuvimos la gracia de no caer en ninguna de esas tremendas calmas de 20, 30 y 40 días, que suelen frecuentemente tomar bajo la Línea o en las cercanías de una u otra parte hasta la altura de 7 u 8 grados; y son más perniciosas y temidas que la más formidable tempestad; porque aquí, caminando el sol perpendicularmente sobre nuestras cabezas, de modo que, al mediodía, como observé muchas veces, el cuerpo no arroja de sí sombra alguna por ninguna parte, los rayos del sol caen ardentísimos. Que si se junta el cesar del viento, además de la falta de este refrigerio, que siempre tempera los calores poco o mucho, permaneciendo así la nave inmóvil como una

roca, queda tanto más expuesta a los cercanos azotes del sol, que se aumenta [p. 82] con la fastidiosa reverberación del mar. Entonces es cuando se padecen tantos desastres de hambre, sed, insomnios, corrompiéndose el agua y las provisiones y engendrándose tantas extrañas enfermedades, como se leen continuamente en las historias que tratan de tales navegaciones. Pero nosotros por gracia de Dios no sufrimos ninguna de tales calmas, pues la más larga fue de 7 u 8 días, a distancia de 4 grados de la Línea, de la cual bien puedo deciros, que no sé de haber sudado ni sufrido tanto, ni padecido una sed mayor.

Ya por otra mía habréis comprendido la estrechez de las habitaciones y de lechos en que veníamos, porque la porción de cámara en que estábamos treinta y cinco, venía a ser como un horno, y si se salía fuera al castillo de popa para tomar un poco de aire libre, parecía que los rayos del sol abrasaban, de tal manera que yo no hacía otra cosa que empapar propiamente el pañuelo en sudor. Pero mayor trabajo era el de la sed, porque esta era excesiva, y el agua que según costumbre se distribuía a cada uno, resultaba escasísima, de modo que algunos pasajeros vendían a un soldado una camisa por tantos vasos de agua pagaderos de diversos días de su ración y otros llegaron a ofrecer un par de medias finas y cosas semejantes por un solo vaso. No había esperanza de mover a dar una gota más de los tres vasos [p. 83] de medida, que daban entre la mañana y la tarde; antes he visto negarse públicamente a un pasajero de calidad hasta un poco de agua para hacerse la barba; y porque los marineros de popa una vez acabaron en 12 días y medio su tina que tenía el agua medida para 14, no permitió el contramaestre que se llenara de nuevo hasta el día determinado; lo que obligó a los pobres a estar día y medio sin beber, que daba compasión: tal es el rigor que se observa en estas navegaciones respecto del agua. Lo que bien puedo deciros es que la que se nos daba era buenísima, es decir no estaba pútrida y fétida como suele suceder, y esto por la diligencia especial del señor Capitán, el cual hizo embarcar el agua para los pasajeros en algunos millares de frascos grandes de tierra, bien cerrados con corcho y yeso encima; y el resto casi toda en cubas nuevas y bien guardadas, así que duró hasta el último, limpia y perfectísima. Ojalá hubiera sucedido lo mismo con el bizcocho, del cual era raro el pedazo que no contuviese algunos gusanos que moviéndose al partirlo y frecuentemente saltando sobre la mesa, me ocasionaban no poca repugnancia, náuseas y aborrecimiento. Pero lo más penoso y que ciertamente me dio más ocasión de ejercitar la paciencia, era la multitud indecible de pulgas, chinches y sobre todo de piojos, que en este calor crecen sin número y [p. 84] sin esperanza de libertarnos de ellos; ya porque no había lugar para apartarse a registrar y limpiar los vestidos, que estaban llenos; ya porque hubiera sido inútil desde que bastaba entrar una sola vez entre los marineros o soldados para confesar, predicar o recitar el rosario y cosas semejantes, para volver a la cámara llenos y comunicarlos a los compañeros. Imaginaos una nave en que éramos tantos que apenas podíamos movernos, y cuya mayor parte, marineros, soldados y otra gente, dormían siempre vestidos sin mudarse, peinarse, etc.; cuán grande abundancia debía haber de semejante mercancía, de modo que no nos extrañaba verlos correr acá y allá por los vestidos, aunque no pudiésemos acostumbarnos tan fácilmente a su molestia, mayormente a la llegada de las pulgas y chinches que en aquellos calores excesivos crecen admirablemente; y de modo que la noche, en lugar de servir de reposo, era un verdadero martirio. Un estudiante, el más joven y acaso el más débil de complexión, cuando llegamos a lo más fuerte del calor, cayó enfermo gravemente, de manera que estuvimos en peligro de perderlo. El padre ministro, que era el padre Carlos Gervasoni, tan pronto como ocurrió el principio del mal, cedió su cama que estaba en mejor sitio, es decir, más vecino al aire de la ventana, mientras el otro

estaba casi en el fondo de la cámara y [p. 85] en la fila de abajo, que parecía una cueva, y aunque repugnase al enfermo este cambio porque el superior no se viese obligado a probar las incomodidades experimentadas por él, venció al fin la gran caridad del Padre Misionero. Por lo demás, todo el resto pasaba suficientemente la tempestad; y por una gracia de Dios no tuvimos cosa alguna de consecuencia, fuera de una que escribiré más abajo. Tuvimos muchísimos temporales con truenos, relámpagos, rayos y combates de vientos, pero que duraban cerca de una hora poco más o menos, a que los españoles llamaban turbonadas, las cuales son frecuentísimas en las cercanías de la Línea de una y otra parte, de manera que se pasa generalmente en medio de ellas, como nos habían dicho y en efecto sucedió. Pero a distancia de 7 u 8 grados del Ecuador los vientos comenzaron a ser escasos o muy débiles por el excesivo calor: de donde suelen proceder las largas calmas que antes mencioné, haciéndose necesario servirse de los antedichos temporales, tomando a tiempo aquella hora o dos de viento con que suelen venir. Por otra parte, es necesario estar con las velas muy bien preparadas para extenderlas o amainarlas en un segundo según la fuerza del viento, pues a veces y de improviso vienen rachas tan impetuosas, que podrían de un golpe tumbar un buque, aunque en un [p. 86] cuarto de hora se desvanezcan. Nuestra nave San Bruno y la otra compañera llamada San Francisco, en las cuales venían repartidos los nuestros, tenían dos pilotos de genio totalmente opuesto. El del San Francisco era un español joven superior por su arte al otro, pero demasiado animoso. El nuestro, un francés más práctico, porque navegaba cuarenta años hacía, pero demasiado temeroso, teniendo desplegado el trinquete ad summum cuando bastaba para recoger sin el menor peligro un poco de viento, que nos empujase algunas leguas adelante, mientras que el otro como conocía que su nave era más pesada y tarda en el caminar, de modo que muchas veces y mal de su grado se veía obligado a quedar atrás, recibía intrépido dichas turbonadas con casi todas las velas para aprovechar totalmente del viento, y efectivamente conseguía avanzar siempre mucho. Pero un día en que nos precedía algunas millas, y cruzaba su popa por delante de nosotros, poniéndose a nuestra derecha o pasándose a la izquierda, como burlándose de nuestra nave, que no podía alcanzarla, imprevistamente cambió el viento y le rompió por medio dos palos: os aseguro que esto me ocasionó un gran horror porque cuando recibió el fiero golpe que le echó abajo los palos pareció propiamente que el barco se tumbara o se sumergiese; después, porque yo [p. 87] temía que, cayendo a plomo aquella gran máquina de palos o antenas sobre la gente, hubiese hecho muchos estragos entre los pasajeros y los padres. Pero el Señor hizo la gracia que todo se enredó por el aire en las velas mismas y en las muchas cuerdas, que de un palo pasan a otro, de modo que la gente tuvo tiempo de retirarse y esquivar el golpe. Ellos se detuvieron al momento y nosotros, acercándonos, les preguntamos con la bocina si tenían necesidad de algún socorro, a lo que respondieron que no, y que al día siguiente se pondrían en estado de proseguir el camino. Así sucedió en efecto, porque trabajando infatigablemente los marineros y carpinteros, pusieron en lugar de los rotos, otros dos palos que siempre se llevan de repuesto en las naves por lo que puede suceder, y en menos de veinte horas se pusieron de nuevo en viaje con todas las velas, fuera de las dos pequeñas velas sobre las gavias que no se usaron más en el resto de la navegación.

Así en medio de estas turbonadas, a las cuales sucedía inmediatamente una calma de medio día unas veces, otras de uno o dos, alternándose recíprocamente, llegamos finalmente a la Línea, cuyo paso no sabría explicar qué consuelo hace experimentar a los navegantes, de suerte que todas las naciones, de una manera u otra, acostumbran celebrar en la nave una gran fiesta, que [p. 88] es fiesta propia de la marinería y una mezcla de verdad y de burla,

que no hay comedia que pueda justamente ser tan agradable. Esta función acostumbran llamarla el Rescate, porque todos los pasajeros deben pagar poco o mucho, si no quieren exponerse al peligro de ser zambullidos en el mar. La víspera de la función vino una compañía de marineros vestidos de soldados con dos oficiales y un pregonero adelante, por medio del cual publicaron un largo bando en que se intimaba a todos los pasajeros encontrarse presentes en la plaza de popa al día siguiente, para dar cuenta a Su Excelencia el señor presidente de la Línea de cómo se hubiesen avanzado hasta aquellos mares, con qué facultad, por qué motivo, etc., bajo pena de grave castigo personal o pecuniario, si no justificaren lo bastante. Publicado el bando lo fijaron al palo mayor y se retiraron. Por la mañana del día siguiente se preparó en la plaza dicha una pequeña mesa con tapete, plumas, papel, tintero, etc. y varios empleados alrededor. Los marineros formaron después una compañía militar mucho más numerosa que la anterior con los vestidos de los dragones, armados de sables y picas, con sus oficiales vestidos en toda regla y a tambor batiente vinieron a la plaza, donde se levantó un estrado para el señor Presidente, que llegó al último con gran sosiego, acompañado de sus ministros, vestidos como los [p. 89] magistrados. Él sin embargo, iba pomposamente vestido a la francesa, y en verdad que no podían escoger otro mejor para tal función. Apenas se hubo sentado con sus ministros, cuando los que permanecían fuera del grupo, le pusieron delante un reo de no sé qué delito cometido poco antes pasando la Línea, por el cual ordenó súbitamente el Presidente, que fuese zabuglido, que quiere decir²⁴ sumergido en el mar. Y porque el pobre quería dar razones y justificarse, el Presidente, atribuyéndolo a poco respeto, levántose y bastoneándolo ordenó que fuese zambullido tres veces, lo que se efectuó en seguida. Tomándolo los guardias lo ataron al cabo de una cuerda, que al efecto estaba pendiente de una garrucha desde la punta de la antena mayor, con lo cual tirándolo hacia arriba como cuando se da cuerda, lo dejaron caer a plomo desde aquella altura, hasta el mar, sacándolo en seguida y volviendo a zambullirle cuantas veces se les había ordenado. Hecho esto, le dejaron en libertad, permaneciendo todavía la cuerda pendiente en el mismo sitio para terror del cualesquiera que se hubiese atrevido a desobedecer las órdenes del señor Presidente. Todo esto era concertado con aquél, aunque ciertamente yo no [p. 90] sabía que hubieran podido hacer algo peor, si hubiese sido de veras.

Terminado este castigo, el Presidente dio orden a su Teniente y al Ayudante de campo, que condujesen a su presencia al señor Capitán del buque. Fueron rápidamente los dos oficiales acompañados de varios soldados a la cámara del Capitán, intimándole se presentara en el acto a Su Excelencia (este era el título que daban al Presidente) y el Capitán obedeció prontamente. Llegado a la presencia del Presidente, con la cabeza descubierta, éste le interrogó con qué facultad se había atrevido a adelantarse con su nave en aquellas partes, a lo cual contestó el Capitán, que tenía despachos y facultades de su Rey, a lo que replicó aquél, que él era el presidente de la Línea que mandaba allí y que de él antes que de ningún otro se debía recabar la licencia y los debidos despachos. Pero porque aquello lo suponía sucedido por ignorancia y no por malicia, se contentaba, en vez de confiscarle el buque como merecía, con que pagase una pequeña multa de cien frascos de vino, etc. El Capitán al oír la sinfonía de los cien frascos de vino y otras cosas pedidas, protestó que aquella condena era excesiva para sus fuerzas. Así que el Presidente, después de algunos divertidos altercados se sometió y convino en 27 frascos de vino, 6 pernils, 12 ó 14 quesos [p. 91] de Holanda y no me recuerdo qué otra cosa, que pagó todo exactísimamente y entonces licenciándolo con gran cortesía el Presidente, y hécholo acompañar por sus oficiales hasta la cámara, envió a llamar a los otros pasajeros sucesivamente uno a uno, a cada uno de los cuales exigió

estrecha cuenta del atrevimiento tomado en pasar la Línea sin su permiso y pasaporte, que bien sabían o a lo menos debían informarse, ser él el único señor de aquel sitio. No tengo aquí tiempo para referir en particular todos los casos graciosos, que sucedieron en este juicio. Sólo digo en general que me fue muy agradable oír las pullas y respuestas justamente chistosas y picantes, que una no esperaba a la otra, en que son fecundísimos los españoles. Y que el Presidente no podía ser más a propósito, porque tenía un rostro descarado y bronceado, que en toda la función, que duró muchas horas, por más casos ridículos que sucedieron, por más pullas y respuestas graciosas que diese o recibiese, no hizo semblante de reír, sino que sostuvo siempre su carácter con una gravedad y serenidad digna de Catón. Ni eran diferentes a él sus ministros, manteniendo todos su punto con gran seriedad y exigiendo de cuantos se presentaban un sumo respeto, de modo que el Presidente, a intimación suya, condenó a una multa mayor de lo que había establecido, al Mayordomo o sea el Ecónomo [p. 92] del buque, que era un armenio muy gordo y que padecía sumamente con el calor, porque se presentó despechugado, lo que atribuyeron a falta de respeto. También como el barbero no respondía en regla o murmuraba sobre la multa impuesta, el Presidente lo condenó a ser zabuglido, es decir, sumergido como aquel primero en el mar, y ya comenzaba a ser ejecutada la sentencia, cuando por haber justificado ser también enfermero y por consiguiente benemérito a la nave, le fue acordada la gracia.

Así por vía de burla y diciendo de veras, los multó bien a todos, desde el primero hasta el último, en proporción, sin embargo, pues al paso que condenaba a un caballero o mercader de importancia en un frasco que contiene doce grandes vasos de vino, de los cuales llevan consigo muchísimo en esta navegación, a un pasajero de menor cuenta lo condenaba en algunos frascos de aguardiente o libras de chocolate y si no tenía ni lo uno ni lo otro, en dinero efectivo, haciendo anotar diligentemente las multas por el Notario presente, para poder después recolectarlas como lo hizo muy puntualmente. Terminose así el Rescate (que así llamamos esta fiesta porque cada pasajero debe desembolsar cualquier cosa, si quiere redimirse del peligro de ser zabuglido), terminose digo el Rescate con un solemne refresco, que [p. 93] el Capitán hizo preparar para el Presidente y sus ministros, del cual gozaron aun los soldados, después de lo cual se volvieron a tambor batiente y con acompañamiento de guardias, como habían venido. Una cosa sola faltó para complemento de nuestra función, la cual no se escapó en la otra nave de San Francisco, cuyo capitán era mucho más práctico que el nuestro en las costumbres de esta navegación, fue el zambullir al Presidente o algunos de sus ministros. Al tiempo de terminarse el refresco y cuando todo aquello andaba, como he dicho, con toda la pompa, el Capitán salió de su cámara como maravillado y preguntó qué era aquel estrépito de tambor, aquel cortejo y todo el aparato restante, y oyendo que todo ello se hacía en honor del señor presidente de la Línea: «¿Qué presidente -empezó a gritar furioso, como si hablase de veras-, qué presidente de la Línea? En esta nave no manda sino yo. Por el atrevimiento que se ha tomado de venir a mandar en mi buque, que se le tome al momento y sea zambullido»²⁵. Pero como el Presidente fuese un pasajero que habían escogido para la fiesta, como el de más bello humor de todos, el Capitán no quiso apesadumbrarlo [p. 94] y ordenó que se sumergiesen dos de sus ministros, lo que se hizo en el acto, porque los mismos soldados, que primeramente les servían de guardia, los tomaron rápidamente y por más que gritasen de veras y procurasen defenderse, los despojaron de los vestidos de valor a fin de que no se arruinasen y puestos en camisa los ligaron a la mencionada cuerda y acomodados uno sobre otro los zambulleron tres veces en el mar con vivo y universal aplauso de toda la nave. No os admire, si los marineros, que

se habrían amotinado si el Capitán no hubiese querido admitir el Presidente, y una vez que han obtenido multar a los pasajeros, que en substancia no es otra cosa que una manera graciosa de recolectar buena comida para sus muchas fatigas en navegación tan larga: no reconocen ya ni presidente, ni fiscales, ni alcaldes, antes contribuyen con esta última ejecución a amenizar más el placer de cada uno. Esto es en sucinto la función con que las naves festejan su pasaje del uno al otro hemisferio, industriándose para aliviar en parte la enojosa molestia, que ordinariamente se experimenta en aquel clima tan caluroso.

Pasada felizmente la Línea nos sorprendieron algunas calmas, cortas sin embargo, y alternadas por lo general con algunas horas de viento, que nos permitían caminar un poco. La pesca del tiburón nos aliviaba en [p. 95] cierta manera este tedio. Este pez es casi del largo de un hombre, muy feo y desproporcionado, pero sobre todo más voraz que cuantos se ven en el Océano, de modo que corre apresuradamente a engullir con su gran boca cuanto cae de las naves. En el Vocabulario español e italiano de Franciosini leo las siguientes palabras: «TIBURÓN — un pez grandísimo que sigue las naves que van a las Indias y come todo lo que dejan caer al mar. Refiere un autor, llamado el Gomara que, habiéndose despedazado uno de estos peces, se le encontró un plato grande de estaño, dos sombreros, siete pernils y muchas otras cosas»²⁶. Sin embargo, los que pescamos nosotros no eran tan grandes como por ventura en otras partes del Océano, pero no eran por eso menos voraces. Efectivamente, en uno de los primeros que abrieron encontraron en el vientre un zapato y otras cosas curiosas, que ahora no recuerdo. Figuraos ahora cuando van, no dos buques, sino flotas enteras, y que recogen de todas las naves lo que cae mucho más en caso de naufragio, porque entonces llenan su vastísimo vientre con cuanto encuentran! Por eso es que los marineros los abren, principalmente por ver si tienen en el vientre alguna cosa buena, pues su carne, por otra parte, no es muy sabrosa ni sana. Ordinariamente caminan [p. 96] bastante a fondo y sólo salen fuera cuando la nave está en calma. Son muy enemigos del hombre, y por eso cuando a causa del ardentísimo calor, que hacía principalmente en tiempo de calma, se arrojaron muchos a nado para refrigerarse un poco en el agua, andaban con gran cautela, estando unidos siempre alrededor del buque, mientras los de adentro hacían la guardia, mirando si venía a lo lejos alguno de esos monstruos para avisarles y que se tomaran a prisa de algunos cabos de cuerda, que les arrojaban en el acto, para que volvieran a la nave. Y me refirió un señor, que en otra navegación en que él se encontraba, un joven más experto para nadar que los otros se apartó del buque dos tiros de arcabuz y andaba nadando como un pez, volviéndose de cuando en cuando hacia la nave saludando, de donde todos le respondían con aplausos, cuando de improviso se le vio tirado hacia el fondo sin aparecer más, y todos lo atribuyeron al tiburón.

La manera de pescar los tiburones es con anzuelos de la forma y tamaño justamente de los arpones o ganchos con que se cuelgan en las carnicerías los cuartos de buey, aunque algo más gruesos; asegurado el arpón con uno o dos palmos de cadena, para que el pez no rompa la cuerda con los dientes y se lo lleve como sucedió muchas veces, pues al abrir algunos se encontró [p. 97] en su vientre uno o dos de estos anzuelos o quiero decir gruesos arpones de fierro con la cadena y un pedazo de cuerda, lo que daba a entender la fuerza y conjuntamente la extraordinaria voracidad del pez, que es singular. Al anzuelo se pone un gran pedazo de carne, que arrojan de lo alto, y el tiburón tan pronto como oye el estrépito de aquello que cae al mar se vuelve y guiado de ciertos pececillos, que llaman romerinos, que siempre lo preceden o están adheridos sobre la cabeza o las espaldas, embiste la comida, la engulle y queda preso. Cuando lo levantan los marineros (y hacen siempre de modo que

sean muchos, así por el gran peso como por los sacudimientos que da) es cosa agradable ver los mencionados pececitos como van perdidos acá y allá en actitud de socorrer y compadecer a su patrón, y antes que sea completamente sacado fuera del agua, la mayor parte se le acomodan sobre el lomo de modo que quedan presos con él. Éstos sí son estimados como excelentes para comer, y gratos también a la vista por ser pintados de arriba a abajo con listas negras y azules; pesan cerca de media libra. Una vez en la nave el tiburón, lo matan a golpes de barra en la cabeza, le sacan de ella una piedra, reputada medicinal, le hurgan el vientre y hacen poquísima cuenta de la carne. Otras veces, después de aturdirlo a golpes de palanca, le sacan los ojos en [p. 98] venganza de ser tan enemigo del hombre; después le atan al lomo un barril vacío y bien cerrado, con el cual lo vuelven a arrojar al mar; y es un agradable pasatiempo ver el combate del tiburón con el barril; porque entonces el pez no sólo trata de sumergirse en el mar y con el ímpetu de la primera caída lo consigue, pero presto el barril vuelve a flote, levantando consigo el pez: éste quisiera volver a fondo, y como tiene el barril encima, se enfurece, se vuelve contra él, no pudiendo quitárselo del dorso. Y corre de un lado a otro, hasta que finalmente se pierde de vista, después, sin embargo, de haber recreado algún tiempo a los navegantes a costa suya.

Encontramos también en el resto del viaje algunos otros peces, grandes y pequeños, sin que yo observase en ellos cosa digna de referirse. Sólo el volador merece no ser olvidado. Es éste un pez del tamaño y forma casi de una «lisa», sólo que tiene dos alas en forma de murciélago, con las cuales cuando es perseguido por un pez grande, que se llama bonito, levanta un vuelo sobre el agua largo de dos o tres tiros de piedra; aunque a menudo el bonito, que es velocísimo, lo sigue nadando, de tal modo que cuando el volador cansado se deja caer en el agua, aquél, que ya está debajo esperándolo, alzándose, abierta la boca, lo toma en el aire y lo engulle, [p. 99] como yo vi una vez. Éstos ordinariamente van en grandes bandadas como pájaros acuáticos, y aun volando caen en los navíos, como sucedió con uno que tuve en la mano y observé²⁷. Llegados por gracia especial de Dios a los cuatro o cinco grados más allá de la Línea, se levantó un viento fresco y durable por muchos días, que nos desclavó de aquel mar de aceite donde estábamos casi inmóviles, y que mitigó mucho los excesivos calores de aquella hornalla. Verdad es que, creciendo siempre ese viento, terminó por una tempestad, la cual, no obstante, como se vio, no fue peligrosa. No esperéis de mí la descripción: la encontraréis en los poetas y en los historiadores. Solamente os diré, que yo no había jamás visto tal multitud de relámpagos y de rayos, porque eran tan consecutivos el uno al otro, que el cielo, cuando llegamos a la noche, estaba completamente [p. 100] iluminado. Ni recuerdo haber oído estrépito semejante al de las saetas que caían en el océano, que sin embargo, creo procediese del mismo mugido del mar. Ésta fue la ocasión en que vi el San Telmo, que no es otra cosa que una llamita de fuego que se enciende durante la tempestad en la punta de un palo o en la extremidad de una antena, y que es recibido comúnmente por los marineros como una señal ciertísima de que la borrasca acabará pronto y sin peligro del buque, por lo cual, la primera vez que aparece todos se arrodillan en el acto, dando gracias a Dios y a la Santísima Virgen por tan feliz augurio. Eran entonces como las dos o tres de la noche y parecía que el viento se enfurecía cada vez más, cuando uno bajó a toda prisa a la cámara en que estábamos nosotros, anunciando que en aquel momento se había visto el San Telmo. Yo entonces por salir de la duda de si aquello era una aprensión popular o una cosa efectiva me dirigí rápidamente a popa, donde tan pronto como me vieron: «Mírelo, padre –me decían–, mírelo allí»²⁸. Miré atentamente y en verdad era así, es decir, una pequeña llama bien reluciente sobre la extremidad de la antena mayor,

la cual en la oscuridad de la noche se distinguía claramente. Lo observé con sumo [p. 101] placer, como también la alegría extraordinaria con que toda la marinería cantaba en dos coros las letanías de la Santísima Virgen, la gran confianza que tenían en que la borrasca acabaría sin peligro, al punto que mientras las ondas seguían enfureciéndose y retumbaban los rayos por todas partes, ellos proseguían su canto alegremente, sin hacer el menor caso. Si la llama en cuestión es un efecto natural o no, no me pondré ahora a averiguarlo. Sólo digo que aunque sea así, como los fuegos fatuos y otros semejantes, Dios se sirve de ellos para dar a los navegantes una esperanza casi cierta del feliz éxito de la tempestad, que ellos atribuyen a la intercesión del glorioso San Telmo, al cual pintan generalmente con un buque y una pequeña llama en la mano y en cuyo honor recitan todos los días una devota canción como a protector contra las tempestades.

Debo también advertir, que por casi todo el trecho del mar sujeto a la Zona Tórrida y mucho más en la vecindad del Ecuador, cuando llueve sobre los vestidos, el agua en pocas horas se descompone y produce gusanos blancos como los del queso, de modo que si pasada la lluvia se olvida alguno de extender su vestido mojado y exponerlo al sol, lo encontrará bien pronto cubierto de semejante mercancía. Así después de varias otras circunstancias que dejó por ser de poca cuenta, arribamos [p. 102] al trópico de Capricornio, casi a la mitad de la Cuaresma, que por buena fortuna nos tocó pasar toda en el mar, donde os aseguro, que se hace mucho más rigurosa que en tierra; porque, así como en medio de tanta agua, se padece más la sed que en ninguna otra parte, así también, en medio de los pescados, se experimenta su escasez más que en ningún lugar, ya que mientras camina la nave, ordinariamente no se puede pescar; así fue que a excepción de cuatro o cinco veces que probamos un poco de pescado fresco, todo el resto lo pasamos con salado que servía si no a quitar el hambre, por lo menos para encender la sed. Júntase a esto que las horas de comer en los buques de España, son completamente diversas, por no decir contrarias a nuestra distribución, pues, como cuatro horas antes de mediodía se va a la mesa: y esto lo llaman almuerzo, es decir, la colazione²⁹; tres horas después de mediodía o más tarde, se prepara lo que llaman la comida, es decir, il desinare³⁰; y hasta el día siguiente ya no se da otra cosa. En este tiempo de cuaresma las funciones de piedad se hicieron con mucho mayor fervor y frecuencia que anteriormente, predicando, ya uno ya otro, con tan buen [p. 103] efecto que por lo general al acabar el sermón con un acto de contrición, casi todos acompañaban al misionero con lágrimas y golpes de pecho, pidiendo humildemente al Señor perdón y misericordia. Los capitanes, pasajeros y oficiales acudían siempre con gran edificación y aunque podían acomodarse donde se sentaba toda la demás gente, ellos estaban siempre en pie señalándose también en esto la piedad tan propia de la nación española. Además de esto, se hacía todos los días, mientras lo permitía el tiempo, la doctrina cristiana y se recitaba el rosario con otras oraciones en cuatro partes distintas, es decir en la popa los pasajeros, en la proa los marineros, en la sentina los soldados y bajo cubierta la gente de servicio, con gran consolación nuestra al oír resonar por todas partes las alabanzas del Señor y de su Santísima Madre, hasta en medio del Océano.

De este modo íbamos acercándonos felizmente a nuestro término, cuando el 25 de marzo, día de la gloriosa Anunciación, al despuntar el alba, surgió una niebla muy espesa, que dio motivo a esperar proviniese de la vecindad de tierra. Por tanto, se echó el escandallo y se encontró fondo a las 140 brazas, de lo que el piloto dedujo no poder estar la tierra muy distante, porque en este mar, cuando se está muy lejos de ella, no hay cuerda que llegue al fondo. Por lo que todos dimos afectuosas [p. 104] gracias a la Beatísima Virgen con las

letanías, que por primera vez se cantaron con el festivo son de las misiones acostumbradas en Módena. El piloto sin embargo, porque atendiendo a la espesa niebla, no podía discernir a qué distancia se encontraría la tierra, ni sabía si había allí escollos o bancos de arena, volvió la proa en dirección al mediodía, prosiguiendo su viaje hasta alcanzar la altura de 35 grados, en que viene a estar el cabo de Santa María y en la mañana del 27 la volvió hacia el poniente. Después de comer echó el escandallo y contra su esperanza encontró sólo 50 brazas de agua, de donde dedujo, según las medidas notadas en estos mares, que la tierra no podía distar más de 25 millas; por esto, dudando de poder descubrirla en aquel día por ser muy tarde y no queriendo, por otra parte, acercarse mucho por temor de que levantándose en la noche un viento impetuoso nos arrojase a la costa, aconsejado por su excesivo temor, se puso a la capa, que es cuando se cruzan las velas con simetría tal, que el viento dando en una refleja por contraposición en la otra, de modo que no empuja la nave ni adelante ni atrás, permaneciendo ésta inmóvil como una roca. Todavía, como la otra nave, esto es, el San Francisco, sin tantos temores, proseguía su viaje a toda vela, la nuestra como capitana juzgó conveniente retenerla, lo que hizo enarbolando sobre la gavia [p. 105] una bandera holandesa, y disparando un cañonazo, que era según sus señas, aviso de ponerse prontamente a la capa; porque cuando muchas naves van de conserva, sea en flota o en armada, cada una tiene registrada en un libro todas las señales que deben dar en cualquiera ocasión, según las cuales están prontas y entienden individualmente lo que les ordena la capitana, y se acostumbran dar por medio de cañonazos o de banderas diversas, enarboladas en uno u otro sitio: así se hablan y se entienden en un abrir y cerrar de ojos, aun a distancia de muchas leguas. El San Francisco, en efecto, entendió pronto la orden dada, bien que estuviese a tres o cuatro millas de distancia y se puso él también a la capa. A medianoche se disparó otro tiro de artillería, enarbolando si no me engaño, uno o dos faroles, que de noche sirven en vez de bandera, y esto era señal de volver el bordo y tornar atrás, lo que quería nuestro piloto por temor de acercarse demasiado a la tierra. Pero el otro que era, como ya dije, más animoso y peritísimo en su arte, al oír esta nueva orden se enojó, conociendo muy bien, que procedía sólo de la excesiva cautela de nuestro piloto, y expuso a los pasajeros de distinción, que eran muy numerosos, ser un despropósito manifiesto el volver atrás, cuando tenían viento favorable, que si se mudaba en contrario podía empujarlos en alta mar centenares [p. 106] de leguas, como había sucedido otra vez; que él sabía muy bien en qué lugar se encontraba y que tenía bastante práctica de aquellas costas, que había reconocido bien en otro viaje hecho a Buenos Aires. Por lo cual, los pasajeros, que por otra parte tenían gran concepto de su pericia, y estaban muertos de fastidio por la lentitud de la capitana, lo animaron a no perder la ocasión de aquel buen viento y en vez de tornar atrás según la orden, a seguir adelante prosiguiendo su viaje. Así lo hizo, sustrayéndose a favor de una neblina que duró todo el día siguiente, de las sugerencias de nuestro piloto, lo que deseaba de tanto tiempo atrás. Nosotros entretanto estuvimos firmes todo el día de la niebla por temor como dije, de dar con las costas. El día siguiente, que despuntó clarísimo y con viento en popa, a la mitad de la mañana gritó el joven de la gavia: «¡Tierra!, ¡tierra!», noticia que fue recibida con júbilo universal, porque desde que, dos meses y medio antes, habíamos salido de las Canarias, no habíamos visto sino cielo y agua. Se sacaron fuera cuantos anteojos grandes y chicos había en el buque, y quien de un lugar, quien de otro, andaban mirando por descubrirla claramente, pues por ser playa rasa, sin montes y sin árboles, no era cosa fácil encontrarla. Cuando finalmente nos acercamos tanto, que se pudo distinguir claramente por [p. 107] todos, no es fácil explicar la alegría común, que

mostraban, congratulándose unos con otros por haber al fin llegado al término tan deseado, de lo que se dio gracias al Señor con un solemne *Te Deum*.

No obstante después de tan gran consuelo, sobrevinieron varias no pequeñas tribulaciones. El Capitán con los interesados y nosotros también, estábamos muy desconsolados porque no se descubría por ninguna parte el San Francisco, de modo que temíamos que habiendo caminado el día de aquella niebla espesa, pudiese haberle sucedido alguna gran desgracia; ya habíamos tenido igual sentimiento cuando cerca de las islas de Cabo Verde perdimos de vista al Patacho, que no vimos más en todo el camino. Por esto el Capitán dio orden al muchacho de la gavia que observase atentamente si por algún lado se descubría, prometiéndole tres frascos de vino de buena medida. No pasó mucho tiempo sin que el muchacho avisara desde el nido de cuervo, que se descubría a lo lejos el San Francisco. Miramos todos con los anteojos y convenimos casi todos en que era una nave, la cual navegaba a toda vela hacia tierra, y no podía ser otra que el San Francisco; por lo cual completamente consolados el Capitán pagó inmediatamente los tres frascos al gaviero, que había dado la feliz noticia. Pero pronto este nuevo consuelo se convirtió en nuevo temor; porque [p. 108] caminando hacia aquella parte, cuando estuvimos cerca reparamos que no era el San Francisco lo que se veía, sino ciertos escollos, que mirados de lejos, parecen propiamente un buque con las velas hinchadas, de modo que aunque hubiéramos leído poco antes en una relación exactísima, que dichos escollos hacían esta burla a muchos pasajeros, que los habían visto en otros viajes, no había manera de persuadirnos que no fuese una nave efectiva, antes se hicieron sobre esto algunas apuestas considerables hasta que llegando quedamos desengañados, porque mirados bajo otro aspecto, parecen dos castillos derruidos, por lo cual son llamados así: los Castillos y con tal nombre figuran en las cartas geográficas. El pobre capitán quedó doblemente burlado; por la nave que no parecía, y por los tres frascos, que ya había pagado. Pero pronto se agregó una tribulación mayor y fue un viento contrario que se levantó y nos hizo perder en muchos días más de 440 millas, perdiendo totalmente de vista la tierra; y mucho más padecimos por la escasez de víveres en que nos encontrábamos y las graves turbulencias que se suscitaron en la nave, pues corrió la voz que no había a bordo agua sino para diez o doce días, y viéndonos en alta mar, con viento contrario, sin saber cuándo podríamos tomar tierra, nos considerábamos en gran peligro. Se trató por tanto [p. 109] de acortar la ración de agua a los soldados, dándoles un cuartillo o vaso menos al día; pero ellos hicieron entender resueltamente, que si se les disminuía por necesidad tal porción, se disminuyese igualmente a todos, comenzando desde el Capitán hasta el último, porque todos tenían igualmente el derecho de la propia vida. Y en esto ciertamente tenían razón, la cual llevada por personas ilustradas al Capitán hizo que desistiese, con lo que se esquivó el casi evidente peligro que temíamos de una furiosa sublevación de soldados, que el comandante manifestó claramente no poder en ese caso mantener en su deber.

Apenas se extinguió este fuego, cuando pronto se encendió otro entre los pasajeros de mayor consideración y el piloto. Viendo aquéllos, por una parte, que los víveres se iban terminando y por otra, que el viento contrario había cesado, querían que se volviese a descubrir de nuevo la tierra. Pero el piloto respondía que aquel viento, si bien era favorable, era demasiado impetuoso y que por eso quería mantenerse lejos de la playa. Instaban éstos, que a lo menos se pusiese a la vista de cualquier playa, donde con el bote se pudiesen bajar doce soldados con otros tantos marineros, que hicieran provisión de agua dulce y que tomaran algunas vacas salvajes de las que habíamos visto en los días anteriores [p. 110] pacer en la ribera y remediar de ese modo la necesidad en que nos encontrábamos. Pero él,

firme, respondía no querer retroceder a poniente sino cuando se encontrase a tal altura que pudiera embocar directamente el Río de la Plata. Que en cuanto a la escasez de víveres el Capitán debía haberlo pensado a su tiempo y hacer provisiones abundantes, sabiendo bien que en el mar pueden sobrevenir mil accidentes; en cuanto a él, que no tenía otra obligación, que conducir con seguridad la nave, ni debía arriesgarse a dar en un banco o escollo, aventurando por capricho ajeno las vidas y los capitales de tantos y mucho más su propia reputación: y por cierto no lo discurría mal. Pero éstos respondían que perderse por encallar en un banco o morir de hambre y de sed, todo era perecer; con la diferencia que esto era casi cierto, si se engolfaban siempre más en alta mar, mientras lo de los bancos y escollos era sólo un excesivo temor de su parte. Pero como vieses que gritaban al viento, cansados finalmente se unieron en consulta con el Capitán en la cámara de popa, donde así unidos en corporación, formaban el magisterio legítimo del buque, y citado ante él el piloto, le ordenaron absolutamente que tomase inmediatamente rumbo hacia tierra, lo que fue obligado a obedecer: de otro modo hubieran podido formarle riguroso proceso en Buenos Aires. Así, [p. 111] cuando Dios quiso, volvió poco a poco la proa hacia el poniente, y en uno o dos días descubrimos el Cabo de Santa María, pasado el cual nos encontramos en la embocadura del Río de la Plata.

Cuando en Europa leía yo en los historiadores y geógrafos, que la boca del Río de la Plata tenía ciento cincuenta y más millas, me parecía exageración, no habiendo en estos países ninguna especie ni ejemplar de ríos tan desmesurados. Sin embargo, por la concorde autoridad de tantos escritores no podía menos de creerlo, y cuando llegamos a la embocadura, os confieso que tenía un sumo deseo de salir de dudas por mis propios ojos, y he encontrado que la cosa es verdaderamente así. Lo deduzco especialmente de esto: que cuando partimos de Monte Video, que es una fortaleza situada más de cien millas dentro del Río, donde ya se ha estrechado una mitad, debiéndolo nosotros atravesar a lo ancho, caminamos un día entero sin descubrir la otra costa. Y cuando se está hacia la mitad se pierde de vista la playa, ni se ve otra cosa alrededor que cielo y agua a guisa de un vastísimo mar. Por tal se podría tomar, si no quitara toda duda el agua dulce corriente y turbia exactamente como la del Po. Adelante de aquí, en Buenos Ayres, otras cien millas más adentro, donde se estrecha de nuevo otra mitad, no sólo no se distingue la playa opuesta, [p. 112] que es a la verdad completamente llana, pero ni aun las casas y campanarios de la Colonia, que es una ciudad de Portugueses situada precisamente enfrente a Buenos Ayres.

Yo he tenido muchas veces la curiosidad de subir sobre nuestro edificio y mirar atentamente en día clarísimo y no he podido descubrir sino un horizonte de mar, y aunque aquí no dan de anchura sino 36 millas aproximadamente, creo que deben ser muy largas. Verdad es sin embargo que la profundidad no corresponde a la desmesurada anchura porque tiene muchos bancos de arena peligrosísimos, cubiertos con sólo tres o cuatro brazas de agua; uno de los cuales, grandísimo, está en la desembocadura, que la hace sumamente dificultosa y se llama el Banco inglés, o porque lo descubrieron los ingleses, o porque un bajel suyo que venía de Buenos Ayres bien cargado de plata, hecha venir de contrabando por tierra del Perú, encalló allí y se perdió. En sólo doce años han encallado allí ocho bajeles portugueses, como también hace poco el Lanfranco, bajel español de 70 cañones. Os dejó pensar si en este paso nuestro piloto se andaría con rodeos y tendría en ejercicio sus anteojos. Sólo os diré, que cuando se trataba del Río de la Plata lo llamaba siempre el infierno por haberse encontrado en otro viaje que hizo, en peligro de perderse por [p. 113] una tempestad, que verdaderamente son aquí más peligrosas que en cualquier otra parte. Y la razón es, porque cuando en alta mar

los vientos se enfurecen, dejan correr la nave de una parte a otra, lo que aquí no es posible porque se camina siempre entre escollos y bancos. Además de que aquí las ondas por la furia de los vientos se levantan tan altas y como en el mar, por una parte, y por otra, no teniendo el Río tanto fondo corre riesgo la nave al descender desde la cima de las ondas hasta los profundos valles que forman, de dar con la carena en el fondo y abrirse.

Tomadas por lo tanto todas las cautelas posibles, se resolvió cuando a Dios plugo, a entrar por las instigaciones de los pasajeros y de los primeros oficiales de la marinería, sin cuyo impulso no lo habríamos hecho de cierto aquel día; porque habiéndose puesto ya el sol, no quería él caminar más adelante por temor de un escollo cubierto que está a 60 pasos de la isla de los Lobos, paso al que no quería arriesgarse de noche. Pero haciéndole presente todos, que teníamos la isla ya bajo los ojos, como a dos tiros de cañón, donde todo estaba reconocido y que además aquella noche corría una luna llena, y tan clara que se podía leer una carta³¹, dejase [p. 114] inducir aunque de mala voluntad, y por gracia de Dios pasamos muy felizmente. Esta isla es completamente desierta y sólo la habitan en cantidad lobos marinos, que viven igualmente en el agua que en tierra, y cuando ven pasar alguna nave vienen en tropel a su encuentro, y llegados a ella, muchos se aferran con las garras de adelante a la borda, quedando la otra mitad del cuerpo en el agua. Después alzando la cabeza miran hacia la gente y rechinan los dientes como los monos; después de lo cual se sumergen de nuevo en el agua, paseando acá y allá en tropas acompañándose de ciertos aullidos agradables, hasta que se retiran a dicha isla o costas vecinas, donde los paisanos los cazan por la piel, que sirve para muchos usos y tiene un pelo bellissimo. Ni les cuesta mucha fatiga o peligro el tomarlos, porque no son fieros ni embisten; solamente se sustraen con la fuga, corriendo tan ligero como pueden a sumergirse en el río. Pasada la isla de los Lobos nos sobrevino una calma que sin embargo duró poco, y que nos fue además aliviada con una pesca abundantísima de ciertos peces preciosos que son o corresponden a los que llamamos allá *mechie*, de cerca de dos libras cada uno, y era tal la abundancia, que apenas arrojado el [p. 115] anzuelo lo retiraban ya cargado. Muchos que por no perder tiempo habían atado en la misma cuerdecilla dos o tres anzuelos, sacaban casi siempre en el mismo tiempo otros tantos peces y más de uno en sólo media mañana llenó más de dos o tres barriles, lo que sirvió de gran diversión para los muchos que pescaban y para los otros, que eran espectadores. Y fue óptima provisión para todos en la suma necesidad de víveres que padecíamos. Ni debo omitir aquí cierto pez, que llaman *vagros*³², el cual tiene cuatro bigotes larguísimos y en medio del espinazo una como ala con una espina de tal malignidad, que si se pincha con ella (lo que sucede fácilmente si no lo aporrear pronto a palos), si pincha, digo, una mano, se hinchará todo el brazo; si un pie, toda la pierna, con dolores agudísimos de que es muy difícil curar. Y aunque la tal espina parece bastante débil y flexible, es preciso decir que es durísima, porque a un ligero golpe que uno dio sobre ella en una mesa, el pez, que era de los más pequeños, enderezándola, pasó de parte a parte la mesa con estupor de todos porque era de madera muy fuerte y tenía de grueso más de un dedo.

[p. 116]El día siguiente caminamos a favor de un viento fresco y a la noche dimos fondo ante la isla o playa de Maldonado. Aquí había naufragado poco antes el célebre bajel inglés llamado *El Caballo marino*, el cual al chocar en un escollo bajo el agua se abrió de un golpe con pérdida de toda la gente y más de un millón setecientos mil pesos, con que volvía cargado de Buenos Ayres, los que por ser casi todos de contrabando, aquel gobernador los ha confiscado para el Fisco Real, haciéndolo pescar al presente con la mayor diligencia posible, y se supone que sacará buena porción, porque dos días antes que llegásemos

nosotros, volvía a Buenos Ayres una barca cargada con ochenta mil pesos que ya habían pescado. La mañana siguiente, caminando poco a poco con cautela, llegamos a la isla de los Flores³³, también desierta y frecuentada sólo de lobos marinos; este es el paso más peligroso por la estrechura que forman cuatro escollos poco visibles que están alrededor de la isla y la extremidad del mencionado Banco Inglés, que acaba aquí.

Como a mediodía descubrimos el tan suspirado Monte Video, distante 20 millas, que es un monte aislado en forma de un pan de azúcar, a cuyo pie hay un puerto que es la primera escala de las naves, que de [p. 117] las Canarias vienen a esta carrera; y la tarde del Sábado de Pasión, día en que habíamos terminado la novena de la Santísima Virgen dolorosa, dimos fondo con alegría y júbilo universales, no tanto por haber llegado finalmente después de seis mil millas o más de viaje a tomar puerto, cuanto porque aquí terminaron todas las ansias y temores que nos habían agitado por los dos buques compañeros nuestros, es decir, el Patacho, que como dije, habíamos perdido de vista cerca de las Islas de Cabo Verde y el San Francisco en las cercanías de los Castillos. Aquí encontramos el Patacho, el cual tan pronto como nos descubrió a lo lejos, nos saludó con nueve tiros de artillería y saliendo del puerto vino a nuestro encuentro. Con todo, como no veíamos más que una nave, teníamos alguna inquietud por lo que hubiera podido acontecer a la otra, pero pronto nos libró de todo temor el Patacho, porque acercándose, nos dio la alegre noticia de que él había llegado a aquel puerto trece días antes y preguntándole al momento nosotros, si había visto el San Francisco, respondió que sí: que había llegado también ocho días antes, esperándonos de hora en hora; pero viendo después que no acabábamos de llegar, habían tirado directamente hacia Buenos Aires aquella misma mañana, a lo que respondimos con mil vivas y congratulaciones. Este arribo anticipado de la [p. 118] compañía fue ventajoso para nosotros, porque habríamos de haber estado anclados ocho o diez días y en caso de mal tiempo veinte o treinta, hasta que se enviase la lancha a Buenos Ayres para tomar allí un Prático del Río³⁴: que son señalados al efecto y se pagan con cien pesos para cada uno; ya que no hay piloto por animoso y experto que sea, que se fíe de su ciencia para seguir a Buenos Ayres entre tantos escollos. Pero ya el Patacho había enviado su lancha y conducido los prácticos para cada una de las naves, por lo cual, encontrándonos prontos, pudimos seguir nuestro viaje en la mañana siguiente. Monte Video no lo encontraréis probablemente en las Cartas Geográficas sino, a lo sumo, bajo el nombre de Monte Seredo, por ser una población formada de nuevo hace dos o tres años, a la que, por orden de la Corte van transfiriéndose familias de las Canarias, 25 ó 30 de las cuales condujo nuestro Patacho, y otras tantas deberá transportar cada año un buque, que el Rey ha permitido a aquellas islas, con el cual pueden venir a traficar en estas regiones sus vinos y tabacos, con la obligación sin embargo, de conducir dicho número de familias hasta que este sitio importante esté bien poblado. La razón es, que con esta población se asegurará la España de toda aquella gran porción [p. 119] de país que yace entre el Río de la Plata, el Brasil y el Mar, hacia el cual han mostrado los Portugueses grandes aspiraciones para continuar su Brasil con la Colonia o isla de San Gabriel que tienen frente a Buenos Ayres, defendida con fuertes castillos a fin de que les sirva de escala para introducir de contrabando cuantas mercancías quieran en los Estados de España, enviándolas por tierra a Chile y el Perú, con gran ventaja suya y daño de los mercaderes españoles, que cuando llegan aquí con sus naves bien cargadas no saben cómo vender sus pacotillas, encontrando el país ya abundantemente provisto de todo, porque los ingleses y franceses se refugian también en la mencionada Colonia, haciendo lo mismo. Cuando nosotros llegamos a Buenos Ayres, nuestros comerciantes tuvieron la triste noticia,

de que se encontraban actualmente en la Colonia 20 buques entre ingleses, portugueses y franceses; los cuales habían despachado todo en barquillas y furtivamente sus mercancías a muy buen precio, sin que éstos, como me lo decían, supiesen cómo vender las suyas. Los españoles ayudados de nuestros indios tiempo atrás los han arrojado de esta Colonia dos veces, pero después, por suma condescendencia el Rey de España la restituyó a los portugueses, que para no perderla de nuevo la han fortificado muy bien. Antes, para asegurarse más y unir [p. 120] como decía, el dominio de todo este país con el Brasil, ocuparon este sitio de Monte Video, levantando un fuerte con intención de alzar otro frente a los Castillos y ocupar así la costa hasta comunicar con Río Janeiro³⁵; lo que hizo abrir finalmente los ojos a los españoles, que vinieron a la cima, cuando todavía no habían perfeccionado el fuerte, y subida la artillería los desalojaron. Después, conocida la importancia de este sitio para dominar el Río y tener en sujeción toda la costa, pusieron una Fortaleza Real con cuatro o cinco baluartes, bien provistos de cañones de bronce y con doscientos soldados de presidio³⁶, a un lado de la cual se está formando al presente la mencionada ciudad de Canarios, gente muy robusta e industriosa, que pronto darán otro ser a esta costa y la tendrán segura.

Los padres que llegaron allí ocho días antes que nosotros con la nave San Francisco y tuvieron ocasión en dicho tiempo de desembarcar varias veces, nos contaron, que al presente no existen más que tres o cuatro casas de ladrillo de un solo piso y otras cincuenta o sesenta cabañas formadas de cuero de buey, donde habitan las familias venidas últimamente, hasta que se [p. 121] fabriquen bastantes para alojarlas. Los fabricantes son los indios de nuestras misiones, que vinieron en 1725 por orden del gobernador de Buenos Ayres en número de cerca de dos mil para fabricar como lo han hecho hasta ahora, la fortaleza, bajo el cuidado de dos de nuestros misioneros, que los asisten, predicando, confesándolos en su lengua, pues no entienden la española. Habitan dichos dos padres en una de esas cabañas de cuero, y los pobres indios sin casa ni techo, expuestos después de sus fatigas al agua y al viento, y sin un centavo de salario, sino sólo con el descuento del tributo que deben pagar. Mientras estaban en tierra, como dije, los padres de la otra nave sucedió un lance gracioso, visto por ellos, que no puedo omitir, porque da a conocer muy bien la calidad de estos nuevos fieles. Un indio de los más robustos no quería aquel día trabajar en la cortina de un baluarte. Irritado el comandante de la fortaleza, dio orden a los soldados, que lo pusieran a prisión. El indio al oír prisión (palabra cuyo significado entendió muy bien) tomó un manojo de flechas y montó en el acto a caballo, y preparando su arco amenazaba al primero que se acercara para tomarlo. Hubieran podido rápidamente los soldados matarlo con los mosquetes, pero temiendo el comandante irritar a los otros indios si éste era muerto, originando una peligrosa sublevación [p. 122] o a lo menos que todos huyesen, tomó el partido de hacer saber al misionero la obstinación de aquél, para que, si era posible, pusiese remedio. Vino el Padre y con pocas palabras que le dijo lo hizo desmontar del caballo y dejar el arco y las flechas. Induciéndolo después con buenas maneras y amorosas palabras a recibir algún castigo por su falta, hécholo tender en tierra, le hizo dar 24 azotes con asombro de los soldados, al ver que el que poco antes no temía la boca de los arcabuces, se rindiese después tan pronto a sólo las palabras del misionero. Y mucho más se maravillaron cuando oían que en medio a los azotes no hacía otra cosa sino invocar a Jesús y a María en su auxilio; por lo que algunos de los soldados prorrumpieron en esta exclamación: «¿Qué gente es ésta?... ¡Es necesario decir que son ángeles, porque si nosotros hubiésemos recibido semejante castigo, hubiéramos nombrado a mil diablos!», y ciertamente que es cosa digna de maravillarse, ver cómo bárbaros tan feroces por naturaleza, que no pudieron ser subyugados por los españoles,

presten después tan humilde obediencia a un sacerdote, mayormente si es el que los confiesa, predica y asiste en sus necesidades temporales y espirituales, al cual aman verdaderamente y respetan como a padre.

[p. 123] *Ahora, para volver a nuestro viaje, en la mañana del día 10 de abril, Domingo de Ramos, partimos de Monte Video y a pocas leguas de camino descubrimos el San Francisco, que habiendo sabido por una barca que pasó, nuestra llegada a Monte Video, dio rápidamente fondo para esperarnos y proseguir todos de conserva nuestro viaje a Buenos Ayres. No tiene este trecho arriba de ciento veinte millas pero es más peligroso que todo el resto de la navegación por los frecuentes escollos, bajíos y bancos cubiertos, que entre uno y otro forman diversos canales, en los cuales únicamente se encuentra bastante fondo para las naves grandes; y por ser el agua turbia no se pueden descubrir sino por medio del práctico y del escandallo, por lo cual es preciso andar con mayor cautela que en otra parte. No obstante lo cual, dimos dos veces en tierra, aunque ligeramente, de modo que no siendo el fondo de piedra ni de arena sino de barro blando, el buque que tocó solamente con la carena un trecho de pocos pasos, se arrastró adelante como sobre jabón, sin otro daño o movimiento, que alzar un poco el timón y enturbiarse algo más el agua, por lo que reparamos que habíamos tocado fondo, pero entrando inmediatamente en agua suficiente. El orden que se guardaba para navegar con la mayor seguridad posible era éste: precedía unas dos [p. 124] o tres millas el Patacho, que por ser más pequeño y menos cargado calaba cuatro o cinco pies menos que los otros buques y por consiguiente, podía caminar con más seguridad. Enviaba, sin embargo, adelante su esquife y otra media milla próximamente lo precedía la lancha, que con la sonda iba examinando el fondo que había. Cerca de tres millas atrás venían nuestras naves, es decir, el San Francisco y San Bruno de una parte y otra, y éstas también eran precedidas por su esquife y su lancha a vela, que iban reconociendo el camino con la sonda y se me figuraba como perros de caza que preceden a su amo gritando aquí y allá en busca de las presas. Las mismas naves no dejaban el escandallo, y un marinero señalado lo arrojaba cada espacio como un miserere, gritando siempre en alta voz cuando lo retiraba: 14 brazas, 13 y media, 15, etc. Pero nuestra guía principal era el Patacho, el cual tenía enarbolada sobre la punta de la cofa una bandera inglesa y cuando aquella se quitaba, disparando un cañonazo, era señal de que en aquella dirección no había bastante agua para nosotros, a cuya señal se arriaban en un instante las velas y si era tarde se echaban anclas; si temprano, las lanchas giraban por acá y por allá, buscando la sinuosidad del canal hasta encontrar su curso, de lo cual daban señal a las naves con su bandera y éstas los seguían; [p. 125] ciertamente sentía yo un placer singular en verlos, como lo experimento en la caza, mirando los sabuesos. En tal guisa empleamos seis días hasta Buenos Ayres, donde con el favor de Dios abordamos finalmente en la tarde del Viernes Santo. No se disparó la artillería por ser un tiempo tan lúgubre; pero a la mañana siguiente, a los primeros tañidos de las campanas de la ciudad con los disparos de la fortaleza, nosotros también dimos fuego a nuestra artillería, y con tres salvas reales, dimos gracias primero al Señor, después saludamos al Castillo, desplegando al mismo tiempo en todos los palos y antenas cuantas banderas teníamos, que por ser tantas, o sea de todas las naciones, ofrecían una bellísima vista, haciendo en todo lo mismo las otras naves.*

Aquí podéis figuraros la alegría común al vernos finalmente en el término de nuestra navegación, y no me entretendré en describirla. Sólo debo deciros que el Señor mezcló a tanta dulzura un poco de amargo para temperarlo, y fue el no poder desembarcar sino en la última fiesta de Pascua, mirando todos estos cuatro días la tierra con grande ansiedad

sin poder tocarla. La causa fue, que se alzó un pampero fierísimo, que viene a ser casi un poniente pero lo llaman pampero porque pasa por una llanura desmesurada, de novecientas o más millas, que se extiende hasta los altísimos [p. 126] Montes de la Cordillera que dividen a Chile de la Magallánica y del Tucumán, y esta llanura o desierto se llama las pampas; donde no se encuentra ni un montecillo, ni un árbol, sino sólo yerba, con la cual pastan innumerables ganados de caballos y de bueyes, que no pertenecen a dueño alguno, sino solamente de quien toma cuantos quiere, como os diré más detalladamente en otra mía. Habitan allí todavía innumerables indios, llamados también pampas, no unidos en poblaciones como tierras y aldeas, sino dispersos acá y allá, sin lugar fijo y sin casas, pues se contentan con cuatro palos con una piel de buey encima que sólo los defiende de las lluvias. Por esto (para volver a mi propósito) no encontrando el dicho pampero en tan largo trecho de país ni árboles ni edificios que lo repriman, toma cada vez más fuerza, y encanalándose después directamente en este vastísimo Río de la Plata, sopla con una furia indecible, de tal manera que es preciso que las naves se aseguren con cuatro anclas, dos de las cuales además de la gruesa cuerda son reforzadas con cadenas de hierro. El que nos visitó a nosotros durante un día o dos fue tal, que según dijo el práctico, si nos hubiera tomado en la embocadura del Río, nos habría arrojado en el mar seiscientas millas, como había sucedido en el viaje anterior; pero afortunadamente nos encontró ya [p. 127] en puerto y provistos de buenas anclas, difíciles de destrozar. Bien es verdad que este puerto no tiene como los otros defensa alguna contra la fuerza de los vientos, porque aunque se fondea frente a Buenos Ayres, es a distancia de nueve millas de la playa, porque ésta va descendiendo tan insensiblemente, que sólo después de nueve millas forma fondo bastante para sostener un navío. Y no sé cómo los primeros conquistadores de estas tierras escogieron tal sitio para fundar a Buenos Ayres, y establecer un puerto, si no fuese por estar más seguros de cualquier enemigo de Europa. Porque os aseguro, que no tendrá tentación ni Francia, ni Inglaterra, ni Holanda de enviar una flota para tomar a Buenos Ayres, si no tienen morteros y artillería que alcancen a lo menos ocho o diez millas, sin contar la dificultad de pasar entre tantos escollos con navíos grandes. Después para bajar a tierra no se puede ir directamente en barcos a la ciudad, sino que es necesario dar vuelta e ir a desembarcar en la desembocadura de un riachuelo que descarga en el río con dos o tres brazas de agua; y esto cuando el río está alto, que cuando baja, entonces ni en el riacho hay agua bastante para pequeños barcos. Así que, para desembarcar, fue preciso esperar que cesase el pampero y que creciese el río, hasta que de allí pudieron venir los barcos, y así se pasaron los [p. 128] cuatro días hasta la última Fiesta de Pascua, que parecían cuatro años; bien que, como reflexionamos después, fue especial bendición de Dios por el mucho bien que se hizo en aquel sagrado tiempo de Pascua, sirviéndose los pasajeros de la comodidad, que les ofrecía la presencia de los misioneros para satisfacer con toda piedad el precepto pascual de la confesión y comunión, con lo que nosotros tuvimos campo para cosechar espiritualmente y después todos bajaron a tierra más consolados.

Así el martes después de Pascua, 19 de abril 1729, cuatro meses, o por mejor decir, ciento diez y ocho días después que salimos de Cádiz pusimos el pie en tierra: con qué contento después de tan larga navegación os lo podéis fácilmente imaginar. Nosotros fuimos los primeros en desembarcar en la barca del señor Gobernador, enviada expresamente por Su Excelencia para que condujese a los misioneros, que quería fuesen los primeros en poner el pie en tierra. Encontramos toda la playa llena de gente, que hacía una bellísima vista por la diversidad no sólo de los vestidos, sino también de los semblantes, es decir, españoles,

negros e indios. Al poner el pie en tierra encontramos todos los padres de nuestro colegio que habían venido a recibirnos con los brazos abiertos, precedidos del Padre Rector, que era un [p. 129] viejo venerable de pelo totalmente blanco, llegado cuarenta y nueve años atrás a trabajar en estas misiones. Venía el buen viejo con su birrete, pero cuando llegó a abrazarnos, con la alegría, parecía rejuvenecido; y los otros padres también mostraron no menor contento por vernos finalmente llegar después de tanto tiempo que nos esperaban, y en ocasión tan oportuna por la suma necesidad de sujetos en que se encontraba la provincia, que no podía proseguir las misiones en algunas naciones que espontáneamente pedían el Santo Bautismo por no haber a quién enviar; de modo que en la nación de los samucos, que después de haber muerto a nuestro hermano Alberto Romero finalmente tocada de Dios, se había convertido, no había de dos años acá sino sólo el padre Castañares, que había fundado una numerosa reducción³⁷. Y porque los ugarognos, otra nación distinta, había pedido ser instruida en la santa fe, se transportaba allí muchas veces y con fervorosas misiones había convertido ya tal número, que trataba de formar otra gran población, que le abriera la puerta de otras naciones numerosísimas tierra adentro de que ya tenía noticias; pero era moralmente imposible a uno solo asistir tanta gente y en lugares tan distantes entre sí; ni había podido hasta entonces tener auxilio por la [p. 130] escasez de sujetos ya enunciada. Por eso cuando vieron desembarcar un socorro tan numeroso, no cabían en sí mismos de contento. A un cuarto de milla aproximadamente hallamos al señor Gobernador, que por su dignidad sin par había venido a nuestro encuentro, acompañado de la principal nobleza y de los oficiales de milicia. Es éste un arrogante caballero llamado don Bruno de Zavala³⁸, alto, proporcionado y con una presencia majestuosa de Príncipe. Sólo que le falta la mitad del brazo derecho que perdió en una batalla en España durante la última guerra, habiendo sido remunerado por el Rey de sus muchos servicios no sólo con el gobierno de Buenos Ayres, sino también con el título de Capitán General de toda la provincia llamada Río de la Plata, a quien están sujetos los otros gobernadores de las ciudades que en ella se cuentan. Tal falta, sin embargo, no ocasiona deformidad en él, sino que más pronto le concilia estimación, por ser un testimonio auténtico de su valor. Por no andar manco ha suplido dicho defecto con otro medio brazo y mano de plata, que lleva generalmente pendiente del cuello. Este señor al llegar nuestro Padre Procurador, bajó de la carroza y viniéndole al encuentro, lo abrazó, congratulándose [p. 131] cordialmente con él de su feliz arribo, como también de haber conducido tan numerosa misión. Lo mismo hicieron casi todos los otros señores de su cortejo, quién abrazando al Padre, quién besándole la mano, y después nos acompañaron todos por una buena milla a pie, a pesar de ser el Gobernador hombre corpulento y calmoso. Llegado a dicho sitio, después de habernos hecho otras extraordinarias finezas (una de las cuales fue hacer disparar la artillería del fortín al pasar nosotros delante), finezas que creo conveniente callar, porque pudieran creerse exageradas, se apartó volviendo algún poco hacia atrás donde montando en su carruaje se transportó al instante a la ciudad; y cuando llegamos nosotros vino al Colegio a visitar en su propio cuarto al Padre Procurador. Entre tanto, cuando él se separó, como dije, seguimos nuestro viaje, siempre acompañados de un mundo de gente, que había ocurrido a vernos por curiosidad. Lo mismo era cuando entramos a la ciudad porque la gente estaba agrupada a un lado y otro de la calle como si pasase la procesión, aunque nosotros no marchábamos en orden, sino de a tres o cuatro, reunidos al acaso y mezclados con canónigos y señores seculares, que nos iban interrogando quién de una cosa, quién de otra, hasta que por último llegamos al Colegio, donde tan pronto como nos descubrieron, comenzaron [p. 132] a mostrar su júbilo con el repique de las campanas, lo que fue imitado

por otras iglesias, que no nombro por no haber podido observar en aquel momento cuáles fueron. Sólo puedo asegurarlo expresamente de los reverendos padres dominicos, los cuales, mientras pasábamos delante de su iglesia estaban en la puerta con sus rosarios al cuello, y habiendo dejado un instante de repicar el campanero, acaso por curiosidad de vernos pasar, al momento los padres comenzaron a gritarle desde la calle, que siguiese tocando, quedando nosotros sumamente obligados por fineza tan singular.

Llegados al Colegio, no entramos por la portería, sino que nos dirigimos directamente a la iglesia donde encontramos expuesto el Santísimo, con el Padre revestido y todo el cortejo necesario para la bendición. Los misioneros nos arrodillamos ante el altar mayor, dejando libre el resto de la iglesia para la numerosa concurrencia que nos acompañó. Entonces se entonó el *Te Deum*, en medio del cual, os confieso sinceramente, no pude contener las lágrimas por el inexplicable consuelo de tocar finalmente y besar aquella tierra, que había deseado tanto tiempo. Por último, se completó la función con la bendición del Santísimo. He aquí, hermano querido, el principio, continuación y fin de nuestro viaje. Quedaría ahora por describir aquí la índole del carácter de los [p. 133] habitantes y de las costumbres de esta ciudad y país. Pero por una parte sería asunto largo, habiendo muchas cosas curiosas, que os gustaría oír, y encontrándome, por otra parte, cansado de escribir ésta y temiendo además fastidiaros si prosiguiese más en extenso, creo mejor diferirlo para otra carta, que probablemente os escribiré cuanto antes y que os llegará con ésta. Entre tanto, os suplico presentéis mis cordiales respetos al señor padre, señora madre, señores cuñados, al hermano, las hermanas, sobrinos y a todos los parientes y amigos que acostumbro nombrar en otras mías, así como a los padres de la Compañía, especialmente vuestro confesor el padre Guglieuzi, a quien me haréis el favor de comunicar ésta, suplicando a todos me recuerden en sus santas oraciones, a fin de que el Señor me conceda la gracia que únicamente deseo, de llegar a emplearme todo en su mayor gloria y en la salud de mi alma y de la de mis prójimos. Con lo cual, abrazándoos cordialmente, me declaro,

De vos hermano amadísimo, afectísimo hermano:
CAYETANO CATTANEO, de la Compañía de Jesús.

Notas del editor

24 El P. Cattaneo, que aún no dominaba el castellano, y que escribía en italiano, incurre en este pintoresco error, agregando la explicación para que su hermano entendiese el significado de esa palabra.

25 No debe suponerse que el P. Cattaneo haya realizado ya progresos tales como para escribir tan correctamente el castellano, pues en el original está en italiano. Pero seguramente debió subrayar este párrafo de su carta, pues Muratori lo publicó en bastardilla, distinta al resto del texto.

26 También en italiano, y en bastardilla, en el original de Muratori.

27 Todo este párrafo relativo al pez volador falta en la edición de la Revista de Buenos Aires, por haberse perdido su original. En una nota aclaran los editores tal omisión, diciendo que ha sido imposible subsanarla por cuanto el único ejemplar que les era dado consultar pertenecía al Gral. Mitre, quien en esos momentos se encontraba al frente de

los ejércitos aliados contra el Paraguay. Y a renglón seguido cometen un pequeño error bibliográfico, pues dicen que los señores Lamas y Carranza poseían la edición de 1752 de Venecia, y la traducción francesa de 1754, respectivamente, en las que no se encuentra dicha carta. Como lo aclaré debidamente en la bibliografía, todas las versiones de la obra de Muratori incluyen las cartas del P. Cattaneo; no así las de Gervasoni, que sólo se encuentran en la segunda parte, sumamente rara y nunca traducida.

28 En el original incurre el P. Cattaneo en una rara mezcla de italiano y español, pues dice textualmente: *Mirilo, Padre, mi dissero, mirilo ivi*.

29 Dejo estas dos palabras en italiano, para evitar la repetición del sustantivo “almuerzo”. Nótese que en italiano antiguo se decía *colezione*, en lugar de *colazione*, como actualmente. El P. Gervasoni escribía *collezione*.

30 Por idéntica razón mantengo en italiano *il desinare*.

31 Dice el original *si potevano leggere le lettere*. Respeto la atinada alteración de J. M. Estrada, pues si se tradujera exactamente «se podían leer las cartas», parecería referirse a las de navegación, cuando no fue ese el propósito del P. Cattaneo.

32 Pese a la desfiguración, es fácil reconocer aquí al tan común bagre de nuestro río máximo. Por quién sabe qué error, en la edición de la Revista de Buenos Aires, tomo IX, pág. 75, dice *rapros*, lo que carece evidentemente de sentido.

33 Así en el original.

34 En mal castellano en el original.

35 En el original se lee *Rio Jeneyro*.

36 En el siglo XVIII se llamaba presidio a toda plaza fortificada. Recién cuando los españoles tomaron la costumbre de enviar delincuentes a sus fortines del África, la palabra cobró su sentido actual.

37 La reducción de San Ignacio de Zamucos, en Bolivia.

38 En la traducción francesa, por cierto bastante arbitraria por no decir incorrecta, le llama don Bruno de Zavola.

Tercera carta del padre Cattaneo a su hermano José, de Módena

*Reducción de Santa María en las misiones del Uruguay 25 de abril de 1730*⁴⁸.

Queridísimo hermano:

Cuando os haya dado cuenta en la presente carta, de nuestro viaje de Buenos Ayres a las misiones, donde al presente me encuentro, y de la propiedad de estas naciones, habré satisfecho plenamente la obligación que tenía de daros suficiente noticia de estos países; porque en lo venidero Dios sabe cuándo tendré ocasión de escribiros, ya porque sólo de tres en tres años a lo sumo, parten de Buenos Ayres para Europa las naves del Registro, ya porque un misionero que tiene a su cargo tantos millones de almas, se encuentra ocupado todo el santo día en predicar, confesar, explicar la doctrina cristiana, [p. 158] asistir a los moribundos, administrar sacramentos, y qué sé yo. Esto cuesta todavía mucho más al principio por la dificultad de la lengua, que no tiene relación ni semejanza alguna con las nuestras, por lo cual se necesita no poco tiempo, aplicación y paciencia para aprenderla. Digo esto, porque si acaso en adelante, llegaren a transcurrir varios años sin recibir cartas mías, sepáis el porqué y no lo atribuyáis a haber perdido el afecto y la memoria vuestra.

Ahora, para nuestro viaje, diré que partimos de Buenos Ayres el 13 de julio de 1729, y fuimos por tierra a un riacho distante dieciocho millas, que llaman las Conchas y sirve de puerto ordinario a las balsas de los indios.

Las balsas son unas embarcaciones consistentes en dos canoas, esto es, dos pequeños esquifes de una sola pieza, excavados en un tronco de árbol, los cuales se unen como las puertas, colocando en el medio, sobre un piso de cañas, una casita o cabaña, hecha de esteras, cubierta con paja o cuero, en la cual cabe una cama pequeña y algunas otras cosas necesarias para quien viaja.

Quince eran las balsas que nos esperaban con veinte y más indios por cada una, los cuales aunque de diferentes naciones, eran sin embargo cor unum et anima una, y nos recibieron con gran fiesta al son de sus pífanos y [p. 159] tamboriles, todos contentísimos de poder conducir misioneros a sus tierras. Salimos del puerto con viento felicísimo, que por favor del cielo nos duró los ocho días, que empleamos en ponernos a la otra banda del Río de la Plata. No pudiendo atravesarlo en un solo día por tener allí unas treinta y tantas millas de ancho, no arriesgan el engolfarse en él con peligro de que levantándose de improviso en el medio un poco de viento, tumba la balsa, por ser una embarcación sumamente ligera, como ha sucedido varias veces, atravesando otros golfos mucho menores. Así es que siempre se va cerca de tierra y cuando más a un tiro de piedra de la playa, lo que facilita el tomar puerto en el momento que se levanta de improviso cualquier viento. Por esto en vez de pasar directamente a la embocadura del Uruguay (sic), van costeanado por ciento cincuenta millas, entre amenísimas islas, hasta que llegan a una, que no dista más de siete u ocho de la otra banda, desde la cual se dejan caer a la punta que forma ángulo entre el Uruguay (sic) y Río de la Plata. Así con un viaje feliz de sólo ocho días, nos libramos de este paso, el más peligroso de todos, y nos encontramos en el gran Río Uruguay, uno de los mayores de América. En su boca no se distingue la otra playa sino en día muy claro, y aun así, confusamente.

[p. 160] *Para daros una idea de su anchura os diré solamente, que pasándolo cierto día por frente a la reducción en que me encuentro al presente, a seiscientos noventa millas de su desembocadura, en una embarcación bien ligera con diez hombres, pude cómodamente recitar todos los maitines. Discurrid ahora, qué será cinco o seiscientos millas más abajo, después de haber recibido el tributo de tantos ríos. Y así como el Río de la Plata está sembrado de bancos, el Uruguay lo está de frecuentísimos escollos de piedra viva que surgen desde el fondo hasta flor de agua, por lo cual es muy peligroso para las grandes embarcaciones, que si dan en uno de ellos, se hacen pedazos. Ésta es la causa de que se sirvan de balsas más bien que de tartanas u otros barquichuelos a vela, como en el Paraná, aunque éste tenga el mismo fondo. Las balsas aunque den en los escollos ocultos no reciben mucho daño, porque siendo embarcaciones tan livianas y manejadas solamente a remo, no chocan con mucho ímpetu; además, las canoas son de una sola pieza, y por consiguiente no hay peligro, como en otras naves, de que se abran las junturas al dar en algún escollo. Antes al contrario, calan tan poco que paran sobre la punta de los escollos; sin embargo, como la extremidad de estas piedras es tan aguda y cortante, raspan de tal modo el fondo de las canoas que pasan por encima, que [p. 161] las inutilizan en pocos viajes. Pasado entonces aquel golfo, que es como el paso de Malamocco, y entrados felizmente en el Uruguay, permanecemos algunos días cerca de un pequeño río que llaman Río de las Vacas, para hacer provisión de carne para la gente, pues hay en esa punta una casa, o Estancia como dicen, de un señor español que en treinta o treinta y seis millas de su dominio, tendrá unas veintiocho o treinta mil*

cabezas de bovinos, y vende cuantos se desean a todas las embarcaciones, que van y vienen de Buenos Ayres. Hicimos aquí provisión de setenta y tantos novillos, o sea bueyes jóvenes, que como andan todo el año completamente libres en el campo (pues en estas provincias no usan jamás establos para las bestias) y por ser en esta parte fertilísimos los pastos, eran de un tamaño y gordura estupendos. Y los pagamos solamente seis paoli romanos cada uno, que es por aquí el precio corriente, excepto en Buenos Ayres y su distrito donde cuestan casi el doble. Así vinieron a tocar cuatro o cinco por balsa, provisión que apenas basta a los indios para diez o doce días, que se suelen emplear en llegar a Santo Domingo, donde se hacen nuevas provisiones de carne, pues el que no lo ha visto, no puede imaginarse la voracidad de estas gentes. Yo he visto durante este viaje a la tripulación de una balsa sola, que suele ser de veinticuatro personas, comerse [p. 162] en menos de un día un buey bien grande, como si fuese un ternero, y no comer más, porque no tenían. Y os aseguro que por aquí, un muchacho de doce a catorce años comía solo, lo que no podrán llegar a comer allá cinco o seis hombres de buen diente. Cuál sea la causa de esto no lo entiendo, a menos que se diga, que necesitan mucho más alimento que los europeos, por tener mayor calor natural o porque sean las carnes menos substanciosas, porque lo cierto es que, llenándose como lo hacen, parece que no se ven jamás indigestiones ni obstrucciones de estómago, como sucede entre nosotros cuando se come más de lo necesario, y sin embargo casi todos son flacos. No es menos curioso el modo que tienen de comer la carne. Matan una vaca o un toro, y mientras unos lo degüellan, otros lo desuellan, y otros lo descuartizan, de modo que en un cuarto de hora se llevan los trozos a la balsa. En seguida encienden en la playa una fogata y con ramas de árboles se hace cada uno su asador, en el que ensartan tres o cuatro pedazos de carne, que aunque esté humeando todavía, para ellos está bastante tierna. En seguida clavan los asadores en tierra, alrededor del fuego, inclinados hacia la llama y ellos se sientan en rueda sobre el suelo; en menos de un cuarto de hora, cuando la carne apenas está tostada, se la devoran, aunque esté dura y eche sangre por todas partes. [p. 163] No pasa una o dos horas sin que la hayan digerido y estén tan hambrientos como antes, y si no están impedidos por tener que caminar o cualquier otra ocupación, vuelven, como si estuvieran en ayunas, a la misma función.

Es verdad también, que su manera de remar ayuda no poco a la digestión, porque están siempre de pie; usan remos con una pala muy larga, y el mango, que es tan largo como el de una pica, lo toman de muy arriba y lo ponen derecho en el agua, como si desde la canoa se azotase el río hacia atrás, y se inclinan todos al mismo tiempo con todo el cuerpo, hasta poner derecha la pala, y muchas veces hasta tocar el agua con la mano. Este ejercicio es tan fatigoso, que a pesar de no tener otro vestido, sino los calzones, se llenan de sudor por todas partes, no obstante lo cual resisten esta fatiga por cuatro o cinco horas, hasta que llegan a algún riachuelo donde entran a tomar tierra en sitio que por la noche ofrezca seguridad para las balsas.

Una vez desembarcados lo primero que hacen es formar con follaje un pequeño altar, en el cual colocan la imagen de la Santísima Virgen, que cada balsa lleva siempre consigo, con otras imágenes de santos, como San José, San Francisco Javier, San Antonio de Padua, de los cuales son devotísimos, y ante él entonaban al son [p. 164] de sus pífanos y tambores el Ave Maris stella; recitaban después el rosario, las letanías, y terminaban con el acto de contrición juntamente con los padres, cada uno de los cuales lo hacía con la gente de su balsa. Era verdaderamente edificante ver aquella pobre gente tan sudada y hambrienta,

entretenerse en recitar con tanta devoción sus oraciones; así como era consolador oír resonar de tantas partes, en medio de los bosques, las alabanzas del Señor.

Terminadas las oraciones, hacían fuego al momento, cargaban sus asadores siempre nuevos, y empezaban a devorar como antes. Después de esto, se tendían en el suelo sobre una piel de buey o de tigre, y dormían profundísimamente en varios círculos o ruedas, en cuyo centro había siempre encendido un buen fuego, no tanto para calentarse, cuanto para defenderse de noche de los tigres, que en viendo fuego no se atreven a acercarse. Sin esta precaución asaltan frecuentemente la gente que duerme, y ha sucedido arrastrar tan velozmente un hombre a sus cuevas, que no ha habido tiempo ni modo de poder socorrerlo. Levantados a la mañana siguiente muy temprano, hacen al momento una buena comida, terminada la cual, dan con sus instrumentos la señal para las oraciones de la mañana, y una vez rezadas se ponen en marcha, caminando hasta cerca de mediodía, que bajan [p. 165] a tierra a tomar algún reposo y alimento. Y es admirable ver la prontitud con que apenas les dice el Padre: «¡Arriba, hijos, marchemos!», dejan el sueño y el bocado comenzado, y tomando apresuradamente los remos, continúan su viaje.

El río es fecundísimo en peces, muchos de los cuales vi con sumo gusto tomar con el arco, porque soltando la flecha aunque el pez esté debajo del agua, lo traspasa, y herido sale a flote con la flecha clavada y lo toman. Son abundantes también los lobos marinos, como en el Río de la Plata y hay además algunos puercos marinos que llaman capiguá, de una especie de yerba que comen en tierra. Son ávidos de la galleta, y se domestican rápidamente, como lo probé con dos, de tal manera que se hacen impertinentes.

Las playas por uno y otro lado son generalmente un bosque continuo o de palmas o de otros árboles, distintos de los nuestros, y que en su mayor parte conservan las hojas todo el año. Sobre éstos se ven de cuando en cuando bellísimas aves, grandes y pequeñas, de varios colores, que sería largo describir, entre las cuales sin embargo, hay una singular por su pequeñez, pues apenas llegará a la mitad de un reyezuelo, y todo de color verde dorado como las plumas del pavo real. Está siempre en el aire (al menos de día) y se alimenta sólo de las flores [p. 166] de los árboles, que chupa, manteniéndose en el aire y batiendo las alas. Los españoles han enviado muchos de ellos a España, por curiosidad entre una carta, porque un cuerpo tan pequeño ocupa poquísimos sitio, y aun muerto conserva sus bellísimas plumas⁴⁹. Hay muchísimos papagayos de varias especies.

Entre los animales terrestres que frecuentan esos bosques, además de los jabalíes, de los cuales una tarde sólo los de dos balsas mataron a palos treinta y cinco, y de los ciervos y cabríos monteses, los más comunes son los tigres, los cuales muchas veces están sentados en la playa mirando las balsas que pasan. Son más grandes y más feroces que los de África. En cuanto a su tamaño, diré sólo lo que he visto con mis ojos y tocado con la mano, y es que los indios de la reducción en que me encuentro, mataron uno, y llevaron la piel a casa del Padre. Pareciéndome monstruosa quise medirla, y haciéndola poner derecha sobre dos pies como cuando asaltan y se arrojan sobre el hombre, encontré que por más que me esforzara en alzar la mano no podía llegar sino a la boca, y como sabéis, yo no soy tan pequeño de estatura. Verdad es que éste era de tamaño extraordinario [p. 167] y por eso la llevaban a mostrarla. Con todo, no era ésta la primera piel que veía de ese tamaño, aunque no la hubiera medido con tanta exactitud. Ordinariamente son mucho mayores que las que yo había visto en poder del Serenísimo Duque de Parma, como comprendí por uno solo que vi a distancia de unos cincuenta pasos. Son también más bellos, porque el fondo de su piel es casi color de oro. Pero, como dije, son también más feroces; pues si se siente herido de dando

o bala, si no queda muerto en el acto (lo que muy raras veces sucede), no huye como otras fieras, sino que se arroja rápidamente con rabia indecible contra el agresor y lo busca para embestirle, aunque fuera en medio de cien personas. Sucedió en presencia del padre Miguel Giménez, nuestro superior durante el viaje, que tres indios se dirigieron hacia una tigre, que habían visto retirarse a un bosquecillo aislado. El Padre se puso en un sitio apartado y eminente para ver la caza, que siguió en esta forma: Iban los indios como gente práctica, armados dos con lanzas y uno con mosquete. Éste marchaba en medio, y los dos con lanza a los lados. En este orden anduvieron circundando el bosque, hasta que la descubrieron. Entonces el mosquetero lanzó el tiro y la hirió en la cabeza; y me refirió el Padre, que fue instantáneo oír el tiro, y ver la tigre en el aire ensartada con las dos lanzas; porque al [p. 168] sentirse herida pegó un gran salto para arrojarle contra el tirador, y los que con este objeto se habían colocado a los lados, sabiendo lo que había de suceder, al llegar le plantaron con admirable destreza las lanzas uno de cada lado y la cruzaron en el aire.

Son muy abundantes también las víboras, una de las cuales, o por la cuerda con que se ata la balsa a un árbol, o por la tabla que se pone para pasar a tierra, se atrevió a entrar en la balsa del Padre Superior, el cual encontrándose encerrado con ella en su caseta, sin poder huir, tuvo no pequeño espanto, hasta que ocurriendo la gente de la balsa la mataron. Muchos indios mueren por mordedura de víboras, siendo no obstante muchos los que sanan, si acuden pronto a curarse, para lo cual no les faltan antidotos de varias yerbas, especialmente del nardo. Pero si son mordidos por la que llaman de cascabel, no creo que encuentren remedio. Una sola ví de extraordinario tamaño, que descubrieron de repente tras de los ranchos en que estábamos sentados y la mataron. Es cosa prodigiosa los nudos que tienen en la cola, de los que dicen les crece uno cada año, y mientras camina hace con ellos cierto ruido como de campanillas, por el cual es sentida, aunque marche entre el pasto.

A pesar del peligro de estos y otros animales dañinos, los indios apenas toman tierra, entran en aquellos [p. 169] bosques tan densos y con sus machetes forman en un abrir y cerrar de ojos, cada tropa delante de su balsa, una plazoleta donde, echados en el suelo, comen y duermen con una paz y gusto admirables, en lo que se trasunta su innata inclinación a habitar en los bosques como en otro tiempo.

He estimado conveniente poner todo esto unidamente y de una vez, para que tomada esta noticia general, podáis entender mejor lo que paso a narrar acerca de los incidentes particulares de tal viaje.

Antes de partir de la punta, donde, como dije, habíamos llegado felizmente, el Señor comenzó a enviarnos algunas pequeñas tribulaciones, que templasen un poco la alegría tal vez excesiva, que habíamos concebido por el principio tan feliz de nuestra navegación. La primera fue una horrible tempestad a cielo sereno y de puro viento, que por la desmesurada anchura del río Uruguay levantaba las ondas como en el mar. Por más que los indios procurasen atraer a tierra sus balsas y poner atrás montones de ramas para romper las ondas y evitar que entrasen en las canoas, eran aquellas tan hinchadas, que no sólo entraban en ellas, sino que pasando las ramas y las mismas canoas, iban a romperse en la playa. Los padres bajaron a tierra a gozar el fresco de aquella noche, que por ser hacia fines de julio cuando aquí [p. 170] (como escribí en otra mía) es el rigor del invierno, era frigidísima; y por más que los indios se apresurasen a descargar las balsas, no lo pudieron hacer tan presto, que no se perdiesen varias provisiones. Día y medio duró la tempestad, en la cual se anegaron todas las balsas, excepto una o dos, y costó a aquella pobre gente no pequeño trabajo, volver a ponerlas en su primer estado, principalmente la mía en que no sólo fue

preciso vaciar la canoa llena de agua, sino deshacer toda la balsa y remendar con tablas una canoa que se había abierto en un lado por los grandes golpes de las ondas. Pero la mayor tribulación fue descubrir entre la gente dos enfermos de viruela, enfermedad que por ser muy contagiosa aun entre los indios, nos causó un gran temor. Los alejamos al momento de los otros y consiguiendo dejarlos con gente que los asistiese, concebimos alguna esperanza de librarnos del grave peligro de una epidemia en el viaje nos pusimos prontamente en marcha.

Al cabo de siete u ocho días de camino llegamos a Santo Domingo Soriano, que es una reducción de cristianos bajo el cuidado de los reverendos padres de San Francisco. Era párroco allí un santo anciano que nos recibió con tales muestras de caridad, que no hubiera podido usar mayores finezas si hubiéramos sido sus religiosos. Así, porque era la víspera de San Ignacio hizo repicar las [p. 171] campanas, y el día de la fiesta, quiso celebrar él la misa cantada, lo que se hizo con la mayor solemnidad y fiesta común para sus indios y los nuestros. Aquí sin embargo mezcló Dios un poco de amargo a tanta dulzura, porque se descubrieron otros tres atacados de viruela, uno de los cuales murió aquel día, cuyas exequias quiso el buen Padre celebrar personalmente. Los otros dos se volvieron allí a implorar de un caballero español que los recibiera en una casa de campo suya no muy alejada⁵⁰. Pero temiendo que pudiese sucedernos lo que efectivamente sucedió poco después, el Padre Superior compró allí unos caballos y despachó por tierra un aviso a los padres de nuestra primera reducción de Yapeyú, notificándoles el peligro en que estábamos, y rogándoles nos enviaran socorro de provisiones; porque si la peste se propagaba corríamos riesgo de quedarnos a medio camino. Después de haber hecho nueva provisión de carne como antes, y esperando vernos libres del peligro con la separación de los otros enfermos, continuamos nuestro viaje. Después de algunos días de camino, tiramos hacia la otra parte del río, porque es más fácil allí encontrar toros y vacas para proveer la gente, pues los mismos infieles, dándoles un poco de tabaco, de tela o cualquiera fruslería, traen ellos [p. 172] mismos la carne a las balsas. El día mismo que pasamos a aquella banda nos salió al encuentro una tribu de ellos.

Los hay de varias naciones, bohanes, martidanes, manchados, jarós y charrúas, que ocupan en unas cuatrocientas millas todo el país que se extiende entre el Uruguay y el Río de la Plata (o Paraná como suelen llamarle) hasta nuestras misiones. La nación más numerosa entre todas éstas, es la de los charrúas, gente bárbara, que viven como bestias, siempre en el campo o en los bosques, sin casa ni techo. Van vestidos muy a la ligera y siempre a caballo, con arcos, flechas, mazas, o lanzas, y es increíble la destreza y velocidad con que manejan sus caballos, lo que por lo demás es habilidad común a casi todas estas naciones; de modo que aunque los españoles sean grandes jinetes, superiores a cualquiera otra nación de Europa; sin embargo es rarísimo el caso de que puedan alcanzar en la carrera ni acometer con la espada un indio.

Cierto día que volvimos a pasar a la derecha del río, nos vinieron al encuentro en la playa no sé cuántos guanoas, que es otra nación numerosísima que habita el gran país situado entre el Uruguay y el mar hasta nuestras misiones. Estaban todos a caballo, hombres y muchachos, entre los cuales observé un chiquillo que [p. 173] estaba acostado sobre su caballo como en una cama, con la cabeza en el cuello y los pies cruzados sobre la grupa, postura en que estaba mirándonos atónito a nosotros y a nuestros indios. No vestía más traje que un andrajo, que a manera de tahalí le venía desde el hombro derecho hasta debajo del brazo izquierdo, en cuyo fondo guardaba sus provisiones como en una bolsa. Después de haber estado un tiempo mirándonos de ese modo, se enderezó de improviso sobre su caballo,

y tomando la carrera desapareció. Pero lo que más me maravilló de aquella ligereza con que corría, era que no tenía silla, ni estribos, ni espuelas, ni siquiera una varilla con qué estimular el caballo, sino desnudo sobre un animal desnudo también. Discurrid ahora cómo andarán los hombres, que son más ejercitados.

Volviendo a los charrúas: son gente verdaderamente bárbara. Como se exponen casi desnudos a la lluvia y al sol, toman un color bronceado; sus cabelleras, de no peinarlas jamás, son tan desgreñadas, que parecen furias. Los principales llevan engastados en el mentón algunos vidrios, piedras o pedazos de lata; y otros, apenas tienen un dedo o dos en la mano, porque acostumbran cortarse una articulación en señal de duelo por cada pariente que muere: costumbre bárbara que comienza a desaparecer. Las mujeres son las que trabajan en las necesidades [p. 174] de la familia y particularmente en las continuas mudanzas de sus barracas de un sitio a otro, con las cuales van cargadas a más no poder, además de llevar uno o dos niños atados a la espalda, y a pie, mientras que sus maridos lo hacen siempre a caballo con sus armas. No plantan, ni siembran, ni cultivan los campos de ningún modo, contentándose con los animales, que encuentran en abundancia por todas partes, y que son el único alimento que apetecen. Gustan, sin embargo, lo mismo que los pampas circunvecinos a Buenos Ayres, más de los potros que de las vacas. No tienen habitación fija, sino que andan siempre vagabundos, hoy aquí, y mañana allá; y lo mismo hacen los guanoas en la otra banda. Esto ha sido siempre un impedimento grandísimo para su conversión, porque, no estando estables en ninguna parte, es imposible instruirlos ni administrarles los sacramentos, si hoy han de estar en un lugar y mañana en otro. Muchísimo y por largo tiempo han trabajado los padres, por convertirlos; pero hasta ahora ha sido imposible. Por esta razón, queriendo el actual Padre Provincial emprender nuevas misiones entre los infieles; además de las que atiende continuamente esta provincia -ha puesto los ojos sobre la nación algo lejana de los guagnanás-, hacia la cual se pondrán en marcha los misioneros muy en breve con la esperanza de obtener [p. 175] mucho mayor fruto que de los mencionados jarós y charrúas, tantas veces emprendidas antes. Verdad es, que en una ocasión consiguieron juntar gran cantidad de éstos hasta formar una población muy numerosa bajo el título y patrocinio de San Andrés; pero poco tiempo después, impacientes al verse obligados a vivir en un solo país, marcharon de repente unos a una parte, otros a otra, dejando desierta la reducción. Lo mismo sucedió en la otra banda con los guanoas, por cuya conversión han sudado muchísimo los misioneros; y no ha mucho que habían fundado una buena reducción llamada Jesús y María, con esperanza de fundar en breve muchas otras, cuando una mañana al llamar el pueblo con la campana para oír, como de costumbre, la Santa Misa, no se encontró un alma. Asombrado el Padre Misionero con tal novedad, sale de su casa y encuentra que en la noche anterior se habían ido todos, volviéndose a sus bosques. Sin embargo, de éstos suelen siempre convertirse muchos, que se vienen a vivir en las reducciones de nuestros otros cristianos. El mencionado Padre Provincial, que ha sido por muchos años insigne misionero, envía ahora nuevos predicadores a esas gentes, con orden de que una vez convertido un número discreto, se transfieran al seno de nuestras reducciones, para alejarlos de sus parientes, y a fin de evitar que los que vienen a visitarlos [p. 176] de su nación, los perviertan, como sucedió otras veces. Pero volviendo a los jarós y charrúas, hasta ahora no se ha encontrado ningún buen remedio. Concorre todavía no poco a su obstinación, la antipatía que tienen a los españoles, contra los cuales se han defendido valerosamente, conservando su libertad como otras muchas naciones. El trato, por otra parte, que tienen con las ciudades de los españoles, ahora que están en paz

con ellos, produce casi el mismo efecto que entre los herejes de Europa, que comunicándose con los católicos, en vez de mirar los muchos bienes, que podrían, observan solamente algunos defectos inevitables en la multitud; observación que les sirve para obstinarse más en sus errores. A todo esto se suma la multitud de apóstatas, que viven entre ellos; pues sucede muy frecuentemente, que en treinta y tantas numerosísimas reducciones de cristianos, fundadas en estas misiones del Uruguay y Paraná, se encuentran algunos disolutos, que viendo, por una parte, que si no viven con la piedad y edificación de los otros, son acusados y castigados; y no queriendo, por otra, volver al buen camino, huyen y se refugian entre los infieles para vivir a su capricho. Lo mismo se ha de decir de algunos españoles, que, o por sustraerse a la justicia, o por vivir con todo género de libertad, se refugian entre ellos, como se refugian en Italia los bandidos entre los [p. 177] asesinos, y figuraos qué buena idea harán concebir a los infieles de la religión cristiana. Un día dando vuelta la punta de un bosque, después del cual se abría un buen trecho de playa rasa, la encontramos cubierta casi toda de indios a caballo, armados de arco y lanza y dispuestos en forma de media luna, que nos esperaban en aquel paso para darnos carne y recibir de nosotros algunas cosas. Todos sus jefes tenían nombre de cristianos. El cacique principal se llamaba don Simón, y por cierto que era una caricatura bien ridícula; llevaba una especie de manto de la figura de una capa pluvial, compuesto o remendado con varias piezas, entre las que se veían algunas pieles viejas pintadas como cueros dorados que habrá encontrado en alguna ciudad española, en casa de algún ropavejero. Llevaba en la mano un pequeño bastón negro con puño de latón, redondo, y lo manejaba como un cetro con la gravedad correspondiente a aquel manto y a su cabellera, no menos desgredada que la de los otros. En cuanto a los otros dos jefes, uno se llamaba Francisco y hablaba español admirablemente; el otro tenía por nombre Juan. Uno de ellos era hijo de un excelente viejo, el mejor cristiano de la reducción de San Francisco de Borja. ¡Ved qué bien lo imitaba! Don Simón por hacer una fineza a un padre, que le regaló varias chucherías, le presentó un medio ternero, sobre el cual se sentaba [p. 178] en su caballo y le servía como de silla. En el curso del viaje encontramos varias tribus de estos infieles más o menos numerosas. En cierta ocasión algunos padres más fervorosos hicieron la prueba de solicitarlos a convertirse; pero ellos oían todo con una indiferencia digna de indios, y a lo más, respondió alguno que tenía muchos parientes y no podía dejarlos. Otro de nación distinta, diciéndole un padre que mirase bien, que si no se hacía cristiano, iría al infierno, contestó: «Y bien, si es así, me calentaré en la otra vida». Con semejantes respuestas, se libraron bien pronto de que nadie quisiese predicarles. Por esto, sin detenernos mucho, pasamos adelante con la mayor celeridad que pudimos, por el temor muy probable que habíamos concebido que nos tomase la peste, por otros tres o cuatro enfermos de viruela que se habían descubierto, y que en el acto separamos de la gente, poniéndolos en una canoa suelta, para que nos siguiese de lejos.

Pero, a pesar de todas las diligencias que hicimos, no fue posible librarnos porque el 20 de agosto se declaró finalmente la peste con la caída casi simultánea de catorce en una sola balsa y otros acá y allá en otras balsas, señal bastante clara de que o por el aliento o por la comunicación de las ropas, el fuego serpenteaba ya ocultamente, y no acabaría sin prorrumpir en un incendi [p. 179] universal. Podéis figuraros en qué angustias nos encontramos sin saber a qué partido apelar, viéndonos a medio camino, a trescientas millas de Buenos Ayres y casi otras tantas de nuestras misiones; no teniendo a quién recurrir, ni menos pudiendo esperar nada de los infieles cuyos países nos rodeaban por uno y otro lado, porque no hay cosa que teman más que esta peste, de tal manera, que cuando aparece

uno de ellos con viruela, lo abandonan todos, dejándolo solo en tierra con una vasija grande de agua y un cuarto de buey. Pasados tres o cuatro días, vuelve uno girando alrededor a caballo, pero de lejos, y mirando si el enfermo está vivo o muerto. Si muerto, se va en seguida, pero si está vivo le renueva la provisión, y así hasta que muera o sane. De modo que cuando supieron que la peste se había encendido entre nosotros, se internaron en el país, y no se vieron más; permanecemos así en un desierto, sin haber persona viviente a quien recurrir. Comprendíamos perfectamente, que el mejor partido era caminar cuanto se pudiera para acercarnos siempre más a Yapeyú, que es la primera reducción de nuestras misiones, y recibir más fácilmente de allí socorro de provisiones. Pero la dificultad era decidir quién debía quedar con el Padre Superior, que era el único que sabía la lengua de los indios y podía confesarlos y asistirlos. Si venía con nosotros, quedaba abandonada [p. 180] toda aquella gente, sin tener quién les administrase los sacramentos, ni les procurase los alimentos, lo que hubiera sido condenarlos a morir como bestias en la playa, pues poco después habían caído enfermos algunos otros. Si permanecía con ellos, quedaba expuesta al mismo peligro la gente de todas las otras balsas, que podían enfermarse sin tener quién a lo menos los confesase. Pero bien pronto, con suma edificación nuestra, se ofrecieron diez indios de varias balsas a asistir a los apestados, aunque conociesen muy bien el peligro próximo de la vida a que se exponían. Con todo, el padre Giménez quiso advertirles esto mismo, para que reflexionasen bien antes, y ofreciesen mejor a Dios el sacrificio de sus vidas. En seguida se dirigieron hacia los apestados, que estaban tirados acá y allá en la ribera sin poder ayudarse y (como dijeron los que sanaron), ya se habían preparado a morir, si no de otra cosa, de hambre, en aquella playa, creyéndose abandonados de todos; por lo cual dieron mil gracias al Señor, cuando vieron aparecer aquel socorro de gente con el padre Giménez, que administró a todos los sacramentos, confesando, si no me equivoco, aun a los sanos, por lo que pudiese suceder, y dejándoles buena provisión de víveres, se volvió a las balsas para apurar la marcha. Con tal amor y diligencia se consagraron aquéllos al cuidado de los enfermos, que consiguieron [p. 181] salvar más de la mitad, lo que es muy raro; hasta que sepultados los muertos y puestos los enfermos y convalecientes en las dos canoas, pues se había deshecho la balsa, caminando poco a poco, llegaron a ponerlos en seguro con los otros. En seguida aquellos diez, uno después de otro, se enfermaron todos de la misma epidemia, y a excepción de uno o dos, murieron todos, no queriendo Dios retardarles el premio de tan heroica caridad cristiana.

Entre tanto, todas las otras balsas caminaron cuanto fue posible hasta llegar a los cinco o seis días al Itú o Ariciffe⁵¹, que es el paso más arduo y trabajoso, como diré en seguida, de toda esta navegación y entraron en un riachuelo que desemboca en el Uruguay como media milla antes del mencionado Itú. Mi balsa, sin embargo, con otras dos, juzgaron mejor librarse de una vez de aquel paso tan trabajoso, mientras conservaban toda la gente sana, y mucho más por separarse de las otras, donde comenzaba a presentirse el contagio. Y así después de día y medio de trabajo, vencido aquel paso y llegando a la embocadura de otro riachuelo, tres millas más adelante, tomamos allí puerto. Entonces fue cuando [p. 182] se declaró la peste más fieramente, pues de improviso, a excepción de una, se encontraron infectadas todas las balsas y caían con tanta furia las personas, que en pocos días nos encontramos con sesenta enfermos y otros amagados, y no pasó mucho sin que cayeran ciento catorce; por lo cual, viéndonos totalmente imposibilitados de seguir viaje, enviamos apresuradamente uno por tierra a la reducción del Yapeyú, con aviso a los padres de nuestro infeliz estado, rogándoles por amor de Dios, nos enviasen provisiones, de las que ya nos

encontrábamos en suma escasez, a fin de que no murieran de hambre los que se salvaban de la peste. Lo cierto es que toda la galleta, pan y otras provisiones, que yo tenía en mi balsa para mí, lo distribuí a los indios, no pudiendo sufrir el verlos padecer de hambre; ni me daba pena la escasez, cuando podía socorrer con lo poco que tenía su necesidad mucho mayor. Ni era menor la solicitud por los enfermos, para los cuales construyó cada balsa una o más casas de paja en el campo, para que estuviesen defendidos del aire y separados de los sanos. Como el padre Giménez estaba con la otra tropa a sólo tres millas del riachuelo, vino por tierra a confesar todos nuestros enfermos, después de lo cual, no teniendo necesidad de él, los asistimos nosotros en todo lo que pudieran precisar. Hasta ahora no había yo administrado el viático [p. 183] ni la extremaunción; pero la primera vez que lo hice, os aseguro, que tuve la ocasión de adiestrarme. Una mañana después de la Santa Misa, que decíamos todos los días en el altar portátil, administré trece viáticos y otras tantas extremaunciones. Ya no podía más por el gran trabajo que me costaba estar tanto tiempo encorvado hasta el suelo, donde yacían los enfermos, pasar por medio de ellos, que estaban amontonados en aquellas cabañas y moverlos para ponerles el óleo santo sin hacerles daño, además del hedor que echaban y el horror que ocasiona el mirarlos, pues no creo que se encuentre enfermedad más asquerosa. Del aspecto que presenta allá un niño bien cargado de viruela, podréis conjurar qué serán los indios con tan malos humores, provenientes de la cantidad de carne casi cruda que comen, de los cuales se descarga la naturaleza en esta ocasión. Estaban en efecto tan contrahechos que horrorizaba verlos, pues a causa de la gran comezón, se desfiguraban toda la cara, convirtiéndola en una llaga, de tal modo que no se les distinguía fisonomía humana. Un día mientras sacaban un muerto fuera de su cabaña para sepultarlo, al tomarlo por las piernas empezó a salirse la piel, que estaba separada de la carne, como si fuesen medias sueltas: lo que da a entender mejor la malignidad de esta enfermedad.

[p. 184] Las otras balsas, entre tanto, con la poca gente sana que les quedaba, ayudándose mutuamente pasaron poco a poco el Itú. Este difícil paso, que llaman Itú o Ariciffé⁵², es una fila encadenada de escollos que atraviesan de parte a parte todo el Río Uruguay, por medio de los cuales hace el río una gran caída, muy semejante al Lago de Mantua, y con tal ímpetu que se alzan espumosas las olas y se siente su estrépito a varias millas de distancia; y es necesario que las balsas pasen por ahí, porque no hay otro paso. Verdad es que, desembocando el agua por varias partes entre aquellas piedras, los indios como prácticos buscan los canales que tienen muchas gradas y que moderan por consiguiente la caída, no permitiendo al río precipitarse de un golpe. Con todo, no es creíble, cuánto trabajan los pobres indios en este paso, porque se emplean uno o dos días enteros, tirando con varias cuerdas la balsa, unos desde la playa, otros desde la punta de algún escollo sobre el cual suben para tirar. La mayor parte se arroja al agua empujando la balsa por los lados y por detrás o levantándola con las espaldas de cuando en cuando hasta ponerla sobre un escollo, después sobre [p. 185] otro y librarla finalmente a costa de muchos y largos trabajos de aquel paso peligroso, en que casi siempre ocurre alguna desgracia a la gente o a la balsa. Una vez salidos de aquel peligro tiramos adelante hasta encontrar un sitio a propósito para nosotros y para los enfermos, que cayeron aquí en mayor número que antes y para los cuales construimos apresuradamente al pie de una pequeña colina 22 ó 24 cabañas de paja, que parecían de lejos una tierra o ranchería de infieles. Después recurrimos de nuevo a Dios con todo género de devociones públicas y privadas, suplicándole nos librase de aquel azote, si era para mayor gloria suya. Pero el Señor dispuso las cosas a su agrado, preparándonos

mejor aún para las misiones con este breve noviciado, y para hacer una buena cosecha de las almas de aquellos indios, que sin duda, volaron todas tarde o temprano al Cielo. Causaba grandísima edificación ver con qué premura pedían y con qué devoción recibían los sacramentos; así como la paciencia con que toleraban tan molesta enfermedad sin la menor queja y desahogándose sólo con invocar los santísimos nombres de Jesús y de María. Un día, mientras administraba yo la extremaunción a uno que estaba casi en la agonía, otro que se encontraba al lado, envuelto en sus andrajos, y con la cara cubierta a su modo, me llamó y como [p. 186] hablaba un poco español le entendí mejor. Me rogó que le diese a besar el crucifijo para ganar la indulgencia plenaria in articulo mortis, complaciéndolo en el acto, agregando algunos sentimientos espirituales propios del estado en que se encontraba. Cuando el buen hombre comenzó a darme mil gracias, me prometió entre otras cosas acordarse de mí en el Paraíso, con otras expresiones semejantes que me enternecieron tan excesivamente, que no podía articular una sola sílaba. Murió después el buen indio santamente, y espero que en el Paraíso no me faltará a su palabra.

Otro día estando por morir un anciano de autoridad entre ellos, hizo llamar a toda la gente de su balsa, y les dijo públicamente que moría contentísimo, por haber sacrificado su vida, conduciendo a su país nuevos misioneros; y los exhortó a no abandonar jamás a los padres por nada: «pues aunque debáis perder la vida -dijo-, estaréis seguros a lo menos de morir con todos los Santos Sacramentos; que os aseguro, por experiencia, que es el mayor consuelo, que puede tener un cristiano en el momento de su muerte». Añadió otras cosas semejantes a la larga exhortación que les hizo, que habiéndolas explicado el padre Giménez a todos los presentes, nos enternecieron sobremanera. Y bien claro se vio el efecto de tales exhortaciones hechas al morir por [p. 187] más de uno, porque de tanta gente, a pesar de los estragos que hacía la epidemia, ni uno sólo huyó a los infieles, lo que era fácil, por librarse de las miserias y salvar su propia vida. Pero se mantuvieron todos constantes hasta el último, aunque murieron la mayor parte. Así se encontró un día cierto padre con un indio, que extendido al pie de un árbol estaba llorando y preguntándole por qué lloraba: «Lloro -respondió- por ver a los padres en estos desiertos con tantas incomodidades y padecimientos fuera de sus términos, por asistirnos a nosotros, pobrecillos!». No les hacía ciertamente poco efecto, la incansable asistencia que les prestaban los padres de día y de noche, no sólo en lo espiritual sino también en lo temporal, hasta quitarse la comida de la boca, las cubiertas de las camas y otras cosas de uso para socorrer sus necesidades. Aunque para confesar la verdad, los mismos indios y particularmente los enfermeros, no cedían un ápice a los padres en materia de caridad hacia los enfermos. Yo tuve varias veces que reprender el mío y lo mismo sucedió al padre Rasponi con el suyo, por el exceso con que trabajan siempre en medio de aquellos, descansando apenas algunos instantes durante la noche, hasta que ambos fueron atacados del mal, del que sin embargo quiso Dios librarlos. Pero el más célebre fue uno llamado Ticú, que [p. 188] no reposaba en todo el día, manejando siempre los enfermos o sepultando los muertos. A fuerza de trabajar en aquel terreno pedregoso, sin azada ni herramienta alguna, sino con un palo, se le había hinchado de tal modo el brazo derecho, que apenas lo podía mover. Advertido por el padre Giménez, que tuviese más cuidado, porque aquello era exponerse a un peligro evidente de enfermarse, respondió estas precisas palabras: «Padre, si el Señor quiere preservarme de la peste, él lo puede hacer; si no, hágase su santísima voluntad. Yo soy enfermero: mi deber es trabajar por los enfermos». Y dicho esto volvió como antes a meterse entre ellos, hasta que contrajo la peste y con tanta furia, que parecía se hubiesen juntado en él todas las pústulas de los que había enterrado, con gran

sentimiento de los padres, que se interesaban altamente por su vida. Pero el Señor lo curó casi milagrosamente en premio de su singular caridad, o por mejor decir, en favor de los otros enfermos a quienes volvió a asistir como antes, una vez curado, continuando también en dar por la mañana y la tarde la señal para las oraciones y la misa, pues era además tamborilero y sacristán.

Nos encontrábamos ya reducidos a una suma escasez, cuando finalmente llegó por el río el deseado socorro de provisiones en dos balsas despachadas de las [p. 189] misiones por los padres. Pero habiéndoles éstos ordenado prudentemente, que no se acercasen demasiado ni comunicasen con los apestados, sino que guardando la suficiente distancia descargasen lo que traían y nos avisasen para enviar a tomarlo; éstos se quedaron en un riachuelo a doce millas de nosotros sin darnos el menor aviso, donde se estuvieron muchos días muy descansados, mientras nosotros perecíamos de hambre. Hasta que afortunadamente, dos de nuestros indios, yendo a cazar por aquellos lugares, encontraron una de las balsas y preguntándoles de dónde venían, dijeron que esperaban hacía tiempo que nosotros enviásemos a buscar aquellas provisiones. En el instante vinieron los nuestros a darnos el aviso, sin lo cual, ¿cómo hubiéramos podido adivinar su llegada, nosotros que más teníamos de mártires que de profetas? Algunos días después llegó por tierra un buen socorro de bueyes, con lo que empezamos a respirar un poco, bien que a este consuelo sobrevino enseguida otro trabajo. Fue éste una tempestad más furiosa que la anterior, que no sólo sumergió casi todas las balsas, sino que las estropeó de tal modo, que fue preciso deshacer seis por lo menos. El río gozó también de una parte de la nueva provisión, y un padre por salvar una bolsa o valija que se llevaban las aguas cayó al río, corriendo no poco peligro [p. 190] de ahogarse. Pero la mayor pérdida que sufrimos en esta borrasca fue la del Óleo Santo, que se perdió al sumergirse una de las balsas, tiro certero de que acuso al demonio.

A la tempestad siguió una invasión de tigres, que venían a visitarnos atraídos por el olor de la carne, durante la cual se encontraron los padres dos o tres veces en grave temor y peligro. Muchas más fueron las veces que vinieron a visitarnos de noche, entre los cuales llegó uno a cierta cabaña donde se encontraban dos pobres enfermos. Por fortuna había en el suelo un cuarto de buey, con el que se contentó la fiera y partió sin hacer otro daño. Otro se atrevió a entrar en la canoa de una balsa, donde estaba durmiendo un hombre, cubierto con un cuero de buey. Al echar el tigre la garra sobre el cuerpo, despertose el hombre y dio tal grito de horror, que no dándose cuenta la fiera de lo que podría ser, espantada a su vez, dio un salto y emprendió la fuga. Los indios mataron dos y nos presentaron un tigrecillo como de un mes, que habían tomado vivo, que no he visto un animal más furioso. Mientras lo tuvieron estuvo frenético de rabia, siempre rugiendo y abalanzándose sobre todo el que se le acercaba y hasta sobre el que le traía de comer. Viendo [p. 191] de que en gracia a él viniesen a visitarnos sus parientes, como ya se había empezado a sentir, lo ahogamos en el río.

A los tigres se juntó la molestia indecible de las hormigas, que por estar las balsas tanto tiempo en el mismo sitio, habían encontrado el modo de entrar en ellas a millares ya por las tablas que sirven para bajar a tierra, ya por las cuerdas que las sujetan a los troncos de la costa, y no había medio de librarse de ellas; porque era imposible matarlas a todas en un sitio tan estrecho, y si se recogía la tabla o la cuerda para impedirles la entrada, era peor, pues no pudiendo salir las que habían entrado ya, se metían entre las camisas y la ropa, las bolsas, etc., de modo que no había más remedio que tener paciencia.

Omito muchas otras molestias semejantes que ocurrieron porque sería largo y molesto referirlas. De este modo, habían transcurrido ya tres meses desde que nos pusimos en viaje, dos de los cuales habíamos pasado en este desierto con nuestros apestados, y esperábamos la resolución del padre superior de las misiones, porque si debíamos esperar a que todos pasaran la epidemia, sería cosa de no acabar jamás, pues en todas las pestes siempre escapan algunos. Le enviamos por tanto una relación [p. 192] detallada de nuestro estado. Los indios que vinieron en todas las balsas eran 340: de ellos sólo 42 habían permanecido sanos. Los muertos eran 179: y los demás sanados. Mucho tiempo hacía que no se enfermaba si no uno que otro, de modo que parecía que la peste cesaba ya; por otra parte, varios padres se encontraban enfermos y en peligro, a lo menos dos, de no llegar a su destino, si aquellas miserias continuaban. Reconocido esto por el padre superior de las misiones, envió al instante con gran caridad un padre con cuatro balsas y orden de detenerse él y el padre Giménez con los apestados, hasta que hubieran hecho una rigurosa cuarentena, para evitar que la peste se introdujese en las misiones, como en 1718, en que se llevó como cincuenta mil personas; y que por esta razón, dejaran los padres sus ropas y se vistiesen de pies a cabeza con los vestidos que a este fin se nos enviaba, y así proseguimos nuestro viaje en las balsas nuevas. En este intermedio se nos unió de improviso el Padre Provincial que habiendo vuelto de Córdoba del Tucumán, se había embarcado en Buenos Aires para hacer la visita a las misiones. Se compadeció sumamente al encontrarnos a poco más de medio camino, cuatro meses después de haber salido, pues nos miraba con amor particular por ser todos [p. 193] personas a quien él había conducido de Europa con tantos cuidados, y animó nuestra marcha. Despojados, pues, de todos los vestidos viejos, tomamos los nuevos de lienzo teñido, que es el paño usado aquí; y podéis figuraros como nos caerían encima, lo mismo que los zapatos en los pies, siendo todo hecho al acaso por gente que jamás nos habían visto ni conocido. Vestidos como mejor pudimos, entramos en tres balsas, en las cuales apenas podíamos movernos por su estrechez, y de este modo seguimos el camino a las misiones, en compañía del Padre Provincial, que antes de partir consoló a los pobres indios, disponiendo que los cuarenta sanos se separasen completamente de los otros, y unidos entre sí condujesen dos balsas, y cinco los ciento quince o ciento veinte convalecientes; y asistidos por el padre que había venido de las misiones, nos siguieron a dos o tres jornadas de distancia, contando el viaje en la cuarentena para completarla después en un sitio distante noventa millas de Yapeyú. De este modo se dio fin a todos nuestros trabajos, llegando hacia la mitad de noviembre a la reducción de los Tres Reyes, que ellos llaman Yapeyú y es la primera de las misiones del Uruguay y bastante numerosa, pues tiene cerca de mil doscientas familias. Sería largo describir la alegría con [p. 194] que todo el pueblo vino a nuestro encuentro y las fiestas que se celebraron a su manera en los dos o tres días que permanecemos allí. Después todos los padres se repartieron por las reducciones a que fueron destinados por el Padre Provincial.

A mí me tocó por fortuna la de Santa María, unas doscientas cuarenta millas adelante, a la cual llegué finalmente el 1.º de diciembre de 1729, justamente cuarenta meses después que de haber partido del Colegio de Bolonia, me puse en camino hacia esta provincia. Aquí fui recibido con los brazos abiertos y las más tiernas muestras de caridad por el padre Diego Ignacio Altamirano, venerable anciano septuagenario, muy considerado en el país por su condición, doctrina y singular santidad; no sabría cómo expresar tampoco las finezas de los indios para conmigo. Me salieron al encuentro y me rodearon tumultuosamente; quién me besaba la mano; quién se congratulaba por haber llegado al fin a su país; quién me daba gracias por haber venido de tan lejos, y haber pasado el Para-Guazú, es decir, el

mar, y haber abandonado la patria, gnandî raihupae, como ellos decían, esto es, «por nuestro amor», agregando mil otros agradecimientos. Fue tal el júbilo que experimenté al verme finalmente en el término tan deseado, [p. 195] que olvidé al instante todos los padecimientos pasados, y estaría pronto a arrostrarlos de nuevo mucho mayores, por el consuelo de trabajar toda mi vida entre estas pobres gentes. La única cosa que me da algún trabajo es lo difícil de la lengua. Con todo, me voy industriando tanto, que ya son dos meses que hago la doctrina diaria para los niños, que es el ministerio más análogo a mi genio, y acaso el más provechoso. Nunca me falta numeroso auditorio, pues según el Registro, las niñas hasta quince años son mil dos y los niños novecientos sesenta. Aunque de cuando en cuando equivoque cualquier palabra, entienden perfectamente lo que quiero decir, así como les entiendo yo a ellos, cuando les pregunto, y dando por premio a los que me responden bien una o dos agujas, se retiran alegres como una pascua. Pero mejor es que concluya aquí, porque si empiezo a hablar de los niños no me basta otro tanto como lo que he escrito y me encuentro ya bastante cansado. Me remito, pues, a la Relación que ya os envié de estas misiones⁵³ y que, por lo que he visto hasta ahora, es fidelísima. Entre tanto, os suplico saludéis muy cordialmente de mi parte a mi señor padre, señora madre, cuñados, hermanos, hermanas, [p. 196] sobrinos y todos los parientes y amigos, rogándoles me recuerden en sus santas oraciones, para alcanzarme del Señor la única gracia que deseo: emplearme todo en su mayor gloria y en la salud de estas pobres gentes. Adiós.

Vuestro afectísimo hermano.
CAYETANO CATTANEO, de la Compañía de Jesús.

Notas del editor

48 En toda esta tercera y última carta, continúa el P. Cattaneo escribiendo Uruguai en lugar de Uruguay.

49 De más está decir que se trata del colibrí o picaflor. El P. Baucke, en un raro e interesantísimo manuscrito dado a publicidad hace poco por el P. G. Furlong (*Entre los mocobíes de Santa Fe*), hace una minuciosa descripción del picaflor y de sus nidos.

50 Este párrafo falta en la edición de Estrada.

51 Estrada traduce Ariciffè por Salto, como si se refiriera a la actual ciudad uruguaya. Pero el mayor obstáculo del río Uruguay es el llamado «salto grande», que se encuentra más o menos a una hora de viaje al norte de la ciudad de Concordia.

52 Insiste Estrada en escribir Salto y no Ariciffè. Pero en el original esta última designación está subrayada, indicando que se trata de una palabra castellana, en medio del texto italiano de la carta.

53 Ésta debe ser una de las cartas que tuvo Muratori, sin darla a publicidad, y cuyo paradero actual ignoro.

Primera carta del padre Carlos Gervasoni, al padre Comini de la Compañía de Jesús

Muy Reverendo Padre en Jesucristo. El día quince de abril de 1729 echamos el ancla, a unas seis millas de Buenos Ayres, pues es imposible que los buques de cualquier tamaño que sean, se acerquen más a la ciudad por la poca agua que lleva tan desmesurado río. Nadie pudo poner pie en tierra antes de la visita que los oficiales del Rey hacen en el cargamento, para evitar el contrabando. Tardaron éstos en venir por su particular cortesía hasta el lunes de Pascua, no pudiendo nosotros en consecuencia, desembarcar hasta el martes diez y nueve. El Sábado Santo por la mañana, cuando se soltaron las campanas, se dispararon desde nuestras naves, parte en celebración de la Pascua y parte por saludar la Fortaleza, más de setenta cañonazos, y presentaban un bellissimo aspecto, ornadas de gallardetes, faroles y banderas de colores por todas partes, en señal de la [p. 198] común alegría. Antes de partir de los buques, toda la marinería, oficiales y pasajeros (pues el Gobernador había ordenado que ninguno se atreviese a bajar a tierra antes que los padres) nos dieron a grandes voces (dando la señal con su silbato el Contramaestre) el buen viaje, y al apartarnos de las naves, para mayor honor, disparó cada una cinco cañonazos.

En la playa encontramos infinito pueblo, que estaba esperándonos con el Magistrado y con Su Excelencia el señor Gobernador, y al desembarcar nos saludó la ciudad con tres cañonazos a bala. El pueblo siempre alegre nos acompañó hasta nuestra iglesia; las partes de la ciudad por donde pasamos llenas de gente, los religiosos en la puerta de sus conventos y en cada iglesia que encontramos repicaban. En la nuestra hallamos expuesto el Santísimo y todo pronto para cantar el Te Deum, con música, como se hizo. Estos padres nos han recibido con una caridad y amor indecibles, y uno de ellos para dejarme su cuarto solo, se fue a dormir con el padre procurador de Chile, por ser uno y otro más jóvenes que yo en la religión. Casi todos nos hemos resentido en la salud, suponiéndose esto causado por la gran diferencia del clima con los nuestros, pues estando acostumbrados durante tantos años a pasar en junio el verano, aquí tenemos un frío de diciembre. Las comidas también, [p. 199] aunque las mismas que entre nosotros, siendo sin embargo tan diferentes en el condimento que parece increíble, contribuyen mucho a alterar la salud, y vamos recobrando fuerzas a manera que nos vamos haciendo a ellas.

La ciudad es bien grande en extensión y será de veinticuatro mil personas, un tercio de las cuales, por lo menos, está compuesto de negros africanos esclavos. Sólo nuestro colegio tiene repartidos en las posesiones, fábrica⁵⁴ y otros servicios que se necesitan, más de trescientos, dado que todo pasa por mano de los esclavos, no habiendo por aquí español, por miserable que sea, que al poner el pie en tierra no eche al momento peluca y espada, desdeñando toda ocupación que no sea la de comerciante. Sólo a los ingleses es permitido conducir y vender esclavos y traen trescientos o cuatrocientos en cada viaje, no sé cuántas veces al año. Ahora, a causa de su ruptura con España por la flota, no es permitido ni aun a ellos conducir esclavos, y las dos hermosas casas que tienen esos ingleses con un bellissimo huerto y todos los demás efectos, están en poder del Rey, como confiscadas hasta que todo se arregle en Cambray. Sin embargo, ellos los traen continuamente a la colonia de los portugueses, que está frente a la ciudad [p. 200] en la otra parte del río, y comprados los esclavos allí de contrabando los hacen desembarcar en una playa desierta y los introducen en Buenos Ayres. La primera cosa, empero, que todos los buenos españoles procuran es enseñarles la lengua, la doctrina, y que se hagan cristianos, como efectivamente se hacen

casi todos, y en la semana pasada se bautizaron en nuestra iglesia tres de los nuestros, que después viven todos muy arregladamente.

Las casas se edifican todas en planta baja, la mayor parte ahora de ladrillos y teja. Queda todavía una gran parte fabricadas de tierra y cubiertas de paja, y en ellas habitan personas aún principales, entre las cuales el señor Obispo, que tendrá una renta anual de seis mil escudos romanos. Con todo, no tiene otra casa que de arcilla (adobe), techada con tejas cocidas. Nuestro colegio podría figurar con decoro en cualquier ciudad de Europa, construido todo en bóveda maciza, de dos pisos, y bien grande. Está concluido todo el primer claustro, queda por hacer el segundo, para alojar a las misiones del Paraguay y de Chile, que aquí desembarcan. La iglesia también es soberbia, hecha a la romana con cúpula, y cinco capillas por parte (por cada lado o nave), además de las tres grandes, que están a los costados de la cúpula. Actualmente se está haciendo la [p. 201] bóveda de toda la nave, bajo la superintendencia de un tal hermano Prímoli Milanés de la provincia romana, que vino en la misión pasada. Es éste un hermano incomparable, infatigable. Él mismo es el arquitecto, el maestro mayor, el albañil; y es necesario que sea así, porque los españoles no entienden una higa; ocupados todos en enriquecerse, el resto poco les importa. Este hermano ha fabricado la Catedral de Córdoba del Tucumán, nuestra iglesia de ese Colegio, la de los padres reformados de San Francisco aquí en Buenos Ayres, la de los padres de la Merced, que es mucho más grande y majestuosa que la nuestra, y es continuamente llamado aquí y allá para ver, visitar, hacer diseños, etc. No se puede hacer mayor beneficio a esta provincia, que enviarle sobrestantes, de que hay necesidad; y siendo este hermano solo, no puede satisfacer a tantas ciudades y colegios que lo solicitan.

Nuestra iglesia es concurridísima, viviendo aquí los nuestros con una edificación y observancia extraordinarias. En el Colegio hay establecidas habitaciones para veinte seculares en que pueden hacer los ejercicios espirituales, que se les dan varias veces al año. Contigua al Colegio hay una casa para las mujeres, que vienen a tejer a la iglesia.

[p. 202]

Unos y otros viven retirados por ocho días, comiendo y durmiendo, los primeros en el Colegio, las segundas en su casa, a expensas de un hermano nuestro, que siendo comerciante rico, desengañado del mundo, entró en la Compañía y dejó rentas al efecto no sólo para Buenos Ayres, sino también para otros colegios, que han introducido tan santa costumbre. Dicho hermano vive todavía y está en el Colegio de Córdoba; y ciertamente que hace un gran bien, que ya he tenido ocasión en el confesionario de tocar con la mano. El culto divino es llevado aquí con gran decoro, la iglesia con gran decencia y guardada con gran respeto. Las señoras, que visten lo mismo que en España, en tanto que allá se sientan en la tierra cubierta de alfombras, aquí traen consigo una o dos esclavas negras con un lindo tapiz floreado, que les sirve de alfombra.

Los indios no vienen mucho a la ciudad, sino para comprar alguna cosa que necesitan o vender perdices, que son abundantísimas, de manera que he visto vender en días de gran abundancia casi doscientas por seis paoli. Lo común es de ocho por paolo. Es inexplicable también la abundancia de animales vacunos. Basta decir que en aquellas largas campañas, que se extienden desde el Río de la Plata y Río Uruguay hasta el mar, se multiplican libremente y cada cual tiene la libertad [p. 203] de tomar el número que quiera, con tal que no pasen de diez o doce mil, pues entonces es necesaria la licencia de este gobernador. Así que, pasando después este gran río a nado, no cuestan sino el trabajo de tomarlas a lazo y conducir las a estas tierras, siendo su precio de ocho a diez paoli por cabeza⁵⁵. En este año,

que se sufre una gran seca, y que estos ganados no pueden mantenerse a este lado del río por la escasez de pastos, ha aumentado el precio desde un manzo hasta dieciséis paoli; y esto no proviene de que haya aquí penuria de dinero, pues aunque en el hecho no haya mineros de Potosí y Lippe⁵⁶, hay sin embargo un tráfico tan vivo con las provincias del Perú, que la moneda más baja que corre, es de medio paolo, sino que todo procede de la excesiva abundancia. Las naves al volver a España no tienen que cargar en este puerto sino cueros de buey; y para cargar nuestras tres naves, lo menos que se necesitará serán treinta mil y no se llevan sino [p. 204] de ocho palmos de ancho y doce de largo, sin la cabeza, la cola ni los pies, de manera que para tenerlos todos de tal medida, es necesario matar diez o quince mil de más. La carne después queda para los tigres y los osos, que aquí fuera de poblado se encuentran con harta frecuencia. Hacia el fin de la ciudad se encuentran por todas partes bueyes recién muertos. Cada uno toma la parte que quiere y el resto se deja a los perros. No he visto en ningún país, perros en tan gran número y de tan marcada corpulencia, como aquí.

La misma abundancia existe respecto a los caballos, de modo que el que quiere, puede conseguirlos con poco dinero. Pero son pocos los de la ciudad que los tienen, por no darse la pena de mantenerlos. Todos los que viven fuera los usan, sean indios o españoles, y andan siempre al galope. Si el caballo revienta, lo dejan y fácilmente se procuran otro. Es por esto que hasta ahora no he visto un caballo de linda presencia, pues no les guardan miramiento alguno. El cuero que no va a Europa sirve aquí para todo; con él se hacen las cuerdas, los sacos, las canastas, sirve de cartón para hacer bonetes y de fondo para los colchones. En las ventanas que no dan a la calle sino sobre los patios, usan talco, de que hay minas; en las que dan a la calle ni yo ni nadie tenemos otro reparo contra el viento que las tinieblas. [p. 205] No se encuentran vidrios a no ser que se traigan de Europa. Han hallado cierta piedra trasparente, que convirtiéndola en láminas da la misma luz que el papel encerado y tal vez más clara aún. Yo la he visto en uso en la iglesia de los padres calzados de la Reforma⁵⁷, llamados vulgarmente recoletos, y se pondrá también en las ventanas de nuestra iglesia.

He prometido a mi hermano Angelino hacerle saber por medio de Vuestra Reverencia el bien que hacen los misioneros en los buques españoles, cosa de que me he acordado al estar por concluir la presente, pero que es verdaderamente sustancial y notable, porque el peligro tan cercano de la muerte da una gran fuerza a la palabra de Dios en gente que, aunque sea perversa, no pierde sin embargo la luz de la fe. Casi todos han confesado y comulgado, tanto pasajeros como gente de mar, y algunos hasta varias veces. Se predicaba tres veces a la semana, además de cuatro novenas que hicimos, dos a San Francisco Javier, principal protector de estas naves, una a Nuestra Señora del Rosario y otra a San Antonio de Padua. Se recitaban todos los días en público y por todos el rosario con las letanías de la Santísima Virgen [p. 206] y otras oraciones, manteniéndose así el buque con el santo temor a Dios. Todos los días que lo permitió el tiempo, se celebró la misa, y casi siempre la celebraban dos sacerdotes; los días festivos, cuatro. Un accidente imprevisto, que hizo aparecer un día un gran humo en la nave, redujo a muchos a confesarse más pronto de lo que habían determinado, pues fue éste el susto mayor que tuvimos, temiendo que hubiese fuego en alguna parte, particularmente en el aguardiente, de que había muchos barriles, como sucedió en la capitana de la última flota. Con tal temor, el buque parecía una confusión, no sabiéndose qué partido tomar. Por más diligencias que se hicieron para encontrar la causa, fue imposible hasta que llegada la ocasión de girar las velas, se vio que el humo provenía

de la cocina, a la cual la vela mayor puesta en tal situación impedía el tiraje. Entonces se ensanchó a todos el corazón. Sin embargo, ninguno se atrevía a burlarse de este accidente, cuya sola sospecha hace helar a todos la sangre en las venas y especialmente a dos pilotos, los cuales, cuando voló la capitana mencionada, se salvaron a nado, refugiándose en otra nave, y que finalmente se encontraban en la nuestra.

Hasta ahora no se sabe nuestro destino. Cada uno de nosotros desea ir a las misiones y sin embargo es necesario [p. 207] que alguno quede en los ministerios de este colegio. En cuanto a mí, haga el Señor lo que más conveniente juzgue a su gloria y mi salud. Han llegado ya a Buenos Ayres más de sesenta indios con sus canoas para conducir consigo a sus poblaciones el número de misioneros que destine el Padre Provincial; gente tan mal formada de facciones, cuanto amable por sus angelicales costumbres. Pero como se espera mucho mayor número para festejar en Buenos Ayres nuestra llegada, me reservo escribirle sobre este punto en otra mía, cuando haya visto las fiestas celebradas. Le suplico dé mis muy humildes recuerdos al padre Massei como también de parte del padre Bonenti, y recomendándome de todo corazón en sus santos sacrificios y oraciones y de todos los padres y hermanos, quedo humildemente.

De Vuestra Reverencia,

Buenos Aires, Junio 9 de 1729.

*Indignísimo siervo en Jesucristo.
Carlos Gervasoni*

Notas del editor

54 Entiéndase que se refiere a la construcción del colegio e iglesia.

55 Paolo, moneda de plata de los estados de la Iglesia y de Toscana, equivalente a 10 bríoques o a un décimo de escudo. Hay piezas de 2, 3, 6 y 10 paolos.

*Dictionnaire général des Lettres,
des Beaux-Arts et des Sciences Morales et Politiques, par Fr. Bachelet.
(Nota que figura en la edición de la Revista de Buenos Aires).*

56 Ignoro a qué localidad minera ha querido referirse el P. Gervasoni. En la traducción de Estrada escribieron Sippe, lo que, aparte de ser un error de copia, no aclara la duda.

57 Es la iglesia del Pilar, en la Recoleta. Esas piedras transparentes o alabastros, provenientes de San Luis, se han vuelto a colocar en dicho templo, al ser restaurado últimamente, pues las habían retirado años atrás.

Pedro Lozano y José Guevara

Pedro Lozano y José Guevara fueron jesuitas encomendados a la tarea de escribir la historia de las actividades de la Compañía de Jesús con el objetivo de afirmar su papel en Europa y justificar sus actividades en América. Por tal motivo, ambos dedicaron su vida misional a la escritura, en la que se destacaron la calidad y cantidad de los escritos de Pedro Lozano por sobre los de José Guevara.

Pedro Lozano nació en Madrid (España) el 16 de junio de 1697 y murió el 8 de febrero de 1752 en Humahuaca, Jujuy (Argentina).

En 1712, fue admitido en la Compañía de Jesús, y fue trasladado dos años después a América junto a 72 misioneros más con el fin de abocarse a la labor evangelizadora de los indios de las reducciones (Svriz Wucherer, 2013). Llegó a Buenos Aires en julio de 1714 y en 1715 se instaló a la ciudad de Córdoba para estudiar Filosofía y Teología entre 1716 y 1723 (Svriz Wucherer, 2013).

En 1720, asumió la responsabilidad de redactar las Cartas Anuas —informes regulares al general de la Compañía de Jesús residente en Roma— (Svriz Wucherer, 2013).

Entre 1724 y 1730 ofició como profesor del colegio jesuita de la ciudad de Santa Fe (Svriz Wucherer, 2013). A partir del año 1730 —establecido nuevamente en la ciudad de Córdoba para estar más cerca de los fondos documentales—, comenzó a desarrollar sus grandes obras —distribuidas en una diversidad de repositorios documentales, archivos y bibliotecas de países como Argentina, Brasil, Chile, España, Paraguay, Uruguay, entre otros— y a aparecer en todos los catálogos de la orden con el título de historiógrafo de la Provincia Jesuítica del Paraguay, como consecuencia de la encomienda por parte de sus superiores de la tarea de escribir la historia de la Provincia Jesuítica del Paraguay (Svriz Wucherer, 2013). Dentro de las numerosas obras de Lozano se destacan: *Historia de la Compañía de Jesús* (publicada en Madrid entre 1754-1755), *Historia de las revoluciones del Paraguay* (publicada en Madrid entre 1732-1735), *Descripción corográfica del Chaco* (publicada en España en 1733 y reeditada en 1940) e *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (publicada en Buenos Aires por Andrés Lamas entre 1873-1875).

Su vida y obra —así como los aportes más significativos de estudios anteriores de Andrés Lamas, Rómulo Carbia y Carlos Leonhardt, por ejemplo— fue recogida por Guillermo Furlong Cardiff y editada en 1959 bajo el título *Pedro Lozano S. J. y sus observaciones a Vargas* (Svriz Wucherer, 2013).

Algunas de sus obras más relevantes vinculadas a la historia colonial y a la Compañía de Jesús en el Río de la Plata son *Descripción chorographica del terreno, ríos y árboles, y animales de las delatadísimas provincias del gran Chaco Gualamba; y de los ritos y costumbres de las innumerables naciones bárbaras e infieles, que la habitan; con una cabal relación histórica de lo que en ellas han obrado para conquistarlas algunos gobernadores y ministros reales; y de los misioneros jesuitas para reducirlos a la fe del verdadero Dios* (Córdoba, España, 1733); *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay* (Madrid, 1754), *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (publicada en Buenos Aires por Andrés Lamas entre 1873-1875) e *Historia de las Revoluciones de la Provincia del Paraguay 1721-1735* (Buenos Aires, 1905) (Cargnel, 2009; Svriz Wucherer, 2013).

Por su parte, el padre Guevara, nacido en 1720, en Recas (Toledo, España), se formó y pronunció sus votos en el instituto de San Ignacio (De Angelis, 1836). En América, se instaló en la estancia de Santa Catalina (Córdoba) hasta ser expulsado en 1767 junto con otros jesuitas; esta fue su última residencia conocida (Cargnel, 2009).

Al igual que Lozano, Guevara dictaba clases en la universidad de los jesuitas (Cargnel, 2009). Según Furlong Cardiff, Pedro Lozano había sido designado *historiographus provinciae* en 1730 y, luego de su muerte, la tarea fue continuada por Guevara hasta la expulsión de los jesuitas de los dominios del rey de España (Cargnel, 2009). No obstante, los escritos de Guevara son menos conocidos, y entre ellos se cuenta con la *Historia natural, política, eclesiástica y jesuítica del Paraguay*, su única obra histórica editada en 1882 por Andrés Lamas (Cargnel, 2009). Dado que su producción literaria fue posterior al Tratado de Madrid, esta se pudo haber visto condicionada por la coyuntura política del momento, empujando posiblemente a Guevara a hacer una síntesis eficaz del trabajo de Lozano, con fines de propaganda de la actuación de la Compañía (Cargnel, 2009). Según De Angelis (1836: VI), la segunda parte de su historia con los sucesos más recientes a su época le fueron arrebatados en Santa Catalina, donde se encontraba cuando se suprimió la Compañía de Jesús.

Autor: Pedro Lozano

Título: *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán (1750)*

Publicación: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002

<https://bit.ly/3mK0hbc>

Publicación original: Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836

Notas de reproducción original: edición digital de 2002 a partir de Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, tomo segundo, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.

Notas de los autores del manual: se transcribió el texto de la fuente citada, respetando la ortografía y las cursivas. Estas últimas fueron suplantadas por negritas por motivos de estilo del formato empleado para las citas textuales. No se respetaron las columnas de texto y se eliminaron los guiones de separación de sílabas.

Dado que la obra del padre Guevara *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* se basa en la de Lozano, siendo incluso considerada una síntesis de esta, se decidió excluir su transcripción en este manual, cuidando, además, la extensión de páginas. No obstante, la fuente puede ser consultada en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <https://bit.ly/3mOpAIY>

Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán (1750)

Capítulo XVIII.

Ritos, costumbres, ó genios particulares de otras naciones bárbaras.

Diré aquí solamente lo que fuere particular en cada nacion de las otras que contiene esta provincia en su vasta estension. La nación charrúa fué antiguamente muy numerosa; estendíase desde la costa del Paraná septentrional, hasta las riberas del mar del Norte; gente muy belicosa, crecida y animosa, que fue; el padrastro que encontraron siempre los españoles, cuando arribaron ó derrotados ó por arbitrio propio, á sus costas. Hánse conservado hasta estos tiempos en su nativo valor, ostentando su osadía contra todos, sin que nadie se haya atrevido á sojuzgarlos; ni profesan otro reconocimiento á los españoles, sino una amistad muy costosa, porque so capa de ella, ejecutan mas á su [p. 407] salvo, enormes maldades. Hoy no ocupan tanto terreno, porque se contienen dentro de los limites naturales que forman los dos grandes ríos Paraná y Uruguay, siendo en la realidad salteadores de ambas costas; por la del Paraná, en el camino real que conduce desde Santa Fé á las Corrientes; y en la del Uruguay, en las embarcaciones que arriban á su márgen.

Es gente de poca fñ, y de ninguna palabra, sino en cuanto mira á su propio interés; muy alevosa, que en logrando la ocasion, ejecutan sin rubor las mas feás traiciones. Al tiempo de la conquista que no sabian manejar el caballo, eran tan sueltos y ligeros en la carrera, que daban alcance á los mas ligeros gamos; ni les hacían ventaja los avestruces, para cuya caza usaban las bolas de piedra, no solo para enredarlos y detenerlos, arrojándoselas atadas en una cuerda á los piés, sino para herirlos en la cabeza, en que eran tan certeros, que en poniéndoseles á competente distancia no erraban tiro; y la misma destreza tenian en la flecha, haciendo certísima punttería á cien pasos de distancia. Hoy son menos ágiles en la carrera, pero muy diestros en el manejo de los caballos de que abunda en su país. Al venir á su rancho con la caza que pudo coger, se tiende luego en la cama, y la mujer va á lavar el caballo, y es la que le apareja ó desensilla, la que trae leña del bosque, y finalmente, una triste criada de su marido.

Los títulos de su mayor nobleza son haber ejecutado [p. 408] mas muertes en sus enemigos, á quienes en matando, desollaban la piel de la cabeza, y las guardaban como perpétuos blasones; y aun para que no pereciese en vida del vencedor la memoria ó el número de sus proezas, usaban una crueldad inaudita, y era que se daba cada uno á si mismo en su cuerpo tantas cuchilladas, cuantas muertes habia ejecutado: tanto puede aun entre bárbaros, la ambicion de conseguir fama y renombre. Al presente andan, en esto, mas mirados consigo aunque se conservan igualmente crueles con sal enemigos.

Otra costumbre bárbara observan, y es que en muriendo alguno, los parientes se cortan un artejo de cada dedo en que no ha de haber falta, porque lo seria de piedad con el difunto, y se nota por infamia; conque acaece, que los ancianos llegan á tener troncas las manos, ó los piés sin uso. Tambien cargan con los huesos de sus parientes difuntos á donde quiera que se mudan haciéndoles el amor muy leve esa carga hedionda. Cúbreanse con mantas hombres y mujeres, y de estas tiene cada uno cuantas quiere, aunque son tan poco celozos que los mismos maridos (si tan honrado nombre merece tal vileza) las ofrecen á los españoles para que usen de ellas á su antojo, por un vil interés.

Siendo tan inconstantes y variables, como todos los indios muestran su genio aun en sus habitaciones, que son portables, formadas de cuatro palos y unas débiles esteras que las plantan donde les [p. 409] coge la noche; con que teniendo tan pocas raíces en la tierra, fácilmente se trasponen á otra parte, sin que se les conozca sitio determinado ni asiento fijo; sino, hoy aquí, mañana allí, siempre peregrinos y siempre en su patria, hallandose en todas partes para su util y gozando los frutos del pais segun las estaciones del año; pero en tiempo de guerras, retiran sus rancherías á los bosques mas cerrados y espesos, donde sea difícil penetrar, y andan muy vigilantes de dia y de noche con perpetuas centinelas. La razon que dan para andar siempre vagabundos, es tan bárbara como sus ánimos, porque dicen, no pueden sufrir estar siempre debajo de un mismo cielo; que es forzoso mudarse para experimentar diferentes climas y temperamentos, porque uno mismo les es sobre manera molesto.

De lecho, le sirven sus redes ó hamacas que arman de tronco á tronco, ó entre dos palos: los menos acomodados, duermen en el duro suelo ó en un cuero de venado. El fuego que encienden luego que arman sus casas, le sacan con el artificio de dos palos, uno blando y dura otro; ambos los rosas uno con otro á pura fuerza, hasta que con el movimiento consiguen calor, y con el calor, fuego.

Con el trato de los Españoles, han aprendido el juego de los naipes y cobrádoles tal aficion, que se pasan á veces jugando las noches de claro en claro, porque de noche, es observancia suya, no salir cada uno en tiempo de paz, por cosa del mundo: para fomentar este vicio del juego la mayor molestia que [p. 410] dan á los pasajeros en sus asaltases para que les den banrajas; con que los que quieren librar mejor con ellos llevan algunas de respeto para regalarlos.

Arman guerra con los comarcanos, par causas muy ligeras, y su modo de pelear es levantando al envestir, un horrendo y bárbaro grito que espante á sus enemigos. Estos suelen ser mas ordinariamente otra nacion llamada de los yaros, tan bárbara como la charrúa; y por muchos años, fueron enemigos jurados de los guaraníes de nuestras reducciones quienes padecieron de ellos asaltos continuos, en los pueblos del Yapeyú y la Cruz que son las fronteras; pera obtenida licencia del Exmo señor virey de estos reinos, para vengar en guerra descubierta los agravios recibidos, gobernados nuestros guaraníes par cabos españoles, tuvieron reducidos á tal extremo al exercito de los charruas, .que los hubieran pasado á todos á cuchillo, á no haberlo estorbado por fines particulares, los que mas debieran promover el exterminio de esa gente perversa.

Cuando estan de paz, como al presente, concurren á los dichos dos pueblos á comprar algunos frutos que apetecen, como es el tabaco en hoja y la célebre yerba del Paraguay, á trueque de caballos; pero aunque ven la cristiandad y la racionalidad conque se vive en dichos pueblos, rarísimo se convierte, por mas que sin perder la ocasion, les prediquen siempre los Jesuitas sobre el negocio de su alma; antes suelen ser de tropiezo á algunos flacos que arrastrados del deseo de libertad, se huyen á tierras de [p. 411] los charruas, que es la Ginebra de estas provincias, donde se refuljan no solo indios, sino mestizos, negros y aun, lo que causa horror, algunos españoles que quieren vivir sin freno ó tienen que temer de la rectitud de los jueces por sus enormes delitos, que allí continuan y agravan, viviendo peores que gentiles.

En todas estas costumbres, son semejantes á los charruas los yaros mencionados, los mariidanes, los guenoas. Estos viven entre el rio Uruguay y el mar del Norte, en tierras poco sanas; comercian con los portugueses de la Colonia del Sacramento, de

quienes reciben alfanges y lanzas para sus guerras, por el interes de ser ayudados de ellos, para hacer corambre en las vaquerías de los castellanos. Tienen entre ellos, algun séquito los hechiceros; pero no tanto que prevalezca á los caciques, quienes, segun su antojo, contradicen á los magos, por mas que se quieran hacer formidables con amenazas de tempestades, secas y semejantes castigos con que aterrorizan al vulgo; pero son despreciados de los caciques, porque conocen su ningun poder y sobrados embustes.

Dichos guenoas son enemigos de los yaros muy de ordinario, y padecen de ellos frecuentes asaltos, atreviéndose á pasar estos el caudaloso Uruguay á nado para cautivar á aquellos; pero aunque los guenoas son finos ateístas como los charruas, no son tan pertinaces en su ceguera, y se reducen mas fácilmente á abrazar el cristianismo, especialmente cuando están de paz, que en tiempo de guerra, [p. 412] no les deja el odio de sus enemigos atender á otro negocio que á la venganza de sus pasiones. Para convocarse unos á otros en tiempo de guerras, se valen de humos, ó del resplandor de grandes hogueras que enciende cada cacique en su territorio; con que si distan mucho unos de otro avisan con estos correos, en cuya inteligencia están muy diestros, que hay muchos ó pocos enemigos, y cuando es necesario unirse toda la nacion á la defensa.

Las costumbres y genio de los *caaiguas*, son de las mas bárbaras que se habrán descubierto en la América. Su nombre en lengua guarani quiere decir *gente silvestre*, y lo son, en el ánimo, en la. condicion, y en todo. Viven entre los dos rios Uruguay y Paraná, sobre nuestras misiones del Paraguay. Es nacion muy poco numerosa de que dan por razon los continuos asaltos que les dan los tigres y fieras en los bosques; porque viven con ninguna union, cada uno separado del otro que no se pueden socorrer, sepultados en selvas impenetrables donde hacen entrar esas fieras que perturban su quietud.

Su razon, despuntaba tan poco que casi no se difieren de los irracionales; parecen mas brutos en pié que hombres con alma, ó sino algunos semicapros ó faunos de los antiguos poetas. Son tan faltos de providencia que ni aun del sustento la tienen, pues todo el suyo está librado en la pesca ó en la caza, cuando aventuran algo en el bosque ó [p. 413] en el rio; pero la mayor parte de ellos, se alimenta con gusanos, víboras, ratones, hormigas, ó semejantes sabandijas que no les cuesta trabajo el conseguirlas. Persiguen con porfia las monas, con la ligereza que si ellos lo fueran, saltando de árbol en árbol, con estrada agilidad; como aquel. brutillo, es de los que cargan á sus hijos, si alguno se cae del árbol, tienen con sus carnes los *caaiguas* un espléndido banquete. La miel silvestre es su mayor delicia y el agua miel su ambrosía que los calienta de tal manera que resisten al frío del invierno.

Usan lenguaje propio difícil de aprender, porque al hablar mas parece que silban, ó hacen algun murmullo dentro de la garganta, que no que forman voces. Prenda ninguna del ánimo, ni la tienen, ni la conocen; á lo mas, hacen algun aprecio de una rabia pertinaz, con que se obstinan para no domesticarse jamás; pues si los cautivan, es mas fácil amansar un tigre que á un indio de esta nacion; puestos en prisiones, las muerden como pudiera un tigre y arrojan rabiosos espumajos por la boca, y se cierran en no probar alimento hasta que desfallecen y mueren; tan hechos á su vida solitaria, que ni aun presos hablan con persona humana: lo mas raro es que aun los niños criados entre otras naciones, salen despues con esta aversion á todo comercio racional.

Hay entre ellos, muchos contrahechos con rarisima deformidad; las narices en todos por lo general [p. 414] tan romas, que mas parecidas son á las de los monos, que á las de los otros hombres; unos se ven gibados, otros de cuello muy corto que no les sale de los hombros, y otros con tales imperfecciones en lo natural que representan muy bien las de sus ánimos. No obstante, el color es comunmente blanco, muy diferente de lo oscuro de los otros indios, porque viven siempre en sitios sombríos donde no les hieren los rayos del sol; y sacados á vivir fuera de los bosques, acaban presto la vida, como el pez fuera de su elemento.

Las mujeres son muy vergenzosas delante de los estraños, á quienes no se atreven á mirar; cúbrense desde la cintura hasta las rodillas, con unas redecillas que tejen de ortigas curadas de la manera que en Europa el lino; los varones, aunque traen en la espalda una piel, es tan corta, que les deja patente todo el cuerpo, pero este muy endurecido y con tantos callos por todo él, que andan entre cambrones y se arrastran por zarzales y espinas sin ningun miedo.

Otra parcialidad de estos caaiguas, hay hacia el Yguazú mas atrevidos, pero tan bárbaros como los antecedentes. Toda su animosidad es asaltar de noche, á traicion, á los que están durmiendo, no tanto por deseo de vengarse, ó por codicia del despojo, cuanto estimulados de su apetito de carne humana, porque se ceban, como pudiera un tigre, en los cadáveres de los difuntos, y á estos asaltos llaman ellos guerra, y se dan así por ellos el [p. 415] nombre de belicosos. Sienten sobremanera ser-vencidos cuando acometen, de manera que aunque sus enemigos les perdonen, ellos se despechan, y no comen, ni permiten se les cure las heridas, para' acelerarse la muerte.

Poco menos bárbara, es la nacion de los guachaguis aunque mas fácil de domesticar. Viven en las tierras que llaman del Ibaroti donde estuvo fundada en sus principios la reduccion de Jesus. Su idioma, aunque diferente del guaraní, y que le hablan con cierta tonadita como si cantaran, le entienden fácilmente los guaranies. Las armas, son arcos muy grandes de dos varas, flechas proporcionadas al arco, de vara y media, y un garrote largo. Aunque discurren vagos por la sekas, buscando miel silvestre, frutas y animales para su sustento, y hacen tambien sus sementeras de maíz; no obstante, son cortas sus cosechas, porque gustan de comerle tierno, entes de sazonar, que por acá llaman el choclo.

Con ser sus flechas tan largas, las disparan con mucha certeza, sin errar tiro, y por si acaso algun día les falta la caza, tienen providencia de domesticar algunos javalies, y criar otros animales mansos llamados guatis que matan para comer, en no hallando salvagina en los bosques. Andan totalmente desnudos, hombres y mujeres, escepto que las espaldas se cubren con un pedazo de cierto lienzo basto, para defenderse de las espinas. Al cuello traen los varones, un collar largo de dientes de [p. 416] animales, de que se valen en vez de instrumentos de hierro para labrar con curiosidad proliza sus armas.

Las mujeres, se adornan con sartas de huesos de ciertas frutillas llamadas aguais, sin echar menos los joyeles de diamantes que aprecia la codicia; pero viva en ellas la vanidad propia del sexo, les parece ostentar con sus aguais la mayor gentileza y hermosura. Para abrir los arboles de que sacan las colmenas, ó partir las palmas, cuyo meollo comen, se valen de unas curias de piedra muy agudas que obran con tanta fuerza como si fueran de acero.

Tienen comunmente los ojos muy pequeños; los labios agugereados para engastar el tembetá, que es una, piedra de color ó un palillo que los afea sumamente; pero, en su concepto, es el mejor adorno que mas los agracia; que esto de parecer bien, se funda mas en

la aprension que en realidad. Los hombres, se rapan desde la frente hasta la mitad de la cabeza, y los cabellos posteriores crián algo largos; pero las mujeres, ni un pelo permiten en su cabeza desde que se casan, y de sus cabellos tejen una trensa, que se rodean los maridos en el brazo izquierdo, no sé si por despertador del amor conyugal, ó por defensa, para que no les lastime la y' cuerda del arco.

Arman de ordinario sus rancherías á las márgenes de los ríos para lograr su pesca; y como su país está poblado de bosques muy espesos, escogen [p. 417] siempre una ceja que limpian con mucho aseo y allí plantan su casa, que se reduce á una esterilla que solo les cubre por la parte de donde sopla el viento para defenderse de su inclemencia, revolviéndola de un lado á otro, tantas veces cuantas este se muda, que esta casa les basta á los que no tienen ninguna patria, y viven casi sin ninguna afición. Es tan poco lo que tienen que guardar en sus casas, que cual otro Diógenes, ni aun vaso usan para beber, y todo su ajuar, se encierra en un cántaro de hojas de palma, que embetunan con cera derretida para que retenga el agua, y en unos cedacitos de cañas, para pescar en los ríos del modo que vamos á relatar.

Atajan con piedras algun arroyo hasta que el agita rebalse, traen unas enredaderas llamadas icipó, que se trepan y abrazan con los árboles al modo de la hiedra, y molidas entre dos piedras arrojan una espuma tan blanca como la del jabon, que tiene virtud de embriagar; échanla en el agua y acudiendo el pescado á comerla queda sin sentido casi sobre aguado y los guayaguis le sacan con su cedacillo y le asan al punto para que se conserve sin corrupcion.

Suelen á Veces traer guerras civiles entre sí; y el motivo es de ordinario por robarse unos á otros las mujeres, porque son pocas, y es mas copioso el número de los varones, cosa por cierto rara en estas Indias Occidentales. El que logra la fortuna de que le nazca una hija, se esmera mucho en su [p. 418] crianza, porque por medio de ella llega á ser cabeza de otros; siendo ley inviolable de los guayaguis que el yerno siga al suegro, y se haga de su familia, porque entre ellos no hay caciques, sino que los hermanos y los yernos se juntan en una parcialidad y reconocen por superior al padre ó suegro; pero es muy limitado el poder que goza sobre ellos, viviendo cada uno segun la ley de su antojo.

No falta quien discurra es nacion originaria de algunas parcialidades fugitivas de los guaraníes, y se fundan en que su idioma es guaraní corrupto, difiriendo solo en carecer las palabras de las iniciales que usa aquel lenguaje. Asi reconoció el padre José de Insaurrealde, sujeto eminente en la inteligencia y propiedad de la lengua guaraní, quien habiendo estado tres veces en tres años, á reducir cita nacion, en la primera entrada no les entendía á los guayaguis, pero reparando bien en los vocablos advirtió eran los mismos que los guaraníes, truncadas las primeras letras; habló asi aquel idioma en las otras dos entradas siguientes y entendió y fué reciprocamente entendido de los guayaquis. Pero contra este origen oponen otros el estilo de no reconocer caciques, y el no usar de la yerba del Paraguay, que tienen con abundancia en su país.

En materia de religion, no tienen error, ó supersticion, ni adoran cosa alguna; solo sí, tienen un simple conocimiento de un solo Dios verdadero, [p. 419] Criador del cielo y de la tierra, y algunos vestigios muy remisos de que son castigados los malos con llamas y fuego, de que conciben algun miedo. Pero mayor es el que tienen á los que no son de su nacion, sea español ó indio, porque es gente de suyo tímida; y en viendo ó sintiendo estraños en su país huyen desafortadamente sin dejarse hablar; porque creen ó que los van a matar, ó que les buscan para robarles las mujeres, como estilan entre si, por lo cual, si tienen tiempo, la primera diligencia es ponerlas en cobro, retirándolas con sus hijos á lugares ocultísimos; pero si le cogen de improviso, de nada cuidan por asegurar sus

individuos, dejando eta manos de los estrangeros sus mujeres hijas é hijos, de manera que para hacerlos cristianos, parecen son de los que dice el Evangelio, *compelle intrare*.

Para este fin, salen á caza de estas fieras racionales, los cristianos antiguos de nuestras Misiones, y el modo de cazarlos es el siguiente: tienen los guayaguís en los bosques abierto un camino ancho por donde discurren de dia, y por la noche se encierran á dormir juntos en un corral de ramas, donde tienen su estalage las mujeres y niños en guarda de un viejo, entre tanto que los Varones salen á buscar su comida. A los guaraníes, que los buscan, les es forzoso cargar á cuestras su matalontaje y bastimentos, hasta encontrar aquel camino ancho donde se certifican hácia que parte tira la huella, y sobre ella van á buscar dichos corrales; [p. 420] enhallando fuego vivo en alguno, es sedalcierta que durmieron allí los guayaguís la noche antecedente.

Dejan aquí su provision y se arman con arco, flecha, una sogá y un palo; arco y flecha, si encuentran luego los infieles, no tienen uso alguno, sino granjearse respeto; la sogá y el palo, si: la sogá para maniatar los adultos, evitando se pongan en fuga; el palo para divertir ya la flecha larga, ya el garrote con que los guayaguís, menos tímidos, viéndose acusados tiran á defenderse. Armados, pues, los cristianos, se reparten endos filas con lo que van formando un cordon largo, y les precede una espía, que hace señal con la mano de que ya están cerca del corral de los infieles.

Bloquean el corral y duermen con centinelas; al romper el alba estrecha nel sitio con gran silencio, y de improviso asaltan armados á los guayaguís, que despiertan en manos de los que imaginan enemigos; y para que con el sobresalto no huyan, ó para su defensa cometan algun desman, los atan con la sogá prevenida; buscan los niños que se suelen esconder en los bosques, registran los árboles mas altos á que se suben, y concluidas esas diligencias, se asientan con ellos muy amorosos, dándoles de comer y vistiéndoles, para que puedan parecer delante de todos con decencia. Van con estas demostraciones de cariño perdiendo el miedo, destierran las falsas aprensiones y vuelven sobre sí. [p. 421]

Propóneseles entonces, si quieren ser hijos de Dios y abrazar la fẽ de Cristo, y como no tienen muchos embarazos, se rinden fácilmente á la verdad, y se vienen gustosos á las reducciones, donde se hallan mucho, se bautizan y salen cristianos ajustados á sus obligaciones. Si no se hiciesen estas correrías, lograria el demonio los designios que pretende, con ponerles tan cervical miedo en sus ánimos para todo estrangero, valiéndose de sus trazas diabólicas, todas encaminadas á perder á los hijos de Adan.

Antonio José (Antoine-Joseph) Pernety

Antonio José Pernety (también conocido como Dom Pernety o Pernetty) nació en Roanne (Francia) el 23 de febrero de 1716 y murió en Aviñón (Francia) el 16 de octubre 1796 (Alamán y Orozco y Berra, 1855: 333). Fue un monje benedictino francés de la Congregación de San Mauro (de la cual fue expulsado), alquimista, bibliotecario y escritor (Alamán y Orozco y Berra, 1855: 333). Entre 1763 y 1764, se enroló como capellán y partió junto con Louis Antoine de Bougainville a una expedición a las islas Malvinas (Alamán y Orozco y Berra, 1855: 333; Editorial Universitaria de Buenos Aires [Eudeba], 2016) en el marco de la cual hizo escala en varias ciudades, una de ellas Montevideo.

A partir de este viaje, escribió la obra *Historia de un viaje a las islas Malvinas*, publicada en 1770, cuando Francia aún podía aspirar a ocupar y colonizar las islas, pues próximo a esa fecha la situación geopolítica cambiaría con el avance de España sobre ese territorio (Eudeba, 2016). La segunda edición de sus crónicas de viaje refleja, sin embargo, los cambios y negociaciones geopolíticas de los territorios australes entre las potencias europeas del siglo XVIII (Eudeba, 2016).

A su regreso abandonó la orden y se hizo masón, ganando fama con la fundación en Prusia de los Illuminati de Berlín y, al retorno a Francia, de los Illuminati de Aviñón (Eudeba, 2016).

Autor: Antonio José Pernetty

Título: *Histoire d'un voyage aux isles Malouines, fait en 1763–1745*

Publicación: Eduardo Acosta y Lara, Noticias sobre los minuanes. En *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental*. Montevideo: Linardi & Risso, 1989

Publicación original: *Histoire d'un voyage aux isles Malouines, fait en 1763–1745*, París, 1770, 2 volúmenes

Notas de reproducción original: transcripción, traducción y edición de Eduardo F. Acosta y Lara a partir de *Histoire d'un voyage aux isles Malouines, fait en 1763–1745*.

Transcripción: pp. 244–247

Noticia sobre los minuanes

Un día que estábamos en la casa de gobierno, cuatro indios vinieron a presentarse. Desde que el gobernador se apercebíó de su llegada, hizo cerrar la puerta de sus habitaciones, y preguntándole nosotros la razón, nos respondió que si ellos entraban, aquellas salas quedarían impregnadas de tufó por ocho días. Este tufó que se adhiere a las mismas paredes, proviene de un aceite infecto con que se untan el cuerpo para preservarse de los insectos. Al encontrar las puertas cerradas, los indios se aproximaron a la ventana donde nosotros estábamos, y uno de ellos sacó de un pequeño bolso de piel de tigre, un papel escrito y plegado que entregó al gobernador. Se trataba de un certificado de varios gobernadores españoles que declaraban ser uno de aquellos indios de la raza [p. 245] de los caciques y actualmente jefe de tolerería. El indio pidió que se le diera un nuevo certificado, ya que el viejo estaba roto en los pliegues por el uso. Le fue concedido.

Evidentemente estos indígenas desconocen la lengua española, de la que no pronunciaron una sola palabra. Un oficial nos ha dicho que hablan la lengua de Pará, mezclada con la

de los indios de las tierras vecinas. No tienen más vestiduras que una especie de manto compuesto de varias pieles de venado, con su pelo, cosidas de manera que forman un rectángulo, tal como podría ser una servilleta de mesa. Asegurado a la espalda por correas, produce el efecto que se ve en la figura. La parte interna de este manto es blanca, con cuadrados, rombos y triángulos, pintados de rojo o azul grisáceo.

Estos indios, cuyas viviendas no están alejadas de Montevideo, a lo sumo seis o siete leguas, llegan frecuentemente en grupos para beber vino o aguardiente y traen también a sus mujeres. No existiendo entre ellos el uso de monedas, las obtienen vendiendo pequeños bolsos de piel de tigre, pieles de otros animales féroces que matan, y ordinariamente los mantos que emplean para cubrirse. Los dan por muy poco; uno de estos mandos formado por ocho pieles de venado cuesta un real, que vale doce fols y medio, moneda de Francia, y un bolso de piel de tigre, de un largo de catorce o quince pulgadas por un pie de ancho, no cuesta más que medio real. Cuando se desea obtener un manto de estos indios es suficiente con tomarlos de una mano y presentarles un real o un medio real. El indio desata entonces la correa, toma la moneda, os da el manto o el pequeño bolso, y se va desnudo al primer comercio, a beber vino o aguardiente. Las mujeres hacen lo mismo. Ellas, ordinariamente, no tienen otras vestimentas que las de los hombres, pero algunas veces se ve que agregan una banda o faja de piel alrededor de la cintura, para mostrarse con decencia. Está prohibido vender a estos indios cantidades de vino o aguardiente que pueda embriagarlos, en el temor de que la embriaguez los haga cometer desórdenes. Deseando [p. 246] M. de Bougainville dar un real a cada uno de los cuatro indios que se presentaron al Gobernador, éste, por tal razón, le rogó que moderara su generosidad.

En otra oportunidad que estábamos con el Párroco, se nos advirtió que se aproximaba un grupo de ocho o nueve indios, hombres y mujeres. El escribano de nuestra fragata comía un pedazo de pan junto a la puerta, y uno de los indios se lo tomó al pasar, se detuvo un momento, y lo comió riendo, con lo que provocó el regocijo silencioso de su grupo. Todos tienen la cabeza y los pies desnudos, no llevando otra vestimenta que el manto de que ya he hablado. Unos lo colocan sobre el hombro derecho y otros sobre el izquierdo, con el pelo hacia afuera o hacia adentro, según llueva o haga buen tiempo.

Los que yo he visto estaban bien conformados; tenían el cuerpo derecho, la pierna y el brazo bien torneados, el pecho ancho, todos los músculos del cuerpo bien definidos. Las mujeres eran bastante más pequeñas que los hombres, que lucían todos hermosa talla. Tanto las mujeres como los hombres, tenían un aire vivo, semblante redondeado sin ser obeso, ojos bastante grandes, llenos de fuego. Frente alta, boca grande, nariz ancha, un poco aplastada hacia la punta. Labios de mediano grosor, dientes blancos, cabellos largos, negros, caídos negligentemente alrededor del cuello, e inclusive, algunas veces sobre la frente. Los untan, al igual que el cuerpo, de diferentes drogas, que no son perfume más que para ellos. Se dice que en la primera edad, no tienen el color de cobre rojo bronceado que se extiende generalmente por toda la piel. Sin duda que el clima, el aire candente que actúa sin cesar sobre ella, los pretendidos perfumes con que se untan, contribuyen mucho a darle ese color, que luego de muchas generaciones debe hacerse natural.

Las mujeres están ocupadas en cultivar la mandioca, y en prepararla para hacer el cazabe. Su labor hogareño se limita a coser unas con otras las pieles de venado y de otros animales, con las que se cubren hombres y mujeres, y en preparar la comida para todos. Los hombres pasan la vida dedicados a la caza, a la pesca, y a andar a caballo, siendo así que son excelentes jinetes. Los viejos presiden cada toldería y permanecen en sus habitaciones

con los jóvenes y las doncellas que aún no tienen fuerzas como para hacer un trabajo pesado. Toda su forma de gobierno consiste en respetar a sus ancianos. Son notablemente diestros en el manejo del lazo, la lanza y el arco; raramente fallan un tiro de lazo, inclusive a caballo, y corriendo a rienda suelta. Un toro furioso, un tigre, el hombre mismo, inclusive el más astuto, apenas [p. 247] si se les escapa. En sus querellas personales se sirven de estos lazos y de una media lanza. La única forma de hacer inútil su destreza consiste en echarse al suelo o en arrimarse a un árbol o a un muro. Los lazos están hechos de cuero de toro. Cortan una correa alrededor de la piel, la retuercen, la dejan flexible a fuerza de engrasarla, la estiran y alargan hasta que no queda más ancha que medio dedo, y pese a ello un toro no puede romperla, desde que es más resistente que una cuerda de cáñamo. Esta además es menos flexible y no podría ser empleada en el mismo uso.

Apenas si se obtienen pieles de tigre y de otros animales ferozes, que por intermedio de los indios. Aunque escasas en Montevideo, no son sin embargo caras, pudiendo obtenerse una de las más bellas por dos o tres piastras. Compré una de tigre, muy bella aunque de mediano tamaño, cosida para usar como alforja, por una pieza de a ocho. Los indios no acostumbran matar tigres, aunque los comen, dado que no se aprovechan de sus pieles más que para hacer los bolsos de que he hablado. En dichos sacos llevan el cazabe, que les sirve de alimento, y los hierros de sus flechas, que no enmangan en el extremo de la caña hasta el momento de tirar. El hierro tiene la forma y el ancho de una hoja de laurel, colocándose en la caña por cualquiera de sus dos puntas, ya que es agudo y cortante por ambos lados. Estas flechas son tanto más mortíferas cuanto que, no estando el hierro sólidamente asegurado a la caña, queda en la herida al pretender retirarse la flecha.

Cuando quieren enlazar un animal, lo persiguen, llevando la rienda en una mano y el lazo en la otra, arrojándolo, ya sea al cuello, a las patas o a los cuernos. Si el animal es feroz, o está furioso, lo atacan en grupos de tres o cuatro, enlazándolo cada uno por un miembro y separándose luego, los unos a la derecha y los otros a la izquierda. La tensión de los lazos permite a un tercero aproximarse sin riesgo al animal, para matarlo con la media lanza. (Es de lamentar que no conozcamos a estos indios más que por intermedio de los jesuitas o los partidarios de su despotismo. Para el político son tan interesantes de estudiar como los propios españoles, y para el filósofo lo son más, ya que están más cerca de la naturaleza).

Partidas de demarcación de límites

José de Saldanha

José de Saldanha nació en Lisboa en el año 1758 y al poco tiempo de graduarse como ingeniero y casarse llegó a Río Grande del Sur empleado en las partidas de demarcación como geógrafo y astrónomo en el período contemplado entre los años 1786 a 1788 (Spalding, 1969).

En sus diarios dejó testimonio de todo lo que le resultaba notable, por lo que se transformaron en un documento que sirvió de base para los informes de las partidas. No obstante, solo uno de ellos se salvó: el *Resumen y diario histórico, o lista geográfica de marchas y observaciones astronómicas con algunas notas sobre la historia natural del país*, de la Primera División de Demarcación —cuarta campaña, de 1756 a 1787—, acompañado originalmente por un mapa ilustrativo hecho en 1777 con la ruta de la marcha (Spalding, 1969).

En tanto mayor del Cuerpo Real de Ingenieros, luego de su fallecimiento en el año 1808 en la ciudad de Porto Alegre, su archivo fue enviado a Lisboa por orden real (Spalding, 1969).

Saldanha es considerado el primer regionalista dedicado a escribir sobre las costumbres de los habitantes del sur de Brasil y quien describió, por primera vez, al «gaucho» (Spalding, 1969). Asimismo, hizo mención a los grupos indígenas de la región, y son de especial interés sus referencias a los minuanes (Spalding, 1969). Su obra es valorada por su contribución lingüística, etnográfica, geográfica, histórica y zoológica (Spalding, 1969).

Autor: José de Saldanha

Título: *Diário Resumido e Histórico, ou Relação Geográfica das Marchas e Observações Astronômicas com algumas Notas sôbre a História Natural do País*

Publicación que fue transcripta en este manual: Walter Spalding, Dicionário do «Diário Resumido e Histórico» de José Saldanha. *Revista de História*, 199-237, 1969.

Otra publicación tomada como referencia: Eduardo F. Acosta y Lara, *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental*, 248-252. Linardi & Risso, Montevideo, Uruguay, 1989.

Publicación original: inédita hasta su publicación en los Anales de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, Saldanha, J. ([ca. 1787] 1938). *Diário resumido e histórico ou relação geográfica das marchas e observações astronômicas com algumas notas sobre a história natural do país. Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, vol. LI: 135-302.

Notas de reproducción original: la reproducción transcripta en este manual es tomada de un trabajo de Walter Spalding quien, con las palabras de Saldanha, realizó el *Dicionário do «Diário Resumido e Histórico»*. Esta edición se corresponde con la de Eduardo F. Acosta y Lara del *Diário resumido e histórico (1786-1787)*, a partir de la versión en portugués tomada de Aurelio Porto. Sin embargo, hay diferencias entre ambos textos en algunos usos de mayúsculas y resaltados de palabras.

Transcripción: pp. 221-225 de la versión de Spalding (1969). En esta transcripción se relata con negrita lo que se destaca con cursiva en el texto de Spalding (1969).

Subvariedade “c” —Os *Minuanos* não tem as ventas do nariz e as maçãs do rosto tão intumescidas como geralmente todos os índios: êstes são pela maior parte corpulentos e bem feitos, porém as mulheres quase tôdas de meia estatura, as mais feições são iguaes às do americano. —“*Do seu Traje, Casas e Comidas*”— Os cabelos soltos e eriçados de que procede não crescerem muito, cobertos pelas costas até os calcanhares com os “cayapis” ou grandes mantas de couro descarnado e sovado, com o pêlo para o corpo e o carnal para a parte de fora, atados com uma tira do mesmo couro por cima dos ombros e por diante do pescoço, envolvidos desde a cintura até o joelho com volta e meia de pano de algodão, são estas as suas gerais vestimentas. —Aos “cayapis” que êles fazem de peles de veado ou de vitelas, sovadas e descarnadas, e cosidas umas às outras, ou enfim de couro de alguma vaca nova, pintam pela parte exterior, que é a do carnal, com umas listras ao comprido, e [p. 222] atravessadas de encarnado e cinzento: aquela côr tiram da terra de “ocra” de ferro que se encontra em abundância nos regatos dos galhos do rio Cassiquy (Cacequi) [...] ou de algumas cascas de paus e a cinzenta do mesmo lodo ou pantano que em algumas sangas depõe as águas. —As suas mudáveis casas costumam armar sôbre alguma descoberta colina, e raras vêzes junto ao mato: umas pequenas esteiras feitas de uma palha semelhante a tábua, e alguns couros de reses, tapam, ainda que mal, três lados da casa, e a parte superior, que serve de telhado, onde pelo mais próprio usam das tecidas esteiras, para deixar escorrer a água de chuva. A quarta parede serve tôda de porta e as suas alcatifas, ou assoalhos, são a própria terra, e alguns pequenos couros dentro delas: não se podem acomodar mais do que até cinco índios: ali dormem, ali comem, ali cozinham, porém mais limpas as têm do que ao seu próprio corpo que nunca vê água, senão quando lhe chove em cima; a êstes ranchos lhe chamam —“toldos”— e ao seu ajuntamento —Toldaria. —Parcos são no alimento, porém da sua demasiada preguiça procede a sua parcimônia; êles têm que ir ao campo carnear as reses ou trazê-las para o pé das Toldarias: esta carne ou a de veados, é pouco assada: e ainda os Carcarás e outras semelhantes aves de rapina, ou alguns avestruzes, são a sua usual comida; a bebida do mate não a deixam enquanto têm desta erva, como também de mascar o tabaco de fumo e conservar a masca ou entre o beijo superior e os dentes, ou tirando-a da bôca e pondo-a atrás da orelha onde a guardam até que a tornam a mastigar; poucos são os que pitam ou cahimbam, e todos amigos de beber aguardente, e importunos para que lha dêem, com a qual ficam finalmente bêbados. —“*Das suas Armas, Costumes e Religião*”. —As flechas que em uma aljava de couro trazem e a tiracolo pelas costas, são por êstes sómente usadas na ocasião de peleja; pouco se servem delas para caçar, e a razão deve ser por que como tudo que é de ferro lhe custa alcançar, e a trabalhar para fazerem os farpões das setas, as reservam como instrumento da sua maior segurança; elas não tem mais de três palmos de comprido, e arco também à proporção, não é muito grande; a pé e a cavalo as sabem disparar. As suas lanças são umas varas compridas e direitas que acabam numa das extremidades com um palmo ou dois de punhal, ou espada, e antes de seu encaixe na madeira, as guarnecem com uma flôr de penas de avestruz; têm cousa de duas alturas dêles; veloz e ligeiramnte se movem a cavalo e a todo o galope. Estas além de serem também dos seus instrumentos bélicos, servem algumas vêzes para chuçar as reses ou touros nos campos ou ainda aos tigres. —As *Bolas* e o *Laço* instrumentos comuns e necessários aos campeiros que êstes campos vadeiam, nêles tiveram a sua origem; com êstes apanham no campo várias éguas, potros bravos e também os cavalos mansos que nestas alvorotadas manadas encontram; com trabalho os chegam a amansar tendo-os atados e dêbeis pela falta de sustento, servindo-se depois dêles em pêlo, só

com um pequeno couro no lugar onde montam. —A fíca flamenga [p. 223] com uma bainha de couro cru, sempre a trazem entalada entre a tanga de algodão e a cintura, pela parte das costas. —Divididos em vários bandos ou tribos, formam os seus cacicados: há entre eles uns que ou pela sua descendência, ou mútuo acôrdo, os dominam, e a êstes chamam Caciques; cada um toma sôbre si o seu bando; os seus nomes próprios são— o Salteinho —o Maulein— o Batu —o Tajui— e o D. Miguel. Este último consta ter já estado há mais de vinte anos em uma Estância portugüesa servindo de peão, da qual tornou a fugir para os seus; a sua vestimenta é uma camisa, sôbre a tanga de algodão e às vêzes um poncho bichará (os Ponchos de que tanto uso se faz nêste Continente, tem a figura retangular como de um cobertor, com uma abertura no centro, pela qual os enfiam na cabeça, assentando sôbre os ombros e caindo a metade para diante e a metade para trás; há os de diferentes qualidades e valores: os mais ordinários aqui chamam **Bicharás**; são de um ralo tecido de lã à imitação do burel, com suas listras de diferentes côres, e uma curta franja em roda. Não excedem o preço de Peso e meio de prata forte; na cidade de Buenos Aires outros mais finos e bem fabricados, a que os espanhóis chamam de **Pala**, vendem por seis ou oito Pesos fortes. Também fabricam outros em Missões, de algodão, com diversas côres, mais finos e dão pelo valor de doze a dezesseis Pesos dos ditos, e êstes são à semelhança de uns ricos de tecido de algodão finíssimo e listras de côres delicadas, que se aprontam na cidade de Paraguai e visinhas povoações, e do custo de noventa a cem Pesos fortes. Dêstes se servem as pessoas mais ricas também para cobertas de cama). Traz de mais o Cacique D. Miguel, um chifarote de guarnições amarelas, que é provável obtivesse de algum Auxiliar da Fronteira do Rio Pardo, onde eles costumam ir às vêzes em sinal de paz. Outros dos minuanos trazem os cabelos e cabeça atados com um pequeno e sujo lenço; outros, principalmente os do Cacique Tajui, usam um “sisi”, que é uma pequena figura chata de fôlha de latão amarelo do comprimento de uma polegada e entalada pela ponta de uma das extremidades em uma tênue abertura que fazem no beijo inferior; outros usam no mesmo lugar de uma agulha de coser. —Este Cacique Tajui cobre a cabeça com uma redonda mitra de pele de onça e com suas rodela do mesmo latão gravadas nela, da qual baixam dois cordões vermelhos dependurados. Ele é alto, bem proporcionado e desembaraçado. —O Salteinho é já velho e traz marcada sôbre o nariz e sobrancelhas uma cruz de três riscos, feita com algum ferro em brasa, e que permanece na côr cinzenta de outra igual cruz que usa uma de suas mulheres, já idosa, a que eles chamam Maria Rosa. —O Batu é alto, velho, carrancudo e feio. O D. Miguel é mais baixo, gordo e moço e de semblante alegre, e mais racionável. —Costumam êstes índios minuanos, em sinal de sentimento quando morre algum dos parentes mais chegados, ferir as costas com golpes ou pequenas picadas, algumas das mãos chegam a maior excesso na sua mágua pela falta dos filhos, cortando as falanges, ou partes externas dos dedos mínimos, pelas [p. 224]juntas. Ação bárbara, se foi obrigatória, se tem desvanecido muito, de sorte que presentemente raros executam. —São casados com várias mulheres, em número de duas até cinco, as mais velhas vão desprezando, e só trazem consigo nas avulsas jornadas as mais moças; pelo ajuste ou convenção entre o noivo e os pais da noiva se efetua o casamento ou entrega da espôsa ao seu marido, tendo procedido uma prática ou larga conversa da sua mãe à minuana, sôbre as obrigações daquele estado. Elas têm de servir o marido em ajuntar lenha para o fogo, em fazerem os assados para comerem, e em lhe encilharem os cavalos, aos que têm os preparos para isso, que samente são os caciques e suas mulheres. —Estimam, gostam e diligenciam para que se lhe dê tudo o que precisam de regalo, porém postos em necessidade fazem as suas viagens a algumas

das povoações meridionais de Missões, ou a Guarda de São Martinho, ou finalmente às Estâncias portuguesas e Fronteira do Rio Pardo, conduzindo alguns cavalos dos seus apanhados no campo, pares de Bolas e Cayapis novos para trocarem por erva-mate, panos de algodão, fâças flamenças, tabaco de fumo, aguardente ou alguns freios. —Aborrecem aos índios tapes, e não se dão muito com eles, os quaes não deixam de lhe terem algum medo, vista a sua maior coragem e resolução, que têm praticado com eles em algumas vêzes. — Vivem os minuanos em um estado propriamente livre, entre os espanhóis e portugueses: àquêles se queixam dêstes e a êstes daqueles, principalmente quando dão com pessoas de inferior qualidade que lhe gostam de ouvir êstes errados sofismas. Contudo ou pelas dâdivas que com mais franqueza encontram nos portugueses, ou por outra qualquer causa pende mais a sua inclinação por esta Nação. —Quem poderá haver tão falto de razão, que do Ente Supremo negue a existência! Se o mesmo Batu da gema dos minuanos, falto de discursos, e combinações, responde apontando para o céu... Só quem ali existe, Senhor é, das vidas humanas mortes... E' certo que eles não são tão cruéis como os índios tapes, não consta que os minuanos jamais matassem a algum português ou espanhol, posto que o encontrassem só, ou perdido pela campanha, como costumam várias vêzes fazer os guaranis.

Dos seus Idiomas, Número e Habitação. —Agradável e veloz é a sua linguagem, muito diferente da dos tapes e bem semelhante e talvez idêntica a dos índios da América Setentrional, aos quaes se assemelham bastantes nas feições. Quem sabe se eles são os mesmos? Quem sabe se esta pequena porção de minuanos que hoje habitam as terras austrais do Brasil de lá trouxe a origem? Para o decidir êle era necessário serem mais antigos os conhecimentos que tivemos dêste Novo Mundo. —De trinta até cinqüenta indivíduos é regularmente o número de cada Toldaria, isto que me faz persuadir que não chegam a duzentos no seu estado atual, e que quantidade tão proporcionada para serem de repente apreendidos e repartidos pelos povos cultos das duas Nações que possuem esta parte do Continente ? Ah! Se êle fôsse tão fácil à corôa de Espanha [p. 225] sujeitar os Pampas, os Estancieros das vizinhanças de Buenos Aires mais sossegados dormiriam nas suas camas. Assim muitos se reduziriam à Fé católica, os pequenos filhinhos nascendo no grêmio da Igreja mais facilmente abraçariam, esquecidos da liberdade dos campos, es adultos não responderiam quando se lhes pergunta: —Por que se não queriam batizar — Que os cristãos trabalham muito para terem que comer e vestir, e que eles naquele modo de vida passam com maior descanso. —E finalmente se os tapes em número incomparável se domesticam, por que não a êstes?... —As bexigas tem diminuído consideravelmente a sua geração nêstes últimos anos levando-lhe tôdas as crianças. —Quando os espanhóis não povoavam com as suas novas Estâncias as vertentes mais meridionais da Lagoa Miri, como por exemplo as do rio Sabulaty, ali é que eles estendiam as suas mais numerosas Toldarias, depois expelidos pelos espanhóis, vieram retirando-se mais ao norte, até que presentemente entre os rios Bacacay, Cassiquey e Ybicuyguacú, e ao norte do Cêrro de Mbatobi, é a habitação do resto dos seus volantes Toldos, não deixando de chegarem às vêzes até a costa ocidental do rio Uruguai.

Diego de Alvear y Ponce de León



Retrato del marino español Diego de Alvear y Ponce de León (1749-1830), conservado en el Museo Naval de Madrid. Autor: artista desconocido. Fecha: finales del siglo XVIII. Imagen tomada de Wikipedia.

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Diego de Alvear y Ponce de Le%C3%B3n.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Diego_de_Alvear_y_Ponce_de_Le%C3%B3n.jpg)

Diego de Alvear y Ponce de León nació en 1749 en Montilla (España) y falleció en Madrid en 1830 (Fernández-Duro, 1892; Peralta Ruiz, s/d). En 1770, entró en la Academia de Guardias Marinas de Cádiz para formarse como marino con maestros como Vicente Tofiño y José Varela y Ulloa (Peralta Ruiz, s/d). En 1783, tras la conformación definitiva de la Comisión de Límites de acuerdo a lo establecido en el tratado preliminar de 1777, fue designado como comisario por Carlos III para dirigir una de las cinco divisiones —más precisamente la segunda división, cuyos capitanes de navío eran José Varela y Félix Azara, y los tenientes de navío Rosendo Rico, Juan Francisco Aguirre los restantes comisarios— que habían de marcar los límites entre las posesiones de España y de Portugal en América del Sur, y le tocó reconocer las cuencas de los ríos Paraná y Paraguay (Fernández-Duro, 1892; Peralta Ruiz, s/d).

La partida, integrada por geógrafos, astrónomos y dibujantes, salió de Buenos Aires a Colonia del Sacramento para iniciar los trabajos junto con la división portuguesa dirigida por Juan Francisco Roscio, e inició la tarea de demarcación en las playas de Castillos Grandes y Arroyo del Chuy (Peralta Ruiz, s/d). Luego de algunas discrepancias, prosiguieron con el reconocimiento de la laguna Merín a fines de 1784 —cuyos planos ya habían sido levantados en 1783 por José María Cabrer, aunque esta obra permanece inédita (De Angelis, 1837)—, para concentrarse posteriormente, entre 1785 y 1786, en la demarcación de los límites del Tacuarí, del Yaguarón y de otras corrientes del río Paraná, y dirigirse más adelante hacia las misiones de Uruguay para reconocer y delimitar la región de Iguazú (Peralta Ruiz, s/d).

Entre 1787 y 1788, reconocieron el Paraná en el paraje del río Misiones siguiendo, en 1789, con la demarcación de las vertientes del río Pepirí y sus afluentes en la región del Paraná. Fue en este trayecto que De Alvear y Roscio tuvieron, en 1791, una discusión

que paralizó las actividades (Peralta Ruiz, s/d). En esta pausa De Alvear aprovechó para recorrer por su cuenta la región del Paraná, cuyo producto son las memorias históricas y la descripción científica de la flora y fauna reconocidas, así como el dominio de los dialectos guaraní y tupí (Fernández-Duro, 1892; Peralta Ruiz, s/d). Como consecuencia de la ausencia de De Alvear, se designó a Cabrer a la función, hasta que en 1801 España y Portugal entraron en guerra y el virrey del Río de la Plata Joaquín del Pino suspendió las partidas demarcadoras (Peralta Ruiz, s/d).

Diego de Alvear reunió su obra manuscrita en cinco tomos y la tituló *Diario de la segunda partida de demarcación de límites entre los dominios de España y Portugal en la América meridional*. De esta obra, una parte se publicó en Montevideo en 1882 como de producción de Cabrer y otra parte fue llevada al Museo Británico de Londres (Fernández-Duro, 1892).

En 1891, una de sus hijas, doña Sabina de Alvear, junto a su segunda esposa, Luisa Ward, escribieron un libro que recoge sus memorias y hazañas (Fernández-Duro, 1892; Peralta Ruiz, s/d).

Autor: Diego de Alvear y Ponce de León

Título: *Diario de la segunda división de límites al mando de D. Diego de Alvear con la descripción de su viaje desde Buenos-Aires*

Publicación: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.

<https://bit.ly/3mJ6ofP>

Publicación original: Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837.

Notas de reproducción original: edición digital a partir de Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de La Plata*, tomo sexto, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837.

Nota de los autores del manual: a los efectos de los intereses del curso y de los objetivos de esta publicación, se seleccionaron los capítulos III, VI y VII de la primera parte. No obstante, se puede consultar tanto esta fuente completa como otras fuentes del autor en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <https://bit.ly/3mJ6ofP>

Transcripción: pp. 31-41, pp. 288-360

Diario de la segunda división de límites al mando de D. Diego de Alvear con la descripción de su viaje desde Buenos-Aires

Reconocimiento de la laguna Merín

Primera parte I

Capítulo III

Viaje de Montevideo a Santa Teresa, en que se da noticia de los pueblos del tránsito, Maldonado y San Carlos: de los campos, montañas, arroyos, lagunas, puertos y costa del mar hasta Castillos; y por último, de la misma fortaleza.

Aunque en Montevideo se hallaba todo pronto a nuestra llegada, mediante las anticipadas providencias del Señor Virrey de Buenos Aires, no fue posible habilitarnos enteramente, ni verificar nuestra salida para Maldonado, hasta la tarde del 10 de enero de 1784, en que, surtidas las; dos partidas de sus carruajes, capataces, peones, operarios, boyada, caballada, víveres y demás pertrechos; y dispuesto todo en el mejor orden, nos transferimos a la Chacarita del convento de San Francisco, distante siete millas de Montevideo, al ángulo de 40° NE, o del primer cuadrante.

[p. 32] *La religión tenía aquí un oratorio, de cuya conservación y aseo cuidaba uno de sus individuos, que decía misa en los días feriados; asistía a las gentes de la campaña, y recogía sus limosnas. El 11, dada la última mano al arreglo de las dos numerosas comitivas, se rompió la marcha con la debida separación de sus respectivos ramos, y fuimos a acampar ocho millas al NE de la otra banda de Pando, pequeño arroyo que viene del NO, y desagua en el Río de la Plata, algo al O de la Isla de Flores. También había en Pando su capilla sobre la ribera occidental, donde la proporción de la misa y la excelencia del terreno, atraían todos los días nuevos habitantes, y se iba formando un principio de pueblo no de malas esperanzas.*

Como a las nueve de la noche de este día 11 de enero, se descubrió un cometa caudatario, hacia la constelación austral de la Grulla. Su diámetro aparente se manifestaba como una estrella de segunda magnitud, y la cola, inclinada a la parte opuesta del sol, aparecía bajo la proyección de un ángulo de dos gradas. La marcha, que no se juzgó conveniente suspender, y principalmente el tiempo nublado y de lluvias, que apenas se interrumpió en aquellos días inmediatos, nos impidieron hacer algunas tentativas sobre observar algunas alturas correspondientes y pasajes por el meridiano de dicho cometa, que nos pudiera haber conducido al conocimiento de su órbita y demás elementos. Y únicamente por cotejo hecho a la simple vista con las estrellas que le rodeaban, en varias ocasiones que nos le dejaron ver los celajes, notamos su movimiento como al NNO, de la cantidad de grado y medio, a dos grados, en 24 horas.

A las diez millas de Pando, por un rumbo casi del E, cortamos el día 13 el arroyo de Solís-chico, otra después, el de los Mosquitos, que bajan ambos del NE; y a las 5½ de este último, se hizo noche sobre las faldas del cerro de la Piedra de Afilar, llamado así porque las tiene muy superiores y en abundancia. Este cerro es bastante elevado, y como se halla muy cerca de la costa del Río de la Plata, descubre un dilatado horizonte, y se conserva en él de ordinario un vigía, que avisa a la plaza de Montevideo con mucha anticipación la entrada de las embarcaciones. Desde su cumbre se relevó el Cerro de las Ánimas en las sierras de Maldonado, al E 4° S: Pan de Azúcar, al E 18° 30' S; y el Cerro de los Toros, al E 28° 30' S, rumbos todos corregidos de variación, como hablamos siempre. Este último se halla en la punta más occidental de las tres que forma el gran promontorio de la Punta Negra, dejando entre sí dos encerradas, conocida la oriental, que interna más al N, con el nombre de Puerto Inglés.

[p. 33]

Arroyo de Solís

El 14 siguiente, siempre el rumbo del E, a corta diferencia, dimos a las dos leguas de las Piedras de Afilar con el arroyo de Solís-grande, nombre impuesto, tal vez, por haber perecido en sus playas a manos de los pérfidos charrúas el célebre descubridor del gran Río de la Plata, Juan Díaz de Solís, en su último viaje del año de 1515. Este arroyo trae su

origen de la cuchilla de Vegiga y Verdun, inmediaciones del pueblo de Minas. Corre después de 7 a 8 leguas por el primer cuadrante, recogiendo las aguas occidentales de las sierras de las Ánimas, y fluye en el Río de la Plata, antes de las dobladas faldas de Pan de Azúcar. Con los vientos S penetran por él las mareas, haciéndole invadable: mas sin este accidente es de corto caudal, y se pasa a caballo en todos tiempos. En el camino se agarraron varios avestruces pequeños de la cría, de que abunda el país considerablemente. Son menores que los de África, y en lugar de pezuña tienen tres dedos en cada pie. Animal híbrida, que tiene el medio entre los animales y las aves: puede verse su descripción en las observaciones de historia natural, parte tercera de este diario.

Pasado el arroyo de Solís, entramos ya en las sierras de las Ánimas, jurisdicción de Maldonado, las cuales, dando principio en el citado promontorio de la Punta Negra y Pan de Azúcar, toman la dirección del N, y uniéndose con los cerros de Verdun, Campanero, Penitentes y otros que se dan la mano unos a otros, las Asperezas de Polanco, Nico Pérez, Fraile Muerto, Yaseguá, etc., forman aquella célebre cadena de montañas, que penetra y aun pasa de Santa Tecla, llamada comúnmente, la Sierra, o Cuchilla General, porque divide aguas a oriente y occidente, a la Laguna de Merín, y a los ríos de Santa Lucía, Yí, y Negro. Las primeras colinas son bastantes escarpadas y pedregosas; después son ya más tendidas y suaves. El terreno de sus faldas es por todas partes de buena calidad para la agricultura, y en sus cañadas no faltan maderas y leña, de que se surten las estancias de los contornos. El camino cruza esta gran cordillera por la garganta que forma con Pan de Azúcar; y de los collados del N descienden varios regajos, a que dan el nombre de Tarariras.

Un vecino de Chile, llamado Ortega, lavando las arenas de las Tarariras, y de otras caídas de Pan de Azúcar, encontró, no ha muchos años, algunas pepitas de oro de subido quilate, y aun alguna plata: más no habiéndose reiterado estas experiencias por algún otra, no se ha recogido hasta ahora otro fruto que esta noticia vaga y poco individual.

[p. 34]

Arroyo del Sauce

De Pan de Azúcar, que dista 3 leguas de Solís, al ángulo de 63° SE, andadas 8 millas bajo de la misma dirección, pasamos el 16 el pequeño arroyo del Sauce, (alias el Potrero) donde se conserva una caballada del Rey, e hicimos alto en la estancia de Benito Brioso, honrado andaluz, que los portugueses de Río Grande habían reducido a un infeliz estado de pobreza, despojándole hasta catorce veces, desde el año de 54, de todos los ganados y aperos de su hacienda, con sus repentinas invasiones y frecuentes correrías, practicadas en los dominios de Su Majestad, como pudieran en país de enemigos. Por último, el 17, dobladas a la legua corta del Sauce las ásperas quebradas de Puerto-Chico, que salen de la Punta de Ballena, occidental de la rada de Maldonado, anduvimos muy cerca de cinco millas al E ¼ SE, y llegamos a este pueblo, donde nos fue preciso detenernos hasta el 20, a fin de remediar las carretas que se habían descompuesto, reemplazar la boyada y caballada, y aumentar el número de peones. Nos hemos ceñido a describir la derrota desde Montevideo, con alguna menudencia más de la regular, porque separándose poco de la costa del Río de la Plata, y aun avistándose toda ella desde varios puntos, puede servir, y con efecto nos ha servido, para trazar su configuración.

Maldonado

La fundación de Maldonado es de la misma época que la de Montevideo, esto es, de los años de 1725, y sus primeros habitantes fueron también conducidos de las Islas Canarias, como hemos dicho. Mas como desde entonces no haya recibido otro fomento, y antes por el contrario la mayor parte de aquellas familias se restituyesen en lo sucesivo a Montevideo, por la ventaja del puerto e inmediatez de Buenos Aires, y principalmente para buscar un abrigo contra las tiránicas incursiones de los Lusitanos que infestaban el país, talando y robando a diestro y siniestro, y aun haciendo perecer a los filos de la espada aquellos españoles más generosos que les oponían alguna resistencia; Maldonado por todas estas causas ha ido siempre a menos, y no ha podido medrar, sin embargo que su situación es de las más excelentes y amenas, y goza de un clima de los más benignos. Su vecindario apenas subiría a 300 personas, los más labradores y gente de campo; y algunos portugueses desertores o fugitivos, de sus colonias fronterizas. Todos moraban en casas o [p. 35] ranchos de paja embostados, que son las únicas habitaciones de todo el pueblo, sin exceptuarla iglesia, situada en uno de los testeros de la plaza, y servida de un solo sacerdote, revestido de todas las facultades de Cura animarum. Un Capitán de dragones, o infantería, de los regimientos fijos de Buenos Aires, nombrado por el Señor Virrey, suele ser el comandante de Maldonado, cuyo empleo ejerce a las órdenes inmediatas del gobernador de Montevideo, y su propia compañía, o un destacamento del mismo cuerpo, le hace de guarnición. También hay por lo regular un Ministro de Real Hacienda, y un cirujano a sueldo del Rey, y estos fueron los únicos sujetos de viso que tratamos. Los demás vecinos pasaban de alguna corta industria que entretenían: cual sembrando su pegujal, cual con el tráfico de algún carro o carreta, y cual finalmente manteniendo sus animalitos en su chacra, y haciendo algunos cueros, tocino, mantequilla y quesos, que todo merece particular estimación en la capital. Las hortalizas, frutas y demás producciones del terreno, tan fértil, sino más, que el de Montevideo, aunque en menos abundancia, no son de inferior calidad, como asimismo las carnes, aves y pescados. No tiene más agua en las cercanías que un pequeño manantial al lado del pueblo, y las cacimbas que abren en la playa, las cuales por eso no dejan de ser claras y saludables. En general el país es de un suave temperamento, y de aires puros y sanos. La Colonia, Montevideo, los dos Maldonados, la Concepción de Minas, y para decirlo de una vez, toda la costa septentrional del Río de la Plata, es lugar de convalecencia para los enfermos de la meridional, y Buenos Aires.

Su puerto

El puerto de Maldonado no tiene de tal más que el nombre: es una rada abierta que forma la Punta de Ballena, con la nombrada del este, en que se halla el pueblo, internado al N cosa de cuatro millas, sin otro abrigo que el de la pequeña isla de Gorriti, para los vientos del tercer cuadrante.

Entre esta y la costa de la referida Punta de Ballena, se halla la entrada principal; y aunque es bien espaciosa, precisa no arrimarse demasiado a ninguna de ellas, a causa de una laja que oculta la primera al NO, y los bajos que manifiesta la segunda, dando también su resguardo a los arrecifes de la punta que sigue dentro ya de la ensenada. La del este forma con Gorriti otro canal angosto, llamado la Boca-Chica, interrumpido a medio freu de un bajo peligroso, en que revienta la mar cuando está levantada, pero que deja paso hasta para navíos por uno y otro lado, aunque no parece se ha verificado [p. 36] todavía sino por embarcaciones menores. Como al NE de Gorriti sale un pequeño placer de arena,

que suele lavar los cables con las violentas corrientes y gruesas mares de la Boca-Chica, a que está descubierta; por esta causa el legítimo fondeadero de este puerto debe ser entre el N y NE de dicha isla, a corta distancia de ella y fondo greda, evitando la mar del SO de la Boca-Grande, que, aunque más quebrada, no deja de ser temible.

Las Puntas del este y de la Ballena con lo más S de Gorriti, se enfilan al ángulo de 57° 30' NO, y distan entre sí cinco millas. Desde la primera tuerce ya la costa exterior al NE $\frac{1}{4}$ E, como en línea recta; y sin variar casi de esta dirección, se prolonga la gran distancia de 26 leguas hasta los islotes de Castillos, en los 34° 20' de latitud austral. En toda ella no se descubre el Cabo de Santa María que suponen las cartas. La referida punta oriental de Maldonado es, pues, la que sale más al S, y a la que daremos este nombre. Don Andrés de Oyarvide, segundo piloto de la Armada, y geógrafo de esta segunda partida de límites, hizo la navegación con tiempo hecho, desde la citada Punta del este hasta la ensenada de Castillos, sin apartarse de la costa la pequeña distancia de 1½ milla, y nos aseguró de esto mismo, recibido ya generalmente entre los profesores y prácticos del país. La isla de Lobos, llamada así por la copia de ellos de que suele estar cubierta, demora al S 48° E, distante seis millas del nuevo Cabo de Santa María. Por el canal que forma con la costa, de 15 brazas de fondo, pueden entrar los navíos francamente aun en tiempos malos, sin el menor recelo. Nuestro comisario, Director don José Varela, en su viaje al Río de la Plata, en la fragata Catalina, año de 1778, situó la Isla de Lobos en 35° 2' de latitud austral, y 3h 40' 30" al occidente de Greenwich, observación practicada por él mismo al cortar el meridiano de la isla, muy cerca de ella, con un sextante de Dollond, y el reloj de longitud, número 13 de Mr. Berthoud. La situación de Maldonado, según esto, debe ser en 34° 54' 30" de latitud, y 20 leguas al oriente de Montevideo, con la cual cuadra bien nuestra derrota, no habiendo logrado observar en el corto término que estuvimos allí. Los naturales cuentan hasta 30 leguas por las vueltas del camino, pero nunca las hay.

San Carlos

El 20 de enero, reparadas las dos tropas de carretas, y verificado el reemplazo y aumento de peones, bueyes y caballos; habiendo cedido [p. 37] algún tanto la furia de los tiempos y lluvias, continuamos la marcha hasta el pueblo de San Carlos, a que algunos llaman Maldonado-Nuevo distante del otro siete millas, bajo la proyección de 70° NE, y establecido sobre la agradable confluencia de dos brazos de un arroyo que gira al S, y le provee de copiosas y cristalinas aguas, sin es cascarle sus maderas y leña. San Carlos es fundación del año de 1764, por don Pedro de Cevallos, en su primer viaje al Río de la Plata, de las familias portuguesas, que en la guerra del año anterior se hallaron repartidas en Santa Teresa, San Miguel, Arroyo del Chuy, y aun en Río Grande de San Pedro. Esta fue como una justa represalia, todavía no equivalente, de aquella multitud de indios guaraníes, que el virrey del Brasil, Gómez Freire de Andrade, Conde de la Bobadela, y Comisario de límites por Su Majestad Fidelísima, en la demarcación de 1750, logró seducir y extraer de nuestros siete pueblos de Misiones del Uruguay, años después, cuando se turbó la ejecución de aquel tratado, formando de ellos otras siete aldeas, que aun subsisten con los mismos nombres en el Río Pardo. Por entonces se reunieron hasta unas 100 familias de las expresadas, para la formación de este pueblo: mas obtenido de allí a poco permiso de la piedad del Rey, se volvieron muchas a su patria, y finalmente se acabaron de retirar las otras en la última pérdida de Río Grande, de suerte que San Carlos en el día se halla casi despoblado. Con todo, se conservan siempre algunos habitantes, en número

cuando más de 150 a 200 personas, entre españoles y portugueses: siendo sus casas, costumbres, industria, y en general todo su modo de vivir, muy semejante a lo que se ha dicho de Maldonado: dirigidos asimismo de su cura de almas en el gobierno espiritual, y en el militar y político por un capitán de dragones.

Viaje a Santa Teresa

Del pueblo de San Carlos a Santa Teresa ponen los naturales 37 leguas de distancia, con arreglo a las vueltas del camino, que no da muchas.

Nosotros empleamos en esta travesía hasta el 28 de dicho mes de enero, y hallamos por nuestra derrota solamente 28^o leguas de las de a 20 en grado, bajo la línea recta, o ángulo de 52^o NE. Todo este territorio, mansión antigua de los Charrúas, Minuanes y otras naciones de indios, de que no ha quedado vestigio, se halla cortado de varios arroyos que lo riegan, casi todos en la dirección de NO a SE, bajando de la cuchilla general, y haciendo un país de los más fértiles y amenos. Los más notables son, José-Ignacio, Garzón, Rocha, Conchitas, Don Carlos, Chafarote o Chafalote, el Marqués, Castillos; y se encuentran en el [p. 38] orden propuesto, a 12, 6, 17, 2, 9, 6, 10, 2 millas, contando desde San Carlos. Todos toman su dominación de los primeros pobladores, que establecieron en ellos sus faenas de cueros, y tienen sus orillas adornadas de frondosos árboles, formando las más veces un espeso bosque impenetrable, asilo de tigres y otras fieras. Su curso regularmente no pasa de 3, 10 y 12 leguas, y algunos de ellos reuniéndose hacia la costa del mar, se explayan en lagunas de consideración.

Lagunas de Rocha y Castillos

Los arroyos de Garzón y Rocha, con la laguna de este nombre, que tendrá de largo 4 leguas sobre 3 de ancho, los arroyos de don Carlos, Chafalote, el Márquez, y Castillos, con otra laguna así nombrada de mayor extensión, casi circular, y cuyo mayor diámetro es de 13 millas; todos tienen comunicación al mar, cuando menos en la estación de invierno. Entonces crecen y menguan con las mareas, con los vientos de afuera y terrales: mas en la vaciante, su funda no baja de cuatro a cinco pies. Cuando se cierran las barras, como suele acontecer en el verano, sus aguas se endulzan, y en todo tiempo abundan de ricos pescados: como, lisas, corvinas, tarariras, bagres, bogas, y otros; con gran diversidad de patos y gallaretas, ánsares, y vistosas garzas.

Puestos de guardia

En casi todos estos arroyos que acabamos de nombrar, y aun en los que median desde la Colonia del Sacramento a Montevideo y después a Maldonado, mantiene el Gobierno sus guardias, compuestas cada una de 3 ó 4 soldados fijo y un cabo, ya dragones del regimiento de Buenos Aires, o ya de las milicias montadas del país, que llaman blandengues. Estos cuidan de evitar el contrabando, el robo de ganados, la desertión de las tropas, la fuga de los reos, y demás gente vaga y facinerosa que corre los campos sin las debidas licencias. También tienen el cargo de dar curso a los pliegos de oficio y demás correspondencia de los oficiales comandantes de los pequeños pueblos y fortalezas de la raya, y la que suele venir por la vía de Río Grande de San Pedro: manteniendo siempre abierta la comunicación con estos destinos, y dando parte de todas las novedades que ocurren y hasta de la entrada y salida de las embarcaciones en el Río de la Plata, aquellos que están en parajes [p. 39] que las puedan descubrir, o que casualmente logran avistarlas en sus diarios reconocimientos. Fuera de todos estos puestos fijos, de que están

sembradas todas estas campañas septentrionales del Río de la Plata, hay otras varias partidas sueltas, unas de tropa y otras de guardas, comisionadas estas por los resguardos, y aquellas por los Gobernadores, y todas destinadas a explorar los campos con los mismos objetos.

Puerto de Castillos

El sangradero de la laguna de Castillos, que gira al ENE, dando grandes vueltas la distancia de seis millas, entra en el Océano por una pequeña ensenada de la costa, llamada Puerto de Castillos; nombre que toma de unos tres o cuatro islotes, que en figura de torres se avanzan a la mar cosa de una milla. En el fondo de dicho puerto se halla la célebre montaña de Buena Vista, que la tiene efectivamente muy hermosa y dilatada, donde dio principio la antigua demarcación del Marqués de Valdelirios, año de 1752. En ella fue colocado el primer marco de división, y el segundo en el cerro nombrado de los Reyes, hacia la India Muerta, los cuales se mandaron demoler en lo sucesivo, no habiendo tenido lugar aquella obra. Dichos marcos eran de mármol, se trajeron de Lisboa, labrados con mucha curiosidad, y constaba cada uno de ocho piezas: sócalo, base, tronco, dedos, chapitel, cruz y dos coronas sobre las armas, de las dos naciones.

Su forma era rectangular, y en las cuatro caras, que debían mirar a las cuatro plagas del mundo, tenían grabadas las inscripciones siguientes. 1.^a Al N, debajo de las armas de Portugal: Sub Joanne V Lusitanorum Rege Fidelissimo. 2.^a Al S, debajo de las de España: Sub Ferdinando VI Hispaniae Rege Catholico. 3.^a Al occidente: Ex pactis Regum dorum finium conventis, Matriti idibus Januarii 1750. 4.^a Al oriente: Justitia et Pax osculate sunt. Entre estos marcos tan suntuosos se colocaban otros más comunes en el discurso de la línea divisoria, hechos sobre el mismo modelo, bien de piedra, bien de madera, y en ellos se abrían a cincel las letras iniciales de los dos soberanos: R. F., R. C., mirando siempre a sus respectivos dominios. La latitud de la referida montaña de Castillos es de 34° 18' 30", A., observada por los oficiales de aquella comisión.

Laguna de Difuntos y Palmar

La costa desde Castillos a Santa Teresa sigue con pocas vueltas [p. 40] entre los 25° y 30° NE, la distancia de 23 millas. Sobre la de 17. 5° NE se descubre el empinado cerro de los Difuntos, en cuya cumbre parece se hallaron en lo antiguo algunos esqueletos de indios gentiles, y sepulturas de piedras sueltas puestas en cerco, de que tenía su denominación. Y a los 14° y 23° NO otras 16 millas, se ven las dos altas colinas de Navarro, las cuales, enlazándose con otros collados y lomas no de menos altura, los cerros de Chafalote, India Muerta y Reyes, forman otra gran pierna de cuchilla que va a unirse a la general por direcciones del tercer cuadrante hacia el pueblo de Minas, y es la que da origen a las aguas y arroyos que hemos descrito de la costa del mar. Contra dichos cerros de Navarro, y al septentrión de la Laguna de Castillos, se extiende un dilatadísimo y ameno valle, cubierto de eminentes palmas, y es llamado por lo mismo el Palmar: y en el de los Difuntos da principio la profunda laguna de este nombre, que corre al NE siete millas sobre dos de ancho, y estrecha más y más el istmo, o lengua de tierra que conduce a la fortaleza colocada en su garganta o entrada del N. Los terrenos desde el Palmar no son ya de calidad tan sobresaliente como hasta allí: participan de no pequeña parte de arena, que los hace demasiadamente sueltos, poco substanciosos y no de los mejores para la labor. Sin embargo de eso, como sean tierras vírgenes, que siempre estuvieron descansadas, producen muchos y buenos pastos, con que engorda bien el ganado, especialmente si logran a tiempo el beneficio de la quemazón.

Santa Teresa

El fuerte de Santa Teresa fue establecido por los portugueses hacia los años de 1760. En sus principios era solamente de tierra, pero habiéndolo tomado don Pedro de Cevallos en la guerra de 1763, se mandó construir un pentágono de piedra, que quedó sumamente defectuoso, y descubierto al N de los dos caminos que vienen de Río Grande. Todo consistió en no haber dejado dentro del recinto la cúspide misma del cerro en que está colocado: antes, para aprovechar parte de la fortificación empezada por los portugueses formaron dicho pentágono desde la cima de la montaña hacia su falda septentrional: de manera que, viniendo del S se descubren únicamente los parapetos, quedando cubierto el resto de la fortaleza; y al contrario, desde los referidos caminos de Río Grande en que el terreno es algo elevado, se registra a corta distancia todo el interior a manera de un anfiteatro, siendo los dos baluartes más patentes los meridionales. Para remediar en lo posible este daño se hizo últimamente [p. 41] levantar un paredón, paralelo a la cortina del NO, que cubre, aunque no del todo, los citados baluartes pero los yerros de esta clase en fortificación tienen roca enmienda y Santa Teresa parece, y parecerá siempre, un fuerte enemigo, levantado contra los dominios de la nación. A este grave defecto se puede agregar otro segundo nada despreciable, y es, no tener foso, y hallarse por consiguiente la escarpa descubierta de todas partes. Siendo todo el cerro de piedra viva, por extremo dura y de grano grueso, se emprendió la obra sin abrir el foso, y cuando se intentó después por medio de barrenos y picos, se empezaron a resentir las murallas de las violentas conmociones, y fue forzoso abandonar el proyecto. En lo demás la fortaleza es de mediana capacidad, y no deja de estar bien conservada. Sería de muy difícil acceso si se hubiese construido más al S, dejando, como se ha dicho, incluso la cumbre de la montaña, en cuyo caso no quedaba descubierta por ningún lado, y dominaría perfectamente toda la comarca en redondo.

Al oriente y occidente de Santa Teresa hay dos lagunas: la primera, situada en la meseta del mismo cerro, se da la mano con los grandes médanos de arena que tiene la costa del mar hacia aquella parte; y la segunda, en lo profundo de un espacioso y pantanoso valle, se enlaza y une con la de los Difuntos. El fuerte tiene comunicación con estas lagunas por medio de una línea de fortificación de campaña, de foso y parapeto de tierra con estacada, la que cierra enteramente el paso de toda la angostura, o istmo, que tiene cuando más dos millas de ancho. Una compañía de blandengues, capellán y cirujano, a las órdenes de un oficial de los regimientos fijos de Buenos Aires, es por lo común la guarnición de Santa Teresa. Suele servir de presidio, aunque no de los más penosos, pues los desterrados no tienen más trabajo que la mera ociosidad. Al abrigo del cañón se han acogido unas diez o doce familias, que moran en otros tantos ranchos hacia las faldas meridionales de la misma montaña. Su temperamento es bien apacible, algo propenso a densas, neblinas, mas nada expuesto a enfermedades contagiosas. Las aguas dulces, claras y digestivas, sin otro inconveniente que hallarse fuera del recinto; y el terreno de las inmediaciones, aunque arenisco y pedregoso, lleva bien todos los granos, frutas y hortalizas de Montevideo y Maldonado. La latitud de Santa Teresa, por nuestras observaciones practicadas allí, es de 33° 58' 30" A su longitud deducida de la determinada después en el arroyo Tahin, 324° 32' 50", contada desde la punta occidental de la Isla de Ferro, y la variación magnética 13° 20' NE.

[...]

Capítulo VI

Primera salida al reconocimiento de la Laguna de Merín y sus vertientes.

Luego que empezó a ceder la estación de invierno, y que los tiempos fueron más suaves y benignos, se trató nuevamente de dar principio a las operaciones, poniendo en ejecución el segundo punto del acuerdo o ajuste prefinido en el campo del Chuy por los comisarios,

el cual se reducía a practicar el reconocimiento de la Laguna de Merín y el de todo aquel gran territorio sobre que recaía la duda suscitada por los comisarios de Su Majestad Fidelísima acerca de los artículos 3.º y 4.º del tratado preliminar. Dicho territorio se halla comprendido entre las vertientes occidentales de la misma laguna teniendo por término al septentrión el arroyo Piratiny que entra en el sangradero de ella, y al mediodía el de San Luis, los cuales encierran entre sí un espacio o área de 40 leguas cuadradas. Se debía pues levantar el plano corográfico de esta gran comarca, a fin de dar a las dos cortes con este documento noticia clara e individual de aquella duda, y que pudiesen decidir con acierto, cual debía ser el curso de la línea divisoria desde la barra del referido arroyo de San Luis, donde había quedado, hasta las cabeceras [p. 289] del Río Negro en las cercanías de Santa Tecla, señalando la frontera de España, y si el Piratiny o alguno otro arroyo debía ser el término de la de Portugal.

Tomada esta deliberación con arreglo al artículo 15.º del tratado fueron encargados de practicar dicho reconocimiento, los comisarios de las segundas subdivisiones, y al efecto con una escolta proporcionada; y los oficiales facultativos de las dos naciones que se graduaron suficientes se transfirieron desde principios de noviembre a la villa de Río Grande, de cuyo puerto debían proceder a los trabajos de esta obra. Para la mayor facilidad y prontitud siendo la laguna y sus vertientes en gran parte navegables se mandaron disponer seis canoas, únicas embarcaciones que nos podían servir, dos de ellas de cubierta y capaces de recibir algunos víveres, las cajas de instrumentos astronómicos y los equipajes de toda la comitiva, reducidos a lo más indispensable, y las otras cuatro mucho menores, pero más ligeras y fáciles de manejar, que calasen poco, y fuesen propias para practicar todas clase de operaciones. A todas se les armó su carroza y proveyó de toldos de Brin para reparo de las aguas y soles, se equiparon de ramas de toda tabaras, y velas y se tripularon, cada una de 4 marineros y patrón.

Dispuesto todo en la mejor forma con los eficaces auxilios del Gobernador, se embarcaron todas las personas destinadas al reconocimiento en el muelle mismo de la villa, y a favor de la brisa alegre y fresca del SE, dieron la vela al 10 de noviembre del mismo año de 84. Desde aquel punto se siguió una derrota formal y circunstanciada con toda cuanta exactitud fue posible, destinando a este objeto una de las canoas que no cuidaba de otra cosa. En ella se puso una excelente Aguja de Piephinch, de 10 pulgadas de radio, dividida en octavas y montada sobre esferas que le conservaban muy bien la horizontalidad en medio de los movimientos y balances de la canoa, la cual sirvió para notar los diferentes rumbos que se hacían siguiendo siempre el cauce de los ríos, y para demarcar y situar por medio de repetidas intersecciones no solo los objetos notables [p. 290] de sus riberas, sino también los de toda la campaña a la vista. Las distancias se medían con toda precisión, usando de una corredera, graduada en toesas, según la celebre dimensión del meridiano terrestre²¹ y aunque para esto se empleaba una ampolleta de arena o medio minuto, como llaman los pilotos, se tenía cuidado, de examinarlo frecuentemente con el reloj a segundos de Graham, perteneciente a la 4.ª colección de instrumentos española.

Corregíanse asimismo dichas distancias navegadas del efecto de la corriente, ya fuese favorable o contraria para lo que siempre se advertía o sospechaba alteración en las aguas, se medía su velocidad por medio de la misma corredera, dando fondo en aquellos parajes más convenientes.

Tampoco se desatendieron los fondos averiguando su diversa profundidad con un escandallo de suficiente peso, cuya sondaleza estaba dividida en pies de Castilla.

Con toda esta prolijidad se entabló el reconocimiento de los terrenos, ríos y lagunas, a que como se ha dicho, fueron destinados los comisarios de las siguientes partidas; y de este modo se fueron acopiando, los elementos o materiales para construir el plano, teniendo la debida atención al principal fundamento de las observaciones astronómicas, las cuales se tuvo el esmero de repetir según la proporción que ofreció el tiempo, para que sirviesen de corrección general a los resultados de aquella estima. Todo el trabajo diario se anotaba sobre la marcha, en un Cuaderno portátil al estilo de los navíos de guerra, y a la noche se trazaba sobre un papel dividido en cuadrículas, a razón de una pulgada francesa la milla, escala suficiente para expresar con claridad la configuración de los terrenos. De todos estos papeles o borradores, corregidos por las observaciones de latitud, se formó el plano general, reducido a otra escala menor, de 6 millas la pulgada, como indicamos arriba en las operaciones del Chuy, teniendo también ahora la consideración de autorizarlas con la asistencia de facultativos de ambas naciones, y de confrontarlas a menudo para evitar [p. 291] toda diferencia o equivocación, y que mereciesen justa aceptación de sus respectivas cortes.

Ya dijimos la situación de la villa de Río Grande en la latitud austral de $32^{\circ} 1' 40''$ y en $335^{\circ} 51'$ de longitud, contada de la isla de Fierro. Desde ella, puestos en franquía, se hizo el rumbo del N. y a las $4 \frac{1}{2}$ millas, estuvimos con lo más septentrional de la isla del Padre o Marineros y la punta Mandayna o Avendaño, en el canal mismo que conduce a la Laguna de los patos. De este punto se navegaron 2 millas al N NO, (hablamos siempre de rumbos corregidos de variación magnética) y se llegó a la isla de los Mosquitos situada como una legua de la punta de Barbosa o Rasa. Procurose después barajar la costa meridional gobernando al NO $\frac{1}{4}$ O ya las 3 millas se encontraron los ranchos de la punta de Torre de tama, donde quedaron las canoas de los portugueses, aguardando la de su provisión que se había sotaventado alguna cosa. Las españolas continuaron su derrota durante el día en la idea de tomar la boca del sangradero de Merín, 8 millas al N NO de Torre de tama para observar en ella la latitud, mas lo impidieron las densas neblinas que reinaron toda la noche. De cada una de las puntas que forman la entrada del sangradero llamada Barrafalsea, se extiende un placer de poco fondo que embaraza el paso a las canoas mayores, pero queda en medio un hermoso canal de 3 a 4 brazas que va a reunirse con el de la Laguna de los patos bajo la dirección del E al E SE.

Reunidos el 11 con los portugueses se siguió aguas arriba por dicho sangradero y el 12 entramos en el arroyo Pabón con la mira de recibir alguna carne fresca en la estancia del coronel Rafael Pintos Bandeyra, sita a $4 \frac{1}{2}$ millas de su boca sobre la ribera septentrional. Pabón baja de unas lomas altas distantes de 3 a 4 leguas al NO y solo es navegable en canoas la mitad de esta distancia, pues aunque su cauce es profundo, se halla embarazado de un espeso laberinto de camalotes, o aguapés, a causa de la poca corriente de sus aguas. El 15 continuamos la marcha, y al entrar en el sangradero se notaron sobre la costa de enfrente que era oriental los [p. 292] Ranchos de Beca, uno de los mejores pasos de este río, donde subsistía una pequeña guardia de 5 hombres de la dependencia del Río Grande. En la estación de invierno se suele cerrar el camino que viene a Beca desde la Villa por los grandes pantanos e inundaciones del mismo sangradero.

Como a 3 millas de Beca desagua el referido sangradero por su ribera occidental el Piratiny en cuya margen meridional estuvo formado en otro tiempo el fuerte portugués de San Gonzalo. Por las inmediaciones de este fuerte, dice el artículo 4.º del tratado preliminar, corre el arroyo que entra en el sangradero de Merín, y debe servir de límite a los dominios de Su Majestad Fidelísima; siendo el Piratiny como llevamos dicho, el único en

que concurren estas circunstancias que expresa el tratado, pareció indispensable reconocerlo, y observar su latitud y aun longitud para colocarlo en el plano según su verdadera situación. Con esta mira se entró en el Piratiny, y acampó en la orilla austral, junto a las ruinas del expresado fuerte de San Gonzalo, que aún existían. Dicho fuerte, parece, fue construido para conservar los víveres y pertrechos de aquellas tropas destinadas contra los indios de misiones, que se propusieron el año de 1753 embarazar los progresos de la línea divisoria. La latitud observada de este punto es de $31^{\circ} 59' 53''$ A. y la longitud de 3 horas $30' 10''$ al occidente de Greenwich, observada el 20 de noviembre por una emersión del primer satélite de Júpiter.

Para practicar el examen del Piratiny con suficiente precisión, se midió a cordel una base sobre dirección acomodada, que formase ángulo como de 60 grados, y por medio de ella resuelto un triángulo, se vino en conocimiento de la distancia que había de San Gonzalo a un Capón que demoraba al sur, la que era de 2377 toesas. Esta distancia sirvió de segunda base, y desde sus extremos se relevaron y cruzaron las puntas más esenciales de toda la campaña a la vista, empleando para estas marcaciones el gran teodolito de la colección de instrumentos española, cuya división desciende hasta las unidades de minutos. De este modo se halló la situación de varias lomas y [p. 293] sierras, que se pusieron en el plano, entre las que se descollaba un cerró más corpulento, llamado por su aridez Cerro Pelado. Hecho esto se destino en una canoa el geógrafo don Joachin Gundin que navegó el Piratiny la distancia de 20 millas que pudo penetrar, determinando sus vueltas, islas y algunos sacos que forma en este tramo, y corrigiendo todas sus operaciones, con la vista del mismo Cerro Pelado a que las refería. El resto de este gran arroyo hasta sus cabeceras no pudo reconocerse hasta la campaña del siguiente año, como veremos en su lugar; mas por no interrumpir la idea de su descripción la concluiremos ahora con arreglo a aquellos trabajos.

Dos son los principales brazos del Piratiny: el 1.º con el nombre de arroyo de Santa María, tiene su origen en las asperezas que llaman de Perdiz²² (cierto facineroso muy nombrado que se ocultaba en ellas) hacia el paralelo de $31^{\circ} 45'$ de latitud A. Fórmase al principio de muchas y grandes caídas de dichas asperezas: corre después entre el E y ESE el espacio de 13 leguas largas, recibiendo otros gajos de menor entidad, así del N como del S y se junta con el otro brazo, que es el verdadero Piratiny, el que tiene sus primeras fuentes en una pierna de Cuchilla que da aguas al Cavacuan, distante 11 leguas a los rumbos del N NO a NO en latitud de $31^{\circ} 32'$ A. y que recoge asimismo diversas vertientes por ambas orillas. Desde la confluencia de estos dos brazos, sigue el arroyo otras 7 leguas al ángulo de 57 grados S E hasta el sangradero dicho de Merín, y a la mitad de esta distancia, el arroyo de las Piedras, que baja del septentrión, de las sierras de San Antonio el viejo. El Piratiny es en general bastante caudaloso, y en el invierno sus avenidas son muy frecuentes, rápidas y considerables. Sus riberas están adornadas de grandes bosques y palmas, y el terreno de sus márgenes no deja de ser fértil y de buena calidad, aunque bastante pedregoso y quebrado hacia sus puntas. Los portugueses lo tienen poblado de estancias por una y otra orilla, establecidas todas o las más desde el año de 1780 y [p. 294] repartidas por el actual gobernador de Río Grande después de formado el tratado de límites, tal vez en la idea de que las cubra la Raya, como quiera que se recomienda tanto salvar las actuales posesiones o establecimientos de una y otra nación. En estas estancias abunda en gran manera el ganado vacuno, mas sin comparación de lo que corresponde a su antigüedad y cortos principios; pero no es extraño teniendo los portugueses abierta la puerta, y franca la entrada a la sierra y campos de Montevideo por esta parte de Santa Tecla, por donde sacan

suarbitrio porciones crecidísimas de ganado y animales. Véase lo que para remedio de estos desórdenes se propone pág. 135²³.

Hiciéronse también varias tentativas para reconocer la campaña al sur del Piratiny, que forma la costa o banda occidental del sangradero de la Laguna Merín, y no fijé dable conseguirlo, a causa de lo bravo y anegadizo del terreno, y de una laguna que aunque pequeña, era muy pantanosa, e impedía el paso. Nuestro objeto era averiguar si entraba en el sangradero algún otro arroyo más meridional que el Piratiny; pero aunque esto no se pudo alcanzar por tierra, se logró a toda satisfacción por dentro, navegando el mismo sangradero, como se verá después; y de no hallar la entrada o boca de arroyo, venimos a concluir que el primero meridional que entra en el sangradero de Merín pasando por junto al fuerte portugués de San Gonzalo no era otro que el citado Piratiny; y en consecuencia, parece que la lírica divisoria deberá tomar por él su dirección, señalando la frontera de Portugal, según el artículo 4.º del tratado.

El 22 de noviembre salimos ya del Piratiny y entrando de nuevo en el sangradero, se vino a hacer noche, y observar la latitud de 32º 5' 10», en el paso de Lescano, donde había también sus ranchos de paja y otra guardia igual a la de Beca. El 23 dormimos ya en la boca del sangradero y entrada de la Laguna Merín, cuya latitud observada fue de 32º 8' 57». En este paraje experimentamos una terrible [p. 295] plaga de mosquitos, semejante a aquella de que habla Moisés, con que afligió Dios a los egipcios. El sangradero de Merín, cuya expresión como que da idea de haberse construido artificialmente es un canal abierto por la misma naturaleza para desagüe de la gran laguna que le presta el nombre. Llamase también Río de San Gonzalo, de donde, tal vez, tomaría el suyo el Fuerte del Piratiny, tiene de largo muy cerca de 12 leguas y su dirección con un suave y tendido serpenteo se proyecta casi al N hasta los dos tercios de esta distancia, y después declina a oriente para unir sus aguas con la Laguna de los Patos por el paralelo de 31º 45' A. Su cauce es profundo, regularmente de 18 a 24 pies, y en algunos recodos sube a 30, 40, y aun hasta 70, corriendo su anchura con bastante igualdad de 100 a 150 toesas, con orillas montuosas o cubiertas de maleza y juncas, y cortando varias islas, una de las primeras en su principio o boca, y otra mayor, hacia el paso de Beca. Entramos el 25 en la dicha Laguna de Merín o Miny, como quieren otros, que en guaraní, idioma de los indios, significa laguna pequeña, no porque lo era, sino para distinguirla de la de los Patos, que estando cerca de ella, es al doble mayor. Por común acuerdo se convino en reconocer primero la costa oriental; y en esta idea la canoa de los facultativos dirigió su navegación inmediato a ella, cuidando de enfilear sus puntas y medir sus recíprocas distancias, para deducir después el rumbo general. El 26 se hizo alto en el arroyo Tahin, donde se hallaban acampadas las primeras partidas, y se reemplazaron los víveres, y tomaron algunos útiles, cuya falta se había echado de ver. Todo el trabajo vencido hasta este día se confrontó con el de los portugueses y hallado conforme fuera de aquellas pequeñas diferencias, que son inevitables en este género de operaciones, se transfirió al plano general. El 6 de diciembre se embarcó en las Canoas para seguir la expedición el alférez de fragata don Joachin Varela, uno de los dos ayudantes del primer comisario, el que por su inteligencia en matemáticas, particularmente en la parte de astronomía, fue muy útil para el más fácil desempeño de las observaciones.

[p. 296]

El mismo día se continuó la navegación desde el Tahin y permitiendo ya la playa de la laguna camino por tierra, se dirigió por él el coronel Roscio con algunos de sus oficiales, en la mira de lograr más diligente examen del terreno. Seguía también por esta parte un oficial práctico del país con un tropa de caballos para lo que pudiera ofrecerse, y porción

de vacas para el abasto diario. El 7 se entró en el arroyo nombrado del Rey que se halla sobre la latitud de $32^{\circ} 52' 25''$, hacia el fondo de un gran saco que forma la costa de la laguna al sur, internando como 10 millas sobre un abra de 17 en las tierras del albardón de Silbeyra. Es el arroyo del Rey un pequeño regato con algunos sauces, que viene de unos cortos bañados o lagunillas distantes 10 millas al sur de su barra. Antes de este arroyo se encuentran en el seno mismo de dicho saco, o ensenada de la laguna, otros dos regajos, todavía de menor entidad. Sobre la punta occidental de la ensenada se hallan dos isletas, nombradas los Latinos en los antiguos planos, cuyo estrecho da paso franco a las canoas y habiéndonos tocado acampar allí en la noche del 14 al 15 de diciembre se logró observar a las 8 horas $29' 42''$ de tiempo verdadero, una ocultación de Venus por la Luna²⁴, que duró muy cerca de 30 minutos.

Hasta el 18 tardamos en recorrer el resto de la costa oriental de la laguna, y sus cabeceras meridionales, hasta el arroyo de San Luis, donde entramos este día. En aquella se registra un pequeño arroyo, a que se dio el nombre de los Ahogados, por haber hallado sobre sus riberas dos cadáveres o esqueletos de cuerpo humano. En estas se ven otros dos grandes sacos, o ensenadas, la primera llamada de Fanfa y la segunda Lagunilla de San Miguel; en la una vierte sus aguas el pequeño arroyo, donde se colocó el tercer marco de división, en la otra, el de Santa Miguel, de que hablamos ya en las operaciones del Chuy (pág. 61.) Sobre dicha costa oriental se halló una canoa [p. 297] pequeña de contrabandistas, que recogieron los portugueses, y en uno de sus capones, o islas montuosas, se encontraron el mismo día 18, 8 tigres furiosos, de que se mataron 5 con las escopetas y el auxilio de los perros que los divertían, mas para esto fue necesario hacerlos salir del bosque, poniendo fuego al capón por la parte opuesta; a los demás no se le pudo dar alcance.

Desde la barra del San Miguel puede considerarse que da ya a principio la costa occidental de la laguna, y a las 6 millas sobre la misma punta de la ensenada, se halla la del San Luis que es muy conocida viniendo de afuera, tanto por lo mucho que sale estrechando ya las cabeceras de la laguna, como por hallarse poblada de frondosa y alta arboleda, siendo toda la costa que sigue al N Olímpia.

Sobre esta punta del San Luis, fue el ánimo de los primeros comisarios, colocar el 4.º marco de división, pero la espesura del bosque, y la situación brava y poco favorable del terreno, obligaron a preferir otro más elevado y libre de inundaciones, que forma una especie de albardón, y se halla como una milla más adentro. Aquí empiezan ya los terrenos de la duda suscitada por el gobernador de Río Grande, primer comisario de Su Majestad Fidelísima sobre el artículo 3.º del tratado preliminar, los cuales se extienden hasta el Piratiny como se dijo arriba; y habiendo sido el único fundamento que embarazó continuar la demarcación desde este marco, son también el objeto principal de esta expedición.

Nace el arroyo o río de San Luis, que por tal pasaría en Europa donde no los hay de tanta consideración como en América, en el cerro nombrado de San Esteban, de las asperezas de Rocha, bajo la latitud de $34^{\circ} 17' A$. hacia aquel paraje de donde se colocó el segundo marco de piedra en tiempo del Marqués de Valdelirios. Corre desde luego dividido en dos piernas con el nombre de la India Muerta, que reunidas después, deja por él de San Luis, y entra en la Laguna de Merín por los $33^{\circ} 31' 15''$ de latitud A. andadas 20 leguas con direcciones al primer cuadrante, y reuniendo dos arroyos pequeños del NO y tres del S., que provienen de los grandes resumideros de la Cañada grande, y Sierra de San Miguel, cruzan un territorio como de 3 leguas cubierto [p. 298] de palmas, y el último de ellos forma una pequeña laguna redonda cerca de la barra.

Durante el reconocimiento del San Luis, en que se emplearon algunos días, con todo no se pudo penetrar hasta sus cabeceras, que hubieron de averiguarse después por el Cebollaty, permanecieron las canoas de los víveres y equipajes poco más de una milla dentro del río. El coronel Roscio y su comitiva acamparon en la ribera septentrional, nuestra gente rompió el monte y se situó en la opuesta a vista del mareo, que distaría cuando más 300 toesas. La latitud de este sitio es de 33° 32' 11»²⁵ occidental obtenida por una emersión del primer satélite de Júpiter, acaecida el 5 de enero de 1785. En este campo llegó un monstruoso tigre persiguiendo a un perro perdiguero en medio del día hasta la tienda misma del comisario.

Las fiestas de la Natividad de N. S. y una serie de días de mal tiempo que sobrevino nos detuvieron en el San Luis hasta el 22 de enero que pasamos el arroyo de las Pelotas, 4 millas distante de a que siguiendo la costa occidental de la laguna Merín. Este arroyo es de corta entidad, viene de unos grandes pantanos, cuyos límites no pudieron ser reconocidos en diversas tentativas que se practicaron, así ahora como después por el Cebollaty, y reparten aguas a todos estos arroyos, y al de las Pelotas desde las 14 millas al O de su boca en los 33° 27' 59» de latitud, demorando el cerro del Carbonero al S 3° E corregido. Sobre las orillas de este arroyo se quemaron inadvertidamente habiendo dado fuego al campo, como tienen de costumbre los peones, tres grandes pilas de cueros que estaban escondidas dentro de la masiega; prueba no menos cierta de la abundancia de ganado de estas campañas, que del grande y sensible estrago, que causan en él los contrabandistas y chanqueadores de Río Grande, penetrando en canoas por esta laguna de Merín, y sus vertientes, hasta lo más interior de los dominios del rey, de que no faltaran ejemplares en el curso de esta comisión.

[p. 299]

De las Pelotas pasamos al Río de Cebollaty y en el intermedio forman las márgenes de la Laguna dos ensenadas o puertos no de corta capacidad. Hacia el centro de la primera acampamos el 25 de enero, inmediato a una cascada de agua corriente, y se observó la latitud de 33° [...] 9' 45» A. sobre una dirección al Carbonero del SE E. Este día se mató un león formidable que se dejó venir por medio del campamento hasta la capilla donde se celebraba actualmente el Santo Sacrificio de la misa. La segunda ensenada es de la forma de una herradura con cerca de 5 millas de una punta a otra: y en su centro tiene un pequeño arroyo, de aguas y Arenas doradas, cuyo nombre se le impuso siendo las que tiene una especie de mica escamosa y brillante, color de oro. Desde el San Luis al arroyo de Pelotas es la costa, o playa de la Laguna abierta, y da paso libre por medio de varios albardones que se encuentran a trechos interrumpidos únicamente con algunas lagunillas hondas a manera de pozos, pero después hasta el Cebollaty apenas es transitable. La caballada y ganado de consumo que nos acompañaban, tuvieron a veces que nadar por dentro de la laguna, no siendo posible internarse, por los pantanos, malezas y en general por lo cerrado e inculto del terreno.

La tarde del 26 entramos en el río Cebollaty, una de las más considerables vertientes de la Laguna Merín, no solo por el gran caudal de sus aguas, que trae de larga distancia, sino también por el confuso y complicado laberinto de multitud de brazos que se le agregan no menos cortos que el tronco principal, formando la configuración de un gran árbol con muchas ramas, y regando de este modo vastas porciones de terrenos capaces de formar una muy dilatada y fértil provincia. Por la ribera septentrional entran en el Cebollaty a contar desde su barra, el Parado, el Olimar, los Corrales, el Gutiérrez, el Pirarajá, el Benítez y, el Nico Pérez: y por la meridional el Alférez, el Corral de los tapes, los Talas y el Godoy, y los Tapes que son sus primeras puntas, cada uno de los cuales se compone separadamente

de otros gajos también de alguna entidad. El Comisario portugués nuestro concurrente se propuso, debíamos recorrer y examinar todos [p. 300] estos arroyos uno a uno, subiendo hasta su origen, y aunque procuramos disuadirle de esta empresa, que era verdaderamente obra de romanos, nos había de consumir toda la campaña, como lo acreditó la experiencia, y sobre todo no era necesario tanta menudencia y prolijidad al desempeño de nuestra comisión, reducida únicamente a dar una ligera y suficiente idea de estos terrenos, para que las dos cortes pudieran decidir la disputa de los primeros comisarios; nada conseguimos con la exposición de estas razones, ni aun con el auxilio de los recursos, y nos vimos forzados a entrar en aquel moroso sistema, y seguir el mentido y penoso detal de los trabajos que proponía el coronel Roscio, que efectivamente nos llevaron hasta fin de mayo.

En consecuencia de esto para la mayor facilidad y exactitud en el reconocimiento de este gran río, compuesto, como se ha dicho, de tantos otros, que tienen todos su origen a larga distancia de su confluencia: se determinó seguir constantemente la margen meridional, para regresar después por la del norte, subiendo de paso por todos los arroyos, según se fuesen encontrando en el progreso de esta marcha, examinándolos uno a uno, como se había propuesto, sin la menor confusión. También para la mayor claridad de nuestro diario, seguiremos con puntualidad la ordenada serie de estas operaciones, pues aunque prolija y cansada, nuestro objeto no puede, ni debe ser otro que la relación fiel de los hechos, y la exacta descripción de los terrenos, y esto en tal conformidad que cualquier inteligente guiado solo de nuestra simple narración, pueda formar en todo tiempo un plano igual al de nuestros resultados.

Tiene el Cebollaty a su entrada tres islas muy pequeñas y después otras dos mayores a las 4 y 6 millas; y en este corto trecho que gira al OSO, forma por una y otra orilla muchos sacos o bocas falsas que internan bastante y engañan a los poco prácticos del verdadero canal. El mismo día 26 nos quedamos como 1 milla dentro del río sobre la ribera meridional y se observó la latitud de 33° 9' 53». Aquí se nos reunieron dos canoas que días antes habíamos despachado al Tahin para un repuesto de víveres para las dos partidas, y a nosotros nos [p. 301] vino además un pequeño refuerzo de tropa que consideramos preciso para ponernos a cubierto de los insultos de los contrabandistas, que suelen ser frecuentes en estos despoblados. El 28 para reconocer brevemente estos sacos, y dar vuelta a las islas se repartieron los facultativos en 4 canoas, siguiendo cada uno por canal distinto su respectiva derrota. Otro continuó por la costa del sur; y todos nos vinimos a juntar en el paso de la Cruz, como a 10 millas de la barra, y en la latitud de 33° 13' 26». El arroyo Parado que viene del NNO, entra a las 8 millas sobre la punta austral de la isla mayor, que tiene de largo cerca de 1 legua.

Por consejo de los baqueanos, se pasó toda la hacienda a la banda septentrional, siendo la opuesta muy pantanosa, sucia y de mal camino, para lo que convidaba una hermosa y ancha picada, abierta de mucho tiempo antes, y bien usada en el monte espeso de las dos orillas. Otra de nuestras canoas, guarnecida de 3 dragones, fue destinada la mañana de este día, a recoger una gran pila de cueros, que a su regreso del Tahin con los víveres de que hemos hablado, encontró sobre la costa de la laguna, no lejos de la boca del Iaguaron. Antes de levarse dicha canoa, puestos todos en marcha para el referido paso de la Cruz, salió de improviso otra gran canoa de contrabandistas de uno de los sacos de la orilla del norte, donde se había mantenido oculta hasta dar tiempo que pasase toda la comitiva. La nuestra se puso luego en su seguimiento, mas ella habiendo ganado la laguna evitó con destreza y remos la porfiada caza de algunas lloras.

También se malograron los cueros, porque al arribo de la canoa al Iaguaron, ya los changadores que mas se duermen sobre sus empresas, habían dispuesto de ellos, mudándolos tal vez a otro paraje más oculto.

Del paso de la Cruz salimos el 31 de enero y fuimos a parar al puerto del Yatay, donde abunda mucho el árbol de este nombre, perteneciente a la numerosa familia de las palmas, cuyos dátiles y palmitos no dejan de ser bastante gustosos²⁶. Se acampó sobre la ribera [p. 302] occidental, y observó la latitud de $33^{\circ} 16' 25''$. De la mayor parte de estas estaciones se tenía el cuidado de salir a reconocer los terrenos inmediatos, penetrando más o menos según lo abierto o cerrado del país. Desde este puerto se corrieron al occidente más de 3 leguas de unos campos hermosos, cubiertos de ganado, sobre las márgenes boreales del Ulimar, brazo de los principales de este río, que desagua en él, 2 millas al sur del Yatay, dejando antes un saco o manguera, que se interna otra. El 3 de febrero pasamos al punto de las Tunas cerca de 6 millas del antecedente, sobre la latitud de $33^{\circ} 20' 3''$, donde se estableció un campamento general, y quedó en él el coronel Roscio con la mayor parte de las partidas, y las 4 canoas mayores de víveres y equipajes, no permitiendo ya el Cebollaty fácil navegación para ellas. Para la provisión de las gentes que quedaron aquí y excusarlas la dura pensión de salir diariamente al campo a carnear, en cuyo ejercicio se atrasa y destruye notablemente la caballada, se dispuso una Vaqueria, o entrada general a la sierra, en que se recogieron 200 reses gordas, número que bastaba para el intento; y a fin de conservar y amansar este ganado se hubo de construir un corral de empalizada, donde se guardaba de noche, largándolo de día varios ratos para que fuera a pacer.

Los restantes continuamos el 7 del mismo mes en las canoas ligeras las operaciones de reconocimiento llevando por tierra un pequeño destacamento que costea el río lo más de cerca que le era posible con algunos caballos y reses de consumo. Destinábase siempre con esta partida de tierra algún oficial facultativo, con la mira de notar las circunstancias más importantes del terreno, y poderlas expresar en los planos. El río era ya por esta parte tan estrecho y su cauce se hallaba tan cruzado de ramazón, que apenas podían penetrar las canoas, aumentando esta dificultad la mayor rapidez de las aguas, que crecía con proporción a la angostura, de manera que tardamos dos días en vencer la corta distancia de $5 \frac{1}{2}$ millas hasta el punto a que dimos el nombre del Eclipse, por haber observado allí el de sol, acaecido la mañana del día 9 de febrero del mismo año [p. 303] de $85^{\circ} 27'$, cuyas circunstancias expresa el Catálogo de observaciones astronómicas, a la pág. ..., igualmente que la latitud de este Campode $33^{\circ} 25' 25''$.

El mismo día a la tarde, dimos a la vela y fuimos a pasar la noche en otro punto de más comodidad, llamado del Rayo, por haber experimentado un terrible meteoro de esta especie en una furiosa turbonada de grandes truenos y lluvia que duró muchas horas. Dista del anterior cerca de 3 millas, siendo su latitud de $33^{\circ} 27' 5''$ y la variación de la Aguja de 12 NE deducida de varias operaciones del azimut. A las 5 millas del Rayo dimos el 10, en un salto o catarata, como de dos varas de altura, en que las aguas se precipitaban con estruendo, fuertes remolinos y corrientes, y como estos embarazos, a lo que se dejaba entender, se irían multiplicando al paso que nos acercásemos a las cabeceras del río, obligándonos al fin a dejar las canoas, se resolvió despacharlas de un vez a las Tunas, y seguir los trabajos por tierra, a cuyo efecto tuvimos que volver al punto del Rayo, siendo las orillas por todo aquel paraje demasíadamente barrancosas, y de espesos bosque de unos arbustos espinosísimos de la especie de aromas, impenetrable asilo de toda clase de fieras.

El 11 de febrero, despedidas las canoas, se emprendió ya la marcha a caballo, separados algún tanto de la vista del río por su ribera del NO a causa de los grandes bañados y pantanos: cortamos vuelapié la cañada o arroyo de los Corrales que bajando del N O de una distancia como de 30 millas, entra en el Cebollaty por los 33° 30' y nos transferimos al Pasode las Averías, 7 leguas al SO del Rayo, en la latitud de 33° 37' 2» M. Da principio en este paso una serranía alta que se tiende en diferentes lomas por la margen del E cosa de 5 leguas contra el arroyo de la India muerta, o San Luis. Desde allá se descubren al NO los grandes cerros de Ulimar los de las Averías occidentales: y del O al S se dilata un valle espacioso de 7 ó 8 y más leguas terminado en otras varias serranías y montañas notables [p. 304], y cruzado de tres brazos, muy principales deste río, el Gutiérrez, el Cebollaty propio y el Alférez que se reúnen todos a corta distancia de este paso.

El 15 hubo una creciente tan extraordinaria como particular en la estación. Subió el río en pocas horas de 12 a 15 pies sobre un ancho de 60 varas que tiene en aquel sitio. Nos vimos bastantemente embarazados para pasarlo, no siendo por otra parte fácil continuar por la ribera de occidente tanto por lo bajo y pantanoso del terreno como por los diferentes arroyos que le entran, como se acaba de indicar. Por último combinadas todas las circunstancias, nos resolvimos a ejecutarlo en Pelota, según la costumbre de estos naturales, máquina a la verdad digna de describirse, así por lo singular de ella, como por lo simple, de fácil expediente, y servir para varios usos, aunque no sin gran peligro. Usan todas las gentes de campo un cuero de vaca, a que llaman hijar, que sacan, abriendo la res por el lomo, y tendido después por medio de algunas estaquillas, lo estiran y secan, y cortándole las garras, lo dejan de la figura de un rectángulo. Dispuesto el hijar en esta forma, tiene grandes empleos: doblado y puesto en el caballo, sirve de carona, y no embaraza su conducción con el recado, o arneses, se forma sobre el hijar una cama pasadera hasta para gente delicada; colocado sobre unas varillas arqueadas, defiende de los fríos, de los soles, y de las lluvias, poniendo a cubierto todo el equipaje y finalmente, tomadas las puntas del hijar por medio de ciertas huascas o correas, se forma una especie de batea cuadrangular, que es la pelota en que pasan estas gentes los ríos más caudalosos con todo su tren, dejándose ir asidos de la cola de su caballo, o remando con la ayuda de un pequeño palo o hueso. En una palabra, es este mueble para el hombre de campo de los más preciosos y esenciales, y así jamás camina sin él, y a lo que parece no dejaría también de convenir a nuestra tropa de caballería y dragones en Europa, principalmente en ciertos casos que ofrece la guerra, para cuyo objeto podría modificarse y perfeccionarse la idea y uso de este cuero según sea susceptible.

[p. 305]

En tres hijares o pelotas de esta clase, conducidos de uno o dos buenos nadadores por medio de una huasca que tiraban con la boca, pasaron los dos destacamentos español y portugués, compuestos de más de 70 personas con instrumentos y equipajes en solo la tarde del día 16. Llevaba la pelota en cada viaje de 8 a 10 as de peso. Precisa no obstante tener gran atención de ir muy derechos y conservar el equilibrio; el menor movimiento descompasado basta para virar la nueva embarcación. También es de advertir, no se debe usar más de la pelota, cuando el cuero llega a ponerse blando con la humedad; el naufragio es entonces inevitable en medio del río.

En esta jornada del Rayo a las Averías, perdimos todo el ganado de la provisión, de suerte que quedamos reducidos a la triste ventura que ofrecía el campo, el que como fuese demasiadamente inculto, y cubierto de maleza con grandes barrizales, no permitía salir a carnear, ni era fácil correr, y alcanzar el ganado bagual en aquellos parajes: nuestras

gentes padecieron de resultas algunos días de miseria y necesidad. También en el mismo Paso de las Averías llamado así por haber sucedido en él algunas desgracias perdieron los portugueses un soldado de los voluntarios, que se ahogo queriendo pasar el río a caballo, cuyo cadáver a que se tuvo cuidado de dar sepultura, fue después desenterrado y comido de los tigres, según la relación de algunos de numerosos peones, que volviendo por allí a los pocos días, vieron los despojos, rara voracidad de esta fiera y no poco frecuente en el país.

En la mira propuesta de reconocer primero la margen oriental seguimos el 17, costearlo el río por la falda misma de la Sierra de las Averías: y notando las horquetas de Gutiérrez y Cebollaty que se apartan a occidente, fuimos a dar el 18 en la Estancia de Llorens, situada como a 4 leguas de aquel paso, sobre la ribera meridional del Alférez y bajo la latitud de $33^{\circ} 51' 30''$. Antes de salir se destacaron dos oficiales a examinar la serranía que llaman de la India muerta y ligándose a oriente con la de Averías, costea a poniente el arroyo de su mismo nombre de que ya dijimos se formaba el San Luis. Uno de los [p. 306] gajos de la India muerta nace en el Cerro de San Esteban de la Cuchilla general que da también aguas a los arroyos de Garzón, Don Carlos y Rocha, los cuales fluyen a levante y pagan su tributo al mar por la Costa de Castillos. La latitud de esta montaña, observada por los astrónomos de la antigua demarcación es de $34^{\circ} 16' S$ que se diferencia de la nuestra de solo un minuto (pág. 94)²⁸. El segundo gajo, que es el de menos consideración, toma su origen algo más a occidente, y no muy distante del primero. Los facultativos no pudieron seguir el curso de este arroyo hasta unir sus trabajos con los que se practicaron por dentro del San Luis; quedaron como 4 leguas sin verificar por los grandes bañados y derretideros, y así se expresan en el plano, en que nada se ha puesto que no haya sido registrado, aunque la dirección de la India muerta, y del San Luis con todas las noticias de los baqueanos y conjeturas físicas que ofrece el terreno nos persuaden ser uno mismo casi conevidencia.

La Estancia de Llorens es la más avanzada por esta parte de las pertenecientes a Maldonado. Sus tierras comprendidas entre los arroyos de Alférez e India muerta, terminadas contra la Laguna de Merín, abrazan una área de 4 leguas de frente y 14 de fondo. Fuera de algunos parajes que tiene intransitables, sus pastos son pingues y provechosos, y sus aguas no menos excelentes. Fue poblada el año de 80 y contaba ya diez mil cabezas de ganado mayor. Reforzados aquí algún tanto de las miserias pasadas, y con el auxilio de cien caballos que nos vinieron del Palmar por las atenciones del teniente de infantería don Juan Joseph de Reyna, comandante a la sazón de Santa Teresa, nos transferimos el 25 de febrero a la estancia de Joseph Cayetano de Oliveyra, también sobre la Costa del Alférez a 4 leguas de la anterior. Como a la mitad del camino se encuentra un pequeño rancho de otro vecino del pueblo de San Carlos, llamado Acosta, al NO del cual distante como 9 millas, recibe el Alférez las aguas del Aleyguá. Desde la estancia de Cayetano en la latitud de $34^{\circ} 6' 50''$ A. empiezan [p. 307] las primeras asperezas de Garzón, por entre las cuales penetra el Alférez con dirección NS dividiéndose en varias ramas de las quebradas de dicha sierra, más las dos primeras vertientes traen su principio del paralelo de $34^{\circ} 24'$. Pueblan este arroyo vecino de los dos Maldonados y se cuentan hasta sus cabeceras otras 9 estancias desde la expresada de Llorens.

Lo fragoso y difícil del camino que se debía seguir para terminar el reconocimiento del Alférez, nos obligó a destinar nuevamente los dos oficiales facultativos, encargados de este objeto. El resto de la comitiva se dirigió al del Aleyguá, que viene a ser como el tronco principal de dicho arroyo. Para esto cortamos aquel, el 26 y fuimos a parar en la estancia de Ramón Moreno sobre la banda oriental de este, como a 6 millas de su confluencia. Algo

menos distan por el frente de la estancia los dos arroyos y en los estrechos límites de esta rinconada tenía aquel vigilante activo poblador trece mil cabezas de ganado vacuno, y una piara de 900 yeguas de que iba refinando cada día la cría y raza de caballos. Por de dicha estancia, arroyo de por medio, se advierten tres grandes cerros bastante conformes en su figura y corpulencia, por lo que les dimos en llamar los tres hermanos. Con ellos se enlaza una cuchilla de tierras altas que viene de las cercanías del pueblo de Minas, y reparte aguas al Cebollaty y al Baumarajate, como se dirá después.

Costeando el Aleyguá el 1.º de marzo, se cortó desde luego el pequeño Sarandi, término natural de las tierras de Moreno, que viene del Sur: y a las 7 millas se halla la unión de dichos Baumarajate y Aleyguá, en cuyo intermedio estaba el rancho de los Correntinos donde se hizo alto, y nos alcanzaron los oficiales que venían de las puntas del Alférez. Sería la punta de estos dos arroyos, un notable morro de piedra de mediana elevación, tajado verticalmente por una de sus caras. Al pie de este morro pasamos el arroyo por nuestra derrota y repasando el Baumarajate que viene del SO se observó la latitud de dicho rancho de $34^{\circ} 5' 27''$ A. Para acelerar en lo posible la gran obra de este vasto y penoso reconocimiento que se nos complicaba más [p. 308] y más con la reiterada división de tantos arroyos, que traían todos su origen de largas distancias, era forzoso repartir el trabajo con frecuencia. Dos oficiales fueron pues encargados de recorrer el Aleyguá, los demás el Baumarajate: y puestos todos en movimiento la mañana siguiente, nos vinimos a juntar la noche del 14 hacia las primeras vertientes de este último en la estancia de Fontán.

Resumiendo ahora el prolijo detal de estas operaciones, daremos la descripción general de estos dos brazos con los terrenos que incluyen.

Trae el Aleyguá sus primeras aguas de un ramo de la cordillera general que da principio en el paralelo de $34^{\circ} 24'$ y se extiende hasta Maldonado por una dirección como del SSO. El rumbo directo del arroyo desde su origen hasta la unión del Baumarajate es NE $\frac{1}{4}$ N y en este espacio le tributan su feudo otros gajos de menor entidad; la Coronilla, el Sauce, el León, los cuales todos vienen del SE, de las faldas occidentales de las Asperezas de Garzón y cruzan un ameno valle entre aquellas y el mismo Aleyguá, de que toma su nombre, muy fértil en pastos, poblado de unas estancias y copia de ganados. Así como las primeras Asperezas de Garzón, penetrando al occidente del Alférez, dividen sus aguas de las del Aleyguá, del mismo modo internando otra pierna de cuchilla o cordillera, aunque de lomas más tendidas y menos pedregosas, separa las de este, de las del Baumarajate que tiene también sus primeras puntas en la misma serranía de Maldonado, más por su cara occidental. No carece tampoco este arroyo de su hermoso valle, cuyos derrames aumentan el caudal de sus aguas; ni menos de su ramal de cuchilla, que le costea al septentrión, el que viene de las sierras de Aregita y Penitentes, junto al pueblo de minas, y termina en los Tres hermanos del de la estancia de Moreno. De los Penitentes, cerros por extremo escarpados, llamados así por el agudo remate de su cúspide, terminado en forma de caliptra o cucurucho, nace el principal gajo del Baumarajate, cuya dirección generales al NE igual a la de su cuchilla.

Hacia el centro del valle se halla sentado otro gran cerro de piedra y de vasta mole, que presta su nombre al arroyo y al valle, cuyo [p. 309] único poblador es Fontán vecino de Montevideo, y su estancia se halla situada en $34^{\circ} 16' 18''$ de latitud A. Siendo la variación magnética $13^{\circ} 10'$ NE. Como 2 millas al sur de las cabeceras de estos dos arroyos está el cerro nombrado de los Reyes donde los antiguos divisorios colocaron el tercer marco de piedra, o mármol traído de Lisboa para el efecto, y cuyas piezas se hallaban separadas y esparcidas con desorden.

Poco más de 2 leguas, al SO de los Penitentes y 4 escasas de la posesión de Fontán, se halla el pueblo nuevo de la Concepción de Minas y con esta proporción aunque fuera ya de los terrenos que se debían reconocer, pasamos a observar su latitud y averiguar su situación en obsequio de la Geografía. Se echaron los fundamentos de este pequeño pueblo el año pasado de 1784, y en el día tenía ya 41 casas de piedra o cantería, en que habitaban otras tantas familias de los Maragatos de Asturias y Galicia venidos para poblar la costa Patagónica. Tenía también su casa capitular, y se estaba a la sazón constituyendo la iglesia. Todas estas obras corrían por cuenta del Real Erario en beneficio de los mismos pobladores, los cuales fuera de esto, se hallaban también asistidos de otras adehalas no de menos entidad, como tierras de sembrado, una junta de bueyes, un caballo, y un real de plata diario por cada uno de los de la familia, sin excepción alguna, cuyo socorro era limitado al término de un año. La figura del pueblo es un cuadrado regular, la plaza en el centro, y las calles tiradas NS EO de la aguja magnética, la dividen en isletas o cuadrículas también regulares cada una de cien varas. Extramuros en un arrabal de ranchos de paja vivían trescientos indios tapes o guaraníes de las misiones del Uruguay y Paraná, los cuales bajo la conducta de un sargento de dragones, sostenían todo el peso del trabajo de aquellas obras, que aún se continuaban.

Hállase situada la Concepción en un pequeño valle como de leguas, de 2 leguas de ámbito, rodeado en contorno de grandes montañas, ricas en minerales, de que tenía el sobrenombre de Minas. Bajo el paralelo de $34^{\circ} 32' 31''$ de latitud A. Goza de un benigno clima, y sobre la [p. 310] margen septentrional del arroyo de San Francisco, no es menos afable su temperamento. Lo cristalino y delgado de sus aguas, la fertilidad de sus tierras, y lo puro de sus aires, le hacen sobremanera sano, destino el más adecuado para convalecientes. Todos los comestibles son de la mejor calidad, los granos exquisitos, las carnes sabrosas, las legumbres, verduras y frutas, muy tiernas y dulces bien que de todo esto escaseaba por hallarse tan a los principios. Entre las montañas de Minas se distinguen: al SO la de Verdun, extremo septentrional de la gran serranía de Pan de azúcar, cuyas faldas occidentales baña (como dijimos pág. 38)²⁹ el arroyo de Solís grande, y las orientales dan origen al arroyo de Verdun que unido al de San Francisco, que baja del Cerro de los Reyes, forman los dos una de las primeras vertientes del Santa Lucía; al Este los cerros del Campanero; al NE los Penitentes y al N y NO los Perdidos y la Sierra de Aregita montañas todas del orden de las primitivas, y de venas pedregosas tendidas por lo regular de NE a SO. En los Campaneros se forma otro arroyo, que pasa al N del pueblo, recogiendo las aguas de las caídas de estas sierras, y es también vertiente del río de Santa Lucía.

Dijimos que estas montañas eran ricas en minerales, y efectivamente como 2 leguas al S. SE del pueblo, se halla abierta una mina copiosa de plomo con mezcla de plata. Su vena es abundante de mineral, principia en la superficie, cara al N del cerro: cae verticalmente cosa de 20 pies y después toma una dirección oblicua al horizonte de NE a SO. Su matriz es de dos clases: 1.^a de una piedra guartzona (Quartzum) láctea, durísima, con vetas y manchas oscuras; 2.^a y de otra heterogénea o mixta (saxum), compuesta de arena arcillosa y ocrácea, muy desmoronable, y de color tostado, que es la más rica. La plata, el hierro y el azufre (pirytes) la constituyen o mineralizan: en el fuego despiden humo medio amarillo y agudo, y en el horno de reverberos se vitrifica con el mismo color [p. 311] amarillo obscuro. Su figura es a grandes cubos regularmente y también a hojas. Parece la Galena Bligants de Linneo. Plumbum mineralisatum particulis cubicis sulfare et argento³⁰. La corta mezcla de plata que tiene esta mina, obligó a hacer algunos ensayos de ella a un vecino de Buenos Aires, don Miguel de Olabarrieta que en la actualidad se hallaba encargado de la dirección

y gobierno de aquel pueblo. Sus experiencias le mostraron que de 50 qq̄s de mineral, no se sacaban más que 2 ½ a 3 marcos de plata, cantidad que no sufragaba a los costos del beneficio y le fue forzoso abandonar su proyecto después de algunas pérdidas.

Como 4 leguas al sur del pueblo se halla otra mina de cobre no menos rica. Nosotros no logramos pasar a ella, pero Olavarrieta nos aseguró ser la vena muy ancha, y correr la a distancia sobre la superficie del terreno en que se halla, que también es de bastante elevación. La materia de la mina parece ser un poco ferruginosa, y está cubierta de eflorescencias verdosas y celestes, con manchas de color de cobre. Es una tierra ocreostácea, porosa, poco pesada y de fácil fundición. Contiene poco hierro, más de azufre y da de 30 a 40 por cien de cobre puro, dulce y de buena calidad.

Parece el Cotaceum de Linneo. Cuprum matrice ochraceo-cotacea, abundante en Alemania y Suecia³¹. La montaña de esta mina, y la de la antecedente abundan de una pizarra blanca y cenicienta. Schistusargillosus.

Los arroyos de la jurisdicción de Minas especialmente los del Campanero, y San Francisco, tienen sus lavaderos muy fecundos de oro puro o nativo en hojas membranáceas y pepitas más sólidas. De una batea de sus arenas, tomada en cualquiera de los muchos parajes hoy conocidos, se sacan 30, 40 y aun 50 hojitas, o granitos, de [p. 312] subidos quilates de este precioso metal, siendo de advertir que la mayor riqueza o abundancia se encuentra en aquellos sitios en que las aguas llegaron a excavar hasta la segunda lonja de tierra (strada telluris) que es de cascajo mentido y esquistoso. Este cascajo produce regularmente la cantidad que se ha dicho, y aun a veces, pepitas de más consideración: bien entendido que no siempre es necesario ceñirse a las márgenes o barrancas mismas de los arroyos; basta cavar la tierra hasta aquella profundidad en sus cercanías, y aun en las faldas y cimas de los montes, para no perder su trabajo; todo lo que manifiesta ser el país un puro criadero de oro. Don Cosme Albarez fue en otro tiempo comisionado por el Gobernador del Río de la Plata para ensayar estos lavaderos, en cuya virtud se le franquearon algunos auxilios; entre otros porción de los Indios de Misiones; mas este individuo no tuvo la mejor elección de los parajes en que debía de trabajar ni se dio buena traza en el manejo de los guaraníes: de manera que a poco tiempo desertaron todos y sus ensayos no dieron claridad en este punto. Un negro portugués establecido en Minas, que tenía alguna práctica de esta materia, adquirida en las Minas Generales y de Cuyabá, en ciertos intervalos que la pasión dominante de Baco le dejaba libres, sacaba un diario de dos pesos de plata, con que había logrado su libertad y la de toda su familia.

Al ESE de la Concepción, distante como dos millas, hay un cerro nombrado del Imán, a causa de ser en él muy frecuente una piedra negra, muy pesada y dura, de grano menudo, arenoso, y en la fracción abierta de partículas brillantes de hierro. El vulgo lo llama imán por la fuerza con que suele mover la aguja magnética; mas su virtud verdaderamente no es activa, sino pasiva (retractoria) es atraída pero no atrae. Es semejante al ferrum granosum retractorium nigrans, particulis arenaceis de Bitsberga³². Casi todo el cerro, se compone de esta piedra a grandes cantos. En la Sierra de Aregita, de que hemos hablado, 2 leguas, al NNO de Minas, hay también otra [p. 313] Cantera abundantísima de agatas muy duras y de varios colores. En el valle de Baumarajate se encuentran cristales en las cavidades de las rocas de diversos colores y figuras las más comunes, y que nosotros logramos ver, eran de montaña o pirámides hexaedras o de 6 lados (crystalus hexâgona non colorata). Y finalmente, el mármol blanco, de que sacan grandes láminas o losas sepulcrales, y el manchado de varias vetas y colores, no son tampoco extraños en las sierras de Minas.

*Volviendo a nuestro asunto en la estancia de Fontán tardamos algún tiempo en arreglar papeles y confrontar los trabajos con los portugueses. Hecho esto se trató de aquel brazo del Cebollaty que dijimos conservaba su propio nombre, y hallándonos no lejos de algunas de sus vertientes, el arroyo del Corral de los Tapes, y el de Barriga negra de los Talas, fue acordado seguirlos aguas abajo hasta sus horquetas. En esta resolución nos pusimos en marcha el 17 de Marzo, y cortando el Baumarajate y las tierras altas que le costean de septentrión, de que hablamos arriba, nos dirigimos a un cerro elevado y corpulento de que se desprende uno de los gajos generales de Barriga negra. De la cumbre de este cerro se lograron tomar buenas direcciones al arroyo y otros puntos ya conocidos, de forma que quedó bien situado, y de allí descendimos hacia el oriente, buscando las caídas de los Tapes, que forma ya cauce señalado en el valle de Juan Gómez, en $34^{\circ} 3' 48''$ de latitud *A* distante de aquel otro punto cosa de 3 leguas. Lo escabroso y áspero del terreno nos impidió seguir el curso del arroyo y nos vimos en la necesidad de rodear algún tanto, haciendo derrota por el primer cuadrante, para venir a su unión con el Cebollaty, que se verifica en los $33^{\circ} 50' 23''$ de latitud y la de Barriga negra 3 minutos más al N, distante 5 millas. Fórmanse estas dos vertientes del Cebollaty de las caldas septentrionales de aquel ramal de cordillera, que se dijo, costeara al N el Baumarajate: desde la Sierra de Aregita y cerros de los Penitentes hasta los tres hermanos de la estancia de Moreno. De estas se avanza asimismo al ONO cosa de 5 millas, otra pierna [p. 314] no menos elevada, que llaman de Lorencita, y de ella baja el pequeño gajo del Sarandí, que se junta con los Tapes cerca de su confluencia. Sobre la cima de casi todos estos montes se ven aún hoy muchos sepulcros de la Gentilidad India: los que se reducen a un cerro de piedras sueltas como de 7 pies de diámetro, y 4 a 6 de alto. Esta parece haber sido también la costumbre general de los indios, según se escribe por nuestro don Antonio de Ulloa en el viaje a la dimensión del grado del meridiano terrestre.*

El 21 se recorrió un pequeño tramo del Cebollaty hasta el paso que llaman de las Piedras, el que se hallaba ya establecido o situado anteriormente por varias marcaciones y cruzamientos hechos de diferentes puntos conocidos; y observando la latitud de este que fue $33^{\circ} 47' 29''$ quedaron ligados los terrenos, y ratificadas las operaciones hasta el día. El 23 persuadidos por el coronel Roscio, que desde el punto de las Tunas, en que lo dejamos, se tomo la molestia de venir con su capellán a facilitarnos los medios de cumplir los preceptos de la Iglesia Católica en los prójimos y santos días de la Pascua florida, nos transferimos de nuevo a la estancia de Llorens de que no estábamos muy distantes.

El 25 se hizo una división más general de los terrenos y trabajos destinando a cada parte la mitad de los oficiales inteligentes con una de las colecciones de instrumentos astronómicos. El doctor Joseph Saldanha, de los portugueses, y nuestro geógrafo don Joachin Gundin con el ayudante y alférez de navío don Joachin Varela, fueron encargados de acabar de reconocer el Cebollaty y el Gutiérrez, que como dijimos se le agrega hacia el paso de las Averías; y el coronel Roscio con otros dos de sus oficiales el capitán de Ingenieros Alexandro Portela, y el teniente del mismo cuerpo Francisco das Llagas Santos, y el geógrafo don Andrés de Oyarvide con el resto de nuestra comitiva, nos hicimos cargo de los dos Ulimares y el Parado, que son asimismo gajos del Cebollaty no menos considerables, y los últimos que restaban para su entera conclusión. Dispuestas las cosas en estos términos, caminó, el 28, cada destacamento al paraje de su destino: el del Cebollaty [p. 315] a la horqueta de los Tapes para continuar desde allí las operaciones, y el del Ulimar al referido punto de las Tunas, y tomando las canoas bajar al del Yatay que daba aun mejor proporción para el examen de este brazo, por su mayor cercanía. Ahora para no invertir el orden propuesto en la relación de

estas operaciones, explicaremos primeramente las de esta nueva partida, resumiendo con la claridad que nos sea dable los resultados de su diligencia con arreglo a su diario y después seguiremos el hilo de las practicadas en el Ulimar y Parado. Restituido a la confluencia de los Tapes el destacamento destinado al reconocimiento del Cebollaty propio, dirigió su derrota el 1.º de abril por el tronco principal de este río hasta la horqueta del Barriga negra: que como dijimos arriba, se divide en dos por medio de una pequeña pierna de cuchilla, que desprendida de la general se deja venir en vuelta del NNE, separando las aguas de cada uno de ellos. El oriental toma el nombre de Barriga negra de las Talas por hallarse dobladas sus orillas de árboles de esta especie; y el otro lo toma de las Asperezas de Polanco donde tiene su origen; las cuales son a la verdad un confuso laberinto de complicadas sierras tan agrias y pedregosas que ningunas otras merecen con más razón el nombre de Asperezas. Tres son sin embargo sus principales ramas, que reunidas en el Cerro grande, como en un centro, se reparten de allí para diferentes rumbos: la del NE, costea a Barriga negra de Polanco hasta bien cerca de su boca en el Cebollaty; la del SO³³ nace el arroyo que llaman de Godoy, el cual por una dirección como del NE ha a juntarse con el Cebollaty en los 33° 41' de latitud. La partida siguió su ruta poraribera oriental de Barriga negra: y andadas 3 leguas, al SO, rumbo general del arroyo, cortó el gajo de los Talas, no lejos de su confluencia; dando de aquí diferentes vueltas y retornos para desechar lo más fragoso de las sierras, descabezó el día 5, las puntas de Polanco y dobló sus asperezas, cayendo hacia las vertientes de Godoy. La Cuchilla general confina por esta parte y sus aguas occidentales [p. 316] forman los arroyos de Casupa y el Soldado brazos del Santa Lucía.

De Godoy se encaminaron, el 6, a las primeras fuentes del Cebollaty, donde también es conocido con el nombre de Arroyo de los Tapes, y tienen, asimismo su origen en la cuchilla principal, contiguas a las de Masavillagras, otro de los gajos del Santa Lucía, en la latitud observada de 33° 39' 30" M; distando como 4 millas al N ¼ NE, los cerros nombrados de Hillescas. Sigue desde luego el Cebollaty la dirección del E S E ellargo trecho de 10 leguas hasta su unión con el Corral de los Tapes y recoge por el septentrión las aguas de Nico Pérez, Benítez, y el Bustillan, vertientes todas de la gran cuchilla, con proyecciones del 4.º cuadrante, y separadas entre sí por medio de sus respectivos albardones. Corre después otras 7 leguas al E NE hasta la confluencia del Alférez, y en esta distancia solo le entra el Pirarajá, pequeños derrames de las Islas de Retamosa y de la cuchilla de Gutiérrez.

Los terrenos inclusos entre el Cebollaty propio y Baumarajate, y terminados en la cuchilla general, que despunta todos estos arroyos pertenecen a don María Francisco de Alraybar, viuda del mariscal de campo don Joachin de Vianal, gobernador que fue de Montevideo. Este dilatado cantón, con sus tierras fértiles, pastos pingües y abundantes aguadas, alimenta un crecidísimo número de ganado vacuno, que tributa a la Mariscala con sus cueros cuantiosas rentas. Sin embargo de esto los perros cimarrones o salvajes, de que se encuentran tropillas numerosas hasta de 80 y 100 causan lamentable destrozo, en el ganado. La voracidad de esta fiera y su particular instinto, le llevan a preferir las crías, en que no halla resistencia, y su carne es más tierna y delicada; por esta razón se corren a veces grandes pagos sin encontrar una ternera. Como los perros en su entera libertad se multipliquen prodigiosamente, no hay que esperar que este daño vaya a menos, si el gobierno no los proscriben, y obliga a los interesados y dueños de estancias a su total exterminio. Una jauría de otros perros domésticos, aun en corto número, los cuales tienen siempre declarada cruda guerra a los cimarrones, basta para conseguir [p. 317] este importante objeto con brevedad y a satisfacción. Del mismo modo se deben exterminar los tigres, leones, lobos

y demás animales carnívoros, que causan notable daño, y ninguna de estas fieras puede resistir los esfuerzos de 12 perros bien unidos, y animados por la voz de su señor.

De las cabeceras del Cebollaty descendieron el 7, por su margen oriental al arroyo de Nico Pérez: el 8 cortaron el Benítez, el 9 el Bustillan por la latitud de $33^{\circ} 40' 41''$, y el 10 costeano el Pirarájá, subieron a observar la latitud de $33^{\circ} 32' 56''$, entre sus puntas y las del Gutiérrez.

Relevaron los Cerros de Monzón y de aquel de la otra parte, y este en la cuchilla misma; el cual como dé nacimiento a uno de los mayores brazos del Ulimar, que tuvo que recorrer después la otra partida, como veremos, sirvió de ligar y rectificar los trabajos de ambos. Forma en parte la cuchilla general una gran rinconada, o codillo que entra como al ESE y de ahí torna al NE con alguna más suavidad, haciendo un arco como de círculo, del que dimanan todas las vertientes del Gutiérrez, que reunidas desde luego, y formando un canal considerable, poblado de arboleda y frondosidad cruzan en la dirección del SE aquel espacioso valle de 7 a 8 leguas, de que hablamos pág. 102³⁴ y depositan sus aguas en el Cebollaty hacia la punta occidental de las Averías.

El 11 descabezando las puntas del Pirarájá por el Cerro de las sepulturas e Islas de Retamosa, fueron a observar la latitud de $33^{\circ} 30' 18''$ sobre la ribera sur del Gutiérrez, no lejos de la citada reunión de sus vertientes. El 13 pasado el arroyo, se encaminaron al NNO hacia otro cerro elevado, que reparte aguas al Olimar, y a los Corrales, desde la latitud de $33^{\circ} 95' 12''$. Este arroyo de los Corrales no es otra cosa que una gran cañada pantanosa, que en diferentes vueltas entre el NE y SE, corre el dilatado tramo de 10 leguas por entregar su corto caudal al Cebollaty cerca de su Salto o Catarata, y como 4 millas al NE del paso nombrado de los Santafecinos. La Mariscala de Montevideo [p. 318] hizo construir años pasados sobre este arroyo varios corrales para encerrar ganado y facilitar sus faenas de cueros de que aún subsistían reliquias, y de aquí toma el nombre de los Corrales. Los cambios de sus dos bandas, igualmente que los de Gutiérrez, son puros bañados y pantanos, solo transitables en tiempo seco; y hacia la cuchilla se elevan progresivamente las tierras en lomas dobladas, más o menos fragosas según su proximidad. Por un albardón que verilea el arroyo dicho de los Corrales por su orilla meridional, y se puede decir que es el único terreno limpio de todo aquel espacio, se internaron el 14 hasta cerca de su confluencia y concluida en este punto su comisión, se transfirieron del punto del Itatay, donde a la sazón se hallaban ya las canoas.

Por nueva disposición del coronel Roscio, hizo esta misma partida desde el Itatay algunas tentativas para examinar a los pantanos que dan principio al arroyo de las Pelotas (pág. 95)³⁵, se unían o ligaban con los que se extienden hacia esta parte de la serranía de la India muerta, según afirmaba el baqueano; y verificó la experiencia, o si permitían paso para acabar de reconocer aquel pequeño tramo del San Luis, que no se había conseguido, y enlazar este río con el arroyo de la India muerta, que se suponía ser el verdadero origen (pág. 104)³⁶. En esta virtud salieron el 27 de abril, y costeano el Cebollaty por su margen meridional hasta las tunas, tiraron después al sur, y a corta distancia dieron ya con dichos pantanos. Con el mayor trabajo del mundo penetraron cosa de 3 leguas escasas, sin lograr descubrir su término: y tomándoles la noche sin tiempo de volver atrás, restaron sobre un pequeño albardón, tal vez deparado aquí por la Providencia para esta necesidad, observando la latitud de $33^{\circ} 27' 41''$, y luego que fue de día, marcaron al SE 6° E, el Carbonero de las Sierras de San Miguel, que conocieron con toda distinción, y otro bosque o capón pequeño, que parece fue el último punto a donde se había llegado en el reconocimiento del citado arroyo de Pelotas. Hecho esto se volvieron al [p. 319] campamento no siendo dable averiguar lo que se pretendía, y mucho

menos los límites de aquellos pantanos que por lo visto abrazan todo el terreno que encierran los dos ríos San Luis y Cebollaty contra la expresada sierra de la India muerta y Averías. Esta marcación del Carbonero sirvió de mucho para la corrección general de las operaciones del Cebollaty. El 1.º de mayo observaron en el Iatay la inmersión del 2.º satélite de Júpiter cuya resulta dio 3 horas 36' 6" de difra de meridianos a occidente de Greenwich: y el 2.º se trasladaron con las canoas al arroyo Sarado, a fin de adelantar en lo posible su investigación, en tanto se continuaban los trabajos del Ulimar, cuya narración expondremos ahora. Desde la estancia de Llorens, costeano el Cebollaty por su ribera meridional, nos transferimos en los días 28 y 29 de marzo al punto de las Tunas, y de este en las canoas al de Iatay el 31, donde nos dispusimos en los primeros días de abril para el reconocimiento del Ulimar³⁷ que como ya se dijo, entra como tres millas al sur de este ult puerto. Forma el Cebollaty en esta distancia, un saco cubierto de espeso monte, que se junta con el del arroyo, y deja impenetrable el terreno intermedio. El 8 se emprendió ya la marcha por tierra, siguiendo un hermoso albardón que le costea al N hasta un pequeño arroyo de pocos árboles que baja del NO trayendo su origen de hacia las primeras lomas del Yermal: y el 9, rebasado este arroyo, acampamos sobre una pequeña laguna de la margen del Ulimar, 13 leguas distante del Yatay, y en casi su misma latitud de 33º 16' 36". El 10 se reconoció el arroyo de que acabamos de hablar, y barajando el 11 el principal de nuestro objeto, se cruzaron varias cañadas que desaguan en él, formando a trechos diferentes lagos de corta entidad. Paramos el 13, caminadas 5 leguas del campo anterior sobre el paralelo de 33º 14' 6", cerca de la confluencia del Yermal, que viene del septentrión de hacia aquella parte donde tienen su nacimiento el Parado y el Tacuary, y por esta causa quedó su examen [p. 320] para nuestro regreso. En esta virtud le pasamos el 14, y penetrando un campo cubierto de Chirca³⁸, especie de mata o monte bajo y espeso, se vino a observar la latitud de 33º 12' 28" como 4 millas antes del Ulimar chico, gajo de consideración que entra por la orilla del sur, cuya investigación se difirió también de algunos días, por no haber paso cómodo y vadeable. En este paraje se hallan los altos Cerros del Ulimar que fueron relevados desde las Averías, de los cuales el más NE se halla sobre el yerbal, y es muy conocido de lejos, no tanto por su elevación cuanto por un apéndice escarpado y agudo que le sobresale en forma de pirámide. Túvose particular esmero en situarlos todos con la posible exactitud, pues debían ser como el fundamento del plano, refiriendo a ellos, como se logró con suceso, las operaciones del Cebollaty, Ulimar y Parado.

El 16 quedamos sobre la horqueta del Avestruz en la latitud de 33º 12' 47", y como 5 leguas al occidente de la del yerbal, hallándose en este tramo, encortadas al tronco principal del arroyo varias lagunas de alguna profundidad y extensión, formadas a lo que parece, de las inundaciones. Un carpintero natural de la Provincia del Paraguay, tenía establecido aquí un corte de maderas, y fábrica de Carros, que solía expender en Montevideo. También hacia alguna yerba mate, que se encuentra de buena calidad en el yerbal de cuya circunstancia toma el nombre. El 18 se salió a reconocer el Avestruz, que se reparte en varios ramos para recoger las aguas orientales que descienden de la gran cuchilla por la latitud de 33º 51' 45" y corre el espacio de 8 leguas, al S SE. El 23 se emprendió también el reconocimiento del Ulimar chico, que como dijimos nace en el Cerro de Nico Pérez bajo los 33º 25' 45" de latitud A y fluye casi al oriente 12 leguas, formado igualmente en su principio de otros gajos, uno de los cuales viene del S O de un ramal de cuchilla que da aguas a los Corrales. De Nico Pérez se marcaron al NO los Cerros de Monzón, y al SO los de Hillescas [p. 321] de sus caídas occidentales se forma el Yy, brazo considerable del Río Negro. El 29 siguiendo la cuchilla nos vinimos a reunir con los habían quedado días

antes en el Avestruz, que habiendo decampado subieron las aguas del grande Ulimar, le pasaron, y se hallaban como 3 millas a levante de las Averías occidentales, en latitud de $33^{\circ} 13' 18''$ sobre la ribera austral de un pequeño arroyo, que toma el nombre de estos cerros, por costearlos al N, recoger una vertiente que se forma en ellos, viniendo como todos, de la cuchilla y entrando en el Ulimar, 2 millas después del Avestruz.

El 30 volvimos a tomar el tronco del Ulimar grande, el cual se divierte en grandes vueltas hacia el NO y atravesando densísimos Chircales que cubrían los jinetes, pasamos inmediatos a otras dos horquetas, formadas de otros dos gajos que le entran de O SO y bajan como los demás de la Cuchilla grande, divididos igualmente por sus respectivos albardones. Observada la latitud de $33^{\circ} 6' 51''$ A. se logró también en este sitio la inmersión del 2.º satélite de Júpiter del día 2 de mayo que da 3 horas $36' 21''$ a occidente del Real observatorio de Greenwich, diferencia que nos parece algo defectuosa, bien es que la teoría de este satélite no esté todavía determinada con la última perfección, y sus tablas son susceptibles de un error que puede subir hasta 2 minutos lo tiempo. Por entre los dos gajos subimos el 6, y descabezando el del Aquilón, observamos el 9, $32^{\circ} 57' 55''$ de latitud A hacia las primeras puntas del Ulimar grande, compuesto de dos grandes vertientes, contiguas en la cuchilla con las del arroyo del Cordobés, brazo del Yy. Corrióse un pequeño tramo de la cuchilla al SO hasta lograr una intersección o cruzamiento a Nico Pérez, relevando asimismo los Cerros del Cordobés, Pablo Páez y Tupambay, mayor y menor, de la otra parte todos de la cresta de la misma cuchilla, cuyo camino real y carretero nos condujo el 11 al nacimiento del Avestruz, o de las Víboras, en latitud que ya expusimos, cuando se habló de este arroyo. Caímos el 12 sobre el yerbal, cruzando una pierna considerable de la cuchilla, que se desprende a repartir las aguas de estos dos arroyos, se da la mano con los Cerros de Ulimar y Averías. La latitud de este [p. 322] campo fue de $33^{\circ} 54' 19''$ A. y el 13 de mayo se observó con bastante exactitud la inmersión del 1er satélite de Júpiter siendo la diferencia de meridianos con Greenwich de 3 horas $38' 48''$, que conviene bastante bien con las derrotas.

Nace el yerbal en las asperezas enormes de Butunanby, hacia los $32^{\circ} 48'$ de latitud A: las costea al principio por el occidente, siguiendo todas sus caídas: la sigue después a oriente, entrando por un abra notable de dos cerros empinados: y termina en el Ulimar por los $33^{\circ} 14'$, corridas como 10 leguas al SSE y agregándosele dos gajos boreales. Sobre las riberas del yerbal, no escasea el frondoso árbol de la celebre yerba del Paraguay, el cual parece la Caliparpa americana de Linneo hojas aserradas de la clase de la Tetrandrias Monogynias. El 14 se dirigió el coronel Roscio hacia el Parado, destinando uno de sus oficiales a las cabeceras de este arroyo, para asegurarse de su verdadera situación: y nosotros descendimos por el albardón que le separa del avestruz, para averiguar su curso, hasta el cerro mismo del yerbal, y de aquí torcimos al oriente, y llegamos al Parado junto con los portugueses el 20 de Mayo, concluido enteramente el reconocimiento del Ulimar, u Olimar, el que tiene su proyección en general del ONO al ESE, y corre el espacio de 22 leguas hasta su confluencia con el Cebollaty por los $33^{\circ} 17' 50''$ de latitud A. Los primeros y más distantes gajos del Ulimar por una y otra orilla son los que hemos nombrado Yerbal y Ulimar chico. Estos incluyen entre sí todos los otros y el terreno que encierran, es por lo común endeble, de poca substancia, algo arenisco y pedregoso, contra el Cebollaty es más suave y pingue, pero menos limpio, y lleno de bañados y pantanos. En todo él abunda el ganado, lo que no es decible.

Como las operaciones del Ulimar se prolongasen tanto a causa de la multitud de brazos de que se forma este arroyo, como se acaba de exponer: la partida que vino del Cebollaty tuvo

sobrado tiempo de recorrer el Parado, adelantando de este modo en lo posible la vasta obra de tan prolijo y cansado reconocimiento general. Para la ejecución [p. 323] de este examen transfirieron el campamento general según se dijo, el 2 de mayo, 3 millas dentro de la barra del Parado en latitud $33^{\circ} 10' 35''$ A. Las canoas grandes hicieron este, camino aguas abajo del Cebollaty y subiendo después por la boca misma del arroyo; mas las pequeñas acortaron de mucho la distancia, entrando por un estrecho canal o sangradero que atraviesa en derechura, llamado del Catalán, de cierto individuo de la provincia que entabló en aquel paraje oculto sus faenas clandestinas de cueros y contrabandos, formó sus ranchos y mantuvo no poco tiempo comunicación abierta e impune con la villa de Río Grande por la Laguna de Merín, cuya proporcionada navegación produce frecuentes ejemplares de esta especie. El 5 de mayo emprendieron ya la navegación del Parado, más a las 2 millas tuvieron que saltar en tierra por su orilla del NE no siendo fácil continuar en canoas por la demasiada ramazón que cruzaba el cauce del arroyo. El 6 le siguieron costearlo por entre pantanos y bañados de que se forman algunas cañadas, hasta la distancia de 6 leguas, y observaron el 7 la latitud de $32^{\circ} 49' 52''$ A. 2 millas escasas al N de la confluencia de Otazo, que viene del ONO, y entra por la ribera occidental. De este punto empiezan ya a levarse las tierras, formando las faldas de la cuchilla, que por esta parte se tienden con suavidad a larga distancia. Cortaron el 8 un pequeño regajo, primeros derrames del albardón que divide las aguas del Tacuary y del Parado. Este declina del NO al O y en largas vueltas recibe nuevas caídas del mismo albardón, proyectado en la misma dirección del arroyo. El 9 doblado un notable cerro, que por su dilatada extensión al NNE llamaron Largo, observaron la latitud de $32^{\circ} 39' 27''$ A. en las puntas ya del Parado que se desprenden del Cerro de Butumanby, nombre dado por su figura que en idioma de los indios equivale a Horejas de Mulo.

Estos dos cerros viniendo del E y descabezando las dos primeras vertientes del Parado, se unen a la cuchilla general la que por medio de otro ramal deja ir en vuelta del SE forma una célebre encrucijada, cuyos cuatro ángulos mirando con pequeña diferencia [p. 324] a las Playas del Mundo, dan origen a los cuatro arroyos Tacuary, Parado, Yermal y Frailemuerto.

El 10 dirigieron ya de regreso su derrota por aquella pierna o ramal del SE que da principio a Otazo en los $32^{\circ} 49' 17''$ de latitud A y observando el día siguiente la de $32^{\circ} 54' 50''$ en los resurgideros de la Cañada de los Corrales, que fluye al ESE para encontrar el Parado por los 33° ; se retiraron el 14 al campamento cruzando unos penosos bajíos y lodazales de más de 4 leguas. El resumen de esta investigación es tener el arroyo 16 leguas de curso al SE desde la cuchilla al Cebollaty. Concluido el reconocimiento de este gran río, lo adelantado de la estación, lo embriagado de los campos con las frecuentes lluvias, la mala calidad del terreno todo bajo y pantanoso y la natural destemplanza del clima, nos obligaron a interrumpir por algún tiempo las operaciones y pensar en retirarnos al Tahin. El 23 de mayo, arreglado todo el trabajo vencido hasta allí, y combinado con el de los portugueses, que se halló bastante conforme, lo pusimos en ejecución de común acuerdo; más los desechos y repetidos temporales del SE nos hicieron tardar en la travesía hasta el 29 del mismo, y 4 días más a los lusitanos, que costearon la laguna por no atravesarla en canoas que no deja de ser peligroso.

El 28, de mañana se observó una inmersión del primer satélite de Júpiter 3 horas $32' 20''$ a occidente de Greenwich en el arroyo nombrado del Sarandý que desagua en la laguna como 3 leguas después, del Cebollaty, por su ribera occidental siendo la latitud de su barra $32^{\circ} 2' 2''$ A.

Capítulo VII

Segunda salida y conclusión del reconocimiento de la laguna de Merín y de sus vertientes.

Por octubre del año siguiente de 1785, con los tiempos más bonancibles menos las lluvias, y los campos más secos, se trató de continuar el [p. 325] reconocimiento de la laguna Merín y de sus vertientes, no concluido en la primer salida por los rigores del invierno y terrenos intransitables. En consecuencia fueron dadas por el Gobernador de Río Grande las órdenes correspondientes para el apresto de las mismas canoas, y estando prontas se hicieron venir al Tahin el 8 de noviembre. Queriendo nuestro comisario director don Joseph Varela, tomar alguna idea de aquellos campos, determinó acompañar las partidas por algún tiempo, y embarcándose con todos los oficiales facultativos de ambas subdivisiones españolas, y una escolta competente, hizo derrota al Tacuary el 17 del mismo, donde convenía establecer el campamento general, para proceder desde allí a las operaciones ligándolas con las del verano anterior. La mareta del SE le impidió atravesar en derechura, y fue obligado a ganar desde luego la cota occidental, acogiéndose al pequeño arroyo de los arrepentidos, donde encontró ya la partida portuguesa que a las órdenes del coronel Roscio había lado la vela el día antes, se vio también en la necesidad de tomar puerto, estando para perderse una de sus canoas.

Permanecieron con fuerza los vientos del SE al SO de forma que no pudieron salir de los arrepentidos hasta el 20 y barajando la costa de la laguna, entraron todos al siguiente día en el Tacuary donde se hallaban y a las canoas grandes que conducían los víveres, los instrumentos de astronomía y demás útiles, las cuales nacieron directamente desde el Tahin. Subieron el arroyo como 6 millas, y acamparon en la orilla meridional, observando el 22 la latitud de $32^{\circ} 47' 45''$ y el 23 la cifra de meridiano en tiempo con Greenwich de 3 horas $33' 46''$ por una emersión del primer satélite de Júpiter. Este mismo día se caló también sobre las riberas del Tacuary otra partida compuesta de españoles y portugueses que desde el 12 se había despachado por tierra con suficiente humo de caballos y de reses de consumo, la que dirigió su camino al N de la laguna, cortando el sangradero de Merín por el paso de Beca y pasando el Piratiny y Yaguaron en pelota, no sin algunas demoras y riesgos. El 24, elegido un terreno más limpio y de mejores pastos a 5 millas del primero [p. 326] sobre la margen septentrional del arroyo se transfirieron a él, observando asimismo su latitud de $32^{\circ} 45' 10''$, la cifra de meridianos de por otra emersión del propio satélite y la variación magnética de $12^{\circ} 50'$ NE por el azimut del sol. Establecido este campo se proveyó a la subsistencia de las gentes, enviando 24 peones a la sierra inmediata para coger algún ganado, y remplazar el del abasto, que se había enflaquecido con la marcha, los que habiendo salido el 27 con sus correspondientes pasaportes para no tener tropiezos con las partidas de Montevideo en caso de encontrarlas, volvieron a los 15 días con 200 reses de carne gorda y descansada, como se explican en el país.

Como los trabajos de la campaña antecedente quedaron en el Cebollaty, recorrida ya toda la costa oriental y meridional de la laguna Merín, era necesario examinar el tramo restante de ella desde la boca de aquel río hasta la barra del sangradero o río de San Gonzalo, con todos los arroyos y demás vertientes que le entran por esta parte. Para la mayor regularidad de esta obra, y su más pronta ejecución, se destinó por tierra al reconocimiento del Tacuary un destacamento de facultativos de ambas naciones con la colección de instrumentos de la portuguesa, y otra partida semejante con la colección española se encargó de verificar en canoas el examen de aquel trecho de costa que media entre los dichos ríos Cebollaty y Tacuary, con los tres pequeños arroyos Ayala, Sarândy y Zapata que vierten sus aguas por aquel espacio. Con arreglo a este plan, emprendió su marcha, el 28 de noviembre la

primera de estas partidas, en la que iban haciendo de geógrafos los capitanes de ingenieros, don Bernardo Lecoge ³⁹ y Alexandro Elloi Portela, y de astrónomos el alférez de navío don Joachin Vicente Varela y el doctor Joseph Saldaña, llevando por su escolta y servicio, 12 dragones, 6 peones y 1 práctico. En la segunda, fueron en persona los mismos jefes o comisarios, de astrónomos el capitán de artillería Joachin Feliz da Fonseca Manço y el alférez de navío don Juan Joseph [p. 327] Varela, y de geógrafos el teniente de ingenieros Francisco das Llagas Santos, y el alférez don Joseph María Cabrer.

Escoltados así mismo de suficiente número de soldados y peones, dieron la vela el 5 de diciembre y se dirigieron al sur, costeano la playa de la laguna, hasta conseguir enlazar sus operaciones en la barra del Cebollaty con las del verano anterior.

En esta segunda salida, se observó la misma conducta, el mismo proceder y prolijidad en los trabajos que expusimos, de la primera, y así no hay para que detenernos en su explicación. Descendamos pues a exponer desde luego las resultas en general, sin ligarnos tampoco al material y confuso laberinto de las operaciones para no invertir el orden propuesto, seguiremos la descripción de la costa occidental de la laguna, desde la boca del Cebollaty haciendo también de camino la de los arroyos que desaguan en ella, al paso que se hayan encontrando. Sobre la punta N del Cebollaty, se halla recostada una isleta de que dista 2 millas al ángulo de 10° NO el pequeño arroyo de Ayala en $33^{\circ} 6' 37''$ de latitud y viene de unas lomas cerca del Parado, como 3 leguas al ONO dejando un lago de corta entidad en el intermedio. De su barra 5 millas cortas al $N 64^{\circ} E$ está la punta nombrada de Quiroga, y de ella otras $2\frac{1}{2}$ al $N 6^{\circ} E$, la boca del Sarandy, arroyo compuesto de dos gajos que nacen de unos pantanos contra el Tacuary, 5 leguas al $N 32^{\circ} O$. La latitud de este arroyo observada la campaña anterior, fue confirmada ahora con cifra de pocos segundos de $32^{\circ} 2' 11''$ (pág. 125)⁴⁰ y su nombre lo toma de un árbol que adorna sus riberas, que parece el *Cephalantus* de Linneo, hojas opuestas y de tres en tres, de la clase de las *Tetrandrias Monogynias*. Sobre la dicha punta de Quiroga hay una hermosa laguna circular que tiene más de 2 millas de diámetro y se comunica al Sarandy. Desde este gira la costa como 3 millas a los $65^{\circ} NE$ forma después una ensenada al 4° cuadrante de otras 2 millas de Abra, que tiene otra pequeña laguna sobre la punta boreal, y de esta 2 millas a 8° [p. 328] NE entra en la de Merín por la latitud de $32^{\circ} 57' 14''$ y el arroyo de Zapata, cala despreciable que interna $1\frac{1}{2}$ leguas al ONO agregándosele otras dos cañaditas, todavía menores del septentrión, y toma su nombre de un español que habitó largo tiempo sus orillas.

De Zapata avanza la costa al $E 10^{\circ} N$ el largo trecho de 3 leguas, y rehurtando de allí otras 2 al NNE hasta la punta llamada de Parubé forma en la primera mitad de esta distancia una rada con $1\frac{1}{2}$ millas de fondo, y diversos sacos interiores. Sobre dicha rada que se halla cubierta de un juncal bien espeso, se ven las 2 frondosas islas de Tacuary con tres islotes menores y algo separados, en latitud de $32^{\circ} 54'$. La Punta delas Cajimbas sigue como 5 millas al NNE, de la de Parubé, haciendo la costa una ensenada a manera de media luna por cuyo centro desagua el Tacuary. Toma este arroyo sus primeras, aguas en los $32^{\circ} 46'$ de latitud A de las caídas o faldas septentrionales de los cerros Largo y Butumandy de que hablamos (pág. 124)⁴¹. Corre al principio el espacio de 6 leguas al $N 16^{\circ} E$ costeano la cuchilla general; declina luego al $E 2^{\circ} S$ 10 millas, regresa después 23 al $S 37^{\circ} E$ recogiendo a la 1 un gajo de dos piernas que baja de los Conventos, cerros distantes 6 leguas NNO; a las 15, otro demás consideración llamado Chuy, cuyo giro es del $N \frac{1}{4} NO$ de latitud de $32^{\circ} 10'$; y finalmente otro de 5 leguas del $N 5^{\circ} E$ al extremo de la referencia distancia. Desde este punto tuerce el Tacuary al $E 4^{\circ} S$ y andadas 30 millas

con grandes vueltas, formando lindos potreros, y cortando varias islas, vierte sus aguas en la laguna de Merín por los 32° 47' 45» de latitud A. Los campos entre este arroyo y el Parado no son de la peor calidad; forman un cerrado sin otra salida que por entre las vertientes, que con todo son bien ásperas. El ganado vacuno abunda en ellos más que en ninguna otra parte de la sierra. Uno de los baqueanos del rey llamado Ballejos, sacó de aquí, por el mes de mayo dos mil cabezas para surtir las estancias de Su Majestad, y es de advertir, no se echaba de ver tan gran desfallo.

[p. 329]

Hecho el examen del Tacuary, pasó la partida de tierra al Yaguaron el ⁴² de diciembre con la orden de practicar el de este arroyo; y como tenga su origen en los contornos de Santa Tecla, no lejos de la puntas del Piratiny, vencido aquel trabajo, se transfirió a este con la mira de concluir de regreso su reconocimiento empezado en la primer salida, como se dijo (pág. 88)⁴³. La otra partida de las canoas, encargada de seguir la investigación de la laguna, y de los demás arroyos que le entran de menor entidad, salió también del Tacuary con igual fecha, y mudó su campamento al expresado Yaguaron. Algunos días antes llegaron de Montevideo, adonde habían pasado con licencia, los geógrafos don Joachin Gundin y don Andrés de Oyarvide, y se agregaron el primer a la partida de tierra, el segundo ala de agua. Dista la punta meridional de la Ensenada del Yaguaron 5 millas a los 62° NE de la de Cajimbas, entre los cuales forma la costa de la Laguna una pequeña rada al NO. De aquellas sigue la septentrional, también llamada del Juncal a los 47° del mismo cuadrante 5 ½ millas, y en el centro de esta ensenada, que tiene de fondo otras 3, se halla el Yaguaron. Tres son las principales vertientes de este gran arroyo: las dos primeras nacen en la latitud A de 31° 20' de una considerable pierna de cuchilla, que de las sierras de San Antonio viejo, gira como al ONO hacia Santa Tecla, dando aguas al Cavacuan que fluye, al septentrión: corren ambas el espacio de 12 leguas entre las cabeceras del Piratiny y Río Negro, la más oriental o arroyo Andiota al SO y al S ¼ SO la occidental o Gajo de la laguna hermosa: siguen después unidas otras leguas, por la última dirección, y en los 31° 58' se juntan con la tercera vertiente, la cual como su propio nombre del Yaguaron baja también del N 5° E desde el paralelo de 31° 32», recogiendo las aguas orientales de la serranía del Yaseguá. En lo interior de la confluencia de estos gajos, se halla una pequeña laguna que llaman la Hermosa: y de ella continua el Yaguaron a los 50° SE [p. 330] 14 millas y recibe el Yaguaronchico, que con efecto es de poca entidad y viene del NE. De aquí sigue 34 millas a 20° SE y le entra también del Aquilón el arroyo de Téllez, que trae su curso de la distancia de 10 leguas con diferentes ramas. A oriente de Téllez, no lejos de su horqueta, estuvieron acampadas las partidas, sobre el paso nombrado de las piedras en de latitud A y 3horas 33' 52», de difra de meridianos en tiempo a occidental, de Greenwich, observada por la emersión del primer satélite de Júpiter de 1 de enero de 1786. Como 1 milla más abajo del Paso de Piedras se precipita el Yaguaron por una catarata de 5 varas de altura, y después corre sereno y caudaloso con buena navegación 16 millas a 60° SE hasta su barra en 32°» 39' 12» de latitud A. Las orillas de este arroyo están pobladas de grandes árboles, los terrenos que riega son en lo general muy escabrosos y no tienen tanto ganado.

Del Yaguaron pasaron las canoas el 12 de enero al arroyo del Juncal, que fluye en la Laguna por la misma punta que lleva su nombre, bajo los 32° 38' 51». Este arroyo es navegable el corto espacio de 1½ leguas: tiene su nacimiento en un gran cerro que dista de su barra 19 millas a 37° NO: recoge varias caídas del N y SO, y el terreno de sus márgenes es bajo y pantanoso, con algunas lagunillas de trecho en trecho. La Punta Negra dista de la

de Juncal 5 millas a los 52° NE. De ella tira la Costa otras 7 a los 18° del mismo cuadrante hasta la barra de los Arrepentidos; más 3 millas antes se encuentra un pequeño regajo que llaman de los Arumbados: el que trae su origen del NO 61° y corre como 3 leguas formando una vuelta grande al S, antes de la Laguna. La Costa en esta distancia es de puro bajo y desabrigada para las canoas. El arroyo de los Arrepentidos viene de 7 leguas a los 50° NO de unas lomas dobles y quebradas con varias cañadas y zanjás: entra en la laguna por los 32° 29' de latitud siendo su cauce profundo, con muchos árboles y maleza, y el terreno de sus orillas bajo y pantanoso. De la barra de los arrepentidos avanza la costa muy cerca de 15 millas a 63° NE formando el promontorio de la Punta Alegre, con la que estrecha la Laguna de nuevo hasta la distancia [p. 331] de 3 millas, que es como la garganta o una angostura a toda su extensión. Sobre ella hay una serie de médanos de arena muy encumbrados y con algunos árboles que se descubre de larga distancia y son semejantes a los del Tahin. Como esta playa esté descubierta a los vientos del 2° cuadrante, es muy peligrosa su travesía y en ella se ha formado considerable acopio de conchuela mentida y caracolillo de que hacen los portugueses excelente Cal.

Desde Punt Alegre rehurta la costa al ángulo de 67° en el 4.° cuadrante, y hace un saco al S demás de dicha milla de fondo a las 3 millas de dicha punta se halla la boca del Arroyo Grande en 31° 21' 15» de latitud que no deja de ser alguna consideración: sus vertientes son contiguas a las de Téllez por los 32°: baja de allí a grandes vueltas y revueltas 12 leguas largas al rumbo de 64° SE por terrenos ásperos, recogiendo muchas aguas de una y otra parte; se dirige después otra legua a los 63° NE y termina su curso en la Laguna, con una caja ancha y caudalosa, navegable cerca de 6 millas, pero sus riberas son inaccesibles por la espesura y ramazón de los montes. A occidente del arroyo grande, entra un saco de 1 milla al SO, y otro igual, a mediodía de la barra del Chasquero, que dista de aquel 5 millas a 4° NE siendo esta la proyección de la costa con repetidas y menudas vueltas. Las aguas del Chasquero con un curso de 8 leguas, a los 60° SE derivan de unas asperezas que se hallan hacia los 32° 4' de latitud; la costa gira desde su barra como millas a 23° NE sale 1½ al ESE; vuelve después cerca de otras 4 a los 9° NE y tomando a los 80° NE 5 millas escasas, acaba finalmente en el sangradero de Merín por los 32° 9' de latitud A, dejando como media legua antes el pequeño y pantanoso arroyo de la Palmasola, compuesto de dos gajos, el 1° de Aquilón donde descolla huma⁴⁴ hermosa y elevada palma, de que toma el nombre, y el 2.° de las mismas asperezas del Chasquero.

Los facultativos hicieron varias tentativas y nunca pudieron [p. 332] llegar a la boca de este arroyo, que por tierra le rodea un gran pantano de más de 2 leguas, y por agua cubre toda la costa una faja de juncos espesos, que no deja paso a las canoas, desde la Puntalegre. La dirección no obstante de aquella parte, que se logró reconocer desde su origen, es de 11 millas al SE; después entra el pantano por una y otra banda, y solo por conjetura se continúa otras 7 millas al E hasta su desagadero.

Por lo que se ha visto la Laguna Merín no es otra cosa que la confluencia de todos aquellos ríos y arroyos que hemos descrito, los cuales, dimanando de la cuchilla general y fluyendo al oriente, se juntan y forman esta laguna, y desagua asimismo por el sangradero de San Gonzalo en el Río Grande de San Pedro. Su dirección es de SO a NE y sus cabeceras o límites abrazan la extensión de 36 leguas entre los paralelos de 32° 9' y 33° 37' de latitud A. Su ancho no excede de 9 millas, desde sus puntas meridionales hasta el promontorio de los Latinos; aquí se abre la costa oriental considerablemente formando el gran saco del arroyo del Rey, y dando a la Laguna el ámbito de 7 a 8 leguas que conserva de 8 a 10 hasta la Punta Alegre se cierra de nuevo aun más que antes para terminar en el

referido sangradero. Tiene 7 isletas, las 5 del Tacuary sobre la costa occidental, y las dos de los Latinos sobre la oriental. Su fondo en el canal no baja de 2 brazas, y sube en partes hasta 7 con varios y peligrosos bancos de arena. Los vientos fuertes agitan sus aguas, levantando una marea picada que hace crítica su navegación en malos tiempos; pero sus playas ofrecen a cada paso buenos puertos, ya con los frecuentes sacos y ensenadas, ya con las bocas de los ríos y arroyos y ya finalmente con la ceja de juncal espeso que las cubre en la mayor parte.

Sus aguas corrientes son cristalinas y saludables: abunda de pejerreyes, anguillas, corvinas y otros pescados de buen gusto, y no escasea de patos y gallaretas, ánsares y garzas de varias especies.

Los portugueses frecuentan mucho la navegación de esta laguna, y penetran muchas leguas en los dominios del rey por los ríos Cebollaty, Tacuary, Yaguaron y otros. Fomentan el trato ilícito, [p. 333] introduciendo considerables porciones de tabaco negro de humo, piedras preciosas y otros géneros prohibidos y destrozan el ganado de la sierra, con frecuentes correrías, y matanzas para las grandes faenas de cuero, sebo y grasa que conducen en sus canoas a Río Grande. La experiencia acreditó repetidas veces la verdad de estos hechos en la presente expedición, pues ni aun por el tiempo que duraba, se abstuvieron de semejante desorden. Convendría pues, así para evitarlo, como también para impedir las grandes usurpaciones de ganado y animales que hacen por tierra, restablecer el suerte de San Gonzalo, construido por el Conde de Bobadela, sobre las márgenes del Piratiny, término de ambos Dominios. La situación de este fuerte que en el día se halla arruinado, es ventajosísima para a establecer una gran guardia a las órdenes de un oficial celoso encargado de 2 atenciones: 1.^a de guardar de acuerdo con el comandante de Santa Tecla toda la campaña intermedia, que tiene 30 leguas de extensión y no puede la guarnición sola de aquella fortaleza alargar sus miras a tanta distancia; cuya causa los habitantes de Río Pardo, teniendo esta puerta abierta sin el menor embarazo, entran y sacan a su salvoconducto crecidas piezas de ganado de la Sierra, mulas y caballos de las estancias, a veces contra la voluntad de su dueño. La 2.^a atención y más importante de la guardia de San Gonzalo, sería tener un puesto en la barra del mismo Piratiny, y a orillas del sangradero, distante únicamente 3 millas. Dicho puerto debería mantener sus canoas, y los portugueses no podrían entonces penetrar con las suyas en la laguna Merín, y ríos que desaguan en ella. De este modo quedaba cerrada la frontera como con una llave, desde los fuertes de Santa Teresa y Sin Miguel, que es como se ha visto a donde llega la laguna. Para la ejecución de esta idea, cuya utilidad es poco conocida, precisa primero: hacer levantar a los lusitanos las estancias que recientemente han formado en los dominios de Su Majestad sobre las riberas meridionales del Piratiny y después de la ratificación del tratado preliminar (pág. 90)⁴⁵.

[p. 334]

Concluido el reconocimiento de la Laguna el 30 de enero se retiraron las canoas al Piratiny y a los pocos días se emplearon en ayudar a pasar el sangradero a las subdivisiones, que como veremos ahora, se pusieron en marcha para las cabeceras de Río Negro, y seguidamente fueron despedidas y pagadas sus tripulaciones. La otra partida de tierra pasó, como dijimos antes, del Yaguaron al Piratiny; y como le diese mucho quehacer el examen de este arroyo con la complicación de sus brazos, tardó en reunirse al grueso de las subdivisiones hasta el 19 de marzo. Nuestro comisario director don Joseph Varela se restituyó al campo de Tahin desde el paso de Piedras del Yaguaron a principios de enero, y nosotros hacia como un mes que acabábamos de regresar de Buenos Aires, adonde pasamos

con licencia del señor virrey marqués de Loreto, durante la intermisión de las operaciones, a que nos obligaron las aguas del invierno.

Capítulo VIII

Viaje de la segunda subdivisión española al pueblo de S. Borja de las misiones del Uruguay, y de allí al de la Candelaria, unida con la subdivisión portuguesa.

Los trabajos ulteriores de la demarcación exigían la traslación de las partidas hacia las cabeceras del Río Negro, y el paso de Beca o del sangradero de Merín que se pone impracticable desde las primeras lluvias, instaba a no perder los favorables instantes de la estación; mas el gobernador de Río Grande que se haba⁴⁶ bien en las inmediaciones de la villa, solo convino en transferir su campamento al arroyo Piratiny. En este concepto se pusieron en marcha todas las subdivisiones con diferencia de algunos días para no agolparse juntas al referido paso de San Gonzalo: la 1.^a española, el 6 de febrero de 1786 [p. 335] la segunda, el 13, y los portugueses, el 20 de dicho mes. Nosotros nos ceñiremos a exponer las noticias concernientes a la de nuestro cargo, y únicamente diremos de las otras aquello que sea más importante, y de que tuvimos conocimiento. Salió pues la segunda subdivisión española del albardón de Juana María la mañana del 13 de febrero después de haber llovido considerablemente toda aquella noche: tomó su ruta por el camino que dirige a la villa de Río Grande de San Pedro, y al siguiente día acampó, pasado el pequeño arroyo de la Portera, donde se hallaba una estancia recién establecida. El 15 hizo alto en el arroyo de las Cabezas, por otro nombre de la Invernada, para dar tiempo a que pasara el sangradero de Merín la primera subdivisión, que tuvo el camino de adentro por el albardón de Silbeyra. Tiene su origen este arroyo de infinitud de pantanos que inundan por todas partes aquel terreno, vierte sus aguas como 3 leguas al SO de la villa, en el saco de la Isla de los Marineros, pasando cerca de un fuerte de tierra, que por este título llaman Guardia del Arroyo. El 19 descabezando otros dos regajos que fluyen en el mismo saco, frente de la isla de Marsaldelima, el 1.^o Luisderocha y el 2.^o Arrodepalo, entramos en el de Torredetama, promontorio que forma la Barrafalsa o Boca del sangradero, y está sujeto a grandes inundaciones. En su medianía se halla el Pueblonuevo, compuesto de un corto número de casas dispersas, o ranchos de paja, cuyos moradores cultivan con bastante esmero su pequeña suerte de tierra. El 20 caímos ya sobre dicho sangradero por la Guardia o Paso de Beca, y con el auxilio de 8 canoas que se habían solicitado del Gobernador, y las empleadas en el reconocimiento de la laguna, logramos pasar felizmente en los dos días inmediatos. La primente partida perdió en el paso de este Río Grande parte de su hacienda, habiendo arrojado todos los animales de un golpe; nosotros los hicimos pasar en pequeños trozos, y con todo se perdieron algunas reses. Las carretas pasaron a remolque y descargadas.

Al occidente ya de San Gonzalo seguimos el 24 la mar⁴⁷ septentrional [p. 336] del arroyo Pabón, y dando algún descanso a los animales, le cortamos el 27 junto a la estancia del coronel Pintos Bandeyras, y vinimos a parar como 6 leguas al NO del sangradero sobre el arroyo de las Piedras, gajo del Piratiny, que baja del septentrión, compuesto de varios otros de menor entidad. Halándolo crecido con las lluvias de los días antecedentes, no lo pudimos vadear hasta el 6 de marzo; cruzamos después las tierras del Cerro Pelado, y atravesando el Piratiny por el Paso de Ramírez, 8 millas al O del anterior, sentamos el 8 nuestro real de la otra parte, no lejos de la primera subdivisión. Los portugueses subieron el 11 al Paso de Baltazar, donde el primer comisario de Su Majestad Fidelísima firmó con la resolución de no pasar adelante, creyendo la estación adelantada, estableció sus cuarteles de invierno,

desatendiendo, como lo tenía de costumbre, las justas representaciones, requerimientos y protestas que lo dirigió nuestro comisario director sobre los atrasos y perjuicios que podría ocasionar, con aquella demora tan innecesaria a la Demarcación de límites, cuyas operaciones subsiguientes exigían como ya dijimos que las partidas se transfiriesen sin detención a las cabeceras de Río negro en los pagos de Santa Tecla.

El destacamento de los geógrafos que del Yaguaron pasaron al Piratiny se recogió el 19, concluido el reconocimiento de este río, y el 5 de abril, confrontado el plano, se puso en marcha d. Joseph Varela para la citada fortaleza de Santa Tecla, donde se había ordenado el acopio de víveres, tomando la cuchilla del NO que corre entre el arroyo de Santamaría y el mismo Piratiny. Del mismo modo debiendo nosotros seguir los pasos de la primera subdivisión, dirigimos también numerosos oficios a los comisarios de Su Majestad Fidelísima manifestándoles con fecha del 4, que pues nuestra partida no tenía más que hacer a lado de la primera, terminados los trabajos hasta las puntas del Río Negro, pensábamos continuar viaje al pueblo de San Borja, de las Misiones del Uruguay, como estaba dispuesto, y que en él aguardaríamos la reunión de nuestro concurrente, promoviendo entretanto el apresto de los barcos y demás auxilios, de que necesitaban las dos segunda subdivisiones [p. 337] para practicar la demarcación del artículo 8.º del tratado preliminar, de que estaban primitivamente encargadas. Los lusitanos insensibles al estímulo de nuestro ejemplo, contestaron en cartas de pura atención, y nosotros decampando el 6, vinimos a hacer noche, andadas cerca de 4 leguas sobre la estancia de Manuel Correa de Silba, vecino de Río Grande.

A los pocos instantes de haber hecho alto se recibió un oficio extraordinario de don Joseph Varela en que se nos daba noticia de que los portugueses trataban de insultarnos, enviando en nuestro alcance un destacamento de tropa ligera; y en esta virtud se ordenaba estar alerta para evitar cualquiera tropelía. En el momento mismo se repartieron diez cartuchos a cada uno de los 33 dragones de que se componía la escolta, se dobló la guardia, que hasta allí solo había sido de 8 hombres: y haciéndoles tomar caballo a todos, se dispusieron algunas patrullas, y rondaron las haciendas durante la noche con toda vigilancia. Los oficiales fueron asimismo advertidos de esta novedad, y tuvieron la orden develar personalmente sobre la observancia de aquellas providencias. procurando se guardase a todo el campamento la más exacta disciplina y se estuviese con el mayor cuidado. El 7 luego que fue de día, nos pusimos en camino con una marcha ordenada, haciendo preceder de vanguardia la mitad del destacamento y cubriendo con la otra mitad la retaguardia bajo la conducta de su comandante inmediato don Tomás Ortega, las carretas formadas en columna en el centro, y los caballos, bueyes y demás ganado de consumo a los costados al cargo de sus capataces y peones. El comisario y demás oficiales facultativos encargados de llevar la derrota, acompañaban sin destino particular, divirtiéndose a vez el camino con la caza, pero siempre a la vista de toda la comitiva y en disposición siempre de acudir adonde lo pidiese la necesidad.

Como nos precedía de una jornada la primera subdivisión, solíamos por lo común acampar todas las noches en los mismos parajes de donde había salido por la mañana. El 8 que damos al pie de unas asperezas, primeros ramales de la San Antonio viejo, en que tenían antiguamente los Tapes de Misiones varios puestos para contener [p. 338] los ganados. Del 10 al 13 tardamos en cruzarlas sin embargo de no tener por aquella parte arriba de 8 millas de extensión. Los continuos repechos y, en general lo escabroso del camino hacían demasiadamente morosa la marcha de carretas. El 14 siguiendo la misma cuchilla

se dio vista a un dilatado valle, como de 7 a 8 leguas al SO, donde se forman las primeras aguas del Yaguarón, y termina contra las tierras altas del Yareguá. Los campos son ya desde aquí de mejores pastos, y de lomas más suaves, pero los albardones para los animales escasean en este camino, como en todos los de la cuchilla, siendo estas las que dividen las aguas, dando a los ríos. El 15 avistamos el fuerte de Santa Tecla desde ciertas alturas, cuyas faldas septentrionales vierten el Ycavacú o Cavacuan que corre a la Laguna de los Patos. No dejaba de abundar el ganado vacuno y caballar a grandes tropas o rodeos y se vio no pequeña porción de toros recién muertos y sacado el cuero, efecto nada extraño en estas campañas. Nuestras gentes se aprovecharon de esta proporción y enlazaron unas 20 reses, que como ellos se explican estaban de grasa y la carne gustosísima. También recogió un hermoso toro, que perseguido entró en uno de los trozos de caballada y causó algún daño.

Cortadas las puntas de las astas, tiró al día siguiente de una carreta con más docilidad que se podía aguardar. La primera subdivisión logró también en este pago otras 50 cabezas, que mezcladas casualmente con el ganado manso de consumo, pudo conservar, manteniéndole reunido por algunos días. Por último en los días 17 y 18 llegaron ambas subdivisiones a Santa Tecla, y no habiendo a lado del fuerte modo de acampar, se mudaron el 20 sobre las márgenes meridionales del Piray, distante tres millas escasas. Don Joseph Varela mandó desde luego hacer unos ranchos, y los ingenieros y geógrafos se aplicaron con diligencia a poner los planos en limpio para remitirlos al señor virrey del Río de la Plata, y que informada la Corte, pudiera a la vista de ellos resolver la duda de los comisarios sobre la dirección de la línea divisoria desde la barra del San Luis, donde había quedado, hasta las cabeceras del Río Negro.

[p. 339]

Este puerto de Santa Tecla fue establecido a fines de 1773 con motivo de la expedición de Río Pardo dirigida a contener los referidos insultos de los portugueses, y que mandó en persona el señor Vértiz, gobernador y capitán general ya por aquel tiempo de Buenos Aires. Dista 95 leguas línea recta de esta capital, 36 del Río Grande, 80 de Montevideo, 60 del Pueblo de San Borja de las Misiones del Uruguay y se halla en 31° 16' 21" de latitud A y 3 horas 39' 46" a occidente del Real observatorio de Greenwich. El frente se reduce a un pentágono de céspedes, con su foso, y aunque en el día se halla enteramente arruinado se conserva en él una guarnición de 50 hombres, tropa veterana, a las órdenes comúnmente de un capitán del regimiento fijo de infantería, cuyo cargo no es otro que evitar los contrabandos, robos, extracción de ganados, y otras correrías semejantes, muy frecuentes en la frontera. Situado en la gran Cuchilla que divide o separa el Río Negro del Cabacuan, domina la campaña inmediata con hermosa y dilatada vista al occidente. Las tierras son de buena calidad, y los pastos substanciosos y nutritivos; pero el clima es desabrido y ventoso, particularmente en la estación de invierno, y las aguas, aunque de las ponderadas del Río Negro, nos parecieron poco dulces y gordas, talvez por ser de las cabeceras del río, y no estar aún trabajadas.

Antes de la época dicha Santa Tecla no era más que unos ranchos de paja, que servían a los indios de misiones para sujetar los ganados de la sierra y practicar sus vaquerías. Son estas una especie de montería forzada en que juntos ciento o más peones con buenos caballos, corren una crecida punta de ganado hasta llegarlo a cansar y después con este señuelo colocado en paraje eminente, juntan a veces hasta dieciocho o veinte mil cabezas, que sin darles mucho reposo conducen en buena custodia a la estancia o puesto que desean abastecer. Es fácil de considerar lo destructivo que es este método para los ganados, especialmente para las crías, que se cansan y pierden todas sin recurso. Santa Tecla fue situada y tomada a los

60 días de una vigorosa resistencia, por los portugueses bajo la conducta del célebre coronel Pintos Banderas en la guerra última de 1777. El de 1752, reunidos los [p. 340] *Tapes* en estos ranchos de Santa Tecla se opusieron, dirigidos, dicen, por los jesuitas, y embarazaron los progresos de la demarcación de Valdelirios hasta el de 1775 que fueron derrotados en Caybaté por las tropas que vinieron de Buenos Aires y del Río Grande de San Pedro, y pudieron continuarse las operaciones.

Desde nuestra detención en los campos del Chuy y Tahin, el señor virrey de Buenos Aires había insistido siempre sobre la separación de las segundas subdivisiones; pero los portugueses resistieron constantemente esta providencia por estar a cargo del coronel Roscio, jefe de la subdivisión lusitana, el reconocimiento pendiente de la laguna Merín y de sus vertientes; mas verificada en el día la conclusión de aquella obra, y parecía no quedaba ya pretexto decente para retardar más esta resolución, en que había por último convenido también el señor virrey del Brasil Luis de Sousa y Basconcelos; Los comisarios de Su Majestad Fidelísima se quedaron no obstante en el Piratiny, como se dijo arriba, con el nuevo y especioso motivo de lo adelantado de la estación, de cuyas resultas se tomó el partido de venirnos a Santa Tecla. Ya en esta situación pareció conveniente al mejor servicio del rey, que la subdivisión de nuestro cargo continuase su marcha hasta el Pueblo de San Francisco de Borja de las Misiones del Uruguay y aguardase en él a la portuguesa, que debía venir el verano próximo, para practicar la demarcación del artículo 8.º del tratado preliminar de que se hallaban particularmente encargados. Seguíanse de aquí no pocas ventajas: poníase dicha partida en estado de despedir la tropa de carretas, boyada, caballada y los peones y capataces de su servicio disminuyendo de un solo golpe más de la mitad de los gastos que cansaba Real Hacienda, pues en lo sucesivo podía valerse del auxilio de los Pueblos: tendría además la proporción de atender al apresto de los barcos que debían servir en la navegación del Paraná, prevenir la reunión de los 50 hombres de armas del Paraguay que debían escoltar las partidas y promover finalmente el acopio de víveres y demás auxilios necesarios al citado objeto, que se debían disponer y aprontar en el Pueblo de Corpus, o de Candelaria de las Misiones [p. 341] de dicho Paraná, de donde no distaba mucho San Borja y se hallaba en el mismo derrotero.

La consideración de estas atenciones nos obligó a consultar el punto con nuestro comisario director don Joseph Varela: y con su aprobación no pudiendo proceder la del señor virrey marqués de Loreto, por la gran distancia y lo adelantado de la estación nos pusimos en marcha el 6 de mayo de este mismo año de 1786. Don Joseph Varela se quedó con la Colección de instrumentos astronómicos, y así no pudimos practicar en este viaje observación alguna de aquella especie, bien es que después nos aprovechamos de las que practicaron los portugueses, para corrección de la derrota. También se quedaron en Santa Tecla hasta concluir los planos nuestro ingeniero don Joseph María Cabrer y el geógrafo don Andrés de Oyarvide.

Desde Santa Tecla sigue la cuchilla general al NO descabezando los dos Pirays primeras puntas del Río Negro el que corre como 80 leguas al SO y se junta con el Uruguay por los 33º 30' de la meridional, cerca de la pequeña villa de Santo Domingo Soriano. Por esta cuchilla, caminó la tropa de carretas, y el 6 andadas 9 leguas se cortó al barrancoso Tacuarembó por la latitud de 30º 59' 11» observada por los antiguos demarcadores, y el 8 el Yaguary por los 30º 42' 41» distante de aquel como 7 leguas, y ambos, aguas ya del Ibicuy que también va al Uruguay. Al NE y E eran todas vertientes del Cavacuan que entra en la Laguna de los Patos. En el Yaguary dan principio los terrenos o estancias del Pueblo de San Miguel, cuyos términos son dilatados, y abundan considerablemente de gana lo vacuno.

Pasado el arroyo se halla el cerro alto de Batoby y en sus faldas occidentales había un puesto y conservaban seis indios, donde hicimos noche, y se mató una horrenda Víbora de Cascabel (crotalus) de dos varas de largo; y 10 pulgadas de grueso, con 14 anillos o cascabeles en la cola. El 9 de mañana dejamos al septentrión la gran cuchilla por donde sigue el carril a las dos únicas picadas o pasos que tiene el Montegrande, el uno llamado de San Martín, donde mantienen los Pueblos de Misiones una guardia de 50 hombres, y el otro de Santiago. [p. 342] Por esta cuchilla dirigieron el año siguiente su demarcación las primeras partidas, dejando una faja neutral de legua y media de ancho, y colocando ocho marcos de piedra entre Santa Tecla y la expresada serranía de San Martín. Nosotros tomamos un albardón más occidental de que habla el plan de instrucción, que lleva más derecho al Pueblo de San Borja.

Los indios de Batoby nos avisaron de varias tolderías de minuanes y charrúas que habitaban aquellas inmediaciones, y esta noticia se confirmó luego con la vista de algunos humos que se descubrieron a larga distancia, siendo estas la común señal de que se valen los salvajes para indicar las novedades de la campaña. Los campos en esta comarca no son tan fértiles como en Santa Tecla, y se ven con frecuencia grandes capas de la tierra colorada y suelta de las Misiones, que en tiempo de seca se abre en profundas zanjás, de que está todo el territorio interrumpido a las 10 leguas, de Batoby se encuentra el pequeño arroyo de Caziquey, que hallamos crecido el 14, y no lo pudimos vadear hasta el 18 lo que con todo, no fue sin algún trabajo, y avería de los víveres y equipajes. El Albardón da aquí diversas vueltas, para evitar las grietas o barrancas del camino, que impedían el paso a las carretas, de la parte de occidente se deja una serie de cerros sueltos y elevados, con amenos y espaciosos valles de hermosa vista, entre los que corren al 4.º cuadrante dos Ybirapitá mini y guazú, y el Ituzayngó, gajos todos del Ibicuy. Superado al embazo del Caziquey, que a la verdad no fue de los menores que tuvimos en este viaje, se nos presentó el Toropy, arroyo caudaloso y poco distante, que tiene su origen en los campos de San Miguel, cruza la gran serranía de Montegrande, y recogiendo todas sus aguas Meridionales, corre al occidente con el nombre de Picazurú, y viene a ser uno de los troncos principales del Ibicuy, con el que se junta por los 29º 50' de latitud 6 leguas antes de la entrada de este en el Uruguay. El Paso del Toropy nos fue por extremo penoso y no lo conseguimos hasta los dos últimos días del mes, a causa de las copiosas lluvias que precedieron, que hicieron crecer el arroyo hasta salir de madre, e inundar [p. 343] los montes de sus orillas. Para verificarlo tuvimos que solicitar dos canoas de don Pascual Areguaty corregidor del pueblo de Santa Miguel que a la sazón se hallaba en una de las estancias inmediatas al pueblo; y montando las carretas cargadas en dichas canoas, colocada la una transversalmente debajo del pértigo, y la otra detrás de las ruedas, se logró pasarlas cómodamente y sin avería. Las haciendas nos dieron algún tanto más que hacer porque el paso llamado del Umbú era de rápida corriente, tenía la salida bien abajo de la entrada y los animales teniendo que nadar largo trecho del río se solían enredar en los árboles de sus riberas, que eran bastante pobladas y perdimos no pocos, que no pudieron ser socorridos a tiempo.

Sobre las márgenes de estos arroyos habitaban seis u ocho tolderías de indios minuanes, resto de la antigua nación de este nombre, que de tiempo de la conquista se extendía y dominaba los Campos de Vera, que son los septentrionales al Río de la Plata; y que desde entonces se ha mantenido en la independencia, sin haber querido recibir la luz de la Fe. Hasta estos últimos tiempos los toleraron los vecinos de Montevideo y Maldonado en sus inmediaciones, y aun los minuanes les servían de algún alivio en los trabajos de las estancias;

pero habiéndoseles agregado después algunos delincuentes y facinerosos, gente toda de casta y perversa, los corrompieron y acostumbraron a las raterías, violencias y otros desórdenes, que cometían a cada paso contra las caminantes; de forma que se vieron en la necesidad de perseguirlos de mano armada, hasta conseguir desalojarlos de aquellas comarcas, y se acogieron en estas, donde viven en el día, no con mucha enmienda de aquellos vicios. Cada una de dichas tolderías se compone como de 50 personas de uno y otro sexo, las cuales obedecen y se dirigen por las órdenes de un indio principal que llaman cacique. Los caciques están amas de esto subordinados y siguen la voz de otro de mayor fama que hace cabeza, el que en la actualidad era un tal Miguel Ayala, hijo natural de un vecino antiguo de Santiago del Estero llamado viejo Zapata, de quien ya dijimos (pág.[p. 344]129)⁴⁸ quemorólargo tiempo hacia aquel pequeño arroyo que lleva su nombre, y desagua en la Laguna de Merín. Parece no obstante, que esta subordinación de los caciques se limita a solo los casos en que se trata de la común defensa, o de vengar algún agravio general, y a este fin se juntan con gran facilidad, pasando la noticia de alarma de unos toldos a otros en breves instantes por medio de los fuegos o humos. En las querellas particulares cada cacique conserva el mando propio y natural de sus fuerzas respectivas. Las del más poderoso de entre ellos no pasan de 15 a 20 soldados o indios de los más expertos, siendo sus armas las comunes de toda la América, el arco y la flecha, aunque algunos usan también del chuzo o lanza, y no sin rara destreza. Todos son grandes jinetes, muy diestros en el ejercicio de las bolas y lazo y montan regularmente en pelo, sin otro freno que una huasca o tira de cuero. Cada cacicazgo o toldería mantiene con separación su buena caballada, y no mala porción de ganado vacuno para su abasto; pero lo que es de notar en este punto es, que así el ganado como los caballos son cogidos a lazo y bolas de los baguales o silvestres del campo. Hablan estos indios su idioma particular: muchos de ellos entienden también el guaraní y no pocos se explican en castellano y aun en portugués. No siguen religión alguna; y aunque tienen noticia de la católica, confesando un ser supremo, justo remunerador de los buenos, y severo juez de los malos, no paran la consideración en estas ideas; antes procuran ahogar tan saludables sentimientos, sepultados en una torpe haraganería, y grosera ociosidad. Su mayor gloria es la vida libre y errante, son muy dados a la embriaguez, y a la lujuria, y entre ellos es corriente la poligamia, especialmente entre los caciques. Andan totalmente, desnudos, sin más abrigo que un taparrabo y un cuero sobre los hombros que llaman Toropy. Son muy estúpidos y desconfiados, y en general de unas costumbres tan asquerosas y repugnantes que cuando se llegan a espulgar unos a otros se comen los piojos, pulgas, piques etc.

[p. 345]

Los charrúas son otra de las naciones antiguas de esta América cuyo carácter agreste feroz y belicoso, les ha mantenido siempre retirados de todo trato y comunicación contra las márgenes orientales del Uruguay y al N de Río Negro. Su número en el día se halla reducido de 5 a 6 mil, cuyas costumbres y género de vida, en poco, o nada difieren de los minuanes, con quienes se conservan en paz, y aun socorren para su mutua defensa. Así unos como otros se dejan ver de cuando en cuando en las estancias de los pueblos de misiones: piden tabaco, yerbamate de que son sobre manera apasionados, carne y otras cosas semejantes; y cuando no se las franquean con aquella liberalidad que apetecen, se alborotan, saquean la estancia, roban los ganados, y a veces corren riesgo los mismos indios que los cuidan, de que se podrían citar varios y recientes ejemplares. No hay muchos años que los charrúas derrotaron un grueso destacamento en que murieron al pie de 60 hombres de las tropas que teníamos acampadas en la frontera en la última guerra, y que trató de castigar

en ellos algunos de estos atentados. La tolerancia y el mal éxito de expediciones de esta clase, no bien combinadas y peor dirigidas, los han hecho insolentes en sumo grado y atrevidos.

Por ahora no se piensa ya en su reducción al gremio de la Iglesia, se considera este punto tan importante como imposible, o de la mayor dificultad, y se omiten los medios conducentes aunque la suavidad, la maña y las dádivas jamás dejan de producir algún fruto, a lo menos el de la predisposición, si se distribuyen con mano celosa del aumento de la Cristiandad. Desde antes del Cazique y no sabían dejarnos los minuanes, ni salir de nuestros campamentos, atraídos de algunas bujerías, cuchillos, navajas, espejos, cintas, pañuelos, bizcocho y otras drogas que se les repartía. Un misionero verdaderamente apostólico, y lenguaraz encargado de este objeto con alguna ayuda de costa, podría proporcionar muchas ocasiones semejantes para hablarles de su conversión, y la providencia no dejaría de favorecer tan santos designios.

Al N ya del Toropy, que pasamos como 4 leguas antes de su unión [p. 346] con el Cazique y en las tierras de la estancia de San Vicente del Pueblo de Santa Miguel, nos vinieron a visitar los indios y capataces de ella, flanqueándonos con generosidad, y de orden del teniente-gobernador de su departamento don Manuel de Lazarte, todos los auxilios que estaban en su mano y podían contribuir a la mayor prontitud y comodidad de nuestro viaje. Nosotros que veníamos no poco necesitados, les admitimos como unas cien reses de consumo, y hasta 228 caballos, en reemplazo de mayor porción de los numerosos que les dejamos por endeble, tomando de todo esto razón el Ministerio de Real Hacienda, y dándoles sus correspondientes documentos. La tarde misma del 31 tiramos a salir de las márgenes del arroyo que eran de terreno bajo y pantanoso, y el 1.º de junio continuamos la marcha haciendo un rumbo como del O, por el que pasamos media legua al S de la referida estancia de San Vicente y a las 3 leguas cortas hicimos alto cerca de la nombrada de Santamaría, situada contra dos cerros altos y montuosos de las puntas occidentales de Montegrande. El camino seguía siempre al O y lo quebrado del terreno ofrecía a cada instantes zanjas y arroyuelos que era necesario allanar a fuerza de brazos para que pasaran las carretas.

El 2 de mañana partimos de Santamaría, y aquella noche pasamos entre los dos cerros montuosos sobre un pequeño albardón que los divide. El tiempo se descompuso hasta llover alguna cosa, y las víboras saliendo del bosque, vinieron a refugiarse a las tiendas y bajo de las carretas en gran abundancia, de manera que se mataron unas cuantas de la especie que llaman de Cruz en Guaraní Quíririo, todas de 5 a 6 palmos de largo y de 4 a 5 pulgadas de grueso. Una de ellas picó en un pie a uno de los peones, el que fue asistido inmediatamente dándole una ligadura por encima del tobillo, frotándole la herida con un poco de Alcalí volátil preparada en agua de Luce, de que traíamos un pomito a prevención, y haciéndole tomar de 8 a 10 gotas del mismo Alcalí en un vaso medio de agua. Era esto como a las 6 de la mañana del día 3, y precisándonos romper la marcha, se colocó el enfermo en una carreta [p. 347] con algún abrigo a las 8 se le empezó a oscurecer la vista con fuertes horripilaciones y congojas, a las 10 hinchada un poco la pierna, crecieron las ansias con desfallecimientos, se quiso confesar, y una segunda toma del Alcalí le causó un pequeño alivio, a la tercera dosis calmaron todos los accidentes y se pasó el doliente toda la tarde con abundante transpiración, quitada la ligadura que era la única cosa que le molestaba. Nuevas frotaciones de aceite común en que se echaron algunas gotas de la preparación del Alcalí, le bajaron enteramente la hinchazón del pie, y por último continuando el mismo régimen, se vio libre de peligro antes de las 24 horas. Es de advertir que como unos 15 minutos antes fue también mordido un perro desgraciado hacia aquel paraje y

creemos, fuese de la misma víbora, cuya circunstancia no debe ser de las menos favorables para la pronta curación del peón. Favorece esta conjetura la particularidad de no haberse notado en la llaga, más que la señal de un colmillo, y suponemos que la víbora perdió el otro, como suele acontecer, en la picada del perro, el cual no siendo socorrido, se empezó a hinchar disformemente y a entorpecer en términos de morir en breves instantes. En una de las Memorias de la Academia de las Ciencias de París, año de 1747, se lee el modo de administrar esta receta del Alkali volátil, y su feliz éxito, aplicada por el célebre del Bernardo de Jussieu a uno de sus Discípulos de Botánica, que estando herborizando en los Cerros de Montmorency, fue mordido en tres partes por una víbora, irritada de haberla tomado y sujetado con la mano, creyendo ser una culebra. Nosotros nos hemos atendido a esta relación, así ahora, como en el albardón de Juana María, curando a un perro perdiguero, en el Piratiny a un soldado de los portugueses, acreditando siempre la experiencia con prontas y felices resultas la excelencia y eficacia del Alkali, cuyas sales se extraen en cantidad por el Analisis chymica de las mismas víboras que llevan en sí la triaca de su veneno.

A las 3 leguas de la estancia de Santamaría, pasado un pequeño arroyo, dimos en la de Loreto, y Campos del Yaguary sobre cuya [p. 348] ribera sentamos el Real, 3 millas al ONO de los dos cerros citados arriba. Todas estas estancias que hemos nombrado son del pueblo de San Miguel y el ganado abunda en ellas sobremanera, siendo sus tierras de muy buena calidad, pastos pingues, y excelentes aguas. El Yaguary, arroyo no de corto caudal se forma de las caídas interiores del Montegrande, y es también gajo del Ibicuy, con el cual se junta antes de la Capilla de San Antonio, por la banda del Aquilón. El Procurador del pueblo de San Ángel, residente en esta capilla, requerido por nosotros desde el Toropy, hizo subir por el Yaguary dos canoas que tardaron 5 días en llegar al Paso, distante solo 6 leguas, por la fuerte oposición de la corriente; y con el auxilio de dichas canoas se principio la tarde del 16 la prolija operación de pasar las haciendas, y en los tres días inmediatos nos vimos felizmente de la otra parte. El arroyo era por aquel paraje demasidamente barrancoso, y no fue dable que las carretas fuesen con sus cargas, por más que se trabajó en suavizar la bajada. También perdimos en este paso algunos caballos y bueyes. Libres apenas del embarazo de Yaguaryguazú, caímos el 10 andadas 2 millas, en otro atolladero aun de más consideración. Era este una cañada pantanosa, que nos detuvo dos días enteros, y hubimos de dejar en ella toda la boyada, para sacar las carretas. Proviene dicha cañada de varias colinas pobladas de hermosos y elevados cedros que quedaban como media legua al primer cuadrante donde el pueblo de San Tomé tenía establecido un buen obraje o corte de maderas para sus fábricas. Los ranchos de este obraje se hallaban enteramente abandonados, desde el 26 de abril último, en que los indios minuanes lo invadieron, robando y matando hasta el número de 7 personas que habitaban en ellos.

El 13, acampamos sobre las márgenes del Yaguarayminí, distante 2 leguas escasas del Yaguaryguazú con el cual se une. El 14 le cortamos no lejos de sus puntas, y el 15 pasamos también otras dos vertientes del mismo arroyo, poco distantes entre sí. Todos estos gajos se forman de los derrames occidentales del Montegrande y aumentan todas las aguas del Ibicuy. Dimos el 16 y el 17 un rodeo de 3 a 4 [p. 349] leguas al O, para evitar ciertos collados de notable aspereza y difícil tránsito para las carretas, por cuyo motivo los llaman Frentes del diablo y están ya de la cara del N de dicha serranía del Montegrande. Las tierras hacia esta parte son demasidamente esponjosas y ligeras, se enterraban a cada paso los caballos hasta los corvejones en los continuos Guadales, Toperas, Hormigueros que se encontraban, y los pastos como de suelo tan movedizo y fofo, de muy poca substancia, duros y por lo común

de aquella especie de grama que llaman Espartillo. También abundaban las palmas Yatays cuyo, dátiles no dejan de ser de buen gusto.

Desde que cortamos el Arapy, entramos en la gran Serranía del Montegrande, la que se conoce también en los Planos antiguos con el nombre de Sierra del Tape, por haber sido habitación antigua de los indios de esta nación.

Es esta una dilatada cadena de montañas enormes, y corpulentos cerros, que bajo la zona de 29 a 30 grados de latitud, se extiende la gran distanciade cien leguas. Da principio al oriente del Tebicuary o Mboapiary por los 326 grados de longitud de Tenerife hacia la pequeña aldea portuguesa llamada Vacaría, y se deja ir en vuelta del OSO hasta terminar en las puntas del Mbutay, al N del Ibicuy y no lejos del Uruguay. La cruzan del septentrion al mediodía los ríos Mboapiary, Pardo, Jacuy, Toropy, Yaguary, que enriquecen su caudal con las delgadas y cristalinas aguas que vierten los montes entre la espesura y frondosidad de sus breñas. Las montañas están pobladas de un bosque impenetrable, en que se ven árboles de gran tamaño, y maderas de diversas especies. Tiene horribles asperezas, cerros pedregosos, páramos que espantan, pero a vuelta de eso se recrea la vista con la frescura y amenidad de sus valles espaciosos, tierras pingües y pastos verdes. Abundan los tigres, las antas, los ciervos de monte, los chanchos o cerdos silvestres, los macacos o monos, y de las aves es muy extraordinaria la copia de loros, cotorras, papagayos, tucanes, picos, etc.

Pasada esta gran serranía, entramos el 18 en una cuchilla o albardón, que girando con vuelta del ONO, nos condujo de estancia [p. 350] en estancia por un camino llano y tendido hasta el mismo pueblo de San Francisco de Borja, donde fuimos recibidos de su Cabildo con todo agrado, pero sin aquel acompañante de aparato que acostumbran los pueblos a causa de la copiosa lluvia con que entramos y principalmente por la grave enfermedad del administrador don Francisco Medina que murió el mismo día 28 de junio.

En los inmediatos, después de haber alojado la tropa y la oficialidad en los cuartos del colegio, haber colocado en un almacén los víveres y pertrechos, las carretas desmontadas, bajo de un tinglado, se hicieron retirar las haciendas todas, que venían bien atrasadas, a una estancia de buenos pastos al cuidado de los indios del pueblo, y se despidieron el 1.º de julio los peones, capataces, y carpinteros, puesto caso que en adelante para el resto de nuestras operaciones nos podía auxiliar el Gobernador de la Provincia, con la gente de servicio necesaria, lo que era de mucho ahorro para la Real hacienda.

A la sazón de nuestra llegada ardía el pueblo afligido de la terrible plaga de viruelas, que en los indios causa crueles estragos por el mal método de curarlas o por la poca o ninguna separación de los apestados, de suerte, que rara vez deja de hacerse general el contagio, infestando a cuantos no las han tenido, después suelen correr muchos años sin haberlas, hasta criarse nueva generación de habitantes. En la ocasión presente había ya sus 14 ó 15 años, que no se experimentaba tal azote de la humanidad, y fue tan mortífero su veneno, que en pocos meses se llevó sobre 500 personas de todas edades y ambos sexos, que hacían como la cuarta parte de los que fueron tocados, teniendo la población apenas tres mil almas. El célebre Monsieur de la Condamine compadecido en su viaje al Perú de lo que padecían los americanos con la viruela natural, escribió una docta memoria persuadiendo la artificial, ya por aquel tiempo introducida en Europa, y que hacia no pequeñas ventajas. El sistema de la inoculación fue adoptado con utilidad en varias provincias, pero nunca tuvo entrada en esta de Misiones, y en el día la pretende desterrar de todas partes don Francisco Gil Médico de Cámara de Su Majestad haciendo ver en su reciente [p. 351] y sabia disertación,

que la viruela no es el pecado de Adán que lo heredan todos, como se ha creído siempre, que se puede nacer y morir después de muchos años de vida, sin haberla padecido, que es una verdadera peste aunque muy general y por consiguiente que se puede aspirar a su total exterminio, tratándola con la debida separación como a las demás enfermedades contagiosas: y por último que en este concepto, que la inoculación que la perpetuaba era perniciosa debía proibirse, etc. Las ideas de Gil han sido recibidas con aplauso, y el Rey ha mandado seguir su método curativo en todos sus dominios.

A principios de julio, nos hizo presente el Ministerio de Real Hacienda la escasez de plata de la tesorería de su cargo, y en su virtud despachamos a la capital de Buenos Aires por el Río Uruguay al alférez de dragones don Tomás de Ortega. Comandante del destacamento con una escolta conveniente de 12 hombres, el que después de algunas semanas de detención, fue enviado con el socorro de un año, algunas tiendas de campaña y otros útiles, y se restituyó por la misma vía a fines de diciembre. También se recogieron el 21 de agosto el ingeniero don Joseph María Cabrer y el geógrafo don Andrés de Oyarvide, concluido el arreglo y trabajo de los planos, que como dijimos se quedaron a practicar en el campamento del Piray o Santa Tecla. Como nos consideramos en la necesidad de decir alguna cosa de todos los pueblos de Misiones, reservamos para entonces las noticias que convendrían aquí, respectivas al de San Borja, más no omitiremos los viajes que hicimos durante la inacción de las partidas en la idea de adquirir algunas luces sobre este objeto. El 19 de noviembre, embarcándonos en el puerto o paso que llaman de San Borja, en el Uruguay, distante cosa de dos millas al N de dicho pueblo, navegamos aguas abajo en un pequeño bote la distancia de 16 leguas y arribamos al Pueblo de la Cruz alias Nuestra Señora de Mboré, situado en la ribera de occidente. Permanecemos en él 4 días, y siguiendo después la navegación otras 7 leguas estuvimos en el de Yapeyú, llamado también de los Santos Reyes, sobre la misma margen occidental. De [p. 352] allí siendo la vuelta por el río muy penosa y dilatada a causa de su mucha corriente, nos regresamos por tierra a la Cruz el 21, y cortando aquí el Uruguay en una Balsa de dos canoas, a San Borja el 30 del mismo, pasando como 7 leguas antes el Mbotay, de que hemos hablado. Estos tres pueblos nombrados, y el de Santo Tomé, que se halla como tres leguas al septentrion de San Borja y de la otra banda del Uruguay, forman uno de los 5 departamentos el más meridional y de mejores campos, en que se hallan actualmente repartidos los 30 Pueblos de Misiones, el que toma su denominación de Yapeyú que es el pueblo de mayor gentío de los cuatro, y la común residencia del Teniente gobernador.

Recorrido este primer departamento antes de dejar el Uruguay, fue nuestro ánimo pasear también el de San Miguel, compuesto de seis pueblos situados todos al N. E. de San Boria; mas la noticia que recibimos de Santa Tecla de la próxima venida de los portugueses, nos corto los pasos, obligándonos a regresar del pueblo de San Luis, el 7 de enero de 87, que fue el único que logramos ver por ahora, y donde estuvimos diez días. Los seis pueblos de este departamento quedan de la parte oriental del referido Uruguay, y como este sea río de bastante consideración, antes de pasar adelante daremos una descripción geográfica deducida de las mejores cartas, planos y noticias de la demarcación pasada y presente la que no dejará de contribuir a formar mejor idea del territorio.

Nace el famoso Uruguay que quiere decir Río de Caracoles en las grandes sierras que llaman de Santa Catalina, Capitanía del Rey sobre la Costa del Brasil, entre los 27° 30' y 28° de latitud A. Sus dos primeras puntas o vertientes son el Uruguay propiamente tal, y el Río de Tachira, que reunidos desde luego giran en vista del OÑO, la distancia de

65 leguas, regando los fértiles campos de varias aldeas portuguesas: Tributos, SantoTomé, Fray Juan, Tibanos, Cory y recogiendo las aguas de otros arroyos que bajan del N. Santo Tomé, Caihorros, Papagayos y otros de menos entidad.

Tuerce después el Uruguay como al OSO, tropieza en las puntas septentrionales de la serranía nombrada de las Veintemil vacas que le obligan a despeñarse [p. 353] con estruendo formando un salto de consideración. Recibe a los dos Uruguayminy y Puytá, que descienden como del ESE del segundo y primer monte, cortando entre si el frondoso valle de los Pinares: y andadas 43 leguas a otro rumbo le entra por el N el precipitado y tortuoso Pequiry o Pepiryguazú. Río célebre, cuyo cauce debe seguir el meridiano de demarcación. Émulo ya en esta altura de la grandeza del Paraná, evita su encuentro declinando al SO $\frac{1}{2}$ S, y costea las horribles Asperezas de Mártires, que le separan de aquel, dejando su menor distancia de 10 leguas y cruzando su canal con diferentes arrecifes o caídas que dificultan su navegación. Beben sus aguas occidentales, varios pueblos de Misiones: San Javier, Santamaría, Concepción, Santo Tomé, La Cruz, o Nuestra Señora de Mboré y los Santos Reyes o Yapeyú. Quedan a su oriente entro el Yyuy y el Piratiny, San Nicolás, San Luis, San Lorenzo, San Miguel, San Juan y San Angel: y finalmente el Icacvacú y el Mbotay San Borja. Da a dichos pueblos hermosos y fértiles campos cortados con diversos potreros y rinconadas por medio de cantidad de arroyos tributarios suyos. Los guarda y alimenta de pingues pastos prodigiosa multitud de ganados. Los enriquece con excelentes maderas, ricos bálsamos y plantas medicinales: y les franquea buenos puertos para facilidad de su comercio.

Antes de Yapeyu se le agrega por levante el Ibicuy y cuyos complicados brazos recogen, como dijimos, las aguas todas del Monte Grande y fueron la manzana de la discordia entre los comisarios divisores del año de 50.

Discorre así bajo la referida dirección SO $\frac{1}{2}$ S el dilatado tramo de 80 leguas hasta la latitud de 30° 12' en que se le reúne el Miriñay, notable y caudaloso sangradero del Iberá o Laguna de Caracares, por donde se asegura, surten las aguas vivas del Paraná, sobre cuya ribera se hallare costada. Se inclina luego con suavidad y a grandes vueltas al S $\frac{1}{4}$ SO. Se precipita en el Paralelo de 31° 8' por la mayor y más vistosa de sus cataratas, llamada por esta razón el Salto Grande; el que le reparte en tal diversidad de pequeñas cascadas, que los charrúas habitantes de su banda oriental, le pasan a caballo por [p. 354] cima de las piedras; aunque en las grandes crecientes que son muy comunes, pasan también las embarcaciones de porte. A las 2 leguas de aquel tiene otro salto menor, llamado el Chico, que no es pequeño embarazo a las 25 leguas por su ribera occidental desagua el arroyo que llaman de la China, que omíten comúnmente los planos, sin embargo de ser de alguna consideración, y dar entrada a las lanchas de Buenos Aires. En él se ha formado de pocos años a esta parte una preciosa villa de españoles, cuya ventajosa proporción por el comercio y la agricultura le ofrece grandes progresos. Recibe después al Gualuguay que baja del NO cerca de Santo Domingo Soriano, al Río Negro del NE cuyas saludables aguas traen su origen de Santa Tecla: y corridas finalmente, otras 80 leguas desde el citado Miriñay, se junta con el Paraná dividido este, cual otro Nilo, en siete bocas, y en agradable variedad de islas y perdiendo los dos sus nombres, forman el espacioso Río de la Plata desde los 34 grados de latitud.

Es pues todo el curso del Uruguay de 268 leguas marítimas de las de 20 en grado. Desde su nacimiento, girando al O se deja venir con tan suave inclinación sobre el S que forma casi un medio círculo de grande extensión, cuyo diámetro parece la Costa del Mar y su centro cae poco al N de Río Grande. Aunque tiene muchos saltos, solo uno es de

consideración, y sus continuas y grandes avenidas los cubren todos, haciéndole navegable en todo su giro bien es que únicamente se frecuenta desde el pueblo de Santo Tomé, a causa de sus arrecifes y rapidez de sus corrientes. Sus dos orillas se hallan pobladas de inmensos bosques, en que abundan los cedros, los apeteburys o sasafrás, los lapachos o tajibos, los laureles, incienso, canelones, el viraró, tatané, orunday, el drago y otras maderas excelentes⁴⁹. Se da también en gran copia el árbol de la Yerba del Paraguay, y de exquisita calidad, pero su beneficio lo embarazan no poco los Caribes y Tupís, naciones fieras y antropófagas, que habitan sus dos riberas a la parte del Aquilon de las Misiones.

[p. 355]

Por cartas de los comisarios de Su Majestad Fidelísima de 12 de diciembre supimos la llegada de la División portuguesa el 3 del mismo al campo de Piray, donde dejamos a nuestro comisario don Joseph Varela con la subdivisión de su cargo y que el coronel con ejercicio de ingenieros Francisco Juan Roscio jefe de la segunda, se disponía a emprender su marcha al pueblo de San Borja, para reunirse a la nuestra y proceder desde luego a practicar la demarcación del artículo 8.º del tratado preliminar.

Con efecto el 16 de dicho mes, se puso en camino la referida subdivisión, y siguiendo la misma derrota que nosotros trajimos, hasta el Cerro de Batoby, tomó después la que señala el plan de instrucción, que gira poco más al occidente. Descabezó los dos Ibuyrapuytás, cruzando los campos de los minuanes y charrúas, a quienes habló. Cortó el Ibicuy por el paso y Capilla de San Antonio del Pueblo de San Ángel, y vino a dar en San Borja el 25 de enero de 1787. El coronel Roscio y demás oficiales fueron recibidos con aquel aparato y demostraciones de alegría que usan los pueblos en semejantes casos, el Cabildo, montado a caballo con toda decencia, músicas de clarines, pífanos y tambores, danzas muy vistosas de muchachos, repiques de campanas etc. Todo este acompañamiento se dirigió a la Iglesia, y hecha la oración de antemano por el feliz arribo de la partida, fue conducido cada cual a su respectivo alojamiento, preparado de antemano para todos, sin exceptuar las tropas en la casa o colegio de los jesuitas que era de suficiente capacidad. A esto siguió un espléndido banquete más abundante que delicado en el Refectorio común, el que fue acompañado de una lúcida orquesta de música de buenas voces e instrumentos; y a la tarde se dejó providencia de situar las carretas en rodeo con su guardia cerca del pueblo y retirar las haciendas a un rincón de buenos pastos. Componíase esta subdivisión de un número igual de individuos al de la primera: a saber, de un comisario, un astrónomo, un ingeniero, ministerio de la Real Hacienda, capellán, cirujano, y era escoltada por un destacamento de 30 soldados, mitad voluntarios de infantería, y mitad dragones, todos montados y a las órdenes un capitán, un teniente, furriel y cabos. El astrónomo [p. 356] traía para la práctica de las observaciones la Colección de instrumentos portuguesa de que habla Magallanes en su tratado de instrumentos⁵⁰ y de ella debíamos también nosotros hacer uso, habiéndose quedado la nuestra española, como ya se dijo para el de las primeras subdivisiones.

Reunidas ya las dos segundas respectivas, se acordó transferirse luego al Pueblo del Corpus, del que se debía salir a exponer en ejecución la obra que se nos había encomendado, y al efecto, compuestas las carretas de los portugueses, que venían no poco deterioradas del camino, se hicieron pasar el Uruguay: en los primeros días de febrero, como así mismo la caballada, boyada y demás ganado de consumo. Nosotros habíamos practicado ya esta maniobra antes de la llegada de los lusitanos para mayor desembarazo y facilidad; y de este modo se logró acampar las dos partidas juntas el 20 del mismo, en las cercanías del Pueblo de Santo Tomé, situado a 7 millas de San Borja sobre el ángulo de 16 grados en el 4.º cuadrante y la latitud observada de 28º 32' 49" A. En San Borja se observó también la

latitud austral de 28° 39' 56", la variación magnética de 12 grados NE y la emersión del primer satélite de Júpiter del 29 de enero que dio 3 horas 45' 41" diferencia de meridianos en tiempo al occidente del Observatorio de Greenwich.

El 23 de febrero dispuesto todo en el mejor orden, se rompió la marcha, cediendo la vanguardia a los portugueses, sin pararnos a sortear estas preferencias, como ordenan las instrucciones, sino mirando siempre el mejor expediente y brevedad. El camino toma su dirección por las Capillas de San Joseph y San Estanislao, pertenecientes al mismo pueblo de Santo Tomé, y distantes la primera 11 millas al rumbo 21° NO y la segunda otras 10 de aquellas a los 20° NO. Hállase esta última sobre unas pequeñas vertientes, que girando al O entran en el Aguapey, el que desagua en el Uruguay cosa de una legua larga antes del P. de la Cruz. En San Estanislao [p. 357] tiene Santo Tomé una linda estancia de ganado vacuno, y las dos partidas recibieron de ella 300 reses bien gordas de consumo por disposición del teniente gobernador del departamento que a la sazón lo era el teniente de dragones don Pedro Ximenez de Castellano. Tuerce de allí el camino a los 34° NE y a las 6 millas se halla otra capilla nombrada Santamaría, del pueblo de Martínez. Después los 28° NE 11 millas la de San Ildefonso, perteneciente al de los Santos Apóstoles, que dista de ella 3 leguas, 69° NE donde llegamos el 2 de marzo, y se observó su latitud A de 27° 54' 27". El camino hasta aquí viene por un albardón de que se formados pequeños arroyos, Capivary y Chimina que fluyen a oriente y entran en el Uruguay y a occidente son todas caídas al citado Aguapey, cuyo origen no está lejos del de San Carlos. De Apóstoles se demarcó el P. de la Concepción los 69° SE distancia estimada 4 leguas, rumbos todos corregidos de la variación de la Aguja.

El 7 pasamos al P. de San Joseph, 9 millas al N de Apóstoles, cuya latitud observada es de 27° 45' 17" A. De San Joseph demora al P. de San Carlos a los 69° NO 7 ½ millas, distancia deducida de varios cruzamientos o marcaciones se lograron de diferentes parajes del camino, donde se avistan los dos pueblos. Cerca de San Joseph dan ya principio las Asperezas de la gran serranía, que dirigiéndose al NE separa los dos grandes ríos Paraná y Uruguay, formando un istmo o lengua de tierra de 6 leguas de ancho, que, se da la mano con la Cordillera de San Antonio y del Pepiry. Las aguas que descienden de estas asperezas corren al 4.º cuadrante y forman el arroyo Igarupá que tiene dos piernas guazú y miní, y entra en el Paraná al O de Candelaria. En la citada Capilla de Santamaría de Mártires da principio el Departamento que llaman de Concepción y consta de siete pueblos. El teniente gobernador que actualmente lo era don Gonzalo de Doblaz ayudante mayor de milicias de Buenos Aires, nos acompañó en el tránsito por Apóstoles y San Joseph, y fue muy expresivo el obsequio que estos pueblos hicieron a las partidas por su disposición. El 8 continuamos la marcha, y tomando el camino [p. 358] que sigue al N, con muy corta diferencia, pasamos a las 3 millas un cerro elevado y pedregoso en que suponemos haber algún mineral de imán o hierro, por la notable alteración que advertimos en las agujas, y antes de nosotros había observado también don Félix de Azara, en su viaje a estos pueblos el año de 81⁵¹. De este cerro del Imán, se desprende otro gajo, del Igarupá llamado Guasupisoró, término del departamento el cual tiene también dos ramas que se reúnen cerca de la Capilla de San Miguel, sita como a 8 millas de San Joseph. El 2 cortado este arroyo, dimos en otra Capilla de San Cristóbal, y cruzado el Igarupá como 3 millas antes de Candelaria, llegamos a este pueblo, capital de las Misiones, distante 19 millas al de San Joseph, sobre la margen misma del gran Paraná.

El capitán de dragones don Francisco Bruno de Zabala gobernador de los 30 pueblos por Su Majestad nos salió a recibir acompañado del Cabildo y Administrador. Tenía preparado alojamiento capaz y decente para todos los individuos de ambas partidas, especialmente, dentro del colegio: y servida una buena mesa por la comunidad, a imitación de los demás pueblos, que todos se esmeraron, se retiró cada uno a su habitación. Nuestro destino a la verdad era como se ha dicho más de una vez el P. del Corpus que se halla como 12 leguas más arriba, y con buen puerto en el Paraná, mas como Candelaria no careciese de esta prerrogativa, y por otra parte preponderasen de mucho las demás circunstancias como lo sano y agradable del temperamento, la hermosura de la situación, la capacidad de los campos para las haciendas, y la excelente proporción en medio de los otros pueblos para los abastos, transportes, correspondencias, etc., se resolvió de común acuerdo, no pasar adelante, sino disponer y dar de allí principio a la expedición del Paraná. En virtud de determinación, que la experiencia confirmó después de muy acertada, como nosotros, a la primera noticia de la venida de los portugueses, animados del sano deseo de adelantar la comisión de nuestro cargo, escribiésemos [p. 359] desde San Borja al gobernador de Misiones, solicitando el acopio de víveres, el apresto y reunión de los 8 barcos, en que debíamos por la instrucción navegar el Paraná, en dicho P. del Corpus; hubimos de variar esta providencia, advocando todo a Candelaria; y las órdenes surtieron tan buen efecto, que todo estaba pronto en los pocos días que faltaban de marzo. También dejaron el 27 del mismo, los 50 hombres de armas de las milicias del Paraguay, que según el plan de detal, debían escoltar las subdivisiones y venían mandados por el capitán don Joseph Bareyro, el alférez don Juan Joseph Valdez, dos sargentos y cabos, con instrucción particular del gobernador intendente de aquella provincia, el coronel de ejército don Pedro de Melo y Portugal.

Estando en estos términos, los barcos en el puerto con sus tripulaciones completas, hecho el acopio de los charques, legumbres, bizcocho y demás provisiones para 4 meses, y las tropas y oficiales de las dos partidas prontos para embarcarse de manera que solo restaba dar principio a la obra de límites ocurrió que el comisario nuestro concurrente fue asaltado de unas tercianas o calenturas intermitentes que no queriendo ceder a la eficacia de los remedios y régimen de los facultativos, le debilitaron sobremanera, y le pusieron en estado de no poder continuar por sí la diligencia, y como no trajese para estos casos declarado segundo entre sus oficiales que se pudiera encargar de sus funciones: ni aun con todo se le tuviese señalado después, a pesar de las instancias del señor virrey del Río de la Plata, lo que no deja de causar admiración, fue indispensable y forzoso la suspensión de la obra por el dilatado espacio de 13 meses, hasta nuevo giro de la buena estación y entero restablecimiento del coronel Roscio; siendo esta la verdadera causa de nuestra demora en Candelaria, y no la competencia ocurrida sobre nuestro título de comisario a que con poca ingenuidad lo atribuye en sus oficios el mismo coronel, sin embargo de que el punto fue decidido brevemente, como se va a ver, y la enfermedad le continuó hasta fin de agosto, y mucho más el decaimiento de espíritu y falta de fuerzas. La legalidad del [p. 360] Diario, y el enlace de los asuntos nos obligan a insertar dicha competencia, más el que gustare, la podrá omitir sin defecto substancial en la narración, dejando todo el capítulo 9 que trata de ella por extenso, y pasando de seguida al décimo que expone la expedición del Paraná y el reconocimiento de los ríos Yguazú y San Antonio.

Notas del editor

- 21 La división de la Corredera era 47 ½ pies de París correspondiente al medio minuto.
- 22 El mismo dato trae Oyarvide.
- 23 Capítulo VII, página 332 de esta edición, parágrafo: Medio de cortar los contrabandos.
- 24 Las Efemérides de La Lande anuncian esta ocultación.
- 25 Y la diferencia de meridiano en tiempo de Greenwich de 33 horas 33' 16».
- 26 Parece que se aludiera a la vez al Cocos Yatai y al Cocos Datil; las dos especies se encuentran en la región, si bien más abundante la primera.
- 27 Las Efemérides anuncian el centro del eclipse (visible en S. A.) para la 1 h. 3' [...] M., hora de París.
- 28 Página 297 de la presente edición.
- 29 Véase el tomo I de los Anales, página 340.
- 30 Bleyglanz no (Bligants) es el nombre alemán de la galena. Por una coincidencia curiosa, el nombre germánico se encuentra también estropeado en Linneo, *Systema Naturæ*, III, 371. La definición que allí se da y transcribe Alvear es la de Wallerius (falta el participio final *mixtum*).
- 31 Se trataría en este caso de la mina de cobre arenosa conf. Wallerius, *Systema Mineralogicum*, II, 294,
- 32 Linneo, *Systema Naturæ*, 321. (Edición Ginefin, 1796).
- 33 Se da la mano con la cuchilla grande y entre ella y la del NO.
- 34 Página 304 del presente tomo.
- 35 Página 298 del presente tomo.
- 36 Página 305 de este tomo.
- 37 Hoy se dice comúnmente Olimar.
- 38 Bacckaris. En la Argentina y Chile se pronuncia y escribe chilca, conforme a la etimología indígena.
- 39 Sic por Lecocq.
- 40 Página 324 de este tomo.
- 41 Página 323 de este tomo.
- 42 La fecha en blanco en el original; sería entre el 10 y el 15 de diciembre.
- 43 Página 292 de este tomo.
- 44 Así en el original. No es admisible que el copista fuese portugués, pero sí que provenga este lapsus, y otros análogos, del contacto diario con empleados de aquella nación.
- 45 Página 293 de este tomo.
- 46 Sic ¿por "hallaba"?
- 47 Sic por "margen".
- 48 Página 327 de este tomo.
- 49 Todas estas especies son muy conocidas; el "árbol de la yerba" es el *Ilex paraguayensis* de los autores.
- 50 Véase el tomo I de estos Anales, página 299, donde se habla de las colecciones de Magallanes.
- 51 Azara, *Voyages*, I.

José Varela y Ulloa

José Varela y Ulloa fue un marino de guerra, hidrógrafo, naturalista, geógrafo y político que nació en el año 1739 en Villaredo (Lugo, España) y murió en 1794 en La Habana (Cuba) (Rivero de Torrejón, s/d).

Se desempeñó en el Colegio de Guardia Marinas de Cádiz desde 1759, prestó servicios a bordo como guardia marino y como alférez de fragata en 1766, y actuó también en las campañas del corso contra las potencias berberiscas (Rivero de Torrejón, s/d). En 1767, fue nombrado alférez de navío, y entre 1768 y 1790 se desempeñó como tercer maestro de la Compañía de Guardia Marinas de Cádiz, donde alcanzó el rango de brigadier en 1790 (Rivero de Torrejón, s/d). En 1773, se graduó de teniente de navío y fue a partir de ese año que se comenzó a impartir el curso de ampliación de estudios de la Academia de Guardia Marinas, dirigido a formar a una elite de oficiales destacados en sus estudios, en el que los alumnos alternaban sus estudios con prácticas de astronomía en el Real Observatorio de Cádiz (Rivero de Torrejón, s/d). Desde esa fecha hasta 1776, Varela y Ulloa trabajó junto con el marino y cosmógrafo Vicente Tofiño en una serie de observaciones astronómicas (Rivero de Torrejón, s/d).

En noviembre de 1777, con el objetivo de dar curso al Tratado Preliminar de Límites en América meridional, conocido como primer Tratado de San Ildefonso, partieron desde Cádiz y Ferrol hacia Montevideo las fragatas Santa Catalina y Nuestra Señora de la Soledad al mando de José Varela y Ulloa y de Ramón Topete Fuentes, respectivamente, llevando los ejemplares del tratado y nuevas instrucciones al virrey Cevallos (Rivero de Torrejón, s/d). Las fragatas llegaron a Montevideo en febrero de 1778, para luego partir en expedición al golfo de Guinea con motivo de la firma del Tratado de El Pardo, en marzo de 1778, en confirmación y revalidación del Tratado Preliminar de San Ildefonso, en el cual se hacen públicas las cláusulas de cesión a España de las Islas de Fernando Poo y Annobón (Rivero de Torrejón, s/d). Aparte de su misión política, Varela y Ulloa llevó adelante, durante esta expedición, la tarea de posicionar geográficamente las islas del golfo de Guinea, Annobón, Santo Tomé, Fernando Poo, Príncipe y el cabo Lope-Gonzalo (Rivero de Torrejón, s/d).

En el marco del mencionado tratado, entre 1781 y 1799 se desarrolló la expedición de límites dirigida por Varela y Ulloa y que contó con la participación de Azara (Rivero de Torrejón, s/d). Durante esta expedición se hicieron una serie de reconocimientos para trazar la línea divisoria entre los dominios españoles y portugueses a solicitud del virrey del Río de la Plata Juan José de Vértiz al rey Carlos III (Rivero de Torrejón, s/d). En 1782, dirigió la primera partida de demarcación de límites con Portugal, en la que actuó como comisario principal (Rivero de Torrejón, s/d).

Cabe señalar que durante sus trabajos situó astronómicamente las ciudades de Montevideo y Buenos Aires (Rivero de Torrejón, s/d). Entre los años 1784 y 1786, trabajó en la Comisión de Límites desde Maldonado a Río Grande de San Pedro, con base en Buenos Aires, mientras figuraba aún como maestro de Matemáticas en la Academia de Guardiamarinas de la Armada Española (Rivero de Torrejón, s/d).

Autor: José Varela y Ulloa

Título: *Diario de la primera partida de la demarcación de límites entre España y Portugal en América (1784)*

Publicación: Internet Archive, 2011.

<https://bit.ly/3MH24Z6>

Publicación original: Madrid: Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica. Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia é Intervención Militares Caracas, número 7, 1920.

Notas de reproducción original: precedido de un estudio sobre las cuestiones de límites entre España y Portugal en América por Ddon Jerónimo Becker.

Nota de los autores del manual: a los efectos de los objetivos de esta publicación, se seleccionaron solo algunos fragmentos con información de interés para el curso, relativas a los sepulcros indígenas. Los lugares donde se ubican estas manifestaciones fueron luego utilizados como referencias geográficas por los demarcadores de límites, algunas de ellas mantenidas incluso en la toponimia actual.

Transcripción: pp. 308-309, pp. 315-317

Diario de la primera partida de la demarcación de límites entre España y Portugal en América (1784)

DÍA 18 DE MARZO.

Salida del 26 campamento en el valle de Juan Gómez y vertiente principal del arroyo de los Tapes.

47. A los 18 cañada que viene de la derecha, y al fin de la base se marcó el cerro de los Talas enfilado por la quebrada anterior en el valle de Juan Gómez, Sur 31° 30' Oeste. Un cerro en la costa del Leste de los Tapes Norte 23° 30' Oeste.

90. Por lomas altas y dobladas, por entre las cuales varias vertientes para los Tapes. A los 5 pasamos la primera que viene de la derecha y sigue al Oeste hasta el arroyo. A los 37 y 50 otras dos algo mayores, y por la izquierda como una milla se unen en una. A los 78 otra mayor de todas que viene del Sueste y sigue lo mismo que las otras, y por la izquierda á poca distancia se le une otra que pasamos á los 87, y al fin de la base se demarcó la medianía del cerro del Águila al Norte 63° 30' Leste; otro cerro, que llamaremos M X, Norte 13° 30' Leste, por cuya falda del Oeste pasa el arroyo de los Tapes. Otro cerro, que llamaremos A B, Sur 71° 30' Oeste.

[p. 308]

107. Por igual camino que la antecedente. A los 21 pasamos una cañada que tiene su origen á la izquierda como una milla, y por la derecha forma una vuelta pequeña que la volvimos á pasar á los 48, y de aquí sigue al Norte 60 Oeste en repetidas vueltas, y en ella algunas islas de monte. Desde este mismo punto costeamos otra por la derecha á más y menos de una milla hasta los 99 que la pasamos, de donde sigue al Norte 82° Oeste, y á 2 1/2 millas entra en un recodo que hace el arroyo de los Tapes, y al fin de la base se cruzó el cerro del Águila al Sur 60 Oeste, y se marcó otro cerro, que llamaremos H, Norte 23° Oeste.

20. Al fin de la base subimos á un cerro de otro albardón que fenece en el M X y se marcó lo siguiente: Cruzamento al cerro II Norte 87° Oeste, lo más Norte de una serranía que llaman de la Lorencita Norte 23° Leste, lo más Sur de dicha al Sur 71° Leste, distancia

1 millas. Entre estos dos puntos forma la Sierra una vuelta para el Leste de 3 á 1 millas, en la cual están comprendi das todas las vertientes de un regajo llamado arroyo Sarandi, que desagua en el de los Tapes cerca de la confluencia de éste en el Cevollati.

28. Al fin de la base llegamos al gajo Sarandi y á la misma punta del Norte de la Sierra de la Lorencita, donde acampamos, y se marcó el cerro M X Norte 68° Oeste; el morro más Norte de la Lorencita, Norte 76° Leste; dirección del Sarandi aguas arriba, Sur G9° Leste, y á 1 Va millas le entra una cañada que baja de la referida sierra y trae la dirección de este rumbo. Rumbo corregido de esta derrota: Norte 15° 30' 7 Leste distancia directa, 13' 51». Latitud observada, 33° 54' 5» A. Día 19 no se caminó por mal tiempo, y en una clara que hizo subimos al cerro M X, el cual es bien espacioso, y sobre él se hallan varios sepulcros de infieles, de donde se descubre la campaña, que es un valle rodeado de serranías, siendo sus límites por el Leste la sierra de la Lorencita y por el Oeste otra bastante alta, cuya distancia entre [p. 309] las dos es de 9 á 10 millas, y como por la medianía del valle corre el arroyo de los Tapes, y se marcó lo siguiente: Cerro A B, Sur 34° Oeste, por cuya laida occidental pasa el arroyo, y desde allí sigue cu rumbo general aguas abajo al Norte 23° Leste hasta su desagüe en el Cevollati, . cuya horqueta se marcó al Norte 5° Oeste, y la del Sarandi al Norte 22° 30' Oeste, desde donde sigue este aguas arriba al Sur 15° Leste hasta la laida del Norueste de este cerro, de donde sigue al Leste hasta 1 1/2 millas al Norte del campamento, y luego al Sur hasta el propio campamento. Se marcó también el cerro H al Sur 29° Oeste. Un punto en el arroyo de los Tapes, Sur 87° Oeste, distancia como 2 1/2 millas, y no notándose otra cosa de particular nos retiramos al campamento.

[...]

DÍA 2 DE ABRIL.

Salida del 29 campamento en el arroyo de Barriga negra.

94. Da principio esta base en el cerro X P, desde donde continuamos por diferentes lomas atravesando vertientes que vienen de la izquierda, y costeamos el arroyo por la derecha á tan corta distancia (pie tocamos algunos codillos. A los 30 atravesamos una cañada bastante gran de, que viene asimismo de la izquierda. A los 78 pasamos el arroyo, en cuyo punto por la derecha y bien cerca se le une un gajo bastante grande, llamado Arroyo de Polanco [p. 316] por tener sus vertientes en las asperezas de este nombre. De aquí sigue el arroyo aguas arriba al Sur 30 Leste por más de 4 l/ij á 5 millas, y corre para aguas abajo al Norte hasta la dirección que se tomó en el cerro X P, y al fin de la base subimos á otro cerro mayor de 7 que están iguales, y muy inmediatos, que conoceremos por los 7 hermanos, de los cuales sale un albardón al Sur 15° Oeste hasta la cuchilla general, en el cual se halla el cerro Norte ya citado, dividiendo aguas á estas dos vertientes principales de Barriga negra, y se marcó la dirección del arroyo de Polanco al Sur 30° Oeste, distancia como 5 millas, en la cual forma un poco de vuelta para el Norte, y en ella bajo la dirección del Norte 74° Oeste se le une otra vertiente que baja de las asperezas de Polanco por una quebrada formada de dos morros de piedras, que demora al Sur 74° Oeste. Se marcó también el cerro de los Talas, donde tiene su origen el arroyo de este nombre Sur 9° Leste. Cruzamento al punto del arroyo marcado desde el Paso Sur 20° Leste.

91. Por terreno bajo rodeado de serranía en distancia de derecha á izquierda de 2 1/2 leguas, atravesando vertientes que vienen de la izquierda, sobre la perpendicular para Polanco. A los 30, 46, 70 y 88 atravesamos las más notables, y al fin de la base subimos

á otro cerro, que por esta parte es el primero de las referidas asperezas, el cual está todo lleno de sepulcros de indios minuanes, por cuya razón lo conoceremos en adelante por cerro de los Sepulcros, de donde se marcó la quebrada por donde baja el arroyo Polanco Norte 38° Oeste; y lo más Norte de las asperezas dichas Norte 24° Oeste, distancia como 5 millas; una vertiente al Oriente de Barriga negra Sur 20° Leste, distancia $2 \frac{1}{2}$ millas.

45. Bajamos el cerro de los Sepulcros, y en la costa del arroyo Polanco acampamos.

10. De aquí seguimos el rumbo del margen, y al fin de la base subimos á un cerro de piedras muy áspero á la parte del Oeste del arroyo, el que conoceremos por el de [p. 317] la Calagutela, por estar cubierto de esta raíz, de donde se mareó el cerro X P Norte 46° Leste; el de los 7 hermanitos Norte 52° Leste, y el de los Sepulcros Sur 63° Leste; la quebrada por donde baja el arroyo Polanco Norte 5° Oeste. El arroyo desde el campamento corre al Norte 40° Leste hasta la horqueta del referido gajo. Rumbo corregido de esta derrota: Sur $59^{\circ} 30'$ Oeste; distancia directa, $10' 3''$. Latitud observada, $M355' 21''$ A.

Félix de Azara

Félix de Azara nació en Barbuñales (Huesca, España) el 18 de mayo de 1742 y murió el 20 de octubre de 1821 en la misma ciudad. Pertenecía a una familia de buen pasar y alta posición social, y los hombres del núcleo familiar contaban con títulos nobiliario —su padre— y eclesiástico, con uno académico y uno diplomático (Gasparri et al., 2017).

Comenzó sus estudios universitarios y los abandonó luego por la carrera militar, en la que enseñaba ciencia moderna, iniciándose de esta forma en la Academia de Ingeniería Militar de Barcelona en 1765 y alcanzando, en 1767, el grado de subteniente de Infantería e ingeniero delineador de los ejércitos nacionales, plazas y fronteras (Gasparri et al., 2017). Ingresó al Cuerpo de Ingenieros y desarrolló diversas obras hasta 1775, año en que estalló la guerra entre España y Argelia, en la cual participó (Gasparri et al., 2017). Luego de recuperarse de una herida de gravedad en batalla que lo dejó convaleciente durante varios años, en 1781 se le ordenó presentarse ante el embajador de España en Lisboa, luego de haberse incorporado a la guarnición de San Sebastián como teniente coronel de Infantería (Gasparri et al., 2017).

En 1782, partió hacia la región del Río de la Plata como comisario de la Tercera Partida Demarcadora de Límites entre las colonias españolas y portuguesas, tras habersele reconocido el grado de capitán de Fragata de la Armada; el 13 de mayo llegó a la ciudad de Montevideo (Gasparri et al., 2017). Al igual que los comisarios de las otras cuatro partidas demarcadoras, José Varela, Rosendo Rico, Juan Francisco Aguirre y Diego de Alvear y Ponce de León, Azara llevó a cabo trabajos de reconocimiento, geodesia y mensura para fijar los límites (Gasparri et al., 2017; Peralta Ruiz, s/d).

Tras los desacuerdos y conflictos suscitados entre España y Portugal para cumplir los objetivos de las partidas, Azara quedó —al igual que Alvear— sin poder cumplir su misión (Gasparri et al., 2017; Peralta Ruiz, s/d). Durante esta pausa, se dedicó —sin autorización, con sus propios recursos y escondiendo los aparatos de medición— a describir la región, confeccionar mapas y relacionarse con los grupos indígenas, desarrollando así estudios zoológicos, geográficos, cartográficos, etnográficos e históricos que más adelante él mismo ordenaría y le valdrían el reconocimiento como precursor de los naturalistas sudamericanos del siglo XVIII, como el primer geógrafo de la región (Gasparri et al., 2017) e incluso como un verdadero antropólogo para su época.

Entre las expediciones que efectuó hasta el año 1788, se encuentra la navegación del Pilcomayo y el recorrido de los humedales del Iberá (Gasparri et al., 2017). En 1796, tras haber estado algunos años en Paraguay, fue trasladado a Buenos Aires para inspeccionar la frontera sur que contemplaba las zonas de Areco, Luján, Mercedes, Guardia del Monte y Chascomús, para adentrarse más adelante por el río Salado (Gasparri et al., 2017). En 1797, estando en Buenos Aires, fue enviado como comisionado a la Banda Oriental para recorrer el área y planificar la creación de San Gabriel de Batoví²⁹, en la frontera con Brasil, actividad que se vio nuevamente perjudicada por los avances portugueses y la actividad *bandeirante* (Gasparri et al., 2017).

Las obras que dejó como legado, correspondientes al período comprendido entre los años 1781 y 1797, son: *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*, *Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones guaraníes*, *Viajes por la América Meridional*, *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay* y

29 Lo que hoy es la ciudad de San Gabriel, ubicada en el estado de Río Grande del Sur.

Autor: Félix de Azara

Título: *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata (1742-1821)*

Publicación: Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002

<https://bit.ly/3aRo8mz>

Publicación original: Buenos Aires, Editorial Bajel, 1943.

Notas de reproducción original: edición digital basada en la de Buenos Aires, Editorial Bajel, 1943.

Nota de los autores del manual: se puede consultar tanto esta fuente completa como otras fuentes del autor en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <https://bit.ly/3OhFpE5>

Transcripción: pp. 99-113

Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata (1742-1821)

De los indios pampas

1. Aunque el hombre sea incomprensible y más el indio silvestre, porque no escribe, habla muy poco en idioma desconocido, al que tal vez faltan cien veces más voces de las que tiene, y porque no opera sino lo que le ordenan las pocas necesidades que experimenta: con todo como el indio por más bárbaro que sea, es la parte principal y más interesante de América, creo deber poner aquí algunas observaciones que hice sobre bastantes naciones de indios silvestres o libres que no están, ni jamás han estado sujetas a los españoles, ni a ningún imperio. No seré difuso por no fastidiar, y me limitaré a lo que permiten mi poco talento y menor perspicacia.

2. He vivido largas temporadas con algunas de aquellas naciones y con otras menos: aun hablaré tal cual cosa de algunas que no he visto, valiéndome de las mejores noticias que pude procurarme. De modo que me he propuesto hacer saber el número y la situación de casi todas las naciones que hay y ha habido en aquel país, para que se puedan entender y corregir las relaciones antiguas. Estas, como hechas por los conquistadores, multiplican el número de naciones y de indios, con la idea de dar esplendor a sus hazañas. Los historiadores que han copiado dichas relaciones, no las han corregido ni se han propuesto describir aquellas naciones. La mayor parte de las relaciones e historias convienen en asegurar, que casi todas las citadas naciones eran antropófagas, y que en la guerra usaban de flechas envenenadas; pero uno y otro lo creo falso, puesto [p. 100] que nadie de las mismas naciones come hoy carne humana, ni conoce tal veneno, ni conserva tradición de uno ni otro, no obstante de estar en el pie de que cuando se descubrió la América, y de que en nada han alterado sus otras costumbres antiguas.

3. Llamaré nación a cualquiera congregación de indios que tengan el mismo espíritu, formas y costumbres, con idioma propio tan diferente de los conocidos por allá, como el español del alemán. No haré caso de que la nación se componga de muchos o pocos individuos; porque esto no es carácter nacional. Para certificarme de la diversidad de idiomas y de naciones, me valí de los mismos indios y de españoles que entendían las lenguas albayá,

payaguá y otras, o que habían tratado con muchas naciones; resultando de sus relaciones, que los idiomas que diré ser diferentes, no tienen una palabra común, ni pueden los más escribirse con nuestro alfabeto, siendo muchos narigales, guturales y en extremo difíciles.

4. Todas las naciones son más o menos errantes, sin pasar por lo común al distrito de otras, ni aun al espacio desierto que media entre ellas. Así cuando se señale el sitio de su habitación, será para hacer conocer el centro de su destino.

Nación charrúa

5. Tiene idioma muy narigal, gutural y diferente de todos. En tiempo de la conquista corría la costa septentrional del Río de la Plata desde Maldonado hasta cerca de la boca del río Uruguay, extendiéndose por los campos como treinta leguas hacia el Norte yaro, mediando un grande desierto hasta entrar por el Norte algunas divisiones o pueblos de indios tapes o guaraníes.

6. Los charrúas mataron a Juan Díaz de Solís, primer descubridor del Río de la Plata, sin comerle como dice equivocadamente Lozano, lib. 2, cap. 1. Con este hecho principiaron una guerra, que aun dura hoy sin haber tenido tregua, y que [p. 101] ha costado innumerables muertes. Desde el principio quisieron los españoles fijarse en su país, haciendo algunas obras en la colonia del Sacramento, luego un fuertecillo y enseguida una ciudad en la boca del río de San Juan, y después otra donde el río de San Salvador entra en el Uruguay. Pero todo lo destruyeron los charrúas, quienes aunque no pudieron embarazar el que los portugueses se fijasen el año de 1679, en la isla de San Gabriel y en la costa inmediata a la colonia del Sacramento, nunca les permitieron salir un paso de sus murallas. Cuarenta y siete años después se edificó el fuerte y ciudad de Montevideo, cuyos valientes españoles repujaron a los charrúas hacia el Norte a costa de mucha sangre.

7. Poco antes del último año citado, exterminaron los charrúas las dos naciones llamadas yaros y bohanes, y tal vez habrían practicado lo mismo con la de minuanes, pero hicieron alianza y estrecha amistad con ellos para sostenerse y atacar a los españoles que acababan de principiar las obras de Montevideo. Hiciéronlo en efecto muchos con valor y suerte varia, hasta que creciendo mucho los reclutas españoles y teniendo un diestro y valiente caudillo, forzaron a los charrúas a alejarse hacia el Norte, dejando muchos campos libres que poblaron los de Montevideo con dehesas o estancias de ganados, ganándolas y sosteniéndolas a costa de mucha sangre. Últimamente una porción de charrúas y de minuanes forzada por los españoles, se ha incorporado a los pueblos más centrales de las Misiones del Uruguay, y otra está hoy tranquila en la Reducción de Caiasta. Pero otra porción que hay libre por los treinta y treinta y un grado de latitud, hade la guerra a sangre y fuego a veces a portugueses y siempre a los españoles; como que de las partidas que yo enviaba de cincuenta y cien hombres, me mataron muchos soldados.

8. El arma de los más, es una lanza de cuatro varas con la moharra de fierro, comprada a los portugueses cuando están en paz. Otros usan las flechas comunes y cortas que llevan en carcax a la espalda y jamás han conocido las bolas del núm. 43 como dice Barco, Canto 10. Crían yeguas y caballos montando en pelo los varones, y usando freno de fierro, si lo han podido [p. 102] robar o comprar: las mujeres usan enjalma muy sencilla, y montan con las piernas abiertas. A nadie presta su caballo el charrúa, sino a sus hijos y mujer, esto cuando tiene muchos: porque si tiene uno solo, le monta él, y hace le siga a pie toda su familia, y que lleve a cuestras todos sus muebles.

9. Cuando han resuelto una invasión, ocultan las familias en algún bosque, y anticipan seis leguas a lo menos algunos bomberos o exploradores bien montados y separados. Estos adelantan con suma precaución. Se detienen a observar y van siempre echados a la larga sobre los caballos dejándolos comer para que si los ven se crea que los caballos están sin jinetes. Con esta mira no usan freno, sino que atan la mandíbula inferior con una correa, de la que salen dos que sirven de riendas. Como nos aventajan mucho en la extensión y perspicacia de la vista y en el conocimiento de los campos, logran observar nuestros pasos sin ser descubiertos. Cuando llegan a una o dos leguas del objeto que quieren atacar, traban sus caballos al ponerse el sol, y se aproximan a pie agachados y ocultos con el pasto para imponerse bien de la casa o campamento, de sus avenidas y avanzadas, centinelas, caballada etc. Los mismos reconocimientos y precauciones usan en todos sus viajes; aun cuando piensan no atacar, siguen siempre sus bomberos a los españoles, si los hay en campaña: de modo que, aunque no se vea un indio, debe el que manda tener por cierto que le cuentan todos los pasos, y que será atacado si no le preservan sus precauciones; cuales son estar quieto de día y marchar de noche. Además debe tener partidas avanzadas que observen, si el ganado vacuno principalmente el silvestre huye, o si los caballos cimarrones atacan en columnas, porque sucede lo primero cuando se acercan jinetes, y lo segundo cuando se aparecen caballos mansos con pasajeros.

10. Bien impuesto de todo los bomberos, vuelven a dar el aviso: pero si han sido descubiertos, escapan con rumbo opuesto del que trae su gente, y no hay que esperar alcanzarlos porque llevan caballos superiores, y en pelo que corren más que con aparejo. Hecha la relación a su tropa, determinan si les conviene más desviarse de la derrota de los españoles, o atacarlos. [p. 103] En este caso se reparten según los puntos que se proponen, marchando despacio pero en llegando a tiro, gritan dándose palmadas en la boca, y se arrojan como rayos, matando irremisiblemente cuanto encuentran, menos a las mujeres y a los muchachos menores de como doce años. Los despojos son del que los coge porque nada reparten. El que pilla mujeres o niños, los lleva a su toldo o choza, y los agrega a su familia, para que le sirvan, dándoles de comer hasta que se casan. Entonces si es mujer se va con su marido, y si es varón forma familia y casa aparte, quedando tan libre e independiente como si fuese charrúa, y es reputado por tal. Esta libertad y nueva vida acomoda tanto a los cautivos, que es raro quieran volver a estar con sus padres y parientes. A esto alude Rui Díaz, lib. I, cap. 3, diciendo que son humanos con los cautivos. Aunque los citados ataques son poco antes del alba, también los hacen de día si advierten inferioridad, miedo o mala disposición en el que manda. No ignoran el hacer ataques falsos, emboscadas oportunas y fugas fingidas: y como llevan ventaja en lo jinete y en los caballos, no se les escapa ninguno de los que se separan para huir, ni de los que vuelven la espalda en retirada. Por fortuna no continúan la victoria y se contentan, logrado el primer golpe: de no ser así, quizás las campañas al Norte del Río de la Plata no estarían aun pobladas de españoles. Barco, canto 10, dice falsamente, que desollaban la cara a los enemigos muertos, y que por cada uno se daban una cuchillada.

11. La experiencia ha hecho conocer, que es muy bueno cuando acometen, echar pie a tierra, y esperar bien unidos delante de los caballos del diestro sin disparar sino uno u otro tiro de muy cerca. Solo así respetan las armas de fuego, y se retiran después de haber hecho algunas morisquetas, porque si la descarga es general, no dan lugar a segunda, y todo perece. Quizás han derramado los charrúas hasta hoy más sangre española que los ejércitos del Inca y de Motezuma, y sin embargo no llegan en el día a cuatrocientos varones

de armas. Para sujetarlos se han despachado muchas veces más de mil soldados veteranos ya unidos ya en diferentes cuerpos; y aunque [p. 104] se les ha dado algunos golpes, ellos existen y nos hacen continua guerra. Nos llevan muchas ventajas, en lo jinete, en la economía, cuidado y descanso que procuran a sus caballos; en montar en pelo, en no llevar equipajes ni víveres, comiendo lo que encuentran, en pasar más tiempo sin comer ni beber; en soportar mejor toda especie de fatigas y trabajos, y en no detenerse por embarazos de ríos, lagos ni esteros o cenagales. Mas no son ni han sido tan veloces a pie que pillen a correr los ciervos y avestruces como quiere Barco, canto 10.

12. Regulo la estatura media de los Charrúas una pulgada superior a la española; pero los individuos son más igualados, derechos y bien proporcionados, sin que entre ellos haya contrahecho o defectuoso, ni que peque en gordo ni en flaco. Son altivos, soberbios y feroces; llevan la cabeza derecha, la frente erguida, y la fisonomía despejada. Su color se acerca tanto o más al negro que al blanco, participando poco de lo rojo. Las facciones de la cara varoniles y regulares; pero la nariz poco chata y estrecha entre los ojos. Estos algo pequeños, muy relucientes, negros, nunca de otro color, ni bien abiertos. La vista y el oído doblemente perspicaces que los de los españoles. Los dientes nunca les duelen ni se les caen naturalmente aun ten la edad muy avanzada, y siempre son blancos y bien puestos. Las cejas negras y poco vestidas. No tienen barbas, ni pelo en otra parte, sino poco en el pubis y en el sobaco. Su cabello es muy tupido, largo, lacio, grueso, negro, jamás de otro color, ni crespo, ni se les cae: solo encanece a medias en edad muy avanzada. La mano y pie algo pequeños y más bien formados que los nuestros: el pecho de las mujeres no tan abultado como el de otras naciones de indios.

13. No se cortan el cabello, y las mujeres le dejan flotar libremente: pero lo atan los varones, y los adultos ponen en la ligadura plumas blancas verticales. Las charrúas y todas las indias que conozco, y aun las mulatas del Paraguay, buscan los piojos y las pulgas con afición y gusto, por el que a ellas les resulta de tenerlos un ratito pataleando en la punta de la lengua sacada de la boca, y de comerlos y masticarlos después. Los varones no se adornan con pinturas ni las mujeres [p. 105] usan sortijas, arracadas ni adornos, pero el día que aparece la primera menstruación, las pintan tres rayas azules oscuras: la una cae verticalmente por la frente desde el cabello a la punta de la nariz siguiendo el caballete de esta, y las otras dos una al través de cada sien. Estas rayas son indelebiles; porque las ponen picando la piel y poniendo arcilla negrizca. A pocos días de haber nacido un varón charrúa, le agujerea la madre el labio inferior de parte a parte a la raíz de los dientes, y en el agujero le introduce la insignia viril que es el barbote, que no se quita en toda la vida ni para dormir, sino para poner otro si se rompe. Es un palito de más de medio palmo con dos líneas o la sexta parte de una pulgada de grueso hecho de dos piezas. La una tiene cabeza como clavo, ancha y plana en un extremo para que no pueda salir por el agujero en el cual la meten de modo que la cabeza toque la raíz de los dientes, y la otra extremidad apenas salga fuera del labio. La otra pieza más larga del barbote se introduce a fuera, y se afianza en un agujerito que tiene la primera en la punta exterior.

14. Por allá llaman toldo a la casa o habitación del indio silvestre, y toldoría al pueblo o conjunto de muchos toldos. El charrúa o más bien su mujer, corta tres o cuatro varas verdes poco más grueso que el dedo pulgar, y las dobla clavando entrambas puntas en tierra. Sobre estos arcos apartados unos de otros, tiende una piel de vaca, y queda hecha la casa o toldo para un matrimonio y algunos hijos; pero si estos no caben, hacen al lado otro. Entran como los conejos y duermen boca arriba sin almohada, como todo indio silvestre, sobre una

piel. Es ocioso decir que no conocen sillas, mesas, etc., y que sus muebles son casi ningunos: hacen la cocina fuera de casa.

15. Nadie cubre la cabeza y los varones van totalmente desnudos sin ocultar nada; pero para abrigarse cuando hace mucho frío, suelen tener una camiseta muy estrecha de pieles sin mangas ni cuello, que no siempre llega a cubrir el sexo. Los que en la guerra han pillado un poncho o sombrero se sirven de este contra el sol muy ardiente y de aquel en vez de la camiseta. El poncho es un pedazo de tela muy ordinario de lana, ancho como siete palmos, largo diez con una raja en medio [p. 106] por la que sacan la cabeza. Las mujeres no hilan, quizás porque su país no produce algodón, ni crían ovejas. Se envuelven en el citado poncho, o se ponen una camisa sin mangas de lienzo ordinario de algodón, cuando sus maridos o padres la han podido adquirir o robar. Jamás lavan su vestido, ni las manos ni cara; pero se bañan alguna vez cuando hace calor. Nunca barren el toldo; son muy puercas, huelen muy mal y también sus casas.

16. Nada cultivan, ni comen sino algún animal y vacas silvestres. Las mujeres arman y desarman los toldos, y hacen la cocina que se reduce al asado. Para esto ensartan la carne en un palo, cuya punta clavan en tierra de modo que quede algo inclinado: así le arriman el fuego, y cuando notan que la carne está asada de un lado, dan vuelta al palo para que se ase del otro. A un mismo tiempo ponen muchos asadores, y cualquiera de la familia que tiene gana saca uno sin avisar a nadie, le clava en tierra aparte y come sentado en sus talones. Aun cuando se congregan padres e hijos, nadie habla mientras comen, ni beben hasta haber comido.

17. No tienen juegos, bailes, cantares ni instrumentos músicos, tertulias ni conversaciones ociosas; y les es tan desconocida la amistad particular, como que nunca se avienen dos para cazar, ni para otra cosa, que para la común defensa. Su semblante es inalterable, y tan formal que jamás manifiesta las pasiones del ánimo. Su risa se limita a separar un poco los ángulos de la boca, sin dar la menor carcajada. La voz nunca es gruesa ni sonora, y hablan siempre muy bajo, sin gritar aun para quejarse si los matan: de manera que si camina unos diez pasos delante, no le llama el que le necesita, sino que va a alcanzarle.

18. No hay un charrúa ni de otra nación celibato, y se casan luego que advierten la necesidad de este enlace. Como son silenciosos y no conocen riquezas, jerarquías, bailes, lujo, adornos ni otras cosas que entran en la galantería, los negocios del amor se determinan entre ellos cuasi con la frialdad que entre nosotros el ir a la comedia. Se reduce, pues el matrimonio [p. 107] a pedir la novia a sus padres, y a llevársela con su beneplácito, porque nunca se niega la mujer a esto, y se casa siempre con el primero que la pide, aunque sea feo o viejo el pretendiente.

19. En el momento que un soltero se casa, forma familia aparte y trabaja para alimentarla, porque hasta entonces vive a expensas del padre, sin hacer nada ni ir a la guerra. La poligamia es permitida, pero muy raro el que dos hombres se avengan con una mujer; y las muchas mujeres dejan al polígamo luego que encuentran marido con quien estar solas. También es libre el divorcio, mas se verifica rara vez si hay hijos. La resulta del adulterio es dar el agraviado algunas puñadas o cachetes a los cómplices si los pilla in fraganti; y aun esto cuando es celoso el marido, que es cosa poco común. Nada mandan, enseñan ni prohíben a sus hijos, ni estos respetan ni obedecen a los padres sino en lo que quieren, haciendo siempre lo que les da la gana sin respeto ni sujeción. A los huérfanos, cuando los hay los recoge algún pariente, o algún indio más compasivo que los otros.

20. Los varones cabezas de familia se juntan todos los días al anochecer, formando círculo sentados en sus talones, para convenirse en las centinelas que han de apostar y vigilar aquella noche, porque nunca las omiten, aun cuando nada teman. Dan cuenta allí de si en lo que han caminado aquel día han descubierto indicio de enemigos, y hace cada uno relación de los campos adonde irá a cazar o a pasearse el día siguiente para deducir quién le ocasionó la muerte u otra desgracia si le sucede. Si alguno forma un proyecto común como mudar a otra parte la tolería, atacar a otra nación o defenderse de ella, lo propone. La asamblea de[l] ibera, y verifican la idea los que la aprueban, sin asistir los que no aprobaron, y muchas veces tampoco algunos de los aprobantes, los cuales no incurrn en pena ni están obligados a cumplir lo que ofrecieron. Las partes interesadas componen las diferencias particulares que rara vez les ocurren, sin que nadie se entrometa en ellas. Pero si no se avienen, se acometen a puñadas ensangrentándose las narices y alguna vez arrancándose o rompiendo algún diente, hasta [p. 108] que cansados vuelve el uno la espalda, y nadie habla más del negocio. En estas cosas nunca intervienen armas ni he visto ni oído que un charrúa ni otro indio silvestre haya muerto a otro de su misma nación por ningún motivo.

21. Aunque las mujeres y los hijos de familia solo beban agua, los varones cabezas de familia se emborrachan siempre que pueden con aguardiente, y en su defecto con chicha que preparan desliendo miel en agua y dejándola fermentar. No he notado ni sé que padezcan enfermedad particular ni la de gálico y creo que viven aun más que nosotros. Tienen sin embargo sus médicos que a toda especie de enfermedades aplican el mismo remedio, que es chupar con mucha fuerza el estómago del paciente, persuadiendo que así extraen los males para que les gratifiquen.

22. Cuando muere alguno, le llevan al cementerio común, que tienen en un cerrito, y le entierran, matando sobre el sepulcro su caballo de combate (que es lo que más aprecian) si así lo ha dejado dispuesto, que es lo común. La familia y parientes lloran, o más bien gritan por los difuntos, y les hacen un duelo bien singular y cruel. Si el muerto es padre, marido o hermano que haga cabeza de familia, se cortan las hijas, la viuda y las hermanas casados un artejo o coyuntura por cada difunto, principiando por el dedo chico o meñique: se clavan además el cuchillo o lanza del muerto repetidas veces de parte a parte por los brazos y por los pechos y costados de medio cuerpo arriba. A esto agregan estar dos lunas tristes y ocultas en su casa comiendo poco. Barco, canto 10, dice que se cortan un dedo por cada pariente muerto, pero es como yo digo.

23. El marido no hace duelo por muerte de su mujer, ni el padre por la de sus hijos; pero si estos son adultos cuando fallece su padre, están desnudos ocultos dos días en casa comiendo poco, y esto ha de ser yuambu o perdiz o sus huevos. La tarde segunda de este entierro, les atraviesa otro indio de parte a parte la carne que puede pillar, pellizcando el brazo con un pedazo de caña larga un palmo, de modo que los extremos de la caña salgan igualmente por ambos lados. La [p. 109] primera caña se clava en la muñeca, y se pone otra a cada pulgada de distancia siguiendo lo exterior del brazo hasta la espalda y por esta. Las cañas son astillas de dos o cuatro líneas de anchura sin disminución sino en la punta que entra. En esta miserable y espantosa disposición se va solo y desnudo al bosque o a una loma o altura, llevando un garrote punteagudo con el cual y con las manos escava un pozo que le llegue al pecho. En él pasa de pies el resto de la noche, y a la mañana se va a un toldo o casa, que siempre tienen preparado para los dolientes, donde se quita las cañas y se echa dos días sin comer ni beber. Al siguiente y en los días sucesivos hasta diez o doce, le llevan los muchachos de su nación agua y algunas perdices, y sus huevos ya cocidos, y se los dejan

cerca retirándose sin hablarle. No tienen obligación de hacer tan bárbaras demostraciones de sentimiento, y menos ellos que quizás miran con indiferencia la falta de los que mueren, sin embargo rara vez las dejan de practicar. El que las omite en el todo o en parte, se reputa por flojo, pero esta opinión no le causa pena ni perjuicio en la sociedad con sus camaradas.

24. Los que se figuran que ninguno obra sin motivo, y pretenden averiguar el porqué de todo, pueden ejercitar su sagacidad discurriendo de donde sacaron los charrúas y otras naciones la idea de unos duelos tan extravagantes y crueles por los padres, maridos y hermanos, a quienes se nota poco que amen ni respeten cuando viven.

Indios yarós

25. Cuando descubrieron los españoles el Río de la Plata, vivían los yarós de la pesca y caza en la costa oriental del río Uruguay entre los ríos Negro y San Salvador internándose poco en los campos rasos, y sin acercarse a los que corrían los charrúas. Son tan escasas las noticias de esta nación, que apenas se comprende que tenía idioma diferente de todos; que usaba en la guerra garrotes, dardos y las flechas que se describirán en el número 60, y que era sumamente diminuta, no componiendo apenas cien familias. Sin embargo tuvieron valor [p. 110] para acometer y matar algunos españoles con su capitán Juan Álvarez y Ramón primer descubridor del río Uruguay. En el siglo XVI fueron exterminados los yarós por los charrúas; pero estos conservaron, según acostumbraban los indios silvestres a las mujeres y muchachos que están hoy mezclados sin poderse distinguir.

Indios bohanes

26. Son aun más escasas las noticias de esta nación que de la precedente con quien confinaba. Yo la creo menos numerosa, y que tenía idioma diferente de todas. Habitaba la costa oriental del río Uruguay al norte de los yarós: vivía como estos, y una parte de ella creo fue conducida al Paraguay por los españoles que desampararon a San Salvador, y el resto exterminado por los charrúas cuando los yarós y por el mismo tiempo.

Indios chanás

27. Al arribo de los primeros españoles, habitaba una nación en las islas del río Uruguay enfrente de la boca del río Negro, y cuando despoblaron los españoles la ciudad de San Salvador, pasaron los chanás a establecerse en la costa oriental del mismo Uruguay por debajo de la costa del río de San Salvador. Acosados después por los charrúas, volvieron a sus islas, fijándose principalmente en la llamada de los Vizcaínos. Pero temiendo padecer el exterminio de los yarós y bohanes que era reciente, solicitaron que los españoles de Buenos Aires los defendiesen, ofreciendo ser cristianos. En efecto el gobernador de dicha ciudad los sacó de las islas, les formó el pueblo de Santo Domingo Soriano, y les dio una guardia dejándoles vivir con la misma libertad que tenían los españoles sin sujetarles a encomiendas ni al gobierno en comunidad. De esto ha resultado naturalmente que estos indios han vivido contentos, y que se han civilizado a la par de los españoles, perdiendo su idioma, costumbres, etc. y mezclándose [p. 111] con los españoles, de modo que casi todos pasan hoy por tales. Existen sin embargo algunos chanás, y entre ellos uno de más de cien años. Por lo que este y otros cuentan, y por algunos papeles antiguos se sabe que su nación apenas componía cien familias, que tenían idioma diferente de todos, que usaban canoas y vivían de la pesca, y que no ceden a los charrúas en la estatura y proporciones. Se ignoran sus antiguas costumbres, porque los viejos nacieron de padres ya cristianos.

Indios minuanes

28. *En tiempo del descubrimiento, vivía esta nación en los campos del Norte del Paraná, sin apartarse de este río sino como treinta leguas, y extendiéndose desde donde el Uruguay se junta al citado río hasta enfrente de la ciudad de Santa Fe de la Vera-Cruz. Por el Mediodía confinaba con los guaraníes que habitaban las islas del Paraná: por el Norte tenía grandes desiertos; y por el Levante mediaba dicho Uruguay entre los Minuanes y las naciones ya descritas.*

29. *Se equivocan Barco canto 24 y Lozano, lib. 3, cap. II, diciendo que nada valían, pues mataron a Juan de Garay famoso capitán y a muchos que le acompañaban. Cuando los Charrúas se internaron hacia el Norte, ajustaron con ellos la más estrecha alianza y amistad viviendo juntos muchas temporadas, pasando y repasando el río Uruguay y acometiendo acordes a los españoles de Montevideo y sus campañas. De aquí ha nacido el confundirlos comúnmente llamándolos indiferentemente ya charrúas ya minuanes. En el día se separan rara vez, y es igual su situación como lo son sus armas, caballos, color, facciones, ojos, vista, oído, dientes, pelo, vello, carecer de barba, mano, pie, seriedad, no reír, hablar poco y bajo, no gritar ni quejarse, voz y ninguna limpieza. Lo son también en la igualdad sin clases, en vestidos, muebles, casas, casamientos, no cultivar, borracheras, modo de comer, precauciones, en no adornarse ni servir uno a otro, y en tener lugar destinado para enterrar los muertos.*

[p. 112]

30. *Lo mismo digo de obsequios, leyes, premios, castigos, honor, amistad particular, bailes, cantares, músicas, juegos y tertulias. Igualmente se juntan en la asamblea al anochecer, y terminan sus diferencias particulares a puñadas. Se diferencian principalmente de los Charrúas en que no son tan numerosos, en su idioma diferente de todos, en parecerme una pulgada más bajos, más descarnados, tristes y sombríos, y menos espirituales, activos soberbios y poderosos, y que el pecho de las mujeres parece más abultado que el de las charrúas. Además la poligamia y divorcio parecen más raros. Tienen de muy singular el que los padres solo cuidan de los hijos hasta desmamarlos. Entonces los entregan a algún pariente casado o casada, sin volverlos a admitir en su casa ni tratarlos como hijos.*

31. *En la primera menstruación se pintan hoy las mozuelas como las charrúas, aunque algunas omiten las rayas de las sienes, siguiendo en esto su antigua costumbre. A los niños les pintan tres rayas azules indelebles de una mejilla a la otra cortando la nariz por enmedio: muchos adultos se pintan postizamente las quijadas de blanco; pero muchos varones omiten toda pintura imitando en esto a los charrúas desde que viven juntos. También los imitan en el modo de curar los enfermos; pero difieren porque no todos los médicos son varones, mezclándose en esta farándula algunas mujeres más o menos viejas. Estas ejercitan toda su habilidad en persuadir a los viudos y solteros, principalmente que tienen en su arbitrio la vida y la muerte, y metiéndolos miedo consiguen que alguno se case con ellas.*

32. *Por la muerte del marido se corta la mujer una coyuntura de un dedo. Corta también la punta de su cabellera, se tapa el rostro con la misma, cubre el pecho con una piel o trapo, o con su mismo vestido, y está oculta en casa algunos días. El mismo duelo hacen las hijas adultas por la muerte del que las crió en sus casas; pero no por su verdadero padre. El duelo de los varones solo dura la mitad del tiempo que entre los charrúas, y es el descrito en el núm. 23; pero en vez de pasarse las cañas, se atraviesan una espina gruesa de pescado, [p. 113] metiéndola y sacándola, como quien cose, por las piernas y muslos interior y exteriormente, también desde la muñeca al codo.*

33.²⁸ *El padre jesuita Francisco García, intentó formar sobre el río Ybicui, la doctrina o pueblo de Jesús María fijando a los minuanes; pero estos volvieron a su vida errante y libre, menos muy pocos que se pudieron agregar al pueblo Guaraní llamado San Borja. La suerte posterior de algunos minuanes se ha visto en el núm. 7.*

Notas del editor

28 «3.» en el original. (N. del E.)

Referencias bibliográficas

- Acosta y Lara, E. (1989). *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental*. Montevideo: Linardi & Risso.
- Alamán, L. y Orozco y Berra, M. (1855). *Diccionario universal de historia y de geografía: obra dada a luz en España por una sociedad de literatos distinguidos y refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México con noticias históricas, geográficas, estadísticas y biográficas sobre las Américas en general y especialmente sobre la República Mexicana*, vol. 6. Minnesota: Universidad de Minnesota.
- Angelis, P. de (1836). Discurso preliminar a la historia del padre Guevara. *Historia del Río de la Plata y Tucumán por el P. Guevara* (pp. I-IV). Disponible en <https://bit.ly/3QjRSsv>.
- Azpiroz Perera, A. y Dávila Cuevas, A. (2011). Indios «infeles» y «potreadores»: sociedad colonial y poblaciones indígenas en las fronteras de la Banda Oriental. *La fundación de Belén, 1801. La frontera como abordaje historiográfico*. Colección Avances de Investigación. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- Baravalle, M. R. (2012). Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1604-1637). Una apología de la Orden. *Páginas (Rosario): Revista Digital de la Escuela de Historia*, 4(7), 57-72.
- Barreto, I. (2016). Frontera, heterogeneidad y mestizaje en la Banda Oriental. Los procesos vividos desde el siglo XVI al XVIII. En N. Siegrist, S. Olivero e I. Barreto (coords.) *Atravesando barreras. Movilidad socio-étnica y cultural en Hispanoamérica, siglos XVII-XIX* (pp. 236-263). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Barreto, I. (coord.) (2018). *El partido y la villa de Pando 1730-1810. Economía, sociedad e instituciones desde una aproximación interdisciplinaria*. Canelones: Gobierno de Canelones, Centro Cultural Casa de Artigas.
- Bracco, D. (2004). *Charrúas, guenoas y guaraníes. Interacción y destrucción; indígenas del Río de la Plata*. Montevideo: Linardi & Risso.
- Bracco, D. (2010). Los errores charrúa y guenoa-minuan. En J. López Mazz y D. Bracco (comps.) *Minuanos: apuntes y notas para la historia y la arqueología del territorio guenoa-minuan* (pp. 300-322). Montevideo: Linardi & Risso.
- Bracco, D. (2016). *Cautivas entre indígenas y gauchos*. Montevideo: Banda Oriental.
- Buschiazzo, M. J. (1941). Estudio preliminar. En *Buenos Aires y Córdoba en 1729 según cartas de los padres C. Cattaneo y C. Gervasoni*. Disponible en <https://bit.ly/39r3Jv5>
- Cabrera Pérez, L. (1989). Los «indios infeles» de la Banda Oriental y su participación en la Guerra Guaranítica. *Estudios Ibero-Americanos*, 15(1), 215-227.
- Cabrera Pérez, L. (2015). Pueblos originarios y frontera en los territorios del este del Virreinato del Río de la Plata. *Revista Tëfros*, Dossier homenaje a Martha Bechis. Segunda parte, 1(3), 4-21.
- Cabrera Pérez, L. y Barreto, I. (2006). El ocaso del mundo indígena y las formas de integración a la sociedad urbana montevideana. *Revista Tëfros*, 4(2), 1-15.
- Cabrera Pérez, L. y Curbelo, C. (1988). Aspectos sociodemográficos de la influencia guaraní en el sur de la antigua Banda Oriental. En *Anais do VI Simpósio Nacional de Estudos Missioneiros (1987)* (pp. 117-141). Santa Rosa: Facultad de Filosofía.
- Cargnel, J. (2009). *La historia de la conquista* en las versiones de Pedro Lozano y José Guevara. Estudios comparados de la producción escrita de la Compañía de Jesús en el siglo XVIII. *História Unisinos*, 13(3), 297-307. DOI: 10.4013/htu.2009.133.07

- Curbelo, C. y Barreto, I. (2010). Misiones jesuíticas e indígenas misioneros en Uruguay. Conocimiento aplicado para la integración al turismo cultural regional. En *IV Congreso Latinoamericano de Investigación Turística*, setiembre. [CD ROM]. Montevideo.
- Dávila Cuevas, A. y Azpiroz Perera, A. (2015). *Indios, cautivos y renegados en la frontera. Los blandengues y la fundación de Belén, 1800-1801*. Montevideo: Cruz del Sur.
- Editorial Universitaria de Buenos Aires (2016). *Historia de un viaje a las Islas Makvinas*. Disponible en <https://bit.ly/3uK7GLP>
- Fernández-Duro, C. (1892) Historia de D. Diego de Alvear y Ponce de León. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XX. Disponible en <https://bit.ly/3ObhN3U>
- Gasparri, B., Athor, J. y Ávila, M. (2017). *Félix de Azara*. Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Universidad Maimónides. Disponible en <https://bit.ly/3MGHaJG>
- Mezzera, B. L. (1966). Prólogo. En S. González, *Diario de viaje a las Vaquerías del Mar (1705)*. Presentado por Baltazar Luis Mezzera. Montevideo: Artes Gráficas Covadonga.
- Museo de Arte Precolombino e Indígena (2014). *Uruguay en Guaraní: presencia indígena misionera*. Montevideo: Intendencia de Montevideo.
- Peralta Ruiz (s/d). Diego de Alvear y Ponce de León. En *Diccionario Biográfico Español*. Real Academia de la Historia. Disponible en <https://bit.ly/3MLn9S3>
- Rivero de Torrejón, A. (s/d). José Varela y Ulloa. En *Diccionario Biográfico Español*. Real Academia de la Historia. Disponible en <https://bit.ly/39hCbBq>
- Quesada, V. G. (1865). Buenos Aires en 1729. Introducción a las cartas de los jesuitas Gervasoni y Cattaneo. *La Revista de Buenos Aires: historia Americana, literatura y derecho. Periódico destinado a la República Argentina, la oriental del Uruguay y del Paraguay*, editado por Miguel Navarro Viola y Vicente G. Quesada, tomo VIII, 165-175.
- Spalding, W. (1969). Dicionário do «Diário Resumido e Histórico» de José Saldanha. *Revista de História*, 38, 199-237.
- Svriz Wucherer, P. M. O. (2013). Un documento inédito del siglo XVIII. El padre jesuita Lozano y su primera Carta Anua. *Hispania Sacra*, LXV 131, 139-159. DOI: 10.3989/hs.2013.005

Fuentes

- Cabrer, J. M. 2002 [1836]). *Proemio al reconocimiento del Pepirí-Guazú*. Disponible en <https://bit.ly/3O4sV2T>

Jimena Blasco

Siglo XIX

Al comienzo del siglo XIX, los pueblos originarios de la Banda Oriental se encontraban notoriamente disminuidos luego de haber sufrido un profundo proceso de transformación sociocultural a causa de los siglos de contacto interétnico. Por entonces, integraba el conglomerado étnico de las zonas rurales, marginal a los centros de dominio español, sumidos mayoritariamente en actividades «ilegales» de contrabando, cuereadas y arreos clandestinos de ganado, etcétera. Solo sobreviven minuanes y charrúas de las diferentes parcialidades que en el pasado poblaban el territorio, ambas en franco proceso de fusión. La desintegración, lenta pero efectiva, a lo largo de estos siglos, implicó para el indígena unas veces la incorporación, forzada o no, a los estratos más bajos de la sociedad colonial, otras, la migración hacia zonas menos pobladas o, simplemente, el exterminio y la muerte.

Durante la primera década del siglo XIX, la información respecto de la situación indígena es particularmente escasa, por más que sigue los parámetros generales de lo acaecido a fines del siglo XVIII, con un enfrentamiento extremado entre pobladores hispano-criollos y pueblos originarios. Al comenzar el movimiento revolucionario y las posteriores luchas por la independencia, el indígena se plegará resueltamente y engrosará las huestes «rebeldes». El ejército artiguista incluía, por 1811, a charrúas y minuanes en número de 450 individuos, armados con «lanza, flecha y honda». El propio José Gervasio Artigas comunicaba al gobernador de Corrientes que «[...] los indios infieles abandonando sus tolderías inundan la campaña presentándose sus bravos esfuerzos p.a cooperar a la consolidación nro gran sistema» (Archivo Artigas, 1965: 31).

Así, el indígena, conformando una fuerza paralela, encargándose de hostilizar mediante «guerra de guerrilla» o impidiendo el aprovisionamiento a los ejércitos colonialistas, constituyó en muchos momentos un elemento clave del accionar revolucionario. Luego del abandono del territorio por parte de Artigas, los indígenas continuarán la lucha junto a Juan Antonio Lavalleja o el propio Fructuoso Rivera. En ese ejército criollo, el indio aportó, o sumó, al gaucho su conocimiento del territorio manteniendo una estrecha relación con los caudillos promotores de ese nuevo «orden político».

Alcanzada la independencia y luego de 20 años de anarquía, se plantea la vieja necesidad de «pacificar los campos» mediante un ordenamiento jurídico que contemplara las propiedades y heredades del anterior régimen. Los principales problemas estaban dados por la falta de recursos, dada las prolongadas guerras y por la necesidad de recuperar la riqueza ganadera, única fuente de recursos, ya francamente disminuida a causa del uso indiscriminado. Todo ello supone el replanteo de viejas soluciones a viejos problemas. Las miras se centran nuevamente para el hacendado, caudillo y gobernante, en el indígena como responsable de la anarquía de los sistemas de producción. Entre los primeros actos de gobierno de la nueva República, estará el exterminio de los pocos grupos indígenas sobrevivientes. En diciembre de 1830, un hacendado hacía la siguiente recomendación:

siendo como es notorio que entre ese puñado de charrúas se ha abrigado un número considerable de asesinos y ladrones y que estos son los motores y factores

de las incursiones, robos y asesinatos que se cometen bajo el nombre de charrúas que el Gob. Pida en Sesión secreta á las Camaras autorización para concluir á los Charrúas, ó que lo haga con su propia autorización por q.e á él le está cometida la tranq.d interior del Estado; y que este golpe sea dado con tanto secreto q.e nadie lo trasluzca ni aun los mismos que van á ejecutarlo, sino en el mismo momento de darlo [...] (Archivo Gabriel A. Pereira, 1830-1832: 999)³⁰

Pocos meses después, el primer presidente de la joven República, Fructuoso Rivera, señalaba que «[...] ya no nos queda otra cosa que hacer que, dar el paso sobre los Salbajes» (Acosta y Lara, 1969-1970: 37). Se plantea así una «expedición» contra los «infeles» que significará para los pocos grupos indígenas sobrevivientes el definitivo aniquilamiento. Luego de un tímido y poco entusiasta intento de acuerdo encargado al general Julián Laguna, con el mayor sigilo se planifica el exterminio definitivo. La población indígena sobreviviente será rápidamente controlada por el Ejército nacional en dos ataques sorpresa, *Salsipuedes y Mataojos*. Los prisioneros sobrevivientes a la masacre, mayoritariamente mujeres y niños, serán repartidos entre la población patricia de Montevideo, quienes verán, en momentos en que el régimen esclavista se encontraba en entredicho, la posibilidad de obtener nuevos sirvientes. La prensa de Montevideo difunde el parte oficial de los hechos ocurridos en el lejano norte, los que auguraban nuevos tiempos de «civilización y progreso»:

Después de agotados todos los recursos de prudencia y humanidad; frustrados cuantos medios de templanza, conciliación y dadivas pudieron imaginarse para atraer á la obediencia y á la vida tranquila y regular á las indómitas tribus charrúas, poseedoras desde una edad remota de la más bella porción del territorio de la República; y deseoso, por otra parte, el Presidente General en Geje de hacer compatible su existencia con la sujeción en que han debido conservarse para afianzar la obra difícil de la tranquilidad general; [...] Fueron en consecuencia atacados y destruidos, quedando en el campo mas de 40 cadáveres enemigos, y el resto con 300 y mas almas, en poder de la división de operaciones. Los muy pocos que han podido evadirse de la misma cuenta, son perseguidos vivamente por diversas partidas que se han despachado en su alcance y es de esperarse que sean destruidos tambien sino salvan las fronteras del Estado. (*El Universal*, 1831)

Los cautivos, mujeres, niños y ancianos en su mayoría, serán llevados a Montevideo desde el lugar de los hechos, Salsipuedes, departamento de Paysandú, en un peregrinar de 20 días por varios pueblos de la campaña en los cuales serán otorgados algunos de los prisioneros a los vecinos y familias de los jefes militares participantes en la contienda (Cabrera Pérez, 1983). Llegados los indígenas cautivos a Montevideo, se reglamentan los repartos con el fin de lograr la debida «equidad» entre los distintos solicitantes. Entre los objetivos enunciados al otorgarse la tutela de los prisioneros, estarán los de integración a la sociedad local (enseñanza de la religión, hábitos de trabajo, etcétera), aunque en los hechos, ante las quejas de los «agraciados», frente a la falta de hábitos por parte de los indígenas para las tareas que se les pretendía asignar, el gobierno se desentiende de estos. Los sobrevivientes pasarán de mano en mano hasta terminar, en su gran mayoría, en los estratos más bajos de la población, donde la miseria y las enfermedades los aniquilarán rápidamente.

30 También en Acosta y Lara, E. (1969-1970). *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental*, vol. 2: 23. Montevideo: A. Monteverde.

A lo largo del segundo tercio del siglo XIX, irán desapareciendo los últimos vestigios indígenas ya hondamente modificados en sus patrones básicos. El gaucho será el dueño y señor de las cuchillas, aunque la pacificación del medio rural, el famoso «arreglo de los campos», aspiración del hacendado colonial, tardará mucho en llegar. Recién en el último tercio del siglo XIX se logrará erradicar esa población volante difícil de ajustar dentro del orden y el respeto a las nuevas formas de propiedad, imperantes ahora en el territorio.

Se han seleccionado, entre las múltiples fuentes disponibles, algunas que por diferentes motivos, son de particular valor para entender los procesos que en torno a los pueblos originarios del territorio se llevaron a cabo.

Dámaso Antonio Larrañaga

Dámaso Antonio Larrañaga nació en 1771 y murió en 1848 en su casa quinta de Miguelete, ubicada en el campo sitiador de Montevideo, durante la Guerra Grande (Archivo General de la Udelar [AGU], 2017; Frega, 2016b). Fue un religioso, político y naturalista de gran trayectoria, reconocido por la historia de las disciplinas y ámbitos públicos a los que dedicó su vida, y por sus coetáneos (AGU, 2017).

Cursó sus estudios primarios en el Convento de los Padres Franciscanos, para luego continuar con su formación en Argentina —primero en el Real Colegio San Carlos en Buenos Aires y luego en la Universidad de Córdoba— y culminar sus estudios eclesiásticos en Río de Janeiro en 1798 (AGU, 2017; Frega, 2016b).

Como parte de su actividad religiosa, en 1799 fue capellán de las milicias de la ciudad, en 1804 fue designado teniente cura en la iglesia Matriz de Montevideo y en 1824 como primer vicario apostólico —máxima jerarquía en la Iglesia católica uruguaya— (AGU, 2017; Frega, 2016b). En 1818, fundó el asilo de niños expósitos (Frega, 2016b).

En 1808 comenzó su carrera política como integrante de la Junta de Gobierno (AGU, 2017); en 1813 fue diputado en la Asamblea General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y entre 1830 y 1834 integró el primer Senado de la República (AGU, 2017; Frega, 2016b).

Con relación a otros cargos públicos de relevancia, se destaca su aporte al ámbito académico como subdirector de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (1811-1813) y como director de la Biblioteca Nacional de Montevideo (1816) (AGU, 2017; Frega, 2016b). Cabe señalar que, como integrante del Senado de la República de la primera legislatura, presentó en 1834 un proyecto de ley para la fundación de cátedras universitarias que se transformó en el primer antecedente de creación de instituciones universitarias en Uruguay (AGU, 2017; Frega, 2016b). En cuanto al ámbito educativo, Larrañaga promovió también la difusión del método lancasteriano en primaria (Frega, 2016b).

En el campo científico, se destacó como un verdadero naturalista de la época, clasificando nuevas especies botánicas, elaborando herbarios e insectarios y dejando un legado de varios escritos científicos y láminas de especies animales y vegetales (Frega, 2016b). Además de sus trabajos en botánica y zoología, dejó un aporte valioso a otras disciplinas, tales como la geología, la mineralogía, la meteorología, la paleontología y la lingüística, la etnografía y la historiografía nacionales (AGU, 2017).

Entre sus obras, y a los efectos del curso, se destacan las siguientes publicaciones:

- *Selección de escritos*. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1965. Disponible en <https://autores.uy/obra/6534>

En esta obra se reúne una selección de documentos de Dámaso A. Larrañaga que aborda una variedad de temas, por ejemplo, crónicas de la revolución, ensayos sobre botánica, zoología y aspectos culturales de los grupos indígenas del territorio (costumbres, lengua, etcétera).

- *Diario del viaje desde Montevideo al pueblo de Paysandú, 1815*. Montevideo: Ediciones Universitarias, 2016.

En este diario de viaje de 26 días, se describe el paisaje, el ambiente, los personajes, las costumbres y las circunstancias que forman parte de sus vivencias en el trayecto recorrido en medio del proceso revolucionario que se estaba dando en el Río de la Plata (Frega, 2016a).

Autor: Dámaso Antonio Larrañaga

Título: *Escrito del Pbro. Larrañaga sobre los minuanes* (1818)

Publicación: *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental (Período Patrio I y II)* por Eduardo Acosta y Lara. Linardi & Risso, Montevideo, 1989.

Publicación original: transcripción a partir de la obra inédita *Escrito Pbro. Larrañaga sobre los minuanes* ubicada en el Archivo General de la Nación, Montevideo – Fondo ex Archivo y Museo Histórico Nacional. Caja 195.

Notas de reproducción original: Acosta y Lara (1989) explica en el prólogo que «*Hace ya varios años publicamos en la Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología un breve trabajo titulado “Los Charrúas y Artigas”. Volvemos sobre el tema, esta vez con nuevos aportes bibliográficos y documentales, al tiempo que encarnándolo como una secuencia de “La Guerra de los Charrúas en la Banda Oriental”, (Período Hispánico), que dimos a conocer en 1961.*».

Nota de los autores del manual: existe otra versión publicada por el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay de 1923 titulada *Escritos de don Dámaso Antonio Larrañaga*, tomo II, pp. 174-175. La transcripción de dicha versión se encuentra en la obra Selección de escritos (publicación del Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1965), disponible en <https://bit.ly/3zFVmOp>

En esa obra también se pueden encontrar otros escritos que hablan o mencionan aspectos culturales de los grupos indígenas que habitaron el territorio.

Transcripción: pp. 4-5

Escrito del Pbro. Larrañaga sobre los minuanes. 2 de febrero de 1818

[p. 4] *Habiendo llegado de nuevo al Campamento (Santa Lucía Chico) donde había quedado el coche esperando por caballos y por un. reparo de que necesitaba, nos fue preciso pasar todo el día esperando los auxilios para el camino. Con este motivo tuve ocasión de tratar con los Caciques Minuanes que acompañan y aman tiernamente al Geñe de éste Ejército: uno de ellos comió con su muger en la mesa del General ⁽⁶⁾ habiéndolo dejado en su toldería otras dos mugeres suyas, que por lo visto son polígamos.*

Los jóvenes permanecen solteros y sólo se casan cuando ya son bien maduros para que los cuiden las mugeres, y se dejan cuidar tanto, que ellos pasan la vida jugando al tres siete mientras las mugeres carnean, van por agua y leña y hacen todas las obras de trabajo: —comen con mucha frecuencia la carne de avestruz que voltean: todo el cuidado y toda su propiedad son los caballos único negocio que tienen para comprar aguardiente, del que son muy viciosos.

Su estatura es prócer y muy membrudos: su color Americano o de bronce; su pelo negro, grueso y largo, un poco cortado por la frente; la barba escasa y solamente la tienen en el labio superior formando largos bigotes y muy pocos pelos en la perilla o barba; los ojos negros algún tanto oblicuos y no tan chicos como se ponderan; la cara más bien larga que ancha; la parte inferior del rostro estrecha y anchas las espaldas; la frente no muy chica, los dientes muy bien conservados y muy iguales; boca y labios regulares; nariz un poco aguileña; pies y manos pequeños. En una palabra, nada tienen de monstruoso ni deforme los hombres primitivos del país que ocupamos y que eran los verdaderos dueños de esta campaña.

Sus armas son la lanza, la flecha, la honda y las bolas. La primera y última son de la caballería, ambas temibles, pues la lanza tiene en su punta una espada entera muy bien asegurada [p. 5] que compran a los Portugueses a cuenta de caballos, la manejan con destreza increíble y la hacen aún más temible por su fuerza y destreza en el caballo. De las bolas, usan contra los jinetes y son tres, cada una con una cuerda de una braza que cuelgan de un mismo nudo, y tomando una de ellas revolotean las otras dos como se hace con la honda, y después que han tomado impulso las arrojan contra los pies de los caballos, los que sintiéndose enredados, corren y dan de coces y con esto se acaban de enredar y caer; otras veces dan con ellas a los mismos jinetes, los que también aturcidos caen en tierra: las hay que pesan media libra y las menores las usan para los avestruces, juntándose muchos para ello pues son muy ligeras esas aves. Las otras dos armas, que son la flecha y la onda, corresponden a la infantería: ésta camina a las ancas de la caballería, bien que corno no usan silla van más cómodos que los delanteros que se sientan sobre el lomo desnudo: deben ser muy ágiles unos y otros pues, no usan estribos y de un brinco se ponen sobre el caballo, cuando están a distancia.

Al contrario de los hombres, las mugeres se casan desde muy jóvenes y se cree comunmente que llegan a ser adultas antes que las otras mugeres. Su vestido es como el de los hombres de pieles de ternera muy trabajadas y pintadas por el lado de la carne: su semblante es triste, al contrario de los hombres que me parecieron muy joviales.

La vida de todos ellos es errante y en el día están reducidos al otro lado del Río Negro hacia el Salto Chico. Yo creo que no pasan, de quinientos los que han quedado después de tan injustas persecuciones, habiendo los Portugueses ultimamente tratado de acabarlos sorprendiéndolos, pero les costó bien caro mandar como en triunfo unos ochenta a la Señora Carlota, Princesa del Brasil.

Notas del editor

(6) “Gefe de éste Ejército”, “General”, claras alusiones a la persona de Artigas.

Antonio Felipe Díaz



El brigadier general Antonio Díaz —1789, La Coruña (España)-1869, Montevideo (Uruguay)— fue un militar, político, periodista y escritor que, a lo largo de su vida, tuvo una fuerte participación en la vida política y administrativa de nuestro país. Llegó al Río de la Plata con su familia a los 13 años, con la que se afincó en 1802 en Montevideo, y se empleó en un comercio.

Durante la segunda invasión inglesa, en 1807, participó de la defensa y caída de la ciudad de Montevideo con el cargo de alférez en un batallón que reclutaba a los miembros de su gremio (Batallón de Infantería del Comercio). Luego de haber sido herido en Cardal y prisionero de los ingleses, fue promovido a teniente. En 1811, se plegó a la Revolución Oriental; fue partícipe de la Batalla de Las Piedras (1811) con cargo de capitán. Más tarde, para el segundo sitio de Montevideo (1812-1814), dejó las filas artiguistas y pasó a Buenos Aires, donde retornó al comando de José Rondeau. Participó de la Batalla del Cerrito (1812), donde fue herido de gravedad y ascendido a sargento mayor.

Luego apoyó al gobierno de Buenos Aires, dirigido por Carlos de Alvear, en contra de José Gervasio Artigas, y fue nombrado teniente coronel. Derrotado Alvear y perdonado por Artigas, retornó a Montevideo. Durante este lapso, abandonó la carrera militar y reinició su vida de comerciante y periodista y redactor de varios periódicos en Montevideo y Buenos Aires. No obstante, con la declaración de guerra entre el Imperio de Brasil y las Provincias Unidas del Río de la Plata (1826-1828), cruzó nuevamente a nuestro territorio al mando del Batallón Quinto de Cazadores. En estas instancias, participó en distintas acciones y en la batalla definitiva de Ituzaingó (1827).

En los primeros años del naciente Estado Oriental del Uruguay —denominación de la actual República Oriental del Uruguay hasta 1918— ocupó distintos cargos políticos. Fue ministro de Hacienda y de Guerra y Marina (1838) del presidente brigadier general Manuel Oribe; participó junto a Oribe en el gobierno del Cerrito durante lo que se conoció como «Sitio Grande» de Montevideo, durante la Guerra Grande (1839-1851); por último, ocupó cargos de gobierno y administrativos en las presidencias de Gabriel Pereira (1856-1860), Bernardo Berro (1860-1864) y brevemente en la presidencia interina de Atanasio Aguirre (1864-1865).

Como periodista, fue redactor y director de varios periódicos montevideanos y de Buenos Aires. Durante la ocupación luso-brasileña fue redactor del periódico *La Aurora* (Montevideo, 1822-1823), desde cuyas columnas combatió a los políticos porteños; dicho periódico será después el órgano de la Sociedad de Caballeros Orientales. Más adelante, fundó, junto con Francisco Giró y Santiago Vázquez, el diario *El Aguacero* (Montevideo, 1823). También participó en los periódicos *El Piloto* (Buenos Aires, 1825-1826) y *El Correo Nacional* (Buenos Aires, 1827), y fundó *El Universal* (Montevideo, 1829-1838) y *El Defensor de la Independencia Americana* (Montevideo, 1844-1851), órgano oficial del gobierno del Cerrito.

De su larga trayectoria dejó escritas unas memorias manuscritas, aún inéditas, las cuales, siguiendo el estudio desarrollado por Figueira (1977a y 1977b), posiblemente hayan sido escritas entre 1861-1869. Su hijo, Antonio Díaz, también militar y de nombre homónimo, utilizó estos apuntes para componer la *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata*, publicada entre 1877-1879 y considerada una de las primeras obras de la historiografía uruguaya. Además, su nieto, el escritor y periodista Eduardo Acevedo Díaz, publicó algunos pasajes de las «Memorias» en los medios de prensa escrita en los que trabajó (en *El Nacional*, por ejemplo) y las reelaboró en sus propias obras nativistas, como ser la novela *Ismael* y el cuento «La cueva del tigre» —este último trata sobre el exterminio de los charrúas—.

Las observaciones recopiladas por Antonio Díaz padre en sus «Memorias» sobre los charrúas fueron de primera mano y se sucedieron en dos etapas. El grueso parece provenir de 1812, durante los primeros movimientos independentistas en la Banda Oriental. En este período, frecuenta durante 22 días a un grupo de charrúas establecidos en la confluencia del arroyo Arias y el río Santa Lucía. Allí, su informante principal fue Naybú, un charrúa «como de 50 años y sin duda el más inteligente y sagaz de todos» (Díaz [1812], en Figueira 1977b: 469), que hablaba algo de español.

El segundo momento corresponde al período posterior a las últimas campañas de exterminio de los indígenas, que dio fin —con los eventos de Salsipuedes y Mataojó (1831)— a un largo proceso de exterminio y asimilación cultural de los remanentes de poblaciones que se movilizaban al norte del territorio. La mayoría de los sobrevivientes fueron repartidos en establecimientos rurales y hogares de Montevideo, como mano de obra y servicio doméstico. Para este segundo momento, Díaz padre se sirvió de la información brindada por una cautiva charrúa que había sido repartida en su familia y que hablaba moderadamente el español.

Posteriormente, durante los años 1845-1846, durante la Guerra Grande (1839-1851), tomó contacto con las madres de tres charrúas que se encontraban a su servicio, a los que «empleaba com descubridores del enemigo p.a cuyo servicio eran aparentes, y las madres de estos ya ancianas poseían el castellano lo bastante como para contestar a mis cuestiones» (Díaz [s/d], en Figueira 1977b: 469). En algunos fragmentos específicos, Antonio Díaz podría estar reiterando pasajes expresados por Azara, a quién refirió haber consultado, en 1811, en su obra *Voyages dans l'Amérique...* (Figueira, 1977b: 441).

Se transcribe aquí la copia modernizada de las siete hojas que componen estos apuntes, publicada por Figueira (1977b: 429-477) en el *Boletín Histórico del Ejército* (números 193-196), quien la compara con la versión paleográfica de 13 páginas y testados publicada en el mismo tomo. La versión modernizada publicada por Figueira (1977b) omite los reiterados testados realizados por Díaz e incluye varios añadidos, señalados por el propio Díaz en sus manuscritos. Además, Figueira (1977b) moderniza la ortografía y la puntuación.

Autor: Antonio Felipe Díaz

Título: «Memorias»

Publicación: En Eduardo Acevedo Díaz y los aborígenes del Uruguay (Conclusión). *Boletín Histórico del Ejército*, números 193-196, 1977.

Notas: copia manual de la publicación de las siete hojas compaginadas y modernizadas por José Joaquín Figueira (1977), de la versión paleográfica de 13 páginas y testados publicada en el mismo tomo.

Transcripción: pp. 429-477

HOJA A

1) La República Oriental del Uruguay fue primitivamente habitada por varias naciones de indios, cuyo nombro se ha dado en general a todos los indígenas de la América.

Las que existían en la época de la conquista eran la de los Charrúas, que ocupaba todo el territorio que hay desde la margen septentrional del Río de la Plata hasta la del río Yí, y desde Maldonado hasta las puntas del San Salvador. La de los Yáraos, que habitaban hacia la embocadura de ese arroyo. La de los Chañas, que vivían en las islas del Uruguay, y la de los Bohanes, que ocupaban la margen oriental de ese río al Norte del Negro. [p. 429]

Hacia la orilla izquierda del lbicuy y separadas por un gran desierto, se hallaban, en la misma época, algunas pequeñas poblaciones de Guaraníes, pertenecientes a la gran familia conocida por ese nombre, que se extendía hasta los [vacío en el original] grados de latitud por ambas márgenes del Uruguay y con cuyos indios formaron después sus célebres misiones, los Jesuitas que mandó el Gobierno español para catequizarlos.

Las cuatro naciones de que he hablado eran errantes y cada una de ellas tenía una lengua particular, muy diferente de las otras. Nada se sabe acerca de sus antecesores ni de los acontecimientos históricos que hayan precedido a la conquista. No habiendo llegado esos indígenas a adquirir antes de esa época ningún grado de civilización; no dejaron monumentos ni recuerdos de su antigua existencia, y hasta las tradiciones mismas que acaso pudieran conservar entre sí, se extinguieron en el dilatado período de los siglos posteriores, sin llegar a nosotros.

Acerca de la absoluta falta de religión de los Charrúas y las causas de no haber cedido a la influencia del cristianismo ni a los atractivos de la civilización

Aunque el sentimiento más íntimo del hombre en cualquier estado que se lo considere es el de su libertad, creo que la verdadera causa de la resistencia de los indios que viven aun en [p. 430] el estado de la naturaleza en la América, es el poco interés que se ha tomado para reducirlos y, más particularmente, el desacierto en los medios que se emplearon para conseguirlo.

Cualquiera que haya hecho algún estudio sobre la historia de la especie humana, habrá deducido el convencimiento de que el hombre nace con un instinto sociable y un principio supersticioso, hijo de su propia debilidad y de la admiración que causan en su espíritu las leyes incomprensibles de la naturaleza, reino [testado ilegible] maravilloso de toda la creación.

Las reflexiones con que se han ocupado los filósofos relativamente al hombre solitario en el estado de la naturaleza, no tienen más fundamento que una mera suposición formada por ellos mismos, para examinar, bajo tal punto de vista, a ese ser incomprensible.

El hombre, como antes he dicho, es sociable por instinto, y es preciso considerarlo tal como es y siempre lo ha sido, viviendo en sociedad, ya sea en pequeño o en grande número de individuos; ya sea en tribus errantes o estacionarios.

Así es como viven y como vivían los indios en todo este continente cuando fue descubierto por los conquistadores, formando [p. 431] naciones, etc.; así viven en el África y en el Asia, y así vivían los habitantes primitivos de la Europa.

El hombre nace, pues, con una disposición natural a vivir en sociedad: la obra de la civilización está reducida a emplear medios eficaces para que renuncie a una independencia salvaje, puesto que él ama por sí mismo la vida, social.

Los descubridores del Río de la Plata empezaron, como en todo el resto de la América, conquistando con las armas: pocos o ningunos han sido los esfuerzos empleados (en este país) para atraer a la civilización a los indígenas de este país; y si algunos lo hicieron, que no me consta, han sido errados. Lo mismo ha sucedido en cuanto a los misioneros encargados de catequizarlos, quienes por las razones que voy a deducir, creo que hubiera sido muy fácil conseguirlo; pues que no se trataba de convertir, sino de adoctrinar, pues que los indios de que voy a hablar, no tienen ninguna clase de religión, etc.

Los que han dicho que la religión es una idea innata en el hombre, han supuesto que él no puede vivir sin tener alguna, buena o mala.

Las observaciones han destruido esa opinión.

Hay en la América varias naciones de indios que no tienen ninguna idea religiosa y una de ellas era la de los Charrúas, de cuya descripción voy a ocuparme y contra lo que Platón y otros muchos después de él aseguraron de que no hay pueblos entre los cuales no se halle alguna noción de la Divinidad, y que la idea de Dios está impresa en nuestras almas.

Pero a falta de una religión, los Charrúas, como todos los hombres en el estado de la naturaleza, estaban sometidos a la influencia de ciertas supersticiones, más o menos absurdas, en las que yo creo encontrar un principio o, cuando menos, una disposición religiosa; y es mucho más fácil fundar un origen, repartir una creencia, que desarraigar las que existen.

Yo considero al hombre salvaje que no tiene religión alguna en el caso de un niño que aprende lo que le enseñan, sin necesidad, dé emplear otros medios que los de la doctrina, la predicación y el; ejemplo: esto forma un hábito y el hábito la creencia.

HOJA B

La República Oriental del Uruguay fue primitivamente habitada por indios Charrúas y Minuanes; tribus errantes, que perte- [p. 432] necían a una grande reunión de diferentes naciones comprendidas con el nombre general de Guaraníes; y que, careciendo de toda clase de cultura, no han dejado tradición ni recuerdos de su antigua existencia.

Los Charrúas conservaron su independencia y ferocidad, viviendo en el estado de la naturaleza hasta que fueron totalmente exterminados, sin ceder jamás a la influencia del cristianismo ni de la civilización.

El navegante español D. Juan Díaz de Solís fue el primer europeo que abordó las playas de esta comarca, desembarcando el año de 1515 en la costa del Este, cerca de la embocadura de un arroyo que dista 15 leguas de la bahía de Montevideo, y en cuyo reconocimiento perdió la vida a manos de los indígenas, dejándole su nombre.

Once años después, la corte de España mandó a Sebastián Gaboto para adelantar el descubrimiento de estas regiones, quien, remontando el río Uruguay, formó un fuerte en la margen izquierda del arroyo de San Salvador, con el nombre de Espíritu Santo, cuyas ruinas existían aún hacia fines del siglo pasado; y ese establecimiento fue el único que existió hasta el año de 1563, en que D. N. N. fundó, en la margen izquierda del Río Negro distante legua y media de su embocadura, un pueblo con el nombre de Santo Domingo Suriano, que es el más antiguo de la República.

Por más de un siglo estuvo sin poblarse el resto del país, sirviendo sus montes para proveer de leña y de otras maderas a la ciudad de Buenos Aires; y sus pastos para la cría de ganado, con cuyo objeto se habían traído de España, en el año de 1554, algunas vacas y toros, que, por entonces, se dejaron abandonados en la dilatada superficie de estos campos feracísimos, cuya tranquila soledad tan favorable debía ser a su procreo.

Tales fueron el origen y las causas de la prodigiosa multiplicación de esa especie, que tanta abundancia ha proveído de dos siglos a esta parte a la subsistencia de los habitantes del país, constituyendo su riqueza y hasta ahora el ramo principal de su comercio.

En el año de 1630, empezaron a formarse en la campaña algunas estancias, por individuos a quienes el Cabildo de Buenos Aires concedía licencia para disponer de las reses como de bienes hereditarios, utilizando el cuero y demás productos de un género tan lucrativo. [p. 433]

Sucesivamente fueron fundándose algunos pueblos con colonos enviados por el gobierno español, de diferentes provincias de aquel reino, o por fundadores atraídos por la abundancia del país, su fertilidad y delicioso clima, y entre los que se repartieron, con título de propiedad, en beneficio de un ramo que, hasta entonces, había vagado sin su dueño en el repartimiento de la naturaleza; pero siendo esos pobladores muy pocos.

HOJA C

1) III

1º

La República Oriental del Uruguay fue primitivamente habitada por cuatro naciones de indios: Charrúas, Yaraos, Chanás y Bohanes; tribus errantes que pertenecían a una grande reunión de diferentes pueblos comprendidos con el nombre general de Guaraníes, pero que careciendo de todo género de cultura, no dejaron monumentos, recuerdos ni tradición de su antigua existencia.

Los Charrúas, cuyos restos se mantuvieron en el país hasta una época reciente, conservaron su independencia y hábitos ferozes, sin ceder jamás a la influencia civilizadora del cristianismo ni a los estímulos halagüeños de la sociedad.

Recuerdo su estatura, su color y demás cualidades corporales. Su modo de hablar gutural y nasal, abriendo muy poco la boca, aún para reírse, lo que nunca hacían formando el ruido de carcajadas. En tiempo frío se sentaban en cuchillas, sobre los talones, en fila, permaneciendo en silencio o hablando muy despacio: generalmente permanecían a caballo, echados sobre el pescuezo del animal.

Vivían desnudos como en el estado de la naturaleza, cubriendo únicamente la cintura con algunos pedazos de género o de jerga ordinaria; siendo muy raros los que tenían un quillapí o jerga entera para abrigarse aun en el rigor del invierno.

Las mujeres se cubrían del mismo modo la cintura y muchas, aunque no todas, se cubrían el pecho con una jerga o quillapí, atado en las puntas sobre el hombro derecho; otras hacían una especie de camión del mismo género, sin mangas, con aberturas para los brazos; los hijos pequeños los traían colgados a la espalda, dentro de una jerga cuyas cuatro puntas ataban adelante, formando así una especie [p. 434] de bolsa, en que metían uno o dos niños con la cabeza de fuera; la que tenía tres chicos, ponía el tercero montado adelante y la que tenía cuatro, ponía al mayor de ellos en las ancas; otras traían los más chicos colgados a la espalda y los más grandes iban en un caballo que ellas mismas llevaban del diestro. Algunas veces de [a] dos animales [?] vi a los padres llevando en ancas los hijos mayorcitos.

Llevaban la cabeza descubierta, ciñéndose algunos de ellos la frente con algún trapo en forma de vincha, y algunos se ataban el pelo con un tiento.

Obedecían a un cacique eligiendo para ese cargo al que más crédito gozaba por su valor y su audacia, y cuya autoridad no tenía reglas ni límites.

Antes de la conquista, cuando el hierro les era desconocido, iban a la guerra armados de flechas, construidas de pedernales, cuya forma imitaba la hoja del laurel, pero rodeada de dientes agudos en dirección opuesta al arpón; después sustituyeron aquel metal a la piedra, sirviéndose principalmente de arcos de barriles para ese uso y para hacer lanzas, de las que, así como del arco y el carcaj, estaban continuamente armados lo mismo en la paz que en la guerra.

Últimamente eran ya muy pocos los que conservaban flechas, y casi todos usaban lanzas.

Andaban siempre a caballo en pelos, con una simple rienda, sin freno, y eran sumamente diestros para manejarlo: así como para el uso de las bolas, que jamás dejaban de traer en la cintura.

Eran habitualmente ladrones, desidiosos y no practicaban ningún género de industria.

Hacían sus tolderías en la costa de los arroyos y en los campos que abundaban en ganado, consistiendo aquellas de ranchos de paja y ramas de dos varas de largo, una vara o dos tercias de ancho y otro tanto de alto.

Cuando el ganado escaseaba en las cercanías del campamento, lo abandonaban para ir a tomarlo en otro paraje donde les fuese más fácil proveerse; lo mismo hacían cuando las osamentas corrompidas infeccionaban el aire, lo que se verificaba en muy pocos días, pues nunca carneaban sino la mitad de la res, sacando los costillares de la parte que quedaba para arriba y dejando el resto del [p. 435] animal en el suelo, del modo que había caído al matarlo, por no tomarse el trabajo de darlo vuelta.

Las mujeres casadas estaban obligadas a cortarse una falange de un dedo de la mano cuando morían sus maridos: y está operación era repetida tantas veces cuantas ellas enviudaban. Yo vi, en una toldería que por algunos días tuvieron en la costa del Santa Lucía Grande, en el año de 1812, una india anciana que hacía entre ellos el oficio de médica, que había sido siete veces mutilada.

La mayor parte de los indios Charrúas tenían el pecho, la espalda y algunos de ellos hasta la cara misma cubierta de cicatrices muy unidas, hechas con las puntas de las flechas y formando varias figuras y bordados. No he visto a ninguno de ellos con el labio inferior horadado, según dice el Sr. [Félix de] Azara que lo hacían en general, etc. Sería costumbre hacerlo así en el tiempo en que él los vio, etc.

Los indios Charrúas se mantuvieron constantemente en guerra con los españoles por cerca de 300 años; y aunque esa tribu estaba reducida ya a menos de 1000 individuos a principios de este siglo [XIX]; nunca fue totalmente vencida ni domada.

En el año de 1811 hicieron una especie de paz y alianza con el General D. José Artigas, a quien tenían respeto, ofreciendo pelear contra los realistas.

En consecuencia se le incorporaron en [vacío en original] (sobre esto hablar con el Coronel [Andrés] Latorre). Pero, siempre recelosos y desconfiados por carácter, no acampaban sino a distancia del ejército, y de repente alzaban, la toldería y no volvían al campo en mucho tiempo.

Sin embargo, nunca lo abandonaron del todo.

En el año de 1812, hallándose en el campamento del General Artigas situado en..... se pusieron en marcha y atravesando toda la campaña llegaron a la costa del Santa Lucía grande, en la estancia de D. T[omás] G.[arcía] de Zúñiga plantando sus toldos a poca distancia de las casas.

Los indios Charrúas, aunque de índole feroz, eran por lo general de genio alegre y estaban continuamente riéndose, y rara vez tenían entre sí quimeras, sino por causa de los robos que se hacían unos a [p. 436] otros. En tales casos, reñían, hacían una grande algazara en que hablaban todos a un tiempo parando por lo regular en pelea.

Presencí una en el arroyo de Salsipuedes, por materia de un caballo, en la que tomaron parte diez o doce indios, quienes después de una larga disputa, se dirigieron a gran galope para una cuchilla inmediata, seguidos de algunas mujeres que, sin duda, trataban de apaciguarlos.

El cacique, con el cual hablaba yo a la sazón en la orilla del monte, había mandado por dos veces a un indio, probablemente para que se aquietasen: la primera orden fue inútil; y cuando vio que el indio regresaba por segunda vez sin haberle hecho caso, saltó al momento en un caballo que tenía de las riendas, sin más arma que una macana que llevaba a la cintura, y, aunque todos se dispersaron viéndole ir hacia ellos, siguió en el alcance de uno con especialidad.

Tras del cacique montaron inmediatamente más de cincuenta indios, entre hombres y mujeres, y todos se perdieron de vista.

Pasada media hora regresaba el cacique con toda la comitiva, y, estando a distancia ya como de una cuadra de la toldería, llamó a un indio que salía del monte: le dirigió una o dos palabras y enseguida le dio un macanazo en la cabeza, y en el instante cayó el indio del caballo como muerto: cuando llegó cerca de mí y antes de apearse señaló para el lugar en que quedaba el indio y, como queriendo darme razón de aquel acto de justicia, pronunció dos veces seguidas la palabra robó, dándome a entender que había robado.

HOJA D

1)

La República Oriental del Uruguay fue primitivamente habitada por cuatro distintas naciones de indios errantes: Charrúas, los Yaraos, los Bohánes y los Chanás.

Cada una de ellas tenía una lengua particular, muy diferente de las otras. Los Charrúas ocupaban todo el territorio que hay entre Maldonado y puntas del San Salvador, hasta la costa del Río de la Plata.

Nada se sabe de sus predecesores ni de ningún suceso histórico anterior a la época de la conquista, pues carecían de toda civilización y no dejaron monumentos ni recuerdos de su antigua existencia y hasta la tradición que pudieron conservar entre sí mismos se per- [p. 437] dio en las tinieblas de la antigüedad y la barbarie, o se extinguió en el dilatado período de los siglos posteriores, sin llegar a nosotros.

(No dudar decir respecto del pudor que parece ser una idea innata en el sexo femenino por el cuidado que tenían las indias de cubrirse las partes sexuales, y aun el pecho, en medio de la mayor desnudez, etc; lo mismo los hombres, como sucedía con los Charrúas, que, siendo de los más salvajes entre los indios conocidos, etc.).

Los Charrúas, en guerra continua con las otras tres naciones y más fuertes que ellas, las vencieron al fin y las exterminaron, que dando sólo algunas familias de Chanás en la isla llamada hoy del Vizcaíno, con las cuales se fundó, en 1553, el pueblo de Santo Domingo Soriano, del modo que diré más adelante.

Los Charrúas se mantuvieron en el país hasta una época reciente, conservando su independencia, sus costumbres guerreras y hábitos ferozes, sin ceder jamás a la influencia civilizadora del cristianismo ni a los halagos de la sociedad.

Por muy cerca de trecientos años pelearon sin cesar contra los españoles, y aunque en el de 1811 estaban reducidos ya a menos de cuatrocientos combatientes, nunca fueron del todo vencidos ni subyugados, pero la libertad que habían conservado por medio de su valor y su constancia en tres siglos de guerra, la perdieron con su propia existencia en un solo día y. en medio de la paz, sorprendidos y exterminados por [Fructuoso] Rivera, en el año de 1831, en la Cueva del Tigre.

Los pocos hombres que escaparon a la matanza general, se refugiaron por lo pronto en las asperezas del Arapey y en los bosques del Cuareim.

Perseguidos allá en el año de 1832 por el Comandante Don Bernabé Rivera, hermano de aquel, lograron sorprenderlo y aprisionarlo, dándole una muerte cruel y a otros jefes y oficiales que le acompañaban, en venganza de profundo agravio, y se dispersaron luego en la provincia limítrofe del Río Grande, donde todos o la mayor parte, perecieron ya por la edad o por las armas de los brasileños.

Las mujeres y niños que sobrevivieron, han quedado confundidos y mezclados en otras poblaciones, formando ya una parte de ellas. [p. 438]

Habiéndose, pues, concluido para siempre la única nación de indígenas que quedaba en el país, quiero detenerme en referir sus costumbres, etc., etc., algo más, tal vez, de lo que permite el plan de mi obra; pues que la historia de este país ha de empezar, necesariamente, por la descripción de los naturales que lo poseían cuando ha sido descubierto, y como entre los que tomen a su cargo el escribirla, pocos o, tal vez, ninguno podrán hablar en virtud de sus propias investigaciones acerca de una raza que ya no existe, voy a decir respecto de los Charrúas lo que por mí mismo he observado y que procuré indagar de ellos, en varias veces que estuve en sus tolderías y, con particularidad, en la que tuvieron el año de 1812 en la costa del Santa Lucía Grande, en los campos de [Tomás] García de Zúñiga, cerca de la casa de la Calera, donde yo permanecí todo el tiempo que allí estuvieron.

Como el hombre es un ser tan privilegiado en la naturaleza, cualquiera que sea el estado en que se le considere, y la descripción de una tribu de salvajes que durante tres siglos conservó su libertad y sus costumbres sin ceder jamás a la influencia del cristianismo ni a los atractivos de la sociedad civilizada, debe ser objeto de algún interés para la historia de la especie humana, quiero dar en este artículo todas las observaciones que he hecho sobre los Charrúas.

Aún cuando esta materia no fuese como lo es. Una parte principal de esta obra, me detendría para tratarla algo más de lo que corresponde a su plan y objeto, con el fin de desvanecer algunos errores que sobre ella han publicado en Europa varios historiadores quienes, sin duda no tuvieron la ocasión o la curiosidad y la paciencia necesarias, ni examinaron por sí mismos lo que escribieron.

La obra que yo considero más apreciable en esa línea entre las que conozco es la de D. Félix de Azara: y, sin embargo, adolece también de algunas inexactitudes que notaré más adelante.

No me contraeré a las relaciones de ciertos viajeros que han visitado la América como de passo, tomando apuntes en libros de memoria, juzgando sin criterio de lo que oían o lo que veían con los ojos despejados por la razón, sino ofuscados por la rareza de los objetos y entusiasmados por su misma novedad. Sabido es el interés con que en Europa se leen las descripciones de estos países lejanos y poco conocidos; y esa misma ignorancia es asidera, dispone los ánimos a adoptar toda clase de fábulas y de ponderaciones.

Aquí seguir extractando, respecto de las costumbres, etc, lo que está en el pliego marcado. I/III
[p. 439]

HOJA E

Los Indios Charrúas

La descripción exacta del carácter físico y moral del hombre salvaje está rodeada de tantas dificultades que me arredrarían con su resolución de emprenderla sino la considerase una parte esencialísima de esta obra, habiendo de tratar necesariamente en ella de los primitivos habitantes del país en el libro que comprende su parte geográfica.

Esa dificultad, para mí, es tanto más grave, y tanto mayor la desconfianza de vencerla satisfactoriamente, cuanto que respecto a las ideas morales del hombre en el estado de la naturaleza, mis opiniones formadas por la convicción íntima que deduzco de mis propias observaciones, están en contradicción con las de muchos filósofos que las profesan distintas; siendo ellos, sin embargo, muy dignos de respeto por su sabiduría y bien establecida fama.

Los indios Charrúas formaban una nación de salvajes errantes que vivían en sociedad sin leyes ni regla alguna establecida, pero unidos por una misma lengua y unas mismas costumbres; así los hallaron los descubridores de esta comarca y así los he conocido yo. No me ocuparé, sin embargo, en la indagación del origen de esa sociedad.

Un pueblo enteramente bárbaro, que no tenía historia, monumentos ni tradiciones de los pasados sucesos, no podía ofrecer datos para guiarme en esa averiguación que, por otra parte, considero del todo inútil, pues que en mi opinión la sociedad nació con el hombre y la primera base de, su organización fue la familia.

Tal es mi firme persuasión a este respecto a pesar de lo que han sostenido varios filósofos y publicistas del siglo anterior [XVIII] discutiendo una materia que tan poco debía interesarles a ellos ni a sus lectores.

Pero el punto más importante de mi oposición con las ideas de aquellos filósofos; en su casi totalidad, es el de la falta absoluta de religión en los Charrúas y el que, según mis propias y detenidas observaciones, tengo por una verdad indisputable.

En esta parte mis conclusiones cuentan con pocos apoyos y preveo la dificultad que sentirá la opinión pública para admitirlas. [p. 440] contra la opinión de la mayoría, que sostienen como proposición incontrovertible, que el hombre no puede vivir sin tener una religión, buena o mala.

Platón, en su diálogo sobre la piedad, ha dicho que es innata en el corazón: de todos los hombres, el sentimiento de la religión; que hay un Dios y que cualquiera que sea su esencia, el hombre, impelido por un impulso ingente, conoce que .debe abrazarla. Y desde Platón o,

tal vez, antes de él, hasta fines del siglo 18-, ha sido sostenida esa opinión por todos los filósofos, con. Muy pocas excepciones.

Yo fui también sectario de ella hasta el año de 1812, en que, por primera vez, conocí a los Charrúas y tuve después repetidas ocasiones de buscar por mis propias observaciones la solución de ese problema.

Antes de esa época había leído, en Montevideo, en el año de 1811, los viajes de D. Félix de Azara a la América meridional, impresos en París, en 1809, y que me proporcionó como obra curiosa y digna de atención, un comerciante de Estados Unidos llamado D. Tomas Mundenhall.

En el 2º tomo de esa interesante obra, leyendo la descripción que hace dicho Azara de los indios Charrúas, vi que aseguraba, de un modo positivo, que los Charrúas no tenían religión alguna; pero, continuando la lectura en la parte que describe sus costumbres, me quedé algo confuso, al notar que el mismo Azara, hacía de la descripción de los funerales de los Charrúas y otras demostraciones de los parientes del muerto, descubría en su misma relación la existencia de algunas ideas supersticiosas, por cuyo motivo creí infundada su opinión de no tener los Charrúas religión alguna: discurriendo que si, en efecto, los Charrúas estaban sujetos a la influencia de algunas ideas supersticiosas, éstas, por absurdas e incoherentes que fuesen, no podían dejar de relacionarse con un principio de religión, y que debían tener alguna, buena o mala, y que pudiendo ella existir sin ningún género de culto, sería difícil, a Azara, hallar, definir, no entendiendo su lengua y no habiendo hablado de los Charrúas por su propia observación, sino por relaciones de personas que acaso habían conocido a uno que otro indio prisionero.

Así es que, en ninguna parte de su obra, dice afirmativamente que haya estado en los toldos de los Charrúas, ni que haya hecho personalmente las observaciones en que se funda su descripción; [p. 441] y esto mismo se verá confirmado más adelante de esto discurso, cuando llegue al caso de notar las inexactitudes de que adolece su obra y la de otros viajeros e historiadores en la descripción de los Charrúas, no siendo de extrañar que unos y otros se hayan guiado por vagas e inciertas noticias, habiendo estado los Charrúas 300 años en incesante guerra con los españoles, sin un solo día de paz ni tregua, hasta el año de 1812, en que por primera vez se unieron a Artigas sin pacto de alianza y conservando su independencia, sus costumbres y hábitos ferozes.

Entonces fue cuando yo los conocí, y teniendo frecuentes ocasiones de verlos, me propuse hacer un examen prolijo de su naturaleza física, de sus costumbres, sus leyes y de sus ideas, así en materia de religión como respecto a las que pudiesen tener de la inmortalidad del alma, de su propio origen, de lo que entendían por la conciencia, gratitud, amor de la Patria y otros sentimientos que creía yo debían hallarse identificados en el corazón de todo ser moral y pensador.

Yo era entonces joven, de edad de 24 años, y mis primeros pasos en esa indagación no pasaban de mera curiosidad; pero repitiéndose las ocasiones de verlos, porque siendo yo Secretario del General [José] Rondeau, iba con frecuencia en comisión de él a ver al General Artigas en la campaña; durante las desavenencias de este General con el representante del Gobierno D. Manuel Sarratea, me propuse hacer un estudio más detenido y profundo del hombre salvaje moralmente considerado, pues que tenía tan buena proporción de hacerlo por mis relaciones con los Charrúas, que me trataban con amistad por los pequeños dones que en mis viajes les hacía, y con respeto, a la vez, viendo las atenciones con que me trataba el General Artigas.

Esa facilidad, por un lado, y por otro las contradicciones que había notado ya en la descripción de Azara con mis primeras observaciones, me estimularon a adelantarlas, fijándome en el indio Naybú, simple soldado flechero de edad como de 50 años y sin duda el más inteligente y sagaz de todos, siendo, al mismo tiempo, el que, entre todos, hablaba, aunque poco y mal, algunas palabras en español.

Algunos años después tuve ocasión de hablar con algunos Charrúas que ya poseían medianamente otro idioma; tuve en mi familia una cautiva Charrúa bastante despejada y, últimamente, estuvieron a mis órdenes tres Charrúas, en el Salto del Uruguay durante la guerra tal, que yo empleaba como descubridores del [p. 442] enemigo, para cuyo servicio eran aparentes y las madres de estos, ya ancianas, poseían el español lo bastante para contestar claramente a mis cuestiones.

Esas fueron las últimas observaciones que hice acerca del hombre salvaje; en ellas vi ratificadas todas mis anteriores indagaciones, y creyendo haber, adquirido las luces necesarias para hablar con alguna propiedad sobre un ser tan incomprensible como lo es el hombre salvaje en el estado de la naturaleza, me propuse escribir alguna vez este artículo, que servirá de rectificación a las muchas inexactitudes publicadas por algunos historiadores y viajeros, sin el examen y criterio que les hubiera convenido emplear para que sus obras pudiesen hacer algún servicio a los filósofos, que tantos ensayos han hecho sobre la historia de la especie humana.

Cuando por primera vez conocí a los indios Charrúas, que fue en Noviembre del año de 1812, en la Costa del Arroyo de Arias, no tenían más que 297 hombres de armas y como 350 personas entre mujeres, niños y ancianos; y en esa ocasión estuve 22 días en comunicación con ellos en la estancia de D. Tomás García de Zúñiga, cerca de la cual acamparon, en la Costa del Santa Lucía grande, a los tres días de haber llegado al Arroyo de Arias.

HOJA F

Cuando van a pelear o saber que el enemigo se acerca, el cacique los forma a caballo, en ala, y los proclama con una muy larga arenga en que expone las injurias o agravios recibidos de los enemigos y les recuerda los triunfos y glorias de sus mayores y sus propias hazañas y hechos de armas.

El cacique, cada vez que en la arenga los incita y anima a la venganza, mueve la lanza, blandiéndola con fuerza, y en toda la línea se arma entonces una gritería, prometiendo pelear con valor para vengarse.

Mientras que dura esa alocución o proclama las mujeres se ponen en fila, atrás de la línea de los hombres, como a distancia de veinte varas y están cantando no sé qué; pero supongo que será algún himno para animar a los combatientes.

No tienen religión de ninguna especie, ni por consiguiente culto alguno; sin embargo, reconocen la existencia de un espíritu [p. 443] malo, que llaman Gulische [sic] y al que temen como un genio maléfico, a quien atribuyen todas sus desgracias.

Pero esta misma idea supersticiosa no puede dejar de relacionarse con un principio religioso.

Entierran a los muertos en las inmediaciones de algún cerro, si lo había cerca, haciendo una excavación de poca profundidad, en la que 'ponen el cadáver cubriéndolo preferentemente con piedras si las hay a no muy larga distancia; sino con ramas y tierra: encima ponen las bolas del difunto, clavando su lanza a un lado de la sepultura y al otro lado dejan el caballo atado en una estaca; para el viaje que dicen que va a hacer el difunto.

Los varones parientes cercanos del muerto se atraviesan los brazos y otros los muslos con una vara de guayabo u otra madera en falta de aquella, etc., del largo como de una tercia, levantando la piel con fuerza y clavándola lo más cerca posible del hueso. Los hombres sólo se clavan una de esas varas aguzadas, bien sea en un brazo, o en el muslo o en la pierna; pero las mujeres parientas inmediatas del finado, como hijas y hermanas, suelen clavarse cuatro y hasta seis de esas varas, quedando enteramente postradas. Fuera de eso, la viuda, si era casado, se corta la falange de un dedo. Yo conocí una anciana a la que faltaban cinco falanges por otros tantos maridos de que había enviudado. Esta anciana a que me refiero hacía el papel de curandera y el principal remedio que empleaba con los enfermos era engrasarlos frotándoles el cuerpo con gran fuerza, con un pedazo de cuero por el lado del pelo; pero usaba también de otros rernedios, tal como el de la ceniza caliente, que le vi hacer en la costa del Daymán, con un mozo que, al parecer, tenía un fuerte catarro; pero, no pude saber el resultado de la operación, que era tenderlo en un montón de cenizas calientes, producidas por una grande hoguera, que se había encendido sobre la arena de la costa del río, porque el mozo no quiso o no pudo sufrir el calor de tal remedio, pues apenas se había tendido se levantó corriendo y fue a revolcarse en el pasto fresco y muy enojado al parecer con la vieja.

Las bolas que usan son de dos ramales solamente y las manejan con mucha destreza, haciendo con ellas un juego en que apuestan todo lo que tienen, como quillapis, jergas, bolas, riendas, caballos, etc.; para eso clavan una estaca en el campo, que sólo tiene una cuarta fuera del suelo y desde una distancia de 30 pasos tiran las bolas para enredarlas en ella; el que lo consigue (que no es muy fácil, según he visto) gana la parada, pues no basta tocar la estaca con las bolas o el ramal, sino que ha de quedar enredada. [p. 444]

El paraje en que el General [Fructuoso] Rivera atacó y mató a 'los Charrúas que mandaba el Cacique Venado, fue cerca de la costa del Queguay, en la Boca del Tigre.

El indio que mandaba a los Charrúas que después mataron en el Cuareim a Bernabé Rivera, [Pedro] Bazán y otros, era Sepé. Parece, según decían esos indios, después de aquel hecho, que Bernabé le pedía a Sepé la vida, ofreciéndole, entre otras cosas, que las indias y algunos indios que estaban en Montevideo le serían devueltos; pero el bárbaro se mantuvo inexorable, diciéndole que estaba bien, pero que antes de todo era necesario llevarle vivo al Cacique Venado, que era el muerto en el Queguay.

Unas mujeres Charrúas ya ancianas que algunos años después vi en el Salto del Uruguay, me dijeron que los indios, ansiosos de vengarse por la carnicería del Queguay, habían martirizado a Bernabé Rivera y a los demás que tomaron en el Cuareim.

S. A.

Al Señor Brigadier General Inspector de Infantería Don Antonio Díaz.

Batallón 1º de Cazadores.

Apuntes sobre los Charrúas para la descripción del país.

HOJA G

Charrúas

No tienen religión; pero son, sin embargo, supersticiosos, y aunque por mí propia observación y las noticias que de ellos mismos he recibido, no me queda duda de que ninguna religión, culto, etc., no puedo comprender cómo puede existir superstición sin religión, siendo aquella una consecuencia de esta; e infiero que los indios Charrúas que yo he conocido (habían) estaban enteramente relajados en esa materia y habían perdido hasta la tradición del tiempo en que sus antepasados eran religiosos y tenían un objeto de adoración y culto. [p. 445]

Los que yo conocí y examiné por primera vez en el año de 1812 suponían la existencia de un espíritu maléfico, al que atribuían todas sus desgracias, enfermedades, desastres, etc.; etc. Este genio malhechor se llamaba Gualiche.

Los Charrúas fueron casi exterminados en el Queguay junto a la Boca del Tigre, siendo sus caciques Venado y Polidoro.

El Cacique Pirú logró escapar de la matanza, llegando hasta la presencia del General [Fructuoso] Rivera, a quien dijo: mira tus soldados matando amigos.

De esa matanza escaparon con el cacique Sepe de 80 a 90 hombres, que se refugiaron en los montes del Cuareim.

Perseguidos por el Coronel [Bernabé] Rivera con su escuadrón de tropa línea, los encontró a inmediaciones del Cerro de las Tres Cruces.

Sepé dejó una partida de indios al frente de esa fuerza y se emboscó con el resto en la espesura de un bosque.

El Coronel Rivera siguió con imprudencia persiguiendo a esa partida con todo el escuadrón, que llegó a la altura de la emboscada de los indios, en desorden y con muchos caballos ya rendidos; entonces fueron acometidos por el flanco y enteramente derrotados, tomando prisionero al Coronel D. Bernabé Rivera, a quien atormentaron cruelmente durante dos días, tomando así una atroz venganza de los muertos en el Queguay.

Sepé mandó que los lanceros envolviesen un cuero en la moharra de sus lanzas, de modo que no quedaba sino media pulgada de hierro fuera del envoltorio, y durante dos días estuvieron martirizándolo, haciéndole multitud de heridas, hasta que quedó exánime.,

[Bernabé] Rivera les pedía por Dios que no lo atormentasen; pero el bárbaro inexorable le respondía: para ti quieres Dios, pero para nuestros padres y hermanos no hubo Dios. El mismo Rivera les pidió la vida; ofreciéndoles que se les devolverían las mujeres y los niños que se habían llevado a Montevideo, asegurándoles que una sola carta de él sería suficiente para que todos volviesen.

Sepé le preguntaba: ¿y quién vuelve a los caciques Venado, Polidoro y, demás indios muertos en el Queguay? Consumado el sacrificio, el Cacique Sepé envenó con algunos nervios de B. Rivera la moharra de su lanza, la que mostraba en 1831 como un trofeo de su bárbara y cruenta hazaña.

Para agregar a las costumbres.

Tratan a sus mujeres como a esclavas, y las castigan con las bolas, dándolos golpes en las espaldas. Tiran las bolas de dos ramales con mucha destreza, y uno de sus juegos a que son muy aficionados es el de enredar con ellas una estaca clavada a 30 o 40 varas, no teniendo más que una cuarta fuera de la tierra.

Cuando tienen yerba mate la echan dentro de una especie de taza, hecha con un porongo, mojándola con poca agua y van pasándola en rueda; cada uno toma un sorbo, en el que se introduce mucha yerba, y están mascándola hasta que queda enteramente sin gusto y sin color.

Cuando tienen cigarros los fuman, cubriéndose la cabeza y la cara con una jerga o cosa semejante, n fin de que no se disipe el humo, quedando por lo regular atontados con esa operación.

José Esteban de los Reyes Brito del Pino



José Esteban de los Reyes Brito del Pino —1797, Montevideo (Virreinato del Río de la Plata)-1877, Montevideo (Uruguay)— fue un militar de origen patricio que participó en la fase final de las guerras de la independencia y alcanzó el grado de general. Provenía de una familia de militares y con cargos administrativos destacados en las colonias españolas en África y América por la línea paterna y materna. Su abuelo materno, Joaquín Manuel Sebastián del Pino y Sánchez de Rosas, fue gobernador de Montevideo, presidente de la Audiencia de Charcas y virrey del Río de la Plata.

Iniciada la guerra contra el Imperio de Brasil, se incorporó en agosto de 1825 a ella. Se trasladó al territorio oriental trayendo pertrechos para el ejército patriota. Fue nombrado teniente primero del Regimiento de Dragones Orientales y pasó a desempeñarse como ayudante del Estado Mayor General. También ocupó cargos de ayudante de campo y de primer oficial de secretaría en el Ejército Republicano —argentino y oriental— y participó en la Batalla de Ituzaingó. En 1828, fue ascendido a capitán de caballería de la Provincia Oriental.

Durante la primera presidencia de Rivera fue nombrado teniente coronel y fue oficial mayor del Ministerio de Guerra (1830-1838), bajo las presidencias de Fructuoso Rivera y de Manuel Oribe. A este último lo acompañó en el gobierno del Cerrito durante la Guerra Grande, y a su término, en 1851, fue ministro de Guerra (1851-1853) de los presidentes Joaquín Suárez y Juan Francisco Giró; luego, jefe superior del Resguardo de Aduanas de toda la República (1858), capitán general de Puertos (1860-1864) y miembro del Tribunal Militar (1864-1865).

Durante su participación en la guerra con Brasil, Brito del Pino llevó un diario personal que comprende el período que va desde el 12 de agosto de 1825 al 10 de noviembre de 1828. Este constituye una pieza valiosa para el estudio de los acontecimientos históricos del período. Por algunas aseveraciones incluidas en el diario, este parece haber sido revisado o ampliado varios años después de los sucesos. Fue publicado por primera vez en sucesivas entregas de la *Revista Histórica* (1910-1920) y en forma completa, al cuidado de su nieto Juan José Brito del Pino Berro y con prólogo de Raúl Montero Bustamante, en 1956.

En su diario, Brito del Pino ([1826] 1956: 49-50), narra en el día 1.º de enero del año 1826 la llegada al campamento militar de Rivera, sobre el río Yi, de un grupo de charrúas con su cacique Perú. Los indígenas parecen haber permanecido hasta el 9 de enero en

el campamento; «Se expidió un pasaporte a los Charrúas» (Brito del Pino ([1826] 1956: 52). Los charrúas son mencionados nuevamente el 18 de enero en comunicaciones de partes militares, en los que se afirma que estaban robando «las estancias de los vecinos continentales que se habían quedado entre nosotros al abrigo de la garantía que había publicado el Gobierno con respecto a ellos» (Brito del Pino [1826] 1956: 54).

Días después, el 23 de enero, Brito del Pino ([1826] 1956: 55) anota en su diario que se despachó gente para que se situase próximo a la barra del Tacuarembó Grande en observación del enemigo y para evitar robos de los charrúas, lo que indica el accionar y posible ubicación de campamentos indígenas al norte del río Negro durante este período de alta conflictividad. Es en estas mismas toderías charrúas que a mediados del mismo año se refugiaron algunos de los sublevados del Regimiento de Dragones Orientales, partidarios de Rivera, por los conflictos internos originados por las jefaturas de las operaciones militares en nuestro territorio y por la enemistad con los representantes de las Provincias Unidas. En relatos recogidos años más tarde por Teodoro Vilardebó (1941-1942), los sublevados, entre los que se encontraba el entonces sargento Benito Silva, combatirán por espacio de cinco meses junto a los charrúas al ejército de las Provincias Unidas y en 1828 entrarán junto a Rivera en las Misiones Orientales.

En su diario, Brito del Pino deja observaciones cargadas de fuerte sesgo personal sobre aspectos físicos y conductas de los indígenas en su breve interacción en el campamento de Rivera. Sus anotaciones representan uno de los últimos registros de primera mano existentes previo al último episodio de exterminio de Salsipuedes y Mataojo (1831), sobre los remanentes de poblaciones indígenas que se movilizaban aún por el territorio.

Autor: José Brito del Pino

Título: *Diario de la guerra del Brasil llevado por el ayudante José Brito del Pino. Agosto de 1825 a noviembre de 1828*

Publicación: En Montevideo. Talleres Gráficos, 1956.

Notas: copia manual de la publicación compaginada y controlada por Juan José Brito del Pino Berro y prologada por Raúl Montero Bustamante.

Transcripción: pp. 49-50

1826. 1 Enero.

[...] *En la tarde de este día llegaron [al campamento sobre el río Yi] unos 20 charrúas con su jefe Perú, el capitán Soares y su mujer llamada Alzaquita. Lo extravagante de algunos, se me presentaron a la imaginación como los Hunos del modo que los pintan cuando bajaron del Norte hacia el mediodía de la Europa. Venían montados en un caballo solo con rienda, y todo el apero consistía en un pedacito de cuero fresco sobre el que montan. No se desprenden de él hasta que está completamente podrido, y entonces matan otro animal para sacar con qué remplazarlo. Cuando no tienen esto, aunque el caballo esté matado se le montan sobre la llaga. Todos estaban desnudos por delante y en su espalda tenían un quillapí o cuerito compuesto de varios de potrillo, etc., y pintado de varios colores del lado opuesto al pelo; éste lo traen metido por el pescuezo. No usan sombrero ni se cubren con nada la cabeza, y sólo por lujo se atan algún pañuelo cuando se los dan. Todos venían armados, unos con chuzas, otros con arcos y flechas, todos con bolas y otros con un palo y*

en la punta un peso (es decir, la maza de los antiguos). Su aspecto es a la vez horrendo y asqueroso: en su vista está pintada la crueldad que les es característica, y en todo su cuerpo la inmudicia en que viven encenagados. En él tienen criada una especie de costra de porquería y su proximidad es intolerable. Reparé a algunos con todo el cuerpo lleno de cicatrices, e informándome de esto me dijeron, que cuando tenían algún motivo de pesar, lo demostraban haciéndose aquellas cortaduras e incisiones. Me aseguran que su mejor [p. 49] regalo es atar un potrillo entre dos palos de modo que no pueda caerse ni moverse y en este estado le hacen en las arterias jugulares una incisión con un punzón grueso: el chorro de sangre que salta es recibido con el mayor placer en la boca de aquellos caribes hasta que muere desangrado. También exprimen la descomposición de los alimentos que se hallan en el vientre de dichos animales y beben con la mayor satisfacción el líquido que resulta. Me dicen no tienen ritos religiosos ni idea de la divinidad y que viven con una absoluta inmoralidad. Yo les quise dar, principalmente a la mujer del capitán Soares, una imagencita; pero no sólo no la admitían sino que se separaban de ella con horror. Estos bárbaros se mantienen casi siempre del robo. Asesinan sin piedad a cualquiera que encuentran sin defensa; y seguramente todo lo que tienen de viles en la guerra hallando resistencia tienen de crueles e insaciables en matar si no la hallan, o no habiendo peligro alguno, etc. [...]

Alcide Charles Victor Marie Dessalines d'Orbigny



D'Orbigny —6 de setiembre de 1802, Couëron, Loire (Francia)-30 de junio de 1857, Pierrefitte-sur-Seine (Francia)— fue un naturalista, malacólogo, paleontólogo y explorador francés.

Provenía de una familia de médicos especializados en ciencias naturales. Antes de cumplir 20 años, ya era un naturalista avezado y de prestigio, y hasta el famosísimo Georges Cuvier lo citaba habitualmente.

Visitó Sudamérica enviado por el Museo de Historia Natural de París en un viaje de exploración científica; tras dicho viaje, D'Orbigny escribió una obra monumental, que constituye un relato histórico referido Uruguay, Brasil, Paraguay, Argentina, Chile, Perú y Bolivia. Llegó a Montevideo hacia fines de 1826, con 24 años de edad, para explorar la Banda Oriental. Desembarcó en Buenos Aires en enero de 1827; remontó el río Paraná hasta Corrientes, alojándose en Rincón de Luna, Itatí, Goya y el Iberá; visitó el Chaco, donde observó a la nación toba, y regresó a Buenos Aires. Su interés por la geografía, la zoología, la botánica y por la situación política y económica, nos permite actualmente tener una descripción exacta de aquellos tiempos. De regreso a Buenos Aires, a mediados de 1828, después de visitar el Litoral, D'Orbigny presenció el golpe de Juan Lavalle contra Manuel Dorrego.

Posteriormente, D'Orbigny exploró la Patagonia, y aunque no pudo recorrer personalmente La Pampa, pidió a un hombre de su confianza, Narciso Parchappe, que redactase un informe sobre ella, que incluyó en el libro. Viajó por mar a Carmen de Patagones, donde permaneció ocho meses; exploró la boca del río Negro, la bahía San Blas y Punta Rasa. Tomó contacto con indios aucas, puelches y patagones, cuyas costumbres describe en detalle, y narra una excursión a las salinas y la caza de ñandúes y de focas.

Llegó seis años antes que Charles Darwin a Argentina y descubrió varias centenas de especies de vegetales y de animales, entre las que se encuentran los enigmáticos caracoles ciegos. En efecto, hasta su llegada, nadie se había dado cuenta de que ciertos caracoles que viven en aguas argentinas son ciegos y se alimentan de organismos muertos a los que detectan gracias a un complejo sistema sensorial; D'Orbigny los llamó *Buccinanops*. Además, detalló cómo eran los suelos de la provincia de Entre Ríos.

Al regresar a su país, en 1834, sufrió el desaire de sus pares, que no lo reconocían como paleontólogo y rechazaban su ingreso a la Academia de Ciencias francesa.

Francia en ese momento estaba destinando naturalistas hacia todo el mundo. El Museo de Historia Natural de París les daba por escrito las instrucciones sobre cómo clasificar y enviar los fósiles u otras piezas de interés. Por ello, D'Orbigny fue entrenado por varios expertos, incluyendo al alemán Alexander von Humboldt. Buenos Aires ya había sido visitada por el francés Amado Bonpland y el español Félix de Azara, mientras que a Claudio Gay se le encomendaría la tarea de explorar Chile y fundar el Museo Nacional de Historia Natural de ese país, el museo más antiguo de Sudamérica.

El mejor antecedente de D'Orbigny para haber sido elegido para su misión fue el estudio que había desarrollado sobre los foraminíferos, unos seres unicelulares marinos que no miden más de un milímetro; por este estudio se lo considera el principal fundador de la micropaleontología. Asimismo, la existencia de restos fósiles de tuco-tuco (o, también, tucu-tucu), roedores cavícolas propios de Sudamérica, del género *Ctenomys*, fue descrita por él. También se concentró en muchas especies marinas: describió el pulpito, la vieira tehuelches y el mejillón. Fue en su regreso a Francia cuando compuso una monumental obra, publicada entre 1835 y 1847, con el título de *Voyage dans l'Amérique Méridionale* en nueve tomos y 11 volúmenes, con más de 5.000 páginas y 500 ilustraciones. Su obra solo es comparable con los voluminosos escritos de Humboldt acerca de la América equinoccial. A pedido del presidente boliviano José Ballivián, en 1845 se editó un fragmento de la obra de D'Orbigny y no fue sino hasta un siglo después que la editorial Futuro, de Buenos Aires, publicó el diario de viaje en cuatro tomos, cuya versión revisada se ofrece hoy a los lectores de habla castellana, al cumplir el bicentenario del nacimiento de su insigne autor. A su vasto conocimiento de las ciencias naturales, D'Orbigny añadió la fina observación del etnólogo y el historiador y combinó la descripción científica con propuestas de desarrollo para los países que visitó. Las ilustraciones y su elegante prosa dan cuenta de sus extraordinarias cualidades como artista, con las que nos legó una visión fascinante y siempre actual de Sudamérica.

Voyage dans l'Amérique Méridionale inicia con una descripción del hombre americano (guaraníes, araucanos, calchaquíes y quechuas), su historia y sus costumbres. Luego, siguen estudios de más de 160 mamíferos, 860 pájaros, 115 reptiles, 170 peces, 5.000 insectos y crustáceos, 3.000 plantas, y numerosos datos geológicos, paleontológicos y etnográficos. En cuanto a los estudios paleontológicos, por ejemplo, D'Orbigny describió los restos del gliptodonte que había descubierto Thomas Falkner en 1760 y recogió varios fósiles, principalmente en las barrancas del río Paraná. En 1843, fue elegido presidente de la Sociedad Geológica de Francia.

[p. 274]

NACIÓN PUELICHE

Los diversos autores¹, y hasta los habitantes de las ciudades o aldeas vecinas a los lugares que habitan los Aucas y los Patagones, confunden generalmente a los Puelches con esas dos naciones australes, bajo la vaga dominación de Pampas, porque habitan las inmensas llanuras de ese nombre, situadas al sur de Buenos Aires. El nombre Puelche, que la nación se da, le es aplicado también por los Aucas, mientras los Patagones la llaman Yonce. Se trata probablemente del pueblo conocido con el nombre de Querandis², después de la conquista de Buenos Aires³.

Al ponerse en contacto por el sur con los Patagones, se mezclaron frecuentemente con éstos, en sus correrías. Créese que habitaron, en el siglo XVI, los lugares ocupados hoy por Buenos Aires. Por lo menos es seguro que desde hace más de cien años se han establecido desde el grado 39 al 41 de latitud meridional, sobre las llanuras situadas entre el Río Negro y el Río Colorado, pero especialmente a orillas de este último, a algunos grados de la costa marítima, en el interior. Viajan hacia el sur, hasta Río Negro y más allá, y hacia el norte, hasta la Sierra de la Ventana, y no abandonan esos parajes más que para hacer excursiones a las tierras de Buenos Aires o a las de los Aucas. Por lo demás, son por lo menos tan nómades como los Patagones y siempre están divididos en muchas tribus errantes, que se reúnen para atacar o para defenderse. En todos los tiempos, los Puelches han tenidos frecuentes relaciones con los Patagones y los Aucas, aunque a menudo han sostenido al principio de algunos millares, ha disminuido considerablemente y, a fines del siglo pasado, los funestos efectos de la viruela los redu- [p. 275] jeron a la cuarta parte. Diezmados aun más por los ataques de los Aucas, hoy sólo alcanzan a quinientas o seiscientas almas⁴, a las órdenes de numerosos caciques. Todo indica que la nación entera habrá desaparecido de aquí a un siglo, o por lo menos que se fundirá en la de los Araucanos.

La piel de los Puelches, del mismo tinte que la de los Patagones, es tal vez algo más oscura; su color es también más bien moreno oliva que cobrizo.

Su estatura es menos elevada que la de los patagones; su talla media es por lo menos de 1 metro 70 centímetros (5 pies 3 pulgadas). Contados hombres tienen menos de 1 metro 62 centímetros (5 pies), mientras algunos alcanzan a 1 metro 75 a 80 centímetros (5 pies 5 ó 6 pulgadas), y aun más. Las mujeres son casi tan altas como los hombres; creemos, de acuerdo con nuestras mediciones, que su estatura media se eleva a 1 metro 620 milímetros.

Los Puelches pueden rivalizar con los Patagones en la corpulencia, el ancho de las espaldas y la fuerza de sus miembros. Se parecen tanto a éstos que podrían considerarse Patagones más pequeños, que hablan una lengua diferente; tiene el mismo rostro ancha y serio; la misma boca saliente, muy grande, de labios gruesos y con dientes magníficos; los mismos ojos pequeños y horizontales; la misma nariz chata, de fosas abiertas; los mismos cabellos negros, lisos y largos; la misma barba, que también se arrancan. Solamente los pómulos son algo más salientes que en los Patagones y anuncian la transición con los Mbocobis y los Charrúas. Las mujeres participan de las facciones y de la fuerza de los hombres, y sólo en la extrema juventud tienen el rostro de su sexo; en ese aspecto, se asemejan mucho también a los Patagones.

Podremos formarnos una idea más clara de la osamenta de la cabeza de los Puelches inspeccionando la plancha 1, fig. 1, donde hemos representado a una. Encontraremos, sin duda, que salvo la saliente de los huesos maxilares, ese cráneo difiere poco del de las naciones del Viejo Mundo.

La lengua puelche sólo se parece a la lengua patagónica en lo que esta última tiene de dura, pero es completamente distinta en el fondo; gutural, cerrada y dura, al punto que empleando letras españoles, no hemos logrado la forma de escribir ciertas palabras. Usan generalmente la k, y está repleta de sonidos compuestos que forman las consonantes tz y mz; está fuertemente acentuada. La hace más dura [p. 276] todavía, la terminación de la mitad de las palabras en las consonantes at, ex, ec, l, am, ig, s, ep, ej, ch y tz. La j española se emplea frecuentemente; pero tiene una articulación más fuerte, la tr, pronunciada desde el fondo de la garganta. La u nasal es poco común, así como los diptongos, como ain; la ch francesa es de eso frecuente; el sonido de la f es completamente desconocido. Se nota

una anomalía en el nombre de las partes del cuerpo, que comienzan todos por una y, como Yacaleré, mejillas; Yatitico, ojos; Yaxyexké, oreja; pero creemos que se debe atribuir esa particularidad a la contracción del pronombre posesivo, que interviene en la composición de esos nombres. Los adjetivos no cambian en el masculino y femenino. El sistema numérico es extenso; llega a 100.000, pero todos los números superiores a 99 son tomados de la lengua de los Incas⁵.

El carácter de los Puelches es idéntico al de los Patagones: el mismo disimulo, la misma soberbia e ideas de independencia.

Sus hábitos son también semejantes; siempre en viaje, como los Patagones, los Puelches son ambulantes y grandes cazadores; poseen actualmente numerosos caballos, y se retiran a sus tiendas de piel de animales, que transportan a todas partes consigo, armados también del arco, de las flechas y de las boleadoras⁶. Tienen una industria poco adelantada, aunque empiezan a aprender a tejer. El mismo vestido, aunque a menudo mezclado con el de los Aucas; los mismos adornos, los mismos dibujos en el rostro; la misma pereza en los hombres y la misma actividad en las mujeres, cargadas con todas las faenas de la casa. Los Puelches, lo mismo que los Patagones, no viven nunca a orillas del mar y no son navegantes.

Su gobierno es idéntico: tienen jefes o Ganac que los dirigen en la guerra, pero a quienes no obedecen en tiempos de paz. El mejor de los oradores y el más valiente se convierte en cacique. Tan independientes hoy como en la época de la conquista, no han aceptado jamás la dominación española.

Su religión es también la de los Patagones: creen en un genio del mal, llamado Gualichu o Ararken, que a veces se convierte en bonda- [p. 277] doso, sin que sea necesario rogarle. Sus adivinos (Calmelache), también médicos, son tenidos a tal extremo, que después de la muerte de un Puelche sólo se pasa en silencio cerca de su tumba, por temor de despertarlo. Creen en la inmortalidad del alma y, en consecuencia, entierran con el difunto sus armas y sus joyas más preciosas⁷. Festejan el momento de la nubilidad de las mujeres.

Hemos visto cuánta analogía, por las características físicas, por las costumbres y por la religión, existe entre los Puelches y los Patagones. Llegamos a la conclusión de que pertenecen a la misma rama de hombres; solamente son algo más pequeños que los Patagones y hablan una lengua distinta. Por las facciones y el habla difieren de los Aucas, y constituyen así el pasaje de los Patagones a las otras naciones de las llanuras del Gran Chaco, tales como los Mbocobis o Tobas y los Charrúas de la Banda Oriental del Plata.

NACIÓN CHARRÚA

El nombre de Charrúas, conocido desde los primeros tiempos de la conquista de América no es, sin embargo, el único con que esa nación es designada por los historiadores. Creemos, contra la opinión de Azara⁸, que los Minuanes, siempre confundidos por los autores con los Charrúas⁹, no eran más que una tribu, lo que nos parece demostrar la identidad completa de costumbres señalada por el escritor español. Creemos igualmente que los Yaros¹⁰, que viven entre los Charrúas y los Minuanes, los Bohanes y los Chanas, sus vecinos, eran también tribus de los Charrúas, cuyos nombres no figuraron más que al comienzo de la conquista lo que hace decir a Azara¹¹ que fueron destruidos por los Charrúas¹².

Después de la conquista, los Charrúas propiamente dichos, se [p. 278] extendían desde la Laguna de los Patos, provincia de Río Grande, hasta la desembocadura del Uruguay en el Plata, sobre todo el litoral marítimo; y por las costas orientales del Plata¹³ hasta unas

treinta leguas en el interior. Las tribus de los Minuanes se extendían entre el Uruguay y el Paraná, mientras los Yaros, los Bohanes y los Chanas vivían en muy reducido número, los primeros en la costa oriental del Uruguay, cerca del Río Negro; las otras dos tribus en las islas del Uruguay, frente al Río Negro. Estaban entonces, en el siglo XVI, limitados, al norte, por los desiertos, sin pasar el grado 31 de latitud sur; al este, por el mar; al oeste, por el Paraná, y al sur por la confluencia del Paraná y del Uruguay, sobre el mismo Plata. Los Minuanes pasaron, en 1730, a la costa oriental del Uruguay, se reunieron con los Charrúas en la Banda del Uruguay y combatieron largo tiempo a los Españoles, que, después de la fundación de Montevideo y de la Colonia del Sacramento, los rechazaron a su vez. Huyeron entonces hacia el norte, donde fueron también atacados, y su número disminuyó poco a poco. Finalmente, hoy los Charrúas han quedado reducidos a algunas pequeñas tribus errantes, al este del Uruguay, al norte del grado 31 de latitud sur, a las fronteras y el territorio mismo de las antiguas misiones. Antes tenían por vecinos, del lado oeste, a los Aucas y Puelches de las Pampas, de los que estaban separados por el Paraná y el Plata, y al norte, los Guaraníes.

Se nos ha asegurado que, en la última guerra de Buenos Aires y el Brasil, en 1827, cinco caciques y quinientos Charrúas se incorporaron al ejército argentino. Si así ha sucedido, como todo parece probarlo, habría ahora más de 1.500 almas de esa nación, en otra época formidable. Pero ese número disminuye diariamente, debido a las guerras con los Brasileños y los Españoles y a la mezcla de los naturales con los Guaraníes.

Su tinte, más pronunciado que el de los Patagones, es de un moreno-oliva negruzco o castaño. Es, probablemente, la nación americana cuyo color se acerca por su intensidad más al negro. Contrasta, en este aspecto, de una manera notable con los Guaraníes, sus vecinos.

Hemos tenido la oportunidad de ver en Montevideo, en 1829, muchos Charrúas. No tienen, a pesar de la afirmación de Azara¹⁴, una talla que parece superar en una pulgada a la de los Españoles. El más alto que hemos visto, no tenía más de 1 metro 76 centímetros [p. 279] (5 pies 5 pulgadas) y su estatura media nos ha parecido no mayor de 1 metro 68 centímetros (5 pies 2 pulgadas). Lo mismo que entre los Puelches, las mujeres, casi tan altas y robustas como los hombres, tienen por lo menos 1 metro 66 centímetros, o 5 pies 1, ½ pulgada de talla media.

Las formas de los Charrúas son, como las de los Puelches, macizas al extremo; siempre muy carnosos; no están empero sujetos a la obesidad, tan común en los Guaraníes. Sus hombros son anchos, su cuerpo proporcionado, sus miembros bien fornidos, sus manos y pies pequeños. Las mujeres, de las mismas proporciones, tienen el cuello bien hecho, el cuerpo ancho, sin que nunca la cintura sea mucho más estrecha que el resto del cuerpo.

Los charrúas tienen la cabeza grande y el rostro ancho; los pómulos algo salientes; la nariz bastante estrecha en la base, hundida en esa parte, gruesa en la extremidad, de fosas anchas y abiertas; las cejas salientes, fuertemente arqueadas, con pocos pelos; los ojos pequeños, negros, hundidos, tal vez algo cerrados, pero horizontales; los labios gruesos; la boca grande; los dientes hermosos y que jamás se caen; la barba rala; solamente en el labio superior y debajo del mentón tienen algunos pelos rectos y no rizados; sus cabellos son largos, negros, gruesos y lacios. El conjunto de sus facciones da al rostro un aspecto serio y a menudo duro y feroz; se descubre raramente en sus jóvenes ese aire gozoso y abierto de algunas otras naciones; podría decirse que, en ese sentido, no tienen juventud. Su talante es siempre triste y taciturno.

Su lengua es dura y gutural¹⁵ y se asemeja al de los Puelches y Patagones: soberbios, indómitos, valientes, amigos de la libertad y guerreros por excelencia, prefieren combatir siempre y hacerse diezmar por los conquistadores del Nuevo Mundo, antes de seguir el ejemplo de sus vecinos, que se sometieron a las exigencias religiosas de los Jesuitas; y, aunque hoy han quedado reducidos a un puñado de hombres, se esfuerzan todavía para no dejarse someter a la esclavitud. [p. 280]

Los Charrúas habitan exclusivamente las llanuras y comarcas completamente descubiertas. Sus hábitos se parecen mucho a los de los Indios de las Pampas, continuamente ambulantes; como éstos, son vagabundos, y sólo construyen tiendas de cuero en los parajes donde se detienen. Son guerreros infatigables y no pasan mucho tiempo sin atacar sobre todo a los Cristianos que los molestan¹⁶. A este efecto, abandonan momentáneamente sus desiertos para aproximarse al enemigo, ocultan a sus familias en los bosques y montan sus caballos. Envían exploradores para descubrir las fuerzas que proyectan atacar, y al amanecer, los hombres tratan de sorprender a sus adversarios, armados de una lanza de diez a doce pies, o de un arco de flechas cortas, que llevan en un carcaj suspendido en la espalda. Avanzan lentamente, generalmente ocultos a un lado del caballo; pero cuando está cerca, animan a sus corceles, caen al galope sobre el enemigo y lanzan gritos furiosos. Matan a todos los hombres y dejan vivos a las mujeres y niños, de los que hacen sus concubinas y esclavos, respectivamente. No se reparten el botín.

El matrimonio es para los Charrúas un asunto de conveniencia, tanto para el hombre como para la mujer. La poligamia les es permitida en el sentido de que pueden tomar una mujer, cuando la anterior es vieja, pero ésta última siempre conserva mayores derechos que las otras.

Su industria se limita a domesticar caballos y a confeccionarse algunos vestidos con pieles de animales, porque nunca han sabido tejer. Los hombres sólo se ocupan de sus armas, mientras las mujeres hacen de bestias de carga, cuando viajan y faltan caballos; van cargadas con todos los utensilios de la casa. Los hombres siempre van desnudos y sólo, a veces, llevan una camiseta sin mangas, confeccionada con piel de animal; las mujeres consiguen, de los Guaraníes o de los Cristianos, tejidos con los que se hacen camisas. Los hombres se adornan, por lo general, con un trozo de madera que pasan por su agujero que se practican en el labio inferior, en la base de los dientes. Llevan casi siempre los cabellos levantados, con plu- [p. 281] mas blancas colocadas verticalmente en ellos. Las mujeres llevan los cabellos cayendo sobre los hombros y se tatúan el rostro en la época de la nubilidad.

Su gobierno, según Azara, se reduce a un consejo formado por los jefes de familia, que se reúnen y sientan en círculo para deliberar si deben atacar al enemigo común. No reconocen otros superiores que los encargados momentáneamente de dirigir la expedición. Por lo demás, no se someten a nadie, ni siquiera a sus padres. Las disputas se resuelven directamente entre las partes.

Su religión, aunque Azara¹⁷ pretende que no tienen ninguna, es análoga a la de los Indios de las Pampas; como éstos tienen la costumbre de celebrar con una fiesta la nubilidad de las jóvenes, y es entonces que se trazan las tres líneas azules del tatuaje, desde la raíz de los cabellos hasta la punta de la nariz, y otras dos transversales sobre las sienes. Creen en otra vida, lo que se ve en la manera de enterrar a sus muertos, con sus armas y todos sus vestidos; y, lo mismo que los Aucas, matan su mejor caballo sobre la tumba. El duelo es bárbaro: las hermanas, las mujeres y las hijas del difunto se cortan una articulación de los dedos, comenzando por el pequeño; además se clavan la lanza o el cuchillo del pariente en el

brazo, los senos y las caderas, de la cintura hacia arriba. Los hombres no hacen duelo por su mujer, pero sí a la muerte del padre, en forma más rigurosa que las mujeres: se clavan en la carne trozos de caña, de pulgada en pulgada, en toda la longitud del brazo, desde el puño hasta el hombro, y se someten a ayunos muy prolongados. Sus médicos, también adivinos, como en la Patagonia, pretenden curar por medio de succiones de las partes enfermas.

En resumen, los Charrúas, así como los Puelches, recorren las llanuras como nómadas; igual que aquéllos, son soberbios, belicosos, independientes e indómitos. Su lengua es también dura y gutural; sus hábitos, la manera de alimentarse y su gobierno son más o menos los mismos; viven en tiendas de cuero y atacan de improviso al enemigo. El fondo de su religión presenta mucha analogía con la de los Puelches; desde distintos puntos de vista, los Charrúas pueden ser considerados vecinos de estos últimos, de los cuales tienen las mismas características físicas generales, tales como las formas macizas, el color pronunciado, los ojos horizontales y los labios gruesos; [p. 282] se distinguen, sin embargo, por prácticas más bárbaras en las ceremonias religiosas, una estatura menos elevada, un color más pronunciado y un rostro más feroz y sombrío, de ojos más grandes. Debemos considerar a los Charrúas, en consecuencia, como pertenecientes a la rama americana característica de las llanuras¹⁸.

NACIÓN MBOCOBI O TOBA

Comparando los vocabularios que hemos reunido de la lengua de los Mbocobis y la de los Tobas, descritos por Azara¹⁹ como naciones completamente distintas, hemos descubierto que no constituyen más que una sola, y después de lo que hemos visto personalmente, nos resulta fácil comprender que con seguridad los Pitilagas²⁰ de aquel autor, sus Aguilots²¹, sus Mbocobis, sus Machicuis²² y sus Tobas son Tribus que hablan la misma lengua que los Mbocobis y los Tobas. Los Tobas se denominan Guanlang en la lengua mtaguaya. Los Lenguas los llaman Natocoet y Incanabacte; los Abipones del Chaco, Caliazec. El padre Lozano²³ dice también que los Tobas, los Mbocobis y los Yapitalaguas del Chaco son la misma nación²⁴, pero cita cuarenta [p. 283] y tres nombres de aldeas, que no reproduciremos aquí. Sus Malbalas²⁵, y tal vez sus Taños²⁶, nos parecen ser también Tobas.

Reuniéndolos con los Mbocobis, como creíamos que debíamos hacerlo aquí, los Tobas cubren la mayor parte del Chaco, desde el grado 21 a 32 de latitud sur. Habitan toda la costa del Pilcomayo, desde el sitio en que este río sale de los últimos contrafuertes de los andes bolivianos hasta el Paraguay, el cuarto inferior del Río Bermejo, cerca de su confluencia, y de allí, con el nombre de Mbocobís, al sur, hasta los alrededores de Santa Fe, sobre las llanuras elevadas al margen de los pantanos de las costas del Paraná. Así, al noreste, están limitados por las naciones de la provincia de Chiquitos; al noroeste, por los Chiriguanos de Bolivia; al este, por los Abipones y por los ríos Paraná y Paraguay, que los separan de los Guaraníes; al sur, por las Pampas que habitan los Aucas; y al oeste, por las numerosas tribus de los Mataguayos, con algunas otras pequeñas tribus distintas, probablemente.

Esta nación pertenece a las llanuras, y parece preferir principalmente las costas de los ríos, donde vive de la caza y cría de rebaños. Generalmente se establece en un paraje, con el propósito de cultivar la tierra, pero más a menudo todavía, prefiere cambiar de residencia, viajando de un lugar a otro. Estos Indios son poco unidos entre sí. La tribu de los Mbocobis, hoy la más poderosa, combate a las otras tribus de las costas del Paraná, mientras que, por el contrario, las del alto Pilcomayo atacan con frecuencia a los Chiriguanos, a pesar

de la superioridad numérica de éstos últimos. Hay, además, una serie de otras pequeñas tribus casi siempre en guerra las unas con las otras. Azara²⁷ calculó, en el año 1800, el número de Mbocobis sólo en 2.000 guerreros, lo que daría por lo menos 6.000 almas; el de los Tobas en 500 guerreros, lo que supone unas 1.500 almas; el de los Pitilaga en 200 guerreros (o 600 almas); los Aguilots en 100 guerreros (300 almas) y, finalmente, los Machicuyes en 1.200 guerreros o 3.600 almas, lo que haría un total de 12.000, de acuerdo con lo que vió Azara. Si se piensa que los Tobas de la Cordillera combaten a los Chiriguano, que tienen a su disposición algunos millares de combatientes, debemos admitir que no son en número inferiores a los Mbocobis, y si agregamos las pequeñas hordas diseminadas en el Chaco, podremos suponer, sin alejarnos de la verdad, que toda la [p. 284] nación se compone por lo menos de 14.000 individuos todavía independientes²⁸.

El color de los Tobas y Mbocobis es bronceado, o más bien moreno oliva, menos intenso que el de los Charrúas, no es amarillo como el de los Guaraníes. Se acerca mucho al tinte de los Puelches y es más intenso que en las naciones de la rama chiquiteana.

Los Tobas que hemos visto en Corrientes son de bastante alta estatura; hay con frecuencia individuos que miden 1 metro 73 a 76 centímetros (5 pies 4 a 5 pulgadas), y su talla media parece aproximarse a 1 metro 68 centímetros (5 pies 2 pulgadas). La de las mujeres es semejante o por lo menos éstas tienen hermosas proporciones relativas (1 metros 590 milímetros).

La forma general de los Tobas los acerca a los Charrúas. Son robustos, tienen las piernas gruesas, las espaldas anchas, el pecho saliente y el cuerpo poco esbelto. Las mujeres poseen el mismo exterior: no podrían ser más fuertes, tienen anchas las caderas y el pecho; su cintura se destaca poco; sus senos no son muy voluminosos y sobre todo están bien ubicados, pero por poco tiempo, debido a la costumbre de aplastar y alargarlos, de manera de poder alimentar a sus hijos mientras caminan, llevando a éstos en la espalda²⁹. No hemos visto ni un caso de obesidad en los Tobas. Su modo de andar es poco gracioso.

Sus facciones tienen mucha semejanza con las de los Charrúas; su cabeza es grande, su rostro ancho sin ser lleno, su frente es saliente, su nariz ancha, con las fosas abiertas; sus pómulos pronunciados en la edad adulta; la boca grande y los dientes magníficos; las orejas pequeñas; los ojos pequeños, horizontales, parecen cerrados del lado externo, lo que los hace aparecer algo inclinados arriba. Las cejas (en los que no se depilan) son poco largas, negras y arqueadas; su barba es muy rala y se la arrancan; sus cabellos se asemejan a los de los otros Americanos. El conjunto de sus facciones es más grave y está completamente en consonancia con la taciturnidad de esos hombres. Algunas mujeres jóvenes poseen una graciosa sonrisa y un rostro interesante, pero, por lo general, al llegar a los veinticinco años, sus facciones cambian, su pómulo sobresalen y ambos sexos son de una fealdad repugnante.

Su lengua, fácil de reconocer por sus numerosas terminaciones en [p. 285] *ic*, *ec*, *ac*, *oc*, *ap* y *et*, es excesivamente cerrada y dura; otros sonidos, más complicados, como, por ejemplo, *nd*, *mb* y la doble *nn* (la primera pronunciada como si estuviera sola) le dan un carácter muy peculiar. La guturación es también extremadamente fuerte y extremadamente dura; pero no es la *j* española, sino la *r* que se tartamudea y extrae de la garganta. Les falta la *ch* francesa y española, así como los sonidos con *b*, *f*, y *x*. Aunque esta lengua carezca de eufonía, difiere por completo de ésta, pero presenta una notable analogía de sonidos con las otras lenguas del Chaco. La voz es constantemente ronca en ambos sexos.

Su carácter es tan soberbio e independiente como el de las otras naciones de las llanuras; es más apático y todo anuncia una indolencia que sólo cesa cuando se trata de la caza o de

la guerra. Son taciturnos al máximo y casi nunca rien. No son malos con sus mujeres y las tratan a menudo con mucha dulzura. Jamás ha podido conseguirse que se coloquen bajo la tutela de religiosos.

Los hábitos de los Tobas son interesantes; son, a la vez, según las circunstancias, errantes y vagabundos, o sedentarios y, en este caso, agricultores; después de la conquista se hicieron pastores, sin dejar de ser cazadores y guerreros. Puede comprobarse, pues, que constituyen una transición hacia otras naciones septentrionales. Los hábitos no son idénticos en todas las tribus, pero tienen un fondo semejante entre sí. El Toba se establece con preferencia a la orilla de los ríos, donde cuida sus rebaños y siembra el maíz, las patatas dulce, el maní y la mandioca; se limita, por lo común, a hacer un agujero en la tierra, una vez eliminados los árboles que la cubrían, pero, si les fracasa la cosecha y si los rebaños son robados por otras naciones, más de la mitad de los hombres dejan a sus mujeres durante una quincena, se dirigen allí donde piensan encontrar caza, y cazan continuamente, desollando lo que matan cada día, tanto con sus flechas de madera dura como con las boleadoras, que manejan desde el caballo. Cuando se han hecho de provisiones, regresan a sus cabañas, donde descansan hasta que la necesidad los impulsa a volver a cazar, partiendo para este objeto los que no salieron la vez anterior. Sus cabañas, comunes por lo general, están dirigidas hacia el este y oeste, y cerradas del lado sur; abiertas de dos lados, forman largas filas, de las que cada familia posee una parte señalada exteriormente de un solo lado por una abertura lateral. Se acuestan en una especie de cama de campaña, elevadas algunos pies sobre tierra, y las parejas no utilizan casi nunca hamacas. Suspenden del techo el arco, la [p. 286] flecha, la lanza y la maza del jefe de la familia o los instrumentos de pesca. Cuando viajan, marchan en una sola fila, primero los ancianos y las mujeres detrás. Estas conducen los equipajes y sus hijos. En todos los parajes donde se detienen los Tobas, construyen provisionalmente pequeñas tiendas cubiertas de paja, pero levantan cabañas apenas se fijan en un sitio determinado. Los Mbocobis viven actualmente en aldeas y son tanto más fuertes cuanto que se unen en grandes familias. Son esencialmente cazadores y, a la vez, guerreros; y, después de la conquista, sólo por intervalos han dejado de combatir a los Españoles y a las naciones vecinas. La sorpresa es para ellos, como para todos los Indios, la única táctica militar. Su matrimonio es sólo un asunto de conveniencia entre las partes interesadas y las familias. Tiene, por lo general, muchas mujeres.

Su industria comienza a hacer progresos mayores que la de algunas de las naciones de que hemos hecho referencia. Fabrican sus armas, sin haber concebido jamás la idea de ahuecar piraguas para navegar por los ríos. Sus mujeres tejen, con telares formados con dos barras obtienen de otros Indios; tiñen los hilos de colores vivos, rojos y amarillos. Fabrican groseros objetos de alfarería y hacen cuerdas muy largas y fuertes con hojas de Bromelia. Ambos sexos siembran y cultivan la tierra o crían los animales; sólo los hombres cazan y pescan. Comercian especialmente en pieles, que les sirven asimismo de vestidos.

Su vestimenta es muy sencilla: los hombres y las mujeres dejan caer sus cabellos sobre las espaldas, dividiéndolos en el medio, de adelante hacia atrás. Llevan una pieza de género en torno de las caderas y se cubren con una capa de género, o más bien con un gran pedazo de cuero, adornado con dibujos del lado opuesto a los pelos, igual que el usado por los Patagones; se embozan a la antigua. Las mujeres se adornan el cuello y los brazos con perlas de vidrio y pequeños caracoles. Azara dice que los Tobas usan también un trozo de madera atravesado en el labio, pero los que hemos visto, lo mismo que los Mbocobis, deben haber perdido esa costumbre, porque no tenían ninguna abertura en los labios.

Su gobierno es análogo al de los Charrúas; tienen un consejo de ancianos, y cada tribu elige un cacique que la dirige en la guerra, siendo más bien consejero que jefe.

Sus creencias religiosas son muy limitadas; tienen, sin embargo, la idea de otra vida, puesto que entierran a sus muertos con todo lo [p. 287] que les ha pertenecido. Según el padre Guevara³⁰, el alma sube al cielo por el árbol Llagdigua, que une la tierra a los cielos. Sus médicos practican también succiones y sortilegios; y, como en los Charrúas, las mujeres de los Tobas propiamente dichos, se tatúan, en la época de la nubilidad, con raíces negras, la parte superior de la nariz, los tímpanos y las mejillas, operación que los Mbocobis se hacen en medio del pecho. El padre Guevara³¹ dice que creen en un dios creador, llamado Gdoapidolgate. De acuerdo con el mismo autor³², los Mbocobis poseen al igual que los Patagones, un complicado sistema de constelaciones que mezclan a su historia fabulosa. La cruz del sur es un avestruz (Amnic), las estrellas que la rodean (Apiogo) son perros que la persiguen; los otros planetas son, unos penépoles (Bagada), otros armadillos (Natumnac) y perdices (Nazolo). La luna (Adago) es un hombre y el sol (Gdazoa) su compañera. Esta última cayó del cielo y un Mbocobis la levantó y la colocó donde está, pero cayó por segunda vez e incendió todos los bosques. Los Mbocobis se salvaron convirtiéndose en Caimanes. Solamente un hombre y una mujer se treparon a un árbol para huir del peligro y ver correr las olas de fuego; una llama les quemó el rostro y los convirtió en monos.

Resumiendo los hechos conocidos, se ve que existen semejanzas entre los Tobas y Mbocobis y los Charrúas, tanto en los usos, costumbres y facciones como en el lenguaje; hay especialmente entre ellos un rasgo que sólo se encuentra en las naciones del Gran Chaco y en los Charrúas, es el tatuaje. Hemos tenido oportunidad de asombrarnos al observarlo solamente en los Americanos que viven al este de los Andes, mientras que, si como lo han pensado algunos autores, las naciones americanas descienden de los pueblos oceánicos, en los que tal costumbre es tan común, debería, por lo menos, existir al oeste de esa cadena en medio de naciones de color amarillo, y no en los pueblos de color más subido de los indígenas del Nuevo Mundo.

Los Tobas, según nosotros, pertenecen evidentemente a la rama de las llanuras, sirviendo de puente de los Puelches a los Charrúas, pero comenzando a alejarse por algunas de sus costumbres más pacíficas y por un comienzo de cultura. Por lo demás, difieren por completo de la rama guaraní, acercándolos en algunos aspectos a los Chiquitos.

D'Orbigny, Alcides. 1959.

El hombre americano. Buenos Aires.

Notas del editor

1 Falconer (*Terres magallaniques*, t. II, p. 45) los confunde con los Patagones en su descripción y Azara (*Voyage dans l'Amer. mérid.*, t. II, p. 55 y sig.), que no ha visto ninguna de esas naciones australes, las mezcla con idéntico al de Pehuenches, tribu de los Aucas.

2 Esta palabra, que no es ni auca ni puelche, pertenece evidentemente a la lengua guaraní, hablada también cerca de Buenos Aires.

3 Ruiz Díaz de Guzmán, *Historia Argentina* (escrita en 1612, impresa (Colección De Ángelis) en Buenos Aires en 1835, dice, p. 9, que son cazadores, y p. 33, que emplean las bolas, lo que hace creer que son Puelches.

4 En 1535, según Schmidel, loc. Cit., p.

5 Véase nuestro trabajo sobre Lingüística. La mejor prueba de que Azara los confunde con los Aucas, es que ha dicho (p. 41) que su lengua no tiene ningún sonido nasal ni gutural, lo que es cierto de los Aucas, pero no de los Puelches, cuya lengua es una de las más duras de las que se hablan en América.

6 Las emplearon en 1536, después de la primera fundación de Buenos Aires. (Véase *Historia argentina*, de Ruiz Díaz de Guzmán, p. 34). Ulderico Schmidel, edic. de Buenos Aires, p.7, dice lo mismo y habla también de lanzas armadas de puntas de sílice.

7 Azara dice de esta nación, como de las otras (t. II, p. 49), que no tiene creencias religiosas: era menester que lo preocupara mucho esa idea negativa para aplicarla a los Puelches, que se caracterizan por la multiplicidad de las prácticas religiosas a que se entregan.

8 *Voyage dans l'Amer. Mérid.*, t. II, p. 30.

9 Puede consultarse, en ese sentido, a Funes, *Hist. Del Paraguay*; Conzalo Blas, *Menoria histórica de Misiones*, p. 55.

10 Es falso, según el manuscrito de Lastarria, art. 80, que todavía vivieran en 1804 en las márgenes del Río Negro. Véase *Art de vérifier les dates*, 3ª parte, t. XIII, p. 181.

11 *Voy. Dans l'Amér. Mér.*, t. II, p.7.

12 Otra prueba de la confusión que reina en la nomenclatura de las naciones americanas, se halla en el trabajo de Warden (*Art de vérifier les dates*, [278] t. XIII, 3ª parte), que reúne, para el Brasil solamente, más de 400 naciones. Es cierto que figuran algunas naciones que viven fuera de ese país.

13 *Historia argentina*, p. 6, 78.

14 *Voy. Dans l'Amér. Mér.*, t. II, p. 8.

15 Azara dice, t. II, p. 6: "Su lengua es tan gutural, que nuestro alfabeto no podría dar el sonido de sus sílabas".

16 Se sostiene, hasta ahora, la afirmación de los primeros autores de que los Charrúas son antropófagos, porque los primeros aventureros dijeron que se comieron el cuerpo de Díaz de Solís (Funes, *Ensayo de la historia del Paraguay*, t. 1º, p.3); pero después se ha admitido que sólo se trata de una fábula; que los Charrúas, hasta cuando la expedición de Gaboto (en 1526) guardan consigo a los prisioneros y nunca tuvieron la intención de comérselos. Véase *Corogr. Bras.*, I. P. 338; *Art. de vérifier les dates*, t. XIII, p.137. Llama la atención que esa fábula haya sido reproducida en 1835 por De Angelis, en la página 11 del cuadro de *Historia argentina*.

17 Loc. cit., p. 14: No adoran a ninguna divinidad y no tienen religión. Tales son las palabras del autor español. ¿No podríamos preguntarle por qué esos mismos Indios son, como él mismo informe, enterrados con sus armas?

18 Creemos que algunas veces se han mezclado los Charrúas con esa reunión heterogénea de Indios señalados con el nombre de Guaycurus (Véase *Art de vérifier les dates*, t. XIII, 3ª parte, p. 147). Los Españoles y los Portugueses dan el nombre de Guaycurus a todos los indios que van a caballo, y por lo tanto esa nación, extinguida hace tiempo, según Azara (*Amér. Mér.*, t. II, p. 146) renace todos los días. Hemos Visto así llamar Guaycurus a los Tobas, Mbocobis y una serie de otros pueblos.

19 Las naciones del Gran Chaco son posiblemente las más embrolladas de toda América y el mismo Azara (*Voy. Dans l'Amér. Mér.*, t. II, p. 160 y 162) no ha rendido, en ese aspecto, los servicios a la ciencia que podían esperarse de un distinguido observador. Estaba por desgracia, como lo hemos ya dicho frecuentemente, preocupado por la doble idea de que los Americanos no debían tener religión y que cada tribu, cuya lengua no entendía, debía tener un idioma completamente distinto de todas las otras. Profesó esta opinión sin escribir las palabras que podrían llevar a la conclusión contraria. Por esos sus listas de naciones se prolongan al infinito.

20 Loc. cit., p. 161.

21 Loc. Cit., p. 162.

22 Los dieciocho nombres de tribus que da Azara (p. 155) demuestran que, sin duda alguna, la lengua de los Machicuyts tiene los mismos sonidos que la de los Tobas. Las terminaciones en *ith*, *ac* y *op* lo demuestran irrefutablemente. Además, las costumbres, facciones y otras características físicas están en relación.

23 Descripción chorographica del gran Chaco Gualamba (1733), p. 77.

24 Lozano, *Historia del Paraguay*, reproduce a veces partes de su obra. *Voy. T. II*, p. 173 y sig.

25 Lozano, *Chaco*, p. 83 a 85.

26 *Ibidem*, p. 247.

27 *Voy. Dans l'Amér. Mér.*, t. II, p. 162.

28 El padre Lozano, loc. Cit., dice, p. 77, que esta nación forma 47 aldeas distintas.

29 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica t, I, cap. X, p. 305.

30 *Historia del Paraguay*, p. 32 (Colección de obras y documentos).

31 Loc. cit., p. 23.

32 Loc. Cit., p. 34.

Carlos Eduardo Bladh³¹

[p. 705]

Carlos Eduardo Bladh nació en Estocolmo el 13 de marzo de 1790. La familia era oriunda de Ostrobotnia, provincia de Finlandia que hasta 1809 fue una parte integral de Suecia. Era hijo de Petter Johan Bladh, hombre de negocios e industrial con profundos vínculos en la mencionada localidad. Carlos Eduardo se inicia en la carrera jurídica, cursando estudios secundarios en Abo, donde obtuvo el título de bachiller en humanidades el 4 de marzo de 1805. Tres años más tarde, iniciados ya sus estudios jurídicos, estalló la guerra sueco-rusa de 1808. Aunque por consejo de su padre no tomó parte directa en ella, se produjo a fines de junio de 1808 el conocido levantamiento de los campesinos de Ostrobotnia. Derrotados los insurgentes, los rusos se abrieron paso a través de la región, y el 20 de julio los cosacos saqueaban la mansión solariega de los Bladh, arrasando sus dependencias.

En manos de los invasores, sufrieron toda suerte de vejámenes y trágicas aventuras, que el joven Bladh iba a relatar [p. 706] más tarde en un libro fundamental para el conocimiento de estas campañas, «Recuerdos de la Guerra Finlandesa, 1808-1809. Estocolmo, 1849». Terminada la contienda, Carlos Eduardo reanudó sus estudios y obtuvo el título de Licenciado, el 15 de diciembre de 1810. Por un tiempo sirvió de abogado integrante de los Tribunales de Vasa, pero su salud, resentida por las atrocidades cometidas por los cosacos, lo obligó a renunciar a la carrera judicial, enderezando entonces su camino hacia climas más benignos.

En su nuevo cargo de tenedor de libros de una firma francesa, viajó a Chile en el año 1821, a bordo de la fragata Ofir. Permaneció en Santiago hasta el año de 1827, en que se trasladó a Valparaíso. Alentado por las noticias que recibía de la, se trasladó a Buenos Aires, donde se encontró envuelto en la guerra civil, visitando Montevideo en 1832. Allí se interesó vivamente por el desarrollo del intercambio comercial sueco-sudamericano y presentó a su Gobierno diversos informes sobre el tema, sin mayor éxito.

Al regresar a su patria, Carlos Eduardo Bladh se dedicó a la tarea de dar a conocer los países americanos que había recorrido. Publicó primero su «República de Chile durante los años de 1821-1828», Estocolmo, 1837, y dos años más tarde su «Viaje a Montevideo-Buenos Aires y Descripción del Río de la Plata y las provincias del mismo nombre, Paraguay, Misiones y la República Oriental», Estocolmo, 1839. [p. 707] Rodeado del prestigio de haber sido uno de los primeros en llamar la atención de sus conciudadanos sobre las posibilidades de desarrollo de la América Hispana, a partir de esos años de inquietud que le había tocado vivir, Carlos Eduardo Bladh falleció en Estocolmo el 6 de abril de 1851.

Bladh viajó al Río de la Plata en 1831-1832. En la obra publicada en 1839, recogió sus impresiones personales y la información que extrajo de la consulta de diversos autores que menciona en la introducción. [p. 709] La presente versión española que se publica fue realizada directamente del texto original sueco por el Sr. Juli Ricc.

[...]

[p. 711]

31 La información acerca de Carlos Eduardo Bladh y la transcripción del texto se transcriben de la *Revista Histórica*, año LXIV (segunda época), tomo XLI, diciembre de 1970, números 121-123, pp. 705-709. Montevideo.

Viaje a Montevideo y Buenos Aires y descripción del Río de la Plata y las provincias unidas del mismo nombre, el Paraguay, Misiones y la República Oriental del Uruguay o Cisplatina

Por C. E. Bladh. – Estocolmo.

IMPRESO POR L. J. HIERTA, 1839

Capítulo 13

La República de la Banda Oriental. Lavalleja y Rivera.

Educación y Costumbres. Montevideo. La Montevideana.

*Diversiones. Los indios Charrúas*³²

La República de la BANDA ORIENTAL DEL URUGUAY o CISPLATINA limita al norte con Corrientes, Misiones y el Brasil, al este con el Brasil y el Océano Atlántico, al sur con dicho Océano y la desembocadura del Río de la Plata, y al oeste con el mencionado río y con el río Uruguay, los cuales separan su territorio del de la Argentina. El territorio de la República se extiende en dirección norte a sur desde el paralelo de 29° 15' al de 35° latitud S, y en dirección este a oeste desde el meridiano 35 al 40° longitud oeste. Su clima es verdaderamente sano, aunque la lluvia durante los meses de invierno y la sequía algunas veces durante el verano son molestas. En el país alteran las elevaciones, las llanuras, los ríos y los bosques. La fertilidad es más o menos igual que la de las zonas que circundan a Buenos Aires. Sin embargo, las plantas europeas se cultivan mejor aquí, en razón de los vientos frescos que vienen del mar que se halla en la cercanía y purifica el aire en esta tierra, particularmente en la región sur. En las inmediaciones de la ciudad de Maldonado, que es el punto más meridional del país, se cultiva la papa, que tanto por su consistencia, su tamaño y su sabor puede compararse bien con las europeas, un hecho realmente inusual en Sud América, donde este tubérculo generalmente es flojo, oblongo y dulce. También las manzanas y las peras se cultivan aquí con buen éxito, y son, particularmente las últimas bastante buenas. La remolacha es en todos los lugares excelente y el ganado ha aumentado mucho [p. 712] después de la guerra brasileña. En los últimos tiempos se han radicado numerosos extranjeros en el país y han comenzado a elaborarse queso y manteca que, por su calidad, no les van a la zaga a los de los fabricantes europeos.

Me referí más arriba (pág. 269 y sigs.) al comercio de Montevideo y, por lo tanto, no indicaré aquí los artículos que se importan en este país y que de él se exportan. La población de la República asciende a aprox. 180.000 habitantes. El gobierno del país es del tipo de los restantes estados libres sud-americanos, y las leyes son las introducidas por los españoles, a excepción de unas pocas modificaciones que se han hecho necesarias en razón de las condiciones políticas y económicas.

El gobierno, en 1831, era ejercido por las cuatro siguientes personas: El Presidente era el Brigadier-General don Fructuoso Rivera. Los asuntos del interior y del exterior estaban en manos de don José Ellauri, Llamado Ministro-Secretario, quien asimismo tenía la cartera de los asuntos de guerra. Había además tres Oficiales Primeros, a saber: uno para los asuntos del interior, otro para los asuntos del exterior, y el tercero para los asuntos de

32 Este extracto corresponde a las páginas 375-400 de la edición original.

guerra. En el Ministerio de Hacienda estaba don Gabriel Pereira, Ministro-Secretario, bajo el cual actuaban un Oficial Primero así como un Contador General, un Colector General y un Tesorero.

El territorio de la República está dividido en 9 departamentos o distritos diferentes, que toman sus nombres de las villas y ciudades situadas en los mismos, y de los cuales se eligen senadores y diputados para la asamblea legislativa, a saber: San José, Soriano, Durazno, Paysandú, Colonia, Cerro Largo, Mal donado, Montevideo y Canelones. De cada uno de estos distritos se elige un senador y de dos, cinco diputados, según sea el tamaño del distrito; pero para el primer congreso después de la emancipación (1825) se eligieron los diputados de 14 diferentes lugares (Montevideo se hallaba entonces en poder de los brasileños, y, por consiguiente, no se podía elegir ningún diputado de allí), a saber, de las villas de: San José, Guadalupe, San Fernando de la Florida, Nuestra Señora de los Remedios, San Pedro de Durazno, San Juan Bautista, San Isidro de las Piedras, Rosario, Concepción de Pando, Concepción de Minas, y Víboras; de la ciudad de San Fernando de Maldonado⁴ y de [p. 713] los pueblos de San Salvador y Vacas. Aparte de las que aquí se acaban de citar, hay también dos importantes villas, a saber Mercedes y la ya citada Canelones, las cuales, empero, se vieron entonces imposibilitadas de enviar diputados, presumiblemente debido a la situación de intranquilidad bélica.

El Supremo Tribunal de Justicia está constituido por un Presidente que posee dos votos, así como por tres miembros y un Notario. Bajo este tribunal de justicia se hallan un juez de derecho penal y un juez de derecho civil, y, bajo la jurisdicción de éstos los Alcaldes del Barrio (jueces de distrito). Hay también aquí un Fiscal General (Procurador), un Administrador General de Aduanas, un Director General de Correos y un Capitán de Puertos.

Las entradas del Estado son bastante importantes, especialmente por vía del comercio local, que paga considerables impuestos de aduana. Sin embargo, la falta de formación del personal del gobierno y del cuerpo de funcionarios públicos de la República, así como el derroche de los medios generales, ha hecho que tales ingresos actualmente sean insuficientes. Cuando este país constituía una provincia española bajo el Virreinato de Buenos Aires, sus asuntos económicos, jurídicos y militares eran administrados por un jefe militar y algunos jueces dependientes de él, por un total de 12.000 pesos. Y como República esta suma no tendría por qué haberse aumentado excesivamente, si los jefes de la revolución hubieran mirado más por el bien del país que por una vanidad vana. Pero en lugar de eso se creó un gobierno moderno, constituido por un presidente con senadores y ministros bien rentados así como por una cantidad de funcionarios militares y civiles, a raíz de lo cual los gastos anuales del Estado se elevaron a 600.000 pesos y luego a más. Debería haberse pensado, por lo menos, en la reforma o en la supresión de los excesivos militares, con lo cual se hubiera podido efectuar grandes ahorros; pero, ¡lamentablemente!, la enemistad entre los jefes del Estado y los partidos por ellos comandados, hicieron que no sólo se mantuviera a los militares, sino que en ocasiones propicias se aumentara su número.

Los generales Juan Antonio Lavalleja y Fructuoso Rivera, a los cuales he hecho alusión con anterioridad (pág. 101 y [p. 714] sigs.), empezaron, no bien hecha la paz con el Brasil, una puja por la presidencia en el nuevo gobierno. Ninguno de estos señores dejó de lado sus propios intereses durante la guerra, sino que, al contrario, cada uno de ellos aprovechó la oportunidad que se le presentó para enriquecerse. Lo que particularmente alimentaba su enorme codicia era el ganado brasileño; y se sostiene que cada uno de ellos se apropió de unos treinta a cuarenta mil bueyes y vacas. Lavalleja, que era un buen administrador de sus

propiedades, compró tierras y colocó allí el ganado que había adquirido y se convirtió en un poderoso hacendado. Rivera, que era jugador, pronto se deshizo del ganado que poseía. Por esta razón se hallaba permanentemente necesitado de dinero y deseaba ansiosamente mantener siempre el más alto cargo del Estado, cosa que, salvo en algunos casos de excepción, ha podido lograrla hasta ahora, ya sea por medio de la gran influencia adquirida sobre los gauchos, entre los cuales se hallaba como pez en el agua pese a los rústicos hábitos de éstos, o mediante las intrigas que ha sabido urdir en el Senado y en la elección de diputados. Lavalleja, por otra parte, no era ambicioso. Al contrario, después de las hazañas realizadas durante la guerra de emancipación, se había instalado en el campo para poder administrar tranquilamente sus riquezas. Pero el destino quiso que su esposa no fuera del mismo carácter flemático, sino por lo contrario, de temperamento altanero y ambicioso. Ella no podía tolerar que su marido, el feje de los Treinta y Tres (Véase pág. 105 y sigs.), siguiera vegetando como un simple señor terrateniente, y por ese motivo lo incitaba engañosamente a que se colocara a la cabeza de algún partido cuyo plan fuera derrocar a Rivera. Pero éste, que con sus gauchos marchó contra Montevideo, obligó al gobierno de ésta a declarar a Lavalleja traidor a la patria. Lavalleja fue entonces puesto en el destierro y sus grandes propiedades fueron declaradas como pertenecientes al Estado. Rivera adquirió así un dominio tal sobre el Estado y sus habitantes que, aunque se dice que el país es regido constitucionalmente, en realidad ejerce un gobierno despótico, que hace caso omiso de lo que se establece en la constitución; y si el pueblo o sus representantes alguna vez hacen hincapié en derechos que están en pugna con sus propios intereses, le basta con realizar una pequeña demostración amenazadora con sus gauchos para imponer su propia y omnipotente voluntad. [p. 715]

Yo lo he tratado varias veces personalmente. Tiene un físico corpulento y es de hombros anchos. Sus movimientos son algo pesados, habla poco y raramente hace un chiste. Al igual que el gaucho, criado sobre el caballo y amante del juego, se siente más a gusto en compañía de seres rudos e incultos, y parece incluso sentirse molesto cuando alguna vez se encuentra entre gente de círculos más elevados.

La educación de la Banda Oriental está al mismo nivel que en las Provincias Argentinas, pero no creo equivocarme si sostengo que el espíritu de libertad está más desarrollado aquí, por lo menos entre las llamadas clases superiores. Se habla aquí con mucha liberalidad de los asuntos políticos y religiosos, pues Rivera exteriormente busca mostrarse liberal y raramente censura el lenguaje liberal que se cultiva en los círculos privados. En cambio, la prensa parece depender en todo de los órganos del gobierno.

El gaucho es aquí igualmente rudo, salvaje y despreocupado de su futuro que en la República Argentina, y tal vez es de carácter más solapado y rapaz. Es posible que el estado de coacción disimulo, al cual los orientales tuvieron que acostumbrarse durante al tiempo en que fueron dominados por los portugueses y los brasileños, poco a poco haya generado entre las clases bajas esa falsedad de carácter que, a decir verdad, está muy lejos del carácter originalmente español; y el espíritu de rapacidad de los gauchos debe de haber sido tomado, por un lado, de sus dirigentes durante los tremendos saqueos que a menudo practicaban, y por otro, de la costumbre que tenían de andar merodeando para lanzar ataques furtivos contra sus enemigos durante el sitio de Montevideo; ataques, de poca entidad y parciales, cuyo objeto fundamental era sorprender, matar y saquear.

Los campesinos y la gente del pueblo son más dados aquí a las diversiones de lo que pude observar en las regiones circundantes a Buenos Aires.

Casi en cualquier lugar al que uno se dirija por las noches, donde haya algunas casas o algunos ranchos, la gente se divierte con música y el baile, aunque ¡lamentablemente! Las acuchilladas y los homicidios no son raros. [p. 716]

En los círculos más elevados he encontrado que la vida de sociedad es bastante interesante si se exceptúan los núcleos sociales que tienen el nombre de dirigentes. En estos círculos, aparte de llevarse una vida artificial y afectada, se encuentran a menudo personas, incluso del bello sexo, cuyo carácter y conducta son dudosos. Pero en las casas de funcionarios y ciudadanos respetables que no hacen una vida tan mundana como la gente de los círculos arriba nombrados, he pasado muchos momentos agradables. El trato es allí sumamente sincero y no tiene nada de artificial y además es amable y obsequioso. Un extranjero es aquí, por lo general, mejor recibido y más apreciado que en Buenos Aires, lo cual en gran parte probablemente se deba a que los partidos en dicha ciudad han tenido siempre más penetración que en la Banda Oriental.

Montevideo es la capital de esta República. Está situada en una saliente de tierra o península sobre los 34°54'48" de latitud sur y los 55°58' de longitud oeste. Ha estado y todavía lo está en parte circundada de murallas construidas de piedra tallada y ladrillo, aunque las puertas de entrada de esas murallas, del lado del campo han sido quitadas en parte. En el extremo sudeste de la ciudad hay una ciudadela, llamada "El Fuerte", que al mismo tiempo sirve de cuartel para la guarnición y en la extremidad oeste de la península se halla una fortaleza más pequeña, la cual junto con la que se encuentra al otro lado de la bahía, sobre el cerro de Montevideo (según ya se citó en la página 20), defiende la entrada del puerto. La ciudad es regular y está bastante bien construida, y aunque las calles en el centro o en la parte donde marcha los vehículos no están empedradas o poseen un empedrado mínimo, hay sin embargo, en la mayoría de ellas, veredas de piedra tallada o ladrillo. La situación de la ciudad es sumamente agradable y las casas, bien edificadas, con sus techos planos y los pequeños miradores allí construidos, desde los cuales los dueños de las casas pueden divisar todo el horizonte de un golpe de vista (las torres, las fortificaciones y las murallas de la ciudad), le dan una apariencia bastante grandiosa. La población es de unos 16.000 habitantes, y está constituida en su mayor parte por españoles, mestizos, mulatos y negros, aunque hay también un pequeño número de indios y portugueses que se quedaron en el país desde el tiempo en que éste pertenecía a Portugal, y asimismo un cierto número de extranjeros de otra nacionalidad. Hay dos grandes plazas. Una de ellas sirve de mercado donde se venden frutas, verduras, carne, [p. 717] aves y otros productos, y es también el lugar de paseo matutino de las familias; la otra sirve para las carretas que vienen del campo y como lugar de ejercicio de las tropas. Es bastante grande, y está circundada por la hermosa catedral, el ayuntamiento, la policía y la cárcel. Los edificios están construidos sobre terrenos de forma rectangular y debajo de los jardines grandes hay pozos abovedados o aljibes revestidos con paredes, en los cuales se acumula el agua de lluvia proveniente de los techos por medio de caños de hojalata, colocados en cada una de las cuatro esquinas del jardín. Esta es una medida de precaución muy necesaria, ya que no hay pozos de agua dulce dentro del perímetro de la ciudad, sino a una distancia muy apreciable. Los habitantes de aquí, igual que los de Chile y Buenos Aires, consideran además que el agua de los pozos manantiales es insana, con lo cual concuerdo también yo, cuando la comparo con el agua de lluvia, cristalina y de excelente gusto, que aquí se obtiene.

Esta ciudad debe de ser una de las más saludables de Sud América. Rodeada por tres lados de agua y por el curto de tierras altas y regulares, soplan en ella vientos frescos casi

permanentemente. La ciudad está situada también a cierta altura, de modo que el agua no puede estancarse dentro de sus murallas y durante los meses de verano se pueden tomar excelentes baños de agua salda en el mar. Este género de actividad es muy cultivado por los habitantes, y durante esa época se ven todas las tardes damas y caballeros en traje de baño flotando de un lado a otro sobre las olas, incluso cuando éstas son altas y se desplazan amenazadoramente contra la playa. Hay que tener cuidado, entonces, de no aproximarse demasiado a las oquedades del terreno y a las piedras que se hallan debajo del agua. Las piedras están en todas partes cubiertas de caracoles, que fácilmente lastiman a los nadadores. Yo me tiré una vez al gua desde un peñasco inclinado y me lastimé todo el pecho con esos caracoles.

Las tardecitas, las noches y las mañanas son muy agradables aquí cuando no llueve. Las familias se reúnen en sus azoteas, nombre que ellos dan a las terrazas que se hallan sobre los techos de las casas, y allí toman té, limonada o ponche, y tienen sus tertulias, sus conciertos y, a veces, hasta bailan. Aquí se respira aire más puro, y uno siente cómo se expanden los pulmones. Incluso hallándose solo se siente uno feliz, ya que se está en compañía de la pureza de la atmósfera, de las grandes [p. 718] estrellas que titilan en la hermosa bóveda del celeste cielo, y, a veces, del maravilloso claro de luna que, dicho en breves palabras, produce una corriente diamantina sobre la superficie del mar desde el punto en que uno contempla el infinito. Pero si uno desea conversar, los vecinos más próximos siempre le brindan la oportunidad más agradable; sólo es necesario acercarse o pasar la portezuela o el largo muro que separa estas azoteas, para de inmediato hallarse en compañía, y siempre es uno bienvenido.

Sobre estas azoteas están contruidos los mencionados miradores. Son pequeñas casas que pueden contener en la parte inferior una o dos habitaciones en las cuales hay sillas, sofá y mesas. Desde una de las paredes arranca una pequeña escalera hacia el techo de estos pequeños edificios y desde allí, mediante un catalejo se puede descubrir la llegada y la salida de los barcos. Todas las mañanas se ven estos miradores ocupados por curiosos espectadores, y a peñas un buque extranjero es reconocido por el cónsul de su nación, se iza de inmediato la bandera del país en el mirador del mismo cónsul, como signo tanto para el capitán del barco como para los comerciantes que trafican con esa nación, y que se hallan en la ciudad.

Las damas montevideanas son como las españolas, en general, agradables por su manera de ser, sumamente ingenuas (desprovistas de artificio), llanas (sencillas), y muy accesibles al trato. Tienen unos ojos negros que hablan, con largas pestañas y cejas como dibujadas con un pincel. Su figura es esbelta y de formas redondeadas; tienen manos y pies pequeños que les sientan maravillosamente.

Cuando yo, en 1830, llegué a Montevideo, sólo conocía a mi jefe y a su cajero. Este último era un alegre y obsequioso norteamericano con el cual había pasado algunas noches muy agradables en Buenos Aires. El mismo día de mi llegada, me propuso presentarme por la tarde a algunas familias de su amistad. Dicho y hecho: después de almorzar y tomar café vagamos algunas horas por la ciudad. Eran entonces cerca de las cinco de la tarde y las familias se habían instalado ya en sus balcones abiertos para tomar la fresca brisa vespertina. Mi amigo pasaba cerca de los balcones de las familias que conocía, saludaba y me presentaba como amigo suyo. Y de esa manera trabé [p. 719] conocimiento con ocho o diez familias. Todas respondían amablemente y me daban la bienvenida a sus casas. Las visité después por mi propia cuenta los días siguientes, y me encontré de inmediato en su compañía como

si estuviera en mi propia ciudad natal. A una de las damas a quien fui presentado por mi amigo la hallé al día siguiente sentada en su balcón. Le dirigí la palabra y, aunque era de mañana, me invitó a entrar, lo que de inmediato acepté. Era ella la hija única de un viejo español y al entrar yo, se hallaba sola en la habitación. Después de invitarme a tomar asiento junto a ella, entró en la habitación una matrona de aspecto venerable: era la madre. La hija, que se llamaba Carlota, dijo simplemente a su madre: “Mamá, este es don Carlos, amigo de nuestro amigo L. que me lo presentó ayer” (puesto que ni su padre ni su madre estaban presentes en esa oportunidad). La señora me dio la bienvenida y me pidió que me considerara como en mi propia casa. Después de un rato entró también el padre, al cual igualmente fui presentado brevemente por la hija; me dio también la bienvenida y me pidió que dispusiera de él y de todo lo que estaba dentro de sus posibilidades. Esta es, en realidad, una vieja forma de cortesía española, pero el extranjero, por la sincera cordialidad con que es siempre recibido desde ese momento, tiene que admitir que en esa fórmula de cortesía no hay sólo palabras vacías. Pero lo que en particular atrae al extranjero es la conservación espontánea de estas damas. A uno le parece como si las hubiera conocido toda la vida; son alegres, sin artificios, graciosas y sarcásticas, sin utilizar, sin embargo, expresiones hirientes o que se presten a interpretaciones equívocas (le doublé entendre). Su participación en las desgracias es sincera, sin incurrir en exageraciones románticas. Y ¿qué caballero podría ser ingrato ante todo esto y no disculpar a una de estas bellas damas, si se permite dirigir algún halago? La lengua, la divina lengua española, se presta con suma facilidad a las expresiones más agradables; los sentimientos se deslizan sin impedimentos en forma poética a través de las palabras, y de inmediato se halla la bella delante del espejo de las ideas. Pero ella por esto no se deja extraviar; echa una mirada fugaz en este espejo y se comporta con natural fineza, lo que es un atributo de su sexo.

Como testimonio de la facilidad que tiene un extranjero de poder, como se dice, salir bien parado de una situación embarazosa, ya sea en razón de la especial educación o de la atención que tienen para con los extranjeros las damas natu- [p. 720] rales de esta zona, o en razón de los recursos de la propia lengua, me permitiré hacer uso de la paciencia del lector y le relataré un hecho que me sucedió poco antes de mi partida de Montevideo.

Yo había conocido allí al señor Geo W., un capitán norteamericano y co-armador del barco que él conducía, y además de gran gentleman, como dicen los ingleses. Se hallaba por primera vez en el lugar y no conocía el idioma español, pero deseaba interiorizarse de todas las peculiaridades de la ciudad, antes de su partida. Salimos a menudo juntos y hacíamos diariamente pequeños paseos, tanto dentro como fuera de la ciudad. Una tarde visitamos el Teatro, donde él, en uno de los primeros palcos, en primera fila, descubrió a una mujer que le interesó. Me di cuenta de inmediato que mi amigo norteamericano se hallaba, tal como se suele decir en el lugar, templado (a la letra: tenso, aunque aquí significa conmovido). No tenía ojos para la escena, sino que se fijaba ininterrumpidamente en la dama del palco. Finalmente me preguntó si yo sabía quién era esa dama, y como le respondí afirmativamente y agregué que ella era de Buenos Aires, y que la conocía, me pidió que tuviera la gentileza de presentársela, cosa que prometí. Terminada la función, nos pusimos de acuerdo en que, al día siguiente, nos encontraríamos en mi casa, un poco antes de la hora del crepúsculo; pero el señor W. sufrió un retraso y no llegó hasta después del anochecer. Yo sabía muy bien en que calle vivía la dama y que el número de la casa era el 50, pero en esa parte de la ciudad, casi todas las casas son iguales. Caminamos del brazo, embebidos en una conversación, y yo calculé mal el número de las calles transversales que teníamos que

pasar, por lo cual, sin darnos cuenta, dejamos atrás la calle donde vivía la dama y doblamos en cambio en la siguiente. Las casas, como se ha dicho, eran todas iguales en esas calles. Llegamos así al N° 50 y golpeé suavemente sobre la puerta. De inmediato sale un negro y pregunta qué diligencia nos traía, a lo cual yo respondo con la pregunta: “¿La señora está en casa?”. El penetra de inmediato para anunciarnos, cuando de improviso salen dos negros de un lado del zaguán, cada uno con dos candelabros de plata en los cuales ardían velas de sebo, seguidos por una joven y bella mujer, que yo entonces veía por primera vez en mi vida. Nos hizo una suave reverencia con la cabeza y deslizó la expresión: “Entren, caballeros”. Yo ya había entrado en el zaguán y saludado a la dama, cuando el señor W. me dijo en inglés: “Hay un error, señor B. Por favor, retirémonos”. Pero la aventura me pareció [p. 721] agradable, la dama me interesó, y decidí continuar. Le dije entonces al señor W.: “Jamás me ha gustado dar marcha atrás; entre, señor W.”. Luego de lo que, ambos seguimos a nuestra desconocida, entramos en la sala, y pasando por encima de una mullida alfombra llegamos hasta un hermoso canapé. Ella se sentó en el medio y con una indicación le pidió al Sr. W. que se sentara a su derecha y a mí que tomara asiento a la izquierda. Durante mi prolongada estadía había aprendido, sin embargo, algo sobre el papel que debía desempeñar en tales casos, y el lector me disculpará si no actué a su gusto. Pero francamente, en ese momento no encontré nada más apropiado. Empecé así: “Bella señorita. Ud. Nos perdonará el atrevimiento de que, a pesar de serle completamente desconocidos, nos permitamos llegar hasta su agradable presencia. Yo he vivido mucho tiempo en Sud América y he llegado a conocer la suave tolerancia de su bello sexo, por lo cual, de antemano descuento que me perdonará. El nombre de este señor es W. Es oriundo de Nueva York y amigo mío, pero no tiene la suerte de domar su bello idioma. He sido por lo tanto su cicerone, y le he mostrado una serie de cosas interesantes en esta ciudad que merecen la atención de un extranjero; pero él, finalmente, me ha rogado que le presente a las damas más amables de Montevideo. Yo mismo, con silenciosa admiración, he pasado a menudo junto a su ventana, sin haber tenido jamás la dicha de trabar conocimiento con Ud.; pero ahora, el deseo de dar cumplimiento a los anhelos de un amigo, ha superado en mí todos los escrúpulos. ¿Será Ud. Tan noble que perdone mi atrevimiento?”.

Dejo a cargo de cada uno de mis lectores decidir cómo se habría comportado una dama sueca en semejante situación. Una inglesa, seguramente se hubiera levantado y hubiera dejado a los inopinados huéspedes en manos de la servidumbre. Pero mi montevideana permaneció sentada en su lugar, no cambió de aspecto y contestó sencillamente: “Lo lamento por su amigo que ha sido engañado por sus ojos; pero le estoy muy agradecida y mucho apreciaré si por medio de su amigo se me diera la oportunidad de escribir a un hermano mío que vive en Nueva York y del cual desde hace muchos años no tengo noticias. Si el señor W. tuviera la gentileza de llevarle una carta le quedaría muy agradecida”. Mi amigo, naturalmente, estaba muy bien dispuesto a hacer esto y así comenzó una amistad que después no olvidamos cultivar. [p. 722]

Los espectáculos y el baile constituyen aquí, igual que en Chile, la vida de la juventud. Casi en todas las casas de buena familia hay un pianoforte, y con él se divertían las familias y sus huéspedes todas las noches que se hallaban en casa. La guitarra y el canto también se cultivaban a menudo, pero el baile era siempre, sin embargo, el principal entretenimiento, cuando el número de personas lo permitía. El repertorio estaba constituido por danzas nacionales, valsés, danzas francesas y contradanzas, como en Buenos Aires.

Las llamadas Fiestas Mayas, o sea las fiestas en celebración de la independencia de Sud América y de esta República, se festejan aquí todavía con entusiasmo e interés.

El 25, 26 y 27 de mayo se festejaban anualmente con diversiones de distinto tipo. Alguna que otra vez vi aquí (1831) levantar una especie de carrousel en la plaza grande de la ciudad. Un número de jóvenes de la sociedad se habían disfrazado de gauchos y andaban a caballo a toda carrera por una pista circundada de barandas para alcanzar con sus lanzas los anillos que estaban colgados sobre las barandas. Había para este juego verdaderos jueces que distribuían los premios ganados y una multitud heterogénea de espectadores se hacía sentir con sus aclamaciones. A cierta distancia de esa pista se veía a un joven gaucho jineteando un caballo chúcaro, el cual daba toda clase de saltos, ya sea hacia los lados como en el aire, para librarse de su jinete. Sin embargo, éste continuaba sentado siempre a pesar de no tener silla de montar. Más ridículo aún me pareció otro número. Se hacía entrar en la plaza un toro también jineteado por un guacho. El animal hacía entonces los movimientos más ridículos, bramaba furiosamente, por momentos se tiraba al suelo y el jinete tenía que abandonarlo. Cuando se reincorporaba el jinete saltaba de nuevo sobre su lomo, y el toro de nuevo empezaba a saltar y galopar mientras que la gente lo excitaba cada vez más con sus gritos y carcajadas.

El carnaval se festejaba aquí de la misma manera que en Buenos Aires, con bailes, mascaradas y lanzamientos de agua y huevos, etc. En especial eran bombardeadas con huevos las casas en las cuales vivían varias mujeres. Estas se iban a las azoteas, pero allí se convertían en el blanco de los ataques de los vecinos. Había en ellas grandes montones de huevos llenos de agua y grupos apreciables de hombres viejos y jóvenes, que con gran fuerza lanzaban sobre las damas las traicioneras bombas. En ocasión de estas fiestas participaban todas las clases so- [p. 723] ciales en las diversiones oficiales. En las calles y las plazas se veía una multitud heterogénea de gente de la clase superior e inferior, gauchos, negros e indios.

Los negros, una gran parte de los cuales son libres y el resto esclavos, son muy amigos de las diversiones. En un lugar abierto junto a la muralla del sur de la ciudad se les ve todos los domingos de tarde reunidos en grupos especiales correspondientes a cada tipo de nación cantando sus canciones y bailando sus extrañas danzas nacionales.

Los indios son tímidos y menos inclinados a las diversiones oficiales. Llevan el signo de la esclavitud en sus facciones y tienen dificultad en acostumbrarse a la vida social. La mayoría de los indios que ahora se encuentran en Montevideo son prisioneros tomados a una tribu que se había establecido en el territorio de la Banda Oriental y que fue destruida en 1831 por el actual jefe de la República, don Fructuoso Rivera. Yo estuve presente cuando estos prisioneros fueron traídos a Montevideo y compartí la indignación de los habitantes por la forma brutal que se empleó cuando fueron tomados y su tribu destruida. El Teniente Primero de la Flota Sueca, Sr. A. G. Oxehufvud, que en dicha oportunidad se hallaba en la Banda Oriental y tuvo ocasión de informarse detalladamente de esta catástrofe, ha tenido la gentileza de poner a mi disposición un trabajo del cual el siguiente fragmento supongo que interesará a mis lectores.

“Un hermoso domingo de enero de 1831”, comenta el Sr. Oxehufvud, “iba yo solitario a caballo por una de las extensas llanuras de la Banda Oriental, cuando de repente percibí en el horizonte una raya oscura, que parecía ir serpenteando hacia adelante por entre el alto pasto. Mi caballo estaba fatigado por la larga cabalgata y yo me sentía cansado y atormentado por el hambre, ya que hacía dos días que cabalgaba sin encontrar el menor

rastró de vida humana y mis reservas de alimentos, que de acuerdo con las costumbres del lugar estaban constituidas por carne cruda, ya se habían agotado.

Me apresuré, por lo tanto, para aproximarme al objeto móvil que había despertado mi atención, y llegué pronto junto a una sección de tropas de la República, que escoltaban a unos cientos de indios tomados prisioneros.

El entonces Presidente de la República, don Fructuoso Rivera, bajo pretexto de concluir un convenio de paz con los indios [p. 724] que poblaban los bosques vecinos al río Uruguay, los había invitado a encontrarse con él en un lugar determinado cerca de la frontera norte del país. Los indios, que en esto no sospecharon ninguna traición, se hicieron presentes en el lugar fijado, en un número de 400 a 500 individuos, bajo el comando de 5 o 6 caciques, varios de los cuales se habían caracterizado por su valor durante la guerra con el Brasil que acabada de terminar y en la que habían combatido a favor de Rivera dada su condición de aliados de éste. Después de haber tenido lugar las ceremonias que se estilaban en ocasión de tales reuniones, y para que no abrigaran la menor sospecha, se les dio a los indios algunos barriles de aguardiente y varios otros presentes. Acamparon entonces junto a las tropas de Rivera y mientras entonaban sus cantos de muerte⁵ fueron vaciando los barriles de aguardiente que habían recibido. Pero no bien empezaron a entrar en estado de ebriedad y algunos de ellos iban siendo dominados por el sueño, poco a poco y bajo la protección de la oscuridad de la noche las tropas de Rivera los fueron rodeando y con sus sables y bayonetas comenzaron a sorprenderlos y atacarlos en su campamento, y allí mataron tanto a hombres, como a mujeres y niños sin consideración ni piedad. Pero tan pronto como los caciques se repusieron del espanto inicial y consiguieron reunir algunos grupos de hombres dispersos, se originó una lucha de vida o muerte y a muy alto precio vendieron algunos de los caciques sus vidas.

Uno de ellos, que había tomado el nombre de Rondeau del que fuera gobernador de Montevideo, estaba como metido en una trinchera rodeado por los cadáveres de sus enemigos, 15 soldados ya habían caído bajo su lanza, cuando finalmente —cubierto de heridas y desfalleciente por las pérdidas de sangre sufridas— cayó ante un grupo de enemigos.

Otro cacique, apodado Brown —nombre que había tomado del valeroso almirante Brown que había comandado la flota de Buenos Aires— permanecía aún en el campo de combate, invencible y rebelde, cuando ya todos sus hombres habían caído o habían sido tomados prisioneros. Los soldados estaban cansados de matar, y si Rivera no había hecho ultimar al valiente Brown, podría pensarse que ello obedecía a un sentimiento de [p. 725] bondad del Presidente. Pero, lamentablemente, debo suponer que lo único que dominaba el pensamiento de Rivera e hizo que llegara a tal decisión fue la idea de tomar vivo al más valeroso de los caciques y contarlo entre los prisioneros que desfilarían en ocasión de su entrada triunfal en Montevideo. Esto le costó sin embargo, muchas vidas antes de que el cacique fuera dominado por la superioridad numérica de sus soldados. Una vez capturado, se le ataron las manos atrás y se le introdujo en el grupo de los demás indios prisioneros.

Este rasgo de orgullo en la desgracia y de presencia de ánimo en el peligro es digno de admiración y es común a casi todos los indios.

Relataré aquí una característica de su intrepidez y su desprecio ante la muerte, incluso a temprana edad. Un muchacho de nombre Cordua, de aproximadamente 13 o 14 años, había hecho girar las boleadoras desde hacía largo rato sobre su cabeza, y en esa forma se había defendido desde el momento en que había echado por tierra, muerto, a uno de sus enemigos, cuando, finalmente, tuvo que darse por capturado ante un jinete adversario que

lo acosaba. Pero a penas el jinete lo había llevado unos pocos metros fuera del lugar de la lucha, cuando el muchachito indio, de un salto montó sobre el caballo, detrás de su enemigo, sacó un cuchillo de su cinto, se lo clavó en el cuerpo, lo arrojó moribundo de la montura, se sentó en ella y penetró a toda velocidad a través de la línea del enemigo. Pero el caballo no era tan rápido como su nuevo jinete, por lo cual pronto éste fue alcanzado y vuelto a capturar por algunos jinetes que fueron enviados detrás de él. Sin embargo, a este jovencito también se le perdonó la vida, primero, por el interés de aumentar el número de prisioneros, y segundo, para dar a los montevideanos una idea del valor del enemigo y del peligro de la campaña emprendida, si es que se podía considerar riesgoso que 400 hombres y jinetes bien armados atacaran a 400 o 500 indios ebrios, dormidos y sin ropas, de los cuales la mitad estaba constituida por mujeres y niños.

Se necesitaba valor para atacar a estos leones, pero sólo podría hablarse de peligro si el ataque hubiera sido emprendido hallándose los indios despiertos y sobrios y preparados para la lucha.

Algunos días después de mi encuentro con este cuerpo de ejército, hizo Rivera su entrada triunfal en Montevideo. Iba en esta oportunidad a la cabeza de sus "valerosos" guerreros y los [p. 726] prisioneros indios lo seguían detrás rodeados por una poderosa guardia. Los hombres llevaban las manos atadas atrás; las mujeres llevaban a los niños más pequeños sobre la espalda y a los mayores de la mano. Los primeros iban en su mayor parte desnudos, a excepción de un trozo de piel que llevaban atada al cuerpo y que caía desde la cintura. La mayoría de las últimas, en cambio, tenía casi todo el cuerpo envuelto en pieles. Algunas indias estaban envueltas en telas de lino; otras sólo llevaban un trozo de tela alrededor del vientre. Eran desaseados en el más alto grado, a tal punto que en las calles por donde desfilaban el aire estaba impregnado de un hedor penetrante.

Poco después de su llegada a esta ciudad, fueron metidos, como animales, en un corral, y allí de inmediato se tiraron al suelo. Se les dio carne de un buey que había sido destrozado, y un poco de leña y un tizón con fuego, luego de lo cual se dividieron en grupos de 10 a 12 personas, hicieron fuego, asaron la carne que habían recibido y luego la comieron con gran voracidad.

Los europeos que se encuentran entre estos salvajes se sienten tremendamente deprimidos. Sufren enormemente ante la idea de que podrían estar en una situación igual y les duele pensar que estos seres sean también humanos y que tengan los mismos derechos que ellos a vivir y a detenerse libremente. Todo esto les produce una sensación de humillación. Pero la madre naturaleza, cuyos primeros hijos son los salvajes; esa naturaleza que en todas sus cosas está abierta al cultivo y al mejoramiento, pronto consuela también a los europeos cuando meditan en el estado de primitivismo en que se encuentran estos semejantes dejados de la mano de Dios. Estos indios llevan el nombre de charrúas y constituyen una de las tribus más guerreras y valerosas de Sud-América. Baste pensar que ellos solos costaron a los españoles más vidas que la conquista de todo Méjico y el Perú. Juan Díaz de Solís, el descubridor del Río de la Plata, fue víctima de estos indios. Poblaba entonces toda la costa desde Maldonado hasta el Río Uruguay. Su ferocidad corría pareja con su valor. Cuando los españoles empezaron a combatir con los indios, solían hacer fuego previamente a la manera de los batallones. Los indios aguantaban entonces la primera des- [p. 727] carga sin ceder y de inmediato se precipitaban sobre los españoles, antes de que éstos pudieran cargar de nuevo sus fusiles, y los mataban con sus flechas y sus lanzas. Más tarde los españoles modificaron su método de lucha y comenzaron a hacer fuego de línea, con lo que obtuvieron más éxito.

Los charruías son jinetes excelentes. Montan de un salto sobre los caballos y los hacen andar mediante un látigo que llevan fijado en la mandíbula. No usan ni silla de montar ni manta. No utilizan armas europeas —una lanza, el lazo⁷ y las bolas y a veces un cuchillo, constituyen todas sus armas.

Están llenos de bichos y, al igual que sus mujeres, raramente se lavan. Realmente es difícil imaginar un animal más repugnante y sucio en la naturaleza. Como estos indios en su mayoría viven de carne de caballo, se untan el cuerpo con la grasa de este animal y se cubren con su piel cruda, tienen un olor que siente de varias anas⁸ de distancia. Dejando todo esto aparte, la naturaleza los ha dotado de un cuerpo esbelto y bien proporcionado⁹. El cacique Brown tenía unas 13 cuartas de altura, sus miembros eran bien proporcionados y extraordinariamente musculosos. La piel de los indios es rojo-parda, sus ojos son negros y pequeños y están dotados de una vista agudísima. Tienen los dientes blancos y bonitos, las manos y los pies bien formados y el pelo negro, duro y relucientes. No tienen barba; su mirada es salvaje y en sus caras se puede observar una expresión como de maldad. Se casan bastante jóvenes, toman varias mujeres, pero las mujeres nunca tienen más de un hombre. Estos matrimonios sólo requieren el consentimiento de los padres. El divorcio está permitido para ambos sexos.

Sus alimentos están constituidos, aparte de la carne de caballo, por carne de buey y de vaca, así como también por huevos de avestruz y de perdiz. Su bebida favorita es la chicha —una especie de sidra hecha con levadura, miel, hierbas y agua. Sus viviendas están hechas con unas pocas ramas o trozos de plantas [p. 728] cubiertas con pieles de caballo, que se las llevan a caballo cuando se retiran al campo o cuando cambian de lugar de residencia.

Cuando un padre, un esposo o un hermano adulto muere, las hijas, la esposa o las hermanas se cortan una de las falanges de los dedos. Empiezan con el meñique y siguen luego con cada uno de los dedos cada vez que ocurre una muerte. Luego se clavan en los brazos y en el cuerpo la lanza del difunto y permanecen dos meses en sus chozas, donde reciben un escaso sustento. Los hombres, en cambio, no hacen duelo alguno cuando se les muere la mujer. Sin embargo, después de la muerte del padre, los hijos mayores se meten una especie de tubo en la parte carnosa del brazo desde la muñeca hasta el codo, luego de lo cual pasan la primera noche enterrados hasta el pecho en un pozo que hacen en la tierra. Al día siguiente se extraen el tubo y dejan de comer durante dos días. Luego, durante los diez o doce días subsiguientes, viven con una ración de alimentos muy escasa. Pasado este período consideran que ha terminado el duelo.

Los indios charruías exterminaron en épocas pasadas a las tribus de los yaros y los bohanes [el autor escribe: Joros y Bohanis], que antes habían habitado la parte norte de la Banda Oriental, luego de lo cual, se unieron con los minuanos [el autor escribe: Minais]. Estas dos tribus constituyen ahora un pueblo insignificante, que dentro de poco habrá de desaparecer de la tierra.

Independientemente de si se vive poco o mucho tiempo entre estos indios u otros indios de Sud América, siempre es difícil formarse una idea correcta sobre ellos. Siempre se encuentra algo en estos hijos de la naturaleza, que el hombre civilizado no consigue comprender; y sus maneras de pensar y sus impresiones siempre serán un secreto para el extranjero. Para poder conocer y juzgar debidamente la capacidad intelectual y moral de estos indios, no alcanza con vivir entre ellos y dominar su lengua de modo de poder penetrar el sentido de las palabras mediante las cuales expresan su pensamiento. Es necesario para esto, tener sensaciones e ideas similares, o dicho de otro modo, vibrar como ellos. Pero esta

identificación con los indios nunca podremos lograrla, pues elementos tan diferentes no pueden ser obtenidos por la voluntad humana en igual grado.

Los indios tienen un modo muy propio de contemplar los objetos superiores de la creación. Se les ve a veces sentados varias [p. 729] horas en la tierra con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza sostenida por las manos en los pómulos, inclinados hacia adelante y con la mirada fija en una cáscara o en una hoja, sumidos en la meditación. A veces se precipitan profiriendo terribles gritos y golpeándose el cuerpo como locos; luego vuelven rápidamente a su posición inicial de seriedad y entonces se puede ver que en la cara se refleja un sentimiento de pesadumbre, o mejor dicho, que todo toma en ellos una expresión de melancolía mística. Si entonces empiezan a hablar del Alma Grande, del hombre, de la muerte o de la vida, sus palabras están cargadas de profundo sentido, tanto en lo que tiene que ver con su extraña mímica, como en lo referente a las imágenes bajo las cuales su rica imaginación se representa estos objetos. Y cabría aún decir que estos seres no pueden combinar dos ideas positivas. Así, por ejemplo, contar del uno al doce les exigiría cantidad de años, si es que vivieran conservando su libertad y su modo de vida.

Los indios son incapaces no sólo de controlar sino incluso de amortiguar una de sus pasiones, pero son sencillos en su expresión cuando quieren describir sus sentimientos. Si se le habla a un indio de su hijo, se pone la mano sobre el corazón y dice: "Es un fruto que salió de aquí y cayó en la tierra". Si se le habla de alguna de sus mujeres, dice: "La he elegido entre centenares". Pero por un trago de aguardiente está dispuesto a vender a su mujer y a su hijo, y por un trago más es capaz de matarlos.

La religión, la política y el amor al ser humano han sido empleados inútilmente durante los siglos para civilizar a los indios. El salvaje anda errante por los bosques, muere en cautiverio o languidece y se extingue en las ciudades. Pero por sobre todas las cosas se mantiene igual, siempre fiel a los hábitos y costumbres de sus antepasados y constantemente atormentado por el triste presentimiento de la pronta extinción de su raza. El destino de estos pueblos parece ir palideciendo hasta desaparecer a la luz de la civilización. Su desaparición tiene aquí igual ritmo que en Norte América y se produce a medida que los europeos ingresan cada vez en mayor escala en el país. Se ha comprobado que durante los últimos veinte años más de la mitad de los pueblos han desaparecido, y se puede prever con ciertas posibilidades de exactitud que dentro de cien años no quedará un indio en toda la América. Asombrados se preguntarán nuestros [p. 730] descendientes por qué no han quedado indios sobrevivientes. Testigos de la desaparición de un gran número de estos seres, todavía podemos hablar de los que quedan, pero pronto se extinguirán ellos también y, así, nuestras posibilidades de investigación, puesto que una fuerza invisible parece como si los persiguiera y aniquilara¹⁰.

Notas del editor

4 Maldonado es el puerto más meridional de la República. Allí reside un ilustrísimo español, don Francisco Aguilar, el cual arrendaba al Estado [p. 713] el derecho de pesca de lobos marinos, lo que constituía una actividad muy lucrativa. Las pieles de estos animales son de gran calidad y sirven para confeccionar cintas, gorros, abrigos, etc.

5 Los indios, en general, habían dejado de entonar sus cantos de victoria, y sólo cantaban cantos melancólicos y de dolor, como si tuvieran que prepararse para un destino aciago que, según todos creían, descendería sobre ellos.

6 Yo me atrevería, sin embargo, a asegurar, que los araucanos, en la costa occidental de Sud América, les infligieron a los españoles daños mucho mayores que estos indios. Los araucanos constituyen todavía una tribu libre e independiente y parece difícil que alguna vez puedan llegar a ser sometidos.

7 El lazo es una sogá de cuero con un cierre corredizo en un extremo. Con él enlaza el indio a su enemigo desde una distancia apreciable y coloca el cierre casi en cualquier parte del cuerpo según sea su deseo.

8 Nota del Traductor: medida que aproximadamente equivale a un metro.

9 Esto quizá pueda decirse de algún indio que otro. Yo vi personalmente al cacique Brown y lo hallé como se describe aquí, pero encontré que la mayoría de estos indios, como los restantes de Sud América, son bajos y rechonchos.

10 Sin embargo, un cierto número de indios se amalgamará con los blancos, tal como ha sucedido en el Paraguay e incluso en algunos otros países sudamericanos, y en esa forma sus tradiciones y caracteres nacionales pasarán a la posteridad trasplantados a épocas lejanas.

Referencias bibliográficas

- Acosta y Lara, E. (1969-1970). *La guerra de los charruás en la Banda Oriental*, vol. 2. Montevideo: A. Monteverde.
- Archivo Artigas. Vol. 4 (1965). Montevideo: Comisión Nacional Archivo Artigas.
- Archivo de Gabriel A. Pereira. *Vól. 4. Años 1830-1832*. Montevideo: Biblioteca Nacional.
- Archivo General de la Udelar (2017). Larrañaga, Dámaso Antonio. En *Historias Universitarias*. Disponible en <https://bit.ly/3MGTh9C>
- Brito del Pino, J. (1956). *Diario de la guerra del Brasil llevado por el ayudante José Brito del Pino. Agosto de 1825 a noviembre de 1828. Prologado por Raúl Montero Bustamante*. Montevideo: Talleres Gráficos.
- Cabrera Pérez, L. (1983). Los repartos indígenas de 1831. *Revista Antropológica*, 1(2), 31-34.
- El Universal*, 18 de abril 1831.
- Figueira, J. J. (1977a). Eduardo Acevedo Díaz y los aborígenes del Uruguay (Continuará). *Boletín Histórico del Ejército*, números 189-192, 115-240.
- Figueira, J. J. (1977b). Eduardo Acevedo Díaz y los aborígenes del Uruguay (Conclusión). *Boletín Histórico del Ejército*, números 193-196, 5-618.
- Frega, A. (2016a). Prólogo. En *Diario del viaje de Montevideo a Paysandú. Dámaso Antonio Larrañaga* (pp. 9-17). Montevideo: Ediciones Universitarias.
- Frega, A. (2016b). Algunos datos sobre los integrantes de la comitiva. En *Diario del viaje de Montevideo a Paysandú. Dámaso Antonio Larrañaga* (pp. 99-101). Montevideo: Ediciones Universitarias.

Fuentes

- Fernández Saldaña, J. M. (1945). *Diccionario uruguayo de biografías 1810-1940*. Montevideo: Amerindia.

Leonel Cabrera Pérez
Óscar Marozzi
Jimena Blasco

Esta publicación cuenta con el apoyo de la Comisión Sectorial de Enseñanza de la Universidad de la República. Forma parte de la serie Manuales de Aprendizaje que tiene como objetivo mejorar las condiciones de aprendizaje de los estudiantes y, al mismo tiempo, propiciar la autoformación docente mediante la reflexión sobre sus prácticas y sobre el estado del arte en su disciplina. Secundariamente, esta publicación pretende colaborar en la constitución de tradiciones disciplinares y culturas educativas nacionales.

ISBN: 978-9974-0-2011-5



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



comisión sectorial
de enseñanza